



MISCELANEA

134

COLECCION
DE IMPRESOS

SANTISIMA VIRGEN
MARIA

BX880

M5

v. 134

004539



1080015554



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HEMETHERIO
VALVERDE Y TELLEZ

na
tar

DE LA
INMACULADA CONCEPCIÓN
DE MARIA.

DISERTACION POLÉMICA,

ESCRITA EN ITALIANO

POR EL CARDENAL

LUIS LAMERUSCHINI,

OBISPO DE SABINA,

BIBLIOTECARIO DE LA SANTA IGLESIA, ETC. ETC. ETC.:

y traducida al español

POR UN DEVOTO DE MARIA SANTA

Si quid tota per orbem frequentat
Ecclesia, quin ita faciendum sit, dis-
putare insolentissimae insanae est.

2. Avv. Epist. ad Januar. 5.
alias 98.



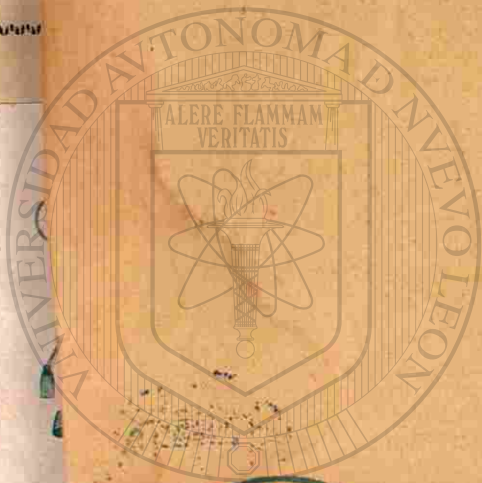
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
MEXICO.

Imprenta de Luis Abadiano y Valdés,
calle de Santo Domingo núm. 12.

1850.

41711



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

E
HEMET

BX 880
H5
v. 134

EPIGRAMMA.

Sunt pulchrae silvae, sunt pulchra et littora,
pulchrum

Est pratum, in viridi gramina pulchra solo:
Sunt pulchrae gemmas, sunt astra et sidera
pulchra:

Sunt pulchri flores, est quoque pulchra dies.
Pulchrior es silvis, PIA VIRGO, littore, prato,
Gramine, gemma, astris, sidere, flore, die.

TRADUCCION.

Son hermosas las selvas, lo es el prado,
Playas y grama que engalana el suelo:
Hermosas son tambien las ricas piedras,
El dia, las flores, astros y luceros.
Mas los campos, la grama, piedras, playas,
Dia, flor, estrellas, y aun el mismo cielo,
La palma, ó VIRGEN, á una voz te cedon.
Por ser tú mas hermosa que todo ello.

AL EMINENTISIMO Y REVERENBISIMO SR. CARDENAL

Santiago Felipe Fransoni,

Prefecto de la S. C. de Propaganda Fide,
etc., etc., etc.

EMINENTISIMO SR. Y AMIGO.

Hace mucho tiempo que deseaba dar á V. E. un público testimonio del afecto y profunda veneracion que le profeso, por las muchas y esclarecidas virtudes que á manera de oro purisimo en V. E. brillan y con toda justicia le atraen la general admiracion. Si la pureza y santidad de costumbres, junto con la pericia en las cosas divinas, son las dos prendas que hacen apreciable al Hombre de Iglesia y á un Personaje revestido de la mas sublime dignidad; ¿quién mejor que V. E. ha ofrecido reunidas en sí esas dos nobles prerogativas en los altos é importantes officios que, para ejemplo y edificacion de los buenos, desempeñó primero en Portugal, y ahora en Roma, principalmente en la Prefectura de la Sagrada Congregacion de Propaganda Fide, que la santidad de N. S. Papa GREGORIO XVI, justo conodor y apreciador del verdadero mérito, quiso fiar á

004530

su vigilante esmero, como á aquel á quien mejor sentaba tal encargo? Además, entre las virtudes de V. E., fruto de una sólida y religiosa piedad, resplandece en particular la mas tierna devoción á nuestra carísima Madre Maria, á la cual ha consagrado los mas puros afectos de su filial corazón; afectos que sin duda le son por demás agradables y aceptos. Y hé aquí por qué habiendo yo meditado ya hace tiempo, y llevado hoy á término, un trabajo teológico sobre la immaculada Concepcion de nuestra excelsa Reina, he creído muy oportuno dedicarlo á V. E., que profesa sobre el particular la misma doctrina que yo defiendo, y que, por otra parte, se dignó mas de una vez excitarme á componerlo; y, compuesto que fuese, á darlo á luz. Reciba, pues, V. E. con bondad esta ofrenda, no por lo que en sí valga, sino en gracia de su argumento, que no dudo le será tanto y mas agradable que cualquier otro. De este modo me dará V. E. una nueva prueba de la amistad con que me honra hace largo tiempo, y obligará á la par mi gratitud á corresponderle con otro tanto afecto y obsequio; en el cual, besando respetuosamente la mano á V. E., me precio de ratificarme

De V. E. humilísimo, afectísimo,
verdadero Servidor y Amigo,

L. Card. Lambroschini,
OBISPO DE SABINA.

Roma 25 de Diciembre de 1842.



DISERTACION POLÉMICA SOBRE LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA.

EL asunto que en esta breve y polémica Disertacion vamos á tratar, ejercitó ya las doctas plumas de los mas insignes escritores, entre los cuales bastará citar aquí á San Alfonso de Liguori, el cardenal Sfondrati, Suarez, el jesuita Budrolio, el padre Trombelli, el capuchino Luis Francisco de Argentario, el Federici, y muchos otros, por no hablar de la numerosa multitud de teólogos de la esclarecida y benemérita orden Franciscana, que en todos tiempos y con edificante celo han sustentado y defendido el hermoso privilegio de la Gran Madre de Dios, que consiste en haber sido concebida sin la menor sombra de pecado original. Esto no obstante, nos hemos propuesto sostener, segun lo permita la cordedad de nuestras fuerzas, la santa causa de nuestra comun Madre; no porque así sea necesario, ó porque de nosotros se pueda esperar cosa nueva despues de tanto como se ha dicho y escrito por otros: sino para ofrecer tambien á la Reina celes-

su vigilante esmero, como á aquel á quien mejor sentaba tal encargo? Además, entre las virtudes de V. E., fruto de una sólida y religiosa piedad, resplandece en particular la mas tierna devoción á nuestra carísima Madre Maria, á la cual ha consagrado los mas puros afectos de su filial corazón; afectos que sin duda le son por demás agradables y aceptos. Y hé aquí por qué habiendo yo meditado ya hace tiempo, y llevado hoy á término, un trabajo teológico sobre la immaculada Concepcion de nuestra excelsa Reina, he creído muy oportuno dedicarlo á V. E., que profesa sobre el particular la misma doctrina que yo defiendo, y que, por otra parte, se dignó mas de una vez excitarme á componerlo; y, compuesto que fuese, á darlo á luz. Reciba, pues, V. E. con bondad esta ofrenda, no por lo que en sí valga, sino en gracia de su argumento, que no dudo le será tanto y mas agradable que cualquier otro. De este modo me dará V. E. una nueva prueba de la amistad con que me honra hace largo tiempo, y obligará á la par mi gratitud á corresponderle con otro tanto afecto y obsequio; en el cual, besando respetuosamente la mano á V. E., me precio de ratificarme

De V. E. humilísimo, afectísimo,
verdadero Servidor y Amigo,

L. Card. Lambroschini,
OBISPO DE SABINA.

Roma 25 de Diciembre de 1842.



DISERTACION POLÉMICA SOBRE LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA.

EL asunto que en esta breve y polémica Disertacion vamos á tratar, ejercitó ya las doctas plumas de los mas insignes escritores, entre los cuales bastará citar aquí á San Alfonso de Liguori, el cardenal Sfondrati, Suarez, el jesuita Budrolio, el padre Trombelli, el capuchino Luis Francisco de Argentario, el Federici, y muchos otros, por no hablar de la numerosa multitud de teólogos de la esclarecida y benemérita orden Franciscana, que en todos tiempos y con edificante celo han sustentado y defendido el hermoso privilegio de la Gran Madre de Dios, que consiste en haber sido concebida sin la menor sombra de pecado original. Esto no obstante, nos hemos propuesto sostener, segun lo permita la cordedad de nuestras fuerzas, la santa causa de nuestra comun Madre; no porque así sea necesario, ó porque de nosotros se pueda esperar cosa nueva despues de tanto como se ha dicho y escrito por otros: sino para ofrecer tambien á la Reina celes-

tial una florecita al menos de nuestro pobre jardín, y demostrarle con tal ofrenda cuan tierna y constante es la filial devoción que le profesamos. Por otra parte, si no nos lisonjamos de decir cosas nuevas, espondrémos al menos bajo nueva forma las razones alegadas por otros autores sobre la materia, y hablaremos del noble asunto con tal claridad y orden, que esperamos que nuestra obra no será del todo desagradable á María, á quien la consagramos, y que merecerá la benigna indulgencia de sus verdaderos devotos que tengan la bondad de leerla.

Bajo esta íntima confianza entro en el delicado é importante asunto.

1. Y ante todo conviene definir lo que se entiende por *Concepcion*, y cual es en nuestro caso su verdadero significado, para evitar la confusion de ideas que podría resultar de la falta de nociones exactas sobre el punto que se ha de debatir.

2. Hay una concepcion *activa*, relativa á la generacion del cuerpo, y á su organizacion; y otra *pasiva*, que se verifica cuando Dios nuestro Señor infunde el alma en el mismo cuerpo ya debidamente formado y organiza-

Hay Concepcion activa, y Concepcion pasiva.

do: "Conceptio dupliciter accipi potest, vel enim est *activa*, in qua sancti Beatae Virginis parentes *opere maritali invicem convenientes praestiterunt* "ea, quae maxime spectabant ad ipsius corporis formationem, organizationem et dispositionem ad recipiendam animam rationalem á Deo infundendam; vel est *passiva*, cum rationalis anima cum corpore copulatur. Ipsa enim infusio et unio cum corpore debite organizato vulgo, nominatur *Concepcion passiva*, quae scilicet fit illo ipso instanti, quo rationalis anima corpori omnibus membris, ac suis organis constanti unitur." Asi se explica el

inmortal Benedicto XIV con el comun sentir de los Teólogos (1).

3. Al decir, pues, nosotros que la Concepcion de Maria fué inmaculada, no entendemos hablar de la Concepcion activa, ó sea de la generacion de su bienaventurado cuerpo; pues ya se sabe que el ser concebido de muger sin el concurso conyugal, es privilegio reservado solo para Jesucristo, y para nadie mas. Entendemos hablar aquí únicamente de la Concepcion *pasiva*, en la cual decimos: que su alma afortunada, al unirse con el cuerpo por virtud de la gracia santificante, en la cual fué creada, quedó immune de contraer la mas leve sombra del original reato.

La Concepcion pasiva de Maria fué inmaculada.

4. Y ¿quién querrá jamás poner en duda que fué concedido á Maria este hermoso privilegio? ¿Es creíble que Dios hubiese querido permitir la mancha del pecado en Aquella que estaba destinada nada menos que á albergar en su seno al precioso Lirio de los valles, al vaticinado por los Profetas, al esperado de las gentes, al deseado de los Colados eternos, al Salvador del mundo? ¿Faltábale acaso el poder para sustraer de la comun ley del pecado á aquella privilegiadísima criatura, su distinguida y predilecta, que habia de ser el instrumento de nuestra redencion? Y si esto podia hacer, y si á su misma dignidad convenia que lo hiciese; ¿qué dificultad hay en admitir que lo hizo, y que aplicando anticipadamente á la Virgen santa los méritos de la pasion y muerte de su benditísimo Hijo, la eximiese de la ne-

Era por demás conveniente que Maria estuviese exenta del pecado original.

(1) En la obra *De Festis D. N. J. C., B. Mariae Virginis et quorundam Sancti*, cap. xv.

cesidad de ser, ni por un breve instante, esclava del pecado, su capital enemigo? ¿Se querrá suponer por ventura, que á Maria no se le concedió mayor gracia que la dispensada á Jeremías y al Bautista, los cuales fueron santificados en el útero materno?

5. Verdad es que las santas Escrituras no afirman explícitamente, que se concediese á Maria tan singular privilegio; pero tambien es cierto, que así en el antiguo como en el nuevo Testamento se dice lo que basta para hacerlo deducir claramente. Y en efecto, ¿qué otra cosa quiere indicar Dios cuando, fulminando contra el Angel de las tinieblas figurado en la serpiente (que habia inducido á Eva, y por esta á Adán, á quebrantar el divino precepto comiendo de la fruta vedada), pronunció aquellas notables palabras que se leen en el capítulo 3.º del Génesis: *inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus*; qué otra cosa, digo, quiso indicar Dios con tales palabras, sino precisamente que Maria no estaria jamás sometida á su imperio? De otra suerte, ó si realmente debia contraer Maria la culpa de origen, ¿cómo habia de verificarse la perpetua enemistad entre Ella y el demonio, de manera que este no pudiese nunca causarle daño? Y que tal vaticinio se refiera á Maria, no lo dudan por cierto los sagrados Intérpretes; antes unánimemente lo afirman: “Per mulierem (dice oportunamente el docto P. Tirino) praecipuè de-
“signatur Beata Virgo Maria, quae pariendo nobis
“Christum.... ut facta est purissima Eva, id est
“Mater viventium: ita penitus contrivit caput et
“potentiam hujus serpentis. Primò quia nullum ne
“quidem *originale* (quod primum et quasi caput est

Esta exención se prueba con argumentos sacados de las santas Escrituras.

“omnium peccatorum) in se admisit. Deindè quia
“nullum etiam peccati fomitem, vel pravam cogitationem (quae principium, seu caput est actualis
“peccati) in se habuit. Denique quia haereses et
“tyrannides omnes per virtutem Christi seminis et
“filii sui, tam ipsa, quam Christiani omnes, qui illius
“quoque semen et filii sunt, perfectè devicit et pro-
“figavit.”

6. Además, aquellas palabras que se leen en el capítulo 4.º de los Cantares, verso 7.º: *Tota pulchra es amica mea, et macula non est in te* ¿por qué no hemos de decir que el Espíritu Santo las dirigia á Maria, á quien habia fecundado en la plenitud de los tiempos con su virtud divina, y la cual así santificada habia de ser su intemerada Esposa? Lo cierto es, que la misma Iglesia en su liturgia á Ella las consagra, y que gravísimos escritores descubren desde luego en dichas palabras el privilegio de su inmunidad, respecto al pecado original: *Ideo immaculata*, dice Sofronio citado por San Gerónimo, *quia in nullo corrupta* (1); luego si en cosa alguna estuvo sujeta á corrupcion, tampoco lo estuvo en su primera concepcion.

7. Alegan á veces algunos el sabido texto de San Pablo, quien en su primera Carta á los Corintios, afirma: que todos sin excepcion mueren en Adán con la muerte del pecado: *in Adam omnes moriuntur*; de donde inferen, que siendo sin disputa la Beatísima Virgen descendiente de Adán, debia tambien, á la manera de todos los demás mortales, ser concebida en el pecado original. Se admite sin sombra de duda la ley general

D: la primera Carta de S. Pablo á los Corintios nada se deduce contra la Inmaculada Concepcion de Maria.

(1) Hieron. Serm. de Assumptione.

recordada por San Pablo respecto de toda la descendencia de Adán: pero yo pregunto ¿si Dios podia ó no, segun el beneplácito de su graciosísima voluntad, eximir á Maria de la ley general á que están sujetos todos los hombres; Si podia, y si la dignidad de Madre del Verbo Humanado exigia que lo hiciese, ¿por qué negar que lo hizo? ¿Y qué! ¿no hay acaso otras leyes generales que comprenden á todo el resto de los hijos de Adán, de las cuales sin embargo estuvo exenta Maria; sin que tal exencion pueda probarse con palabras terminantes y expresas de la santa Escritura? Así, por ejemplo, es ley comun que todas las mugeres conciban á sus hijos por la via ordinaria; y la Bienaventurada Virgen se eximió, habiendo ella misma concebido por obra del Espiritu Santo.—Es ley comun que todas las mugeres cesen de ser vírgenes cuando llegan á ser madres: y la Santísima Virgen no estuvo sujeta á tal ley, por quanto es una Madre vírgen, que con haber dado á luz al Hijo de Dios, nada perdió de su vírginal integridad, la cual llegó á su perfeccion con la merced de tal parto.—Es ley general que todas las madres paran con dolor: *in dolore paries*; y la Santísima Virgen estuvo exenta de esa ley, como que Santo Tomás dice expresamente, que sintió grandísimo placer cuando dió á luz á su divino Hijo: *in partu Virginis nullus fuit dolor, sed maxima jucunditas* (1).—Es ley comun que todos los hijos de Adán estén sujetos á algun pecado actual; y la Santísima Virgen no va comprendida en ella, siendo comun creencia de la Iglesia que nunca cometió pecado actual alguno en todo el curso de su vida.—Es ley general que los cuerpos humanos se reduzcan á polvo despues de su muerte; y la Santísima

(1) 3. p. q. 35, *ad quartum, ubi dicitur: et non fuit dolor* (1)

ma Virgen no sufrió tan rigurosa pena; pues es sabido, que despues de su muerte su cuerpo permaneció tres dias en el sepulcro, resucitó á semejanza de Cristo, y fué triunfalmente recibida en el Cielo el dia de su Asuncion.—Ahora digo yo: si es sentencia católica, por nadie contradicha, que la Virgen Santísima estuvo exenta de tantas leyes generales comunes á todo el resto de los humanos; ¿qué dificultad hay en admitir que Dios la habia eximido tambien de la del pecado original que mancha universalmente á toda la familia de Adán? La opinion contraria me parece tan repugnante á la sublime dignidad de Madre de Dios, como que entiendo debe ser tenida por teológicamente absurda.

6. Movidos, segun yo creo, de tan graves reflexiones los Padre Tridentinos, mostráronse no solo propensos, sino en determinado instante resueltos á decidir esta cuestion en el modo que proponia el piadosísimo Cardenal Pacheco; ciertas atenciones empero y el amor de la paz indujeron luego el santo Congreso á terminar el negocio en los términos que expresa el decreto *de peccato originali*, relatado en la sesion V del mismo Concilio. Hé aquí como se expresa el docto y puntualísimo Cardenal Pallavicini en su Historia del Concilio de Trento, libro VII, capítulo VII: "Además de las cuestiones sobre la disciplina, se examinaron diligentemente los decretos para la definicion de los dogmas sobre el pecado original. E instando el Pacheco desde el principio que se definiere la cuestion respecto de la Madre de Dios, se le tuvo por artificioso proponente de materia que no podia decidirse en la próxima sesion. Mas luego se vió que procedia con sincera devocion á la bienaventurada Virgen. Y

Tendencia del Concilio de Trento á favor de nuestra opinion.

"poco antes habian llegado dos Teólogos de su na-
 "cion, allá mandados por el Pontífice, Diego Lai-
 "ñez y Alfonso Salmeron, del primero de los cuales
 "especialmente cuentan las memorias antiguas de
 "nuestra Compañia que habló repetidas veces y con
 "elocuencia en pro de la opinion favorita de Pache-
 "co. Leyóse, pues, en una Asamblea general, á
 "los 8 de junio, el decreto sobre la culpa original
 "en los términos que se habia acordado en las jun-
 "tas particulares; y viendo el Pacheco que la deci-
 "sion definitiva de la cuestion no era cosa de pocos
 "dias, propuso que á la proposicion universal que
 "declaraba comun á todos los hombres aquel peca-
 "do, se añadiesen las siguientes palabras: *en cuan-
 "to á la Bienaventurada Virgen, nada entiende re-
 "solver el Sagrado Concilio; bien que piadosamente
 "se cree, que fué concebida sin pecado original.* Con-
 "formáronse desde luego la mayor parte con la pro-
 "puesta; pero los Obispos y otros vocales de la Or-
 "den Dominicana contradijeron ardentemente la
 "adicion, y tuvieron secuaces que se opusieron, di-
 "ciendo: que declarándose piadoso el creer una par-
 "te, venia á declararse impio el creer la otra; y
 "que esto era resolver tácitamente la cuestion. De
 "aquí vino que se acordase buscar expresiones, de
 "las cuales no se pudiese deducir prejuizada ningun-
 "a de las dos opiniones, quedando ambas en el
 "mismo estado en que á la sazón se hallaban en la
 "Iglesia. A consecuencia de este acuerdo, en las
 "juntas de Teólogos se redactó el decreto en la for-
 "ma siguiente: *El Santo Concilio declara: que no es
 "su intencion por este decreto, donde habla del peca-
 "do original, comprender á la Bienaventurada Vir-
 "gen Maria, Madre de Jesucristo, de cuyo punto no
 "entiende al presente declarar mas de lo que fué de-
 "cretado por Sixto IV, de feliz memoria.*

"No quedó satisfecho con esto el Cardenal de
 "Glaen, quien alegaba, que en la pasada Asamblea
 "ó Congregacion mas de las dos terceras partes de
 "votos habian consentido en la expresada adicion:
 "*que piadosamente se cree que fué concebida sin pe-
 "cado original.* Esta piedad de la sentencia no po-
 "dia absolutamente negarse, en cuanto no solo to-
 "das las Ordenes Regulares, menos una, y todas
 "las Academias se adherian á tal creencia como á
 "la mas pia, sino que tambien la Iglesia celebraba
 "con solemne rito la fiesta de la Concepcion. Los
 "Legados estaban divididos en opiniones, pues el
 "Cardenal del Monte profesó creer en la Concep-
 "cion inmaculada; del Cervino, cuenta el Massare-
 "llo, que seguia la contraria; y del Polo no tengo
 "noticia; pero los tres convenian en no dejar cundir
 "desavenencias entre las partes católicas, ni usar
 "expresiones ó palabras que ofendiesen á alguna de
 "ellas. Pero el Cervino hizo presente, que si en la
 "anterior reunion habian dicho los Obispos alguna
 "cosa sobre el particular, no lo habian hecho á in-
 "stancias de los Legados, ni en forma válida para
 "decretar; que en la anterior Congregacion del 28
 "de mayo se habia establecido que respecto de esta
 "controversia no se tomase resolucion definitiva, y
 "se mantuviesen ilesas ambas partes; y que si la fór-
 "mula propuesta se consideraba perjudicar á algu-
 "na de ellas, podria mudarse; pero que de lo con-
 "trario no convenia introducir otra, con la cual por
 "via oblicua se resolviese lo que el Concilio no que-
 "ria conceder directamente. Entonces el Obispo
 "de Astorga propuso: que se borrase la parte en que
 "se decia, que el Concilio por ahora no entendia de-
 "clarar cosa alguna; llevando en esto á mi parecer
 "la idea de que al menos quedase declarado, que en
 "la universal afirmacion del pecado original contrai-

do por todos los hombres, no va necesariamente comprendida la Virgen; pero que el argumento de aquí sacado por la parte contraria no hace menos probable su inmunidad.

“Aplaudieron tal proposición el Bertano y los demás Dominicos, como así suelen hacerlo los que se hallan en mayor riesgo de perder su causa; pero el Cardenal Pacheco y los que como él opinaban no se dieron por satisfechos. Fueron de nuevo recogidos los pareceres, y resultó larguísima aquella Congregación. El resultado fué que, si bien los mas tenían por verdadera la Concepción sin pecado, también prefirieron abstenerse de juzgar la sentencia contraria. Así es que los términos del decreto fueron aprobados, según propuso el de Astorga con gran sentimiento del Pacheco (1).”

9. Y realmente pasaron las cosas tales como las cuenta Pallavicini. Así es que el sacrosanto Concilio, después de haber autorizadamente establecido en su decreto el dogma de la trasmisión del pecado original á toda la descendencia de Adán, añadió la siguiente importantísima cláusula: “Declarat tamen haec ipsa Sancta Synodus non esse suae intentionis comprehendere in hoc Decreto, ubi de peccato originali agitur, Beatam et Immaculatam Virginem Mariam Dei Genitricem; sed observan-

Declaración del Concilio.

(1) El que desea mas extensas noticias de la historia de este decreto, podrá leer el Padre Strozzi en su *Controversia della Concezione della B. Vergine*, y el P. Piazza en su causa *Inmaculatae Conceptionis Matris Dei Mariae*; citados por el eruditísimo abate Zacarias, en sus notas al Pallavicini. El segundo refutó magníficamente á Launojo y á Dupin, declarados enemigos de la Inmaculada Concepción de María.

“das esse Constitutiones felicis recordationis Sixti Papae IV sub poenis in ejus Constitutionibus contentis, quas innovat.”

10. Sin embargo, de la referida historia y del tenor del decreto se deducen claramente dos cosas: 1.ª que la mayor y mas notable parte de los venerables Padres del Concilio se manifestaron persuadidos de la inmunidad de la Beatísima Virgen respecto del pecado original, y que estaban en consecuencia dispuestos á emitir un fallo solemne en este sentido, si, como observa Pallavicini, el cese de no dar margen á discordias en aquellas circunstancias y otras prudentes consideraciones no les hubiesen aconsejado adoptar por entonces un partido de paz y moderación: 2.ª que por otra parte declararon solemnemente que no era su intención comprender en el decreto á la Bienaventurada Virgen, verdadera Madre de Dios.

La declaración del Concilio Tridentino confirma la inmunidad de María respecto del pecado original.

Ahora bien; este modo de expresarse ¿no equivale á una verdadera excepción establecida por los Padres Tridentinos respecto de María? De otra suerte, ¿cómo hubieran podido decir, que no entendían comprenderla en el decreto del original reato? Y, ¿qué significa en realidad el no ir comprendida sino el estar excluida? Según el espíritu, pues, y la letra del citado Texto, se deduce que la mente de los Padres Tridentinos fué: que María en su Concepción estuvo libre del pecado original. Que tal fué la mente de aquellos Padres, lo demuestra también el título de *Inmaculada* que dán á la Virgen en su declaración, cuando el significado que quiere darse á esta voz ó título queda determinado por la calidad de la mancha, de que hablaba el decreto: este se refería al pecado original, y no á la culpa actual; lue-

go en tanto se llamó *Inmaculada* Maria, en cuanto se tenia intencion de decir, que no fué concebida en pecado original.

11. Se dirá que el Concilio Tridentino renovó en la misma declaracion las dos sabidas Constituciones de Sixto IV, quien, bajo pena de excomunion reservada al Romano Pontífice, prohibió que ninguna de las dos partes predicase, escribiese ó enseñase que era pecado y heregia sostener la opinion respectivamente contraria. Mas, ¿qué prueba esto? Prueba únicamente, que el Sagrado Concilio no quiso emitir decision alguna sobre la materia, cosa realmente cierta y que nosotros no negamos. Pero, ¿perjudica acaso este hecho á nuestra interpretacion sobre la tendencia de aquellos Padres, exceptuando unos pocos, á favorecer la opinion que sostiene la absoluta inmunidad de Maria respecto del pecado original? No por cierto: y tanto mas quanto en una de las Constituciones Sixtinas confirmadas y restablecidas por dichos Padres, despues de haber dicho aquel Sumo

Pontífice: "dignum, quin potius debitum reputamus, "universus Christi fideles, ut Omnipotenti Deo... "de ipsius Inmaculatae Virginis mira Conceptione "gratias et laudes referant, et instituta propterea in "Ecclesia Dei, Missas et alia divina Officia dicant "et illis intersint;" pasa luego á abrir los tesoros de la Iglesia en favor de los fieles "utriusque sexus qui "Missam et Officium Conceptionis ejusdem Virginis "gloriosae.... in die festivitatis Conceptionis ejusdem Virginis Mariae, et per octava ejus, devotè "celebraverint et dixerint, aut illis horis canonicis "interfuerint, quoties id fecerint, eandem prorsus

En vano se afanan los adversarios para dar á la declaracion un sentido contrario á la pia sententia, fundándose en la renovacion acordada de las Constituciones Sixtinas.

"indulgentiam et peccatorum remissionem consequantur, quam juxta felicis recordationis Urbani "IV in Concilio Viennensi approbatae, ac Martini "V et aliorum Romanorum Pontificum Praedecessorum Nostrorum Constitutiones consequuntur illi, "qui Missam et Horas Canonicas in Festo Corporis et "Sanguinis Domini Nostri Jesu Christi à primis Vesperis, et per illius octavas, juxta Romanae Ecclesiae constitutionem celebrant, dicunt, aut Missae, "Officio, et Horis hujusmodi intersunt." Todo el mundo ve, pues, que el favor acordado á esta fiesta es muy grande; y el haberlo concedido en la misma forma que lo habia sido á la fiesta y octava del Cuerpo del Señor, prueba bastante cual era sobre el particular la doctrina de la Sede Apostólica; y no olvidemos que las Constituciones Sixtinas fueron confirmadas y renovadas en todas sus partes por el Tridentino. Concluyamos, pues, que si los Padres de aquel Concilio, por las razones que alega el Cardenal Pallavicini, se abstuvieron de resolver la cuestion sobre la Inmaculada Concepcion de Maria, con su declaracion por otra parte entendieron favorecer nuestra opinion con preferencia á la contraria, aunque por ellos no se condenase abiertamente.

12. Mucho antes que el Tridentino habia el Concilio de Basilea, no obscuramente sino con toda claridad, declarado la doctrina sobre la Concepcion de la Beatissima Virgen Maria, libre de toda mancha "tamquam piam et consonam cultui ecclesiastico, fidei catholicae, rectae rationi, et Sacrae Scripturae ab omnibus Catholicis approbandam, tenendam et amplectendam," y que por tanto á nadie era lícito predicar ó enseñar lo contrario: "Nulli de cetero licitum esse in contrarium prae-

Definicion del Concilio de Basilea adoptada por el Sinodo provincial de Avinion.

dicare et docere. Esta definicion fué luego renovada por un Sinodo provincial de Aviñon, citado tambien por Benedicto XIV en su ya mencionada obra *De festis Sanctorum*. Ni por esto hay que hacer cargos al Sinodo Aviñonense, ya que la doctrina es verdadera, aun cuando la declarase como de fe un Concilio que habia dejado de ser legitimo, y se habia convertido en un verdadero Conciliábulo. De hecho abrazaron esta doctrina, no solo un gran número de Teólogos italianos, franceses, alemanes, polacos, flamencos, ingleses, escoceses, españoles, portugueses y orientales, sino tambien muchas Academias y Universidades, y señaladamente la de París, la cual en 1496 no vaciló en obligar á sus miembros con la santidad del juramento á defenderla, conminando á los contraventores con la pena de expulsion de la Universidad y pérdida de sus grados y privilegios (1).

(1) Hé aquí el tenor del estatuto acordado por aquellos Doctores. „Universi tertio congregati post multam, gravem et maturam deliberationem, in ejus piissimae doctrinae, quae benedictissimam Dei Matrem ab originali peccato, Dei singulari dono, fuisse praeservatam affirmant; quamque jampridem veram credidimus, et credimus defensionem et propugnationem speciali sacramento conjuravimus; nosque devovimus; statuentes, ut nemo deinceps sacro huic nostro Collegio adscribatur, nisi se hujus religiosae doctrinae assertorem, strenuumque propugnatorem semper pro viribus futurum simili juramento profiteatur. Quod si quis ex nostris, quod absit, ad hostes Virginis transfuga, contrariae assertionis, quam falsam, impiam et erroneam judicamus, spreto non nostra tantum, sed Synodi et Ecclesiae, quae procul dubio summa est, auctoritate, patrocinium quacunque ratione auscipere ausus fuerit, hunc honoribus nostris omnibus privatum atque exauctoratum à nobis et consortio nostro, velut ethnicum et publicanum procul abjiciendum decernimus.”

La misma Universidad, floreciente entonces en varones doctísimos, llegó hasta á declarar, que era como de fé la doctrina que asegura que la Beatísima Virgen fué concebida sin sombra de culpa.

13. Lo que mas debe notarse en particular, es que los Romanos Pontífices lejos de haber nunca rechazado ó contrariado nuestra sentencia, mas bien la han secundado y protejido. Sixto IV, en su ya citada Constitucion de 1476, que empieza: *Cum praecelsa meritorum insignia*, además de las Indulgencias concedidas á los devotos de la Inmaculada Concepcion de Maria, prescribió tambien la Misa y Oficio en su honor con la siguiente oracion: „*Deus qui per IMMACULATAM VIRGINIS CONCEPTIONEM dignum Filio tuo habitaculum praeparasti, concede quaesumus, ut sicut ex morte ejusdem Filii sui praevista, eam ab OMNI LABE praeservasti, ita nos quoque mundos, ejus intercessione, ad Te pervenire concedas.*” Esta oracion se usó en la Iglesia

Favor dispensado por los Sumos Pontífices á la opinion de la Concepcion Inmaculada de Maria.

Católica por el espacio de casi cien años, esto es, desde el Pontificado de Sixto IV hasta el de Pio V. Es sabido con efecto que en 1568 suprimió este Pontífice el Oficio de la Concepcion impreso y publicado en tiempo de Sixto IV, concediendo solo á la Orden Franciscana la facultad de poderlo rezar. Mas lo hizo, no porque en dicho Oficio hubiese alguna cosa digna de censura, sino tan solo para prescribir en toda la Iglesia una manera uniforme de públicas oraciones, puesto que entonces se conocian varios Oficios de la Concepcion de la Santísima Virgen, como el de Leonardo de Bussis, el de Francisco Quignoni, el de Roberto Guagnini, y otros. Entre tantos Oficios creyó oportuno aquel Pontífice

escoger el del abate Helsino, segun el rito y la forma establecida en el Oficio de la Natividad, sustituyendo únicamente la palabra *Conceptionis* á la de *Nativitatis*. De lo cual parece incontestablemente deducirse, que San Pio V no oscureció sino que ilustró mas bien el culto de la Inmaculada Concepcion de Maria. Al modo, pues, que la Iglesia en la fiesta de su Natividad no celebra su santificacion en cualquier tiempo que sucediese, sino que celebra como á santa su Natividad, así tambien en la fiesta de la Concepcion no celebra la santificacion, sino que venera como á santa é inmaculada la Concepcion de esta Santissima Virgen. Y aquí es muy de notar que San Pio V fué quien en el Breviario Romano y en el Calendario eclesiástico declaró de precepto en toda la Iglesia la fiesta de la Concepcion de Maria; con cuyo hecho me parece bastante declarado el favor que aquel Pontífice se propuso dispensar al culto de la Inmaculada Concepcion de Maria.

14. En 1616 Paulo V, bajo las penas y censuras contenidas en la Constitucion de Sixto IV, decretó que ni en el púlpito, ni en la cathedra, ni en las conclusiones y otros actos públicos cualesquiera, nadie se atreviese á sustentar que la Beatissima Virgen fue concebida en el pecado original. Y como poco despues, ó sea en 1622 se suscitaron entre el pueblo cristiano escándalos, disensiones y discordias, con motivo de la sentencia contraria, Gregorio XV amplió inmediatamente y extendió el decreto de Paulo V, hasta á los escritos y coloquios particulares, "mandans et praecipiens omnibus et singulis supradictis, ne de coetero, donec articulus hujusmodi á sede Apostolica definitus, vel per Sanctitatem suam, et Sedem Apostolicam fuerit aliter ordinatum, neque etiam in

Prohibicion de hablar contra la exencion de Maria del pecado original.

"sermonibus et scriptis privatis audéant, asserere, quod eadem Beatissima Virgo fuerit concepta cum peccato originali, nec de hac opinione affirmativa aliquo modo agere, seu tractare, exceptis tamen, quibus á Sancta Sede Apostolica fuerit aliter super his specialiter indultum." Concedió despues á los Padres Dominicos con Indulto del 28 de Julio del propio año, "ut in quibuscumque privatis eorum colloquiis, seu conferentiis inter se dumtaxat, et non inter alios, aut cum aliis, de materia ejusdem Conceptionis B. M. V. disserere et tractare absque ullo poenarum, in dictis decretis contentarum incurso liberè et licitè possint." Mandó además y ordenó bajo gravísimas penas á todas y cada una de las personas eclesiásticas que tanto en el rezo del divino Oficio, como en la celebracion de la Misa, así en público como en particular, no usásen otro nombre que el de *Concepcion*. Y eso porque algunos habian sustituido la voz *santificationis* á la de *Conceptionis*; con lo cual daban á entender, que no veneraban la animacion de la B. Virgen, sino su mundacion del pecado original por la gracia santificante.

15. Resulta, pues, del Decreto Gregoriano que á la contraria sentencia le fué prohibido todo humano comercio, y quitada la facultad de aparecer ni privadamente, ni en público, ni de palabra, ni por escrito, de suerte que solo la piadosa sentencia así en privado como en público, de palabra y por escrito, siempre y en todas partes era la única que podia ser escuchada y defendida. En tanto, pues, la primera sentencia, ó sea la que niega á la B. Virgen la inmunidad del pecado original, fué condenada á la pena de tan rigoroso silencio, en cuanto se reconoció que

Así en privado como en público no podia ser sustentada sino la sentencia favorable al privilegio de Maria.

no andaba conforme con la tradicion eclesiástica ni con la piedad cristiana.

16. Finalmente siguió las huellas de sus predecesores Alejandro VII hablando en su Constitucion *Sollicitudo omnium Ecclesiarum*, expedida el año 1661, en los términos siguientes:

“Nos considerantes... volentesque laudabili huic pietati, et devotioni, et festo, et cultui secundum illam exhibitio in Ecclesia Romana, post ipsius cultus institutionem numquam immutato, Romanorum Pontificum Praedecorum Nostrorum exemplo fovere, nec non tueri pietatem et devotionem hanc colendi et celebrandi, Beatissimam Virginem, praeviente scilicet Spiritus Sancti gratia à peccato originali praeservatam... Constitutiones, et Decreta à Romanis Pontificibus Praedecoribus Nostris, et praecipue à Sixto IV, Paulo V, Gregorio XV, edita in favorem sententiae asserentis animam B. Mariae Virginis in sua creatione et in corpus infusione, Spiritus Sancti gratia donatam, et à peccato originali praeservatam fuisse, nec non in favorem Festi, et Cultus Conceptionis ejusdem Virginis Deiparae secundum piam istam sententiam, ut praefertur, exhibiti, innovamus, et sub censuris et poenis in iisdem Constitutionibus contentis, observari mandamus.”

17. Siendo, pues, tantos, tan declarados y solemnes los actos emanados de los referidos Sumos Pontifices, y no pudiéndose citar un solo acto posterior que favorezca á la sentencia ú opinion contraria; es claro que la Santa Sede Apostolica, lo mismo que toda la Iglesia, se ha mostrado siempre, como se muestra todavia, propensísima á secundar la doctrina que defiende, que Maria estuvo libre del pecado

Alejandro VII. renueva y confirma las Constituciones de sus predecesores, en favor de la Inmaculada concepcion de Maria.

de origen, aun quando no la haya todavia declarado artículo de fé.

18. Mas pasemos ya á ver como opinan sobre este punto los Santos Padres que nos han trasmitido la sagrada tradicion de la Iglesia, y cuya autoridad debe invocarse siempre en todas las cuestiones de disciplina eclesiástica y de creencia católica. Francamente confesamos que en los dos primeros siglos de la Iglesia se nota un profundo silencio acerca del punto de que se trata. Pero este silencio, lejos de perjudicar á nuestra doctrina, prueba mas bien, segun buena critica, que la misma era entonces universalmente profesada y creida. Asi es que en los dos primeros siglos Maria era con particular devocion venerada por todos, y mirada como privilegiadísima, atendida su sublime dignidad de Madre de Dios, y tal que por la abundancia de gracia nunca hubo quien la igualase. Es indudable que si tal vez alguno de los Doctores hubiese dudado de su inmunidad respecto del pecado de origen, otros hubieran tomado su defensa, y en los escritos de aquellos dos siglos halláramos algun indicio de la controversia; pero ningun vestigio ó recuerdo se halla, y por consiguiente el silencio de los dos primeros siglos de la Iglesia, no desvirtúa en nada la creencia de la Inmaculada Concepcion de Maria, sino que antes bien la supone.

El silencio de los dos primeros siglos no perjudica á la Inmaculada Concepcion de Maria, antes bien la supone.

19. Esta suposicion se funda además en un documento bastante respetable, cual es la conocida Carta de los Sacerdotes y Diaconos de la Aca-

Documento que justifica tal suposicion.

del glorioso Apóstol San Andrés, y el discurso que antes de su pasión pronunció en presencia del Proconsul Egea. Así se explicó el Santo Apóstol: *Et propterea, quod ex immaculata terra creatus fuerat primus homo, necesse erat ut ex Immaculata Virgine nasceretur perfectus homo, quo Filius Dei, qui ante considerat hominem, vitam aeternam quam perderant homines, repararet.* Esta comparación de la Tierra Virgen nos presenta á Maria Inmaculada desde su origen, puesto que la tierra de la cual fue formado el primer hombre era virgen, y Dios todavía no había dicho á Adán *maledicta terra in opere tuo* (1). Creyóse en un principio que este documento era inventado, ó á lo menos sospechoso; porque estaba en latín, y no se conocía el ejemplar griego; pero luego que éste fué encontrado en la Biblioteca Bodlejana, y publicado por Carlos Cristian Vuogo, escritor protestante, cesó toda duda, en términos que el célebre Morcelli no tuvo dificultad de insertarlo como auténtico y genuino en su Calendario de la Iglesia Constantinopolitana en el lugar correspondiente al 50 de noviembre. De este documento resulta, pues, que la creencia de la Inmaculada Concepción de Maria, era profesada por los fieles ya en los dos primeros siglos de la Iglesia, y que tiene en su favor un luminoso testimonio apostólico.

20. Pasemos ahora al siglo tercero. En él aparece Orígenes, quien, no por vía apologetica, pues nadie dudaba de ello, sino en forma de discurso, habla de Maria en términos bastante claros para poder deducir, que pensaba lo mismo que nosotros en orden al privilegio de aquella divina Señora. Hé aquí, ó si no, como

Orígenes admite el bello privilegio de Maria.

(1) Gen. cap. 8. v. 17.

se explica en la Homilia VI in *Lucam*: "Quia verò Angelus novo sermone Mariam salutavit, quem in omni scriptura inveniri non potui, et de hoc pauca dicenda sunt. Id enim quod ait *Ave gratia plena*; quod grace dicitur..... ubi in scripturis alibi legerim non recordor, sed neque ad virum istiusmodi sermo est *salve, gratia plena*. Soli Mariae haec salutatio servatur. Si enim scivisset Maria et ad alium quempiam similem factum esse sermonem, habebat quippe legis scientiam, et erat sancta, et prophetarum vaticinia quotidiana meditatione cogitaverat, numquam quasi peregrina eam salutatio terruisset." Ahora debo añadir que la voz griega..... no solo significa *llena de gracia*, segun la version de la Vulgata, sino que puede significar tambien *formada en gracia*. Y que este es el significado que dá Orígenes á dicha voz, se infiere claramente de su *Homilia I*, citada por San Alfonso de Liguori, donde dice de Maria: que *nec serpentis venenosi afflatibus infecta est*. Luego si Orígenes opinó que la serpiente maligna, ó sea el demonio, nunca empañó á Maria con su pestifero aliento, fuerza es deducir que, segun el mismo escritor, nunca fué manchada Maria con el pecado original.

21. Tenemos además la Liturgia de la Iglesia griega de que habla Lebrum (1), mucho mas antigua que la de San Juan Crisóstomo, en la cual es llamada Maria *omni ex parte immaculata*; lo cual indica bastantemente que aquella Iglesia la creia concebida sin culpa original.

Y antes de Lebrum ya el Jesuita Padre Wanguereck, en su exquisita obra titulada: *Pietas*

La Liturgia y los Menologios griegos confirman nuestra doctrina.

(1) Tom. 4, pág. 408.

Mariana Graecorum, impresa en Mónaco por Wagnerio en 1647, consignó muchos pasages de los antiguos Menologios griegos, que llaman á Maria *ora omni naevo intacta*: ora la única que se libró de la muerte espiritual del pecado: ora la que *ab aeterno munda fuisse dignoscitur*: ora en fin, *sola ab aeterno digna quae Deipara feret*. Esta obra, muy rara en el día, y que ha llegado á nuestra noticia cuando teníamos ya muy adelantada esta Disertacion, mereció los mas espléndidos elogios de dos doctísimos Cardenales, como fueron Baronio y Sirleto, dejando aun aparte á los Bolandistas, quienes la tuvieron en muy alto aprecio.

22. Pasando ahora al siglo IV, merece ser citado San Anfiloco, Obispo de Iconio, quien en su oracion cuarta in *S. Deiparam*, dice: que Dios habia formado á la Virgen *sine macula, et sine peccato*.

San Ambrosio, en su exposicion sobre el Salmo 118, comentando el versículo séptimo, la llama *Virgo per gratiam ab omni integra labe peccati*. Y ciertamente que aquí el Santo Doctor no hace distincion alguna entre los pecados actuales y el pecado original; luego, segun su opinion, Maria estuvo tambien exenta de éste: de otra suerte no podia decirse *integra* de toda mancha de culpa.

San Epifanio, que murió el año 403, en su opúsculo *De laudibus Virginis* se expresa así: *Solo Deo excepto, cunctis superior extitit, natura formosior est ipsis Cherubim, Seraphim, et omni exercitu Angelorum..... Ovis immaculata, quae peperit Agnum Christum*.

23. Continúa la série de los Santos Padres.

Santos Padres del siglo IV favorables á la piadosa sentencia de la exencion de Maria del pecado original.

San Gerónimo, Doctor de grande autoridad, comentando el Salmo setenta y siete, al explicar aquella frase *Et deduxit eos in nube diei*, dice: "Ecce Dominus venit Aegyptum in nebula levi. Nubem levem, aut pro-priè Salvatoris Corpus debemus accipere quia leve fuit, et nullo peccato praegravatum: aut certe nubem levem debemus Sanctam Mariam accipere, nullo semine humano praegravatum. Ecce Dominus venit in Aegyptum saeculi istius super nubem levem Virginem, et deduxit eos in nube diei. Pulchrè dixit diei; *nubes enim illa non fuit in tenebris, sed semper in luce*." Ahora bien, si segun la doctrina de San Epifanio, despues de Dios viene Maria, cuya naturaleza es mas hermosa y esclarecida que la misma naturaleza de los Angeles; y si la Virgen, segun San Gerónimo, fué figurada en aquella leve nubecilla que vaticinó el Profeta, la cual estuvo siempre en la luz y nunca en las tinieblas; es evidente que esos dos gravísimos Doctores creyeron á Maria immune del pecado de origen; pues si este hubiese podido contaminar la siquera por un solo instante, ¿cómo se verificaria en Ella que *non fuit in tenebris, sed semper in luce*?

24. Mas pasemos á tratar de la doctrina de San Agustin, de la cual tanto han abusado los sostenedores de la sentencia contraria. Refutando aquel gran Doctor (que debe ser considerado como la expresion y el organo de todos los Santos Padres que le precedieron) á Pelagio, quien aseguraba que todos los hijos de padres bautizados nacen libres del pecado original, así se expresa: "Excepta itaque Sancta Virgi-

Notable testimonio de S. Gerónimo en favor de nuestra doctrina.

Grave testimonio de San Agustin sobre esta materia.

"ne Maria, de qua, propter honorem Domini, nullam
 "priorum, cum de peccatis igitur, haberi volo quaes-
 "tionem; unde enim scimus quod ei plus gratiae
 "collatum fuerit ad vincendum omni ex parte pecca-
 "tum, quae concipere ac parere meruit quem constat
 "nullum habuisse peccatum? Hac ergo Virgine ex-
 "cepta, si omnes illos Sanctos, et Sanctas, (esto es-
 "de la antigua ley) cum hic viverent, congregare
 "possemus, et interrogare, utrum essent sine peccato:
 "quid fuisse responsuros putamus, ultrum hoc, quod
 "iste dicit, an quod Joannes Apostolus? Rogo vos,
 "quantalibet fuerint in hoc corpore excellentia sanc-
 "titatis, si de hoc interrogari potuissent; nonne una
 "voce clamarent: si dixerimus quia peccatum non
 "habemus, nos ipsos decipimus, et veritas in nobis
 "non est?"

25. Y á Juliano que le objetaba: "Tu ipsam
 "Mariam diabolo nascendi conditione transcribis,"
 cual si el Santo Doctor hubiese dicho
 que Maria, segun la condicion de la
 naturaleza, debia haber pertenecido
 al demonio en su nacimiento; le res-
 pondió al momento: "Non transcribi-
 "mus Mariam diabolo conditione nas-
 "cendi; sed quia ipsa conditio solvitur
 "gratia renascendi (1);" con cuyas pa-
 labras vino á decir: que Maria estuvo libre del pe-
 cado original, en virtud de una gracia enteramente
 particular que la preservó de aquella mancha. Ni
 sirve oponer á este sentido del Santo Doctor la
 palabra *renascendi*, como si con ella hubiese que-
 rido significar, que Maria salió de la esclavitud
 del demonio, mediante la subsiguiente mundacion
 del pecado; pues del contexto de todo el discurso

(1) Lib. 4 contra Julianum.

se deduce claramente, que el Santo Doctor enten-
 dió hablar contra Juliano, de la concepcion que
 nosotros hemos llamado *pasiva*, asegurando que
 fué Inmaculada desde el primer instante, como di-
 cen las escuelas, y no meramente en el segundo.
 Y que tal era la verdadera intencion del Santo
 Doctor, se infiere palpablemente de su sermon
 XII *In Natali Domini*, en el cual se leen estas
 precisas palabras: "Ecclesiae, sicut Mariae *perpe-*
 "tua integritas et incorrupta foecunditas. Quod
 "enim illa meruit in carne, haec servavit in men-
 "te, nisi quod illa perperit unum; haec parit mul-
 "tos." Aquí el Santo Doctor hace una compara-
 cion entre Maria y la Iglesia, diciendo: que igual
 fué la integridad de la una y de la otra, y que
 en ambas fué perpetua, *perpetua integritas*: luego,
 segun San Agustin, no hubo un solo instante en
 que Maria, á la par que la Iglesia, dejase de ser
 intemerada é integra: luego el Santo Doctor ex-
 cluye en Maria la mancha del pecado original; y
 por lo mismo en el texto arriba citado, la palabra
renascendi no puede tener otro sentido que el que
 nosotros le hemos dado.

26. En quanto á si en otros lugares de sus
 obras parece aseverar lo contrario, como cuando
 en su Epístola á Optato *de origine animarum*, di-
 ce generalmente: "neminem nasci ex Adam nisi vin-
 "culo delicti et damnationis obstrictum; neminem-
 "que inde liberari, nisi renascendo per Christum."
 Y cuando en el lib. 2 *de baptismo parvulorum* es-
 tablece: "non est in filiis hominum, nec fuit, nec
 "erit, qui nullo unquam peccato fuerit obstrictus."
 Y cuando finalmente (por no citar aquí todos los
 lugares donde se hallan estas ú otras expresiones
 generales) en el capitulo sexto de su Enchiridion
 añade: "nullo excepto, parvuli nascendo peccatum

"traxerunt;" conviene acordarse siempre de la declaracion hecha por el Santo Doctor en el Libro de *natura et gratia*, cap. 36, y en otros pasajes, esto es: "excipio B. Virginem, de qua nullam prorsus haberi quæstionem volo quod de peccato agitur, quia vicit omni parte peccatum;" y por lo mismo debemos suponer que aquellas sus conclusiones generales no comprenden á la Beatísima Virgen; pues de otra suerte sería fuerza decir, que San Agustín se contra-
dijo á sí mismo; lo cual no puede sentarse sin injuriar gravemente á tan esclarecido Doctor.

27. Placenos despues de San Agustín oír á San Efrén Siro, quien llama á la Beatísima Virgen "Immaculata et intemerata, incorrupta et prorsus pudica, atque ab omni sorde et labe peccati alienissima, Dei Sponsa et Domina nostra (1)."

Mas decisivamente aun se explica San Cirilo de Alejandria, que floreció en el Siglo V. Hé aqui como habla: "omnes homines, excepto illo, qui de Virgine natus est, et *Sacratissima etiam Virgine*, ex qua Deus homo produit in mundum, exempta, cum peccato originale nascimur, et gravissima caecitati depressi in mundum verimus, quam quidem caecitatem de radice primi parentis contraximus (2)." Y de esta excepcion dá los

Los pasages del Sto. Doctor en los cuales establece la propagacion del pecado original á todos los humanos, no comprenden á la B. Virgen Maria

Testimonio de otros Stos. Padres de la Iglesia, en favor del privilegio de Maria

(1) Orat. de Sancta Dei Genitrice.

(2) In Evang. Joan. lib. VI abjecto explanationi Cyrilli per Judæum Clichtoveum Neoportuensem Doctorem Theologum. Cap. 15 Oper. S. Cyrilli Alexandrini. Basilæ 1566.

motivos en otra parte, pués, añade (1): "Quis umquam audivit Architectum, qui sibi domum ædificavit, ejus occupationem et possessionem primo suo inimico cessisse?"

Viene luego San Máximo, Obispo de Turin, quien explicitamente dijo: "Idoneum planè Maria Christo habitaculum non pro habitu corporis, sed *pro gratia originali*" [Hom. V ante Natale Domini]. Y tenemos despues á San Procolo, discipulo y sucesor de San Juan Crisóstomo, quien (2) asegura, que Maria fué formada *de una pura esencia*.

28. El siglo sexto nos presenta á San Fulgencio, quien juiciosamente observa (3) que al llamar el Angel á Maria *llena de gracia*, quiso dar á entender que la antigua sentencia de la primera ira estaba *absolutamente destruida* respecto de Ella.

29. En el siglo VII, San Ildefonso claramente enseñaba, que Maria estuvo exenta del reato de origen: "Constat eam ab originali peccato fuisse *immunem* (4)."

30. Hé aqui como escribia en el siglo VIII San Juan Damasceno (5) "Quoniam futurum erat, ut Dei Genitrix ac Virgo ex Anna oriretur: natura gratiae foetum antevertere minime ausa est, verum tantisper expectavit dum gratia fructum suum produxisset." Mas positivamente aun se expresa en su oracion II de *Assumptione* diciendo: "ad hunc paradisum serpens aditum non habuit." Luego si en la bienaventurada *Concepcion de Ma-*

(1) In Conc. Eph. N. 6.

(2) Orat. V. Laudat. S. Genitricis.

(3) Serm. de Laudibus Mariae.

(4) Disput. de Virg. Mar. (1)

(5) Orat. de Nativ. B. M. V. (1)

ria, la naturaleza no se atrevió á prevenir el parto de la gracia, sino que esperó que ésta produjese su fruto; y si la serpiente, ó sea el demonio, no tuvo acceso á Ella, claro está que anduvo exenta del pecado original.

31. San Pedro Damian, que floreció posteriormente en el siglo X, excluye terminantemente de Maria todas las manchas de Adán, ó sea el pecado de origen, con todas sus malas concupiscencias. Hé aquí sus palabras: "Caro Virginis ex Adam sumpta, maculas Adam non admisit (1)." Y, ¿por qué? ¿Por qué! exclama San Anselmo, brillante lumbrera del siglo XI; porque "deciuit, ut Virgo, quam Deus Unigenito Filio suo praeparavit in Matrem, ea puritate niteret, qua maior sub Deo nequit intelligi (2)." Y á fin de que no quepa duda alguna por la generalidad de sus expresiones, comentando despues el Santo Doctor el cap. 12 de la Carta de San Pablo á los Corintios, explica mas claramente su sentir, diciendo: "omnes mortui sunt in peccatis sive originalibus, sive voluntate additis, nemine prorsus excepto, dempta Matre Dei." En verdad son estas palabras tan explicitas y determinadas, que no necesitan de ninguna explicacion.

32. En el siglo XIII San Buenaventura, en su sermón "de Beata Virgine, profesaba que: "Domina nostra fuit plena gratia in sua sanctificatione, gratia, scilicet, praeservativa contra foeditatem originalis culpa." La misma doctrina predicaban otros, y mas especialmente la docta y benemérita Orden Franciscana, que siempre la profesó y sostuvo con incansable brío.

(1) Crat. 2 de Nativ. Mariae.

(2) De Conceptu Virginis, Cap. 18. ob. 110

33. Y puesto que San Bernardo cierra la serie de los Padres de la Iglesia, este será el lugar oportuno de examinar, si realmente defendió la opinion contraria; como falsa é injustamente pretenden los sostenedores de esta. Todo su fundamento se reduce á la famosa carta dirigida por este Santo Doctor al Capitulo de la Iglesia de Lyon, cuando movido del ejemplo de otras Iglesias particulares, que en lo mismo le habian precedido, adoptó tambien la costumbre de celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepcion de Maria. Contra la institucion de esta fiesta clamó el Santo Abad, y es certísimo que la declaró nueva, desconocida de los Santos Padres, y agena del rito eclesiástico. "Unde miramur satis (decia) quod visum fuerit hoc tempore quibusdam vestrum voluisse mutare colorem optimum, novam inducendo celebritatem, quam ritus ecclesiasticus nescit, non probat ratio, non commendat antiqua traditio." Pre-cindiendo de entrar aquí en el examen critico de si esta carta fué simplemente atribuida al Santo Doctor, como así lo creen no pocos Teólogos de nota, y admitiéndola por real y genuina, digo: que de ningun modo prueba la aversion de San Bernardo, contra la sentencia que nosotros defendemos. Veamos ó si no como justifica la repression dada al Cabildo Leonés por haber instituido la expresada solemnidad. "Nam, prosigue, si sic videbatur, consuenda erat prius Apostolicae Sedis auctoritas, et non ita praecipitantér, atque inconsultè paucorum sequenda simplicitas imperitorum. Et ante quidem apud aliquos errorem commiseram; sed dissimulabam parcens devotioni, quae de simplici corde, et amore Virginis veniebat. Ve-

San Bernardo jamás fué contrario á la Inmaculada Concepcion de Maria: se le defiende de tal imputacion.

rum apud sapientes atque in famosa nobilique Ecclesia, et cuius specialitèr filius sum, superstitione deprehensa, nescio an sine gravi offensa etiam vestri omnium dissimulari potuerim. Quae autem dixi, absque praepudio sanè dicta sint sanius sapientis; Romanae praesertim Ecclesiae auctoritati atque examini totum, sicut et cetera, quae hujusmodi sunt, universa reservo, ipsius, si quid alitèr sapio, paratus iudicio emmendare." Hasta aquí el Santo Doctor. Y es de saberse, que en aquella época no estaba todavía autorizadamente introducida en la Iglesia la fiesta de la Inmaculada Concepcion de Maria; si bien los fieles y los sacerdotes de varios lugares honraban con este título y fiesta, por su particular devocion, á la Madre de Dios. Lleno, pues, San Bernardo de celo, para apartar de la Iglesia todo inconveniente ó error que se pudiese introducir por efecto de juicios ó devociones particulares; considerando por una parte que la sacrosanta Sede Romana nada habia pronunciado sobre tal festividad, y viéndola por otra parte admitida por una Iglesia tan antigua é ilustre como la Leonesa, que era la primera de las Galias, temió que su ejemplo pudiese hacer propagar por todas partes aquella solemnidad, con notable menoscabo de los derechos y de la suprema autoridad de la Iglesia Romana. Por esto desapróbó y condenó que el cabildo de Lyon se hubiese permitido celebrar é instituir tal festividad, sin haber consultado primero sobre ello á la Sede Apostólica: *Nam si sic videbatur, consulenda erat prius Apostolicae Sedis auctoritas, et non ita praecipitantèr atque inconsultè paucorum sequenda simplicitas imperitorum.* Y si añade, que tal festividad era nueva, no aprobada por la razón, ni recomendada por la tradicion, es siempre por el mismo motivo, es decir, porque se habia hecho la

institucion sin autoridad de la Sede Apostólica, á cuyo fallo y juicio por otra parte sujetaba enteramente aquella y cualquiera otra opinion suya: *Romanae praesertim Ecclesiae auctoritati atque examini totum, sicut et aetera, quae hujusmodi sunt, universa reservo.*

34. Por lo demás no falta entre los doctos que han escrito sobre este punto quien cree, que el Claravalense, así quando en la citada carta desapruueba la establecida fiesta de la Inmaculada Concepcion de la Virgen, como quando en el *sermone de Assumptione* añade: "Quod si originale maculam à parentibus traxit, sed minus Jeremia sanctificatam in utero credere prohibet pietas christiana;" entendió hablar de su concepcion activa; esto es, de aquella en la cual los santos Padres de la Virgen *opere maritali*, como dicen las escuelas, *invicem convenientes, praestitulerunt ea, quae maxime spectabant ad ipsius corporis formationem, organizationem, et dispositionem ad recipiendam animam rationalem à Deo infundendam;* y no quiso en manera alguna aludir á la concepcion pasiva, ó sea á la infusion del alma y consecutiva union de esta con el cuerpo ya formado y debidamente organizado, cuya concepcion pasiva tiene lugar *illo ipso instanti, quo rationalis anima corpori omnibus membris, ac suis organis constanti unitur;* segun desde el principio dejamos sentado. Los que sostienen que San Bernardo habló de la sola concepcion activa, y no de la pasiva, se fundan en el mismo texto de la carta del Santo Doctor, donde dice: "Unde Conceptionis sanctitas? An dicitur ante sancta esse, quam esse; siquidem non erat antequam conciperetur; an fortè inter am-

Es probable que S. Bernardo, en su carta á los canónigos de Lyon hablase de la concepcion activa, y no de la pasiva.

"plexus maritales sanctitas se ipsi conceptioni im-
 "miscuit, ut simul et sanctificata fuerit, et concep-
 "ta? Ne hoc quidem admittit ratio. Quomodo enim
 "sanctitas absque spiritu sanctificante? Aut Sancto
 "Spiritu societas cum peccato fuit? Aut certè pec-
 "catum quomodo non fuit, ubi libido non defuit?
 "Si igitur ante conceptum sui sanctificari non potuit,
 "quoniam non erat; sed nec in ipso quidem concep-
 "tu propter peccatum quod inerat; restat, ut post
 "conceptum in utero jam existens sanctificationem
 "acceperit, quae excluso peccato sanctam
 "fecerit natiuitatem, non tamen et conceptionem."

Estas palabras son á la verdad bastante fuertes para concluir, que el Santo Doctor entendió hablar no de la concepcion *pasiva*, sino meramente de la *actiua*. Admitida esta razonable explicacion, desaparece desde luego toda dificultad, y la doctrina del Mellino anda perfectamente acorde con la nuestra (1).

35. Y aun cuando no se quiera admitir esta interpretacion, que nos parece muy justa y razonable, prefiriendo sostener con Mabillon que San Bernardo fué contrario á nuestro sentir; siempre se deberá conceder, que aquel Santo profesaba á Maria la mas tierna devocion, que no hubo nunca defensor alguno mas acérrimo de sus privilegios, y que jamás por cierto quiso menoscabar en lo mas mínimo la dignidad de Madre de Dios. Igualmente se deberá conceder, que cualquiera que hubiese podido ser entonces la opinion del Santo Doctor sobre esta materia, si viviese en nuestros dias, vien-

(1) Véase sobre el particular el interesante Lexicon Polémico del esclarecido P. Bionda, Abad del Cister, en el Tom. 2. *Controversia LXVII. De Epistola S. Bernardi ad Lugdunenses Canonicos*, en la cual defiende tambien al Santo Padre de la imputacion de haber impugnado la doctrina de la Inmaculada Concepcion de Maria.

do que la Iglesia ha establecido la fiesta de la Concepcion de Maria, no solo la defenderia, sino que se mostraria alegre y contentisimo por el privilegio que acordó el divino Padre á la Santisima Virgen de estar inmune del pecado original. Y si antes hubiese calificado de *supersticiosa* nuestra opinion, instruido ahora é iluminado por el ejemplo de la Iglesia Romana, la llamaria *piadosa*, y con nosotros exclamaria devoto y gozoso: *Tota pulchra es Maria, et macula non est in Te.*

36. Veamos ahora cual fué sobre este articulo la verdadera opinion de otro gravissimo Doctor, de Santo Tomás de Aquino, gran lumbrera de la Iglesia de Dios, y que se gana justamente el glorioso titulo de Angel de las escuelas. Insistese mucho sobre la autoridad de este Santo Doctor, á quien se quisiera hacer pasar como gefe del partido contrario. Aun cuando así fuese, su autoridad seria siempre inferior á la de la Iglesia, la cual instituyó la fiesta de la Inmaculada Concepcion de Maria.

Pero, ¿es cierto que Santo Tomás fuese contrario á este singular privilegio de Maria? Bien distinta consecuencia sacaremos si paramos la atencion en lo que escribió en el Opúsculo 6 de *dilectione Dei et proximi*: "Fecit summus artifex, [dice] in ostensionem pleniorum artis suae speculum unum clarissimo clarius, Seraphim tersius, ut purius intelligi non posset, nisi Deus esset. *personam scilicet, gloriosissimae Virginis*; de quo Anselmus: *decebat illius Conceptio hominis de Maria purissima fieret, ea puritate, qua major sub Deo nequit intelligi.*"

Defiéndose á Santo Tomás de la imputacion de no admitir la Inmaculada Concepcion de Maria.

Pasages del mismo Santo que le favorecen.

37. En el Libro 1 de las *Sentencias* distinct.

44. quest. 1. art. 3 escribe en los términos siguientes: "Puritas intenditur per recessum à contrario, et ideo potest aliquid creatum reperiri, quod nihil purius esse possit in rebus creatis, si nulla contagione peccati infectum sit, et talis fuit puritas B. Virginis, quae à peccato originali et actuali immunis fuit. Fuit tamen sub Deo quatenus fuit in potentia ad peccandum." Y nótese aquí que el Angélico Maestro al hablar de la Virgen no se limita à decir *omni peccato originali, et actuali caruisse*; lo cual se verificó en Jeremias y en el Bautista, y se verifica en todas las criaturas nacidas en el pecado, luego que han recibido el bautismo que lo borra; sino que dice que Ella *ab omni peccato originali et actuali immunis fuit*. Si Maria, segun Santo Tomás, estuvo immune del pecado original, es claro que el mismo Santo opinaba que no lo contrajo nunca; puesto que si una sola vez lo hubiese contraído, aunque no mas que por un brevísimo instante, no se hubiera podido decir que estuvo immune de él. El Santo Doctor establece en efecto una comparacion entre la pureza de Dios y la de la Beatísima Virgen diciendo: "*quod nec Deus, nec Beatissima Virgo unquam peccaverint*;" con la diferencia empero de que Dios estuvo immune de la culpa por naturaleza, y la Virgen por privilegio.

38. Esto no obstante, la parte contraria no deja de aducir quince pasages, de los cuales resultaría que el Angélico Doctor estuvo en contra de la Inmaculada Concepcion de Maria. Estos pasages están sacados en gran parte de los lib. 3 y 4 de las *Sentencias*, de sus *Quodlibeti*, de los *Comentarios* tanto sobre el Salmo 3 como sobre el Apocalipsis, y finalmente de la *Suma* (1), en cuyos lu-

(1) 3 part. quest. 27, a. 1 seq.

gares se establece que: *Virgo Beata in originali peccato fuit concepta*.

39. ¿Cómo conciliar, pues, á Santo Tomás con Santo Tomás? ¿Cómo explicar que sobre un mismo asunto enseñase dos doctrinas opuestas, la una favorable y la otra contraria á la Inmaculada Concepcion de Maria? ¿Acaso se retractó de la primera cuando pasó á sustentar la segunda? Oh! no. ¿Por ventura se contradijo; ó bien al asegurar que Maria habia contraído el pecado de origen se olvidó de que antes habia sentado que estaba immune de tal pecado? Ah! no entraba la contradicción en el carácter de un Doctor tan profundamente filósofo como era el Angélico, cuyas obras están admirablemente conexas entre si, mostrándose siempre consecuente consigo mismo. ¿Cómo explicar, pues, este misterio, sin lastimar el honor ni enflaquecer la autoridad del Santo Doctor? Pero cesará desde luego todo misterio si se confrontan las antiguas ediciones de las obras del gran Doctor con las ediciones modernas, y si se confiesa francamente, que algunas de estas, y señaladamente en la parte que habla de la Concepcion de Maria, han sufrido varias supresiones y evidentes alteraciones. Y esto atestiguan amplia y terminantemente varios doctos é integérrimos escritores de la Orden Dominicana. Citarémos aquí los principales. El obispo Wielmo, en su libro *Pro defensione Sancti Thomae* habla así: "Execrabilis est, quod nequam et scelesti homines quidam vel ad Thomae auctoritatem enervandam, vel, ut ego quidem arbitror, ad suam aliquam opinionem, quae in controversiam vertebatur, tanti viri testimonio fulcendam et comprobendam egerunt." Egidio, roma-

Libros del Santo Doctor alterados en algunos lugares.

no, que fué intimo y adictísimo discípulo del maestro Angélico, pocos años despues de la muerte del Santo compuso un libro titulado: "*Castigatorium in Corruptorem Librorum Thomae Aquinatis.*" Del mismo modo Ricardo Klapoel, Exveo, Natali, Guillermo Mess-lech, Juan de Paris, Guillermo Bolliono, Nicolás Madense, el Durandello, y el Arzobispo Ugone, todos individuos del Sagrado Instituto Dominicano, escribieron vigorosamente contra los corruptores de las obras de Santo Tomás. Y por último, Juan Nicolai, en su prólogo á la edición de las Obras del Santo Doctor hecha en París el año 1663, asegura y declara, "se textum Summae Divi Thomae non à Typographicis tantum corruptelis expurgasse, sed maxime ab affectatis, ac industria et studio relictis, quae legitimum sensum, vel historicam sinceritatem, veritatemque perverterent, hiatus quoque plures, et lacunas implevisse ad supplendam seriem textus, quae alioquin nulla erat, ac dubium Lectorem relinquebat propter non satis plerum sensum, vel in errore inducebat propter sensum illegittimum."

40. En prueba de esta verísima asercion del docto Dominico Nicolai, tenemos el hecho de las antiguas ediciones del Comentario al cap. 3 de la carta de San Pablo á los Galatas, en las cuales dice Santo Tomás: "Mulierem ex omnibus non inveniri, quae à peccato omnino immunis esset ad minus originis, vel veniali; excipitur purissima, et omni laude dignissima Virgo Maria, quae omnino immunis fuit à peccato originali et veniali;" cuya excepción tan pura y clara del Santo Doctor no se lee en las ediciones posteriores, que son las que en el dia circulan, y las que andan en manos de los estudiosos. Así en las modernas edi-

Ejemplo de alteraciones hechas.

ciones de la Suma, 3 p. quaest. 27, art. 2, se hace decir al Angélico: "Nec ante animationem, nec in animatione, sed post animationem sanctificatam, et à peccato originali mundatam fuisse." Mientras que en el Códig. Hispalense, y que se conservaba en el convento de Dominicos de Marsella, y en otros no se leen en el citado lugar tales palabras: y esto es tan cierto, como que el Dominico Bromiardo [1] citando el mencionado pasage no reparó en afirmar terminantemente que "Sanctus Thomas [3 part. quaest. 27 art. 2.] ponit ejus sanctificationis excellentiam, quantum ad temporis prioritatem, in hoc, quod sanctificata fuit in sui animatione, id est in conjunctione animae cum corpore in utero matris suae;" lo cual significa que Maria fué Inmaculada en su concepcion pasiva; ó sea que su alma prevenida por la gracia santificante estuvo libre del pecado original.

41. Finalmente, para no molestar citando todos los lugares en que fueron mutilados ó alterados los textos del Santo Doctor, concluiré aduciendo el ejemplo que nos ofrece el Opúsculo IV de *salutatione Angelica*; donde el Santo, segun testimonio del Salmeron y de Pedro Canisio, dice: que Maria fué "purissima quantum ad omnem culpam, quia nec originale, nec veniali peccatum aliquando incurrit;" las cuales palabras no se encuentran en las ediciones recientes.

Luego si en las obras del Santo Doctor hay lugares, y muy terminantes, que favorecen á nuestra doctrina; y otros desfavorables á la misma; resulta que no son conformes al antiguo y genuino texto, y por consiguiente mutilados, alterados y corrompi-

(1) In summa praedicatorum Verbo Maria art. 2 núm. 10.

dos; las reglas de buena crítica exigen que nos aten- gamos á los primeros y no á los segundos; y que no de estos sino de aquellos debe deducirse la ver- dadera mente del de Aquino.

42. Con tanta mas razón debemos argumentar así, en cuanto el mismo Doctor sentó los principios para demostrar que Maria estuvo exenta del reato original en su afortunada Concepcion. Con efecto, el Angélico Maestro enseñó, *non posse festum celebrari nisi de Sancta*; es así que la Iglesia celebra la fiesta de la Inmaculada Concepcion de Maria; luego su Concepcion fué santa. El tambien enseñó y dejó escrito: *dubitari non posse Beatissimam Virgine- nem sine peccato originali natam esse, quia Ecclesia ejus Nativitatem celebrat*; es así que la Iglesia celebra y solemniza tambien con fiesta de precepto la Concepcion de Maria; luego segun Santo Tomás no se puede dudar que Maria fué concebida sin pecado original. Luego si no se pretende supo- ner [y la suposición fuera muy mal fundada é in- justa] que el Angélico Maestro quiso ponerse en contradicción con sus mismos principios, se debe concluir que si al presente viviese, viendo el con- sentimiento de toda la Iglesia en honrar, festejar y venerar como Inmaculada la Concepcion de la Ma- dre de Dios, no solo adoptaria, sino que tambien defenderia con la solidez y felicidad de su profundi- simo ingenio la misma doctrina que nosotros soste- nemos. Y así lo afirma positivamente un gran lu- minar de la escuela Tomística, Juan de Santo To- más, quien en la primera parte, distincion segunda sobre la doctrina de Santo Tomás, artículo segun- do, dice: "Postquam Ecclesia Romana celebrat festum Conceptionis, loquendo in vi doctrinae D. Thomae, oportet viceversa de his sententiis cense- re, et sic Divus Thomas censeret." El que desee

mas extensas noticias sobre la doctrina de Santo Tomás respecto de la presente euasion, puede leer la insigne Obra del Cardenal Sfondrati titulada: *Innocencia vindicata*; en la cual su docto autor se propone demostrar con argumentos sacados todos del Angel de las escuelas la Inmaculada Concepcion de Maria. A nosotros nos bastará concluir, que el Santo Doctor no es contrario á nuestra sentencia; que es en el fondo la de la Iglesia, puesto que en- señó doctrinas y estableció principios que la sostie- nen y demuestran.

43. Resta por último ver cual haya sido sobre este punto la doctrina de los Teólo- gos que sucedieron á los Santos Pa- dres en la defensa de la verdad, y cuya autoridad es digna de todo res- peto, así en las cuestiones relativas á la fé, como á la disciplina eclesiás- tica.

Doctrina de los Teólogos sobre este asunto.

44. Empezaremos la serie por el excelso funda- dor de la inclita Orden de los Predicadores, por el gran luminar de la Iglesia de Dios, Santo Domingo. En la ilustre ciudad de Barcelona se conservaba de muy antiguo una pre- ciosa tabla (traida probablemente de Tolosa) en la cual se refieren las dis- putas que mediaron entre el mismo Santo y los hereges Albigenses. En ella se lee la siguiente genuina y sencilla historia: "Santo Domingo, el glorioso fundador de la Orden de los Predicadores, vino á Tolosa para defender la Iglesia, apoyando su defensa con milagros. Los Albigenses afirmaban, principalmente tres errores: 1.º que Cristo no es el que se dice que ya ha ve- nido, y que debia redimir al linage humano. 2.º "Que la hostia consagrada no contiene el verdadero

Santo Do- mingo defen- sor de nues- tra doctrina.

®

“cuerpo de Cristo. Y en cuanto al 3.º hé aquí co-
 “mo discurrían aquellos hereges: así como Adán
 “fué formado en la tierra de Damasco de un barro
 “puro y libre de toda mancha. así también el que
 “había de redimir el mundo debía nacer de una vir-
 “gen Inmaculada. Pero la Virgen que se dice Ma-
 “dre de Cristo, estuvo manchada con la culpa ori-
 “ginal; luego el hijo de tal Virgen no es el que ha-
 “bía de redimir al linage humano. Santo Domingo
 “compuso contra estos errores un libro *De Corpore*
 “*Christi*, afirmando: que Cristo redimió al linage hu-
 “mano, y proclamando como verdad cierta que na-
 “ció de una Virgen inmaculada. Levantándose fu-
 “riosos los Albigenses contra el mismo Bienaven-
 “turado Domingo, decían que aquella Virgen fué
 “concebida en el pecado original; y el B. Domingo
 “respondía, según se explica en su libro, que no era
 “cierto lo que afirmaban los Albigenses; porque la
 “Virgen María es aquella de quien dice el Espíritu
 “Santo por boca de Salomón: *Tota pulchra es ami-*
 “*ca mea, et macula non est in te.* Por último, obs-
 “tinándose en su error los hereges, propusieron la
 “prueba del milagro, diciendo que si el B. Domin-
 “go echaba su libro en un horno ardiente, sin que
 “se quemase, le creerían: el B. Domingo echó el
 “libro al horno, y el libro salió intacto [1].” De es-

(1) Hé aquí el texto original: “Dominicus Sanctus et
 „gloriosus Pater Ordinis raedicatorum venit Tolosam
 „pro Ecclesiae defensione, quam miraculis confirmavit.
 „Albigenses affirmabant principaliter tres errores. *Pri-*
 „*mus*, quod Christus erat ille qui jam dicitur venisse et
 „qui debebat redimere genus humanum. *Secundus*,
 „quod hostia consecrata non continebat verum Corpus
 „Christi: *Tertius*, quod sicut Adam formatus fuerat in
 „campo Damasceno ex luto mundo, et non maculato; sic
 „ille, qui redimere debebat genus humanum, nasci de-

te milagro hacen mencion Pedro Canisio, Lib. I.
de Deipara. cap. 7; el Salmeron en su Comentario
in Epist. ad Romanos; y el Cisterciense Pedro de
 Valle en su Hist. de los Albigenses, cap. 7. Ade-
 más, Gotiscalco, que vivió antes de Sixto IV, afir-
 ma y sostiene [*Sermone de Concept. B. Virginis*]
 que Santo Domingo en el referido libro contra los
 Albigenses defendió la inmunidad, ó sea la exención
 de María respecto del pecado original. Del mismo
 libro de Santo Domingo hablan Suarez, 3 p. q. 27.
 D. 3, secc. 15; Vazquez, dist. 17. y otros. En el
 propio libro así se expresa el Santo: “Sicut primus
 “Adam fuit ex terra virgine, et numquam maledi-
 “cta formatus; ita decuit in secundo Adam fieri.”

Del documento transcrito (cuya autenticidad es
 indudable) aparece, pues, demostrado, que Santo
 Domingo profesó á la par que nosotros la doctrina

„bebat ex virgine non maculata. Sed virgo quae dicitur
 „Mater Christi fuit maculata per culpam originalem; er-
 „go natus ex tali Virgine non est ille qui debebat mun-
 „dum redimere. Contra quos errores Sanctus Dominicus
 „fecit quemdam libellum de Corpore Christi, afirman-
 „do quod Christus redemit genus humanum, et firmissi-
 „ma veritate constando, Christum natum de Virgine im-
 „maculata, et Albigenses furiose insurgendo contra ip-
 „sum B. Dominicum dicebant: quod illa Virgo concepta
 „fuit in peccato originali; et B. Dominicus, prout con-
 „tinetur in suo libello, respondebat: quod non erat
 „verum quod dicebant, quoniam Virgo Maria es illa, de
 „qua Spiritus Sanctus per Salomonem dicit: *Tota pulchra*
 „*es amica mea, et macula non est in te.* Finaliter exis-
 „tentes haeretici in eorum erronea intentione, venerunt
 „ad miraculi experientiam, videlicet, quod B. Domini-
 „cus projiceret libellum suum in quoda a furno ardente,
 „et si ibi non combureretur, crederent: et B. Domini-
 „cus projecit illum in furno ardente, et libellus inustus
 „exivit.”

sobre la inmunidad de María respecto del pecado original, que es lo mismo que decir, sobre su Inmaculada Concepcion.

45. De San Vicente Ferrer que floreció en el siglo XV (1419) se dice y repite á boca llena, que fué adversario de nuestra doctrina. Es de suponer empero que los que así piensan no han leído nunca su sermón 2 de *Nativitate*, en el cual dice el Santo hablando de María: "Non credatis quia fuerit sic: sicut in nobis, quia in peccatis concepta; sed statim ac animata fuit creata, fuit sanctificata, et statim Angeli in Coelo celebrarunt Festum Conceptionis." El mismo Santo en otro sermón intitulado: *De B. Virginis Conceptione* dice: "de nullo Sancto fuit festum Conceptionis, nisi Christi et Virginis." Ahora, si, según la exacta doctrina del Angélico Maestro, no se celebra fiesta sino de los Santos, y es exacta la puntual asercion del de Ferrer, de que no se celebra la fiesta de la Concepcion de otros Santos, que de Cristo y de María; es clara que en opinion del mismo, la Concepcion de María fué libre del reato de origen: pues de otra suerte no podría llamarse santa, ni se habría instituido su fiesta. Finalmente, en una nota puesta al margen de un Códice que contiene la *Suma* de Santo Tomás ad. 3, p. q. 27, art. 2, ad. 3, se leen las siguientes palabras escritas de puño propio de San Vicente Ferrer: "B. Virgo fuit immunis à peccato originali, et actuali." Este Códice ó manuscrito, conforme asegura el Cardenal Sfondrati, se conserva antes de las actuales desastrosas calamidades de la España, en el convento de Santo Domingo de la ciudad de Alcañiz. No sé que pueda necesitarse más para concluir, que San Vi-

San Vicente Ferrer defende de nuestra doctrina.

cente Ferrer sostenia tambien, que María fué concebida sin la menor sombra de culpa original.

46. Alberto Magno, quien, como todos saben, fué preceptor de Santo Tomás, en su libro *De Laudibus Virginis* sobre la palabra *Missus*; "Haec Virgo sola, dice, à communi illa regula excipitur; omnes in Adam peccaverunt." Y en la Biblia Mariana, sobre el Evangelio de San Lucas, añade: "Vae culpae est triplex, scilicet, originalis, mortalis, et venialis: porro sine isto triplici vae fuit Beatissima Virgo Maria." Y no se diga que con tales palabras quiso Alberto Magno indicar que María habia sido purificada del pecado original, y no que no lo hubiese contraído; pues hablando en iguales términos del pecado original que del actual, síguese que así como la Virgen no incurrió jamás en culpa alguna actual, así tampoco pudo incurrir en la culpa original. Verdad es que el mismo en otros lugares, parece negar la Inmaculada Concepcion de María; pero a esto diremos: que ó bien le plugó cambiar de sentir; ó mas probablemente, que algun fanático partidario de la sentencia contraria alteró sus escritos, como alteradas fueron las Obras de Santo Tomás, según hemos demostrado.

47. De Juan de Viterbo, tambien Dominico, escribe el Rainaldo, Tom. 8, in *Tractatu de Pietate, Lugdun.* "Joannes de Viterbio opus integrum conscripsit de Immaculata Conceptione, ejus hunc breviculum reperio; nam opus integrum non vidi. Probat Auctor, quod Virginis conceptus fuit immaculatus, eo quod summa animae infamia est concepti in ira Dei, in tenebris culpae, et in iniquitatibus. Quod B. Thomae, ac veri Ordinis Praedicatorum propria opinio est B. Vir-

Así opinó tambien Alberto Magno.

"ginem ne pro instanti quidem subiacuisse iras
"Dei. Quod cum Christus maluerit homines de
"suo ortu quam de fama Matris dubitare eligens
"nasci ex conjugata, ut notat S. Ambrosius, con-
"tra Christi voluntatem facere, qui pertinaciter, et
"adhibitis falsiloquiis maculatam conceptionem ad-
"struere conantur." El mismo au-

tor nos hace saber (en el lugar ci-
tado) que Juan el Viterbense era
primeramente acérrimo impugnador
de la doctrina favorable á la Inma-
culada Concepcion de Maria; pero
que habiendo llegado á las puertas
de la muerte de resultas de una gra-
visima enfermedad, arrependido qui-
zás de la opinion que antes sostu-
viera, vuelto de cara á Maria hizo

Juan de Vi-
terbo, impug-
nador de la
fiadosa sen-
tencia, se con-
vierte en de-
fensor de la
misma.
Causa de esta
conversion.

el siguiente voto: "O B. Virgo Maria! si verum
"est quod sine peccati macula concepta fuisti, ro-
"go mihi sanitatem donare digneris in signum tuae
"puritatis; et ego voveo toto tempore vitae meae
"celebrare festum Conceptionis, et annuntiare po-
"pulis innocentiam tuam, et retractare quidquid
"in contrarium praedicavi." Pronunciado este vo-
to, no se hizo esperar la gracia de la curacion;
y habiendo reunido al pueblo con la acostumbra-
da señal de la campana, empezó desde luego á
predicarle, defendiendo la doctrina de la Inmacula-
da Concepcion de Maria.

48. De este precioso documento se siguen dos
consecuencias importantísimas: prime-
ra, que la propia y verdadera opi-
niou de Santo Tomás, y de la Or-
den de los Predicadores fué: *B. Vir-*
ginem ne pro instanti quidem subja-
cuisse iras Dei. Y segunda, que in-

Consecuen-
cias que se si-
guen de tal
documento.

vocada Maria por Juan de Viterbo, para que con
el prodigio que le pedia, le manifestase si real-
mente habia sido concebida sin la menor sombra
de pecado, le correspondió al punto con la inme-
diata, perfecta y constante curacion de la mortal
enfermedad; tal como lo habia pedido.

49. El Taulero, religioso verdaderamente in-
signe, tanto por la piedad, como por la copia de
su doctrina, en el serm. *De purificatione*, dice:
"B. Virgo culpae originalis perpetuo expers fuit,
"à qua illam praeservavit filius ejus.

"ita ut, ne momento quidem tempo-
"ris filia irae fuerit." Con este for-
man coro Luis Beltran, el Lanuza,
el Catalan, el Casali, el Beato San-
tiago de Varagine, ya Arzobispo de
Genova, el cual escribió dos Histo-
rias en favor de la Inmaculada Con-

Opinion del
Taulero, de
Caterino, de
Melchor Ca-
no y de Natal
Alejandro.

cepcion de Maria, refiriéndonos los milagros obra-
dos por Dios en confirmacion de esta doctrina;
el célebre Caterino, en su Opúsculo a favor de la
Inmaculada Concepcion de Maria; y Melchor Ca-
no, quien despues de haber enumerado los que
han opinado que Maria fué concebida en la man-
cha original, concluye diciendo: "Quin potuis con-
"traria sententia, et probabilitèr et piè in Ecclesia
"defenditur (1)."

A estos, por último, se debe añadir el célebre Na-
tal Alejandro, quien (2) á la autoridad de los Padres
citados por los sostenedores de la parte contraria
responde diciendo: "Antiqui Patres, quos Augus-
"tinus adversus Pelagianos in aciem educit, et Au-
"gustinus ipse de peccati originalis debito, facile

(1) *De Auctoritate Sanctorum, l. b. 7, cap. 6.*

(2) Tom. 2 ad Saeculum 13 et 14, dissert. 16, §. 20.

"exponi possunt; cum enim ex Adamo B. Virgo
 "propagata fuerit, communi legi peccati originalis
 "contrahendi tenebatur, illudque reipsa contraxit,
 "set, nisi singulari Redemptoris servata fuisset be-
 "neficio." Y despues añade: "sententiam de Im-
 "maculata Conceptione non solum ut probabilem
 "et piam, sed ut propriam facultatis nostrae Pa-
 "risiensis doctrinam propugnabimus, si de ea di-
 "cendi scribendive detur occasio."

50. Y supuesto que seria demasiado prolijo ci-
 tar aqui los nombres de todos los Teólogos Do-
 minicos que profesaron y defendieron la sentencia
 de la inmunidad de Maria, respecto del pecado
 original, dejando muchos otros á parte, nos limi-
 taremos á referir lo que sobre el particular es-
 cribió el docto y discreto Vicente Justiniani en las
 Adiciones á la Vida del Beato Luis Beltran (1).

Hé aqui sus palabras: "Jam in His-
 "pania, in Indiis, in Gallia, et in to-
 "ta pene Europa contra piam opi-
 "nionem aut scribere, aut docere, aut
 "concionari velle, cum nihil aliud fue-
 "rit quam male canere, et in malo cantu durare,
 "et occasionem dare ne illud Terentii eis occina-
 "tur: frustra niti, et laborando nihil aliud quam
 "odium quacrerere extremae dementiae est; magnae
 "prudenciae fuerit eam opinionem omnino desere-
 "re; quemadmodum si qui collabentem jam jam do-
 "mum vident (quod de muribus Plinius scribit)
 "fuga se subducunt. Jam illis desunt Cathedrae,
 "Suggesta, Confessionaria, Libri. Jam Regum dia-
 "demata, jam Episcoporum Mitrae, jam Cardina-
 "lium Galeri, jam Pontificum Tiarae, et ipsamet
 "Concilia, quando Tridentinum omnino protestatum

(1) Cap. 3, §. 14.

"est non esse suae intentionis in decreto de pec-
 "cato originali Deiparam comprehendere."

51. Tenemos además muchos San-
 tos insignes por su doctrina, los cua-
 les abiertamente profesaron y con-
 sus escritos sostuvieron la pia sen-
 tencia de la Inmaculada Concepcion de nuestra
 Reina celestial.

San Bernardino de Sena, en su
 sermón 49, dice: "Non enim creden-
 "dum est, quod ipse Filius Dei vo-
 "luerit nasci ex Virgine, et sumere
 "ejus carnem, quae esset maculata
 "aliquo originali peccato."

La Orden Franciscana entera, defiende con ardor
 la misma doctrina.

San Bruno, fundador de la con-
 templativa Orden de los Cartujos, en
 su comentario al Salmo 101, habla
 de Maria en estos terminos: "Haec
 "est incorrupta terra illa cui benedixit Dominus;
 "ab omni propterea peccati contagione libera."

San Lorenzo Justiniano en un ser-
 mon predicado en Venecia el dia de
 la Anunciacion, aseguraba: que la
 gran Virgen "ab ipsa conceptione fuit
 "in benedictionibus praeventa."

El docto Santo Tomas de Villanueva, arzobis-
 po de Valencia en España, Conc. 3
 de Navit. Virg. Mariae Deicit,
 "dice, Matrem Dei esse purissimam
 "sine labe sine peccato. Unde non
 "solum quando puella sanctissima, et
 "in utero sanctissima, et in Conceptione sanctis-
 "sima." Y da la razon, añadiendo: "Non enim
 "decebat Sanctuarium Dei, Domum Sapientiae, Re-

Testimonios
 favorables.

De San Ber-
 nardino de
 Sena.

De San Bru-
 no.

De San Lo-
 renzo Justi-
 niano.

De Sto. To-
 mas de Villa-
 nueva.

"liquarium spiritus, Urnam Mannae Coelestis ali-
quam in se labem habere. Propter quod ante
quam anima illa sanctissima infunderetur, plene
fuit caro illa mundata ab omni faece et labe; et
anima cum infusa est nullam habuit ex carne, ne-
que contraxit labem peccati."

Finalmente, San Alfonso de Liguori, por no citar otros, en muchos lugares de sus obras, y mas particularmente en su libro sobre las glorias de Maria, sostuvo con todo empeño nuestra sentencia, y demostró con varias razones, que estuvo preservada de la mancha de origen; porque, dice: "asi convino al Eterno Padre, por ser Maria su Hija, y su Hija primogénita; asi convino al Divino Hijo, por ser Maria su Madre; y así convino al Espiritu Santo, por ser Maria su Esposa (1)."

De San Alfonso de Liguori.

(1) Entre los Santos que se han pronunciado solemnemente en favor de nuestra causa, debemos contar a Santa Brígida, versadísima en la ciencia de las cosas divinas; porque en ellas tuvo por maestro al mismo Jesucristo, y cuyas Revelaciones, por consiguiente, segun parecer del docto Cardenal Turrecremata, merecen la fe mas cabal. Y hé aquí, como la Santa hace hablar á la Santísima Virgen en una de sus revelaciones (Lib. 6, cap. 49):

"La verdad es que fui concebida sin la mancha del pecado original; porque así como ni mi Hijo ni Yo pecamos jamas, así tampoco hubo nunca matrimonio mas honesto que aquel del cual procedí."

Y habiéndola preguntado cierto dia un hombre docto, cuyo nombre no se cita, precisamente sobre la cuestion de la Inmaculada Concepcion de Maria, al momento respondió la Santa: "Si la Madre de misericordia me lo permite, la consultaré acerca de este punto, y os diré lo que me conteste." Santa Brígida cumplió fielmente la promesa hecha; y haviendo sido luego arrebatada en un delicioso éxtasis, pidió á Maria que le dijese lo que debía

52. Volviendo á seguir ahora la série de los Teólogos, se puede afirmar con toda seguridad, que del siglo XIII, en el cual empezaron á debatir las escuelas la cuestion de la Inmaculada Concepcion de Maria, hasta el siglo XV, nuestra opinion tuvo denodadissimos defensores, entre los cuales se cuentan Juan Dunz, Pedro Aureolo, Francisco de Mayronis, Juan Bassoli, Guillermo de Rubione, Pedro de Aguila Scotello, Tomás de Argentina, Francisco Martini, Pedro de Alliaco, Juan Charlier Gersoni, Juan de Segovia, Alfonso Tostado, Nicolás Cusano, Guillermo Verlungo, Nicolás Obello, Dionisio Richel Certosino, Santiago de Valencia, Gabriel Biel, Perbarto de Temesvar, Ambrosio Spiera, Marsilio de Inghen, Juan Tritemio, Enriquez, el Comitolo, Vasquez, Pinsano, Salmeron y muchos otros.

Los Teólogos de los siglos XIII y XIV, á excepcion de muy pocos, defendieron con ardor nuestra doctrina.

responder á la persona que la habia interrogado sobre el particular, y la Virgen la dijo: "Cree, hij, mia, que opinan bien y rectamente los que me creen libre de la mancha original, confesando altamente esta erecencia; y que piensan mal, sobre todo, si lo hacen temerariamente los que siguen la opinion contraria."

Las Revelaciones de Santa Brígida han sido declaradas auténticas y aprobadas por tres Sumos Pontífices, Urbano VI, Gregorio IX y Martin V. El segundo de ellos, ó sea Gregorio IX, despues de haberlas hecho examinar diligentemente por doctísimos Cardenales, por varios Obispos, y por muchos ilustres y entendidos Teólogos, no tuvo reparo en pronunciar que *totum quod in eis continetur et veritate conspicuum est, et sanctitate plenum, pellucidum atque perfectum*. Lea, el que guste, al Cardenal Turrecremata in *Prologo defens. earumdem Revelationum*, y encontrará la mas fuerte y sólida defensa de las mismas Revelaciones. Habla tambien de ellas el Tritemio in *Chrou. Stirsaugiensi an. 1369.*

53. La sentencia contraria tuvo tambien sus abogados y defensores; pero sobremanera inferiores a los primeros, tanto en autoridad como en número: solos cinco de ellos pueden considerarse como principales, a saber: Egidio Colonna, Enrique de Gante, Durando de San Porciano, Alvaro Pelagio, y Gregorio de Rimini.

54. Del siglo XV hasta nuestros dias, exceptuando unos muy pocos, no se encuentran Teólogos de alguna nombradía que no hayan sostenido la Inmaculada Concepcion de Maria Santisima. De las Ordenes Regulares hemos dicho ya en otra parte que la defienden con particular fervor y piedad. Entre ellas resplandece la ilustre y por tantos titulos benemérita Compañia de Jesus, de la cual afirma el P. Giorgi [adnot. in Commentarium Mariani Parthenii de vita et studiis Hyeronimi Lagomarsini] que sus individuos defendieron *semper et ubique* aquel singular privilegio de Maria. Nosotros nos limitaremos a citar solamente tres, que son los mas afamados, y expresan la opinion de todos.

55. El eximio P. Suarez in 3 part. Divi Thomae, Tom. 2. quaest. 27, art. 2 disput. 3, ses. 5, demuestrava valerosamente, como habiendo sido elegida Maria para Madre de Dios, por este solo hecho debia estar ya exenta de la ley del pecado. "Dat enim Deus, dice, unicuique gratiam eo tempore, modo, et perfectione, quo secundum rectam et prudentem rationem maxime congruit fini, dignitati et officio in quo ab ipso Deo constituitur: sed prima dignitas Virginis fuit esse Matrem Dei, quo titulo illi debetur maximus amor et honor, et cum hac conjuncta est alia, scilicet singulari modo cooperari redemptio-

UNIVERSIDAD

Autoridad de Suarez.

ni; cui fini nihil potest esse magis contrarium, quam peccatum. Et ex his sequitur ut singulari modo sit Domina omnium et Regina Angelorum. Nam (ut rectè dixit Anselmus), sicut Deus omnia creando Pater est, et Dominus omnium; ita Beata Virgo suis meritis cuncta reparando Mater est et Domina rerum: non decebat autem Dominam esse inferiorem servis, scilicet sanctis Angelis, in perpetua sanctitate, et vitae innocentia, ac puritate." En segunda refuerza el argumento diciendo: "Nullum gratiae beneficium, alicui purae creaturae collatum, Virgini negatum est: sed creari in gratia est magnum gratiae beneficium, quod Adae et Hevae collatum est, et perfecta innocentia excludens omnem culpam communicata est Angelis; ergo utrumque multò persectius concessum est Virgini." Y á la singularidad del privilegio que algunos han objetado, así victoriosamente responde: "Nec refert quod gratia praeservans à peccato statim contrahendo nulli concessa sit; tum quia hinc fit Virginem magis indignisse hoc beneficium quam ceteros, ideoque potiori jure atque ratione illi fuisse tribuendum; tum etiam quia nihil mirum est, quod aliquid majus Matri quam ceteris concedat."

Tenemos, pues, que Suarez, secunaz interprete ilustre de la doctrina del Angélico Maestro, sostuvo y defendió la Inmaculada Concepcion de Maria, en el sentido que nosotros hemos indicado.

56. Escuchemos ahora á Petavio. Este insigne y profundo Teólogo, verisimilísimo en el estudio de los Santos Padres, en su tan aplaudida obra que ha por titulo *Theolog. Dogmata*, lib. 14, cap. 2, N. 10, persuadido de la verdad de nuestra doctrina por la copia de argumentos, sacados en

Autoridad de Petavio.

en su liturgia aplica á la Santísima Virgen, escribe lo siguiente: "Beatae Virginis laus plenitudinem, in qua gradum figat, non habet, nisi dicamus, ultra Sanctorum omnium merita concessa illi fuisse *ab originali peccato* immunitatem. In hac assertione sita est Sanctorum plenitudo in qua detinetur. In plenitudine Sanctorum detentio mea." Ciertamente no se podia dar nada mas claro y terminante para concluir, que fué concedida á Maria la exencion de contraer el pecado original en el acto de ser concebida.

60. Entre los Teólogos Barnabitas que escribieron y publicaron libros en alabanza de Maria, es digno de particular mencion el docto Padre D. Aimon Corio. Este religioso, altamente bien reputado por los Sumos Pontífices Alejandro VII y Clemente IX, en sus Comentarios sobre el Pentateuco, enseñó y sostuvo, donde quiera se le presentó oportunidad, la pia sentencia de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen; de modo que el Teatino Padre Meazza extractó de él las sentencias para componer el Diario de la Inmaculada Concepcion, del cual habla Vezzosi en la pág. 51 del Tomo 2 de los *Scrittori Teatine*.

Esta fué tambien la doctrina del inmortal Cardenal Gerdil, segun acreditan sus *observaciones y notas* á la Obra del ilustre Obispo de Arezzo Monseñor Albergoiti, titulada: *La via della Santità*, que se leen al fin de la misma. El docto Purpurado era tan celoso por la propagacion de esta piadosa sentencia, como que á instancia suya en las segundas Lecciones del Oficio de San Máximo, por decreto de la

El P. Corio, esclarecido defensor de la piadosa sentencia.

El Cardenal Gerdil profesó igualmente la misma doctrina.

Sagrada Congregacion de los Ritos, donde se leía: "atque ad augendam erga Deiparam Religionem, cujus eximius cultor semper fuit, ejus Virginitatem atque maternitatem luculentèr asseruit;" se añadió el consabido pasage del Santo Padre, que ya en otro lugar hemos citado: "*eamque idoneum plane Christo habitaculum, non pro habitu corporis, sed pro gratia originali praedicavit.*"

61. A los Teólogos hicieron eco en todos tiempos las Universidades mas célebres del Orbe católico, como las de Paris, Colonia, Maguncia, Alcalá, Zaragoza, Compostela, Granada y Toledo, como tambien las Academias de Alemania, Italia, Bélgica, España y Portugal, por lo cual puede decirse que casi en parte alguna del mundo hay un solo Instituto Teológico que no se haya propuesto el santísimo fin de sustentar y defender la Concepcion Inmaculada de Maria.

62. Ni fueron solo los Teólogos, ó solas las Academias y Universidades católicas las que manifestaron su favor á la opinion de la Inmaculada Concepcion de Maria, sino que igual favor manifestaron varios Pontífices Máximos, como se ha visto en su lugar, doctísimos Obispos, Monarcas y Pueblos, aun prescindiendo de las Ordenes Regulares, de las cuales hemos hablado ya. En cuanto á los Obispos, baste saber, que casi todo el Cuerpo Episcopal del Católico reino, entonces muy floreciente de las Españas, elevó respetuosas y fervientes súplicas á Clemente XII para alcanzar que la Sede Apostólica se dignase definir como *verdad de fé* la Inmaculada Concepcion de Maria. De este hecho nos dá noticia el erudito Padre Giorgi, Jesui-

Tambien la abrazaron todas las Universidades.

Papas y Obispos, Monarcas y Pueblos, favorables á la piadosa sentencia.

ta, cuyo importante relato nos place copiar aquí con sus mismas palabras. Hé aquí como se explica en sus anotaciones á la vida del Lagomarsini, escrita por el Padre Massolari: "Facere hoc loco non possum, (hablaba á la sazón del Padre Budrolio, otro egregio defensor de la causa de María) quin humanissimos lectores felicissimi cujusdam eventus, qui dum haec scribo mirifica me voluptate cumulavit, certiores faciam, quo ad B. Virginis purissimum conceptum tuendum, venerandumque ardentiori studio semper incumbant. Insuperanti enim mihi contigit, ut dum neglectam quamdam, sordibusque obsitam scriptorum molem apud infimae sortis familiam evolverem, in scriptum volumen inciderem exaratum à Ludovico Andrutio, aliis editis jam operibus de catholica fide egregie merito, quo Deiparae purissimum conceptum tueri sibi proposuerat, statueratque illud in lucem emittere, si diutius vivere contigisset. Tum duo alia reperta volumina quibus autographae litterae omnium totius fere Hispaniae Episcoporum, Accademiarum, Religiosorum Ordinum continebantur, quibus Clemente XII P. M. enixe rogabant, ut solemni ex Cathedra judicio Deiparae sine ulla labe conceptum assereret, ut de singulari hoc Virginis ornamento, non jam privato sensu pro arbitrio suo judicare quis posset, sed ut de re Ecclesiae firmissimo judicio definita, nefas esse duceret contrarie sentire. Quibus profecto testimoniis cum non solum validissimum optimae causae parari praesidium agnoscerem, sed novum pro Pontifice, cum ex Cathedra loquitur, fallere et falli nescio argumentum ex unanimi tot Episcoporum consensione arbitrarem, nihil antiquius habui, quam ut de tota re amplissimum Cardinalem Hyacinthum Gerdilium, omni pietatis et doctrinae laude praestantem,

"certiorem facerem, enixeque illum rogarem, ut pro summa in Deiparam, qua praestat pietate, et pro singulari illa, qua me immerentem benevolentia complectitur, Sanctissimo Ecclesiae Pontifici Pio VII consilium, quod mihi hac in re capiendum videbatur, exponere non gravaretur, ut quando ex Apostolico Tabulario haec olim fuisse deprompta volumina dubitari non poterat, remitti Romam illi juberet, justa quadam remuneratione is, qui ea hactenus retinuerunt, proposita. Quod cum ille probasset, tum SS. Pontificis adsensu implorato, sic datis ad me humanissimis, ut solem, litteris respondit: *He manifestado la adquisicion, ó mas bien el recobro de los interesantísimos originales, para saber la retribucion que debe darse, etc. El Santo Padre ha sabido con mucho placer el recobro de los mencionados originules.*" Roma 21 de abril de 1801. G. Cardenal Gerdil. Hasta aquí el Padre Giorgi.

63. En verdad que el voto unánime de tantos y tan respetables Prelados, y el pleno consentimiento de la grey católica tienen tan fuerte peso en las balanzas de la sana crítica, que no solo justifican, sino que en cierto modo llegan á canonizar nuestra opinion. Este modo de juzgar lo hemos aprendido del grande Agustín, cuya norma seguimos. "Neque enim ut videamus [así se expresa en su Carta 143 á Marcelino] quam hoc sit verum, scripturarum auctoritas necessaria est, ac non sensus ipse communis ita verum esse perspicua ratione proclamat, ut quisquis contradixerit demeritissimus habeatur?" El Santo Doctor, en otra carta dirigida á Evodio, que es la 144, añade: "Ec-

El comun consentimiento de los fieles demuestra la certeza de la sentencia que declara á María exenta de la culpa original.

"clesia fere tota consentit quod eam non inaniter
 "credidisse credendum est, undecumque hoc tradi-
 "tum sit etiamsi canonicarum scripturarum hinc ex-
 "pressa non proferatur auctoritas."

Ahora bien: que el comun sentir de los fieles de-
 clare Inmaculada la Concepcion de Maria; lo de-
 muestra la práctica de tiempo inmemorial introdu-
 cida en la Iglesia de honrarla con aquel gloriosísimo
 titulo: lo atestigua el escándalo que padecieron los
 piadosos y devotos católicos, y hasta naciones ente-
 ras, al oír a los que se atrevieron á predicar y de-
 fender la opinion contraria: lo prueba el empeño
 que manifiestan en que sea saludada por todos con
 el titulo de Inmaculada: lo demuestra en fin, el uso
 de invocar y festejar con triduos y novenas á Ma-
 ria concebida sin mancha original, siempre que se
 trata de hacer cesar alguna calamidad pública que
 nos azota, ó de conseguir que sea nuestra interce-
 sora para lograr algun singular beneficio que impor-
 ta á un particular ó á la generalidad.

64. Si, pues, segun San Agustin, debe bastar
 para considerar como verdadero lo que todos ó ca-
 si todos los fieles, creen y aseguran como tal; cier-
 tamente no falta esta circunstancia á la opinion de
 la Inmaculada Concepcion de Maria, que es por to-
 dos ó casi todos admitida y profesada. Y siendo
 esto así, ¿no será temeridad ó demencia el contra-
 decirla? Porque ¿seria creible que Dios nuestro
 Señor hubiese querido permitir que casi toda la
 Iglesia dispersa se engañase en materia de tanta
 monta? Y si el Dios de la verdad ha hecho nacer
 en los fieles de las diferentes partes del mundo ca-
 tólico, esta emulacion en creer que Maria ni som-
 bra contrajo del pecado original; fuerza será con-
 cluir, que la sentencia que dá á Maria este privile-
 gio es la única verdadera, y que por tanto, con sus

soberanas inspiraciones la ha hecho creer y profe-
 sar por todas partes á los fieles, á fin
 de preparar de este modo á su Santí-
 simo Vicario en la tierra las vias de
 definirla en términos de que se deba
 luego admitir y profesar, no ya como
 una simple opinion, sino como una
 firme y sólida verdad de fe. Así lo
 entiende tambien Suarez, quien en la
 3 part. D. Thomae quaest. 27. art. 2,
 sess. VI, despues de haber dicho: "veritatem hanc,
 "scilicet Virginem esse conceptam sine peccato ori-
 "ginali, posse definiri ab Ecclesia quando id expe-
 "dire judicaverit;" añade luego: "Ad hanc defini-
 "tionem satis est ut aliqua supernaturalis veritas in
 "traditione vel Scriptura implicite contenta sit, ut
 "crescente communi consensu Ecclesiae, per quam
 "saepe Spiritus Sanctus traditiones explicat, vel
 "Scripturam declarat, tandem possit definitionem
 "suam adhibere; quae vim habet cujusdam revela-
 "tionis propter infallibilem Spiritus Sancti assisten-
 "tiam."

65. Y puesto que la autoridad de este universal
 consentimiento de los fieles no queda debilitada en
 lo mas mínimo por el disenso de unos cuantos, po-
 quisimos, que piensan lo contrario, ¿quién no ve
 que la bien conocida regla del Lirinense se puede
 aplicar perfectamente á nuestro caso, puesto que
 se verifica que *siempre, donde quiera, y por todos*
 ha sido profesada y admitida la sentencia de la In-
 maculada Concepcion de Maria? A la verdad, es-
 ta unanimidad católica en creer la Concepcion de
 Maria, inmune de la mancha de origen, es un ar-
 gumento tan poderoso en favor de la piadosa creen-
 cia, que mucho me maravillara y sorprendiera que
 en nuestros dias, en que tanta luz ha adquirido y

El unánime
 consentimien-
 to de los fie-
 les prepara la
 formal defini-
 cion sobre la
 cuestion pre-
 sente.

tantos triunfos reportado, se encontrasen Teólogos no ofuscados y de recta conciencia que se atreviesen, no digo á impugnarla, sino á ponerla siquiera en duda. Oigamos al Real Profeta, quien sobre este punto desvanece toda perplejidad, cuando en el versículo 13 del Salmo 40, que gravísimos intérpretes dicen que debe aplicarse á Maria, la hace hablar á Dios en los términos siguientes: *me autem propter innocentiam suscepisti, et confirmasti me in conspectu tuo in aeternum*; cual si hubiese querido decir á Dios: en tanto te soy yo tan cara, en cuanto tú, ¡oh Señor! que podías hacerlo, me haz libertado absolutamente del imperio de tu enemigo, no permitiendo fuese contaminada por el pecado original, y por esto me has colmado de otras infinitas gracias señaladísimas, y escogido para ser tu Madre; porque me has hallado inocente y tan pura como debia ser la Madre de un Dios: "Valde profecto probabilis ratio, dice Lorino en sus Comentarios sobre este Salmo, quum talem sibi Deus Matrem praeparare potuerit, etiam voluisse, ac ita sibi totam vindicasse, ut ab omni in perpetuum jure daemonis liberaret. Cui, nisi praeveniendo liberaretur, obnoxia erat, ac subjiacienda fuerat. Christus semper fuit Deus, nec existit humanitas priusquam uniretur divinitati, ut propter innocentiam susciperetur, quum, inquam, non fuerit antequam susciperetur. Deus Matrem talem fecit, qualem dixi, ut ideo sibi Matrem elegerit, seu quia volebat eligere, Matrem talem fecit."

66. Oponen sin embargo algunos, que esta piadosa sentencia no ha sido aun formalmente defini-

Profecía contenida en el Salmo 40 sobre la inmundicia de Maria, respecto de la culpa original.

da por la Iglesia. Es cierto: mas ¿acaso esta prudente conducta de la Iglesia perjudica á nuestra opinion, ó la hace perder la fuerza que de la tradicion ha recibido, y por la cual el comun juicio de los fieles la cree verdadera? Si la Sede Apostólica hasta aqui se ha abstenido de convertirla en artículo de fe, ¿ha dejado por esto de favorecerla, protegerla y propagarla? ¿Por ventura el Sumo Pontífice reinante, GREGORIO XVI, que con tanta gloria suya y utilidad de la Iglesia está sentado en el Trono Apostólico, no concedió por órgano de la Sagrada Congregacion de los Ritos á las Iglesias de Francia, América, Inglaterra, Alemania é Italia, el Indulto que pidieron de añadir en el prefacio del dia 8 de diciembre las palabras *Et te in Immaculata Conceptione*; como las añade la Orden Franciscana? Ni, ¿qué otra cosa, sino la verdad de la misma, prueba la prodigiosa vision y rapidísima propagacion de la conocida milagrosa Medalla (1) con las palabras de *Maria sin pecado concebida*, revelada en París el año 1830, á una simple Doncella que por humildad quiso ocultar su nombre, y mirada por los piadosos fieles como un manantial perenne de beneficios espirituales y temporales, que donde quie-

El no haber la Iglesia definido aun la cuestion, en nada perjudica á nuestra doctrina.

Medalla milagrosa, y prodigios por ella obrados.

(1) LA MEDALLA MILAGROSA DE LA PURÍSIMA CONCEPCION. Oraciones para pedir diferentes gracias á María santísima, sin pecado concebida, con ocasion de la MEDALLA MILAGROSA, acuñada por disposicion suya, precedidas de una breve noticia de su origen, propagacion y efectos prodigiosos: traducido del francés, añadidos algunos otros obsequios, por el Dr. D. Antonio Vallcendrera, canónigo de la catedral de Lérida.—Barcelona, 1841.

ra se alcanzan por la intercesion de la Madre de Dios, venerada, reverenciada é invocada bajo este titulo á ella tan grato? Y la ruidosa conversion, verificada á nuestra vista á principios del año 1842, del Israelita Ratisbonne, el cual habiendo cedido á los incesantes ruegos de un amigo suyo que le indujo á llevar encima la Medalla milagrosa, sorprendido públicamente en la Iglesia de San Andrés *delle Fratle* por una súbita aparicion que le iluminó el entendimiento, y de fiero enemigo del nombre cristiano se convirtió en ardentísimo católico, ¿no prueba acaso á un tiempo la certeza y la utilidad de esta preciosa devocion? Dios no se vale de los prodigios sino para evidenciar la verdad; y yo creo que Dios ha obrado tantos y tan extraordinarios en favor de la célebre Medalla, á fin de autorizar y generalizar mas y mas la creencia de nuestra opinion.

67. Seria nunca acabar, si quisiésemos exponer aquí todas las reflexiones y pruebas que en suma copia se ocurren en favor de nuestra doctrina; pero habiéndonos propuesto escribir sobre este asunto no una Obra, sino una mera y sucinta Disertacion, juzgamos que lo hasta aquí dicho basta á nuestro intento, y que no debemos ser mas difusos. Ciertamente que no hay necesidad de manifestar cuales sean los ardientes votos de nuestro corazon. Podemos asegurar, que si en el corto tiempo que nos resta de vida, la Santa Sede Romana, guiada siempre por las luces del Espíritu Santo, juzgase oportuno definir el importantísimo punto de la Inmaculada Concepcion de Maria, gustosos cerrariamos entonces los ojos en paz; y creemos tambien firmemente, que tal determinacion seria un manantial de multiplicadas gracias, de grandes misericordias, y de dulces bendiciones, que por la intercesion de

María lloverian en abundancia sobre Roma y sobre toda la Iglesia que la considera como su particular Abogada y protectora. En el interin, si en este pobre escrito no hemos tratado su causa como ella merecia, le pedimos por ello humildísimo perdon, y la suplicamos acepte con su maternal bondad é infinita clemencia, el homenaje de filial devocion que la ofrecemos; atribuyendo los defectos en que tal vez hayamos incurrido, á la exigüidad de nuestro ingenio, mas bien que á falta de buena voluntad, la cual en nosotros será siempre tan firme y eficaz, como el celo que nos anima en propagar, exaltar y defender siempre y por siempre el sublime privilegio, única y exclusivamente propio suyo de haber estado libre hasta de la sombra de pecado original en su bienaventurada Concepcion.

FIN.



IMPRIMATUR.

F. D. BUTTAONI *Ord. Praed.* S. P. A. M.

IMPRIMATUR.

JOSEPH CANALI *Archiep. Collossen. Vicesgerens.*

EL SR. D. MANUEL CARPIO,

A LA CONCEPCION

DE

MARIA SANTÍSIMA.

Al quebrantar una órden soberana
Allá en Eden mis padres infelices,
Gustando ingratos la fatal manzana,
De horror y espanto estremeci6se el cielo,
Y bramó la ancha tierra conmovida,
Y bramó el ancho mar, y negro velo
Cubrió el sol, las estrellas y la luna,
Y quedó el orbe en estupor profundo
Al ver que el hombre delinquirió en su cuna.

Mil males inundaron espantosos
En tropel á este mundo delincuente:
Odios, sospechas, zelos y temores,
La fiebre devorante y los dolores,
La muerte en fin, espanto de la gente.
Envilecido y humillado el hombre,
Pesadamente su cadena lleva,
Y sin paz, sin honor y sin renombre,
Avergonzado, con trabajo eleva
Al firmamento sus cansados ojos,
Como rey destr6nado,
Objeto de las burlas y sonrojos.

Al ver Jehová degradacion tan baja,
Le dolió el corazon en lo mas vivo,
Y proyectó triunfar del ser altivo,
Causa fatal de tan inmensa ruina,
Encarnando en el seno casto y puro,

De una doncella débil é inocente,
A cuyas plantas con robusto brazo
Pondrá del seductor la altiva frente;
Y, al tiempo señalado allá en su mente,
"Hágamos, dijo, el alma de Maria;
"Una alma digna de la Madre mia."
Y ved aquí que sale de sus manos,
La mas hermosa y cándida criatura,
La mas resplandeciente y la mas pura
Entre todos los hombres sus hermanos.

¿Ni cómo permitiera un Dios tan bueno
Que aquella antigua y pérfida serpiente,
Con su negro y mortifero veneno
Manchara la pureza refulgente
De la gentil doncella que algun dia
De mamar al Ungido le daría?
¿Ni cómo permitiera el Dios del cielo,
Que el blanco cuello de su madre hermosa,
En que de niño alguna vez reposa,
En otro tiempo con infamia hubiera
Cargado una cadena vergonzosa?
Al mirar el dragon tanta grandeza
En la estirpe de Adán envilecida
Y tan cabal y espléndida belleza,
Recuerda triste su pasada historia
Y pretende empañar tan alta gloria.
Del fondo tenebroso del abismo
Sale volando con sus alas grandes,
Semejante á la noche que se avanza
Sobre los altos y selvosos Andes:
Respira el monstruo cólera y venganza,
El mar azota con su imensa cola,
Y lleno de congojas y pesares,
Ya trémulo se enrosca, ya se estiende,
Ya brama airado, y el espacio hiende,
Y hace temblar las islas y los mares.

Miguel en tanto entre celages rojos
 Sale al encuentro á su enemigo altivo;
 Brilla en los grandes y terribles ojos
 Del Arcángel gallardo un fuego vivo:
 Cubre su blando y fúlgido cabello,
 Bruñido yelmo con azul garzota;
 Lleva en la mano centellante espada,
 Y estrellas de oro en la robusta cota:
 Es su belleza, en fin, tan estremada,
 Que Satan á Miguel por Dios tuviera,
 Si al hermoso Jehová no conociera.
 Contra la Hija del rey, pura y serena,
 El dragon con orgullo se abalanza,
 Y llamas y humo de su boca lanza,
 Y parece al bramar que el cielo truena.
 Pero el Angel de luz se precipita
 Como una tempestad sobre el tirano,
 Y le amaga con impetu, y le agita,
 Y le alcanza agilitísimo y le oprime;
 Ya el pecho le penetra con su espada,
 Ya le estremece con su voz sublime,
 Y le sofoca con su fuerte mano
 Pero el dragon en su furor vehemente,
 Los ojos sanguinosos
 Revuelve en derredor horrendamente:
 Vibra una y otra vez la lengua roja,
 Y crugiendo los dientes espantosos,
 Sangre y espuma con su aliento arroja.
 Su cara de furor relampaguea,
 Ataca encarnizado y formidable,
 Y venciera á Miguel en la pelea,
 Si vencer á un Arcángel fuera dable;
 Pero el caudillo mas y mas se empeña,
 Y coge al monstruo, que por fin desmaya,
 Le abraza mortalmente y le despeña,
 Y dá con él en solitaria playa.

En tanto la Purísima Doncella
 Acércase modesta al mar ruidoso,
 Cercada de millones de Querubes,
 Brillantes como soles,
 Y mas bellos que el iris de las nubes.
 Poniendo entonceś la gentil Doncella
 El blanco pié sobre el dragon salvage,
 Su audáz cabeza fuertemente huella,
 Y vence al vencedor de su linage.
 Los moradores del inmenso cielo,
 Al mirar tan espléndida victoria,
 "¿Quién sube, dicen, del desierto ardiente,
 Coronada de estrellas la cabeza,
 Bajo su tierno pié la melia luna,
 Y del sol circundada su belleza?
 El ondoso y espléndido cabello
 Te baja airosamente,
 Airosamente por el blanco cuello:
 Son negros y vivísimos tus ojos,
 Como los ojos de gentil gazela,
 Tus labios son suavísimos y rojos.
 Como el boton de rosa purpurada
 Que entre las hojas húmedas asoma.
 ¡Dichoso el que te diere una miradal
 Tu corazon es fuerte y denodado,
 Como ejército en órden de batalla,
 Y blando y delicado
 Como el del tierno y apacible niño
 Que se alimenta de la blanca leche
 Que le procura el maternal cariño.
 Pura es la luz del esplendente dia
 Brillando el sol en la mitad del cielo,
 Puras las gotas que la aurora envia
 Sobre las yerbas del fecundo suelo;
 Però tú eres mas pura todavia,
 Agitado Luzbel de rabia y zelo

Bien quiso oscurecer tanta pureza;
 Pero como un relámpago del cielo
 Cayó el dragon, y entonces tu hermosura
 Resplandeció mas cándida y mas pura.

Otras glorias te aguardan todavia,
 Y te aguardan tambien otros encantos,
 Estrecharán tus brazos algun dia
 Al hombre Dios, al Santo de los Santos.
 Allá de niño en rústico pesebre
 Te mirarán sus ojos soberanos,
 Le mirarán blandisimos los tuyos,
 Uniránse tus labios con los suyos,
 Y apretarás sus manos con tus manos.
 Pero tambien se tornará tu gloria
 Dentro de poco en temporal deshecho:
 Cuando oprima á tu Dios duelo y quebranto,
 Suspirarás al suspirar su pecho:
 Y alguna vez bajo el humilde techo,
 Al gran Jehová le enjugarás el llanto.
 La muerte le darán como á un impio,
 Como al hombre mas vil y delincuente,
 Y entonces tú, cual tórtola inocente,
 Gemirás en el Gólgota sombrío."



Tomada de la página 2

EL AVE MARIA

COMENTADA
 EN
 DIEZ DEVOTAS MEDITACIONES,
 POR EL PRESBITERO

José Francisco Sotomayor,
 QUIEN LA DEDICÓ
 AL ILLMO. SR. OBISPO
 DR. Y LIC. D.

Ignacio M. Guerra.

CON LA LICENCIA NECESARIA.—2ª E-
 DICION CORREGIDA POR EL AUTOR.

ZACATECAS: 1869.—IMP. ECONOMICA
 de Mariano Ruiz de Esparza,
 Calle del Correro, n. 2.

Bien quiso oscurecer tanta pureza;
 Pero como un relámpago del cielo
 Cayó el dragon, y entonces tu hermosura
 Resplandeció mas cándida y mas pura.

Otras glorias te aguardan todavia,
 Y te aguardan tambien otros encantos,
 Estrecharán tus brazos algun dia
 Al hombre Dios, al Santo de los Santos.
 Allá de niño en rústico pesebre
 Te mirarán sus ojos soberanos,
 Le mirarán blandisimos los tuyos,
 Uniránse tus labios con los suyos,
 Y apretarás sus manos con tus manos.
 Pero tambien se tornará tu gloria
 Dentro de poco en temporal deshecho:
 Cuando oprima á tu Dios duelo y quebranto,
 Suspirarás al suspirar su pecho:
 Y alguna vez bajo el humilde techo,
 Al gran Jehová le enjugarás el llanto.
 La muerte le darán como á un impio,
 Como al hombre mas vil y delincuente,
 Y entonces tú, cual tórtola inocente,
 Gemirás en el Gólgota sombrío."



Tomada de la página 2

EL AVE MARIA

COMENTADA
 EN
 DIEZ DEVOTAS MEDITACIONES,
 POR EL PRESBITERO

José Francisco Sotomayor,
 QUIEN LA DEDICÓ
 AL ILLMO. SR. OBISPO
 DR. Y LIC. D.

Ignacio M. Guerra.

CON LA LICENCIA NECESARIA.—2ª E-
 DICION CORREGIDA POR EL AUTOR.

ZACATECAS: 1869.—IMP. ECONOMICA
 de Mariano Ruiz de Esparza,
 Calle del Correro, n. 2.



PROLOGO

Muchas son las obras que en estos últimos tiempos se han publicado en honor de la Santísima Virgen; todas llenas de afectos y alabanzas muy dignas de la Señora; y muy propias para encender en los corazones de los fieles su fructuosísima devoción: además, esas obras han sido escritas por brillantes plumas, por inteligencias elevadas, como: de un San Alfonso Liguorio, un Almeida, un Dolz de Castellar, Menchi D' Arville y otros sabios autores, que las han presentado con hermosura y variedad, reuniendo en ellas las melifluas, tiernas y sentimentales producciones de un Bernardo, de un Agustino, de un Crisóstomo, de un Damasceno, de un Bernardino de Sena, de un Pedro Damiano y de otros sublimes escritores; que, como arcángeles, han dejado oír sobre la tierra las salutations mas fervientes dirigidas á la Ma-

dre de Dios; y, como otros ruseñores marianos, han hecho resonar en este valle de miserias y llanto, las glorias de la predilecta del Altísimo, las dulzuras de su amor y lo eficaz y provechoso de su devocion.

Segun lo expuesto, mi obrita parecerá inútil; pero no lo creo así, porque: ó mis alabanzas á la Santísima Virgen son nuevas, ó son una repeticion de lo que ya se ha escrito: si lo primero, ya se deja ver su utilidad; y si lo segundo, tambien será útil, porque digna es la Señora de que se repitan sus loores.

La dificultad mayor para escribir este opúsculo, será sin duda la pequeñez de mi inteligencia; pero ni aun esto me arredra: yo veo en la naturaleza, que todas las obras de la creacion publican las glorias del Altísimo; y que no porque el ruiseñor, el gilguero, el canario y otras melodiosas aves, lo alaben con dulces voces; deja el pequeño mosquito de elevar su triste susurro, publicando á su modo, las alabanzas del Creador. A imitacion de esto, me atrevo á cantarle á mi Señora; aunque convencido de que mi canto no será como el del meliflúo Bernardo, del sensible Agustino, del angélico Tomas, del suavísimo Ligorio; sino un susurro melancólico de un mosquito imperseptible.

Ademas, la misma pequeñez de mi obrita, y

su estilo familiar, facilitará el que ande en manos de todos: principalmente de los que no pueden hacerse de grandes obras; esto podrá servir para encender y dilatar la devocion de Maria! ¡Ojalá que fuera yo tan dichoso, que lograra cooperar á la propagacion de una devocion tan útil á las almas y tan agradable á Dios!

Esta obrita contiene diez meditaciones ó aspiraciones á la Santísima Virgen, comentando las palabras de la oracion del Ave Maria, que comunmente llamamos salutación angélica (aunque solo son del Arcángel las primeras palabras) cuyas meditaciones ó aspiraciones, podrán servir (á lo menos yo así lo deseo) para crear la devocion á la Santísima Virgen, en unas almas y avivarla mas en otras.

Tambien se tocan como de paso los principales títulos de la Madre de Dios: como de los Dolores, de la Concepcion, del Refugio y de Guadalupe; lo que tambien podrá servir para los fines antes dichos.

A mas de la idea principal, de cada capítulo ó meditacion, que es la esplicacion de cada palabra del Ave Maria, se desarrolla en ellos otra idea de alguna de las gracias ó glorias de la Santísima Virgen; como su dominio universal, su santidad, su hermosura etc. Este es el plan de la presente obrita, quiera el Señor, que sea

á su mayor honra, en gloria de María y provecho de las almas.

PROTESTA.

Todo lo contenido en esta obrita lo sujeto enteramente al juicio infalible de Nuestra Madre la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, de quien me precio de ser, por la misericordia del Señor, obediente hijo.—EL AUTOR.

INVOCACION A DIOS.

Dios infinito, Eterno, Omnipotente,
Suma bondad, Suprema inteligencia:
Hoy ante el Trono de tu real presencia,
Yo me postro rendido y reverente.

Mi alma invoca tu auxilio poderoso,
Sin el que, nada puede, nada sabe:
Tiene una empresa de momento grave,
Ayudadle benigno, Dios piadoso.

La obra mas grande, bella y agraciada,
Que concibió tu mente *ab-eterno*,
Es de mi voz el fin y objeto tierno,
Y en su alabanza quiero verla empleada.

Es aquella criatura peregrina,
Que antes que los abismos y las fuentes,
Que antes que las montañas eminentes,
Fué de tu mente concepcion divina. [1]

Es aquella que el grande Evangelista,

(1) Parabolis Salomonis, C. 8.

Allá en Patmos: absorto contemplaba, [1]
Que en hermosura y en gracia aventajaba
Al diamante, esmeralda y ametista.

A ella, Señor, consagro mis canciones,
Porque la hiciste tan hermosa y bella,
Mas que una flor, que una ave, que una estrella,
Y que lleva tras sí los corazones.

Al alabarla sé, Dios de clemencia,
Que en tí redunda la alabanza mia,
Que alabo tu bondad, sabiduria;
Y no menos, Señor, tu omnipotencia.

Y pues sois luz de los entendimientos,
Ilustra el mio de un modo indeficiente,
Mi voluntad inflama intensamente,
Rectifica tambien mis sentimientos.

Purificado sea como Isaias,
Lleno de gracia como mi alma aspira,
Pon en mis manos, de David la lira
Y en mi boca sus dulces melodias.

En tu auxilio confiado, ¡auxilio inmenso!
En mis cantos prorrumpo de alegría,
Y de la dulce y de la gran MARIA,
A publicar las glorias ya comienzo.

Desátese mi lengua en los primores
De locuciones tiernas y sensibles,
Suban del corazon, indefinibles
Afectos, al iman de mis amores.

(1) Apocalipsis C. 12.

DEDICATORIA

á la Sma. Virgen.

A ti mi dulce madre y mi querida,
Mi consuelo y alivio en toda pena;
A ti graciosa flor: blanca azucena,
A ti suave embeleso de mi vida.
A ti obra grande del Omnipotente,
A ti criatura que apareces Diosa,
A ti madre sensible y cariñosa,
Llena de suavidad, tierna, indulgente.
A ti, que siempre á Dios fiel agradaste,
Que fuiste del Señor paloma pura;
Y que á mi miserable y vil criatura
Desde la infancia el corazon robaste.
Se consagra rendida la voz mia,
Para tus grandes glorias alabar:
Y que eres, gran Señora, publicar,
Mas apacible que la luz del dia.
Mas ay que desfallezco en este instante,
La empresa me parece impracticable!
¿Cómo alabarte yo, ha de ser dable,
Si indigno soy; y á mas soy ignorante?
Pero ¿qué acaso porque el ruiseñor
Es el mejor para eso de cantar,
El pequeño mosquito ha de dejar
De sumbar en honor de su creador?
De la misma manera yo ahora,

-9.-

Aunque no soy Bernardo melodioso
;Porqué mi canto pobre y defectuoso,
No he de elevar en loor de mi Señora?
Cantaré, pues, sus glorias y grandeza,
La invocaré en mi auxilio humildemente,
Mi corazon y mi alma dulcemente,
Desahogaré alabando su belleza.
Escucha pues dulcísima MARIA,
Las producciones de mi pobre afecto,
Disimulando, si, todo defecto,
Recibe mi intencion, Señora mia.
Recibe mi deseo, pues yo quisiera,
Como tú lo mereces, alabarte,
Y con meliflua voz tanto cantarte
Que mi vivo deseo satisficiera.
Recibe juntos con mi corazon,
Estos conceptos ¡ay! desaliñados,
Que sean de tu bondad bien aceptados,
Dales, á ellos y á mi, tu bendicion.





MEDITACION PRIMERA.

DIOS TE SALVE MARIA.

DOMINIO UNIVERSAL DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Allá en la dichosa tierra de Judá, en la pequeña ciudad de Nazareth, en una humilde casa, en el peso de la media noche, puesta de rodillas oraba fervorosa la mas pura de las Virgenes. Llena de amor divino sentia vivamente la ingratitud con que el género humano desconocia á su creador: llena de caridad y celo por la salvacion de las almas, deseaba llegase el tiempo de la reparacion que Dios habia prometido: meditaba las escrituras y recordaba las consoladoras promesas de los Profetas y los fervientes deseos de los Patriarcas: tenia grabadas en su mente las predicciones de Daniel, (1) Jacob, (2) Ageo, (3) y Malaquias; (4) y sobre todo las palabras de Isaias: (5) *Ecce virgo concipiet et pariet filium et vocabitur nomen ejus Emmanuel.* Y muy lejos de creer, por su exi-

- (1) Cap. 9.
- (2) Gen. cap. 49.
- (3) Cap. 2.
- (4) Cap. 3.
- (5) Cap. 7.

-11.-

mia humildad, que Ella era esa Virgen predilecta, escogida para cooperar al mas sublime misterio, veneraba profundamente á la futura Madre del Salvador.

Viendo que la lapsa estirpe originaria del Eden, se asemejaba á la tierra, cuando en los rigores del verano, herida por los rayos de un sol abrasador, sin la fresca sombra de las nubes, sin el suave soplo de los vientos, desea como con ardiente sed la refrigerante lluvia; deseaba llegara ya el tiempo de las promesas hechas por el Señor.

Dios mio, diria en lo ferviente de su oracion, no puedo sufrir mas la dilacion de tu venida; tu honor ultrajado por los hombres, y las miserias de éstos, hieren intensamente mi corazon: han olvidado su origen y su fin, han erigido estatuas y han tributado á ellas incienso y oraciones: los unos han envuelto en mentidas fábulas las tradiciones divinas, los otros han entendido material y toscamente el sentido de las escrituras y todos corren sin freno por las tortuosas sendas del vicio y del pecado; y, como tu dijiste antes del diluvio, todo se ha corrompido sobre la tierra, (1) y no hay en ella sino la malicia y el error. ¿Tardará aun el cumplimiento de aquella promesa que por

(1) Gen.

boca de tu Profeta hiciste, de atraer á ti á todas las naciones, para que las que ahora están sentadas en la sombra de la muerte, vean la luz y sean dirigidas por la senda de la paz! (1) ¡Ah Dios mio! no por mas tiempo permita tu bondad la prolongacion de tantos males, *lleven las nubes el celestial rocío, brote la tierra al justo*, (2) dignate, Señor, escuchar las preces de tu humilde siervo.

El Señor Dios que se complace en las súplicas de los humildes, atendió á las de la bendita Virgen de Nazareth, é hizo que uno de aquellos sublimes príncipes que asisten ante el inmenso trono de su infinita grandeza, descendiese á anunciar á esta purísima niña que su oracion habia sido escuchada, y que Ella era la Virgen escogida y preparada *ab-eterno* para madre del Verbo divino.

Desciende Gabriel como un astro luminoso que se desprende de su órbita, hiende los espacios, apaga con sus fulgores á los astros mas refulgentes, llega, se detiene en Nazareth, entra al humilde retrete de la inmaculada Virgen, y con una profunda reverencia la saluda y la dice: Ave (3) María. (4)

(1) Zac. cap. 9 Malaq. cap. 4.

(2) Isaias. 45.

(3) San Lucas, cap. 1. v. 28.

(4) San Lucas, cap. 1 v. 30.

He aquí el origen de la salutación angélica. Ella nos recuerda el sublime misterio de la Encarnacion; prueba la mas expresiva del amor, de la bondad y de las misericordias de nuestro buen Dios; y que este grande misterio se verificó en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen María. Esa salutación nos trae á la memoria la grandeza de esta Señora, que mereció congruamente ser elevada á la exelsa dignidad de Madre de Dios: y nos recuerda tambien el intenso amor que nos tiene, pues por nosotros oraba fervorosa la noche dichosa de la Encarnacion. ¡Que recuerdos tan consoladores! ¡Y qué propios para exitar en un corazon cristiano los sentimientos mas vivos de amor y gratitud hácia Dios y hácia su purísima Madre!

Cuando el Arcángel saludó á la Santísima Virgen, pudo llamarla Reina, Emperatriz, ó darle otro elevado titulo, que como á electa para Madre de Dios le habria convenido; pero solo la llama MARIA, (1) solo le dá este nombre ¡y por qué? Claro es que porque él encierra los titulos mas honoríficos que podrian dársele, él tiene una significacion extensa, que no es capaz de comprender el entendimiento creado; empero se ha llegado ya á descubrir algo de

(1) María en lengua Siriaca significa Señora, Soberana: y en Hebreo estrella del mar. Menchi D' Arville. Anuario de Maria.

ese vasto continente de prodigios y maravillas del Señor.

Maria quiere decir Señora; porque lo es, en efecto, la Santísima Virgen, del cielo y de la tierra, teniendo sobre ellos un universal y legítimo dominio. Observan los filósofos que en todas las obras de la creación, los seres inferiores están destinados al servicio de los superiores; y como los que son superiores respecto de unos, son inferiores respecto de otros, resulta, que se forma una cadena o escala, que es propiamente lo que se llama orden del universo, hasta llegar á Dios que es el Supremo de los seres. De aquí podemos inferir, que no teniendo la Santísima Virgen, Ser que le sea superior, sino únicamente Dios; á Ella, despues de su Magestad, le están sujetas todas las criaturas del cielo y de la tierra; luego están sujetos á Maria, desde el verde musgo que se cria en la superficie de las peñas, hasta el robusto y elevado cedro del Líbano: desde el polvo de la tierra, hasta las piedras preciosas: desde el animalito microscópico, que se cria en los intersticios del sólido mas compacto; hasta el leon mas imponente que habita en las profundas cavernas: desde el imperceptible mosquito que vuela entre los filamentos del musgo, hasta el águila gigantesca que vate sus alas en la cima de las

montañas inaccesibles: desde el pequeño insecto que náda en la gota de agua, hasta el soberbio cetáceo que surca las olas del Oceano: desde el átomo indivisible de la materia, hasta el astro de mayor magnitud que describe inmensa orbita: desde el rudo salvaje del desierto, hasta el hombre de mayor inteligencia que han conocido y conocerán las naciones: desde el pecador mas miserable, hasta el mas perfecto de los justos: desde la inferior gerarquía angélica, hasta la que está sobre todas. . . . ! Con razon puede decirse: esta Señora es, despues de Dios, nuestro último fin.

¡Pero aun hay mas que decir! ¿quién ignora que una madre tiene jurisdiccion y dominio sobre un hijo? y siendo Maria verdadera Madre de Dios, ¿no la llamará el mismo Señor, bajo este respecto, mi Señora? Ved pues, con cuanta propiedad se le dá el nombre de Maria que significa Señora.

Maria significa tambien mar ó reunion de muchos mares. (1) He aqui otra significacion vastísima y que conviene muy bien á la Santísima Virgen. Ella es mar tan extenso, cual si se compusiese de muchos mares; pero mar en donde no hay tempestad alguna, escollos ni ce-

[1] Significacion etimológica.

táceos; sino un mar apacible y tranquilo, siempre en dulce calma, y reflejando en sus nítidos cristales las perfecciones del cielo de los cielos: mar sobre cuyas olas se navega con seguridad hacia el fértil país del celestial Paraíso: mar en donde se está seguro y muy distante de fieras, de salteadores y de todos los peligros de la tierra: mar de virtudes, de dones, de privilegios, de gracias y misericordias: mar de agua dulce, de néctar suavísimo y de celestial ambrosia; y mar, en fin, cuyas dimensiones jamás podrá conocer inteligencia creada.

Maria quiere decir estrella del mar. Meditemos atentamente esta significacion: el hombre sobre la tierra, lleva una vida, dice el Santo Job, semejante á una renida batalla, y lo mismo nos da á entender el Apóstol San Pablo, cuando nos exhorta á perseverar hasta el fin. (1) Análogamente á esto compara San Bernardo nuestra existencia á una navegacion difícil y peligrosa, sobre un mar agitado de continuas tempestades, en donde soplan los furibundos vientos de las pasiones; en donde se levantan terríficas, las hinchadas olas de la tentacion; en donde á cada paso se encuentran los bancos de arena del escándalo y los escollos de las ocasio-

[1] Tim.

nes; en donde atormentan los lúgubres nublados del error; en donde, en fin, combaten mil y mil diluvios de continuos males.

El hombre, en tantos azares, vicisitudes y peligros, perderia la direccion, si el Señor no le hubiera dado una infalible guía, en aquella admirable criatura cuyo nombre significa estrella del mar; nombre que despues del de Jesus, es sobre todo nombre; y que al proferirse, como observa Ricardo de San Lorenzo, hacen genuflexion el cielo, la tierra y los abismos.

Ademas, los nombres significan aquellas cosas que causan ó á que dan ocasion: y siendo que el nombre de Maria causa consuelo á los hombres, alegría á los ángeles y gloria accidental á Dios; podemos ciertamente decir: que significa consuelo, alegría y gloria. Y como este nombre nos ocasiona no solamente consuelo, sino que hace nacer en nuestro corazon otros mil afectos, podemos tambien decir con toda verdad, que significa fortaleza, gozo, pureza, paz, tranquilidad, seguridad, amor, dulzura y . . . cuanto hay de mas suave y dulce.

Ahora nos convenceremos, de la razon porque el Arcangel San Gabriel no dió otro título; á la Santísima Virgen, cuando vino á saludarla, sino proferirle su dulcísimo y significativo nombre.

¡O MARIA! tu nombre es un compendio de las maravillas del Señor: es tierra bendita y mas privilegiada que la prometida al Patriarca Abraham [1] y á sus descendientes: es fuente de agua pura, es planta de mil virtudes, es árbol de fresca sombra, es jardin de olorosas flores, es prado hermoso donde se respira el aire mas puro, es monte excelso de perfeccion, es bálsamo derramado, es alúe, es cinamomo, es mirra, es arco-iris de paz, nube cargada del rocío de la gracia, luna en plenitud de luz y hermosura, sol vivificante, estrella del mar, mar de mares, y. . . . nombre en fin, que significa tu grandeza, tu poder y tu señorío universal.

Contemplad ahora, devotos de Maria, la excelencia de la salutación angélica, viendo que solo las primeras palabras de ella comprenden tantos loores y glorias de vuestra amada; debe por lo mismo, ser vuestra oracion favorita.

Pensad tambien que agrada mucho á la Señora, esta oracion; así nos lo asegura aquel gran devoto de Maria, San Alfonso Ligorio; oíd sus palabras. "Mucho estima la Santisima Virgen esta angelica salutación, porque entonces parece que se le renueva el gozo que tuvo cuando

[1] Gen. cap. 13.

el arcángel San Gabriel le anunció estar elegida para Madre de Dios. (1)

Lo mismo nos asegura el venerable Tomás de Kempis; y de San Bernardo se refiere que en cierta vez saludando á la Sma. Virgen al decirle: Dios te salve Maria, le contestó la Señora: Dios te salve Bernardo. San Buenaventura asegura que siempre obtendremos una gracia por cada Ave Maria que recemos, y San Alfonso Ligorio refiere que á Santa Gertrudis le prometió la Santisima Virgen concederle tantas gracias á la hora de la muerte, cuantas Ave Marias hubiese rezado en su vida. (2)

De aqui podemos inferir de paso, cuan agradable sea á la Santisima Virgen, y útil á sus devotos, saludarla con las tres Ave Marias que se acostumbran al toque del alba, del medio dia y de la oracion de la noche; y cuanto mas agradable será á la Señora y provechoso á sus siervos, la gran devocion del santo Rosario, que es una repeticion de la salutación angélica, y que nos consta por la historia, fué enseñada y mandada enseñar por la misma Santisima Virgen, al gran Padre Santo Domingo de Guzman.

Ea pues, repito, almas devotas de la Reina

(1) Glorias de Maria.

(2) Id. id.

de los cielos, saludadla frecuentemente con el Ave María. Los pecadores recurran á este medio poderoso, con el cual, sin duda, vencerán sus malas costumbres y los obstáculos que les impiden volar, como la Magdalena, á los piés de Jesucristo, á obtener el perdón de sus pecados: los justos recurran á este eficaz medio para disipar las dudas y los temores, para vencer las tentaciones y asegurar la perseverancia final en la gracia.

Todos recurramos á María en nuestras tribulaciones, siguiendo el consejo de San Bernardo, que nos dice, que si nos vemos atacados de la ira, de la soberbia ó de cualquiera otra pasión, miremos á esta estrella é invoquemos su dulce nombre; que si mil aflicciones nos combaten, como á una navecilla débil las furiosas olas, volemos á refugiarnos bajo ese inexpugnable muro, volvamos á mirar á esa estrella que nos marcará una dirección infalible, nos dispensará sus benignas influencias y nos mostrará incesantemente el norte de las misericordias divinas.

¡O purísima María: indefinible es el gozo que baña á mi alma, al contemplar que tan fácilmente puedo agradarte y granjearme tu poderoso amparo. Graba en mi corazón y en mi boca esa salutación celestial; así para alabarte,

como para darte gracias é invocarte en mi favor en los continuos trabajos de la vida; en esta vida azarosa sembrada de males, de los que, solo tú, después de Dios, puedes libramos. Ház, Madre mía, que no caiga de nuestra boca ese antidoto contra el pecado y el error, manantial de consuelo, remedio de nuestras miserias, escudo contra nuestros enemigos y signo de salvación eterna.

MEDITACION SEGUNDA.

LLENA ERES DE GRACIA.

SANTIDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Estas palabras son la cifra de la santidad de María. Cuando el Arcángel la llama llena de gracia, nos da á entender que no había lugar en Ella á imperfección ni defecto, en cuanto puede haber en una pura criatura, y por consiguiente que es la más santa de cuantas han salido de las manos del Señor.

(1) citado por cuadrupani.

San Francisco de Sales (1) asegura, hablando en general, y comprendiendo, por lo mismo, al justo; que los defectos nos acompañarán hasta la muerte. Y el Espíritu Santo mismo, dice que el justo caerá siete veces al día, (en imperfecciones.) Siendo María llamada por el Arcángel llena de gracia, es sin duda la escepcion tácita de la asercion de San Francisco de Sales, y del texto divino: (1) luego la Santísima Virgen es la más santa de los santos, exceptuando solo á Jesucristo; de otra manera no podría llamarse llena de gracia.

La gracia trae consigo todas las virtudes; y estas, á medida de la gracia dada, guardan la respectiva proporcion. ¿Cuáles, pues, serian las virtudes de María? ¿cuál su grado y excelencia? Su humildad fué profundísima y cual no ha tenido criatura alguna. Refiere San Ligorio (2) que á la venerable Sor Paula de Folino se le manifestó en un éxtasis, la grandeza de la humildad de la Santísima Virgen, y que dando de esto cuenta á su confesor le decia llena de asombro y admiracion: “En el mundo no hay ni aun el mas mínimo grado de humil-

[1] Mat. c. II.

[2] Glorias de María.

dad, en comparacion de la humildad de María.”

La misma Santísima Señora atribuye á su humildad el haberse atraído las atenciones del Señor, cuando dice en su sublime cántico de la magnífica: *quia respexit humilitatem ancille sue.* [1]

¿Y quién podrá comprender la magnitud de la caridad de María? Ricardo asegura que los mismos serafines, que son hogueras del fuego de la caridad, pudieran haber descendido del cielo para aprender de María el modo mas perfecto de amar á Dios. Y este amor dice San Ligorio, no se interrumpia ni con el sueño, cumpliéndose aquello de los cantares *Ego dormio, et cor meum vigilat.* (2)

Su caridad y amor, para con nosotros, podemos inferirlo de lo ya dicho, porque segun se infiere de Santo Tomás, á proporcion del amor á Dios crece la caridad para con el prójimo; luego María nos ha amado mas que nadie, porque nadie ha amado á Dios mas que María. Aquí meditemos de paso su amor á sus devotos, respecto de los cuales, es justo haga preferencia: veámos lo que nos dice la misma Señora. *Ego diligentes me diligo.* (3) Yo amo á

[1] Luc c. 1.

[2] Cantos 5, 2.

[3] Parab. Salm. c. 8

los que me aman; esto es, los prefiero en mi cariño, á proporcion del amor que me tienen.

La fé de María aventajaba á la fé de Abraham, pues si á este, en premio de su fé, se le concede un hijo hombre, á María en premio de su fé se le concede un hijo Dios. La fé de la cananea (1) arrebató del poder del Salvador la gracia que deseaba; mas la fé de María arrebató de la diestra del Padre, al Verbo Divino, cuya venida deseaba con ardor. La fé del Centurion (2) no quiere que Jesucristo vaya personalmente á su casa á hacerle un milagro, y se contenta con un *fiat* de sus divinos labios; mas la fé de María hace que de su purísima boca salga un *fiat* que haga entrar en su seno al mismo Jesucristo. Con razon dice Suarez que la fé de María, era mayor que la fé reunida de los ángeles y de los hombres.

La esperanza de María era tan grande como su fé, pues dice San Ligorio (3) que esta se nos concede á fin de que el conocimiento de la bondad y promesas del Señor nos eleve con la esperanza al deseo de poseerle; luego son la fé y la esperanza dos alas para volar á Dios, y por consiguiente cual sea la magnitud de la fé

[1] Mat. c. 15.

[2] Luc. 14.

[3] Glorias de María.

será la de la esperanza; mas para acabar de formar idea de la esperanza de María baste recordar que el Espíritu Santo la llama: *Madre de la santa esperanza* (1) como si dijera: maestra de ella, que la posee respecto de las almas, con la ventaja que el maestro posee la ciencia, respecto de sus discípulos.

¿Quién podrá comprender la pureza de María? ¡Ah es un mar indefinible! Judit por su pureza venció á Holofernes, María por su pureza venció al soberbio Satanás de quien Holofernes era figura: José por su pureza fué hecho Rey de Egipto, María por su pureza fué hecha Reina del cielo y de la tierra; Santa Gertrudis y otros Santos, por la virtud de la pureza lograron tener en sus brazos á nuestro Señor Jesucristo en forma de niño, y María por la misma virtud fué hecha su verdadera madre. Mas ya el Espíritu Santo nos aynda á formar la idea de la pureza de María, cuando la llama azucena, paloma, amiga, sin mancha y toda hermosa. [2]

La pobreza de María, ó su desprendimiento de todas las cosas criadas, lo podemos conocer meditando aquellas palabras de su magnífico

(1) Eccli. 24.

(2) Cant. cant.

cantico: *exurientes implevit bonis*: (1) á los necesitados llenó de bienes. Siendo llena de gracia, es llena por lo mismo, de los bienes mas valiosos é indestructibles; luego estaba necesitada; esto es: desprendida de todos los bienes de la tierra.

Siendo la Santísima Virgen la mas humilde de las criaturas, no hay duda que era la mas obediente, porque la obediencia es un resultado necesario de la humildad, y guarda con ella una proporeion respectiva. Meditemos mas esta virtud bello ornato de la alma de Maria: Ella era muy amante del retiro, de la oracion y del estado virgíneo; y cuando estaba en el templo satisfacía su deseo, entregándose absolutamente á Dios; empero, repentinamente sale del templo, deja su amada soledad para vivir en el siglo y tomar el estado del matrimonio; ¿quién sino su eximia obediencia la hace hacer tan heróico sacrificio de sí misma? El Apóstol San Pablo atribuye á la obediencia de Jesucristo su exaltacion, y el haber obtenido el nombre de Jesus (2). ¿Y no podremos atribuir tambien á la obediencia de la Santísima Virgen su exaltacion y grandeza, y el haber obtenido el nombre de Maria? Luego su obe-

(1) Luc. c. 1.

(2) Phillip. 2.

diencia, despues de la de Jesucristo, es la mayor.

La existencia de la Santísima Virgen sobre la tierra, es un espacioso campo en donde se encuentran á cada paso: la flor llamada sensitiva, la flor de la pasion y las rosas de Jesus; quiero decir, que su preciosa vida estuvo saturada de padecimientos, y que participó mas que ninguna otra criatura de la cruz de los trabajos. ¿Quereis saber cual fué su paciencia? pues, sabed que jamas salió de sus purísimos labios la mas leve queja. En la cima del Calvario nos dió la prueba mas convincente de su invicta paciencia: allí sufre en su corazon todos los padecimientos que affigian y atormentaban á la Santa humanidad de Jesucristo, y por consiguiente, en su columbino corazon estaban los clavos inflexibles, las punzantes espinas, la aguda lanza, la amarga esponja, los crueles azotes y la pesada cruz: allí se cumplió en esta inocente paloma la triste prediccion del Profeta de las lamentaciones: "*¿á quien te compararé Virgen hija de Sion!*" (1) *Tu tristeza y tu padecer son inmensos como el mar, y tan amargos como sus densas aguas: Ved vosotros los que pasáis por el camino de la vida, si hay dolor que se pueda comparar con su dolor: hilo á hilo han corrido sus lá-*

(1) Jerem. Th. 1. et. 2.

grimas por sus mejillas; pero no hay quien consuele á esta Virgen desolada". . . . Mas oh paciencia de María! anegada en ese insondable mar de tribulaciones, ni se queja, ni pide, ni desea consuelo.

La prontitud para hacer las obras del servicio de Dios, se llama devocion; preciosa virtud que les da realze á las otras. Esa virtud estaba en muy alto grado de perfeccion, en la Santísima Virgen, pues es vehemente calor que sale del amor divino; y siendo el corazon de María una hoguera de ese sagrado fuego; y tanto, que el Espíritu Santo le llama madre del puro amor; (1) ¿quién no ve desde luego la inmensa magnitud de su devocion? sus pensamientos siempre prontos á dedicarse con asiduo empeño á la contemplacion de Dios; y será capaz el entendimiento de comprehender y definir los raudos vuelos de su elevado espíritu? Su purísima boca era sin duda, como una perenne música, mas armoniosa que el laud y la cítara, en donde resonaban siempre dulcemente las alabanzas divinas: Sus obras todas conformes con aquella regla del Apóstol San Pablo: *sea que comais, sea que bebais. sea que trabajéis, sea que hagais cualquiera cosa; todo sea á mayor glo-*

(1) Eccl. c. 24.

ria de Dios. Así lo hacía María, santificando sus obras con la pureza de su intencion, y todas marcadas con la virtud de la devocion mas perfecta.

Hablaremos una palabra acerca de la Oracion de María; aunque es sin duda para nosotros un monte inaccesible; pero poniéndola en comparacion ó paralelo con las de grandes justos, y viendo su ventaja, formaremos una idea de ella: la oracion del justo es de gran valor; cuál sería pues, la de la maestra de los justos? Abraham por su oracion es electo para padre del pueblo de Dios: Jacob por su oracion obtiene mil bendiciones celestiales: Moisés por el mismo medio libra á su pueblo de la cautividad de Egipto, divide las aguas del mar Rojo, hace brotar fuentes abundantes de una dura roca, y aplaca, no pocas veces, la ira del Señor: (1) Josué divide el Jordan, toma á Jericó y detiene al Sol sobre Gabaon y á la Luna sobre el valle de Ayalon: (2) David vence á Goliath, (3) Judit á Holofernes; (4) por la oracion de Exequias, un ángel destruye en una noche al ejército de Sennaquerib, compuesto de cien-

(1) Exodo. c. 1 et relig.
(2) Josué c. 3: y 10.
(3) 1. Rey. c. 17.
(4) Jud. c. 13.

to ochenta y cinco mil hombres, que amenazaba con la destruccion al reino de Judá. (1) En la ley de gracia muchos justos han hecho tambien, por medio de la oracion, muchos y grandes prodigios; y tantos que solo de San Francisco de Paula se cuentan trescientos hechos en un solo dia. Ahora bien, comparemos los efectos de las oraciones de todos los justos, con el efecto de la oracion de Maria y veremos que á su eco se rompen los cielos y baja un Dios á traer á la tierra una multitud de bienes y á empeñar su omnipotencia en favor nuestro.

¿Continuaremos hablando aun, de la Santidad y virtud de Maria? Ah, sería nunca concluir! mas fácil sería medir la superficie de los mares y su profundidad; describir las llanuras, los bosques, las colinas y las cordilleras de montañas que cubren la tierra; mas fácil sería contar las estrellas y mensurar sus órbitas; y por último, sería mas fácil explicar con la mas clara exejesis la intima naturaleza de todos los seres que forman el universo. Bastanos lo dicho para asentar con seguridad que todas las virtudes estaban en la bendita alma de Maria, en grado de heroicidad suma, y que su santidad aventaja á la de todos los Santos; de otra ma-

(1) Isaias. 6. 37

nera no la llamaria la Santa Iglesia; Reina de los Angeles, de los Patriarcas, de los Profetas, de los Apóstoles, de los Mártires, de los Confesores, de las Virgenes, y finalmente, de todos los Santos.

Lo que es mas, que de esa Santidad asombrosa, fué dotada la Santísima Virgen, desde el momento primero de su concepcion inmaculada, y como, segun observan los teólogos, la gracia se aumenta á proporcion que se corresponde á ella; de aqui podemos inferir, que siendo que la Santísima Señora correspondió, como es claro, en todos los instantes de su vida, á los auxilios de la gracia, ésta fué aumentando en Ella de un modo asombroso. Exclamemos ahora llenos de admiracion y pasmo: ¿cuál sería su santidad á la edad de tres años en que fué presentada al templo! ¿cuál á la edad de quince en que se desposó con el castísimo Patriarca Señor San José! ¿cuál cuando encarnó en su seno purísimo el Verbo Divino! ¿cuál cuando lo dió á luz en la gruta de Belen! ¿cuál cuando asistió al su cruento sacrificio en la cima del gólgota! ¿cuál en la hora de su dichoso tránsito! y ¿cuál en fin, ahora que está en el cielo en donde se goza de la mayor perfeccion! Las Angeles en su asuncion gloriosa preguntaban absortos: *¿quién es ésta que se levanta de la tierra, co-*

mo aurora refulgente, pura como la luna, escogida como el Sol y terrible como un ejército en forma de batalla?

¡O asombro de Santidad! ¡O prodigio de la gracia! ¡el entendimiento se pierde, se confunde y se pasma al contemplarte! ¡O Maria llena de gracia! ¡Llena, en toda la extension de la palabra! Compadecete de los que llenos de males arrastramos sobre la tierra una miserable existencia, vacíos de virtudes, llenos de imperfecciones, vasos de ira y de frágil barro. Has que seamos del número de tus devotos, porque estos participan facilmente de tu bondad; si, porque estando cerca de ti, que eres vaso purisimo de santidad, no tienen mas esfuerzo que hacer, que acercar la boca para verse llenos de gracias; esto es, pedirte con confianza, para obtener indulgencia, virtud, felicidad, gracia y gloria. Vacía nuestro corazon de los afectos terrenos, y llénalo de bienes celestiales, principalmente del suave néctar de tu amor, para que amándote en la tierra publiquemos en ella, y cantemos en el cielo. *que eres llena de gracia.*



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEDITACION TERCERA. EL SEÑOR ES CONTIGO.

RIQUEZA DE GRACIA DE LA SMA. VIRGEN.

¿Qué quieren decir estas palabras? Ya lo dice la Santa Iglesia, cuando llama á Maria templo y sagrario de la Santísima Trinidad: esto es, que el Señor estaba en ella como en un precioso relicario, llenándola y poseyéndola de un modo especial, y que por lo mismo, tenia puestas en esta admirable criatura sus nobilísimas atenciones; dispensándole una particular proteccion, como á hija predilecta del Padre, tiernísima madre del Hijo, purísima esposa del Espíritu Santo y magnífico sagrario de la Trinidad Beatísima.

Contemplemos el ornato de este templo de la divinidad; esto es, los dones, las prerogativas, los privilegios y gracias de que estaba enriquecido; y no podremos menos que aumentar, admirados, el concepto que hasta aquí nos hemos formado de esa obra portentosa del Altísimo.

Mandó el Señor á Moisés, [1] en el desierto, le fabricara una arca de madera de setim, cubierta por dentro y fuera de láminas de oro, y

[1] Exod. c. 25.

mo aurora refulgente, pura como la luna, escogida como el Sol y terrible como un ejército en forma de batalla?

¡O asombro de Santidad! ¡O prodigio de la gracia! ¡el entendimiento se pierde, se confunde y se pasma al contemplarte! ¡O Maria llena de gracia! ¡Llena, en toda la extension de la palabra! Compadecete de los que llenos de males arrastramos sobre la tierra una miserable existencia, vacíos de virtudes, llenos de imperfecciones, vasos de ira y de frágil barro. Has que seamos del número de tus devotos, porque estos participan facilmente de tu bondad; si, porque estando cerca de ti, que eres vaso purísimo de santidad, no tienen mas esfuerzo que hacer, que acercar la boca para verse llenos de gracias: esto es, pedirte con confianza, para obtener indulgencia, virtud, felicidad, gracia y gloria. Vacía nuestro corazón de los afectos terrenos, y llénalo de bienes celestiales, principalmente del suave néctar de tu amor, para que amándote en la tierra publiquemos en ella, y cantemos en el cielo. *que eres llena de gracia.*

MEDITACION TERCERA. EL SEÑOR ES CONTIGO.

RIQUEZA DE GRACIA DE LA SMA. VIRGEN.

¿Qué quieren decir estas palabras? Ya lo dice la Santa Iglesia, cuando llama á Maria templo y sagrario de la Santísima Trinidad: esto es, que el Señor estaba en ella como en un precioso relicario, llenándola y poseyéndola de un modo especial, y que por lo mismo, tenia puestas en esta admirable criatura sus nobilísimas atenciones; dispensándole una particular proteccion, como á hija predilecta del Padre, tiernísima madre del Hijo, purísima esposa del Espíritu Santo y magnífico sagrario de la Trinidad Beatísima.

Contemplemos el ornato de este templo de la divinidad: esto es, los dones, las prerogativas, los privilegios y gracias de que estaba enriquecido; y no podremos menos que aumentar, admirados, el concepto que hasta aquí nos hemos formado de esa obra portentosa del Altísimo.

Mandó el Señor á Moisés, [1] en el desierto, le fabricara una arca de madera de setim, cubierta por dentro y fuera de láminas de oro, y

[1] Exod. c. 25.

cercada de una corona, tambien de oro; cuatro anillos del mismo metal deberian colocarse en sus esquinas, donde se pusiesen unas varas de setim forradas de oro: luego le manda construir el Propiciatorio de oro limpísimo, el cual tuviera dos Querubines de oro amartillado, formando con sus alas estendidas un hermoso trono.

ALB. Esa arca tan preciosa se fabricaba para guardar en ella el maná y las tablas de la ley: ese trono tan rico era para que desde él se dejase oír la voz del Eterno. Considerad ahora, cual sería la preciosidad de la arca viva que el Señor fabricó con sus mismas omnipotentes manos, para guardar en ella el maná vivo celestial Jesucristo nuestra vida; y para guardar, no ya las tablas de la ley; sino al mismo autor de esta. ¿Cual la riqueza del Propiciatorio animado, Maria, en que se debía; no oír la voz de Dios, sino verse el mismo verbo humanado?

Tambien mandó Dios á Moises [1] hiciese el Tabernáculo; hé aquí su descripción: era preciosísimo templo portátil de madera de setim. Tenia quince varas de longitud, seis de latitud y cinco de altura: tenia gruesos tablones cubiertos por ambas superficies de planchas de oro, y fijadas en noventa y seis bases de plata,

(1) Exod. c. 26,

asegurados por cinco series de largueros, cubiertos de oro, que pasaban por doscientos cuarenta anillos de oro, asegurados en los tablones, para solidez del edificio. El techo era una cubierta riquísima, compuesta de diez cortinas de lino fino retorcido de color de púrpura, de grana y de jacinto, dos veces teñidas, bordadas y recamadas primorosamente. Estas cortinas estaban unidas por cien precillas color de jacinto y aseguradas por cincuenta anillos de oro. Sobre este techo se estendian otras tres cubiertas de pelo y de lana, teñida de encarnado y color de jacinto, para preservar al templo de la lluvia.

El Tabernáculo estaba dividido en dos cuerpos, por un velo ó cortina de raro primor, bien bordada y recamada de oro, estendida al frente de cuatro columnas cubiertas de planchas de oro, con hermosos capiteles de oro, y sólidas bases de plata. El lugar que quedaba tras la cortina se llamaba Saneta Sanctorum, ó lugar Santísimo. La entrada debía ser siempre hácia el Oriente, y estaba cubierta y cerrada con una rica cortina estendida al frente de cinco columnas, las que tenian capiteles de oro, estaban cubiertas de oro y sus bases eran de bronce bien labrado. El atrio de este bello templo era espacioso, formado por setenta columnas de cinco va-

ras de altura, cubiertas de plata, con capiteles de plata y bases de bronce; y entre columna y columna, habia vistosas cortinas de lino retorcido, trabajado con los mas esquisitos primores del arte. La entrada de este grandioso e imponente atrio, era de diez varas de latitud, comprendiendo cuatro columnas de las diez que hermoseaban la vistosisima fachada.

Nos admiraremos, sin duda, al contemplar obra tan magestuosa, pero mayor será nuestra admiración, considerando que tan precioso Tabernáculo, no era sino una débil sombra de Maria, de ese Tabernáculo divino en que asistia de asiento el Señor como nos dá á entender el Arcángel cuando la dice: el Señor es contigo. ¿Cuál pues sería el alma purisima de esta graciosa niña? ¿Cuál su brillante adorno é inmensa riqueza? . . . pero esperad, aun no saqueis consecuencia alguna, pues quiero decir mas: el templo que fabricó Salomon en Jerusalem, y que ha sido la admiración de los siglos, era también una figura de la Santisima Virgen. Ved brevemente su magnificencia, hermosura y riqueza.

El templo de Salomon (1) fué edificado sobre el monte Mória, y se empleo en su cons-

(1) 3. Reg. c. 5. 6.

truccion siete años; no obstante que trabajaban en él treinta mil hombres, ademas de setenta mil que acarreaban los materiales, de ochenta mil canteros y multitud de sobre-estantes. Se dividia en cuatro partes, que eran: el vestibulo de los gentiles, el vestibulo de los judios, el santuario ó vestibulo de los sacerdotes y el Sancta Sanctorum. El vestibulo de los gentiles tenia quinientos pasos de circuito, rodeado de una galeria de muchas columnas de mármol, y con cuatro puertas hácia las cuatro partes del mundo. El vestibulo de los judios era también magnífico, y rodeado de primorosas galerias; el pavimento era de mármol de diferentes colores, los muros estaban cubiertos de oro y las puertas de planchas de plata. El Santuario ó vestibulo de los sacerdotes tenia cuarenta codos de longitud, veinte de latitud: en su centro estaba colocado el altar de los holocaustos, que era de bronce y de diez codos de altura, á los lados habia grandes vasos ó pilas de bronce con preciosos adornos, y al lado derecho otro mas grande, del mismo metal. De allí se pasaba al pórtico, que tenia veinte codos de longitud y diez de latitud. De este lugar se entraba al templo sin techumbre, que era de sesenta codos de longitud y veinte de latitud, y en él habia diez candeleros grandes de siete

brazos, otras tantas lámparas y diez mesas de oro. El Sancta Sanctorum era tambien espacioso, con una mitad cubierta de oro y la otra de oro y piedras preciosas. Segun el historiador Josefo habia en él diez mil candeleros de oro, diez mil mesas cubiertas de oro, y entre ellas una muy grande del mismo metal, veinte mil copas de oro y ciento sesenta mil de plata, ochenta mil fuentes de oro y ciento sesenta mil de plata, cien mil ampollas de oro y doscientas mil de plata, cincuenta mil palancas de oro y cien mil de plata, veinte mil vasos de oro y cuarenta mil de plata, veinte mil incensarios grandes de oro y cincuenta mil pequeños de plata, mil ornamentos pontificales guarnecidos de piedras preciosas, doscientas mil trompetas de oro, y otros cuarenta mil instrumentos de oro y plata.

El Santo Rey David cuando preparaba aquellas inmensas riquezas para la construccion del templo, que despues habia de verificar su hijo Salomon, decia *opus magna est neque enim homini preparatur habitatio, sed Deo.* (1) La obra es grande; pero no se prepara para un hombre; sino para Dios. ¿Con cuánta mas razon debemos esclamar: grande es la obra que

(1) Paralip.

se prepara!; cuando contemplamos á la Santísima Virgen, templo vivo del Señor, en donde debia de manifestarse; no envuelto en una nube como en el templo de Jerusalem; sino revestido de su sacrosanta humanidad?

¿Cómo estaría adornada el alma purísima de esta incomparable Virgen? ¡ah! es claro que con todos los dones del Espíritu Santo, con los preciosos frutos que él produce, con todas las virtudes, y con tantas gracias y privilegios; como no han sido concedidos á otra criatura.

Esa alma era tanto mas hermosa y rica que el Templo [de Salomon; con enanta diferencia hay de la materia al espíritu, y de lo fisico á lo sobrenatural. Por tanto, esa asombrosa riqueza que hemos descrito, era una figura; un signo, una sombra de la riqueza incomparable de Maria. He aquí por que la Santa Iglesia pone en boca de la Santísima Señora, estas palabras del Espíritu divino: *Mecum sunt divitiae et gloria, opes superbae et justitia.* (1) conmigo están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia. Si, si, porque el Señor está con Ella. *Dominus tecum.*

El gran Padre S. Juan Crisóstomo tenía grande idea de esa inmensa riqueza de gracia,

(1) Parab. Salom. c. 8.

y la manifiesta en breves palabras, cuando, en uno de sus sermones, dice: *Dei filius non divitem aut locupletem aliquam feminam sibi matrem elegit, sed beatam virginem illam, cujus anima virtutibus ornata erat.* (1) El hijo de Dios no eligió para madre, una que fuese rica de bienes temporales y terrenos; sino á la Santísima Virgen, cuya alma estaba, mas que otra, adornada de las riquezas de la gracia. Esta idea la amplifica mas el mismo Santo, cuando continúa diciendo: ciertamente la Santísima Virgen fué un gran milagro, pues no se ha encontrado criatura mas ilustre, ni podrá encontrarse. Ella sola ha superado á los cielos y á la tierra. ¿Quién mas santa que Maria? No los Profetas, no los Apóstoles, no los Mártires, no los Patriarcas, no los Angeles, no los Tronos, no las Dominaciones, no los Serafines, no los Querubines; no, finalmente, entre las criaturas visibles é invisibles, se podrá encontrar otra mas exelente.

Ahora bien, devotos de la madre de Dios, ¿para qué, pensais, concedió el Señor á esa purísima Virgen, tan inmensas riquezas? ¿Sería nomas para que las poseyese? ¿O acaso únicamente para que estuviese adornada con

[1] Apud Metaph.

ellas, como arca, propiciatorio, tabernáculo y templo de la Divinidad? No por cierto; sino tambien para otro fin muy satisfactorio y consolador para vosotros. Preguntadlo á la misma Santísima Señora y oid que os responde con aquellas dulces palabras que habló á su nombre el Espíritu Santo, y que la Santa Iglesia, inspirada por el mismo Espíritu divino, pone de nuevo en su purísima boca. Oid las palabras virgineas: *Ut dibitem diligentes me, et thesauros eorum repleam.* (1) para enriquecer, dice la Señora, á los que me aman, y llenar sus arcas; esto es sus almas, de tesoros de fortaleza, de pureza, de dones, de virtudes, de bendiciones y santidad: como que es la tesorera de todos los bienes del Señor, y como que su Majestad la posee y la poseyó desde el principio de sus caminos; (2) *Dominus tecum.*

Dichosa el alma devota de Maria, ella tiene asegurada la gracia, la perseverancia y la gloria; por eso los teólogos, tienen y asientan, que la devocion á la Santísima Virgen es un signo de predestinacion.

¡O riquísima Virgen, dueña del cielo y de la tierra! ¡O santuario purísimo de la Divinidad! ¡O prodigio de prodigios! ¡O pasmo de

(1) Parabolis Salm. c. 8.

(2) Parab. Salom. c. 8.

santidad! ¡O abismo de perfeccion, yo te adoro y bendigo. . . .! Y alabo al mismo tiempo al Señor Dios, que hizo en tí cosas maravillosas y grandes, como que es omnipotente, y su nombre es santo. Le doy rendidas gracias porque al enriquecerte, quiere que nos participes con abundancia de tus bienes, y te dió al efecto un corazón mas flexible que el delicado tallo de las flores, para que con facilidad se inclinara hácia el polvo de nuestras miserias. Participanos pues, compadécete de nuestra extremada pobreza y llévanos de virtud en virtud hasta la cima de la perfeccion, y de ahí al monte exelso de la celestial Sion.

MEDITACION CUARTA.
BENDITA ERES ENTRE LAS
MUGERES.

HERMOSURA DE LA SMA. VIRGEN.

El Arcángel San Gabriel dijo estas palabras á la Santísima Virgen, como un digno elogio, y las mismas repitió Santa Isabel á la Señora, inspirada del Espíritu Santo, cuando fué á visitarla á la montaña de Hebron. [1]

(1) Lec. c. 39.

Dios es admirable en sus santos; pero entre todos ellos, lo es de una manera asombrosa en las santas, que por razon de su sexo, podrian considerarse como menos capaces para las tareas, abnegaciones y sacrificios, que algunas veces, y no pocas, exige la práctica de las virtudes; pero Maria entre todas las santas, resplandece como la luna entre las estrellas, y descuella grandiosa como el cedro colosal entre los pequeños arrayanes, y mas hermosa que lo que lo es la flor entre las verdes hojas de la planta, y por eso el Arcángel la llama bendita entre las mugeres.

Cuando leemos la vida de las Santas nos llenamos de justa admiracion: ya contemplando sus esfuerzos varoniles, ya sus sacrificios heroicos, ya su constancia invencible, ya sus milagros estupendos; y ya, en fin, los favores con que las honra el cielo. Y asi vemos una Santa Teresa de Jesus, renunciando el mundo cuando éste le brindaba con comodidades y delicias: padecer constante en la oracion, desolaciones y sequedades por el espacio de veinte años: emprender la reforma de la orden del Carmen superando mil dificultades: tener hambre y sed de padecimientos hasta llegar á esclamar: *pati aut mori*: padecer ó morir. Y vemos, por último, que esta ilustre Santa llegó á

merecer el distinguido favor de ser visitada personalmente por Jesucristo, de cuya divina boca oyó estas dulcísimas palabras: tu eres Teresa de Jesus y yo soy Jesus de Teresa. (1) Una Santa Gertrudis, llamada justamente magna, que encerrada en el claustro llevó una vida austera y contemplativa, y, que, como la águila que se eleva del profundo valle á la elevada cima de inaccesible montaña, vuela á la cúspide de la perfeccion, y merece al fin que Jesucristo en forma de tierno niño, venga á sus brazos y le diga amoroso: Gertrudis, si no hubiera habido Maria, tu hubieras sido mi madre.

Una Santa Genoveva, (2) que desde sus tiernos años resplandece en la virtud, admirando no poco al gran Obispo San German, entregada despues á una vida penitente, no comiendo sino legumbres, vistiendo un áspero cilicio, durmiendo sobre la dura tierra, y vemos, por ultimo, que padece con admirable resignacion una persecucion muy cruel y una penosísima enfermedad.

Una Santa Francisca Romana, (3) fundadora de las colatinas, que maceraba su cuerpo, y que era tan humilde que quiso ser tenida co-

(1) San Lig. Amor del alma.

(2) Croisset.

(3) Croisset.

mo criava de la comunidad que la llamaba para su superiora, favorecida del cielo con visitas y familiares conversaciones de su ángel custodio, el cual se le presentaba bajo de una forma visible y muy refulgente.

Una Santa Matilde Reyna (1) de Alemania que ademas de resplandecer en las virtudes de la oracion, del silencio y del retiro; estaba dotada de tal caridad y de tal desprendimiento de los bienes temporales, que hacia muchas y cuantiosas limosnas, llegando á fundar varios templos y cinco monasterios, manteniendo en solo uno de ellos, que fué el de Poiden en el Ducado de Brunswick, tres mil monges.

Una Santa Inés (2) del monte Policiano, en Toscana, que apenas puede hablar cuando ya recita devotamente las oraciones del padre nuestro y ave Maria, las que repetia con frecuencia puesta de rodillas para alabar al Señor y á su purísima madre; siendo ademas, ejemplo de humildad, obediencia, penitencia, oracion y amor al retiro.

Una Santa Mariana (3) de Jesus, que á los cuatro años de edad era favorecida del cielo con visiones sobrenaturales, y que tuvo por

(1) Croisset.

(2) Croisset.

(3) Croisset.



maestros y directores, de un modo inmediato, al mismo Jesucristo y á su Santísima Madre, con cuyas instrucciones de tal suerte se inflamaba su corazón en el amor divino, que su mayor delicia era recibir á Jesus Sacramentado, bañada en dulces lágrimas.

Una Santa Catarina (1) de Sena, admirable por su prudencia y sabiduría, y especialmente por la invencible paciencia con que sufrió, venciendo, las furiosas tentaciones con que la combatió el demonio; las que causaban á su alma inocente y pura, una tristeza mortal.

Una Santa Mónica tan (2) célebre en la Santa Iglesia católica; así por su eximia santidad, como por haberle dado al esclarecido doctor San Agustín, fruto de la abundante lluvia de sus lágrimas.

Una Santa Rita (3) de Casia modelo de Virgenes, de casadas y de viudas, de quien se admira en su portentosa vida, el grande empeño que tenia por servir al Señor en la soledad del claustro, para lo que tuvo que vencer tales dificultades, que se le ha dado el renombre de vencedora de imposibles. Santa tan favorecida de nuestro Señor Jesucristo, que en una vez

(1) Droissot.

(2) Ex off.

(3) Croisset.

estando ante su sagrada efigie, se desprendió una espina de la corona y se clavó en la frente de Rita; queriendo así el Señor participarle de su pasión Santísima en la tierra para hacerla despues participante de sus gozos en el cielo.

Una Santa Maria Magdalena (1) de Pazzis de grande oracion desde la edad de siete años: de severa penitencia: de un tiernísimo amor hácia Jesus Sacramentado, de cuya presencia no podia separarse sin dolor: dotada de un grande celo por la salvacion de las almas y privilegiada con singular devocion á la Santísima Virgen. Favorecida del Señor con dos grandes visiones; la una, en que vió la gloria que se le daba al angélico jóven San Luis Gonzaga; y la otra en que le manifestó Dios el grande placer que tenia en las almas de San Juan Evangelista y San Ignacio de Loyola, por la igualdad de espíritu de ambos; esto es, el amor y la caridad para con Dios y el prójimo.

Una Santa Juliana (2) de Falconeris, que desde la cuna pronunció milagrosamente los dulcísimos nombres de Jesus y María. De cuya santa dijo su tío San Alejo de Falconeris, que no era una criatura humana sino un án-

[1] Croisset.

[2] Croisset.

gel, de tal austeridad, que en cuatro días de la semana su alimento era bastante sobrio y frugal; el sábado, se reducía á pan y agua y los dos dias restantes los pasaba con solo la sagrada comunión: de tal paciencia, que siempre resplandeció en ella una alegría celestial, en medio de una dura enfermedad de estómago que padecía. Favorecida del Señor con el singular milagro de que estando para morir y no pudiendo recibir el sagrado Viático por una fuerte náusea que la atormentaba; se abrió su pecho y entró á su corazón su tierno esposo Jesus Sacramentado.

Una Santa Clara de Asis, (1) que desde pequeña se retiraba á solas á rezar repetidas Ave Marias, las que contaba con piedrecitas; tan caritativa, que daba á los pobres su propio alimento; tan desprendida de la tierra, que no obstante su rara hermosura, despreciaba las galas y diversiones del siglo; llegando á decir: *jamas tendré otro esposo que Jesucristo ni otro traje que un sayal*: que fué fiel imitadora del gran padre San Francisco, y que fundó una religión tan santa y austera, que ha sido un fértil plantel de místicas azucenas y rosas de Jesus.

[1] Croisset.

Una Santa Rosa de Viterbo, (1) predicadora del amor de Jesucristo desde la edad de cinco años.

Una Santa Rosalia, asombro de la vida anacoretica.

Una Santa Rosa de Lima, cuya fama de virtud y santidad todavía asombra á las Américas, de que es patrona.

Una Santa Eulalia, (2) una Santa Felicitas, una Santa Perpetua, una Santa Cecilia, una Santa Cristina, una Santa Librada y otra multitud de Santas mártires, que con valor inaudito sufrieron por Jesucristo las mas crueles persecuciones, los mas acerbos tormentos y la muerte mas dolorosa.

Una. . . . ¿Pero quién será capaz de referir no ya siquiera las circunstancias mas notables de las vidas, pero ni aun enumerar los nombres, de tantas palomas del Señor, de tantas flores del jardín de la Iglesia, y de tantas y tan candidas esposas del Cordero immaculado! Basta ya y solo digamos, volviendo á nuestro asunto, que si tanto asombro nos causan las gloriosas Santas, cuanto mas nos causará la Santa de las Santas, la Reina de ellas y la que es llamada: *Bendita entre las mugeres*? Si Maria es la

[1] Croisset.

[2] Id. m.

mas pura, la mas admirable, la mas favorecida del Señor. . . . Recordad su vida portentosa y vereis mas clara que la luz esta verdad. Por eso le canta la Iglesia: *esta es la mas hermosa entre las hijas de Jerusalem: será seguida de las virgenes: (1) Santa inmaculada virgen: no se que alabanzas te tributaré, porque al que no cabe en los cielos lo tuviste en tu seno. (2)* ¿Cuál será la hermosura de esta Reina, cuando su mismo divino esposo, arrebatado de sus gracias le dice: *¡oh la mas hermosa de las hijas de Sion! ¡qué hermosa eres, amada mía, paloma mía, en tí no se encuentra el mas mínimo defecto. (3)*

Quisiera yo hacer un bosquejo de esta linda criatura, para cautivar con los lazos de su belleza todos los corazones; pero ¡ah! que seria necesario reunir, como materiales y colores: de las flores los variados matices, de las piedras preciosas, los esmaltados brillos; de las plantas, la flexibilidad de sus tallos; de las aves, su delicadeza y dulzura; del aire y de la agua la diafanidad; del fuego la pureza, de las encinas del Bazan y de los cedros del Libano, la fortaleza; de las palmas de la Siria su esbelto tallo.

[1] Psalm. 44.

[2] Ex off.

[3] Cant. C. 4.

los aromas de Gaalad, la blancura de las nubes, de la nieve y del rocío, el color del granate y del coral, la finura de la concha y de la perla, la tranquilidad de las llanuras y de los bosques, la grandeza de las elevadas montañas y del inmenso océano, los variados colores del arco iris, lo sonrosado de la aurora, lo eburneo del crepúsculo de la tarde, la apasibilidad de la luna, lo refulgente de las estrellas, lo brillante del sol, la hermosura de la azulada bóveda de los cielos, y la pureza, sabiduría, virtud y santidad de los Santos y de las gerarquias angélicas. . . . pero ¡ah! que en solo reunir los colores me canso y fatigo; ¿qué esperanza puedo tener de que mi ruda inteligencia, mis toscas manos, hagan siquiera un bosquejo de la Madre de Dios? Dejaré el pincel; tómelo por mí el profesor mariano San Alfonso de Ligorio, quien con Alberto Magno le dice: [1] “Parece que todas las gracias de las mas célebres matronas de la antigua ley, fueron con mayor ventaja en vos reunidas; la boca de oro de Sara, que con vuestra sonrisa da alegría al cielo y á la tierra; el tierno y dulce mirar de la fecunda Lia; con el cual habló Dios el endurecido pecho: el rostro brillante de la bellissima Raquel, oscu-

[1] Glorias de María.

reciendo el sol con vuestra hermosura: la gracia y donaire de la discreta Abigail, con que desarmais la cólera de Dios irritado: la vivacidad y la fortaleza de la valerosa Judit, que con vuestra grandeza y vuestras gracias avasallais suavemente las almas mas fieras è indómitas.”

“En fin, soberana princesa, del Océano de vuestra hermosura salieron como rios la belleza y la gracia de todas las criaturas. El mar aprendió à eslabonar sus ondas y ondular sus móviles y puros cristales, de los cabellos de vuestra cabeza, que vagos y rizados ondean sobre las espaldas y el eburneo cuello: las fuentes cristalinas y sus limpidos cristales, aprendieron su bello reposo de la serenidad de vuestra frente, y de vuestro plácido semblante: el iris cuando está en lo mas vivo de sus colores, tomó con gran cuidado de vuestras cejas su gracioso y arqueado brillo para despedir mejor los dardos de su bellissima lumbré: la estrella Diana y el gentil Héspero son centellas de vuestros ojos: los alnos lirios y las rosas purpúreas robaron los colores de vuestras mejillas; la púrpura y el coral suspiraron de envidia por vuestros labios: la leche mas sabrosa y la miel mas suave fluyen destiladas de vuestra dulcísima boca: el jazmin oloroso y la fragante rosa de damasco robaron de vues-

tro aliento sus perfumes: el cedro mas elevado y el mas bello y derecho ciprés se tienen por felices, cuando pueden retratar vuestro inhiesto y elevado cuello; y la palma, vuestro esbelto talle, envidió con empeño.

Pero ¡ah! que se fatigan el gran Ligorio, el eximio Alberto. . . . hable el Espíritu divino, que solo él puede describir la hermosura de esta bellissima criatura. Oid que la describe dirigiéndole los purisimos requiebros de su divino amor: toda eres hermosa, le dice, amigamia, en tí no hay sombra de imperfeccion (1) tu cabeza es como el carmelo, (2) inmensa mole de ciencia y sabiduria, monte inaccesible de sublime contemplacion; la graciosa madeja de tus cabellos, hermana y esposa mia, es tan agraciada que con un solo pelo heriste mi corazon y me has hecho prisionero tuyo: tu frente (3) es mas hermosa que la extencion del universo: tus cejas son mas bellas que el arco que se dió à Noé por signo de paz: tus ojos son tan inocentes, tan sencillos, tan puros y tan encantadores como los de la paloma: (4) tu nariz es

(1) Cant. c. 4.

(2) Id. c. 7.

(3) Id. c. 6.

(4) Cant. c. 2.

tan agraciada como la torre del Líbano: [1] tus mejillas [2] son del color de la granada; esto es, de sus sazonados granos: tus dientes [3] son blancos, iguales, proporcionados como un hato de blancas ovejas: de tu lengua mana dulcísima miel. [4] Linda mía; suene tu voz en mis oídos, porque es dulce y suave: hermosas son tus mejillas como de tórtola: [5] tu cuello como collares de perlas: haremos para ti cadenas de oro y niheladas de gusanillos de plata: [6] tus brazos son mas hermosos que el lecho mullido de Salomon: tus manos torneadas, [7] están adornadas con sintillos de oro tachonados de jacintos: ponme como signo sobre tu corazón [8] porque es lámpara de fuego, y mi amor es fuerte como la muerte: ¿qué dire de tus pies? ellos son tan hermosos que todos tus pasos [9] son tan agraciados que obligan á imitarlos á los que atienden á ellos: tu alma [10] se ha unido á la divinidad como un copo

- (1) Cat. c. 1.
- (2) Id. c. 7.
- (3) Cant. c. 4.
- (4) Id. c. 4.
- (5) Id. c. 4.
- (6) Id. c. 4.
- (7) Id. c. 4.
- (8) Id. c. 5.
- (9) Id. c. 8.
- (10) Cat. c. 5.

de nieve que cae en el Océano ó como una esponja empapada en el agua”

Hé ahí un extracto de la descripción que hace el Espíritu Santo de la incomparable Maria. ¡O hombres! dice San Ligorio, ¿qué haceis? ¿cómo amais á unas criaturas de cieno, engañosas, péfidas que hacen traicion y hacen perder el alma, el cuerpo, el paraíso y Dios? ¿por qué no amais á Maria bella, amantísima y fidelísima, que despues de haberos hecho ricos de gracia y consuelo en esta vida os alcanza de su divino hijo la gloria eterna del paraíso?

Devotos de Maria: dichosos: vosotros que habeis puesto vuestro amor en esa hermosísima criatura; en ella encontrareis riquezas sólidas, delicias puras, honra verdadera, recreaciones inocentes, dulcísimos consuelos, y vuestro amor será fielmente correspondido.

Dulcísima Maria: si el amor que te he tenido hasta aquí ha sido muy frio y superficial, has que desde hoy se encienda de tal modo que se vuelva hoguera inextinguible. Mi cuerpo, mi alma y mi corazón son tuyos, mi vida y mi muerte quiero que vayan selladas en todos los instantes con las dulzuras de tu amor.

MEDITACION QUINTA.
BENDITO ES EL FRUTO DE TU
VIENTRE: JESUS.

ESELENCIA DE LA SANTISIMA VIRGEN COMO MADRE
DE DIOS.

Por el fruto se conoce el árbol, dijo nuestra vida Jesucristo, *no es árbol bueno el que da frutos malos, ni malo el que da frutos buenos.* (1) Sobre esta infalible regla, que nos dejó el Salvador, podemos juzgar de la exelencia de la Santísima Virgen, dando un nuevo realce á la idea que hemos formado, con las meditaciones anteriores. Para esto tenemos que contemplar la grandeza de Jesucristo, fruto bendito del vientre de María. Empresa difícil, que supera á la débil potencia de nuestro pobre entendimiento; lo haremos, empero, como siempre; esto es, imperfectamente.

Nuestro adorable Redentor: el unigénito del Padre, el resplandor de su gloria, la figura de su sustancia, palabra eterna, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero: *cuero factum est,* (2) apareció sobre la tierra, no solo para ser Redentor de los hombres, sino tambien el modelo de los justos, practicando todas las virtudes en sumo grado de perfeccion.

(1) Mat. c. 1.

(2) San Joan. c. 1.

Su humildad es asombrosa, y llena de estupor á las inteligencias angélicas: no obstante de ser el Supremo Señor de todas las criaturas, se humilla á sí mismo, tomando, segun la expresion del Apóstol, la forma de siervo, (1) nace en un pesebre, pasa una extremada pobreza en el Egipto, en Nazareht habita en la oficina de un pobre artesano, á quien llama su padre adoptivo; se mezcla con el pueblo bajo, visita las mas despreciables chozas, come y se acompaña con los pecadores, se entrega á sufrir los desprecios y quiere ser tratado como malhechor, hasta espirar en el afrentoso patibulo de la Cruz.

Su obediencia es tal, que se sujeta al mandato de una pobre y humilde Virgen, y de un artesano que sufría los rigores de la mas extremada pobreza. Esa heroica virtud, nos dice San Pablo, marcó todos los instantes de su vida y fue su virtud favorita hasta su muerte.

Su caridad no conoció limites: llenó de beneficios á los hombres, como una nube que pasa regando los campos y llevando por todas partes la fertilidad y la abundancia: *pertransit bene faciendo:* da vista á los ciegos, oído á los sordos, desata la lengua de los mudos, expedita

(1) Phillip. 2.

los piés del tullido, quita las dolencias del enfermo, rescueta al muerto, consueta al afligido, sacia al hambriento, evangeliza al pobre (1) y trata á todos con tal afabilidad y dulzura, que atrae suave é irresistiblemente los corazones. Se entrega á penosas fatigas para labrar nuestra felicidad; y lo que es mas, que bastando una sola gota de sangre para remediarnos; quiere no obstante, derramar hasta la última gota; y esto, para manifestarnos su tierno amor y ardiente caridad; pues como dice el Crisóstomo: lo que bastaba para redimirnos, no bastaba para manifestarnos el grande amor que nos tenia; por eso dice el Apóstol San Pablo, que no debemos tanto movernos á amar á Jesucristo por los padecimientos que sufrió, cuanto por el amor que nos tiene.

Ese amor, segun observa san Iigorio, (2) sacaba como fuera de sí al Salvador, y por eso Santa Maria Magdalena de Pazzis le decia: O Señor mio, el amor te ha infatuado; sí, te has vuelto loco por amarnos! Lo mismo escribe San Lorenzo Justiniano.

El Evangelista San Juan nos demuestra que la prueba mas espresiva de amor, es morir la persona amante por la persona amada; luego

(1) Mat. c. 11.

(2) Glorias de Maria.

siendo que nuestro Señor Jesucristo, murió por nosotros, claro es que nos ha tenido un exesivo amor. (1)

La paciencia de nuestro Divino Maestro, fué tan grande; que la de todos los mártires y la de todos los justos que ha habido, hay y habrá hasta la consumacion de los siglos, no es sino una participacion de aquella, de la manera que los rios participan de las aguas del Océano. Ningun mártir padeció los tormentos de nuestro Redentor: recordad las angustias del huerto, la dolorosa prision, los tormentos del aposentillo, los desprecios de los tribunales, la tempestad de azotes en la columna, que fueron en número de cinco mil, y con los mas crueles instrumentos; la corona de espinas, que, segun asegura Santa Brigida, bañó su cabeza como si la hubiesen metido en una tina de sangre. Recordad la pesada cruz, en el amargo camino del Calvario, las dolorosas caidas, los golpes contusos y las heridas. Recordad el tormento que padeció al ser clavado en la cruz, su penosa agonía y el terrible dolor con que se desprendió de su cuerpo su alma inocente. Ahora contemplad en esta trágica y amargisima

(1) S. Joan, c. 13.

escena, la paciencia que rebosa en el mansísimo Cordero.

Su misericordia para los pobres pecadores, ya se deja ver en las pinturas que su Majestad hace de sí mismo en las parábolas del buen pastor [2] y del hijo pródigo: [2] en las palabras carinosas, con que convida á los mismos, con el perdon: venid á mi, les dice, los que estais cargados; esto es, los que estais abrumados bajo el peso de vuestras miserias y pecados: yo os aliviaré. Les asegura que ellos son el principal objeto de su venida, de sus tareas, de sus afanes, de sus sacrificios y de su amor, asegurándoles que no ha venido á llamar á los justos sino á los pecadores.

Ved cómo se porta, este Dios misericordioso, con las almas extraviadas: ya se dirige al brocal de un pozo, á convertir á la Samaritana: [3] ya recibe con dulzura á la Magdalena: [4] ya trata con palabras de cariño á un pecador enfermo, dándole simultáneamente la salud del alma y del cuerpo: [5] ya pronuncia palabras de perdon y de consuelo á la infeliz

(1) Mat. c. 13.

(2) Luc. c. 15.

(3) Joan. c. 4.

(4) Joan. c. 12.

(5) Joan. c. 5.

adúltera [1] que habria sufrido el terrible castigo de la ley de Moisés; y en fin, todos los pecadores oyen de su boca: no amargas reprensiones; sino palabras paternales de amor, de indulgencia y de misericordia.

Mirad el amor que tiene al eterno Padre, y el celo por su gloria, pues este es el fin á que encamina todos sus pensamientos, sus palabras y sus obras: y así, se dirige continuamente á su padre en fervientes oraciones y acciones de gracias: enseña á los hombres á no buscar otra cosa, con mas ahinco y empeño, que el agrado de su Padre: los enseña á orar con la humildad, atencion, respeto y confianza, que deben, así para que obtengan lo que necesitan y piden, como para que honren á su Padre celestial. El ha traído el amor divino á la tierra, y asegura que no quiere otra cosa, sino que arda incesantemente ese sagrado fuego. [2]

La penitencia es una virtud heroica que han practicado los Santos; aunque nunca hayan visto manchadas sus almas, por cuya razon es claro, que no necesitaban, de la acerbidad de ella: y así vemos á un San Juan Bautista precursor de Cristo, santificado antes de nacer; retirarse al desierto, vestirse de

(1) Joan. c. 8.

(2) Luc. c. 12.

pieles de animales y alimentarse con langostas y miel silvestre: un San Luis Gonzaga que por su pureza é inocente vida mereció el nombre de ángel; y no obstante, se abraza con valor de los rigores de la penitencia, asociando en sí mismo esa heroica virtud con su inocencia admirable: como canta la Iglesia. A este modo vemos una multitud de Santos practicar la penitencia.

Nuestro Divino Maestro que vino al mundo, á enseñarnos con su ejemplo todas las virtudes, nos dió las mas excelentes lecciones de esta virtud que ahora contemplamos: y así lo vemos retirarse al desierto y observar un riguroso ayuno por el espacio de cuarenta dias y (1) cuarenta noches, sin tomar ningun alimento y habitando entre las frias peñas, sufriendo las mas duras intemperies. Toda su santísima vida no fué sino una penitencia continuada, una serie no interrumpida de abnegacion y maceraciones para satisfacer á la justicia divina por nuestros pecados; queriendo que estos fueran castigados en su delicada y sacrosanta humanidad; no solo con los ásperos cilicios de las espinas, y con

[1] Luc. C. 4.

las sangrientas disciplinas de la fagelacion; sino tambien con el ayuno y privacion rigurosa de todo consuelo, que padeció su alma inocente, anegada en la mas espantosa congoja, angustia y tristeza.

La pobreza es otra virtud heroica y sublime, practicada por nuestra vida Jesucristo, de un modo que pasma y llena de un sentimiento indefinible á una alma que la contempla: lo vemos en su nacimiento reclinado en un pesebre de bestias, sobre humildes pajas: en el Egipto sufrir por siete años, en lo mas delicado de su infancia, la mas extremada pobreza: en Nazareth haciendo veces de aprendiz de carpinteria, viviendo en una pobre casa; y es bien de suponerse, que el Santo José, que era débil, enfermo y de alguna edad, apenas alcanzaria con su escaso trabajo, un corto y frugal sustento para Jesus y Maria; y que el Salvador tendria que andar, muchas veces, reuniendo fragmentos de madera y llevarlos á su pobrecita Madre, para atizar la miserable lumbre, con que esta Señora disponia sus pobres alimentos.

Durante su predicacion, en que solo se dedicó á procurar la gloria de su Padre y la salvacion de nuestras almas, es claro que su Majestad pedia limosna, que andaba descalzo, que padecia hambre y sed y que dormia en

el duro suelo; así nos lo asegura el mismo Señor, con estas sentimentales palabras: *las aves tienen sus nidos y las zorras sus grutas; pero yo no tengo en donde reclinar mi cabeza.* [1]

Mas el querer hablar de las virtudes é inmensa santidad del Hombre-Dios, tengamos presente aquello del Evangelista San Juan, cuando hablando de los hechos de nuestro Señor Jesucristo, dice: que si se hubiesen de escribir todos, no cabrian en el mundo los volúmenes que los contuviesen; (2) y así diremos, que explicar su virtud y santidad, es imposible; y que ni las inteligencias angélicas serian capaces de describir ese inmenso cielo de perfeccion, en que brillan tantos, tan grandes y tan hermosos astros de virtudes.

Meditemos ahora la dulcisima y respetable hermosura de su amable persona: su estatura bien proporcionada, su semblante sereno y su frente espaciosa y limpia, sus ojos de un mirar perspicaz y encantador, sus cejas de hermosa proporción, su nariz bien formada; su boca de un color mas bello que el de la grana y de la púrpura, y sus palabras leche, miel y ambrosia, sus mejillas rebosando belle-

[1] Luc.
[2] Joan C. 21.

za: su barba inspirando un respeto y veneracion que no puede explicarse: su pelo semejante al velo puro que cubre la cabeza de una virgen, y graciosamente ondulante sobre sus espaldas: sus manos y dedos, torneados y mas hermosos que el marfil: sus pies.
. ¡ah! si el apóstol san Pablo (1) exclama: *¡cuan hermosos son los pies de los que predicán el Evangelio!* ¡Cuanto mas hermosos serian los de nuestro amado Jesus, autor de la doctrina Evangélica, y cuya vida es el Evangelio mismo?

En suma, Nuestro Señor Jesucristo es el mas hermoso entre los nacidos; la bella y lucida flor que nació de la vara recta y fructifera, Maria, sobre la que descansó el Espiritu divino. (2)

Despues de haber contemplado á Nuestro Salvador, fruto preciosisimo del immaculado vientre de Maria, de quien dice la misma Santisima Señora: *mejor es mi fruto que el oro y la piedra preciosa, y mi producto mejor que la plata escogida.* (1) Exclamemos con la mas justa admiracion: ¡cual será la exelencia de esta admirable Virgen! ¡cual la de este árbol de la vida que produjo el fruto de la salud! ¡ah! él

(1) ad Rom.
(2) Isai.
(3) Parab. Salom. 8

creció siempre recto y dirigido hácia el cielo, bendita será la tierra que lo produjo; las verdaderas hojas de los dones con que estaba adornado, serán innumerables: estará siempre regado de las abundantes lluvias de la gracia: las flores de sus virtudes serán de raro primor: las aves del cielo, esto es, todo lo celestial, estará en ella de asiento: mecerán su copo los suaves vientos de las inspiraciones divinas.

Si, este árbol es de grande bondad; porque conociéndose por el fruto la exelencia del árbol; y siendo este árbol el que produjo el fruto mas excelente, que es nada menos, el Salvador; claro es, que su exelencia excede á la de todos los santos y á la de las jerarquias angélicas.

Corramos, pues, á ponernos bajo su sombra y á gozar de sus benignas influencias: allí se extingue el calor de las pasiones: se goza de los suaves vientos de la gracia y de la frescura de la paz: no hieren los rayos abrasadores de la justicia de un Dios irritado: no se padece hambre ni sed, porque se gusta el fruto de ese mismo árbol, que sacia y refrigera, fortalece y da vida. La misma Santísima Virgen convidada á gustar su fruto diciendo: *venid y comed este sabroso alimento* [1] *que yo he producido; pan*

(1) Parab. Salom. 8.

que yo he amasado mezclándole un vino de mas sustancia que la leche, de mas dulzura que la miel, de mas suavidad que el aceite y de mas pureza que la agua cristalina; porque es vino que engendra virgenes.

Devotos de Maria: estais bajo de buena sombra; no os separeis jamas de ella, porque pereceréis sin remedio en los eriales del mundo y de las pasiones; en donde no hay sombra, ni fruto de sustancia; sino serpientes y yerbas venenosas; y ademas, no se encuentra el agua de la felicidad, sino que atormenta siempre una cruel sed: pues no hay sino lagunas ficticias, que al acercarse á ellas son tierra y nada mas. Permaneced pues, permaneced bajo la sombra de Maria.

Purísima Señora: he formado grande idea de tu exelencia, cuando he contemplado el fruto que produjiste: eres el árbol mas excelente y privilegiado; estoy perfectamente convencido de esta verdad; ahora bien, Señora y madre mia: dignate ponerme bajo de tu sombra para gozar el fruto de la salud y de la vida, y has que bajo esa misma sombra duerma dulce y tranquilamente el sueño de la muerte, para merecer que me muestres *el fruto bendito de tu vientre.*

MEDITACION SESTA.

SANTA MARIA.

PATROCINIO DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Las palabras de la devota oracion de la Ave Maria, que hasta aquí hemos meditado, son del Arcángel San Gabriel y de Santa Isabel madre del Bautista; las que ahora vamos á meditar, son de la Santa Iglesia. Esta buena madre, que tiene puesta su confianza en la Santísima Virgen á quien llama *spes nostra*, esperanza nuestra, invoca su Patrocinio imitando al Arcángel; esto es, no dándole otro título al principio de su invocacion, sino el dulce nombre de Maria; porque sabe que este sagrado nombre es el compendio de su grandeza; siendo, despues del nombre de Jesus, sobre todo nombre; y por tanto le dice desde luego: Santa Maria. Meditemos pues, en estas palabras, su Patrocinio.

El Patrocinio de la Santísima Virgen es poderosísimo, y quiere nuestra madre la Santa Iglesia, que nosotros sus hijos nos acojamos á él y lo invoquemos. Así nos lo da á entender cuando le ha dedicado una especial festividad que se celebra la dominica segunda de Noviem-

bre, la que primero fué concedida á la Iglesia de España por Alejandro VII y estendida despues á todo el orbe católico por Benedicto XIII.

Ese Patrocinio es como un hermoso Terebinto que dilata sus espaciosas ramas, para cubrir á todos los que á él se acerquen: es una nube cargada que se desata en lluvia de beneficios y consuelos: es una ciudad de refugio, que goza inmunidad, concedida por Dios, para salvacion de los pobres pecadores: es la torre de David, inexpugnable y surtida de escudos para defendernos de nuestros enemigos: es el vellocino de Gedeon empapado en el rocío del cielo: es el igneo carro de Elías, en el que somos trasladados de la tierra al paraíso: es la tierra de promision, en donde se goza de un clima benigno, abunda la fertilidad y manan pereunes fuentes de leche y miel: es la columna de nube y de fuego, que nos guía y de fiende durante nuestra peregrinacion por el triste desierto de esta vida: es la fuerza de Sanson, con la que podemos vencer á los perversos filisteos de nuestras desordenadas pasiones y terrenos apetitos: es, en suma, un pasaporte para el cielo, con el que podemos caminar con seguridad hasta llegar á gozar á aquella dichosa patria.

No podia menos de ser así, pues que Maria

siendo hija, madre y esposa de todo un Dios, tiene en sus manos, por estos títulos, los tesoros de la gracia, para dispensarlos á las almas que recurren á su Patrocinio. Pesemos estas razones.

El padre del hijo pródigo (1) le decia al hijo fiel *omnia mea sunt tua*: todo lo que tengo, todo lo que hay en mi casa, todos mis bienes son tuyos, y puedes disponer de ellos á tu arbitrio; no necesitas que yo te de lo que quieres, tu puedes tomarlo. Y ¿el Padre Eterno no dirá esto mismo á su muy querida hija? ¿no le entregará la llave de sus inmensos tesoros, para que los dé á quien quiera, cuando quiera y como quiera? claro es que sí. Esta razon bastaba para formar idea de lo eficaz del Patrocinio de Maria; pero continuemos.

Nadie duda que una madre tiene un absoluto dominio; ó por lo menos un derecho indisputable, á todos los bienes de un hijo único; y siendo la Santísima Virgen, rigurosamente hablando, verdadera madre de su unigénito Jesucristo; es una verdad palmaria que tiene derecho á todos los dones, á todas las gracias y á todos los merecimientos del Redentor, quien tendrá la mayor satisfaccion en que su querida

[1] Luc. c. 15.

madre disponga á su voluntad de sus inmensos tesoros; y la Señora indudablemente enriquecerá con ellos á las almas felicisimas que se pongan bajo su Patrocinio.

Ademas, una madre puede mucho en el corazon de un hijo para inclinarlo en favor de quien quiere; y por consiguiente, la Santísima Virgen puede inclinar hácia nosotros el corazon amorosísimo de Jesucristo, para que este Señor nos mire benigno, nos defienda, nos perdone y nos conceda cuanto nos es indispensable para ser verdaderamente felices en la vida, en la muerte y en la eternidad.

Dice San Buenaventura que la Santísima Virgen tiene el privilegio de alcanzar cuanto quiera. Por la misma razon, dice San Pedro Damiano, puede conseguir cuanto desea, en el cielo y en la tierra. San Ligorio añade, que no hay criatura alguna que nos pueda alcanzar tantas misericordias como nuestra abogada, la cual con esto es honrada por su hijo Dios, no solo como su querida sierva; sino tambien como su verdadera Madre. San Bernardo convencido del poder y clemencia de la Madre de Dios, le dice para obligarla á que le conceda sus favores, que se acuerde que jamas se ha oído decir que alguno que haya recurrido á su Patrocinio haya sido desamparado.

Consideremos ahora lo poderoso del Patrocinio de la Santísima Virgen, por razon de ser Esposa del Espíritu Santo. Cuando el pueblo descendiente de Jacob estaba desterrado y cautivo bajo el poder de Asuero, [1] el perverso Aman llevado de indignacion contra Mardoqueo porque no le doblaba la rodilla, procuró obtener del Rey un decreto de proscripeion y total exterminio del pueblo. En tal conflicto, Mardoqueo se presenta á Ester, esposa de Asuero, y que pertenecía al pueblo proscrito; le manifiesta la triste situacion en que se hallaba éste, y que no habia otro remedio para tanto mal, sino que ella suplicara al Rey revocara la sentencia. Ester se adorna con los mas ricos atavíos, se presenta á Asuero y le pide la salvacion de su pueblo; y no obstante la grande dificultad que habia para esto, por tener que retroceder el Rey de su palabra, no pudo éste negarse á los ruegos de su bella y querida esposa. Tal es el poder que una esposa tiene sobre el corazon de su esposo.

Ahora bien, María es Esposa del Espíritu Santo, y este esposo es infinitamente amante y bondadoso; qué cosa podrá pedirle que no le conceda? Cuando se le presenta con su celes-

[1] Est. c. 3.

tial hermosura adornada con las preciosas joyas de sus virtudes, ¿qué gracias le pedirá para las almas que están bajo sus auspicios y maternal Patrocinio, que no obtenga inmediatamente.?

Hasta aqui hemos visto que nuestra abogada y protectora tiene gran poder y facilidad para patrocinarnos; veamos ahora la buena disposicion que le anima para esto.

Basta considerar las pruebas que nos ha dado del amor que nos tiene, para formar la mejor idea de esa disposicion pronta y generosa que abriga su corazon, para inclinarse á favor nuestro: vimos en la meditacion primera, que cuando la saludó el Arcángel oraba fervorosa por nosotros y que si descaba la pronta venida del Salvador era especialmente por nuestro remedio. En el Calvario vemos que con la mayor resignacion sufre la muerte de su amadísimo y divino hijo; y esto porque ardiendo en su corazon el deseo de nuestra reparacion consentia de buena voluntad, como su Santísimo Hijo, en aquel terrible sacrificio, y como trae San Ligorio: de tal manera nos amó, que nos dió á su hijo inocente ofreciéndolo por nosotros á su Eterno Padre. (1)

[1] Glorias de María.

Estas pruebas de amor nos hacen creer con certidumbre que en toda su Santísima vida oró por nosotros y negoció con Dios, de cuantos modos pudo, nuestra felicidad. Si sobre lo dicho examinamos la bondad de que la dotó el Señor, corroboraremos mas nuestra asercion, de que está dispuesta siempre á dispensarnos su proteccion. Veamos lo que sobre esta bondad dice Menchi D' Arville. [1] "Es cierto que en primer lugar Dios ha comunicado á Maria todas las perfecciones en un grado tan eminente, que sobrepuja á todas las criaturas. Se sigue de este principio, que la Virgen Santísima tiene mas bondad, que todos los hombres, que todos los ángeles y que todos los santos. No es menos cierto que Dios criando á Maria, ha hecho de ella entre todas las criaturas la mas pura imágen de la Divinidad. Y, como segun el oráculo del Profeta, *miser cordia ejus super omnia opera ejus*, entre las divinas perfecciones la bondad ó la misericordia, es la que mas resplandece; debe brillar esta perfeccion entre todas las de Maria y sobrepujar á todas. Tambien, es indudable, que la Virgen Santísima es cópia perfecta de Jesucristo su hijo, y que nada ha habido tan seme-

(1) Anuario de Maria.

jante y conforme como los corazones del hijo y de la madre: siendo, pues, el carácter distintivo del hijo, la bondad y la misericordia en favor de los pecadores que vino á redimir, no puede menos de ser este mismo el carácter de la madre.

Queda, pues, manifestado, que Maria puede y quiere favorecernos; la consecuencia debe ser que su Patrocinio es inestimable, y que bajo de él estamos seguros, tranquilos y felices; por eso le decia San Andres de Candia: Si me pongo bajo tu Patrocinio, seré salvo: si me abrigo bajo el manto de tu proteccion, nada tendré que temer: porque vuestros siervos están defendidos con las armas de salud, que Dios no concede sino á los *que* há predestinado."

Ojalá me fuese posible pregonar por toda la tierra el poderoso Patrocinio de Maria; venid, diria á todos, venid, aquí está la fuente de la salud y el depósito de los remedios para todos vuestros males, aquí está la piscina mas excelente que la de Siloé, porque sus limpias y cristalinas aguas se mueven sin cesar. Enfermos, pobres, viudas, huérfanos, afligidos y pecadores: recurrid al Patrocinio de Maria y seréis aliviados, socorridos, protegidos y perdonados: seréis puestos en el catálogo de los hijos de Dios y de los predestinados para el cielo. Si, porque

esa Señora tiene siempre en su boca aquellas palabras del Salvador: Venid á mi los que trabajais, los que estais cargados con el peso del trabajo y del dolor, *Ego reficiam vos*, yo os aliviaré.

O Purísima María! de cuánta alegría se llena mi corazón al contemplar la grandeza de tu Patrocinio y la bondad de tu corazón! has, madre mía, que no solo te admire, sino que viva cerca de ti para merecer tu Patrocinio; has también que todas las almas, principalmente las que están sentadas en las negras sombras del error y del pecado, se levanten y conozcan que tú eres la madre de la luz y de la gracia, y soliciten tu Patrocinio. Cubrenos con él á todos y seremos felices. *sub umbra alarum tuarum protege nos.*

MEDITACION SETIMA.

MADRE DE DIOS.

PODER DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Este es el título mas honorífico de María; este es su título esclusivamente propio, en él se encuentran todos sus exelencias, él es el

signo que representa sus grandezas y sus glorias, él es la inmensa premisa de donde podemos sacar innumerables consecuencias, siendo cada una de ellas una gloria de María y un consuelo para nosotros. Porque si María es Madre de Dios; es precisamente concebida sin pecado; es criatura la mas privilegiada, la mas hermosa, la mas Santa, la mas poderosa, la mas amable, la mas misericordiosa, la mas querida de Dios, la Señora del universo, la Reina de los ángeles. Seria hacerse interminable, querer sacar todas las consecuencias que se siguen á *fortiori*, de esta proposicion: María es Madre de Dios.

Como nuestra pequeña inteligencia no puede abarcar tantas y tan grandes ideas, como se encierran en ese glorioso blazon de la Santísima Virgen, nos reduciremos á meditar únicamente en esta vez el grande poder que tiene en la tierra, en el cielo y aun en el infierno; atendida la sola razon, de que es Madre de Dios,

Ya dijimos antes, que una madre tiene gran poder sobre los bienes de un hijo; y que éste, á proporción que ama á la madre, tiene mayor gusto en que ella disponga á su arbitrio de cuanto á él pertenece. Siendo que Dios

esa Señora tiene siempre en su boca aquellas palabras del Salvador: Venid á mi los que trabajais, los que estais cargados con el peso del trabajo y del dolor, *Ego reficiam vos*, yo os aliviaré.

O Purísima María! de cuánta alegría se llena mi corazón al contemplar la grandeza de tu Patrocinio y la bondad de tu corazón! has, madre mía, que no solo te admire, sino que viva cerca de ti para merecer tu Patrocinio; has también que todas las almas, principalmente las que están sentadas en las negras sombras del error y del pecado, se levanten y conozcan que tú eres la madre de la luz y de la gracia, y soliciten tu Patrocinio. Cubrenos con él á todos y seremos felices. *sub umbra alarum tuarum protege nos.*

MEDITACION SETIMA.

MADRE DE DIOS.

PODER DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Este es el título mas honorífico de María; este es su título esclusivamente propio, en él se encuentran todos sus exelencias, él es el

signo que representa sus grandezas y sus glorias, él es la inmensa premisa de donde podemos sacar innumerables consecuencias, siendo cada una de ellas una gloria de María y un consuelo para nosotros. Porque si María es Madre de Dios; es precisamente concebida sin pecado; es criatura la mas privilegiada, la mas hermosa, la mas Santa, la mas poderosa, la mas amable, la mas misericordiosa, la mas querida de Dios, la Señora del universo, la Reina de los ángeles. Seria hacerse interminable, querer sacar todas las consecuencias que se siguen á *fortiori*, de esta proposicion: María es Madre de Dios.

Como nuestra pequeña inteligencia no puede abarcar tantas y tan grandes ideas, como se encierran en ese glorioso blazon de la Santisima Virgen, nos reduciremos á meditar únicamente en esta vez el grande poder que tiene en la tierra, en el cielo y aun en el infierno; atendida la sola razon, de que es Madre de Dios,

Ya dijimos antes, que una madre tiene gran poder sobre los bienes de un hijo; y que éste, á proporción que ama á la madre, tiene mayor gusto en que ella disponga á su arbitrio de cuanto á él pertenece. Siendo que Dios

es verdaderamente hijo de María, y que la ama mas que á cuantas otras criaturas han salido de sus manos; es manifesto que María tiene un poder absoluto sobre todos los seres de la creacion y que todos le están, enteramente sujetos.

Dijo el Señor que si tuviéramos una poca de fé, siquiera del tamaño de un grano de mostaza, mudariamos un monte de un lugar á otro; tan grande poder asegura para una fé tan pequeña. A la Santísima Virgen, como que era electa para Madre de Dios, se le dieron todas las virtudes en mayor grado del que se les ha concedido á otras criaturas; luego su fé fué la mas grande, y en virtud de ella pudo y puede mandar y ser obedecida de todos los seres; y si esto es solo por la grandeza de su fé, cuál será su poder, agregada la circunstancia de ser Madre de Dios? Claro es que tiene poder sobre las plantas, sobre los árboles, sobre los metales, sobre los campos, sobre las montañas, sobre los bosques, sobre las fuentes, sobre los lagos, sobre los rios, sobre los mares, sobre las aves, cuadrúpedos y peces; en una palabra, la naturaleza toda está rendida á su voluntad.

Si María manda á la rugiente tempestad que se retire, ella enmudeciendo vuela á sepultarse en el Océano: la voz de María baste para enca-

denar el rayo, el terremoto y el huracan; si se ensoberbece el mar, levantando sus furibundas olas y arrojando hácia las nubes sus espumas; basta que María le mande sosegarse, para ponerse luego tan tranquilo y tan quieto, como un niño que duerme en la cuna: si María quiere que venga la lluvia sobre la tierra, luego las nubes como bandadas de cisnes se levantan de los lagos, de los rios y de los mares, y presurosas van á cumplir la voluntad de su Señora: si quiere que el Sol no hiera la tierra, para que no marchite las plantas, ni acalorise á los seres vivientes, luego soplan fuertes vientos corriendo veloces por la atmósfera, para disipar el calor; y una densa nube viene á cubrir al astro del dia: María, en fin, dispone á su arbitrio de las leyes de la naturaleza, puede mantenerlas vigentes y puede derogarlas; porque tal poder le ha dado el Señor sobre las obras de sus manos; porque es su querida y verdadera Madre.

No es menos el poder que tiene sobre los hombres, pues están sujetos á su imperio aun los mas poderosos Monarcas; así lo dice la misma Señora: "por mi reinan los Reyes, y los legisladores establecen leyes justas. (1)

[1] Parab. Salm. c. 8.

El poder de la Santísima Virgen en el cielo es inmensurable. Los espíritus celestiales están distribuidos en nueve coros, que forman tres jerarquías: son en inmenso número. Daniel dice: *Millia millium, decies millics, centena millia ministrabant ei*; (1) y además de ser innumerables son de asombrosa grandeza: dijo Jesucristo que el menor del reino de los cielos era mayor que el mas grande de los hombres de la tierra; luego el mas pequeño de los ángeles supera en grandeza á un Ciro que sojuzgó á Babilonia, á un Dario Rey de Persia, á un Alejandro Magno, conquistador del mundo, á un David y á un Salomon; pues sabed que esos seres tan numerosos y grandes no son sino vasallos y siervos de la gran Reina Maria.

Pero lo que llena de asombro inexplicable, es que Maria tiene en cierto modo poder sobre el Señor Dios; supuesto que es madre suya. Ni se diga que esto rebaja la grandeza esencial de Dios; porque al contrario, nos da grande idea de su omnipotencia y bondad; cuando así pudo y quiso elevar á una criatura. Conociendo esta verdad la Santísima Virgen, exclamó en su cántico: *fecit mihi magna, qui potens est, et sanc-*

[1] Daniel c. 7.

tum nomen ejus: (1) ha hecho en mí cosas grandes el que es Todopoderoso, y cuyo nombre es santo.

El poder de esta admirable criatura, es terrible para los infiernos: al imperio de su voz tiemblan aquellas lúgubres regiones, triste mansión de los espíritus rebeldes, y éstos á su pesar, doblan la rodilla y obedecen; con razon, pues, esta poderosísima niña, venció al soberbio Lucifer príncipe de las tinieblas; y no como quiera, sino hasta quebrantar la altiva cabeza de ese monstruo, con su vírginea y victoriosa planta. En la vida de Santo Domingo de Guzman se lee, que en cierta vez se aparecieron los demonios, á tiempo que este glorioso Santo predicaba las grandezas de Maria, y dieron testimonio de su admirable poder. San Ligorio dice, que el demonio, como prisionero hecho en la guerra, está siempre forzado á obedecer á su vencedora Maria.

Nos admiramos, y con razon, al contemplar el poder de esa gran Señora; pero ¿de cuanto consuelo irá acompañada nuestra admiracion, al contemplar que en tanta altura y grandeza, no se olvida de nosotros; sino antes está ansiosa, por decirlo así, de emplear ese grande poder

[1] Luc. c. 1.

Ave Maria.—8

en favor nuestro, á lo qué la inclina siempre su bondadoso corazón? La bondad de su corazón purísimo la han pregonado no solo los Bernardos y Agustinos, los Buenaventuras y otros escritores marianos; sino aun el infeliz Lutero, el cual persuadido de la bondad de ese corazón inmaculado, dice, que: "no es como el de nosotros que se envanece en la prosperidad; sino que aquel se mantiene siempre humilde en medio de sus grandezas;" luego siempre está dispuesto á la beneficencia, porque el humilde siempre es generoso y benéfico. (1)

Para conocer con perfección la bondad de la Santísima Virgen y la buena disposición que tiene para favorecernos y emplear su poder en beneficio nuestro; era necesario poder comprender de un modo absoluto la grandeza de su dignidad de Madre de Dios; porque, como hemos dicho antes, en este título están comprendidos su poder, su bondad, y todas sus grandezas.

Esta aserción podemos corroborarla con el testimonio de muchos autores que han escrito las glorias de María; pero solo traeremos aquí algunas pruebas de la preciosa obra que re-

(1) Citado por Ang. Nic. en la obra titulada: La Virgen María, según el Evangelio.

cientemente se ha publicado de Augusto Nicolas. (1)

"Si es permitido, dice dicho autor, comparar á las cosas frívolas las cosas santas, diremos, que todas las grandezas, todas las glorias que reverenciamos en María, todas las que se pueden imaginar y muchas mas, se hallan contenidas en esta sola palabra: *Deipara*, Madre de Dios. Ella contiene todo un poema; y un poema que todos los coros de los Angeles no podrían desarrollar enteramente."

"También leemos en la historia primitiva del cristianismo, prosigue Augusto Nicolas, que los griegos, tan afectos al culto de la Santísima Virgen, no ponían jamás corona de oro, ni de perlas, ni de piedras preciosas en sus imágenes, sino que escribían en la frente con letras de oro, esta sola frase: *Madre de Dios*." Claro es, que con esto nos prueba el citado autor la grande idea que tenían los primitivos cristianos de la inmensa extensión del honroso título de María: "*Madre de Dios*."

Pero aun nos trae otro testimonio mas fuerte, por ser absolutamente imparcial el autor; que es nada menos el desgraciado Lutero. Oigamos lo que dice este talento perdido: (2) "Ser

(1) La misma obra.

(2) Cit. por A. N. obra: María según el Evangelio.

Madre de Dios, es una prerogativa tan elevada, tan inmensa, que excede á toda imaginacion. No hay honor ni beatitud alguna que se aproxime á una elevacion tal, como la de ser, en la universidad del género humano, la única persona superior á todas, que no conozca igual en la prerogativa de tener con el Padre celestial un hijo comun. En esta sola palabra se contiene, pues, todo honor respecto de Maria, y nadie pudiera publicar en su alabanza mas magnificencias, aunque tuviera tantas lenguas como flores y brisnas de yerba hay en la tierra, estrellas en el cielo y granos de arena en el mar." ¿Quién no ve, que este solemne testimonio de la verdad solo pudo arrancarlo de la boca de Lutero, la evidencia mas brillante?

Despues que hemos visto el poder de la Santisima Virgen en la tierra, en el cielo y aun en el infierno, y la especie de superioridad, que el Señor en virtud de su bondad y omnipotencia, le concedió aun sobre su Majestad adorable; debemos sin duda alguna, postrarnos hasta el polvo reverenciando profundamente al Señor, y dándole las mas rendidas gracias por haber elevado á la Santisima Virgen á tan incomprehensible grandeza.

Debemos aprovecharnos del auxilio poderoso, que en Maria nos ha proporcionado el Señor,

dándonos en Maria una madre llena de poder y grandeza; y como dice un autor piadoso, la mas compasiva, la mas tierna, la mas amable y la mas santa.

Incomparable Maria: Señora de la naturaleza, Reina de los Angeles y Madre de la Majestad eterna de todo un Dios, terror del infierno y dulce consuelo de los mortales: bajo tu poderoso amparo y maternal cariño nos acojemos, los que deseosos de pertenecer al dichoso número de tus devotos, corremos tras el olor de tus unguentos. ¿Seremos infelices, seremos desgraciados, podremos perecer teniendo una madre tan poderosa y llena de amor? esto solo seria si por nuestra malicia y crasa ignorancia, no quisieramos amarte, ni dedicarnos á tu servicio; pero si te amamos, si somos tus devotos, nuestra felicidad es hecha. Tú misma nos aseguras, que los que trabajan en tu servicio, y cantan tus loores, estarán muy léjos del germen de los males, que es el pecado, y obtendrán infaliblemente la vida eterna. (1) Alcánzanos, pues, una gracia eficaz que nos haga devotos tuyos, para publicar y merecer tu poder y tu amor, en el tiempo y en la eternidad.

(1) Eccli.

MEDITACION OCTAVA.

RUEGA POR NOSOTROS PECADORES.

MISERICORDIA DE LA SMA. VIRGEN.

La santa Iglesia, conociendo la necesidad de la humildad, para que la oracion sea fructuosa, quiere que todos sus hijos se confiesen pecadores, al elevar su corazon á Dios, y al invocarlo por intercesion de la Santísima Virgen. Tambien conociendo esa piadosa madre, que nadie sabe si es digno de amor ó de odio, y que el justo cae siete veces al dia, (aunque en ligeras faltas) quiere, por esta razon mas, que nos tengamos por pecadores; pero lo que sin duda la movió, mas fuertemente, á poner en la oracion del Ave María, esta palabra, *pecadores*, es la persuacion que tiene de que el pecador es el mas necesitado; y que por lo mismo, él principalmente, debe, confesando su miseria, recurrir con mas frecuencia á la que se llama Refugio de los pecadores. Es muy á propósito meditar esta vez en la misericordia de María.

Una persona es mas misericordiosa, á proporcion que son mayores las miserias de que se compadece, y los males que remedia. La mi-

seria mayor para una alma, es la de estar manchada con la culpa mortal; y esta miseria trae consigo los mas grandes males. Pues esa miseria es precisamente de la que mas se compadece la Santísima Virgen, y esos males son los que con mas empeño procura remediar; luego es misericordiosísima y verdadero Refugio de los pecadores. Nos formaremos mejor idea de la misericordia de María, á proporcion que nos conozcamos la infinita miseria de la culpa y sus tristes frutos. He aquí los caracteres del pecado: es, en primer lugar, una desobediencia hecha á Dios, negándole el amor, el respeto y sumision que se le debe, no solo como Señor universal; sino como Padre; y Padre amorosísimo nuestro.

Es ademas, el pecado, un desprecio hecho al mismo Dios; pero desprecio tal, que prefiere el alma los bienes vanos de la tierra, la satisfaccion de ruines pasiones y la consecucion de vanos y ficticios honores; y pospone á Dios.

El pecado es una ingratitud la mas horrible, porque se comete contra el benefactor mas grande, que ha hecho los mayores beneficios. Es tambien una rebelion contra Dios, en la que el pecador le quita su reino, segun que le niega el respeto y la obediencia; pero rebelion mas criminal que la de Absalon contra David.

Tiene en fin tal malicia el pecado, que tiende, en virtud de su naturaleza, á aniquilar á Dios: porque siendo su Majestad el sumo bien; y el pecado el sumo mal, hay una diametral oposición entre Dios y el pecado, como la hay entre la salud y la enfermedad; y así como la enfermedad tiende á aniquilar la salud, así el pecado tiende á aniquilar á Dios: de suerte que si Dios fuera capaz de aniquilamiento, el pecador con una sola culpa grave lo aniquilaría. ¡Horrible malicia del pecado!

Consideremos ahora sus tristes y amargos frutos: la perdición de Luzbel y de la multitud incalculable de sus ángeles: la ruina de Adán y sus descendientes: el diluvio universal, que borró de la tierra el género humano, exceptuando solo á una familia, la lluvia de fuego sobre las ciudades de Pentápolis: las calamidades terribles sobre Judá é Israel: las guerras desastrosas, que casi han destruido á las naciones: las pestes desoladoras: las hambres terribles; y en suma, todos los males, no reconocen otro origen mas que el pecado. Y siendo que por el fruto se conoce el árbol, ¿cuál será la malicia del pecado, cuando sus frutos son tan espantosos?

Aun hay mas que decir: el castigo terrible del infierno no es sino por el pecado: aquel

foco de desdicha, en donde están reunidos todos los males, aquel fuego inextinguible, aquellas densas tinieblas, aquella eternidad negra, melancólica, desesperada y sin mezcla de consuelo; es digno y proporcionado castigo del pecado.

Es claro, pues, que el pecador es la criatura mas infeliz, supuesto que padece el mayor de los males, que tiene en sí mismo el germen de todos: su alma ya no es bella imagen de la Divinidad, ya no es hija de Dios, sino vil esclava de Satanás: los Angeles y los Santos vuelven hácia otra parte el rostro, porque no pueden sufrir la vista de la espantosa fealdad del pecador: el Señor Dios se retira á una distancia inmensa, porque como sumo bien, dista en fuerza de su naturaleza, infinitamente del mal; las criaturas todas desconocen al pecador y le echan en cara su infidelidad, presentándole la obediencia con que ellas están sujetas al Hacedor Supremo.

Todavía mas: no es digno el pecador de que la tierra lo sustente, ya no tiene derecho al cielo y solo merece, en rigurosa justicia, el voraz fuego de los réprobos: está expuesto sobre la tierra á sufrir desgracias de toda especie; está espuesto tambien á caer en el profundo abismo del error y en la impenitencia final; está ator-

mentado con el agudo y penetrante grito de su conciencia, que reprehendiéndolo constantemente lo llena de sobresalto y le quita la paz interior. Y siendo esto solo por una culpa grave ¿que será si se siente manchado de muchas culpas, acaso innumerables y de la mas atroz malicia? ¿quién podra entonces definir la profunda melancolia, por no decir desesperacion, que atormenta á su desventurada alma?

Si el pecador muchas veces no se afecta de su desventura, es: ó por que no medita en su triste situacion, ó por que él mismo procura acallar el testimonio de su conciencia, corriendo sin reflexion en pós de nuevas iluciones.

Pero ¿qué acaso porque el pecador no se afecte de su desgracia, deja de ser desgraciado? Hay enfermedades graves, que no se sienten, ¿y dejan por eso de ser verdaderos males? ¿deja de ser digno de compacion el que las padece? por el contrario, son las peores y las mas temibles, porque no se les puede aplicar el auxilio de la medicina y porque pueden causar una muerte imprevista.

Mas consuélase el pecador: porque la bondad Divina le ha proporcionado en Maria un eficaz remedio para tantos y tan grandes males, dándole á esa Señora el poder suficiente y la caridad que se necesita para sacarlo de su desgracia

Si, Maria está pronta á favorecer al pecador, y mientras los ángeles y los santos, se apartan del, y aun el mismo Señor Dios lo aborrece, en cierto modo; Maria, no porque sea mas misericordiosa que el Señor, sino porque ha recibido, de El esta mision, queda al lado del pecador venciendo el horror que le causa, por la fuerza del amor que le tiene, como una madre tierna que permanece á la cabecera de un hijo cubierto de llagas, aunque exhale miasmas corrompidas é intolerables; como la viuda de Naim que seguia el féretro de su difunto hijo; como la madre de Agustino que derramaba fervientes lágrimas por su hijo, hereje maniqueo.

Ninguna madre es mas bondadosa que Maria; y por lo mismo ninguna mas misericordiosa. Esa desgracia suma del pecador, afecta su corazon maternal, de tal modo que no puede menos que fijar en él sus ojos, buscarlo, llamarlo, defenderlo, rogar por él y, en cierto modo, decirle aquellas sentidas palabras de David: hijo mio, ¡hijo mio, ojalá muriera por tí! (1)

Oigamos á San Ligorio, (2) que nos habla del amor que Maria nos tiene á todos; pero principalmente á los pecadores: son tantos los motivos, dice, que deben inducirnos á amar á

(1) Reg.

(2) Glorias de Maria.

esta amorosa Reina, que si en toda la tierra se alabase á María, en todos los sermones solo se hablase de María, y todos los hombres diesen la vida por María, realmente seria corto el tributo al obsequio y agradecimiento que le debemos, atendiendo el amor tan tierno que le tiene á los hombres; y aun á los mas miserables pecadores. A una sierva de Dios, segun refiere dicho Santo, le dijo la Santísima Virgen: yo, despues del titulo de Madre de Dios, me precio de ser llamada la abogada de los pecadores. Consuélese pues el pecador, si procurando sinceramente la enmienda, recurre á la Santísima Virgen. No tema que no pueda ó no quiera favorecerlo: por que si faltara una ú otra cosa, la Santa Iglesia no la llamaria Refugio de pecadores.

Si con lo expuesto no queda esplicada la misericordia de María, oigamos lo que dice un autor piadoso, [1] que sobre unas palabras de David esplica las misericordias de esta Señora: cuántas cosas, dice despues de otras, podriamos añadir para demostrar, que María no es mas que misericordia, y que todo lo que ella hace se dirige á la clemencia. Ciertamente para denotar estos dos atributos decia el profeta: *Un-*

(1) Menchi D' Arville Anuario de María.

ait tē Deus oleo letitiæ, Dios te ha ungió con el oleo de la alegría. Pero ¿cuál es en esta uncion santa que María ha recibido de Dios? es la misericordia, cuya efusion en el corazon de los desgraciados, los colma de alegría y consuelo con la consideracion de que su Reina en el cielo, no está ocupada sino en llenar, en favor de los mismos, el oficio de la misericordia que la hace brillar continuamente con la prodigiosa multitud de gracias que no cesa de repartir. Puesta constantemente delante del trono del Señor le dice: O mi Rey, que al mismo tiempo eres mi hijo, yo os pido gracias en favor de ese pecador que habeis redimido con la sangre que yo misma os he dado. En fin, implora continuamente la bondad de Dios, haciendo valer todos los titulos que la hacen amable á sus ojos; y la ley de la clemencia que está en sus labios, prevalecen siempre; y toda súplica que sale de su boca, tiene en cierto modo fuerza de ley: *lex clementiæ in lingua ejus*.

Siendo Reina de la misericordia abre á su placer los inmensos tesoros de la, misericordia divina, y los distribuye de tal manera, que ningun pecador puede perecer si está protegido por María.

Se refiere en la historia de Roma un pasage

muy patético, de la madre de Coriolano, (1) el cual puede servirnos como imagen, para formar simultáneamente idea de la misericordia y poder de Maria.

“La union de los patricios y de los plebeyos fortificó la república, permitio se llevase con rigor la guerra contra los Volscos. Los ejércitos romanos les tomaron á Polusca y sitiaron á Corioles. En este sitio un jóven patricio llamado Cayo Marcio se distinguió de tal suerte que se le dió el sobre nombre de Coriolano. Creyendo que su gloria era un título para obtener el Consulado, lo pidió; mas habiendosele negado el pueblo, se llenó de cólera por semejante afrenta y juró vengarse.

Habia en Roma una hambre espantosa, y quiso aprovecharse de la miseria del pueblo para apoderarse de todos los derechos que habia ya arrebatado a los patricios por la violencia y rebelion. Fuera *Tribunos* esclamó, *ó no mas pan*. Tan imprudentes palabras exasperaron al pueblo, que fue á quejarse al Senado de que se le tratase como enemigo y con horrible barbarie. En su indignacion hubiera hecho pedazos á Coriolano si á los Tri-

(1) Compendio de la historia romana por Drioux.

bunos no se les hubiera ocurrido citarlo ante la asamblea general de la nacion.

Los Senadores trataron de calmar al pueblo y de salvar á Coriolano. Cada uno de ellos empleó la influencia y crédito que tenia sobre los plebeyos, distribulleron por todas partes sus clientes para ganar sufragios y hasta dieron pasos en cuerpo; pero todo fué inútil. Coriolano oyó pronuunciar su sentencia de destierro y fué á refugiarse entre los Volscos profiriendo espantosas amenazas contra su patria. El ilustre proscrito empleó todo su ascendiente con Acio Tulo, primer personage de la confederacion de los Volscos, para inflamar su odio contra Roma y empeñarlo á hacerle la guerra.

Habiendo llamado la atencion de Tulo estos discursos, influyó con sus conciudadanos para que se pusiera el mando del ejército en manos de Coriolano. En pocos dias tomó el invencible guerrero á Circei, Sutrio, Lóngula, Polusca, Corioles, y fué á colocar su campamento á cinco millas de Roma. Semejante noticia consternó á todos, nobles y plebeyos. Se le envió una diputacion que no obtuvo sino contestaciones duras y ofensivas; Coriolano. queria que antes de negociar se restituyese á los Volscos todo su territorio, de lo contrario; dijo, yo mostraré á mis antiguos conciudadanos y á mis

nuevos bienhechores, que el destierro no sirve sino para inflamar mi valor. Un segundo mensaje no fué mas feliz.

Las damas romanas van entonces á buscar á Veturia, madre de Coriolano, y á Volunnia, su esposa, y las deciden á implorar ellas mismas del vencedor irritado la salvacion de los romanos. A la vista de su madre, de su muger y de sus hijos, Coriolano corre presuroso á echarse en los brazos de su madre. Veturia lo rechaza con severidad y le dice enérgicamente: *Delente: antes de recibir tu abrazo quiero saber si hablo al enemigo de Roma ó al hijo de Veturia. Si soy la madre ó la cautiva de Coriolano.* Su muger y sus hijos se echaron al propio tiempo á sus piés, y le conjuran con sus lágrimas y sollozos á que renuncie su venganza. Enternecido Coriolano por aquel espectáculo y por las palabras de su madre, esclama: *¡Oh madre mia! tú salvas á Roma.*" Roma fué perdonada."

Ahora bien, volviendo á nuestro asunto, ¿quién no ve que Maria excede, incomparablemente, en bondad, á la madre de Coriolano? y quien no ve que Maria tiene mas poder sobre el corazon bondadoso de Jesucristo que aquella matrona sobre el corazon de su hijo? Luego es claro, que el pecador, cuando por haber o-

fendido á Dios, desterrándolo de su corazon por el pecado, se ve cercado de las amenazas de la ira Divina; si recurre á Maria, esta buena madre tomará interes en defenderlo con mas empeño que Veturia á Roma, y que el Señor no pudiendo resistir á los ruegos de su amadisima Madre, se verá precisado á decirle: *¡Oh Madre mia! tú salvas al pecador; yo le perdono, yo le concedo los auxilios que tú pides para él, yo retiro mis castigos, yo le concedo la vida, le doy la gracia y le preparo la gloria.*

Esto es muy propio tambien, para tenerlo presente en las calamidades públicas, cuando irritado el Señor contra un pueblo que ha provocado su indignacion por la tibieza en la piedad, por sus pecados, por sus vicios y principalmente por sus escándalos, se ve amagado por terribles castigos, ya de una hambre devoradora, ya de una peste espantosa, ya de una guerra sanguinaria ó de cualquiera otro mal; y que, no obstante de haber elevado al cielo sus fervorosas preces la Iglesia Santa, y de haber intercedido los ángeles y los santos, y no se ha obtenido efecto favorable, por ninguno de estos medios: ¿qué otro recurso queda sino llegar con fervorosos ruegos á la celestial Veturia para que interceda con su divino hijo y mitigue su justa indignacion? *¡Ah! este medio es poderoso.*

sisimo y eficaz. Indudablemente el Señor dirigirá á su Santísima Madre las palabras de Coriolano. ¡Oh, Madre mia, tú salvas á ese pueblo!

Misericordiosísima Reina: yo veo en Veturia una imágen aunque imperfecta de tu poder y de tu bondad; y no menos de tu misericordia. Dignate interceder por los desventurados pecadores, que habiendo irritado á tu divino Hijo ven vibrar sobre sus cabezas la espada de la justicia eterna; solo tú, si, solo tú, puedes quitar y suspender el golpe. Te diré con un devoto tuyo: por tí amor mio, entró la misericordia al mundo, para los miserables pecadores, tú disipas los lúgubres nublados de las divinas iras y los conviertes en abundantes lluvias de piedades, para que alegres puedan respirar los desventurados prevaricadores. Haz, pues, Señora, que sintamos las benignas influencias de tu misericordia, así en la vida como en la muerte, para ir despues á cantarlas en la Jerusalem celestial.



MEDITACION NOVENA.

AHORA.

PROTECCION DE LA SMA. VIRGEN EN LA VIDA.

Esta palabra significa el tiempo de la vida. Maria es poderosísima para ampararnos eficaz y constantemente en la vida. Considerando los muchos males que padecemos y á que estamos expuestos en los dias de nuestra existencia sobre la tierra, conoceremos lo muy necesitados que estamos de socorros y consuelos. El Santo Job llama á nuestra vida, guerra constante: la Santa Iglesia llama á este mundo, valle de lágrimas; en efecto, no podia dársele nombre que mas le conviniese: desde que venimos á él, comenzamos á derramar lágrimas, y no de otro modo anunciamos nuestra llegada, que con llanto: los dias de nuestra infancia se asemeja á la flor que no puede subsistir sino con riego; pero este riego en nosotros es de lágrimas: en la juventud no nos falta motivo para derramarlas: en la edad de consistencia, en que se piensa y reflexiona con mas cordura; esto mismo nos hace ver y pesar mejor los males de la vida, y nos dá motivo para llorar; no solo por los males que nos afectan,

sisimo y eficaz. Indudablemente el Señor dirigirá á su Santísima Madre las palabras de Coriolano. ¡Oh, Madre mia, tú salvas á ese pueblo!

Misericordiosísima Reina: yo veo en Veturia una imagen aunque imperfecta de tu poder y de tu bondad; y no menos de tu misericordia. Dignate interceder por los desventurados pecadores, que habiendo irritado á tu divino Hijo ven vibrar sobre sus cabezas la espada de la justicia eterna; solo tú, si, solo tú, puedes quitar y suspender el golpe. Te diré con un devoto tuyo: por tí amor mio, entró la misericordia al mundo, para los miserables pecadores, tú disipas los lúgubres nublados de las divinas iras y los conviertes en abundantes lluvias de piedades, para que alegres puedan respirar los desventurados prevaricadores. Haz, pues, Señora, que sintamos las benignas influencias de tu misericordia, así en la vida como en la muerte, para ir despues á cantarlas en la Jerusalem celestial.



MEDITACION NOVENA.

AHORA.

PROTECCION DE LA SMA. VIRGEN EN LA VIDA.

Esta palabra significa el tiempo de la vida. Maria es poderosísima para ampararnos eficaz y constantemente en la vida. Considerando los muchos males que padecemos y á que estamos expuestos en los dias de nuestra existencia sobre la tierra, conoceremos lo muy necesitados que estamos de socorros y consuelos. El Santo Job llama á nuestra vida, guerra constante: la Santa Iglesia llama á este mundo, valle de lágrimas: en efecto, no podia dársele nombre que mas le conviniese: desde que venimos á él, comenzamos á derramar lágrimas, y no de otro modo anunciamos nuestra llegada, que con llanto: los dias de nuestra infancia se asemeja á la flor que no puede subsistir sino con riego; pero este riego en nosotros es de lágrimas: en la juventud no nos falta motivo para derramarlas: en la edad de consistencia, en que se piensa y reflexiona con mas cordura; esto mismo nos hace ver y pesar mejor los males de la vida, y nos dá motivo para llorar; no solo por los males que nos afectan,

sino por los que podemos tener con probabilidad: la vejez con sus achaques y otras mil penalidades, va marcada con el llanto; y por último, al separarnos de la vida, una fria lágrima, que corre sobre nuestra mejilla anuncia nuestra separacion.

Los males físicos son innumerables: enfermedades sin cuento, pobreza, mil elementos que pueden ejercer sobre nosotros acciones nocivas; tempestades en el mar y en la tierra, terremotos, huracanes, granizos, nieves, frios, calores, hambres, pestes, guerras y otra multitud incalculable de padecimientos.

Los males morales son tambien sin número: ignorancia, error, ilusiones, dudas, calumnias, murmuraciones, persecuciones, tentaciones del demonio, falaces doctrinas del mundo; y lo que es mas triste: nuestros mismos semejantes, nos producen el mayor número de males; y lo que todavia es mas triste, que nuestro mismo corazon se constituye nuestro enemigo, rebelándose contra nosotros, con fuertes y desordenadas pasiones; de suerte, que la vida es lucha consigo mismo.

Y si á lo dicho agregamos otro mal, que ciertamente es de grave peso, que consiste en la certidumbre de la muerte, y en la incertidumbre de cuándo y cómo sea; y si en la eternidad se-

remos felices ó desdichados, ¿qué diremos de la vida?

Mas no nos entreguemos á la melancolia ni al desconsuelo: porque la bondad infinita del Señor nos ha dado en la Santísima Virgen una madre, que enjuge nuestras lágrimas, que sane y alivie nuestras penas y que nos dispense mil favores. Esta Virgen poderosísima, llena de amor y compasion, ha sido criada para dulcificarnos la vida; ella puede decirnos aquellas palabras de su Santísimo Hijo: *veni ut vitam habeant, et abundantius habeant*: he venido para que tengan la vida, y la tengan abundantemente; esto es, lo mas felizmente posible. Con razon la Iglesia Santa la llama nuestra vida.

Maria puede dar salud al enfermo, *salus infirmorum*: puede consolar al afligido, *consolatrix afflictorum*: Maria puede darnos la mano en las luchas espirituales, hasta vencer á las pasiones, al mundo y al demonio, *auxilium christianorum*: puede defendernos de los castigos del Señor, y ayudarnos á satisfacer á la divina justicia; segun que nos alcanza para ello, auxilios eficaces. *Refugium peccatorum*. Maria en fin, puede consolarnos en eualquiera circunstancia de la vida, y dulcificarnos esta *Vita nostra*.

Pero siendo María la remediadora universal de todos los males, y el acueducto perenne de todos los bienes; podíáenos preguntar: ¿cómo es que está el mundo lleno de enfermos sin alivio, de pobres sin socorro, de afligidos sin consuelo, de viudas desoladas, de huérfanos desvalidos, de jóvenes periclitantes, de justos que apenas pueden mantenerse en la gracia y de pecadores tardios para su conversion? La respuesta es muy sencilla, héla aquí: porque no todos recurren á María; y muchos de los que á ella se acogen, no lo hacen como deben, para hacerse dignos de su proteccion; porque aunque es verdad, que aun haciéndolo del modo debido, todavía habria males sobre la tierra, porque muchos son indispensables para nuestro verdadero bien; empero, esos males irian mezclados de consuelo, y los que no se necesitasen para nuestra justificacion, desaparecerian del todo.

Es muy natural preguntar ahora ¿cuál es el modo de recurrir á María? ¿cómo nos haremos dignos de que nos dispense sus favores? No de otra manera sino por medio de una verdadera devocion á esta gran Señora.

Véamos en que consiste esa devocion para que sea verdadera y fructuosa: Menchi D'

Aaville (1) dice, que tres sentimientos constituyen la esencia de la devocion á la Santísima Virgen, y son: sentimiento de respeto, sentimiento de confianza y sentimiento de amor. De manera, dice, que todo lo que no es estos sentimientos, todo lo que no proviene de ellos, todo lo que no se refiere á los mismos, debe mirarse como ageno de la verdadera devocion. El que falte, prosigue dicho autor, á uno de estos sentimientos, no se podrá decir que es verdadero devoto de María; el que tenga devocion verdadera se sentirá penetrado de admiracion en vista de las grandezas de María, de afecto, de confianza y de amor, á la misma Señora, de un ardiente deseo de consagrarse á su servicio y de merecer su proteccion. Hasta el pecador mas empedernido, concebirá la esperanza de su conversion por la intercesion de esta divina mediadora.

La misma razon natural nos convence de la verdad de lo expuesto por dicho autor piadoso; pues, es claro que en primer lugar debe animar á los devotos de la Santísima Virgen un gran respeto hácia Ella; así por su Santidad asombrosa, como por la predileccion que le dis-

[1] Anuario de María.

pensa el Altísimo; y sobre todo, por su incomparable dignidad de Madre de Dios.

La confianza, en segundo lugar, debe ser carácter de esta devoción; porque faltando dicha circunstancia, no agradaríamos á la Señora ni mereceríamos sus favores. Claro es que el desconfiado ni merece ni agrada, pues su misma desconfianza está reclamando ser desechado y desoido. Y ¿qué motivo podría alegarse para desconfiar de María? Para conseguir un favor ó estar seguro de la protección de una persona, no se necesita, respecto ella, sino que pueda y quiera favorecer ó proteger; es así, que la Santísima Virgen, puede, porque en sus manos están todos los bienes de su hijo Dios, y porque su ruego es omnipotente; y quiere, porque nos ama como tierna madre, que excede en amor y bondad á todas las madres del mundo; luego no hay motivo de desconfiar; y si desconfiamos, nuestra desconfianza será irracional é injusta, y quedaremos muy lejos de merecer el nombre de devotos de María.

En tercer lugar, nuestra devoción debe ir acompañada del amor. Esto es claro, y no necesita de pruebas ni de esplicaciones; solo daremos una vista á los motivos que deben arrastrarnos, por decirlo así, con una violencia casi irresistible; pero dulce, á amar á la Santísima

Virgen: es la mas hermosa de las criaturas; esta cualidad es para el corazón como el imán para el hierro; pero su hermosura no es como las del mundo, efímeras y volubles, ni excita bajas pasiones; sino al contrario, es una hermosura angelical, permanente, inalterable, que inspira afectos y sentimientos dulcísimos y puros. María es Santa sobre todos los Santos, cuya cualidad atrae el corazón, porque este ha sido formado para amar el bien, y cuando no hay ilusiones y el bien se le presenta tal cual es, le es muy natural amarlo. San Bernardo llama á María, *raptrix corda*; esto es, que arrebató á los corazones. Si no la aman muchas almas es porque no la contemplan.

Otra razón quiero añadir sobre nuestro asunto, y consiste en manifestar que María es digna de nuestro amor, porque es nuestra Madre: la naturaleza, el corazón, la razón, el sentido común y la ley divina, nos dicen que debemos amar á las personas que nos merecen el nombre de padres: las cuales son, no solo los que nos dió la naturaleza, sino también nuestros superiores y benefactores. ¿Cuanto, pues, estaremos obligados á amar á la Santísima Virgen, que es nuestra superior, benefactora y verdadera Madre?

Que María ha hecho por nosotros los oficios

de madre, es clarísimo: desde su concepción inmaculada, comenzó á procurarnos la vida, y continuó desempeñando maternas funciones, respecto de nosotros, hasta la cima del Calvario, en donde no las dejó: sino que las tomó con mas empeño, cuando su Santísimo hijo señalando á San Juan, y en él á cada uno de nosotros, le dijo: *Ecce filium tuum.*

Nadie es capaz de enumerar los favores que María ha dispensado á las almas; quien quiera ver algunos, lea la preciosa obrita de Dolz de Castellar intitulada: "Finezas de Maria" que son tantas las que refiere este autor, como dias tiene el año; siendo empero una pequeñísima parte de los que ha dispensado, dispensa y dispensará á los que la invocan.

Cuando he dicho que el principal motivo que tenemos para amar á la Santísima Virgen, es ser nuestra Madre, me viene á la memoria como mexicano, un recuerdo dulcísimo que llena de la mas suave alegría y hace dar latidos del mas puro gozo á mi corazón. Ese recuerdo es de aquella singular fineza de Maria, para con los felices mexicanos: corria el año de 1531, y llegó el memorable día doce de Diciembre; en que el Señor Dios de las naciones, queria distinguir sobre todas á nuestra cara patria concediéndole un gran favor que sobrepuja á todos los bienes de la naturaleza con que la ha enri-

quecido; favor que hizo exclamar al eximio Benedito XIV: *non fecit taliter omni nationi.* (1) Ese favor del Señor consistió en disponer que su Santísima Madre viniera personalmente á visitarnos. En efecto, la Santísima Virgen dejando el trono de su gloria bajo presurosa á visitarnos; con mas cariño y ternura que á su prima Santa Isabel en la montaña de Hebron. (2)

Sobre una blanca nube, en la cima del venturoso Tepeyac, se presenta al dichoso Juan Diego, y le da á él, y en él á todos nosotros el dulce titulo; no ya de hijo, sino de jcoyolt que en idioma mexicano quiere decir hijito, ó hijo el mas pequeño; y por lo mismo el mas querido: le dice que quiere ser tierna madre de los mexicanos y que desea se le construya un templo, desde donde se mostraria madre amorosa de cuantos solicitaran sus favores y amparo.

Si, Maria nos visitó y nos dejó su imágen, é hizo aparecer olorosas flores, como para darnos á entender lo bello de las gracias que queria dispensarnos. Podemos decir los mexicanos aquellas palabras del Espíritu Divino: han aparecido bellas flores en nuestro suelo, y se ha oido oír la voz de la paloma *flores apparuerunt in terra nostra et vox turturis audita est.* (3)

(1) Salm. 147. v. 9.

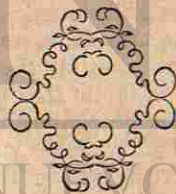
(2) Luc. c. 1.

(3) Cat. c. 2.

¡Cuanto deberá ser nuestro reconocimiento para con tan dulce madre, siendo que nos ha distinguido en su cariño maternal! Si, á pesar de nuestro demérito, los mexicanos podemos gloriarnos de que somos hijos de la Santísima Virgen: é hijos muy queridos. Si padecemos calamidades, si desde nuestra independencia sufrimos el azote de la guerra intestina; es debido á nuestra ingrátitud, al olvido en que hemos dejado la devoción de nuestra madre; pero ¡ah! que no obstante esto, Ella no ha dejado de dispensarnos su proteccion; tal vez ya hubiéramos sido víctimas de la justicia divina, tal vez ya hubiéramos desaparecido del catálogo de las naciones, si no hubiera moderado los castigos que justamente hemos merecido. No olvidemos que somos hijos muy amados de *Maria*, no olvidemos el sublime milagro de la aparicion Guadalupeana; él es indudable, es auténtico, no teme el exámen de la mas severa critica y está aprobado por la silla Apostólica. Si sobre este recuerdo procuramos portarnos como hijos de *Maria*, amándola, sirviéndola y obsequiándola como á madre, ella traerá á nuestro suelo la paz y la felicidad, y llegará México al rango de nacion verdaderamente ilustre.

Purísima *María*, criatura la mas hermosa, la mas Santa, la mas rica de gracias, la mas

misericordiosa, la mas amable, la mas poderosa y la mas grande; depositaria de los tesoros del Altísimo, nuestra medianera, nuestra abogada, nuestra paz, nuestra alegria y nuestra buena madre: haznos merecedores de tus cariños, protege á la Iglesia y al Estado, da incremento á las ciencias y á las artes, bendice á la minería, fertiliza nuestros campos, purifica la atmósfera, danos la paz; y sobre todo, haz que nos mostremos tus hijos para que tu te muestres nuestra madre; sepa el mundo que una nacion protegida por ti y que se hace digna de tus favores, caminará feliz, mas que el pueblo de Israel, por el vasto desierto de esta vida, hasta llegar á la tierra de promision, la gloria.



MEDITACION DECIMA.

Y EN LA HORA DE NUESTRA
MUERTE.

PROTECCION DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Si la Santísima Virgen está pronta á favorecernos en tiempo de nuestra vida, no lo está menos para la hora de nuestra muerte; porque entonces, siendo mayor la necesidad, se inclina mas su bondadoso corazón á socorrernos.

La hora de la muerte es espantosa, y sin duda la necesidad mas apremiante en que podemos vernos. Consideremos la triste situación de un moribundo: puesto en el lecho del dolor, traspasado su cuerpo con los rigores de la enfermedad, perdidas las fuerzas, difícil la respiración y anegado en una congoja inspliable: su mente turbada, la memoria traéndole muy tristes recuerdos de las culpas cometidas, de los beneficios de Dios despreciados, de la tibieza, del tiempo perdido, de las ocasiones que tuvo de adquirir méritos y que no se aprovecharon, por emplearse en las consecuciones de bienes temporales.

Ademas, el conocimiento de la vanidad de todas las cosas de la tierra, el desengaño con que entonces se mira todo, el dolor de dejar á

los deudos, el temor de comparecer ante el severo tribunal del Señor; y lo que es mas, las terribles tentaciones que en aquella hora combaten; pues convencidos los demonios que resta poco tiempo, no perdonarán medio para combatir el alma con los mas terribles ataques; ademas de esto, es muy triste, pero cierto, que en aquella hora es difícil recibir los Santos Sacramentos con las disposiciones debidas; así por la turbación del espíritu como por los dolores de la enfermedad. Dice San Agustín, que la penitencia del enfermo es enferma.

Los Santos mismos han tenido gran temor á la hora de la muerte; y la consideración de ella ha bastado para llevar á muchos al silencio de los claustros y á la lúgubre soledad de los desiertos, en donde han abrazado una vida llena de abnegaciones y un orar sin intermisión; y no obstante esto, llegada aquella hora se estremecían llenos de temores.

De San Hilarion se refiere, que estando para morir, poseído de pavor indefinible decia á su alma: alma mia, ¿qué temes? ¿hace sesenta años que sirves al Señor, y todavia temes la muerte? Y entendamos que éste gran Santo es un asombro de penitencia, resplandeció en todas las virtudes, como muy digno ejemplo de

la vida monástica.

De San Andres Avelino se lee, que poco antes de morir comenzó repentinamente, á tener una fuerte convulsion; pero de tal modo, que daba repetidos golpes con la cabeza en la pared, poniéndose su semblante denegrido y deforme. Los que rodeaban su lecho estaban atónitos, no pudiendo comprehender como la muerte de un Santo estuviere marcada con signos de desesperacion. Desapareciendo la convulsion, el semblante volvió á su aspecto y color natural; el Santo, entonces, dando una mirada pacífica á los circunstantes, les dice: hermanos dejad ese estupor, no os confundais con lo que habeis observado, esa convulsion, ese demudarse mi rostro, no ha sido efecto de otra causa; sino de la agitacion que mi espíritu sufría al luchar con una legion infernal, compuesta de diez mil demonios que, por permission divina vinieron en esta hora á darme el último ataque; pero por la misericordia de Dios he triunfado, solo me resta cantar eternamente la victoria en la mansion de la paz. Concluida esta locucion entregó tranquilamente su espíritu en manos del Señor. Ved, pues, lo que es la muerte, y porqué la han temido los Santos; pero, qué digo los Santos, aun el Santo de los Santos, Jesucristo nuestra vida,

tuvo temor á la muerte; porque ese trance es naturalmente temible. Así lo manifestó su Magestad, cuando lleno de angustia en el huerto decia: Padre mio, si es posible, pase de mi este cáliz.

El Padre Nieremberg (1) al hablar de ese triste trance parece que no acierta á explicarlo, y prorrumpe en exclamaciones; con lo cual dice mas, que con análisis y explicaciones. ¡Oh tremendo punto, dice, que es el fin del tiempo y principio de la eternidad! ¡Oh espantoso instante, en el que se cierra el plazo de la vida y se determina la suerte perdurable de la salvacion! ¡Oh momento del cual depende la eternidad, y como debias estar ahora con provecho en nuestra memoria, para no estarlo despues con nuestro arrepentimiento, sin utilidad alguna! ¡Oh momento que no eres tiempo ni eternidad! ¡Cuántos no podrán en este instante acudir á los santos del cielo, ni á los sacerdotes de la tierra; porque ni aquellos rogaran ni estos podrán auxiliarlos; supuesto que dice el Apóstol San Juan, que á la presencia del Juez huirán los cielos y la tierra! ¡Oh, momento! ¡Oh, momento. . . .!

(1) Diferencia entre lo temporal y eterno.

Se dirá, tal vez, que no todos los moribundos experimentan los trabajos y aficciones que hemos dicho; podrá ser así, porque no hay regla sin exepcion; pero, ¿quién podrá asegurar que sea de los exep tuados? También podrá decirse que puede ser la venida de la muerte tan violenta, que no se sienta su terrible llegada; mas, pregunto, ¿qué no es temible esta muerte? ¿podremos asegurar que en este momento imprevisto estaremos dispuestos á pasar seguros al Tribunal de la justicia divina? Concluyamos por tanto, asentando absolutamente, que la muerte es temible, y que es la mayor necesidad en que podemos vernos; pero necesidad urgente, necesidad extrema.

Es claro, segun lo dicho, que necesitamos mucho de la proteccion de la Santisima Virgen en ese trance, siendo Ella el conducto por donde nos concede el Señor sus favores; así lo dice San Ligorio, asentando que ninguna gracia ni auxilio recibimos, sin que pase primero por las manos de María. Nuestra ruina será inevitable, si esta Señora no nos asiste en la muerte: sin su auxilio seremos semejantes, en aquella hora, á un caminante indefenso en manos de salteadores: á una oveja aislada en una montaña, guarida de fieras carnívoras: á una paloma privada de las alas, en un bosque poblado de

halcones: á un soldado sin armas en la guerra: á una nave sin remo, sin timon y sin velas, abandonada al furor de las olas de un mar alborotado; en suma, pereceríamos irremediabilmente.

Mas será todo lo contrario si la Santisima Virgen nos asiste, si nos cubre con su manto, constituyéndose nuestra protectora; pero para esto es indispensable procurarnos y granjearnos con tiempo, esa proteccion y asistencia; porque si en la vida hemos visto con indiferencia la devocion de Maria, ¿con qué derecho le diremos en la muerte aquellas palabras que Judit, para vencer á Holofernes, decía al Señor: asísteme en esta hora? (1) Y lo que es peor, si nuestra vida ha sido un tejido de ingratitudes y pecados, ¿no podremos temer, y con razon, que el Señor en justo castigo nos prive del auxilio de Maria?

Hagamos pues, por merecer no ser abandonados de esa poderosissima Reina, dediquémonos á su devocion, á la imitacion de sus virtudes y á hacernos dignos del dulce nombre de hijos suyos; y entonces nada habrá que temer: será mas fácil que un amigo generoso abandone á su amigo en un peligro inminente: sera

(1) Jud. c. 13.

mas fácil, que un médico penetrado de sentimientos de humanidad, rehuse aplicar los auxilios de la medicina á un enfermo que los pide con lastimeros ayes: y será mas fácil en fin, que una madre deje á un hijo pequeñito abandonado en un sitio poblado de serpientes; si, todo esto seria mas fácil, que el que la Santísima Virgen nos negara su maternal proteccion en ese trance.

El autor de un precioso opúsculo, [1] probando que María es nuestra dulzura en la hora de la muerte, dice: considerad que no satisfecha la Soberana Emperatriz del cielo, de ser nuestra dulzura y contento en el tiempo de esta frágil vida, lo es tambien en la hora de la muerte. Reveló la misma gran Señora á Santa Brigida, que se hallaría presente en la muerte de todos aquellos, que le habian servido con fidelidad y constancia. *Adsum in morte eorum, qui mihi pié, sanctéque servierunt.* Y á la verdad, ¿cómo será posible que sea amarga la muerte de aquel que tiene á su lado esta dulce Madre? Si temes, oh alma, caer en el infer-

[1] Fineza de María ó la salve Regina.

no, deja ese temor porque María te librará de esa eterna desgracia: si te espanta la severidad del juicio, María con su proteccion te defenderá; si te tienta el demonio, María con su poder lo vencerá: si temes á Cristo airado, María con sus dulces palabras lo aplacará. San Juan de Dios por ser devoto de María, logró en su muerte la mayor dulzura y contento teniéndola á su lado enjugándole con sus sagradas manos el sudor de la agonía. S. Francisco de Regis murió con dulzura viendo á la Santísima Virgen que le ofrecia la gloria. Con lo dicho hasta aquí, parece no hay necesidad de mas; pero añadiremos otro poco para que con mas empeño nos procuremos grangear la proteccion de María para la hora de la muerte.

Figurémonos en aquella hora, molestados con los dolores de la enfermedad, ya sin aliento, experimentando la frialdad de la muerte y agitado nuestro espíritu de mil modos. Si está la Santísima Virgen en nuestra cabecera, si la vemos por especial favor, ó sentimos su presencia como Santa Teresa sentia la presencia de Dios; ¿qué tenemos que temer? al contrario, nacerá en nuestro corazon una confianza grande y una dulzura inexplicable: los dolores se mitigarán, y no nos causarán ansia ni desasosiego: si nos

combate el demonio no nos arredrarémos, porque nos cubrirá con su manto, estando tan cerca de nosotros. No nos asustará el juicio porque nuestra abogada es la madre del Juez divino, y nuestra alma es el objeto de su cuidado: El pesar de dejar á nuestros deudos, se trasformará en consuelo, porque quedan encomendados al amparo maternal de María: recibiremos bien los sacramentos, porque para éllo nos ayudará la distribuidora de las gracias del Redentor, y su Magestad tratará con cariño y llamará hermana al alma que ve tratada por su Santísima Madre, como hija. En una palabra: lo temible de la muerte se convertirá en envidiable, la tristeza en alegría, el temor en esperanza; el dolor en placer, el adusto semblante en sonrisa infantil, la amargura en dulzura, las lágrimas no serán las de fuego que arranca el padecer; sino las de rocío que hace verter la aurora del gozar; y por último, serémos trasladados á la gloria.

Purísima María: el trance de mi muerte ha de llegar sin remedio, y mi alma tendrá que apurar hasta las heces su amargo cáliz, desde ahora te invoco para necesidad tan estrema, preparame con tus auxilios, presérvame de la culpa, lléname de tu amor, dame que sea tu devoto; y llegada la hora de espirar, asisteme

si es posible visiblemente; mi muerte será tan dulce como el sueño de un infante en el regazo de la madre; sueño del que despertaré luego, en la mansion del justo, donde publicaré las glorias del Señor y las tuyas eternamente.



CONCLUSION.

Hé aquí, lector amado, concluida la obrita que en honor del Señor, para gloria de la Santísima Virgen y para utilidad de las almas, he escrito. Si no teneis obras mejores á la mano, como las Glorias de Maria, el Anuario de Maria, la Imitación de Maria, el Año Virgineo ú otras, procura leer repetidas veces este librito, que aunque pequeño y mal formado te servirá mucho: ó para que te hagas devoto de la Santísima Virgen si no lo eres, ó para que te enciendas mas en su devocion. El contiene, como habeis visto, la explicacion de la oracion

combate el demonio no nos arredrarémos, porque nos cubrirá con su manto, estando tan cerca de nosotros. No nos asustará el juicio porque nuestra abogada es la madre del Juez divino, y nuestra alma es el objeto de su cuidado: El pesar de dejar á nuestros deudos, se trasformará en consuelo, porque quedan encomendados al amparo maternal de María: recibiremos bien los sacramentos, porque para éllo nos ayudará la distribuidora de las gracias del Redentor, y su Magestad tratará con cariño y llamará hermana al alma que ve tratada por su Santísima Madre, como hija. En una palabra: lo temible de la muerte se convertirá en envidiable, la tristeza en alegría, el temor en esperanza; el dolor en placer, el adusto semblante en sonrisa infantil, la amargura en dulzura, las lágrimas no serán las de fuego que arranca el padecer; sino las de rocío que hace verter la aurora del gozar; y por último, serémos trasladados á la gloria.

Purísima María: el trance de mi muerte ha de llegar sin remedio, y mi alma tendrá que apurar hasta las heces su amargo cáliz, desde ahora te invoco para necesidad tan extrema, preparame con tus auxilios, presérvame de la culpa, lléname de tu amor, dame que sea tu devoto; y llegada la hora de espirar, asisteme

si es posible visiblemente; mi muerte será tan dulce como el sueño de un infante en el regazo de la madre; sueño del que despertaré luego, en la mansion del justo, donde publicaré las glorias del Señor y las tuyas eternamente.



CONCLUSION.

Hé aquí, lector amado, concluida la obrita que en honor del Señor, para gloria de la Santísima Virgen y para utilidad de las almas, he escrito. Si no teneis obras mejores á la mano, como las Glorias de Maria, el Anuario de Maria, la Imitación de Maria, el Año Virgineo ú otras, procura leer repetidas veces este librito, que aunque pequeño y mal formado te servirá mucho: ó para que te hagas devoto de la Santísima Virgen si no lo eres, ó para que te enciendas mas en su devocion. El contiene, como habeis visto, la explicacion de la oracion

dulcísima del Ave María, habla al mismo tiempo del dominio universal de esta Señora, de su santidad, de su hermosura, de su riqueza de gracias, de su excelencia como madre de Dios, de su patrocinio, de su poder, de su misericordia, de lo eficaz de su proteccion en la vida y en la muerte, y de la utilidad de su devocion: toca tambien los principales títulos de la Santísima Señora, y como por accidente ó concomitancia toca reflexiones sobre la muerte, sobre la gravedad del pecado, sobre el infierno; y ademas, otros pensamientos saludables; todo lo cual podrá servir para mantener el fuego de la caridad y hacernos devotos de la Santísima Virgen.

Este es el fruto que yo quisiera que sacáramos todos de esta obrita. Si procuramos ser devotos de esta amorosa madre seremos felices, en la vida, en la muerte y en la eternidad. Sirrámosle fielmente, imitando su humildad, su obediencia, su pobreza, su oracion, su pureza, su caridad y todas sus virtudes. Procuremos estender su devocion, principalmente los que somos sacerdotes, pues así serviremos á esta Señora y ganaremos almas para Dios. Se refiere de un párroco que con pocos sermones de la devocion de la Santísima Virgen hizo mas fruto que con muchos de otras materias. La

misma Santísima Señora nos promete, que si le servimos y publicamos sus glorias, no caeremos en culpa y obtendremos la vida eterna: *qui operantur in me non peccabunt, qui elucidant me vitam eternam habebunt.* (1)

Obsequemos cariñosos todos los días de nuestra vida á la Santísima Virgen: rezándole sus tres Ave Marias, al toque del alba, del medio día, y de las oraciones de la noche, por las cuales ha prometido grandes favores, como se refiere fueron revelados al R. P. Fr. Antonio Limas: recémosle su rosario diariamente, devocion que la misma Señora enseñó al gran padre Santo Domingo de Guzman, la que le es muy agradable y muy fructuosa á nuestras almas: obsequiémosla los sábados oyendo misa ó diciéndola los que somos sacerdotes: ayunémosle en ese día ó hagamos en su honor algun otro ejercicio de mortificacion: celebremos sus festividades con sus novenas y con la recepcion de los Santos Sacramentos de la penitencia y la comunión: cantemos sus alabanzas, porque en esto imitamos á los ángeles y santos del cielo y á los justos de la tierra, invoquemos su nombre en nuestros trabajos, tentaciones, y toda clase de sucesos favorables ó adversos: pensemos en E-

(1) Eccli 24. 30 et 31.

lla sin cesar, y aun sea algunas veces el objeto de nuestras conversaciones. Si no podemos practicar lo dicho, hagamos siquiera lo que nos sea posible.

No nos avergoncemos de portarnos amantes fervorosos de Maria, no creamos á los mundanos que tienen esto por locura, sin acordarse que los mas grandes hombres que ha tenido el mundo, han sido devotos de la Santisima Virgen; como muchos escritores, Padres y Doctores de la Iglesia, Reyes poderosos de Francia, de España y de otros paises, el elocuente Chateaubriand, el profundo filósofo Descartes y otros.

Amemos á esta tierna y amorosa madre, despues de Dios sobre todas las cosas y con cuanto amor quepa en nuestros corazones: amémosla como nos dice Menchi de Arville, como San Estanislao de Koscka que no podia hablar de este amor, sin que los ardores del fuego que abrazaba su corazon se comunicara á sus oyentes, que andaba solícito buscando nuevos nombres para invocarla, que le dirigia familiares conversaciones, y que preguntándole por que la amaba tanto, porque es mi madre, dijo, y no puedo decir mas. Amémosla como el venerable Herman, que la llamaba esposa de su amor; amémosla como San Buenaventura, que la llamaba

su corazon y su alma: amémosla como San Bernardo, que le decia lleno de amor: vos me habeis arrebatado el corazon: amémosla como San Bernardino de Sena que iba á visitar á su imagen con frecuencia y decia: voy á ver á mi amada: amémosla como San Luis Gonzaga, cuyo corazon palpitaba al oír pronunciar su dulce nombre: amémosla como San Francisco Solano, que enagenado de amor, tomaba un instrumento músico y le cantaba dulces canciones. Amémosla repito, despues del Señor sobre todas las cosas y con cuanto amor quepa en nuestro corazon, porque es nuestra vida, porque es nuestra esperanza, porque es nuestra alegría, porque es nuestra abogada, porque es nuestra madre y nuestro todo despues de Dios.

Dios mio: ya que nos diste una madre tan digna de ser amada, dadnos tambien que seamos sus devotos y nos encendamos en su amor para que seamos dignos del tuyo, proteje esta obrita y graba las glorias que contiene de su Santisima Madre en la memoria, entendimiento y corazon de todos. Yo te doy, Dios y Señor mio, las más rendidas gracias porque criaste á esa agraciada criatura, porque la preservaste de la culpa en su concepcion sagrada, porque la hiciste tu casa y tabernáculo. *Domine dilexi Decorem Domus tue*

et locum habitatinis gloriae tuae. (1) Yo Señor, he amado ese templo de tu divinidad, ese lugar de tu habitacion, y he deseado su decoro. Concédenos habitar en él, pues preferimos esto á todas las grandezas del mundo: *elige abjectus esse in domo Dei mei; magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.* (2) Dadme que venga á mi tu reino y hasme salvo, porque soy tu pequenuelo é hijo de tu excelsa esclava: *Da imperium tuum puero tuo et salvum fac filium ancilla tuae.* [3]

Dulcísima María: he cantado con mi ronca y desafinada voz, algo de tus glorias, recibe mi canto, aunque precario, en prueba de lo mucho que te quiero. Si merece recompensa, sea la de que me enciendas mas y mas en tu amor, y lo mismo te pido para las demas almas. Has tambien que se aumente la gloria del Señor; y que brille en los cielos, en la tierra y hasta en los infiernos la grandeza de su nombre, porque te hizo tan pura, tan bella y Santa.

Dulcísima madre mia; bendice esta obría que desde ahora y para siempre es tuya; y yo, Señora y madre mia, el autor de ella, me entrego todo en tus manos. No permitas que mi-

[1] Psalm. 25.

[2] Psalm. 83.

[3] Psalm. 85.

tras publico tu devocion, sea el mas tibio de tus devotos, Adios querida de mi vida, mi encanto, mi delicia, mi amor y mi madre, hasta verte en la gloria y cantar por toda la eternidad que eres Santa, Santa, Santa.



INDICE.

	Págs.
Prólogo	3
Invocacion.....	6
Dedicatoria.....	8
Meditacion primera.—Dios te salve María.—Domi- nio universal de la Santí- sima Vírgen.....	10
Meditacion segunda.—Lle- na eres de gracia.—San- tidad de la Santísima Vírgen.....	21
Meditacion tercera.—El Se- ñor es contigo.—Riqueza de gracia de la Santísima Vírgen.....	33
Meditacion cuarta.—Ben- dita eres entre las muje- res.—Hermosura de la	

II.

Santísima Vírgen.....	42
Meditacion Quinta.—Bendi- to el fruto de tu vientre, Jesus.—Exelencia de la Santísima Vírgen como Madre de Dios.....	56
Meditacion sesta.—Santa María.—Patrocinio de la Santísima Vírgen.....	68
Meditacion sétima.—Madre de Dios.—Poder de la San- tísima Vírgen.....	76
Meditacion octava.—Ruega por nosotros pecadores.— Misericordia de la Santísi- ma Vírgen.....	86
Meditacion novena.—Aho- ra.—Proteccion de la San- tísima Virgen en la vida..	99
Meditacion décima.—Y en	

III.

la hora de nuestra muerte.

—Proteccion de la Santísima Virgen en la muerte. 110

Conclusion..... 119



formada razón

EL

5

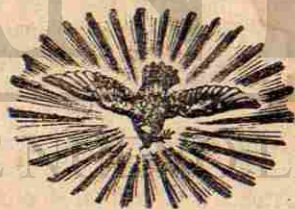
SANTISIMO ROSARIO

Ó UNA OFRENDA

A LA MADRE DE DIOS,

POR

IGNACIO DIAZ.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GUADALAJARA.

Tip. de Ancira y Hno — Santo Domingo, núm. 13.

1885.

III.

la hora de nuestra muerte.

—Proteccion de la Santísima Virgen en la muerte. 110

Conclusion..... 119



formada razón

EL

5

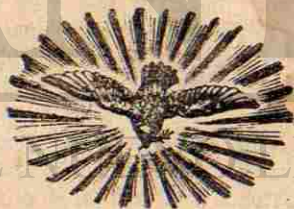
SANTISIMO ROSARIO

Ó UNA OFRENDA

A LA MADRE DE DIOS,

POR

IGNACIO DIAZ.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GUADALAJARA.

Tip. de Ancira y Hno — Santo Domingo, núm. 13.

1885.

ROSARIO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

PARTE PRIMERA.

INSTRUCCION SOBRE EL ROSARIO.

Cap. I.—Origen del Rosario.

1. No falta quien diga que el Rosario tuvo su origen en el siglo primero, y que desde entonces hasta nuestros días ha sido practicado en la Iglesia.
2. Con certidumbre se sabe que al menos en su forma actual, segun que á la recitacion de las oraciones añade la contemplacion de los misterios, reconoce por su fundador y propagador providencial á Santo Domingo de Guzman, esclarecido Patriarca de la Orden de Predicadores.
3. Instituyó pues esta devocion, uno de los Santos mas grandes que ha tenido la Iglesia de Dios; y de tal manera la estableció, que durante su vida por sí mismo, y despues de su muerte, mediante su benemérita Orden, ha cuidado siempre de su conservacion y su adelanto.
4. La institucion del Rosario fué inspirada por la Santísima Virgen con el fin de aplacar la Justicia Divina, irritada por el atrevimiento de los herejes y la corrupcion de las costumbres.
5. La velocidad con que se propagó en todo el mundo, su perpetua duracion y maravillosos efectos, son prueba incontestable de su providencial institucion.

Cap. II.—Lo que es el Rosario.

1. Consta de la Salutacion Angélica repetida ciento cin-

cuenta veces, por secciones de á diez, que comienzan por *Gloria Patri etc.* y la Oracion dominical.

2. Cada una de estas secciones recibe el nombre de misterio, por estarle unida la consideracion de alguno de los principales sucesos de Nuestro Señor Jesucristo ó de la Santísima Virgen.

Estos sucesos son: la Encarnacion del Verbo, la Visitacion de la Santísima Virgen á Santa Isabel etc., como se explicará en la 2.ª parte.

3. Como estos sucesos están escogidos de distintas épocas de la vida de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen, tienen distintos caracteres; por lo que juntos los de cada época, forman las partes del Rosario que son tres, comprendiendo cinco misterios cada una.

4. Oración perfectísima, el Rosario tiene todos los caracteres de los tiempos de fe: espíritu profundamente religioso, caridad y entusiasmo.

5. Oración de todo el hombre, necesita la voz, el pensamiento y el afecto. La voz, para recitar esas sencillas y profundas palabras de que se compone la Oración dominical y la Salutacion angélica; el pensamiento para meditarlas, y el afecto para sentirlos en el alma.

6. Como toda buena oración, se comienza por la presencia de Dios, por el conocimiento de la miseria humana y dolor de los pecados, y se acaba por esa serie de suspiros y aclamaciones con que en la Letanía piden fervorosos los cristianos, las oraciones de la Santísima Virgen. Entre aquel principio y este fin se encierran muchas gracias de parte de Dios, muchas adoraciones de parte del hombre.

7. El Rosario honra á Dios Nuestro Señor.

Nos acerca á su Divina Majestad, siempre dispuesto á concedernos audiencia como que desea remediar nuestros males, que tanto lastiman sus entrañas de Padre.

Sabe hacernos propicio á Dios justamente irritado.

Y porque así cumple á su grande eficacia, puede satisfacer á Dios, librándonos de la pena temporal, del fuego vengador del Purgatorio.

El Rosario es por lo mismo un sacrificio de alabanza.

Cap. III — Cuadro poético del Rosario.

La oración es la forma mas bella de la poesía cristiana.

Las figuras mas prominentes de la religion se nos presentan mas inspiradas, en las horas solemnes de su elevacion al Señor.

Moisés, Elías, la Santísima Virgen, Nuestro Señor Jesucristo..... todos oraron mucho, todos orando aparecen bajo una nueva é inspirada forma.

Nuestro Señor Jesucristo, confortado por el ángel.

La Santísima Virgen, Madre de Dios.

Elías, victorioso de los sacerdotes de Belo.

Moisés, con la luz en la frente y en las manos las Tablas de la Ley.

Y con razon, porque siendo como es, la oración, es la expresion del alma: tanto mas grande cuanto mas se acerca á la Divinidad.

La oración que no es poética, no es oración, ó es oración muy imperfecta.

Por esto el Rosario puede estudiarse bajo su aspecto poético: en sus tiernísimas relaciones con la sociedad, con la familia y con el individuo.

Los hombres prescindien lo de sus distintas condiciones sociales, suelen reunirse en la casa de Dios, para orar juntos ante una imágen de María.

Como hermanos, á los piés de la Madre comun ruegan los unos por los otros, con el mas vivo interés, con las instancias mas ardientes.

Piden la proteccion de María en aquel momento venturoso, que puede asegurarles la sempiterna dicha: la piden, la piden tambien para el momento de la muerte.

Cuántas veces, cristiano lector, has rogado que mueran bien tus amigos y tus enemigos!

Cuántos por tu oracion pública habrán muerto en la pesada carga del Señor!

O el Rosario es una locura, ó muchos santos han entrado en ella para ir él á la gloria!

II

En el hogar doméstico donde el padre de familia, es á la vez el Rey y el Sacerdote, el Rosario presenta todos los caracteres de un culto privado y tiernamente poético.

Junto á su tierna esposa, rodeado de sus pequeños hijos y fieles servidores, el virtuoso padre de familia, juntas las manos sobre el pecho, bendice á la simpática Madre de Jesus, que generó á la familia.

Allí dá gracias porque de tirano lo convirtió en padre, y le permite á él gustar las inefables dulzuras de la paternidad, lo que le acreedor á la veneracion de sus amables súbditos.

La madre reconoce á Maria como el origen de su libertad, y como á la mujer tipo que la restituyó á su dignidad primitiva, como compañera del Rey de la tierra.

El hijo ve á la Mujer bendita, por quien además de la gracia de Dios, tiene en la tierra madre en vez de dueño.

¡Y la familia pobre!

Iluminada por la doble luz de la pobreza y la oracion, el alma sentimental aparece delante de la imagen de Maria!

Un sediento en la fuente cristalina, un moribundo cerca de la salud, son muy poco para significar á la familia pobre que rezando paga á Maria la deuda de su amor y su gratitud.

No se arrodillará inútilmente: su oracion penetrará hasta el cielo, para bajar despues como la lluvia.

La familia rezando paga á Maria la deuda de su amor y su gratitud.

Desdichada, si rehusa pagarla!

III

El individuo tambien reza.

Necesita comunicarse con el mundo sobrenatural.

Todos los ocultos pesares que corroen sus entrañas, todas las incertidumbres en que fluctúa, toda esa atmósfera de infelicidad que lo circunda, lo hacen buscar consuelo en otro mundo sin pesares, sin incertidumbre ni infelicidad.

Necesita palabras inmortales: sentimientos del cielo!

Y este mundo, siquiera sea grande, es muy mezquino para recibir esas palabras y causar esos inefables sentimientos.

Allí empero, delante de Maria, puede aliviar su alma de la pesada carga que lo oprime.

Allí brilla la luz que desvanecer puede sus incertidumbres.

Allí resuena la voz dulcísima que haciéndolos felices, hace escuchar á sus devotos la Virgen Santa del Rosario.

Feliz quien lo rezare!

Cap. IV—Efectos del Rosario.

1. El fin de la oracion es que nos oiga Dios Nuestro Señor.

2. De que nos oiga se sigue que nos conceda lo que le pedimos, porque dice San Bernardo que: «Dios no desprecia nuestras oraciones; que nos concede siempre lo que le pedimos ó algo mejor.»

3. Y esto es tan grande que no debe medirse por nuestros merecimientos, sino por la grandeza suya: «Dios, dice Santa Teresa, dá como quien es.»

4. El Rosario quita el afecto al pecado y el pecado mismo.

«*Pedid y recibireis*, dice Nuestro Señor Jesucristo. Y Santa Teresa afirma, que en una alma no pueden juntarse la oracion y el pecado; que se deja el pecado ó se deja la oracion. De donde puede inferirse que quien reza el Rosario, si es pecador, empieza á dejar de serlo; quien conserva este uso tiene un antidoto contra el pecado, y quien lo pierde, ya se entregó al pecado ó está en peligro de entregarse.»

5. Tambien inflama y enternece el alma. *Haced muchos actos de amor*, dice Santa Teresa, *porque inflaman y enternecen el alma*. El Rosario es una serie progresiva de actos de amor. Como la vida de la Santísima Virgen fué un acto de amor que se empezó en la tierra y se perfeccionó en el cielo, la

consideracion de ella es gérmen fecundísimo de actos de amor.

Quien reza el Rosario, si tiene la caridad, la aumenta; sino la tiene, la adquiere bien presto. Con razon dijo la Santísima Virgen al B. Alano: *«Cuando mi siervo Domingo predicó el Rosario, parecia que los hombres se trasformaban en ángeles.*

6. Sin esperanza no se ruega.

Aquel para quien el cielo es de bronce, no puede rezar; aquel que abusa de la Benignidad divina, para ofenderla, tampoco puede orar como se debe. El Rosario supone pues, y ejercita la esperanza. Contiene lo que sirve más para enseñarnos á esperar: la oracion dominical, en la cual Nuestro Señor Jesucristo puso lo que debiamos pedir, y por consiguiente lo que debiamos esperar, y la salutacion angélica, en la cual pedimos las oraciones de la Santísima Virgen para dos momentos decisivos, el presente y el de la muerte.

Quien reza el Rosario aprende á esperar.

7. Componiéndose el Rosario de palabras divinas y enseñanzas de la Iglesia, ejercita el Rosario la virtud de la fé.

El Cristianismo todo, se encuentra en el Rosario.

La Trinidad, la Encarnacion, la vida eterna: todo se medita en él. Con razon ha destruido tantas heregias! Con razon dice por él la Iglesia á la Santísima Virgen: *Gózate, Virgen Maria, tú sola mataste las heregias en todo el mundo.*

8. Todas las virtudes reciben del Rosario: todas le son daudoras, ó de su nacimiento, ó de su desarrollo ó de su conservacion. No solo porque el ejercicio de una virtud redunde en todas, sino porque en este de una manera especial se pide por las otras.

Capítulo V.—Continuacion del anterior.

1. Cuando una devocion es buena, suele ir acompañada de efectos sobrenaturales; suele, diga lo que quiera nuestro siglo preocupado, tener en su apoyo visiones y milagros.

2. Este carácter tiene el Rosario.

La Santísima Virgen se apareció á Santo Domingo, encargándole lo predicara: se apareció al Beato Alano, encargándole

su restauracion: se apareció en Lourdes (1) y entre sus dedos hacia pasar las cuentas de un hermosísimo Rosario, en el que sin duda contaba los que los fieles le dirigian, porque ella, es de nctarse, nada decia.

El siglo se reirá . . . pero qué importa?

El verdadero cristiano juzga muy dignas de Dios estas maravillas y hasta . . . se atreve á esperarlas.

3. Por el Rosario se han alcanzado dos victorias contra los mahometanos: ambas para la religion, para la civilizacion, para la humanidad; una en los dias de San Pio V. y otra en los del Sr. Clemente XIII.

Por el Rosario fué humillada la terrible heregia de los albigenses; y basta saber que Lutero, Calvino y otros reformadores, eran enemigos del Rosario, para entender que es el preservativo de la heregia, que amenaza y el remedio de la que ya ataca.

4. El Rosario reformó al mundo.

Capítulo VI.—Indulgencias.

1. En el capítulo anterior se estudiaron las gracias que inmediatamente otorga Dios Nuestro Señor al Rosario; en este van á estudiarse las que por medio de la Iglesia le concede.

2. Como en una obra mala por la que se fulmina excomunion, no es lo peor esta sino el pecado, así en la oracion enriquecida con indulgencias, no éstas sino la oracion es lo mejor.

3. Sin embargo, las indulgencias son muy apreciables. Cuando la Iglesia ve una devocion, proporcionada á Dios, al individuo y á la sociedad, abre para ella sus tesoros. Si Dios los abre allá en el cielo, justo, muy justo es que la Iglesia los abra en la tierra; que el cielo y la tierra estén en armonia.

Así la devocion extendida y confirmada redundará en bien de las almas que fervorosas la practiquen.

4. El Rosario es una de esas devociones: apenas se encon-

(1) Muy reciente y sabidísima

trará una que le exceda en gracias: la liberalidad de los Sumos Pontífices desplegó para ella su magnificencia portentosa.

Dos clases de indulgencias tiene concedidas: una para todos los fieles; otra para los que se asientan en la cofradía.

Para todos. 1.º Cien dias de indulgencia por cada Padre Nuestro y Ave María (Benito XIII); 2.º diez años y diez cuarentenas á los que contritos rezen juntos con otros una tercera parte del Rosario (Pío IX). 3.º indulgencia plenaria una vez al año, en el dia que se elija á los que rezen todos los dias una tercera parte del Rosario (Benito XIII). y 4.º á los que acostumbren rezarlo juntos, al menos tres veces á la semana, indulgencia plenaria, el último Domingo de cada mes, comulgando y visitando una iglesia ú oratorio y rogando segun la intencion de su Santidad (Pío IX). Debe saberse que para ganarlas es necesario meditar los misterios; pero segun una resolución del Sr. Benito XIII, no se les exige á los ineptos. Se necesita ademas Rosario bendito especialmente.

Para los cofrades.—Son muchísimas las indulgencias; pero no permite la extension de un opúsculo enumerarlas distintamente. Véase la cartilla de la cofradía.

Admírese en esto la sabiduría de la Iglesia, que con el incentivo de las indulgencias promueve la gloria de Dios y el bien de las almas: aquella, procurando 1.º que haya oraciones; 2.º que sean mas perfectas por exigir el estado de gracia: este, 1.º procurando se pida á Dios; 2.º se le pida muy bien, por el estado de gracia, y las demas condiciones que para ganar las indulgencias debe haber.

Si el hombre tiene mucho porque satisfacer, si en el dia de su muerte ha de desear haber satisfecho, si se le ha de pedir cuenta de las indulgencias que pudo ganar y por negligencia no ganó, es absolutamente necesario no menospreciarlas; pues dice Dios por Jeremías: «Malditos los que obran negligente- mente las obras del Señor.»

Capítulo VII.—Necesidad del Rosario.

1. No se trata de probar que es absolutamente necesario

para la felicidad temporal y eterna, de tal suerte que sin él, no se pudieran conseguir; sino moralmente, es decir, que sin él solo con grande dificultad pueden lograrse.

2. Es necesario, porque es el camino indicado por la Santísima Virgen, porque está aprobado por la Iglesia, porque lo han seguido muchos Santos.

3. Porque es una riquísima herencia que recibimos de nuestros mayores, para sacar de ella los tesoros inmensos que contiene.

4. Porque tenemos que legarla á las futuras generaciones, con mas el aumento de nuestro fervor.

5. Porque tenemos tantos enemigos y tan formidables, que si Dios, dice S. Juan Crisóstomo, *nos concediera verlos, su sola vista nos causaria la muerte.* Enemigos tan encarnizados, que en expresion del mismo Santo Padre, *si nosotros nos descuidamos en salvarnos, ellos no se descuidan en perdernos.* Y por lo mismo, ha mucho que hubiéramos perecido, si Dios no pusiera para salvarnos mayor cuidado que el demonio en perdernos: si la Santísima Virgen no hiciera con nosotros como Dios.

6. Es necesario, porque el Demonio ha infundido en el mundo el espíritu de irreligion. Porque es lujo carecer de piedad y echarla de despreocupado; y solo María Santísima que quebrantó la cabeza de la Serpiente, puede quebrantar la del mundo.

Porque se persigue la devocion; se echan abajo los templos del Señor, se disuelven las comunidades religiosas, se tiene odio á la Santísima Virgen y á nuestro Señor Jesucristo; y por lo mismo, ahora mas que nunca, es necesario que la Santísima Virgen nos diga como el Salvador: *Confíad que yo he venido al mundo.*

7. Es necesario porque la sensualidad carcome al individuo, á la familia y á la sociedad; y este Demonio, dice nuestro Señor Jesucristo, *no se arroja sino con mucha oracion y mucho ayuno.*

Porque hay lujo en el comer y en el vestir y en el emprender . . . y es preciso que reine en todo la moderacion.

8. Es necesario, porque hay muchas miserias.

Infelices que no tienen un mendrugo de pan.

Infelices que estan en la ignorancia y el error, sin que luzca para ellos la antorcha de la Fé.

Infelices que tienen carcomido el corazon por horribos y arraigados vicios, sin que experimenten el salvador impulso de la Penitencia.

Porque juntos los elementos de este mundo, arrojan la suma total de la miseria.

9. Es necesario, para honrar á la Santísima Virgen, por los que no la alaban, por los que la persiguen, por los que de ella han blasfemado.

10. Es necesario en fin, porque . . . tenemos mucho por que satisfacer, mucho tambien. . . . porque dar gracias.

11. Ni Dios, ni la Santísima Virgen, ni el Santo fundador del Rosario, ni las pasadas, ni las futuras generaciones nos excusarian, si no practicáramos la santa devocion del Rosario.

Dios nos echaria en cara el menosprecio de sus gracias; la Santísima Virgen, su poderosa proteccion tenida en poco; el Santo fundador del Rosario, el no habernos aprovechado de su institucion; nuestros padres, haber disipado nuestra herencia; nuestros descendientes, haberlos privado de la suya.

Cap. VIII.—Espíritu del Rosario.

1. Ninguna cosa se conoce bien mientras se ignora su espíritu.

2. Union con Dios y separacion del Demonio: hé aquí el Lema del Rosario, la expresion de su espíritu.

En las palabras, en los misterios, en la oracion entera, pensamos, queremos, hacemos lo que quiere Dios; union de pensamiento, de amor y de accion.

En las palabras, en los misterios, en la oracion entera, pensamos, queremos y hacemos lo que el Demonio no quiere: separacion de pensamiento, de amor y de afecto.

3. En la accion nos apartan de Dios la confianza en nuestras propias fuerzas, la desconfianza en la bondad divina y la

indiferencia: para unirnos á él nos hace el Rosario constante, fácil y aun dulce la esperanza, la desconfianza propia y el mas vivo entusiasmo.

4. La apariencia de mal en las cosas de Dios y la apariencia de bien en lo que Dios detesta, nos apartan de él en el afecto; para unirnos á él nos alcanza el Rosario la luz en la meditacion y la gracia de Dios en la oracion.

5. La inconsideracion, el descuido y el odio á las cosas de Dios, nos apartan de él en el pensamiento; para unirnos, el Rosario nos hace pensadores, atentos y apreciadores justos de las cosas de Dios.

6. La falta de conocimiento, la flaqueza humana y la tentacion, hacen que el hombre se una al Demonio en pensamiento, amor y accion: para separarnos de él, nos da el Rosario luz para conocer y gracia para suplir los defectos de la naturaleza y vencer además las tentaciones del Demonio.

7. Muy bueno es rezar el Rosario una y muchas veces; pero inmejorable rezarlo siempre fácil y santamente.

Cap. IX.—Vanas excusas de rezar el Rosario.

Tres clases de excusas se alegan para no practicar esta santa devocion: 1.ª las nacidas de ella misma; 2.ª del que la ha de practicar; 3.ª de los demás.

De ella misma

1. El Rosario es una oracion larga y monótona. ¿Cómo durante muchos años puede repetirse lo que la segunda vez cansa, por estar agotado?

Respuesta. Toda la dificultad nace de falta de conocimiento. Es falso que á la segunda vez cansen la Oracion Dominical y la Salutation Angélica, por estar agotadas. Bien se conoce que el que la propone, no sabe que los Doctores mas esclarecidos no

las pudieron agotar. Es falso que se agote la materia que para contemplar ofrecen los misterios.

2. Es vulgar; todos lo saben y todos lo repiten: el hombre se degrada rezándole, se iguala con el vulgo.

Respuesta. ¿Con que es vulgar la palabra de Dios? ¿Con que se degrada el que la repite? Para esto era necesario que lo grande á fuerza de ser conocido perdiera su grandeza; era necesario que dejara de ser indispensable. Como si el sol se vulgarizara, como si *el no vulgo* no necesitara de su influencia.

3. Ninguna ventaja se saca del Rosario. Los que lo rezan no remedian las necesidades de su alma, ni sus necesidades temporales.

Respuesta. Toda la dificultad nace de falta de esperanza. En primer lugar es falso que los que rezan bien no remedian las necesidades de su alma.

En cuanto á las temporales, es falso tambien que todo quede lo mismo.

Y en cuanto á los que rezan mal, como se nos trata de ellos, no hay para qué responderles.

II.

Del que la ha de practicar.

1. Es difícil saber como se reza; difícil saber las oraciones, y mas meditarlas.

Respuesta. No hay persona que no pueda saber las oraciones de que consta el Rosario: tiene tan pocas palabras que fácilmente se hallará quien no pueda aprenderlas: los niños, los jóvenes, los ancianos, los hombres, las mujeres, todos pueden aprenderlas.

Además, no se explica cómo un cristiano pueda alegar la ignorancia de estas oraciones.

En cuanto á los misterios, no son mas que quince, y todos fáciles de aprender en cuanto á la sustancia y muy dignos de que los aprenda un cristiano.

Pero demos gratuitamente que sea difícil saber cómo se reza,

¿no merecerá que vencamos esa dificultad? ¿no merecerán que nos tomemos ese trabajo las gracias que nos alcanza? Por aprender una ciencia, por adquirir un arte, por ganar un poco de dinero, se trabaja tanto; y ¿no se trabajará por aprender un modo de orar digno de Dios?

2. No es de todos los países, tiempos y personas. Está buena para los países poco civilizados, para los tiempos de ignorancia, para los religiosos, para el vulgo.

Respuesta. ¡Cuán ignorantes son los que proponen semejante dificultad! El Rosario es universal: las oraciones de que se compone son de todos los países católicos, de todos los siglos católicos, de todos los hombres católicos: los misterios que en él se consideran, tienen la misma universalidad.

Además, sepan los que la proponen que el Rosario es propio de los devotos de María, y, por consiguiente, de los que tienen una señal de predestinación. Desdichado el tiempo, el país, el individuo que se precie de tenerlo en poco: su pensamiento y el de Dios no están de acuerdo.

Por nuestra parte, quisiéramos que nuestro siglo tuviera la gloria de rezar el Rosario, aunque se oscurecieran otras muchas.

3. No hay tiempo para rezarlo.

Respuesta. ¿Quién es el hombre que no puede disponer de una media hora? Cuando tanto tiempo se desperdicia en diversiones y espectáculos, ¿podrá creerse que no hay tiempo para rezar media hora?

No ha habido personas mas ocupadas que los santos y pudieron orar. El Rosario puede rezarse en cualquier parte y á cualquier hora.

Suprimase alguna de las otras ocupaciones, déseles menos tiempo y habrá para el Rosario.

No: póngase la mano en la conciencia, y se verá, que no hay falta de tiempo, y si, triste es decirlo, falta de devoción.

De los demas.

Estos demas pueden ser hombres ó demonios.

1. La mordacidad de los que vean rezar.

Respuesta. Al que reza todos le harán justicia algun dia, hasta sus mismos murmuradores; porque los buenos se la harán siempre, y los malos se arrepentirán de ello, ó con arrepentimiento saludable, ó con un arrepentimiento inútil, pero siempre con arrepentimiento.

Esa murmuracion es injusta y por lo mismo vana y despreciable: el buen criterio la tendrá por nula.

Antes si bien se mira exige alabanza la buena obra.

2. Muchas gentes honradas y felices no rezan el Rosario: su ejemplo parece autorizar á no rezarlo.

Respuesta. Esas personas honradas y felices, no lo son porque no rezan, sino por otros motivos: las manchas no son la causa de que brille el sol.

Serian mas honradas y mas felices si rezaran, y no puede ponerse en duda, que no rezando se exponen á perder su felicidad y su honor. Su ejemplo nada prueba.

En contra está el ejemplo de mil y mil felices que rezan: el de mil y mil desgraciados que no rezan.

PARTE SEGUNDA.

MODO DE REZAR EL ROSARIO.

Cap. I.—Consideraciones generales sobre el Rosario.

1. Con relacion á Dios y á la Santísima Virgen deben sacarse del Rosario dos clases de afectos: de simpatia y de accion de gracias.

De simpatia, en cuanto que participamos de la gloria accidental, de la santa tranquilidad que tiene el Señor por el cumplimiento de su voluntad, y la Santísima Virgen por la bondad de Dios para con ella.

De accion de gracias, por haberle concedido Dios Nuestro Señor tan señaladas gracias; á la Santísima Virgen, por haberlas empleado y emplearlas aún en nuestro bien.

2. Se necesita pues penetrarse íntimamente de los misterios; se necesita verlos como los vé la Iglesia, como los vé María, como los vé Dios mismo.

3. Es necesario considerar la santa infancia, la niñez, la pasion y la vida gloriosa de Nuestro Señor Jesucristo, como los consideró El mismo con su bendita alma: es necesario entablar con El esa comunicacion íntima, por la cual nuestra alma se puede poner en su lugar, y pensar y querer y sentir como Nuestro Señor: en suma es necesario entrar en El.

Es necesario entrar en el corazon bendito de María para penetrar sus afectos, para que lata nuestro corazon á impulsos del suyo; para que nuestro pensamiento refleje el de Maria.

Es necesario que penetrándonos del espíritu de la Iglesia Católica séamos los mas fieles intérpretes de los pensamientos y los sentimientos de Jesus y de Maria.

4. Con relacion á nosotros, sentimientos de fé, de esperanza y de amor.

De los demas.

Estos demas pueden ser hombres ó demonios.

1. La mordacidad de los que vean rezar.

Respuesta. Al que reza todos le harán justicia algun dia, hasta sus mismos murmuradores; porque los buenos se la harán siempre, y los malos se arrepentirán de ello, ó con arrepentimiento saludable, ó con un arrepentimiento inútil, pero siempre con arrepentimiento.

Esa murmuracion es injusta y por lo mismo vana y despreciable: el buen criterio la tendrá por nula.

Antes si bien se mira exige alabanza la buena obra.

2. Muchas gentes honradas y felices no rezan el Rosario: su ejemplo parece autorizar á no rezarlo.

Respuesta. Esas personas honradas y felices, no lo son porque no rezan, sino por otros motivos: las manchas no son la causa de que brille el sol.

Serian mas honradas y mas felices si rezaran, y no puede ponerse en duda, que no rezando se exponen á perder su felicidad y su honor. Su ejemplo nada prueba.

En contra está el ejemplo de mil y mil felices que rezan: el de mil y mil desgraciados que no rezan.

PARTE SEGUNDA.

MODO DE REZAR EL ROSARIO.

Cap. I.—Consideraciones generales sobre el Rosario.

1. Con relacion á Dios y á la Santísima Virgen deben sacarse del Rosario dos clases de afectos: de simpatia y de accion de gracias.

De simpatia, en cuanto que participamos de la gloria accidental, de la santa tranquilidad que tiene el Señor por el cumplimiento de su voluntad, y la Santísima Virgen por la bondad de Dios para con ella.

De accion de gracias, por haberle concedido Dios Nuestro Señor tan señaladas gracias; á la Santísima Virgen, por haberlas empleado y emplearlas aún en nuestro bien.

2. Se necesita pues penetrarse íntimamente de los misterios; se necesita verlos como los vé la Iglesia, como los vé María, como los vé Dios mismo.

3. Es necesario considerar la santa infancia, la niñez, la pasion y la vida gloriosa de Nuestro Señor Jesucristo, como los consideró El mismo con su bendita alma: es necesario entablar con El esa comunicacion íntima, por la cual nuestra alma se puede poner en su lugar, y pensar y querer y sentir como Nuestro Señor: en suma es necesario entrar en El.

Es necesario entrar en el corazon bendito de María para penetrar sus afectos, para que lata nuestro corazon á impulsos del suyo; para que nuestro pensamiento refleje el de Maria.

Es necesario que penetrándonos del espíritu de la Iglesia Católica séamos los mas fieles intérpretes de los pensamientos y los sentimientos de Jesus y de Maria.

4. Con relacion á nosotros, sentimientos de fé, de esperanza y de amor.

Todos tienen lugar en la santa infancia y niñez del Salvador.
Todos contienen alguna felicidad de María.
Todos nos inducen á gozarnos con ella y á engrandecer á quien la hizo Bienaventurada.

PRIMER MISTERIO.—LA ENCARNACION.

I

¡Dios hacerse hombre!
¡El que la Soberanía, la Majestad, el Poder por excelencia tomase la forma de esclavo!

No estaba Dios contento con su Gloria? no le satisfacía la perfeccion infinita de su Esencia?

Iba en busca de luz El que es sabiduría, de poder El que poseía es virtud, de felicidad, El que es la bienaventuranza?

Iba en busca de desgracias que remediar; iba á hacer el gran Sacramento de piedad.

Iba á elevar la naturaleza entera, á glorificar al mundo.

Iban á resplandecer la Sabiduría de Dios que concibió el Misterio; la Bondad que quiso realizarlo; el Amor á quien se le atribuye.

¡Dios haciéndose hombre con verdadero cuerpo y verdadera alma; con todas las condiciones del hombre!

¡Pero qué hombre!
Santo con la gracia de la Union hipostática; Santo con la gracia mas perfecta; Santo con la santidad de los que ven Dios.

Hombre que no podía pecar; hombre que podía merecer infinitamente.

Hombre que podía redimir al mundo.
Hombre tan grande que no era menos que Dios,
Dios tan humilde que era un hombre.

II

El hombre exaltado hasta ser Dios!
El hombre que participa hasta de los elementos mas simples: que tiene una alma sujeta á la ignorancia y al error, una voluntad inclinada al mal, unas pasiones rebeldes, un cuerpo sujeto á las enfermedades y á la muerte.....

El hombre que se dejó engañar por el demonio: que se reveló en Adán, que fué homicida en Cain, sensual en los que la Escritura llama hijos de los hombres, idólatra en los israelitas que adoraron el becerro de oro, tirano en Faraon.....

El hombre que apetecía todos los deleites sensibles y odiaba todas las cosas del espíritu.

El hombre viciado y.....

Unirse tan estrechamente con Dios hasta tener Persona Divina.

¡Un Hombre Dios!
El escándalo de los judios; la locura de los gentiles, la fé de los cristianos.

III

¡Cuán grande aparece el hombre por la Encarnacion!
Una mujer llega á ser Madre de Dios; Madre verdadera, con todos los oficios y prerogativas de Madre.

Pues qué, ¿no mereceria el hombre arder para siempre en las vengadoras llamas del infierno?

¡No mereceria ser entregado á la universal execracion?
Cómo, pues, cómo quiso Dios exaltarlo?

¡El culpable engrandecido!
¡El condenado deificado!
¡Misterio incomprensible, amor adorable de Dios!
Dios amó al mundo hasta dar á su Unigénito,

Yo te adoro, Bondad infinita de Dios!

En la Encarnacion del Verbo, absorto miro que resplandeces mil veces mas que el sol de medio dia en un cielo sereno y apacible.

Dios humanado! que todas las generaciones te bendigan, mientras mi espiritu sumergido en tu contemplacion, gustando tus inefables dulzuras, vierte lágrimas de amor y felicidad.

María! tu grandeza incomparable aparece aqui como ella es. La humanidad te alaba, los Angeles te adoran, la virtud del Altísimo te hace sombra, llevas á Dios en tus entrañas.

Arrebatado de júbilo mi corazon se goza en tu felicidad, se abisma en tu grandeza.

Delante de Ti, despues de Jesucristo, toda grandeza es pequenez, toda felicidad nada si no se subordina á la tuya. Cuán grande es el Dios autor de tus magnificencias!

SEGUNDO MISTERIO. — DE LA VISITACION DE NUESTRA SEÑORA A SU PRIMA SANTA ISABEL.

I

Apenas concebido el Salvador, va á santificar al Bautista escogido para su Precursor.

Qué visita tan santa!

Inspirada por Dios, realizacion de una obra de grande caridad, seguida de la revelacion de Jesucristo y de la santidad de Juan.

Cuántos y cuán grandes prodigios!

Aquella grande alma del Bautista gemía bajo la tiranía de Satanás; las duras cadenas del pecado oprimian al futuro enemigo del demonio, al hombre tan parecido al Redentor, que fué necesario dijera no serlo: la santa visita de María, llevándole la libertad, hizo pedazos aquellas cadenas y enjugó aquellas lágrimas.

Jesucristo todavía en el vientre de su Madre bendita alcanzó esta gloriosa victoria.

El niño Juan saltó de júbilo, y el Espiritu Santo cantó por boca de María el himno inmortal de este triunfo.

II

María! tu felicidad hace felices á los que contigo tienen relacion. Tu santidad los santifica.

Con razon fuiste con presteza á la montaña: ibas á satisfacer la necesidad que tienes de hacer gracias: ibas á hacer participes de tu felicidad, á los que antes, compañeros tuyos, eran ya tus vasallos. Cuán felices en tenerte por Reina!

Isabel se considera indigna de que la visites: bien probó ser la madre de quien hablando de Jesus, dijo no ser digno de soltar la correa de su calzado.

Tú te consideraste indigna de que te visitaran los ángeles: Isabel, de que Tú, Reina de los ángeles, la honraras!

Y ¿quién te llevó si no el amor de Dios y el zelo de su gloria? ¿Cómo habias de sufrir que estuviera en pecado Juan, el niño concebido por merced divina y profetizado, el hombre de la austeridad, el Elías del Nuevo Testamento, el mas grande de cuántos se levantaron de los nacidos de mujer, el Precursor de Jesucristo?

Cómo! Juan estaba en pecado y ¿no irias á santificarlo? era infeliz, y pudiendo, ¿no le darias la dicha?

Mal te conoce, Virgen Santa, quien así lo suponga.

III

Dios, apenas concebido, trajo sobre ti la bendicion de todas las generaciones.

Si Isabel te alaba, es la Ley antigua que te reconoce y gozosa te rinde los homenajes de su sumision.

Esa santa mujer que alcanzó del Señor un hijo santo, con toda la amabilidad de su carácter, con todo el esplendor de una imaginacion formada por el antiguo culto de Judá, te saluda

entusiasta y se considera indigna de tu santa visita: el Espíritu de Dios sopla en sus lábios y te proclama Madre del Señor.

Después, las generaciones dirán lo mismo, con toda la fe y viva expresión del cristianismo.

Se cree indigna de tu visita la madre del Bautista: lo será mucho más cualquier otra persona, aun los sacerdotes y los reyes.

El corazón lo siente así.

Pero tú visitarás a la humanidad para que engrandezca a Dios y se humille como la grande é inmortal madre del Bautista, para que reconozca tu grandeza, tu felicidad incomparable, y para glorificar Tú misma a Dios.

Aquella visita fué la promesa de que a todos nos visitarías, de que no serías insensible a nuestras desgracias, de que anhelas nuestra dicha.

Feliz eres, Señora, porque puedes hacer feliz a quien quisieres.

IV

Así ama Dios, así bendice a sus dichosos hijos!

A la vista de tamaña beneficencia, el pensamiento se abisma, el corazón se siente enagenado de admiración.

¡Felices aquellos a quienes el Señor favorece con su santa visita!

¿Qué hubiera sido de Zacarías, de Isabel y de Juan, si María y Jesús no hubieran ido a visitarlos?

Solo Dios sabe!

Lo que podemos asegurar es, que, después de tamaña favor no hubieran trocado por mil mundos su felicidad.

Más tarde, el Señor llamará a las Pastores con inefable benevolencia, ahora va a buscar a Juan su bendito Precursor; ellos los llamará; a él va a buscarlo.

Así distingue Dios a sus santos.

Cuán bueno, cuán amable aparece el Señor!

No te olvides de su grande bondad; nunca, nunca la pierdas de vista.

TERCER MISTERIO.—EL NACIMIENTO DEL NIÑO DIOS EN EL PORTAL DE BELEN.

I

Llega por fin el tiempo de que naciendo aparezca en el mundo el Deseado de las naciones!

Sale una orden de César Augusto, para que en el lugar de sus mayores sean empadronados todos sus súbditos, y María, la Virgen, que en sus entrañas llevaba al Salvador, parte a Belén, Ciudad de David.

Ahí debía nacer el Mesías, según habían escrito los Profetas. No hallando albergue en la ciudad, María se retira a un humilde establo de las cercanías.

Ese era el lugar en que difundiría sus resplandores el Sol Divino; ese el Palacio, el trono del Príncipe de la Paz y Padre del Siglo futuro.

Ahí lo adorarian, conducidos por los nuncios del cielo, pastores sencillos y humildes, dignos hijos de Abraham, que más felices que su padre, vieron lo que él tanto deseaba.

Ahí los ángeles habían de pulsar sus arpas de oro, y entonar el himno inmortal de la gloria.

Ahí José y María la Reina de los ángeles, adorarian al recién nacido Rey de los judíos.

II

Belen fué, oh María! quien te vió primero perfecta Madre de Dios!

Ya no solo tuviste la inefable dicha de llevarlo en tu virginal seno, sino que nacido de tí misma, viste sus purísimos ojos brillar a los resplandores de aquella noche, a los resplandores de su Divinidad.

Y contemplaste su rostro divino é infantil!

Lo pusiste sobre tus rodillas, lo estrechaste junto a tu corazón!

El amor de Madre y el amor divino sumergieron tu alma en la felicidad, esa noche por siempre bendita.

Nunca habian tratado tan familiarmente Dios y la criatura.
Nunca habia la criatura servido tanto á Dios.
Nunca..... habia tenido tal felicidad.

III

¡Grandeza de Dios, yo te descubro, aunque encubierta en la forma de esclavo!

Reclinada en un rudo pesebre, apareces mas amable, mas humana que en los palacios de los reyes. Tan amable como en la Sion celestial.

La humilde adoracion de los pastores, es un tributo digno de la humanidad; el tributo del pueblo escogido.

María junto á Ti en el pesebre, contemplativa, absorta, es mas grande que nadie, mas dichosa que nadie.

IV

Yo no fui es verdad al glorioso Establo de Belen.

Yo no ví á los ángeles brillar esplendorosos en la oscuridad de la noche, ni escuché sus cantares del cielo.

No tuve la felicidad de sellar con mis labios los infantiles miembros del Niño Jesus.

¡Quién hubiera tenido tan indecible dicha!

No haber ido á Belen en esa noche, no haber adorado, al recién nacido Salvador, paréceme casi una fatal desgracia.

Pero ¡ah! soy muy feliz, demasiado feliz.....

Puedo pensar en mi recién nacido Salvador, cuantas veces quisiere, y El acepta lleno de bondad, mis santos pensamientos.

Puedo unir mi adoracion á la de los pastores, mis besos á sus besos, mis lágrimas de amor á las suyas, y todo lo recibe Jesus, y por todo me da su bendicion.

Mi dulce y recién nacido Salvador, gloria sea á Ti que apareciste entre los hombres; á Ti que naciste en un establo; á Ti que

me diste la paz y me llevaste á adorarte; á Ti que difundes en mi alma la santa alegría de tu nacimiento.

Mi Dios Niño, cuán feliz soy porque naciste!

María, Madre de Dios, yo te saludo; yo me complazco en tu felicidad!

Madre de Dios, tambien lo eres mia.

CUARTO MISTERIO.— LA PRESENTACION DEL NIÑO JESUS Y PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.

I

Lo que enjugaba las lágrimas de aquellos hijos de Judá, que con espada en mano para defenderse, restablecian los muros y el templo de Jerusalem, lo que á este habia de hacer mas glorioso que el de Salomon, trae á la memoria este misterio.

El Deseado de las naciones hizo brillar su gloria en el templo del verdadero Dios.

El Niño Jesus en su templo ofrecido por su divina Madre, José, Simeon, la profetiza Ana... ¡Cuántos personajes divinamente célebres reunidos en aquella mansion de la paz!

Jesus que habia alegrado á los pastores y al Bautista, hace ahora exclamar al anciano Simeon: «Ahora Señor, segun tu palabra, lleva á tu siervo en paz, porque vieron mis ojos á Dios mi Salvador!»

¡Qué suspiros tan tiernos por salir de este mundo! ¡Qué agradecimiento tan cumplido por semejante beneficio!

Estrecha junto á tu corazon ardiente á pesar de los años, á este Niño que tanto deseabas, Santo Anciano: mira el semblante de tu Dios: preséntalo ante el altar del Señor, seguro de que nadie en este Templo lo presentará así.

Despues de los Sacerdotes de la nueva Ley, nadie presentará ofrenda tan grande, tan agradable á Dios, tan digna de su Majestad.

Saluda entusiasta á tu Libertador!

Y tú, viuda octogenaria que en la casa del Señor has pasado tu vida, inmaculada por la oracion y los ayunos, mira cómo el

Señor extiende tus dias hasta que veas y reconozcas al Mesías prometido.

Felices años de penitencia y de oracion! qué recompensa os preparaba Dios!

II

Jesucristo ofrecido en el Templo de Jerusalem como los demás hombres, rescatado con una pobre ofrenda, es algo tan incommensurable, que para conocerlo es poco el entendimiento humano.

Jesus ante el altar, el Dios humanado en aras de la Divinidad!
¡Tú Señor, te humillaste hasta tomar la forma de esclavo, para elevarnos hasta dar á Dios un culto de infinito valor!

Estás ahora Niño, en el templo, Tú que un dia estarás en la Cruz.

III

Ninguna madre se ha presentado en el templo con ofrenda tan digna de Dios, como se presenta María.

Su corazon, que comprendia sin duda la grandeza de su oblation, latia á impulsos del entusiasmo, del amor de Dios, del agradecimiento, de todo aquello que Dios sabe inspirar á los corazones grandes, á los corazones santos, en los momentos sublimes de su mayor grandeza!

Era una hija predilecta que ofrecia á su Padre, con su mayor tesoro, su corazon inocente, su alma pura.

Era una Madre que ofrecia á Dios el fruto de su virginal vientre.

Una esposa que á Dios llevaba el perfume de sus castos amores.

Era María, la incomparable María, que sobrepuja á todas las heroínas, que vence á todas las grandezas, que es despues de Jesucristo, en el cielo y en la tierra, lo mas grande.

IV

Yo me trasporto á aquellos tiempos venturosos en que vino el Mesías; á aquellos lugares felicísimos que santificó con su presencia.

¡Cuán felices los que en ellos vivieron!

Bienaventurados los que presenciaron la humildad de Jesucristo ofrecido en el Templo; los que vieron la obediencia de María, que no necesitando purificacion, quiso cumplir la Ley.

¡Cuán inefable dicha siente mi alma, dulcísima María, al contemplar el misterio de la Presentacion de Jesucristo, y tu Purificacion santa!

La ley antigua era muy excelente pues Tú y Jesucristo la cumplieron.

¡Ojalá y nunca olvide las saludables impresiones que ahora me causa!

QUINTO MISTERIO.—DEL NIÑO PERDIDO Y HALLADO EN EL TEMPLO.

I

Han trascurrido doce años desde el Nacimiento de Jesus: ha ido creciendo en edad y en sabiduria, segun la expresion de S. Lucas.

¿Quién podrá contar las ocasiones que hasta su Padre ha elevado su bendita alma? ¿Quién, las admirables lecciones de celestial sabiduria que cual limpísima corriente fluían de su divina boca? ¿Quién los ejemplos sin cuento de su santidad?

La imaginacion se pierde, el pensamiento no alcanza á suponerlos.

¡Santa infancia de Jesus, yo te adoro ya que no puedo comprenderte!

Un dia, al volverse de Jerusalem, José y María por distintos caminos, dejan ahí á Jesus á quien consigo habian llevado á la solemnidad.

No lo extrañan, porque cada uno lo suponía con su santo consorte.

Pero encontrándose al fin, ¡oh sorpresa! echan menos al Niño Jesús.

¿Dónde se hallará la luz de su alma, el centro de su angustiado corazón?

Vuelven sobre sus pasos en busca del divino Niño y tres días se pasan sin poder encontrarlo.

Por último, en el templo, en medio de los Doctores, hablando con ellos, y confundiéndolos con su sabiduría, fué hallado por sus dolientes, afligidísimos padres.

Nadie puede imaginar los trasportes de júbilo de aquellos sensibles corazones.

Su gozo fué tan grande, como el piélago de su aflicción al perderlo.

II

El que había enseñado á los pastores judíos y á los grandes de Oriente en el humilde establo de Belén, enseña ahora á los Maestros de Israel.

El Escritor sagrado no nos dice las palabras del divino Niño; pero sin duda fueron como las demás suyas, sublimes y tiernas respirando la gloria de Dios y la felicidad del mundo.

¡Quien acto tan importante de la vida del Maestro celestial de los hombres hubiera presenciado!

Pero otra cosa, sin duda mas interesante, narra el inspirado Historiador: la exposicion de las penas de María y José, la humilde queja que le presentaron á Jesús: tal vez mas que la disculpa, el desahogo que tuvieron en exponerle su solicitud, así como la respuesta en que el Salvador expone estar ocupado en los intereses de su Padre.

Apure el entendimiento sus recursos, vaya discurriendo por todas las consideraciones que ofrece al alma contemplativa, y abrácese en el fuego sagrado del amor que inspira.

III

Tu sensible corazón Virgen Santísima, experimenta sin duda rudos sacudimientos al perder á Jesús.

No era El su embeleso divino? no era el germen de su vida, la atmósfera en que respiraba?

Perdido Jesús, ¿quién lo consolaría en las penas, lo alentaría en los inocentes placeres, regaría de flores el áspero camino de su vida?

La pérdida de Jesús debía ser tan grande como el gozo y felicidad de su nacimiento, como la sublimidad de su bendita concepcion.

Su pérdida, nadie sino Tú, María, que la sufriste, puede saber la pena que causara; pero el hallarlo recompensó tu pena con dulcísima satisfaccion. Despues de tantos padecimientos, era muy legítimo que al encontrarlo, vieras en El alguno de los rayos de su Divinidad, que vieras á los sábios, á pesar de sus luces y su orgullo, pendientes de su palabra, recibirla con los trasportes de la admiracion y la gloria del asentimiento.

IV

En espíritu me uno á tí, Virgen Santísima.

Quiero llorar en tus dolores y participar de tus gozos. Yo seguiré uno á uno los pasos que dieres en busca de Jesús: en los caminos y en las calles, en todas las partes estaré contigo.

Reclamo tus lágrimas, tus suspiros, tus penas con el mismo derecho que el hijo esas prendas queridas de su madre.

Cuando vayas al templo, y en los trasportes de la felicidad bendigas al Señor que te devuelve á tu Jesús, me acercaré á tí para que me bagas sentir algo de tu felicidad.

Tu condicion de Madre mía, reclama en mi favor esa participacion á tus dichas.

¡Qué abismo de felicidad!

¡Oh pérdida y hallazgo de Jesús!

¡Oh templo y ancianos Doctores!

¡Oh Jesús! oh María! cuántos pensamientos producís en mi espíritu, cuántos movimientos en mi corazón!

CONCLUSION

DE LOS MISTERIOS GOZOSOS.

Nunca concede Dios tamañas dichas sino á las almas santas. El beneficio y las disposiciones de quien lo recibe, acuerdes dan siempre el mismo sonido.

Una alma flaca no habria sustentado tanta dicha.

Cuán grande era pues la santidad de la Santísima Virgen María.

Madre de Dios, santificadora del Precursor, en Belén, en el Templo, con Simeon y los Doctores, apareció sin igual, incomparable.

Y al mismo tiempo, cuántas cosas se habian de exigir, según el orden de la Providencia, á la que habia gozado tanto.

Como si el hombre no pudiera gozar, en todo orden, cada gozo le cuesta un sacrificio.

El placer es el pórtico siempre del dolor.

Cuántos dolores no preparaban á María estos gozos aunque tan inocentes y legítimos.

Hay sin embargo en estos misterios algo mas grande que la felicidad, que las afecciones del alma de María: la felicidad y los sentimientos del alma de Jesús.

Lector cristiano, contéplalos con tu fervor, ya que con mi tibieza no pude escribirlos.

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO III.

MISTERIOS DOLOROSOS.

Todos tuvieron lugar en la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo,

Todos contienen algun inmenso sufrimiento de María. Todos pueden proporcionar á sus hijos el grande y dulcísimo mérito de la compasión.

PRIMER MISTERIO.—LA ORACION DEL HUERTO.

I

Treinta y tres años habian trascurrido de la vida mortal del Salvador.

Cuántos misterios, cuántas gracias, cuántas bendiciones se hallaban encerrados en su circuito!

Habia orado, habia enseñado, habia hecho estupendos prodigios, habia consolado todo, todo lo habia hecho.

Habia dado en la adorable Eucaristía el grande argumento de su amor.

Y en la misma noche en que lo diera, en que llevado del ímpetu irresistible de su fineza, se habia unido tan íntimamente con los hombres, mientras ellos tramando su pérdida, se dirigian á realizarla, El, retirado á la soledad de una montaña, feliz testigo de sus frecuentes sublimes oraciones, con sus santas rodillas clavadas en el suelo, en el silencio de la noche oraba con fervor.

II

Acércate, alma cristiana, y mira devotamente á tu divino Salvador.

¿Qué te dice esa actitud humilde en que se encuentra la Majestad Excelsa de tu Dios? ¿Por qué es triste la noche, triste el gemido del viento, triste la pálida y amarillenta luz del astro de la noche, triste la montaña, triste la soledad, triste la actitud, triste todo lo que se deja conocer?

¿Qué, ese hombre que ora tan prolijamente, no es el que hizo con su presencia batir entusiastas las palmas á los moradores de Jerusalem, muy pocas horas ántes?

¿No puede teñirlo todo con los colores brillantísimos de la alegría?

¡Oh Jesús! oh María! cuántos pensamientos producís en mi espíritu, cuántos movimientos en mi corazón!

CONCLUSION

DE LOS MISTERIOS GOZOSOS.

Nunca concede Dios tamañas dichas sino á las almas santas. El beneficio y las disposiciones de quien lo recibe, acuerdes dan siempre el mismo sonido.

Una alma flaca no habria sustentado tanta dicha.

Cuán grande era pues la santidad de la Santísima Virgen María.

Madre de Dios, santificadora del Precursor, en Belen, en el Templo, con Simeon y los Doctores, apareció sin igual, incomparable.

Y al mismo tiempo, cuántas cosas se habian de exigir, según el orden de la Providencia, á la que habia gozado tanto.

Como si el hombre no pudiera gozar, en todo orden, cada gozo le cuesta un sacrificio.

El placer es el pórtico siempre del dolor.

Cuántos dolores no preparaban á María estos gozos aunque tan inocentes y legítimos.

Hay sin embargo en estos misterios algo mas grande que la felicidad, que las afecciones del alma de María: la felicidad y los sentimientos del alma de Jesús.

Lector cristiano, contéplalos con tu fervor, ya que con mi tibieza no pude escribirlos.

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO III.

MISTERIOS DOLOROSOS.

Todos tuvieron lugar en la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo,

Todos contienen algun inmenso sufrimiento de María. Todos pueden proporcionar á sus hijos el grande y dulcísimo mérito de la compasión.

PRIMER MISTERIO.—LA ORACION DEL HUERTO.

I

Treinta y tres años habian trascurrido de la vida mortal del Salvador.

Cuántos misterios, cuántas gracias, cuántas bendiciones se hallaban encerrados en su circuito!

Habia orado, habia enseñado, habia hecho estupendos prodigios, habia consolado todo, todo lo habia hecho.

Habia dado en la adorable Eucaristía el grande argumento de su amor.

Y en la misma noche en que lo diera, en que llevado del ímpetu irresistible de su fineza, se habia unido tan íntimamente con los hombres, mientras ellos tramando su pérdida, se dirigian á realizarla, El, retirado á la soledad de una montaña, feliz testigo de sus frecuentes sublimes oraciones, con sus santas rodillas clavadas en el suelo, en el silencio de la noche oraba con fervor.

II

Acércate, alma cristiana, y mira devotamente á tu divino Salvador.

¿Qué te dice esa actitud humilde en que se encuentra la Majestad Excelsa de tu Dios? ¿Por qué es triste la noche, triste el gemido del viento, triste la pálida y amarillenta luz del astro de la noche, triste la montaña, triste la soledad, triste la actitud, triste todo lo que se deja conocer?

¿Qué, ese hombre que ora tan prolijamente, no es el que hizo con su presencia batir entusiastas las palmas á los moradores de Jerusalem, muy pocas horas ántes?

¿No puede teñirlo todo con los colores brillantísimos de la alegría?

Cómo, pues, se encuentra sumergido en la tristeza? Ah! Escucha los sentidos lamentos de su alma!

«Mi alma está triste hasta la muerte! Antes habia deseado estos solemnes momentos. Erañ los momentos de su gloria.

Por querer apartarlo de ellos, fué reprendido duramente Pedro. Y al llegar á ellos, al empezar á sorber sus amarguras: *«Aparta, dice, aparta loh Padrel este cáliz de Mi; pero no se haga mi voluntad sino la tuya.»*

Adora, alma, en silencio los sufrimientos de tu Salvador, péntrate de su santa tristeza, y si quieres aun conocer más, acércate, y verás cómo está en agonía, cómo brota de sus poros un inusitado sudor; gotas de sangre, que corren por la tierra.

Acércate, ya que sus amigos, sus discípulos predilectos, duermen.

Limpia ese sudor divino, enjuga el rostro de tu Dios; ese sudor que Santa Teresa, con toda la mística elevacion de su alma quisiera recoger, y que, sobrecogida de respeto y temerosa de su indignidad, dejaba correr libremente.

¡Oh agonía del Huerto! ¡Oh soledad de Jesucristo!

¡Oh tristeza! ¡Oh sudor de sangre, cuántos misterios van ocultos en vuestro interior!

I

María, entre tanto, no ignoraba lo que en Gethsemaní tenia lugar. Veia en espíritu la afflixion indecible de Jesucristo. Veia cómo rasgaba su alma la triste y penosa consideracion de tantos y tan duros tormentos, de los azotes, de los golpes, de las espinas, de los clavos, de la cruz.

Veia cómo lo angustiaban tantas injurias, tantos desprecios, tantas blasfemias.

Veia cómo desgarraban su corazon tantos pecados cometidos y por cometer en el mundo, tantas gracias perdidas tantos que, a pesar de sus afrentas, de su Pasion y de su Muerte, habian de bajar á los infiernos.

Veia padecer á Jesucristo, y Ella, que se identificaba con sus sentimientos, padecia desde luego indecibles dolores.

¡Ah! el Salvador invitaba á sus Apóstoles á orar, á orar con El: los invitaba á velar, y ellos dormian!

Consuélate ¡oh affligido Salvador de los hombres! no estás solo. Una Santa, una alma affligidísima te acompaña en tu oracion y en tu dolorosa vigilia.

Vé con los rayos vivisimos de tu Divinidad cada uno de tus sufrimientos, y sufre, sufre mucho contigo.

Ella vela, Ella no puede plegar sus ojos, Ella presente tu Muerte, y como Tú dice al Eterno Padre: «No se haga mi voluntad sino la tuya.»

Ella llora y gime; sus lágrimas y sus gemidos van á juntarse con los tuyos.

Lágrimas y gemidos de María, sentimientos de nobilísimo y grande corazon, yo os adoro. Haced digna compañía á los sentimientos de mi Dios, mientras yo me penetro tambien de compasion.

IV

Alma cristiana, vela tú tambien y haz oracion con tu amabilísimo Jesus!

El quiere tu compañía porque Le es dulce, porque consuela sus padecimientos, porque te ama, como su muy querido hijo.

Todo duerme y está triste en su derredor; vela tú y hazle tu pobre compañía. En recompensa El te hará entender el misterio de sus dolores.

Se te presentará virtiendo esos inusitados sudores; te revelará sus inefables agonias y difundirá en tu alma su santa tristeza.

En recompensa, El te acompañará en tus dolores y estará contigo en tu agonía.

¡Qué gracias habrian tenido los discipulos si hubieran velado y orado segun la invitacion del Salvador!

¡Naturaleza humana, cuán flaca eres!

¡Pobre naturaleza, cuánto te perjudican tus flaquezas!

Y tú alma mia, ya que te sientes movida á la oracion, entristécete y llora con tu dulce, amantísimo Jesus.

Llora, que todos duerman y estén alegres, mientras Jesus en su tristeza vela.

Llora que no acompañen al Unico, que por ellos trabaja.

Llora su ignorancia, su insensibilidad, su ingratitud.

Pero sobre todo, llora tus tibiezas, tu indolencia, tu falta de puntualidad en seguir las inspiraciones divinas. Llora, llora tambien tu ingratitud.

Perdon, Jesus amabilísimo, perdon por todo.

SEGUNDO MISTERIO.—DE LOS AZOTES DEL SEÑOR AMARRADO EN LA COLUMNA.

Mira ya, alma mia, á tu amorosísimo Señor en poder de sus infames enemigos.

Ya les dió poder de hacer lo que quisieran de su Majestad.

Ya no los echa en tierra con el poder de su palabra.

Ya está preso el Autor soberano de la libertad.

Ya tiene las manos atadas, el que vino á romper nuestras cadenas, y á derribar la tiranía de Satanás.

Vuelve tus ojos y lo verás atado á una columna, y verás cómo sus infames y ciegos verdugos descargan sobre su cuerpo bendito espantosos y horribles azotes, con varas, cordeles y cadenas.

¿No oyes el horrisono estruendo de los golpes? ¿no percibes el murzullo de la multitud entre horrorizada y gozosa?

¿No oyes gotear, correr hilo á hilo la sangre preciosísima de tu mansísimo Señor?

Con razon dijo el Profeta que seria gusano y no hombre, el último de los hombres y el desprecio del pueblo.

II

Tres cosas, á cual mas terrible, puedes considerar en este

divino misterio: la desnudez, los golpes y la infamia. Jesus no las rehusó.

La desnudez, aunque tan oprobiosa, fué aceptada por tu divino Salvador, para curar las desenvolturas del mundo.

Jesus quiso sufrir la vergüenza que falta á todos los sensuales.

Quiso padecerla, para restituir á la alma el don preciosísimo del pudor, que habia perdido en la corrupcion de este mundo.

De esta vergüenza de nuestro Salvador brotó á raudales el mar inmenso de la castidad.

Por ella fueron pudorosas las vírgenes cristianas.

Por ella fué vencida la impureza.

¡Oh santa vergüenza de Jesucristo! bendita seas.

Sin tí no habria florecido en la Iglesia el árbol preciosísimo de la castidad.

¡Oh castidad, castidad, cuán preciosa eres! Cuánto costaste á Jesucristo!

Cuán necios son los hombres que te pierden!

Pierden contigo el fruto suavísimo de la vergüenza de su Dios.

Jesucristo desnudo! Mientras los mundanos cubren sus cuerpos inmundos con el oro y la púrpura!

Jesucristo herido! Mientras los mundanos pasan la vida en los festines y en la disolucion!

Quién podrá contar el número de sus azotes?

¿Quién podrá contarte, alma mia, el dolor veheméntísimo, que causaron en el mas delicado y sensible de los cuerpos?

Mira cómo chorrea la sangre: mira cómo se va cubriendo con ella el cuerpo de tu Salvador: mira como destila y corre por el suelo.

Esa sangre va á regar el mundo, para que en vez de espinas y abrojos, produzca suaves, delicados y abundantes frutos.

Va á inundar la tierra como un nuevo diluvio, para que en ella queden sumergidos el pecado y la infelicidad.

Adán habia de regar la tierra estéril con el sudor de su rostro; Jesucristo la habia de regar con su sangre.

Esos dolores, esos azotes y esos golpes, que no puedes ima-

ginar sin estremecerte de horror, tienden á expiar los delitos de una vida sensual y liviana.

Por estos sufrimientos, pudieron los anacoretas llevar las asperezas de la penitencia.

De estos dolores nació la fortaleza de su santa virtud.

Por ellos, han podido los santos suspirar por los padecimientos.

Por ellos, han podido despreciar el mundo.

Por ellos, han podido encontrar acibarados los placeres de la tierra.

Y luego, ¿quien podrá decirnos la impresion que hiciera en nuestro divino Salvador todo lo que tiene de humillante la infamia de la flagelacion?

Aquí es donde puede quedar estática la contemplacion.

Jesucristo tratado como un vil esclavo!

Qué abismo de humillacion tan inconmensurable!

¡Cómo, justo cielo, permites que así sea ajada la dignidad de Dios!

Dios azotado!

Dios confundido con los esclavos!

Dios envilecido!

¡Oh perversidad! ¡Oh locura del orgullo humano, cómo has puesto al mansísimo Jesus!

Hombres orgullosos, almas sensuales, tendreis valor de proseguir en vuestra vida?

III

María, la amable María, acompañaba á Jesucristo en estos inmensos dolores.

Habia sido partícipe de sus glorias, y en el momento de la lucha no esquivaba, antes se goza en serlo de sus sufrimientos.

Madre, tiene derecho á las lágrimas, á los tormentos, á los oprobios, á la sangre de su Hijo.

María, conoce y siente sobre su alma bendita la inmensidad de dolores en que se halla anegado Jesucristo.

Conoce el misterio y la profunda amargura de su vergüenza.

Sabe cuánto costó á su divino Hijo aparecer desnudo, ante aquel pueblo brutal y sanguinario.

Percibe los suspiros, conoce todos los sentimientos de Jesus.

Sabe muy bien el dolor intensísimo que le causan los golpes.

Sabe cuanto pesa sobre el alma de Jesus, el oprobio y la infamia de que estaba cubierta su grandeza.

¿Cómo permanecer indiferente?

Alma sensible y compasiva de María! Cuéntanos en intimas y tiernas confidencias, el número de tus lágrimas, de tus suspiros, de tus dolores, mientras tu divino Hijo atado estuvo á la columna!

Cuéntanos tus sufrimientos!

Tienen tanto de purificantes.....

Poseen tal espíritu de santidad, que arrebatan el alma á excelsas, místicas contemplaciones!

Nos parece increíble tamaño atrevimiento de los enemigos de Dios.

Jesus azotado!

Los verdugos poniendo sus sacrilegas manos en el espejo de los ángeles!

Y el mundo sin estremecerse, y el sol derramando su luz sobre tan lúgubre y funesto espectáculo!

Y los corazones humanos inexorables!

Y, ¡Santo Dios! los corazones humanos satisfechos, gozosos! Justicia . . . ! misericordia de Dios! yo no os comprendo, pero humillado os ofrezco el tributo de mi admiracion.

IV

Has visto, alma mía, los sufrimientos de Jesus azotado.

No te has enternecido?

Tú te precias de sentimentalismo: en mil cosas sabes penetrarte de su espíritu: te has penetrado de los padecimientos de tu Dios?

Ay! has podido mirar insensible tantas crueldades de los hombres y tanta mansedumbre de Dios?

No, alma mía, no los has visto con indiferencia, si no has llegado á lo último de la dureza.

Para cuándo es el corazón, si ha de hacer falta cuando mas se requiere?

Llora, pues, los azotes de tu amable Jesus: llora al ver su humildad tan abatida, su grandeza tan maltratada, su amabilidad tan ofendida.

Déjate llevar de la indignacion cristiana contra sus crueles, sanguinarios verdugos; compadécelos y llora su infelicidad, á ejemplo de tu Salvador.

Ya no tengas valor de rehusar las humillaciones y de temer los trabajos.

Acuérdate de la columna en que privado de la libertad, desnudo é infamado, recibió azotes tu Jesus, tu Padre, tu Señor y tu Dios.

TERCER MISTERIO.—DE LA CORONACION DE ESPINAS.

Pilatos, juez débil, queriendo salvar á N. S. Jesucristo y al mismo tiempo dejar contentos á sus enemigos, despues de haber hecho pública y solemne confesion de su inocencia, lo mandó azotar.

Cosa muy natural en quien intentaba conciliar lo inconciliable: en quien ansiaba el bien, pero no aborrecía el mal.

Despues de la flagelacion halló burladas sus esperanzas.

Quedó entónces el Salvador en poder de los soldados.

Habia llegado la hora de los improperios.

La malicia humana iba á destilar sobre la inocencia todas sus amarguras.

Jesucristo habia sido tratado como esclavo perverso: iba á serlo como loco.

Mira como le cubren con un pedazo de púrpura, y tejiendo una corona de punzantes espinas, la ponen sobre su cabeza.

Mira, alma cristiana, como vendan sus ojos y Le ponen por cetro una caña, simbolo de la debilidad.

Angeles santos, que sobrecogidos de respeto, plegadas vuestras alas, cubris vuestro rostro delante de Jesus, mirad lo que hace la malicia humana.

Los hombres por burla doblan la rodilla delante de Jesus, ante quien la dobla todo lo criado en el cielo, en la tierra y en los infernos.

Los hombres por burla Le preguntan quien lo hirió, á El, que tantas veces dió pruebas inequívocas de penetrar lo mas escondido de los corazones.

¡Oh locura de los hombres!

¡Oh sabiduria y mansedumbre de mi Dios!

II

Jesucristo habia enseñado

Jesucristo era Rey.

Jesucristo era Dios.

Los hombres se burlan de su enseñanza.

Se mofan de su dignidad real.

Escarnecen su Divinidad.

Y todas estas burlas las hacen, cuando Jesucristo como una oveja, enmudece en su presencia.

Qué ceguedad!

Duraba aún la que en la noche anterior, á pesar de las antorchas, impidiera lo conocieran los que siempre andaban con El, como dice un Santo Padre.

Qué crueldad tan nefanda!

Burlarse de un grande hombre, de un Dios, en los momentos terribles de la mayor tribulacion.

Pero..... Qué grandeza tan incomparable la de Jesucristo!

Como se revelan en su semblante, en su silencio, su alta dignidad, su Divinidad siempre adorable!

Las fuerzas humanas no alcanzaban á sufrir tanto, con tanta paciencia y moderacion.

A pesar de tantas ignominias brillaban esplendorosos los rayos de la Divinidad, como entre pardas nubes deja escapar sus rayos de oro el rey del día.

Mira, alma cristiana, la adorable Persona de Jesucristo en medio de sus execrables enemigos!

Mira cómo se hincan por burla y Lo saludan Rey de los judíos; mira cómo Lo hieren y Lo escupen; mira cómo Lo interrogan, por escarnecerlo!

Qué se hizo en vosotros, hombres cruelísimos la humanidad?

Qué no os mueve el lastimoso estado en que Jesucristo se encuentra?

Qué os ha hecho?

Si os hubiera causado males, todavía sería muy reprobable vuestra conducta.

Peró Jesucristo ha pasado por el mundo haciendo el bien.

Con qué malicia, con qué perversidad será la vuestra comparable?

Y Tu Divino Jesus, adorado por burla y escarnecido, mientras Te injurian los hombres, recibe las adoraciones de los ángeles.

Mientras Te injurian tus enemigos, recibe los suspiros, las lágrimas, los sollozos, las adoraciones de mil y mil almas piadosas, que en el curso de los siglos se compadecerán de tus dolores.

Recibe la santa admiración que inspira en ellas tu mansedumbre incomparable, tu humildad indecible, tu paciencia, tu.....

El hombre en el Paraíso quiso como el demonio ser semejante á Dios.

Quiso subir, y cayó con la mas fatal y ruinosa de todas las caídas.

Para salvarlo, para ser misericordioso, Tú, Divino Salvador, quisiste en todo ser semejante al hombre.

No rehusaste los improperios, ni las burlas.

¿Qué significa esa corona de espinas que traspasa tu sagrada cabeza?

Esta es la diadema que te ofrecen los hombres?

Una corona de espinas!

Los reyes ciñen sus cabezas con coronas de oro: la tuya fué ceñida con corona de espinas!

Con razón Godofredo de Bullon, aquel grande hombre, no quiso llevar el título de Rey allí donde Tú fuiste coronado de espinas!

Después, así como Rey de burlas, fuiste presentado por tu inicuo juez al pueblo hebreo.

«Hé aquí al Hombre!» les dijo Pilatos.

Yo no sé si fué mayor la crueldad de Pilatos ó la de los judíos en este trance.

«Quítalo, quítalo, contestaron ellos: no queremos á este sino á Barrabás!»

Qué ceguedad! qué odio tan profundo!

Oh dureza de los judíos! Oh debilidad de Pilatos!

Jesucristo pospuesto á Barrabás!

Alma cristiana, nunca olvides como fué presentado al pueblo Jesucristo.

No, no olvides que el pueblo pospuso al crimen la inocencia.

III

María entretanto sufría las humillaciones de su divino Hijo.

Aquella corona traspasaba su corazón.

Cada una de sus espinas iba á herirle en la mitad del alma.

Cada una de las gotas de sangre, que escurria de la adorable cabeza de Jesus, manaba del alma de María.

Aquella venda, que cubria los divinos ojos de Jesus, era para María, cual densa y oscura nube que robaba la hermosura del cielo.

Aquellas inmundas salivas, que mancharon el rostro de Jesus, eran algo tan cruelmente penoso para María, que mi tibieza no puede balbutirlo.

Lo amaba tanto, lo llevaba tan en lo íntimo del corazón, que nada podía herir á Jesus sin desgarrar primero el alma de María.

Ay! mi dulcísima Madre, inundada en un piélago de dolores viste las humillaciones de tu Hijo!

Tú Ló conocías; Tu sola en la tierra Ló conocías con perfección, y por eso más que nadie Ló amabas, y podías medir la infinita amargura, que se encerraba en sus ultrajes.

La humanidad, la pobre humanidad, ¿qué había de hacer despues de pretender colocarse en el Solio de Dios, sino poner á Dios en el vil puesto que le tocara al hombre pecador?

El hombre exaltado!

Dios abatido!

El hombre glorificado!

Dios envilecido!

Qué espectáculo mas doloroso, podia ponerse ante tu vista, oh! Madre adolorida?

IV

Jesucristo se halla coronado de espinas, y tú, alma mia, no haz desfallecido de dolor?

Jesucristo es hecho burla de una soldadesca infame, y tú permaneces insensible?

Acércate y con atención mira, si tienes valor, vendados los ojos divinos, resplandor del Cielo, que velaron en oración por tu felicidad, que te buscaron tantas veces, que te revelaron el amor infinito de tu Dios Salvador.

Mira cuanta tristeza inspira ese rostro divino ensangrentado y escupido.

Mira cuantos dolores causarían esas espinas, que con agudísimas puntas han traspasado la cabeza para siempre adorable de tu Jesus.

Mira su cuerpo cubierto con manto de púrpura, y sus manos atadas, y su actitud humilde y llena de bondad.

Míralo todo y ponlo en la balanza de tu corazón.

Qué te parece? así debía ser tratada la inefable amabilidad de tu Señor?

Y á tantos tormentos y tantos ultrajes, se añadirá tu inensibilidad?

¿Que no merecen de tus ojos una lágrima, ni un suspiro de tu corazón?

Te parece poco, cuanto por amarte ha padecido?

Es tu amigo, tu Padre, tu Salvador, tu Dios.

CUARTO MISTERIO.—DE LA CRUZ A CUESTAS, Y CAMINO DEL MONTE CALVARIO.

I

En vano había proclamado Pilatos la inocencia de Jesucristo: débil, tuvo que condenarlo á muerte.

Había de ser crucificado, y cargando la cruz salió para el Calvario, lugar de las ejecuciones.

La multitud invadía las calles y el camino.

Jerusalén estaba agitada.

Necios los judíos, pensaban que tenían todo poder sobre Jesucristo, y ninguno tuvieron si no se les diera de arriba.

Había llegado la hora y el poder de las tinieblas.

La pasión de Nuestro Sr. Jesucristo, tan avanzada ya, se acercaba á lo último.

Por eso Ló ves cargando una pesadísima cruz sobre sus débiles y maltratados hombros, por eso Ló ves caminar con insegura planta por las calles de Jerusalén, por eso Ló ves tan abatido, por eso ves sonreír de júbilo á sus enemigos.

Ya no habrá quien fatigue su envidia, quien quite libremente el antifaz de esos hipócritas: ya no tendrán que soportar la santa libertad de sus reprensiones, ya ven cumplidos sus deseos, ya va á morir, ya.

Con El, quedará supultada su doctrina: con El se acabarán sus discípulos: no quedará ni su memoria.

Qué importa que el pueblo no se ilustre con la brillante luz de su doctrina? qué importa que pierda en El á su libertador?

Qué importa que haya hecho tantos beneficios, curado tantos enfermos, resucitado tantos muertos, enjugado tantas lágrimas?

Ay! mi dulcísima Madre, inundada en un piélago de dolores viste las humillaciones de tu Hijo!

Tú Ló conocías; Tu sola en la tierra Ló conocías con perfección, y por eso más que nadie Ló amabas, y podías medir la infinita amargura, que se encerraba en sus ultrajes.

La humanidad, la pobre humanidad, ¿qué había de hacer despues de pretender colocarse en el Solio de Dios, sino poner á Dios en el vil puesto que le tocara al hombre pecador?

El hombre exaltado!

Dios abatido!

El hombre glorificado!

Dios envilecido!

Qué espectáculo mas doloroso, podia ponerse ante tu vista, oh! Madre adolorida?

IV

Jesucristo se halla coronado de espinas, y tú, alma mia, no haz desfallecido de dolor?

Jesucristo es hecho burla de una soldadesca infame, y tú permaneces insensible?

Acércate y con atención mira, si tienes valor, vendados los ojos divinos, resplandor del Cielo, que velaron en oración por tu felicidad, que te buscaron tantas veces, que te revelaron el amor infinito de tu Dios Salvador.

Mira cuanta tristeza inspira ese rostro divino ensangrentado y escupido.

Mira cuantos dolores causarían esas espinas, que con agudísimas puntas han traspasado la cabeza para siempre adorable de tu Jesus.

Mira su cuerpo cubierto con manto de púrpura, y sus manos atadas, y su actitud humilde y llena de bondad.

Míralo todo y ponlo en la balanza de tu corazón.

Qué te parece? así debía ser tratada la inefable amabilidad de tu Señor?

Y á tantos tormentos y tantos ultrajes, se añadirá tu inensibilidad?

¿Que no merecen de tus ojos una lágrima, ni un suspiro de tu corazón?

Te parece poco, cuanto por amarte ha padecido?

Es tu amigo, tu Padre, tu Salvador, tu Dios.

CUARTO MISTERIO.—DE LA CRUZ A CUESTAS, Y CAMINO DEL MONTE CALVARIO.

I

En vano había proclamado Pilatos la inocencia de Jesucristo: débil, tuvo que condenarlo á muerte.

Había de ser crucificado, y cargando la cruz salió para el Calvario, lugar de las ejecuciones.

La multitud invadía las calles y el camino.

Jerusalén estaba agitada.

Necios los judíos, pensaban que tenían todo poder sobre Jesucristo, y ninguno tuvieron si no se les diera de arriba.

Había llegado la hora y el poder de las tinieblas.

La pasión de Nuestro Sr. Jesucristo, tan avanzada ya, se acercaba á lo último.

Por eso Ló ves cargando una pesadísima cruz sobre sus débiles y maltratados hombros, por eso Ló ves caminar con insegura planta por las calles de Jerusalén, por eso Ló ves tan abatido, por eso ves sonreír de júbilo á sus enemigos.

Ya no habrá quien fatigue su envidia, quien quite libremente el antifaz de esos hipócritas: ya no tendrán que soportar la santa libertad de sus reprensiones, ya ven cumplidos sus deseos, ya va á morir, ya.

Con El, quedará supultada su doctrina: con El se acabarán sus discípulos: no quedará ni su memoria.

Qué importa que el pueblo no se ilustre con la brillante luz de su doctrina? qué importa que pierda en El á su libertador?

Qué importa que haya hecho tantos beneficios, curado tantos enfermos, resucitado tantos muertos, enjugado tantas lágrimas?

Es preciso que muera uno para la salvacion del Pueblo, habia dicho el Pontífice.

Es preciso que muera!

II

Trasládate á Jerusalem, alma cristiana, y acompaña á tu adorable Salvador en el camino del Gólgota.

Abrete paso entre la multitud y ve siguiendo sus pisadas.

Oyes los gritos de sus impacientes verdugos? llegan á tus oídos las blasfemas injurias, que tan inhumanamente le prodigan? ves como están ansiosos de llegar á la cumbre del Calvario, para consumir su atentado?

¿Ves, alma piadosa, ves con cuanta tristeza sale tu Redentor de esa ingrata y pérfida Jerusalem, sorda á sus llamamientos ciega á sus estupendos prodigios, insensible á las demostraciones expresivas del amor mas tierno?

Ves con cuánta tristeza la mira por último?

Le duele mucho separarse de ella. Lé parten el alma sus desgracias: quisiera salvarla, á pesar de sus ingratitudes.

Lo ves marchar? Lo ves caer con el peso enorme de la cruz dar en tierra con su santo Cuerpo?

Qué caída tan lastimosa!

Qué camino tan duro!

Quién Le levantará? quién Le tenderá una mano amiga? ¿á todos prestaba su omnipotente ayuda: nadie se acercará para auxiliarlo? El á todos amaba y de todos se compadecía: nadie se conmovió al verlo tan débil, tan lastimado y con el rostro por el suelo?

Fieles y amantes discípulos suyos, que tanto le asegurabais vuestra amistad: por qué no os apresurais á levantarlo?

Ah! se halla rodeado de sus enemigos, de los que injustamente lo acriminaron, de sus verdugos, de todos, menos de sus amigos.

Nadie se conmovió de sus padecimientos.

Nadie le prestará compasivo, el auxilio de su ternura.

Con razon estaba escrito que una multitud de toros bravos lo rodearia.

Cayó, alma piadosa, tu adorable Salvador: cayó con increíble, grandísimo dolor; cayó sin que una mano amiga fuera á levantarlo.

• A esa caída seguirán otras: á esos padecimientos seguirán los demas de que fueron preludeo.

Vé siguiendo con atencion todos sus pasos.

Abrazado con su cruz, como con su mas fiel amigo, prosigue ya su camino lleno de dolores.

Tal vez, desfallecido por tantos padecimientos, exangüe, no podrá subir la áspera pendiente del Calvario; tal vez no alcanzará, si no le ayudan con la cruz á llegar al lugar del suplicio.

Quién llevará la Cruz?

Nadie quiere llevarla, porque se afrentan todos solo de tocarla; nadie, nadie quiere ayudar á tu Señor.

Fuerza es obligar á un pagano á que la lleve.

Jesucristo tomó, se abrazó con la Cruz por nuestro amor; nosotros, no podemos, no queremos llevarla, ni por amor de Dios.

III

Jesucristo no podia ir solo á la Santa Montaña.

Donde está Jesucristo, allí debe hallarse Maria, su tierna y dulcísima Madre.

Dios Lé habia conservado la vida para que su grande alma hiciera digna compañía á su Divino Hijo.

Por eso Lá ves, alma piadosa, dirigir sus pasos al Calvario.

Por eso Lá ves, anegada en un piélago inmenso de dolores, caminar resignada á cumplir la voluntad de Dios, aunque tan dolorosa.

Por eso Lá ves buscar en la multitud al Hijo de sus entrañas, por eso Lá ves suspirar y gemir al verlo tan desfigurado, tan envilecido.

Por eso estás viendo cuanto Lé cuesta fijar sus ojos en los ojos benditos de Jesus.

Por eso adivina tu piedad, ese diálogo sentimental y lleno de ternura, que entablan en silencio con la elocuencia irresistible.

tible de los ojos, esas dos almas en todo incomparables con las otras.

Miradas tristísimas, saludos y despedidas misteriosas, que la mas tierna y sensible de las madres daba al mas amable, al mas querido, al mas tierno, al mas afectuoso y dulce de los hijos.

Miradas de sentimentalismo místico, inefables, tristísimas, poéticas.

Miradas expresivas, santas, divinas.

Mira, alma piadosa, mira llena de admiracion ese encuentro y entregate á todas las ternuras de tu piedad.

Saluda reverente á esas dos amantísimas y adoloridas almas tan cruel é inhumanamente tratadas.

Llora sus padecimientos y admira sus grandes y celestiales virtudes.

IV.

Ha casi concluido el camino del Calvario.

Vá subiendo el mansísimo Cordero la áspera cumbre de la Montaña.

Quién podrá decirnos el número de sus suspiros, de sus dolores, de sus sufrimientos?

Sufría por la falta de fuerzas.

Sufría por las infamias.

Sufría por el odio de sus enemigos.

Sufría por el abandono de sus amigos.

Sufría por la dureza de los espectadores.

Sufría por las lágrimas de los que lloraban por El.

Sufría por las desgracias, que amenazaban, que estaban por ra caer sobre Jerusalem y sobre sus hijos, en otro tiempo dichosos.

Sufría por los dolores indefinibles de su bendita Madre.

Sufría por todo lo que sufren los corazones nobles, los corazones grandes en los momentos de tribulacion, en el momento solemne de acercarse á la muerte.

El Cuerpo adorable de nuestro adorable Salvador era el espejo de los padecimientos de su espíritu.

Cómo estaría su alma bendita?

Alma piadosa, íntima amiga de Jesucristo, iniciada en los misterios de su ternura, ahora es cuando puedes contemplar sus dolores.

Yá está cerca el momento de la Crucifixion; yá está cavado el hoyo donde la Cruz debe clavarse, ya se apréstan los verdugos á satisfacer las ansias de la multitud y la rabia de los enemigos de Jesucristo, yá se estremece el Sacrosanto Cuerpo con el frio que penetra por las heridas, y con el horror de los clavos ha llegado la hora.....

Va á consumarse el sacrificio de Jesus; la víctima se va á poner sobre el altar.

Ha llegado la hora de crucificar á Jesucristo delante de María, su dulce amabilísima Madre.

Ha llegado la hora de clavar en su corazon la espada, que las profecias anunciaron.

Ha llegado la hora de que mires la Muerte de tu Padre y los inmensos dolores de tu Madre.

Abandónate á todos los sentimientos de ternura.

Llora sin consuelo, que tus lágrimas, testimonio de tu compasion, endulzan los sufrimientos de Jesus: son un lenitivo de los dolores de María.

No estuviste en el Calvario..... pero Jesus te tuvo presente, y miró con su acostumbrada amabilidad, tu santa compasion.

Camino del Gólgota, Calvario, Montaña santa donde Jesus, el Amor de mi alma padeció y murió por mí! yo os adoro, yo beso reverente las huellas sangrientas que en vosotros imprimiera mi Dios, yo beso vuestras rocas humedecidas con las lágrimas de mi adorada y dulce Madre.

Vosotros sereis mi asilo en las tribulaciones.

Vosotros sereis mi refugio en el sangriento, rudísimo combate de mis infernales enemigos.

En vosotros, sí, en vuestra tierra bendita, en vuestras santas rocas quisiera exhalar el último suspiro.

Qué dicha! qué consuelo! padecer y morir donde con tanto amor padeció y murió Jesucristo!

Qué felicidad, mezclar nuestros dolores con los suyos!

QUINTO MISTERIO.— DE LA CRUCIFIXION DE JESUCRISTO.

I

Es cosa de la hora de Sexta.

Estamos en el terrible Monte de las ejecuciones, en el Monte Calvario.

Allí, donde se ofrecieron los sacrificios antiguos mas famosos. Allí, donde despues del Diluvio enterró Noé los huesos venerables de nuestro Padre Adán.

Estamos en el Calvario, en un dia mas memorable, mas célebre, mas grande, que todos: en el dia de la injusticia humana y de las Misericordias divinas, en el dia adorable, en que inmolado por su Caridad infinita, diera por redimirnos, su vida Jesucristo.

Acércate, profundamente recogida en santo y misterioso silencio, ¡oh alma piadosa!

Acércate tú, tambien, pecador ingrato, descreído é impío.

Acuérdate, que el Calvario es tan grande, que puede contener á los justos y á los pecadores.

Acércate, puedes tener un lugar entre los enemigos de Jesus ya que lo rehusas entre sus amigos.

Pero no creas que permanecerás indiferente.

Forzoso es declararse, en pró ó en contra de Jesus.

Acercaos todos vosotros, hombres, que en diversas edades habeis enchido la superficie de la tierra.

Acercaos porque este es el dia universal de las naciones y los siglos.

Y vosotros, Espiritus Angélicos, que atónitos mirais las misericordias de Dios, venid á ver el triunfo glorioso de nuestro Redentor, sobre la orgullosa y astuta serpiente.

Venid á ver como queda vencido el pérfido enemigo de linaje humano.

Venid á ver el poder invencible de la Cruz.

II

El cielo ha perdido en la mitad del dia los rayos brillantísimos de su bendita luz.

Densas tinieblas cubren la superficie de la tierra.

Hondos y espantosos sacudimientos conmueven sus entrañas.

Rasgado de por medio se halla el velo del Santuario.

Los muertos, sobrecogidos de espanto, salen de sus sepulcros y se aparecen á los amedrentados habitantes de Jerusalem.

El espanto perfila y da sus amarillas tintas á todos los semblantes.

Los hombres todos, aun sin saber por qué, sienten tristeza indefinible.

Jesucristo está en la cruz.

Jesucristo reina desde la cruz.

Jesucristo desde la cruz enseña.

Jesucristo habla, para dejar al Mundo, con sus últimas palabras, altas lecciones de profundísima sabiduría, y pruebas incontestables de su infinito amor.

Allí está!

Gruesos y durísimos clavos pasan sus manos y sus piés; corre á torrentes para purificar al Mundo, su Sangre Divina.

Si, cae esa sangre, para ahogar el orgullo y la sensualidad, para apagar el fuego de la envidia y del reñor, para acabar el egoismo y la indolencia, para desterrar del Mundo la malicia y la infelicidad.

Si, cae esa sangre para regar en el mundo las semillas de todas las virtudes que con sus palabras y con sus ejemplos habia sembrado Jesucristo.

Si, esa sangre cae, para que se levanten generaciones sabias, generaciones humildes y castas, generaciones fuertes y caritativas, generaciones nobles, generaciones grandes, que lleven dignamente el nombre de Jesus.

Si, esa sangre cae para que no se viertan en vano tantas lágrimas; ni tantos y tan hondos y dolorosos suspiros se exhale en vano.

Cae esa sangre, para que nazca la Iglesia, y por siglos de los siglos se perpetúe en el Mundo.

Allí está, en la Cruz, como en el Trono de su Majestad y en la Cátedra de su enseñanza, Jesús, el único que ha salvado al mundo.

Su trono es una cruz. Su poder, la debilidad.

Sus ministros, los que el mundo desprecia.

Su Corona, un tejido de espinas.

Al frente están todos sus enemigos, capitaneados por el Ángel rebelde.

Los grandes y orgullosos, los sábios y soberbios, los sensuales y escandalosos: todos, todos creyéndolo vencido y burlándose de su excelsa Majestad.

Jesús no los maldice; no los hunde en lo más profundo del infierno con la virtud de su palabra.

Antes, pide perdón para ellos.

Antes les muestra su poder y su generosidad perdonando y prometiendo el Cielo, á un pecador que muere arrepentido y su favor implora.

Antes les dá motivo de esperanza, haciendo á María, que se hallaba presente, Madre de todos los cristianos, y haciendo á éstos, hijos, felices hijos de María.

Antes les manifiesta su amor, declarando la sed ardentísima que lo atormentaba.

Antes, viendo que todo está cumplido, que nada le falta hacer, ni padecer de cuanto anunciaban los Profetas y exigía su amor, viendo que había sido abandonado de sus amigos y de sus discípulos, y lo que es más, de su celestial Padre, exclama: *Todo está consumado.*

Y siendo cosa de la hora de Nona, habiendo reinado, enseñado, amado y padecido tres horas en aquella Cruz, objeto de su amor y Altar de su sacrificio, clama con voz poderosa y divina para que oyeran y aprendieran todos: para que oyera el Cielo entre sus divinas armonías, para que oyera el Mundo entre su disipación, sus vanidades, sus locuras, sus tumultos y sus revoluciones; para que oyera el Infierno entre sus alaridos y tormentos: *Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu,*

Después de esta palabra grande, palabra profundísima, palabra tierna y sentimental, quedaron cerrados para siempre, en su vida mortal, aquellos labios divinos, que hablaron solo para el bien.

Después..... inclinó su Cabeza y espiró.....

Espiró Jesucristo, el amable y Divino Maestro de celestial abiduría.

Espiró el dulce y verdadero Amigo de la humanidad.

El que enjugaba todas las lágrimas, curaba todas las heridas, aliviaba todos los dolores y hacia siempre la felicidad de los hombres.

Espiró el Rey pacífico, el Rey humilde, tan tiernamente anunciado por las antiguas Profecías.

Se cerraron sus ojos divinos, donde podían verse brillantísimos resplandores del Cielo y de la Eternidad.

Espiró.....

Enmudezcamos, contemplemos en silencio su muerte.

Ahoguemos los sollozos y los gemidos, y prestemos atento oído al himno funeral de la creación entera, ó dejemos á nuestro corazón seguir el rumbo que le inspire Dios.

III

Al pié de la Cruz, durante las tres sagradas horas de agonía, estaba con la firmeza y resignación de los santos, transida de dolor, María afligida y bendita Madre de Jesús.

La acompañaban Juan, el discípulo amado y algunas piadosísimas mujeres, que habían seguido á Jesucristo y profesaban su santa doctrina.

Estos eran los amigos que lo acompañaron en la hora bendita de su Muerte.

Más allá, en el mundo de los espíritus, los ángeles adorando su Misericordia, quedaban extáticos de admiración.

Y María, ¿cómo estaba junto á la cruz? ¿cómo tenía su alma noble y sensibilísima? ¿cómo pudo soportar tan lastimoso y cruel espectáculo?

Ahi aquella Cruz que era su tormento, era también su for-

taleza: aquella sangre que derritiera su alma, en ardorosas y sentidas lágrimas, La consolaba y la hacía fuerte.

De allí le vino su constancia: de allí le vino su dolor.

Vé, alma piadosa, vé leyendo en la expresion adolorida de Maria, cómo estaba su tierno corazon.

¿Qué te dice su expresivo semblante? qué sus ojos velados de tristeza y cubiertos de lágrimas? qué la actitud de sus enclavadas manos? qué todo de esa heroica y santa Mujer?

¿Qué dolor al suyo podrá compararse? quién ha en el Mundo derramado lágrimas mas tiernas y sentidas? quién ha exhalado mas profundos y dolorosos suspiros?

Quién.....

Baste á tu piedad saber que vió Maria morir en una Cruz ensangrentado, herido, coronado de espinas, escupido, infamado, blasfemado, confundido con los mas criminales á su Hijo inocentísimo y divino.

Baste saber que oyó sus moribundas palabras, expresion de su amor y su ternura.

Baste saber que lo tuvo en sus brazos muerto ya, helado, rígido, inmóvil.

Baste saber que tuvo en sus manos los instrumentos de su Pasion santa: que besó reverente los duros clavos, que traspasaron sus manos y sus piés; que besó las espinas, que perforaron su cabeza; que regó con sus lágrimas las santas, divinas heridas de Jesus; y que, apartándose de aquel Cuerpo, su tesoro y su bien, bajó huérfana de la Santa montaña y fué á llorar en silencio la Pasion dolorosa y la Muerte bendita de su adorable hijo.

¡Oh Madre atligidísima! nosotros nos compadecemos de tu dolor!

¡Ojalá y nuestras lágrimas, vertidas de lo íntimo del corazon pudieran mezclarse con las tuyas!

IV

Ya murió Jesucristo!

Ya está huérfana y solitaria Maria!

Ya se ha consumado el mas tierno de todos los misterios.

Ya es tiempo de sentir en el alma agudísimos dolores de compasion y de arrepentimiento.

Murió el Inocente, por el culpado: el Padre lleno de bondad, por el hijo rebelde é ingrato.

Ya, alma mia, ya murió Jesucristo por ti.

Murió amándote.

Murió extendiendo sus brazos para recibirte.

Murió, inclinando en señal de bondad, su divina cabeza.

Murió!

¡Oh alma mia! cuán grande es tu dureza! cuán espantosa tu infidelidad!

Riega con tus lágrimas los piés sacrosantos de tu Salvador.

Oh sagradas heridas causadas por mi amor!

Oh Cruz Santa, lecho durísimo de mi adorado Salvador!

Oh Jesus, Jesus mio, cómo quedaste por mi amor!

Yo me abrazo de Ti.

Nunca me apartaré de tu Cruz.

Ella es mi esperanza.

Ella es mi refugio.

Ella es mi consuelo.

Ella será el báculo y sostén de mi vida.

Sobre ella quiero, Jesus dulcísimo, morir!

Gracias, Padre, Salvador dulcísimo, por tantas finezas. Yo quedo admirado de tu amor!

Yo te amo. Te pertenezco.

Yo no quiero gozar, donde tú padeciste.

Yo no quiero vengarme, diré con San Agustin, donde no se ha vengado tu muerte.

Y Tú, Virgen bendita y dolorosa: Tú que viste espirar y morir á Jesus: Tú que fuiste confidente de su amor y de sus ternuras: Tú que tanto lloraste y padeciste con sus dolores, permite que me acerque á Ti, para pedir una gota de tus amarguras, una de tus lágrimas, uno de tus suspiros.

Cuánto padeciste, Madre mia!

Cómo fué traspasado tu corazon!

34
Cómo fué desgarrada tu alma!

¡María!

Dolorosa y suavísima María! Cuánto me hieren tus dolores!

Cómo parten mi alma tus sufrimientos!

Princesa, Madre angustiadísima, Tú debías ser siempre dichosa: Tú nada hiciste para llorar!

A nosotros nos tocaban las lágrimas.

Pero ah!..... Virgen bendita! tus lágrimas te hacen incomparable, amabilísima.

Tus lágrimas son mi tesoro!

Tus lágrimas mi esperanza.

Me aseguran tu amor.

Me aseguran el amor de Jesús.

Benditas, Virgen santa, benditas para siempre tus lágrimas María!

En mis sufrimientos, en mis desgracias, en mis dolores, no te apartes de mí.

En mi agonía, al exhalar el último suspiro, al cerrarse para siempre mis ojos, Madre afligida, Virgen dolorosísima, hazme sentir la virtud de tus lágrimas.

Y en mis alegrías, en mis placeres, en este mundo á veces tan festivo, derrama, por piedad, la santa amargura de tus dolores.

No quiero gozar donde tanto lloraste.

Hazme llorar Contigo.

Quiero siempre llorar.

CONCLUSION.

María tuvo en el mundo gozos inefables.

Gozos purísimos, que no tuvieron ni las mas grandes almas ni los amigos mas íntimos de Dios.

Su alma había sido preparada por ellos, para dolores indecibles.

María padeció dolores agudísimos, angustias terribles, que la imaginación mas viva no alcanza á delinear!

Dios, que ostenta su Majestad diseminando en la inmensidad del espacio portentosas esferas encendidas, que se mueven al compás de su voluntad soberana, puso en el alma un piélago infinito de sensibilidad, que cuenta á su modo sus grandezas.

¡Cuántas almas grandes han vivido en la tierra! Cuántos héroes se han immortalizado en la historia!

¡Cuántas almas generosas y apasionadas se han agitado en el mundo, exaltándolo con su lirismo, con su poesía casi divina!

¡Qué virtud tan inmensa se descubre en el dolor, en las lágrimas, en la ternura!

Qué mundo el mundo de las tristezas!

No es inferior al de los gozos!

Desgraciado el que no lo conoce!

Casi es una felicidad llorar!

Los que no lloran, padecen, miserables, la ceguedad de alma!

María solitaria, María dolorosa, María llorando junto á la cruz de su Hijo moribundo.....

María en sus tristezas es casi, puede decirse, lo mas admirable de la poesía divina de la historia.

La historia es la poesía divina.

Dios el verdadero, único poeta.

El dolor es el prelude de la gloria.

A tamaños dolores de María, debían reservarse glorias inefables.

Después del combate es la corona.

Después del Calvario está el Cielo.

Así son las obras de Dios.

Así debía ser la vida de María.

34
Cómo fué desgarrada tu alma!

¡María!

Dolorosa y suavísima María! Cuánto me hieren tus dolores!

Cómo parten mi alma tus sufrimientos!

Princesa, Madre angustiadísima, Tú debías ser siempre dichosa: Tú nada hiciste para llorar!

A nosotros nos tocaban las lágrimas.

Pero ah!..... Virgen bendita! tus lágrimas te hacen incomparable, amabilísima.

Tus lágrimas son mi tesoro!

Tus lágrimas mi esperanza.

Me aseguran tu amor.

Me aseguran el amor de Jesús.

Benditas, Virgen santa, benditas para siempre tus lágrimas María!

En mis sufrimientos, en mis desgracias, en mis dolores, no te apartes de mí.

En mi agonía, al exhalar el último suspiro, al cerrarse para siempre mis ojos, Madre afligida, Virgen dolorosísima, hazme sentir la virtud de tus lágrimas.

Y en mis alegrías, en mis placeres, en este mundo á veces tan festivo, derrama, por piedad, la santa amargura de tus dolores.

No quiero gozar donde tanto lloraste.

Hazme llorar Contigo.

Quiero siempre llorar.

CONCLUSION.

María tuvo en el mundo gozos inefables.

Gozos purísimos, que no tuvieron ni las mas grandes almas ni los amigos mas íntimos de Dios.

Su alma había sido preparada por ellos, para dolores indecibles.

María padeció dolores agudísimos, angustias terribles, que la imaginación mas viva no alcanza á delinear!

Dios, que ostenta su Majestad diseminando en la inmensidad del espacio portentosas esferas encendidas, que se mueven al compás de su voluntad soberana, puso en el alma un piélago infinito de sensibilidad, que cuenta á su modo sus grandezas.

¡Cuántas almas grandes han vivido en la tierra! Cuántos héroes se han immortalizado en la historia!

¡Cuántas almas generosas y apasionadas se han agitado en el mundo, exaltándolo con su lirismo, con su poesía casi divina!

¡Qué virtud tan inmensa se descubre en el dolor, en las lágrimas, en la ternura!

Qué mundo el mundo de las tristezas!

No es inferior al de los gozos!

Desgraciado el que no lo conoce!

Casi es una felicidad llorar!

Los que no lloran, padecen, miserables, la ceguedad de alma!

María solitaria, María dolorosa, María llorando junto á la cruz de su Hijo moribundo.....

María en sus tristezas es casi, puede decirse, lo mas admirable de la poesía divina de la historia.

La historia es la poesía divina.

Dios el verdadero, único poeta.

El dolor es el preludio de la gloria.

A tamaños dolores de María, debían reservarse glorias inefables.

Después del combate es la corona.

Después del Calvario está el Cielo.

Así son las obras de Dios.

Así debía ser la vida de María.

CAPITULO IV.

MISTERIOS GLORIOSOS.

Todos tuvieron lugar en el dichoso tiempo de la vida de la Santísima Virgen, trascurrido desde la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo hasta su muerte, y en la duracion que mide su Asuncion y Glorificacion.

Todos tienen divinas alegrías para nuestra dulcísima Madre. Todos, grandes glorias de la humanidad.

PRIMER MISTERIO.—DE LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO.

Para meditar debidamente este grande misterio, es necesario cerrar los ojos á la pálida luz de este mundo y buscar un rayo de la poesia del cielo.

Resucitó Jesus!

El Señor, el Dios Grande, el Dios Fuerte, el Dios amabilísimo, muerto por amor á los hombres, se ha levantado del sepulcro!

Su sepulcro brilla con todos los resplandores de la gloria! Angeles brillantísimos, de blancas vestiduras, hacen guardia de honor en la que fué su tumba, y allí donde antes era entonan con divino entusiasmo el *Hossana* de la inmortalidad.

Allí fué vencida para siempre la muerte.

Allí nació incorruptible el árbol de la vida.

Allí verán convertirse en lágrimas de gozo sus dolorosas y sentidas lágrimas, los amigos del Dios humanado muerto muy poco antes.

Allí recordarán gozosos sus promesas: allí verán maravillados el cumplimiento fiel de sus portentosas palabras.

Resucitó Jesus!

Llenaos de alegría, criaturas todas, que en su muerte vestisteis el lúgubre hábito de los que lloran.

Y tú, naturaleza, que con divina elocuencia cantas las glorias de tu Dios, haz que se conmueva en lo más íntimo la tierra, y celebre entusiasta la mas grande victoria!

II.

La Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo es el compendio de sus glorias: la consumacion de las glorias del mundo.

Ya se ha levantado por su propia virtud, lleno de vida, radiante de gloria, victorioso, el que poco antes espiraba en las ignominias y dolores de la cruz!

Ya fueron revestidos del don preciosísimo de impassibilidad aquellos miembros benditos, clavados por nuestro amor en el madero de la cruz!

Ya nunca morirá el que diera lleno de amor su vida por salvarnos!

Ya tiene humillada á la muerte.

Ya ha confundido, resucitando, á los que en son de burla le pedían bajara de la Cruz?

Insensatos judíos!

De qué os sirvieron vuestras precauciones? qué valieron vuestros custodios del sepulcro? qué el sello con que grabásteis la losa de la tumba?

Pasó la hora de Satanás y llegó felizmente la hora bendita del Señor!

Pasó el combate: llegó la hora del triunfo.

Rey inmortal de los siglos, gloria á Ti!

Vencedor de la muerte, Libertador del mundo, *Hossana* á Ti, que humillaste á nuestro jurado, é irreconciliable enemigo.

La Cruz de tu ignominia se ha convertido en el cetro de tu poder irresistible!

Tu Corona de espinas, en diadema de celestial y divina autoridad.

Tus Sudarios son tesoros del mundo: tu Sepulcro gloria de la humanidad, y tus Llagas resplandecientes señales del combate.

Tu Muerte hizo nuestra felicidad; tu Resurreccion nuestra gloria.

Tu Muerte nos mereció la gracia y la virtud: tu Resurreccion nos pone en posesion del Reino.

En pos de Ti resucitarán los Santos, á participar de tu gloria.

En pos de Ti se levantarán del humillante y vil estado que que tirana, los pusiera la muerte.

Tu Resurreccion ha hecho vestirse de oro y grana la hermosura del cielo; ha hecho saltar de gozo á la desgraciada humanidad, que vertía lágrimas sin consolacion en este destierro tantos años hacia; ha hecho estremecerse de furor de espanto al infierno y á sus infelices moradores.

Ya no correrán amargas y estériles, las lágrimas de los afligidos.

Ya tendrán libertad de divisar su Patria tantos desterrados al poder contemplar con esperanza la hermosura del cielo.

Ya se santificó el trabajo, santificada y glorificada la Cruz. Ya vive El que la humanidad lloraba muerto!

Aleluya, dice entusiasta la Iglesia: aleluya repiten los ángeles y la inmensidad.

III.

María participaba de la gloria de Jesus.

Habia apurado con El, el cáliz amargo de sus dolores, ahora es partícipe de su felicidad inenarrable.

Enjuga, ya, Virgen amabilísima, tus llorosos tristísimos ojos.

Deja de contemplar el furor de la muerte y ve á tu Jesús resucitado y victorioso.

Son sus Heridas manantiales de luz suavísima é indefinida.

Su Rostro, antes tan triste, se ostenta ahora majestuoso sereno, apacible, dulcísimo y glorioso.

Todo celebra su victoria.

Todo, Virgen amabilísima, Lo proclama su Rey!

Mira cómo se acerca á Tí, lleno de amor filial, tiernísimo

incomparable, á evangelizarte por Sí mismo, su gloria y tu felicidad.

Mira cómo viene á calmar tus dolores y á recoger tus lágrimas.

Mira cómo viene á recrearte con su amable presencia.

Oh Maria! Oh Madre! Oh Mujer misteriosa, para siempre bendita!

Qué bien recompensa tu divino Hijo tus inmensos dolores, con su aparicion santa!

Tú lo acompañaste, gimiendo cerca de su cruz!

El viene á que lo acompañes en su victoria!

Paga con su amor inmenso tu inefable, finisimo amor.

Jesus Te cubre con su gloria!

Jesus, en el momento de su santa Resurreccion, Te hace ver claramente el Rostro infinito de Dios.

Qué alegría tan suave, tan dulce, tan indecible inunda tu alma!

Qué amor de Dios tan perfecto experimentas en tu corazón santo!

Qué felicidad, tu felicidad, Virgen Maria!

Cuánta es tu gloria!

Los Apóstoles, antes tristes y desfallecidos, se alegran ahora y fortalecen!

Resucitó como lo dijo!

No lo humilló la muerte!

Su sepulcro es glorioso!

El lo precede á Galilea.

El se les aparece frecuentemente y sigue evangelizándoles el Reino de Dios.

El sigue consolándolos, fortaleciéndolos santificándolos.

El sigue tratándolos como á sus amigos, como sus hijos muy queridos.

El les paga con goces dulcísimos, sus sufrimientos.

El les dá, por su amor, la santa é inefable recompensa de su ternura.

Y los Apóstoles se sienten trasportados de júbilo.

El triunfo, la victoria de su Maestro, es su propia victoria.

Y tú, alma piadosa, que haz contemplado la Resurreccion de Jesucristo, ¿no experimentas dulzuras suavísimas?

¿No cel-bras entusiasta, con todo el fervor de tu espíritu, una santa victoria?

¿No te sientes muy feliz por este triunfo?

¿No quisieras haber visto la gloria de tu Resucitado Salvador?

¿No quisieras haber visto el rostro radiante de aquellos ángeles de blanca vestidura?

¿No quisieras haber contemplado la alegría y regocijo de los discípulos que tanto amaban á Jesus?

¿No quisieras haber adorado á María, gozosa de la Resurreccion?

La Resurreccion de Jesucristo está circundada de Gloria.

Para cantarla era preciso pedir á los ángeles sus arpas de oro.

La Natividad fué anunciada á los Pastores y á los Reyes.

La Resurreccion, á los Discípulos, á Pedro, á las santas mujeres y á María.

Se necesitaban almas así de perfectas, para conocerla y celebrarla dignamente.

Los Discípulos, Pedro, las santas mujeres, María!

He aquí almas que amaban á Jesus vehementísimamente.

Hé aquí los primeros conocedores de su Resurreccion.

Hé aquí el coro magnífico, ardiente y sentimental, que habia de contestar unisono al coro de los ángeles.

¿Quién, alma mia, quién te diera, sentir algo el gozo suyo inefable y divino, que difunde en el alma la Resurreccion?

¿Quién te diera contemplar el gozo purísimo de todos los amantes de Jesus, en este sublime y glorioso misterio?

Mi Jesus Resucitado, gloria á tí!

Tu Resurreccion llena mi alma de inefable dulzura!

Yo celebro tus triunfos inmortales!

Justo, muy justo es que seas así glorificado.

Tu Resurreccion me dice que yo tambien, despues de pasar

por las humillaciones de la muerte, me levantaré para reinar contigo.

Tu Resurreccion es el cimiento de mi Fé.

Tu Resurreccion es mi Esperanza.

Tu Resurreccion endulza las amarguras de mi vida!

Oh santa Resurreccion!

Oh gozos inefables.

Oh victoria!

Oh Jesus!

Oh María!

¿Cuán grandes, cuán amables, apareceis á la luz de la gloria.

SEGUNDO MISTERIO.—DE LA ADMIRABLE ASCENSION DEL SEÑOR A LOS CIELOS.

Cuarenta dias despues de su santa Resurreccion estuvo Nuestro Señor Jesucristo apareciéndose á sus Apóstoles, para confirmarlos en la Fé y darles mas y mas saludables enseñanzas y profundas demostraciones de su amor.

Sus delicias, estaba escrito, son estar con los hijos de los hombres

Empero, habia de llegar un dia en que les diese por último el consuelo de verlo.

Habia de llegar una hora, en que dándoles su última mirada y bendiciéndolos, lleno de amor, se levantara en los aires por su propia virtud y ascendiera á los Cielos.

Os conviene que Yo me vaya, decia lleno de amor y de ternura. Si no me fuera, el Paráclito no vendria á vosotros; pero si Me voy, Ló enviaré.

Todo tiene su término en este valle de perpetuas lágrimas, donde los gozos parecen apariciones encantadas!

Pasaron los dias de gloria, en que vicran los santos Discípulos la gloria de su Maestro.

Y cuán pronto!

Al verlo triunfante, debian decir, escuchando sus palabras de amor: Cuán bueno era quedarnos aquí!

Al gustar la dulzura de sus palabras, al disfrutar de sus

ternuras, al contemplar su gloria, debian experimentar algo tan incomparable, que la pluma no alcanza á expresarlo.

Lo que podemos decir, es que aquellos dias sobrepujaron por sus maravillas á los anteriores, con ser tan portentosos.

Santos Apóstoles y Discipulos amados del Salvador, id á pos Suya.

Recoged sus palabras, guardad en vuestros nobles corazones el perfume suavísimo de sus amores.

Id con vuestro Maestro celestial, id como en otro tiempo

Olivet, monte de grandes y profundos misterios de amor.

Id, no temais

Esa montaña, testigo tantas veces de sus santas vigili-
as, sus fervientes oraciones, de sus suspiros, de sus lágrimas y su agonía dolorosa, va á serlo de sus glorias.

Montaña bendita, trono de la gloria del Redentor, salud!

Aquí, á la sombra de tus corpulentos olivos, sobre tus duras rocas, vamos á contemplar la gloriosa Ascension del Salvador.

II

Considera, alma piadosa, á tu Divino Salvador en los últimos momentos de estar en la tierra.

Un poquito y la tierra ya no Ló verá.

Con cuánta ternura, con cuánto amor Ló ve por último!

Está rodeado de los que Ló amaban.

Allí están sus Discipulos, que con grande atención oian sus salvadoras enseñanzas.

Allí están aquellas santas, heroicas mujeres que se acercaron á su Cruz!

Allí está aquella gloriosa mujer, que tanto lo amara!

Aquella que fué muy presto á llorar cerca de su Sepulcro.

Allí está Juan el Discipulo amado: el que dormia sobre su corazon; el que tenia por Madre á la Madre bendita de Jesus.

Allí, Pedro, el intrépido y valeroso Pedro, el Discipulo que amaba mas á Jesucristo, el Jefe, la Piedra fundamental de la Iglesia.

Y... allí Maria, la dulce la angelical, la amabilísima Maria

Allí están!

Van á recibir las últimas miradas de Jesus.

Van á verlo por último.

Van á acompañarlo, van á seguir los últimos pasos que dieron en el mundo: van á recibir por último sus divinas lecciones, van á ser testigos de su gloria; y regar con sentidas lágrimas de admiracion aquel lugar bendito en que Jesus se despidiera de este mundo!

Los que teneis un corazon sensible, los que teneis una alma viva, ponderad el sentimiento de todos aquellos grandes corazones!

Ya doblan reverentes su rodilla, para recibir la bendicion de Jesucristo!

Ya Ló ven tristes y admirados elevarse en los aires!

Ya Ló ven despedirse de Ellos, parte muy viva de su corazon!

Ya está lejos, la Vida de sus almas!

Ló siguen con la atónita mirada!

Ló siguen, por disfrutar de su amable presencia!

Lo siguen.....

Ah! una nube viene á robarles su presencia!

Ya no le ven.

Sus ojos están clavados aun en el cielo.

Solo allí creen encontrar la luz!

Solo allí creen encontrar la dicha.

La tierra..... es muy oscura..... muy infortunada.....

Treinta y tres años antes, un Angel y despues otro le habian anunciado su dicha.

Esa dicha se habia pasado.....

Apagádose habian en este momento los brillantes resplandores de aquellos anuncios!

Ya Jesucristo no era uno de sus habitantes.

Nuevos Angeles aparecen sobre la cumbre de la Montaña, para decir á los espectadores que era tiempo de salir de su éxtasis.

Todo estaba concluido!

Ya no volverian á ver á Jesucristo, hasta el fin de los siglos,

Ya no volverían á verlo, hasta el gran día de su justicia, en que vendrá á juzgar al mundo, con la majestad misma con que saliera de él!

Todo estaba concluido!

Qué dolor!

Jesucristo había ascendido á los cielos!

Qué gloria!

Qué felicidad!

La tierra no era digna de que morara en ella para siempre.

III.

Hemos visto la despedida del mundo!

Hemos visto cómo fué arrancado de enmedio de los que amaba nuestro amantísimo Jesús.

Hemos podido conocer, porque El mismo lo dijo, y porque así lo sugiere la piedad que no nos deja huérfanos.

De tal modo se va, que queda siempre con nosotros.

Nos niega su presencia visible, para dar lugar al aumento de nuestra fé, á la fineza de nuestro amor.

Enjuguemos nuestras lágrimas: Jesús está muy cerca de nosotros.

Podemos visitarlo siempre!

Ha querido negarnos su presencia visible, para concedernos la sacramental!

El cielo nos parece muy léjos; pero los santuarios de la tierra no lo están.

Allí podemos dirigir nuestros pasos.

Está en la tierra Jesucristo!

Está mirando nuestros males, siendo testigo de nuestras lágrimas y de nuestros suspiros!

Está remediándonos y consolándonos!

Aquí, aquí en esta tierra tan oscura, tan cruel, está el dulce Amigo de nuestro corazón.

Ya no lloremos!

Celebrémos gozosos su triunfo!

Subió al cielo, despues de santificar la tierra!

Subió, y millares y millones de almas benditas, que desde Adán, hasta ese momento venturoso se habían santificado por sus méritos, participaban de su triunfo!

Salían del triste valle de las lágrimas, de las oscuras mansiones del infierno, al país dichoso de la felicidad, á la region brillante de la luz.

Qué himno. el himno de su triunfo!

No percibes sus sentidas y nobles armonías?

No veis cómo los Angeles, aun los mas encumbrados, salen gozosos á recibir en triunfo á Jesucristo y á rendirle, felices, vasallage?

No veis batir palmas á los venturosos moradores de la eterna, felicísima, Sion?

No ves, alma piadosa, el inefable gozo de las Tres Santas Personas?

El cielo y la tierra están reconciliados!

Jesucristo hombre, verdadero hombre, humillado voluntariamente en la muerte, reina para siempre, por siglos eternos, en el cielo!

Satanás! de qué te sirve tu furor?

Muere, muere de rabia, al pié de la Cruz, trono de la victoria, centro del triunfo del Dios Hombre.

Cuán grande es tu humillacion!

Bien la merece tu infernal orgullo!

Satanás fué humillado, la humanidad exaltada, Jesucristo proclamado Rey inmortal, de la gloria.

Todo esto, Virgen Santísima, no te es extraño, es tu gloria, la proclamacion de tu grandeza.

Goza, Virgëñ Maria, goza las inefables dulzuras de tu felicidad.

Goza, Tú que tanto y tan dolorosamente lloraste en la tierra. Este gozo es, no lo dudes, el fruto de tus lágrimas!

IV

La Humanidad Santa de Jesús ya está en el Cielo.

Ya brilla con aquellos resplandores que solo es dado mirar en el cielo.

Ya proceden de sus divinas llagas torrentes de suave e indeficiente luz!

Ya está haciendo las delicias del Paraiso!

Ya está oyendo, entre los trasportes del júbilo mas puro, voz dulcísima del Padre celestial, que le dice, lleno de amor: Tú eres mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias.

Ya está viéndose Rey de la gloria!

Qué te parece, alma piadosa?

Jesucristo, Rey soberano del cielo y de la tierra!

Amó la justicia, y aborreció la iniquidad, por eso, en todos, lo ungió el Señor con el óleo suavísimo de la eterna alegría.

Es el Rey de la gloria!

Por eso es tan dulce su nombre bendito.

Por eso es tan suave y delicioso pensar en su amabilidad.

Por eso basta fijar en El nuestras miradas, para que nazca la esperanza.

Allí, á la diestra de su Padre, con todo su Poder, en igualdad de Gloria y Majestad, reinará para siempre.

Todos sus enemigos están bajo sus piés.

A pesar de su furor, El los conculca.

Satanás está bajo sus piés divinos!

Y luego, todos los hombres soberbios, y todos los sensuales y todos los ímpios, y todos los necios..... todos Le están sometidos.

Nadie puede prevalecer contra su infinita Majestad.

Qué importa, que en su locura quieran ultrajarlo?

Qué importa, que vuelvan su furor contra su cuerpo misterioso de la Iglesia, si ella tambien es invencible?

Qué importa?

Ni Judas el traidor, ni Arrio el pérfido, ni Lutero el apóstata, ni Voltaire el ímpio, nadie, nadie, llegará á vencerlo.

Reina y reinará para siempre, Jesucristo!

Felices los que le sirven con fidelidad.

Desgraciados, sus perseguidores!

Señor, amabilísimo Señor, mi Rey, mi Padre, mi dulce Salvador, yo vil criatura, celebro entusiasta tu victoria!

Yo me siento enagelado de gozo.

Yo quisiera morir de la santa alegría que me inspira tu triunfo.

Ojalá y todos conocieran tu grandeza!

Ojalá y vieran todos, á la luz de la Fé, tu Majestad siempre adorable.

Cuán venturosos son tus siervos!

Cuán suave tu yugo!

Cuán amable tu ley!

Y cuán dichosos tus caminos!

TERCER MISTERIO.—DE LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO SOBRE LOS APÓSTOLES.

1.

Al partir de este mundo á su Padre, habia prometido N. S. Jesucristo enviar al Consolador.

Los Apóstoles lo esperan reunidos, en el retiro y la oracion.

La palabra de Jesucristo no podia faltar, y el Consolador vino sobre ellos.

Oyese un ruido impetuoso, y en forma de llamas de fuego que abrasa y que ilumina, déjase ver en sus augustas, venerables cabezas, el Espiritu Santo!

Jesucristo no dejó huérfana á su Iglesia.

El Espiritu de verdad, el Espiritu de ciencia y fortaleza, habia de permanecer con ella para siempre.

Ese dia venturoso sería el de la promulgacion de la Ley Evangélica.

Desde él, quedaria sin efecto, no obligaría la Antigua.

Ese dia ponía fin á aquella Ley grande y sapientísima promulgada en el Sinai con toda la Majestad del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Iba á seguirle el Nuevo Testamento sellado, no con la sangre

de las victimas; sino con la sangre preciosa de Jesus, Dios-Hombre, que se inmolo por nuestro amor.

Los Profetas de noble y venerable aspecto, cedian su lugar a nosotros!

Los Apóstoles, envueltos en los resplandores del Fuego divino. Qué felicidad estar con el Espíritu Santo!

Enviados á todo el mundo, con su cruz en la mano. Qué ventura!

evangelizar á toda criatura, debian hablar el lenguaje de toda AQUI, en esta tierra maldecida, donde moran como en su tabernáculo tantos malos espíritus; aqui donde Satanás, ángel de toda verdad, que ha de poner en sus labios palabras ebeldes, tiene su trono y sus ministros: aqui, donde están los invencible sabiduría, los hace desde luego hablar en diversas lenguas, y para colmo de admiracion, hace que hombres de todas lenguas simultaneamente entiendan su discurso. ¡Oh poder maravilloso del Espíritu Santo!

Hace que se levanten fuertes, ellos tan débiles y cobardes antes.

Hace que la Iglesia se propague desde luego.

Y cosa admirable! dos solos discursos de Pedro convierten á la Iglesia ocho mil hijos.

¡Oh poder maravilloso del Espíritu Santo!

Oh fuego abrasador!

Oh virtud invencible!

II.

Desde entonces el Espíritu Santo está en el mundo.

Desde entonces rige y gobierna la Iglesia.

El Espíritu Santo! El término inefable del Amor infinito con que el Padre y el Hijo eternamente se aman!

El Espíritu Santo, que en los primeros dias del mundo majestuosamente era llevado sobre las aguas!

El Espíritu Santo, que habló por los Profetas, que con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado.

El Espíritu Santo!

El Consolador!

El que había de enjugar las lágrimas vertidas por la Iglesia en las persecuciones!

El que había de habitar en las almas, siendo para ellas sabiduría, entendimiento, temor santo de Dios!

El Consolador, que con gemidos inenarrables pide por

nosotros!

Qué felicidad estar con el Espíritu Santo!

Qué ventura!

Aqui, en esta tierra maldecida, donde moran como en su tabernáculo tantos malos espíritus; aqui donde Satanás, ángel de toda verdad, que ha de poner en sus labios palabras ebeldes, tiene su trono y sus ministros: aqui, donde están los invencible sabiduría, los hace desde luego hablar en diversas lenguas, y para colmo de admiracion, hace que hombres de todas lenguas simultaneamente entiendan su discurso. ¡Oh poder maravilloso del Espíritu Santo!

Este mundo indolente, y que no conoce el verdadero amor, debía ser abrasado por las llamas indeficientes del divino amor!

La Iglesia tenia que purificarse en su sangre, y para que se purificara, el Espíritu Santo había de purificar esa sangre.

El había de ser la fortaleza de los mártires.

La Iglesia había de florecer con la balsámica y pura flor de pureza, y el Espíritu Santo era quien le había de dar esa virtud!

La Iglesia había de brillar por la profundidad, extension y celestia sabiduría de su doctrina, y el Espíritu, que había de ser el esplendor de su doctrina, debía poner su luz divina en la cabeza de sus Doctores, de sus Sabios benditos é inmortales!

El Espíritu Santo había de vencer á Satanás!

Había de vencer al peligroso espíritu del mundo.

Había de dar al hombre el don precioso de vencerse así mismo.

Había de tomar la humanidad en alas de su amor y por accesibles, inmensas regiones, llevarla al país de la inmortalidad.

Qué sería del mundo sin el Consolador?

III.

La Iglesia recibió entusiasta al Espíritu Santo.

Lo saludó llena de gozo, en medio de su admiracion, y desde entonces se sintió mas fuerte.

La Iglesia ama al Espíritu Santo!

Ella recibe con fidelidad sus inspiraciones benditas!

Ella, bajo la influencia suya, forma y alimenta á los santos

El mundo se convirtió en la Iglesia.

Aquel que tanto aborrecia á Dios, se hizo su ardiente adorador.

Cayeron los ídolos, que usurpaban el culto de Dios que envilecían al hombre, y se levantó grande, poderoso y nobilísimo el culto verdadero.

Ya se adora al verdadero Dios.

Ya se oyen resonar doquiera sus alabanzas.

Ya los hombres, abyectos poco habia, se sienten por la gracia capaces de imitarlo.

La Iglesia secunda por la gracia las divinas inspiraciones.

Nada teme.

Lleva al Espíritu de Dios.

Nada le parece imposible.

Se siente animada por la Omnipotencia.

Pasó y pasará, colmando al mundo de felicidades.

Su Espíritu es el Espíritu del bien, el Espíritu Santo.

María estaba con los Apóstoles como su Maestra soberana y apoyo firmísimo, Ella, que en la Encarnación del Verbo Divino habia recibido al Espíritu Santo, Lo recibe de nuevo y se goza se llena de satisfacción al recibirlo.

Qué gozo tan incomparable!

Recibir al Espíritu Santo!

Hacer que lo reciban los Apóstoles á quienes tanto amaba.

Cerca de María y por su poderosa mediación, Lo recibían.

Junto á Ella está el Consolador!

IV.

Oh Dios mio!

Cuán bueno eres!

Cuán amable!

Nos diste á tu Unigénito! nos Lo diste de tal modo, que tal punto llegó tu amor, que quisiste fuera inmolido por nosotros.

Y luego, enviaste al Espíritu Santo, para que permaneciera con nosotros hasta la consumación y hasta el fin.

Ya no hay razón para estar triste, para llorar amargamente sin consuelo.

Los antiguos tenían razón para llorar!

Ellos con todo y ser algunos, grandes santos, desearon ver lo que vemos nosotros, y no lo vieron!

La virtud ya no está desterrada del mundo.

Las desgracias ya tienen lenitivo.

Ya están convertidas por el contacto de la Cruz en dichas verdaderas.

Ya dijo Nuestro Señor Jesucristo y el Espíritu Santo lo consignó en los libros divinos y lo escribió en los corazones:

Bienaventurados los que lloran.

Ya el alma, que antes agitada de un vértigo fatal vagaba de objeto en objeto, reclamando en vano el amor de su Dios, ha encontrado al objeto de su amor!

Ya todos los cuerpos de los hombres son templo, lugar bendito del Espíritu Santo!

Ya el Espíritu Santo está en nosotros!

Ya no parece extraño que la caridad arda tan vivamente en muchos corazones.

Ya no parece extraño que los devore el zelo de la casa de Dios, y en busca de almas, deseando glorificar á Dios, se lanzen á incógnitas y remotas regiones.

Ya no parece extraño que se retiren al desierto, y desprendidas del mundo, pasen la vida en comunicación estrecha y familiar con la Divinidad.

La virginidad es producto natural del Espíritu Santo!

La santidad su efecto preciosísimo!

La caridad su aureola brillantísima.

Lo que sorprende es que haya hombres tan perversos, que lo menosprecien y que lo odien!

Que se opongan á su santo reinado!

Lo que admira es que haya pecadores!

Oh Espíritu Divino!

Oh Consolador!

Oh Padre de los pobres!
Oh Gozo! oh Luz de nuestras almas! nunca te apartes de nosotros!

Son tan suaves, tan dulces tus arrullos!.....

Hay tanta felicidad en tu compañía!.....

En nuestra vida, en nuestros dolores, en nuestras dichas, en nuestra muerte.....

Espíritu divino, Consolador, alientanos!

Espíritu Divino, gloria á Ti!

CUARTO MISTERIO.—DE LA ASCENSION DE LA SANTISIMA VIRGEN A LOS CIELOS.

I

Los años dichosísimos que la Santísima Virgen sobrevivió la promulgacion de la Ley Evangélica, se deslizaron suavemente y fueron para la Iglesia, con todo y sus grandes trabajos demasiado breves.

Tener á Maria, es estar en posesion de la alhaja, del tesoro mas rico de Jesus.

Tener á Maria, es estar en posesion de quien lo representaba en sus nobles y majestuosas formas, en sus celestiales, divinas perfecciones.

Tener á Maria, es tener viva la historia y los discursos de Jesus.

En suma, tener á Maria, es tener la Fé, la Esperanza, Amor, todas las virtudes, todos los dones del Espíritu Santo. Aquellos dias, aunque tan azarosos, fueron dias de ventura y dias de gloria.

Los primeros tiempos del Cristianismo fueron tiempos heroicos.

Por eso Maria, fuente del heroismo, vivió en ellos.

Debían entonces sembrarse con la palabra y el ejemplo, las fecundísimas semillas de todas las virtudes.

Debía con santa humildad hacerse brillar entre las tinieblas

de aquel mundo infame, todo corrupcion, la luz purísima de las buenas obras que glorifican al Padre celestial.

Maria sembró esas virtudes.

Maria encendió en el mundo esa luz que nunca se ha apagado.

Pensar en Jesucristo es olvidarse del mundo.

Pensar en Jesucristo es consagrarse á Dios.

Pensar en Jesucristo es amarle.

Maria nunca pudo olvidarse de la Niñez y de la vida oculta de Jesus.

Ellas hacían las santas delicias de su vida.

Ella recordaba con la mística tristeza, con que alegremente se recuerdan los hechos ya pasados.

Brillaba siempre ante sus ojos el semblante dulcísimo del Niño Jesus.

¿Cómo podría echar en olvido sus gozos dulcísimos de Madre? Jesus, Jesus Niño con toda su dulzura, con toda su amabilidad, le pertenece.

¿Cómo echarlo en olvido?

Menos podía olvidar la vida pública del Salvador.

No podía quitar de su memoria tantos portentos obrados al imperio de su santa palabra: tantas enseñanzas destinadas á cambiar para siempre las obras y los sentimientos del mundo; tantos ejemplos de las virtudes mas grandes y mas dulces.

Y la Pasión.....! y la Muerte de su divino, amabilísimo Jesus, cómo había de dormir en el olvido?

La Pasión..... la Muerte..... con toda su Majestad, con toda su ternura, con todo lo que decir pueden al entendimiento mas sublime, al corazón mas tierno, estaban siempre allí fijos en su memoria.

La Resurrección..... la Ascención..... la Venida del Consolador..... todo, todo estaba fijo en la memoria de Maria.

Su alma bendita era el Portal de Belén con todos sus gozos inefables.... el Calvario con todas sus ternuras..... el Sepulcro glorioso de Jesus, con todos los rasgos de su divina luz!

Su vida toda culto, toda perfección, toda incomparable santidad.

Oh Padre de los pobres!
Oh Gozo! oh Luz de nuestras almas! nunca te apartes de nosotros!

Son tan suaves, tan dulces tus arrullos!.....

Hay tanta felicidad en tu compañía!.....

En nuestra vida, en nuestros dolores, en nuestras dichas, en nuestra muerte.....

Espíritu divino, Consolador, alientanos!

Espíritu Divino, gloria á Ti!

CUARTO MISTERIO.—DE LA ASCENSION DE LA SANTISIMA VIRGEN A LOS CIELOS.

I

Los años dichosísimos que la Santísima Virgen sobrevivió la promulgacion de la Ley Evangélica, se deslizaron suavemente y fueron para la Iglesia, con todo y sus grandes trabajos demasiado breves.

Tener á Maria, es estar en posesion de la alhaja, del tesoro mas rico de Jesus.

Tener á Maria, es estar en posesion de quien lo representaba en sus nobles y majestuosas formas, en sus celestiales, divinas perfecciones.

Tener á Maria, es tener viva la historia y los discursos de Jesus.

En suma, tener á Maria, es tener la Fé, la Esperanza, Amor, todas las virtudes, todos los dones del Espíritu Santo. Aquellos dias, aunque tan azarosos, fueron dias de ventura y dias de gloria.

Los primeros tiempos del Cristianismo fueron tiempos heroicos.

Por eso Maria, fuente del heroismo, vivió en ellos.

Debían entonces sembrarse con la palabra y el ejemplo, las fecundísimas semillas de todas las virtudes.

Debía con santa humildad hacerse brillar entre las tinieblas

de aquel mundo infame, todo corrupcion, la luz purísima de las buenas obras que glorifican al Padre celestial.

Maria sembró esas virtudes.

Maria encendió en el mundo esa luz que nunca se ha apagado.

Pensar en Jesucristo es olvidarse del mundo.

Pensar en Jesucristo es consagrarse á Dios.

Pensar en Jesucristo es amarle.

Maria nunca pudo olvidarse de la Niñez y de la vida oculta de Jesus.

Ellas hacian las santas delicias de su vida.

Las recordaba con la mística tristeza, con que alegremente se recuerdan los hechos ya pasados.

Brillaba siempre ante sus ojos el semblante dulcísimo del Niño Jesus.

¿Cómo podría echar en olvido sus gozos dulcísimos de Madre? Jesus, Jesus Niño con toda su dulzura, con toda su amabilidad, le pertenece.

¿Cómo echarlo en olvido?

Menos podía olvidar la vida pública del Salvador.

No podía quitar de su memoria tantos portentos obrados al imperio de su santa palabra: tantas enseñanzas destinadas á cambiar para siempre las obras y los sentimientos del mundo; tantos ejemplos de las virtudes mas grandes y mas dulces.

Y la Pasion.....! y la Muerte de su divino, amabilísimo Jesus, cómo había de dormir en el olvido?

La Pasion..... la Muerte..... con toda su Majestad, con toda su ternura, con todo lo que decir pueden al entendimiento mas sublime, al corazón mas tierno, estaban siempre allí fijos en su memoria.

La Resurreccion..... la Ascencion..... la Venida del Consolador..... todo, todo estaba fijo en la memoria de Maria.

Su alma bendita era el Portal de Belén con todos sus gozos inefables.... el Calvario con todas sus ternuras..... el Sepulcro glorioso de Jesus, con todos los rasgos de su divina luz!

Su vida toda culto, toda perfeccion, toda incomparable santidad.

Al partirse del mundo Jesucristo habíala hecho heredera de toda su ternura.

El había dicho: «Venid todos los que trabajais y estais cansados.» Maria constituida Madre de los cristianos, pudo decir: «Yo soy la Madre del amor hermoso, del temor y de la santa esperanza: En Mi están todos los caminos de la gracia: en Mi toda la esperanza de la vida y de la virtud.»

Qué vida, la vida de Maria!

¿Quién podrá iniciarnos en el secreto maravilloso de sus adorables perfecciones?

¿Quién, quién podrá descubrirnos sus éxtasis maravillosos, sus oraciones tiernas y sentimentales, sus rendidas, perfectísimas acciones de gracias?

Al ser constituida Madre de Dios y cuando visitó á Isabel, reconoció que Dios le había engrandecido con todo su poder: ¿qué diría al desenvolver en tantos años los secretos de su admirable predestinación?

Las almas grandes todo lo ven, con grandes proporciones. Maria todo, todo lo veía, lo sentía como en sí era lleno de grandeza.

Par eso se anegaba en el piélago de la grandeza del Señor.

Per eso su vida fué tan santa.

La vida de Maria es verdaderamente incomparable!

II

Dios había puesto sus complacencias en Maria.

«Toda eres hermosa, amiga mia, paloma mia, toda eres hermosa y en Ti no hay la menor mancha.

Como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas.

Ven del Libano, amiga mia, hermosa mia, esposa mia.

Ven y serás coronada.»

Estas y otras mil expresiones bíblicas manifiestan el amor de Dios á tan noble y santa mujer.

La tierra no debía poseerla para siempre.

Aquella mujer venturosa, cuya natividad anunció gozo á todo el mundo, debía salir de él.

Dios había de llevarla junto á Si para darle el galardón de sus virtudes, para ceñirle la rica, brillantísima corona que había conquistado con sus lágrimas.

El cielo la reclamaba como á su ausente soberana.

Estaba en cierto modo envidioso de la tierra.

Suspiraba por su muerte bendita que sacándola del triste y oscuro valle del dolor la llevara á la mansion eterna de la luz.

Los días pasaban.

Llevaban en su rápido curso la felicidad de la tierra.

Se deslizaban velozmente como se deslizan fugaces las horas de ventura.

Maria había de morir! Aquella luz brillantísima que alumbraba á la Iglesia con sus rayos, había de apagarse algún día.

Ese día se acercaba.

Maria había de morir!

Qué verdad tan amarga para sus hijos amantísimos.

Qué presentimiento tan doloroso!

Habían de perder á su Madre.

Habían de separarse de la que era en el mundo su consuelo y su apoyo.

Habían de quedarse nuevamente en la orfandad.

Maria había de morir!

III

La muerte proporcionaba á Maria la satisfacción dulcísima de imitar á Jesus.

Podía mediante ella entregar su espíritu en las manos del Padre.

La muerte le abría las puertas del Paraíso lugar de su descanso, refrigerio de su alma, trono de su grandeza, premio de sus virtudes.

La muerte la trasladaba á la mansion bendita de la paz, donde deseosos de glorificarla para siempre estaban los antiguos Patriarcas, los Santos Profetas, los mártires, las Virgenes.

La muerte la llevaba á hacer compañía eterna á su bendito Hijo.

La muerte le era dulce!

Con todo, dejaba en el mundo á la naciente Iglesia regada con la sangre del Cordero.

La dejaba llorando por las persecuciones.

Llorando por la dureza de los combates.

Llorando sobre todo por su muerte.

Dejaba á los Apóstoles tan fieles, tan ardientes, tan nobles, tan santos.

Dejaba á los nuevos cristianos, á quienes consolara y fortificara su presencia.

En este sentido la muerte le era amarga.

Sin embargo, Maria acepta la muerte.

Maria la saluda gozosa y sin dolor, y habiendo bendecido á los Apóstoles, maravillosamente conducidos de lejanas tierras, Maria, la amabilísima Maria cierra sus ojos adorables, bellisimos, á la luz de este mundo y entrega su espíritu al Señor.

Se escuchan en su muerte las inauditas armonías de los coros angélicos.

Se respiran las fragancias del Paraiso.

Se ven brillantes los rayos de la luz celestial.

Los Apóstoles.....

Ah! los Apóstoles lloran.....

Han quedado sin Madre.....

La Iglesia..... está de triunfo porque la muerte es á sus ojos el nacimiento de sus hijos.

La Iglesia no rehusa engalanarse con el traje y hermosura del cielo.

Cerca del cuerpo bendito de Maria, relicario sagrado de su espíritu, velan los Angeles de Dios, y los santos discipulos de Jesucristo.

La tierra y el cielo hacen juntos, honores á Maria.

Qué muerte tan dichosa!

La muerte se encuentra en consonancia con la vida.

Así, solo así debia ser la muerte de Maria.

Murió la Madre amabilísima del os cristianos.

Murió la dulce Madre de Jesus.

Murió..... su alma bendita fué á recibir el premio debido á sus virtudes.

Y su cuerpo santo, libre de la corrupcion, bien presto vuelto á la vida, pero á una vida inmortal y gloriosa, fué trasladado al cielo.

Maria no debia corromperse en el sepulcro.

Maria resucita!

Maria fué llevada á los cielos!

Así, así debia ser!

Dios es grande, magnífico, liberal en sus obras.

Qué triunfo, el triunfo de Maria!

Se levantó como la aurora, hermosa como la luna, y terrible como un campamento en órden de batalla y dejando la triste cárcel de las lágrimas fué á morar en la mansion de la alegría.

El cielo abrió sus puertas de diamante y la ciudad hermosísima, mas brillante que el oro pulido, la ciudad de que Dios es el templo, recibió entusiasta á la que en la tierra habia alcanzado mil victorias.

No oyes alma piadosa, cómo victorean entusiastas á tu Divina Madre, los moradores del Empireo?

No ves, cómo su Muerte y su Asuncion santa hacen llover sobre la tierra los favores divinos?

No ves en espíritu el triunfo de la sin par, amabilísima Maria?

Oh Maria, cuán grande eres!

Cuán incomprendible tu gloria!

Cuán sin medida tu amabilidad!

Cuán fuerte tu poder!

Oh Maria!

Oh Reina!

Oh Madre!

Bendita para siempre!

[Jesus se goza en recibirte.

Jesus, tu Hijo, se goza en darte mil y mil testimonios de su amor.

La Trinidad augusta te recibe gozosa!

Así te recompensa Dios.

Feliz, Virgen María, feliz mil veces Tú!

QUINTO MISTERIO.—DE LA CORONACION DE LA SANTISIMA VIRGEN COMO REINA DE TODO LO CREADO.

Vamos, alma cristiana, á entrar en la vida gloriosa de María. Quiéres cantar sus glorias?

Pide á los ángeles sus harpas de oro, al cielo todo sus armonías divinas.

María ha sido constituida Reyna de todo lo creado.

La naturaleza con su inimitable hermosura, con sus encantos indefinibles, con sus bellezas, con su sencillez, con su sublimidad le está sujeta.

Es su Soberana.

Y allá, en el orden sobrenatural, en la comunicacion con Dios, en lo que hace la dicha eterna de los bienaventurados María, la dulce, amabilísima Maria, es tambien la Soberana.

Quién, entre las criaturas, llegará á igualársele?

Quién?

Dios la engrandeció.

Se complació en engrandecerla, en exaltarla.

Brillante corona ciñe sus sienes hermosísimas, para realzar de Ella su belleza.

La viste el traje de los reyes.

Le hacen los honores los ángeles y los santos mas grandes.

Es admirable, sorprendente, magnífico, el orden y nobleza de su corte.

Nunca se vió Reyna mas dulce y mas amable.

Así exalta Dios á los humildes!

María, cuán grande es tu Majestad!

¡Cuán grande, cuán incomparable tu poder!

Eres Reina!

Eres Soberana de los hombres!

Ellos experimentan las gracias de tu santo reinado!

Parece que solo naciste para hacerlos felices.

Eres Reina del cielo y tienes por hijos á los hombres!

A los hon'eres..... tan débiles. tan mezquinos, tan infelices, tan llorosos, tan tristes.....

A los hombres..... á quienes persigue el Infierno con su rabia.

A los hombres, á quienes..... tanto Virgen Santísima, tanto amas!

Cuán desgraciados serian si no reinaras!

II.

El Reyno de María es el Reyno de la Misericordia.

Es casi una felicidad ser miserable, ya que lo es ser vasallo de María.

El Reino de María es reino de gracias.

Nadie se acerca á Ella que no alivie sus males ó aumente con mucho sus venturas.

María reina sobre la Iglesia, cubriéndola con su manto bendito, para que así nada le cause el calor del Infierno.

María reina sobre la Iglesia, dándole en santas inspiraciones las dulces leyes de su amor.

Habla María y la caridad es una ley: ley viva, escrita en el corazon de los hombres, que olvidando su antiguo egoismo, marchan gustosos á inmolarse en los altares del amor.

Habla María, y los hombres antes tan rudos, tan ásperos y tan soberbios, no hallan dificultad en ser humildes como mansísimas ovejas.

Habla María, y los hombres sumidos en la molcie de este mundo, los hombres sensuales y materializados tienen el corazon tan puro como una azucena entre abierta.

Habla, y desapareciendo los instintos de impiedad, se hacen

piadosísimos..... y el mundo se cubre de ciudades piadosas, de monasterios y de templos.

Si se desvia el mundo y amenaza dejar sus antiguas, santísimas costumbres con el trascurso de los años, María siempre ingeniosa con el ingenio del amor, sabe inspirar nuevos medios de consagrarse á Dios y de servirle: sabe dar benéfica la corrección mas oportuna.

Es una Reina tan amable, tan buena, que hasta sus enemigos no han vacilado en elogiarla.

Reina sobre los pecadores, proporcionándoles la gracia de volver á Dios; vertiendo gotas de amargura en el cáliz de sus criminales placeres, haciéndoles sentir con viveza su estado tan funesto.

Y los pecadores se convierten, y María los recibe y constituyéndose su Madre y su Refugio, enjuga sus lágrimas, alivia sus dolores, y derrama en sus almas el bálsamo suavísimo de la Esperanza.

Reina sobre los justos, conservándoles amorosa la gracia de Dios, llevándoles en las ternuras de su devoción, santas inspiraciones que acrecientan sus méritos y, convertidas en lluvia divina, caen sobre el mundo para purificarlo.

Reina María sobre los santos, sosteniendo en sus sienes las coronas riquísimas de la justicia.

Reina sobre la inocencia, preservándola, dispensándole todos los cuidados de su ternura.

Reina sobre la Iglesia, que la aclama y bendice.

III.

Reina en el cielo.

Si, Dios puso en sus manos su poder divino, le dió uno de los rayos de su Majestad, la sentó á la diestra de Jesucristo, y sobre toda grandeza creada, estableció su trono.

Allí está!

Allí permanecerá para siempre!

Nadie le sobrepujará!

Nadie podrá igualarle!

Está en el cielo, haciendo con su presencia dichosos á los justos.

Está intercediendo por las almas fieles, que salidas del mundo, se purifican entre duros tormentos.

Está rogando por el mundo!

Si.

María influye mas en los destinos del mundo que los Reyes, con todo y su poder; que los sabios, con todo y sus sistemas; que los ricos, con todo y sus tesoros!

María encadena al diablo, á quien ni los reyes, ni los políticos, ni los ricos han podido cautivar.

María detiene sus impetus irresistibles.

María detiene el brazo irresistible de la justicia de Dios, que indignada quiere descargar sobre la tierra, y hace que solo le haga sentir la influencia de su infinita Misericordia.

María reina en el cielo, reina en la tierra, reina en el infierno

Quién podrá señalar las fronteras de su reino?

Dios la exaltó!

María es la mas noble creatura, que cuenta y manifiesta la gloria del Creador.

IV.

¡Virgen bendita, María, gloriosísima María, siempre dulcísima y amable!

Lleguen hasta el cielo mis cantares!

Son el himno, de un hijo amoroso á las victorias de su Madre!

Son voz del corazón!

Expresión viva de muy vivo entusiasmo.

María!

Son mas vivos tus rayos, los rayos de tu gloria, que el Sol radiante en todo su esplendor!

Desde el cielo á la tierra todo lo iluminas, todo lo embelleces, todo lo tiñes con el color de tu felicidad.

Las tardes mas bellas, en que las nubes de oro y nacar pintan risueñas un hermoso horizonte, arrebatan, cuando el alma

piadosa mira entre el entusiasmo de su piedad, tu imagen santa iluminar el cuadro.

Y cuando en medio de la noche, braman estruendosas las olas á impulsos de horrenda tempestad ¡cuán consoladora, aparces, Reina de los mares, al afligido navegante, que temia zozobrar!

En los pesares, en los negros pesares, cuando corren hilo á hilo nuestras sentidas lágrimas, te saludamos para encontrar consuelo ¡fuente perenne de la santa alegría!

Y al despedirnos de este mundo, á la luz funeral de la agonía ¡cuán dulce, cuán tierna, cuán consoladora aparece tu Imagen, tu rostro siempre amable!

Mas allá de todas las tristezas y de todos los dolores y de todas las creadas hermosuras, siempre te vemos, Virgen santa.

Allá, entre la luz inaccesible, entre la paz indeficiente de la eterna calma, se descubre tu trono brillantísimo.

Allí reinas, amada siempre y bendecida.

Allí reinas, sostenida por el divino Amor.

Hija predilecta del Padre, Madre verdadera del Hijo, amante Esposa del Espíritu Santo, segura siempre de su amor, reinas en las eternas alturas.

Dios te bendice.

Dios te ama.

La creacion te glorifica y te venera.

Pasaron los dolores, y llegaron la gloria y la felicidad.

Cuán incomparable es tu grandeza!

Cuán brillante tu gloria!

María, dulce María, bendita seas.

CONCLUSION.

La gloria, solo la gloria puede ser el premio de los justos.

La gloria, solo la gloria puede compensar las lágrimas que en el mundo se vierten.

Dios parece complacerse en lo admirable.

Nadie creeria que la gloria habia nacido de la Cruz.

Para el mundo la Cruz es estéril.

Para Dios, fecundísima.

Para el mundo, nada mas horroroso.

Para Dios, nada mas amable.

Con razon la Iglesia la saluda como á la única esperanza.

La gloria!

La Cruz!

Lo que el mundo separa.

Lo que junta Dios.

Los que quereis la gloria, no rehuséis la Cruz.

Jesus, el dulce y amable Jesus, reprendió á Pedro porque queria separar estas hermanas.

La Cruz es el camino.

La gloria el término.

La Cruz es la obra grande de las manos del hombre.

La gloria, la grande obra de las manos de Dios.

La Cruz.

Qué poder!

La gloria.

Qué felicidad!

Todos aman la gloria.

Pocos quieren la Cruz.

La Cruz glorifica á Jesucristo y á María.

La Cruz glorificará al mundo.

Sin Ella es imposible la gloria!

CAPITULO V.

LA SALVE Y LA LETANIA,

Las santas meditaciones que hasta aqui han precedido pueden muy bien arrebatarse el alma.

Tienen tanta virtud los misterios.....

Por eso al llegar á la Salve y al entonar la Letania nos consideramos trasportados, casi enagenados de admiracion.

piadosa mira entre el entusiasmo de su piedad, tu imagen santa iluminar el cuadro.

Y cuando en medio de la noche, braman estruendosas las olas á impulsos de horrenda tempestad ¡cuán consoladora, aparces, Reina de los mares, al afligido navegante, que temia zozobrar!

En los pesares, en los negros pesares, cuando corren hilo á hilo nuestras sentidas lágrimas, te saludamos para encontrar consuelo ¡fuente perenne de la santa alegría!

Y al despedirnos de este mundo, á la luz funeral de la agonía ¡cuán dulce, cuán tierna, cuán consoladora aparece tu Imagen, tu rostro siempre amable!

Mas allá de todas las tristezas y de todos los dolores y de todas las creadas hermosuras, siempre te vemos, Virgen santa.

Allá, entre la luz inaccesible, entre la paz indeficiente de la eterna calma, se descubre tu trono brillantísimo.

Allí reinas, amada siempre y bendecida.

Allí reinas, sostenida por el divino Amor.

Hija predilecta del Padre, Madre verdadera del Hijo, amante Esposa del Espíritu Santo, segura siempre de su amor, reinas en las eternas alturas.

Dios te bendice.

Dios te ama.

La creacion te glorifica y te venera.

Pasaron los dolores, y llegaron la gloria y la felicidad.

Cuán incomparable es tu grandeza!

Cuán brillante tu gloria!

María, dulce María, bendita seas.

CONCLUSION.

La gloria, solo la gloria puede ser el premio de los justos.

La gloria, solo la gloria puede compensar las lágrimas que en el mundo se vierten.

Dios parece complacerse en lo admirable.

Nadie creeria que la gloria habia nacido de la Cruz.

Para el mundo la Cruz es estéril.

Para Dios, fecundísima.

Para el mundo, nada mas horroroso.

Para Dios, nada mas amable.

Con razon la Iglesia la saluda como á la única esperanza.

La gloria!

La Cruz!

Lo que el mundo separa.

Lo que junta Dios.

Los que quereis la gloria, no refuseis la Cruz.

Jesus, el dulce y amable Jesus, reprendió á Pedro porque queria separar estas hermanas.

La Cruz es el camino.

La gloria el término.

La Cruz es la obra grande de las manos del hombre.

La gloria, la grande obra de las manos de Dios.

La Cruz.

Qué poder!

La gloria.

Qué felicidad!

Todos aman la gloria.

Pocos quieren la Cruz.

La Cruz glorifica á Jesucristo y á María.

La Cruz glorificará al mundo.

Sin Ella es imposible la gloria!

CAPITULO V.

LA SALVE Y LA LETANIA,

Las santas meditaciones que hasta aqui han precedido pueden muy bien arrebatarse el alma.

Tienen tanta virtud los misterios.....

Por eso al llegar á la Salve y al entonar la Letania nos consideramos trasportados, casi enagenados de admiracion.

I.

Dios te Salve Reina y Madre de Misericordia. Madre llena de gozo, llena de dolor, llena de gloria.

Madre de Jesucristo.

Madre de los hombres.

Tus gozos conu-ven, Virgen santa, nuestros corazones, los corazones de tus hijos.

Por conservárelos, diéramos gozosos nuestra vida.

Maria, cuán amable te nos presenta en tu felicidad! Más amable que los resplandores suavísimos y embalsamados de una mañana fresca, despejada y brillante en las orillas de Oceanos.

Tus gozos arrancan dulces, tiernísimas lágrimas de amor.

Madre de Misericordia.

Las lágrimas ardentísimas, que corren de tus ojos, tu semblante lleno de compasión, tu santa tristeza, tus dolores están manifestando cómo te dueles de nosotros.

Sufriste tanto, que no puedes ver á alguno sufrir sin conmoverte.

Reina del Cielo!

Bien lo sabemos: entre los resplandores de la gloria, desde tu trono de diamantes, no te olvidas de nosotros.

¿Cómo te habías de olvidar de los que, llena de ternura llamas tus hijitos?

Tú eres nuestra vida.

Tú la santa dulzura de nuestra alma.

Tú, Virgen bendita, Tú nuestra esperanza.

Tus dolores, tus lágrimas nos dan la vida.

Tus gozos son nuestra alegría.

Tu felicidad asegura la nuestra.

Los desterrados, los que gemimos desterrados del Paraíso perdido, en medio de nuestros dolores, inundados en llanto aquí en esta tierra, que corresponde á nuestros trabajos por su esterilidad, aquí, donde el bien parece planta exótica clamamos á Ti, seguros de tu conocida, tiernísima piedad.

Míranos y te compadecerás de nuestros males.

Son tantos.....

Tan profundos.....

Virgen Santísima, aboga por nosotros.

Eres Tú nuestro Refugio y nuestra Protectora.

Tus miradas dulcísimas, son un destello de luz indeficiente: hacen nuestra felicidad.

No queremos las vanidades de este mundo.

No riquezas.

No poder.

No dignidades.....

Queremos ver el rostro de Jesús.

Queremos su sonrisa amistosa y amable.

Queremos ver en tus brazos al Niño Jesús.

Muéstranoslo al salir de este mundo. Muéstranos el fruto bendito de tus virginales entrañas.

Oa clemente, para los miserables!

Oh piadosa, para los que te aman!

Oh dulce, para los justos y perfectos!

Oh siempre Virgen María!

Bien necesitamos tu poderosa mediación.

Ruega, Señora, por nosotros.

Somos indignos de la gracia de Dios, no merecemos las promesas de Jesucristo; pero Tú puedes alcanzárnoslas.

Felices los que te invocan: mil veces felices los que te alaban; dichosos los que en Ti ponen su esperanza.

Oh María!

Te invocamos, por los que te ignoran, desgraciados.

Por los infelices, que te odian, hijos de Satanás.

Por los ingratos, que son insensibles á tus bellezas y ternuras.

Quisiéramos tener la sencillez y amor de los que son tus siervos.

Pero, pobres pecadores, maldecidos de Dios.....

Ah, cómo somos, Señora, te alabamos.

Al cabo somos, por nuestra dicha, hijos de tu alma.

Tú recibes, amable, nuestras alabanzas.
 María, dulce, amabilísima María, bendita seas!

II

Quién, alguna vez, ha escuchado insensible las ternuras de la Letanía?

Quién.....?

¿Tienen tanta poesía, tan sentido lirismo, que arrebatan el alma.

¿Qué puede el hombre decir á Dios, sino comienza por pedir piedad?

El hombre..... tan defectuoso..... hasta en sus virtudes.....

Piedad, piedad, es lo primero que requiere.

Piedad! Señor.

Piedad! Misericordia!

¡Padre Eterno, Hijo Divino, Espíritu Consolador, piedad!

Trinidad Santa!

Misericordia!

Y tú, Virgen Santísima, dulce, suavísima esperanza, María, ya que somos indignos de ser oídos, y eres tan piadosa, ruega por nosotros.

Santa Madre de Dios, Santa Virgen de las Virgenes, Madre de Jesucristo, ruega, ruega por nosotros, sin intermision.

Virgen bendita y perfectísima, figurada con las mas bellas y expresivas figuras de la naturaleza y de la gracia, socórrenos con tu oración.

Reina de los ángeles y de todos los Santos, concebida sin el pecado original, ruega por los que te invocamos llenos de confianza.

Y tú Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, óyenos y compadécete de nuestras culpas y miserias.

Estos afectos, estas súplicas, estos santos pensamientos, sugiere la Iglesia á sus devotos hijos.

¿Tienen poderosísima eficacia.

Lo natural y lo divino se juntan en ellos para decir al cora-

zon expresivas, tiernísimas palabras, acentos de virtud descordada.

Yo pregunto:

Por qué cuando niños llorábamos dulcemente al escuchar las notas sentidísimas de la Letanía Lauretana?

¿Era que á nuestros oídos inocentes murmuraba María, la causa dulcísima de la alegría cristiana, los cánticos inefables de su amor?

¿Era que nuestra alma, radiante con la gracia, percibía los cantares del cielo.

Por qué llorábamos?

Ah! Llovía entonces sobre nuestras almas el rocío de los cielos; podíamos respirar la perfumada atmósfera que respiran los ángeles.

La Letanía!

Cuánta ternura!

Cuánta gracia!

Cuánta felicidad!

María se goza en escucharla!

Desgraciados los que no la han oído!

La Letanía!

Coro magnífico que celebra las glorias de María, y solicita en recompensa su poderosa intercesion.

La Letanía!

Qué dulzura!

Dios la inspiró á los hombres, en sus inenarrables misericordias.

Gracias, Virgen bendita, porque me has permitido, saludarte con ella!

Gracias.....!

Mi corazón te está obligado, por esta preciosísima merced.

Has que no deje de oirla.

Quiero pasar mi vida, Amor mio, escuchándola, porque es el compendio de tus glorias!

Quiero escucharla siempre, porque á sus cadenciosas armonías tiemblan las aceradas puertas del infierno y huye á lo mas profundo, desparovido Satanás.

Quiero escucharla en mis dolores, al partir de este mundo mis ancianos padres, mis queridos hermanos, mis dulces, carísimos amigos.....

Quiero escucharla cuando yo muera!

Quiero refrigerar mi espíritu cansado, con la frescura de esta santa confianza.

Quiero cantarla al espirar, al entregar entre las amarguras y angustias de la muerte mi alma, mi pobre y amedrentada alma, en manos de Jesús.

Oh Letania!

Oh cántico sagrado!

¡Cómo elevas mi espíritu y llenas de alegría mi corazón!

CONCLUSION DEL OPUSCULO.

Voy á poner término á este pobre obsequio que deseaba ofrecer á María, objeto predilecto de mi amor.

Con cuánto sentimiento le doy fin!

Cómo ha mitigado mis dolores esta santa ocupacion!

Sabia al emprenderlo que para escribir de María se necesitaba mojar la pluma en la Sangre Preciosa de Jesús.....

Sabia que no era santo, que no era siervo de María, aunque deseaba figurar entre sus servidores.....

Lo sabia!

Y sin embargo, ¡oh confianza en María! me atrevi á elogiarla, á decir mis toscas expresiones en su alabanza.

Hoy, he concluido.

Hoy, dia memorable, en que veinte años antes, por gracia de María, niño, muy niño, guiado por mi cristiana madre, me acerqué por la primera vez, á gustar el manjar de los fuertes.

Hoy, despues de tantas gracias, de tantos años de felicidad, sacerdote, le ofrezco mi pobre opúsculo, humildes primicias de mi ingenio.

Ceda en su gloria.

Me fué dado describir á grandes rasgos el origen maravilloso y la sagrada historia del Rosario.

Hice ver su importancia.

Hice saber que es la grande, la magnífica, la saludable oracion que llenar puede las exigencias de nuestra época.

Desvanecí las vanas, vanísimas excusas de rezarlo.

Y luego, alzando atrevido el vuelo, pude gravar mis pobres concepciones, mis humildes afectos, en la meditacion de los misterios.

Dije una palabra sobre la Salve y Letania.

Concluí por fin!

Di término á mi obsequio á la que adora mi alma, entusiasmada.

Elogié á María!

Apenas puedo imaginar mi dicha!

Almas piadosas, dichosos siervos de María, si algo encontráis en este pobre opúsculo, que no sea indigno de vuestra Gran Señora, bendecidla, ello le pertenece.

Si algo desdice, desde ahora lo retracto, perdonadme.

Quise elogiarla.....

Qué ocupacion tan noble!

Quise declararle mi amor.....

Qué trabajo tan dulce!

María!

Dulce María!

Haz que nunca te olvide!

No me olvides, Señora, ni un momento!

Oh Madre!

Oh esperanza!

Oh dicha!

Oh consuelo!

Quiero amarte sin fin!

La Barca, Setiembre 8 de 1881.



INDICE.

PARTE PRIMERA.

	PAG.
Instrucción sobre el Rosario. - Cap. I.—Origen del Rosario.	3
Cap. II. - Lo que es el Rosario.	3
Id. III.—Cuadro poético del Rosario.	5
Id. IV.—Efectos del Rosario.	7
Id. V.—Continuación del anterior.	8
Id. VI.—Indulgencias.	9
Id. VII.—Necesidad del Rosario.	10
Id. VIII.—Espíritu del Rosario.	12
Id. IX.—Yanas excusas de rezar el Rosario.	13
I. De ella misma.	13
II. Del que la ha de practicar.	13
III. De los demás.	16

PARTE SEGUNDA.

Modo de rezar el Rosario.—Cap. I.—Consideraciones generales sobre el Rosario.	17
Cap. II.—Misterios gozosos.	18
Primer Misterio.—La Encarnación.	18
Segundo Misterio.—La Visitación de Nuestra Señora á Santa Isabel.	20
Tercer Misterio.—El nacimiento del Niño Dios en el Portal de Belén.	23
Cuarto Misterio.—La presentación del Niño Jesús y Purificación de Nuestra Señora.	25

Quinto Misterio. — Del Niño perdido y ballado en el Templo.

Conclusion de los misterios gozosos.

Cap. III. — Misterios dolorosos.

Primer Misterio. — La Oracion del Huerto.

Segundo Misterio. — De los azotes del Señor amarrado á la columna.

Tercer Misterio. — De la Coronacion de espinas.

Cuarto Misterio. — De la Cruz á cuestras y Camino del Monte Calvario.

Quinto Misterio. — De la Crucifixion de Jesucristo.

Conclusion.

Cap. IV. — Misterios gloriosos.

Primer misterio. — De la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo.

Segundo Misterio. — De la admirable Ascension del Señor á los cielos.

Tercer Misterio. — De la Venida del Espiritu Santo sobre los Apóstoles.

Cuarto Misterio. — Asuncion de la Santisima Virgen á los cielos.

Quinto Misterio. — De la Coronacion de la Santisima Virgen como Reina de todo lo creado.

Conclusion.

Cap. V. — La salve y la Letania.

Conclusion del opúsculo.

Tomada razón 24
CATECISMO

DEL

SANTISIMO ROSARIO.

Traducido y aumentado
por el P. Félix María Martínez,
Profesor del Seminario.



INCLAVENTUM A DEO

MORELIA.
IMPRESA Y LIB. DE SAN IGNACIO.
Amópolis núm. 34.

1892.

San Francisco de Sales. — manera de orar.
Entre todos los homenajes que se deben
á la Madre de Dios, no conozco alguno

Quinto Misterio. — Del Niño perdido y ballado en el Templo.

Conclusion de los misterios gozosos.

Cap. III. — Misterios dolorosos.

Primer Misterio. — La Oracion del Huerto.

Segundo Misterio. — De los azotes del Señor amarrado á la columna.

Tercer Misterio. — De la Coronacion de espinas.

Cuarto Misterio. — De la Cruz á cuestras y Camino del Monte Calvario.

Quinto Misterio. — De la Crucifixion de Jesucristo.

Conclusion.

Cap. IV. — Misterios gloriosos.

Primer misterio. — De la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo.

Segundo Misterio. — De la admirable Ascension del Señor á los cielos.

Tercer Misterio. — De la Venida del Espiritu Santo sobre los Apóstoles.

Cuarto Misterio. — Asuncion de la Santisima Virgen á los cielos.

Quinto Misterio. — De la Coronacion de la Santisima Virgen como Reina de todo lo creado.

Conclusion.

Cap. V. — La salve y la Letania.

Conclusion del opúsculo.

CATECISMO

DEL

SANTISIMO ROSARIO.

Traducido y aumentado
por el P. Félix Maria Martínez,
Profesor del Seminario.



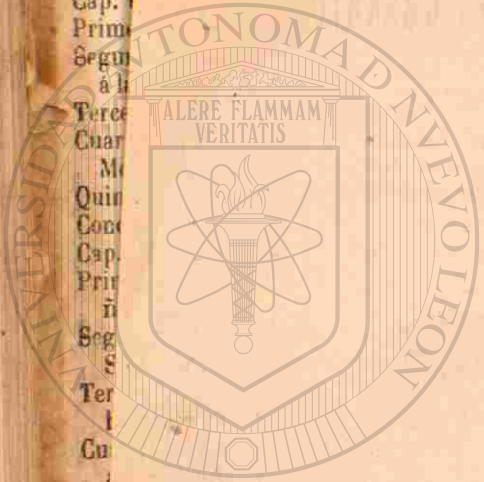
INCLAVENTUM A DEO

MORELIA.
IMPRESA Y LIB. DE SAN IGNACIO.
Amópolis núm. 34.

1892.

San Francisco de Sales. — manera de orar.
Entre todos los homenajes que se deben
á la Madre de Dios, no conozco alguno

Quinto
Ten
Conch
Cap. I
Prim
Segun
à la
Tercer
Cuar
Mi
Quin
Conc
Cap.
Prim
n
Seg
E
Ter
I
Cu
Qu
Co
Ca
Co



P. Qué gracia nos alcanzó en este misterio?

R. La gracia de la penitencia.

PALABRAS DE LOS SANTOS.

REDICA al mundo mi Rosario, procurando fijar en los corazones de los oyentes los misterios de la Encarnación, vida y muerte de mi hijo; cree de mí que será dulce y copioso el fruto que harás en las almas. — *Palabras de la Madre de Dios á Santo Domingo.*

Después de la Santa Misa, ninguna devoción es para mí tan agradable como el Rosario. — *La misma Virgen Santísima al B. Alonso.*

El Rosario es la devoción más divina. — *S. Carlos Borromeo.*

El Rosario es la mejor manera de orar. — *S. Francisco de Sales.*

Entre todos los homenajes que se deben á la Madre de Dios, no conozco alguno

más agradable que el Rosario: á esta devoción debo mi salud eterna.—*S. Alfonso M. de Ligorio.*

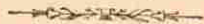
En el Rosario he hallado los atractivos más dulces, más eficaces, y más poderosos para unirme con Dios.—*Santa Teresa de Jesús.*

Rezaré el Rosario mientras tenga aliento; cuando mis labios no puedan pronunciarlo, lo rezará el corazón.—*S. Pablo de la Cruz.*

Por el Rosario fueron disipadas las tinieblas de la herejía y la luz de la fé católica brilló con todo esplendor.—*S. Pío V.*

Es una corona de gloria formada de diamantes que son los méritos y de oro, que es la caridad: con ella me corona la Virgen cada vez que lo rezo.—*B. Alamo.*

Con mi Rosario saqué de las penas del purgatorio á más de un millón de almas.—*B. Juan Macías.*



CATECISMO.

PREGUNTA—¿Quién instituyó el Rosario?
 RESPUESTA—Santo Domingo, á petición de la Virgen Santísima.

P. ¿Qué es el Rosario?

R. Es una oración compuesta de quince decenas de *Ave Marías*, que principian con un *Pater Noster*.

P. ¿Basta recitar solo con los labios estas oraciones?

R. No; además es preciso meditar en los misterios de cada decena.

P. ¿Cómo se dividen los misterios?

R. En gozosos, dolorosos y gloriosos.

Misterios gozosos.

P. ¿Cuáles son los misterios gozosos?
 R. 1.º La Anunciación, 2.º la Visitación,

3.^o la Natividad, 4.^o la Presentación de la Santísima Virgen y 5.^o el encuentro de N. S. Jesucristo con su Santísima Madre y su Padre adoptivo en el Templo de Jerusalén.

P. ¿Qué nos enseña el primer misterio gozoso?

R. Nos enseña que un angel llamado Gabriel, anunció á María que el Hijo de Dios la escogió para Madre suya.

P. ¿Qué virtudes practicó la Santísima Virgen en este misterio?

R. Practicó, entre todas, la *humildad* y la *fé*.

P. ¿Que nos enseña el segundo misterio gozoso?

R. Que la Santísima Virgen fué á visitar á su prima Santa Isabel y que, por esta visita, San Juan fué santificado y su madre Sta. Isabel, llena del Espíritu Santo.

P. ¿Qué virtud practicó la Santísima Virgen en este misterio?

R. Practicó principalmente la *caridad para con el prójimo*.

P. ¿Que nos enseña el tercer misterio gozoso?

R. Que la Santísima Virgen dió á luz al Hijo de Dios.

P. ¿Qué virtud practicó María en este misterio?

R. Practicó principalmente el *amor á la pobreza*.

P. ¿Qué nos enseña el cuarto misterio gozoso?

R. Nos enseña que la Santísima Virgen, cuarenta dias después del nacimiento de Jesús, se encaminó al Templo para ofrecer su divino Hijo al Eterno Padre y se purificó según la ley de Moisés.

P. ¿Qué virtud practicó la Santísima Virgen en este misterio?

R. Practicó señaladamente la *obediencia á la ley de Dios*.

P. ¿Qué nos enseña el quinto misterio gozoso?

R. Que la Santísima Virgen encontró á su Divino Hijo en el Templo, después de haberle buscado durante tres dias.

P. ¿Qué virtud practicó la Santísima Virgen en este misterio?

R. Practicó sobre todo, el *amor á Jesús*, por la grande solicitud en buscarlo.

P. ¿Qué debe hacerse durante la recitación de los misterios gozosos?

R. 1.^o Recordar las verdades que

nos enseñan; 2^o pedir las virtudes que en ellos practicó la Santísima Virgen.

Misterios dolorosos.

P. ¿Cuáles son los misterios dolorosos?

R. 1^o La Agonía de N. S. Jesucristo en el Huerto, 2^o la Flagelación, 3^o la Coronación de espinas, 4^o el Camino de la Cruz y 5^o la Crucifixión y muerte de N. S. Jesucristo.

P. ¿Qué nos enseña el primer misterio doloroso?

R. Nos enseña que nuestro Divino Salvador, en el Jardín de las Olivas, se hizo voluntaria víctima de una tristeza mortal que le ocasionó copioso sudor de sangre y lo redujo al extremo de un enfermo que está á punto de morir.

P. ¿Qué gracia nos alcanzó Jesús en este misterio?

R. La gracia de la *contrición por nuestros pecados.*

P. ¿Qué nos enseña el segundo misterio doloroso?

R. Que nuestro buen Jesús fué cruelmente azotado y cubierto de heridas.

P. ¿Qué gracia nos alcanzó en este misterio?

R. La gracia de la *penitencia.*

P. ¿Qué nos enseña el tercer misterio doloroso?

R. Que N. S. Jesucristo sufrió que le clavasen una corona de espinas en su frente santísima.

P. ¿Qué gracia logró para nosotros Jesús en este misterio?

R. La gracia de *vencer el respeto humano y soportar las burlas de los impíos.*

P. ¿Qué nos enseña el cuarto misterio doloroso?

R. Que nuestro divino Maestro llevó sobre sus hombros la Cruz sobre la que había de ser clavado.

P. ¿Qué gracia nos mereció Jesús en este misterio?

R. La gracia de *llevar dignamente nuestra propia cruz*, soportando, al menos con resignación, todos los sufrimientos.

P. ¿Qué nos enseña el quinto misterio doloroso?

R. Que nuestro divino Redentor fué clavado en una Cruz y espiró en ella por la salvación del mundo.



¡Oh soberana Princesa!
Una muy grande pureza
Te pido de corazón.

P. Qué gracia alcanzó Jesús para nosotros en este misterio?

R. La gracia de *nuestra Redención*.

P. Qué debe hacerse durante la recitación de los misterios dolorosos?

R. 1.º Recordar las verdades que nos enseñan; 2.º pedir las gracias que por ellas nos alcanzó Jesucristo.

Misterios gloriosos.

P. ¿Cuáles son los misterios gloriosos?

R. 1.º La Resurrección, 2.º la Ascensión, 3.º la Venida del Espíritu Santo, 4.º la Muerte y Asunción de la Santísima Virgen, 5.º su Coronación en los cielos.

P. Qué nos enseña el primer misterio glorioso?

R. Que nuestro Señor Jesucristo resucitó á los tres días después de su muerte.

P. ¿Qué nos promete este misterio?

R. Que algún día hemos de resucitar como N. S. Jesucristo.

P. ¿Qué nos enseña el segundo misterio glorioso?

R. Que N. S. Jesucristo subió triun-

fante á los cielos, donde está sentado á la diestra de su Padre.

P. ¿Qué nos promete este misterio?

R. Que nosotros entraremos también en el cielo, si nos preceden nuestras buenas obras.

P. ¿Qué nos enseña el tercer misterio glorioso?

R. Que el Espíritu Santo descendió sobre la Santísima Virgen y los Apóstoles reunidos en el Cenáculo y derramó sobre ellos la abundancia de todos sus dones.

P. ¿Qué nos promete este misterio?

R. Que el Espíritu Santo derramará sus gracias sobre nosotros y asistirá siempre á la Santa Iglesia Católica.

P. ¿Qué nos enseña el cuarto misterio glorioso?

R. Que la Santísima Virgen no fué exceptuada de la ley de muerte; que resucitó y fué conducida al cielo en cuerpo y alma.

P. ¿Qué nos promete este misterio?

R. Nos promete una muerte santa y feliz, como recompensa del amor y devoción á nuestra Madre Santísima.

P. ¿Qué nos enseña el quinto misterio glorioso?

¡Oh soberana Princesa!
Una muy grande pureza
Te pido de corazón.

R. Que la Santísima Virgen fué coronada por su Divino Hijo, como Reina de los ángeles y de los hombres.

P. ¿Qué nos promete este misterio?

R. Nos promete la poderosísima protección de María.

P. ¿Qué se debe hacer durante la recitación de los misterios gloriosos?

R. 1.º Recordar las verdades que nos enseñan, 2.º pedir el efecto de las promesas que contienen.

P. ¿El Rosario es una oración agradable á María?

R. Así lo ha manifestado ella repetidas veces, concediendo gracias innumerables á sus hijos fieles en rendirle todos los días el homenaje de esta devoción.

P. ¿El Rosario tiene la aprobación de la Santa Iglesia?

R. En todos tiempos ha sido aprobado y recomendado especialmente por los Sumos Pontífices, y en nuestros días, de un modo apremiante, por N. Santísimo Padre el Señor León XIII.

P. ¿El Rosario está enriquecido con indulgencias?

R. Son tan numerosas que apenas pueden contarse.

P. ¿Pueden ganarse las indulgencias rezando en una corona de cinco decenas?

R. Sí; con tal de que dicha corona esté bendita por algún sacerdote que tenga facultad de conceder indulgencias del Rosario.

P. ¿Es necesaria la meditación de los misterios para ganar las indulgencias?

R. Sí; pero esta meditación es fácil y sólo puede consistir en que se recuerde piadosamente el misterio.

P. ¿Es útil dicha meditación?

R. Indudablemente; porque nos trae á la memoria las grandes enseñanzas de la Religión, á saber: 1.º Lo que hay de más conmovedor en la vida y muerte de N. S. Jesucristo y de la Santísima Virgen; 2.º Las principales virtudes que debemos practicar; 3.º Los beneficios de la Redención; 4.º Las promesas de la vida futura.

JACULATORIAS.

Por tu limpia Concepción,
¡Oh soberana Princesa!
Una muy grande pureza
Te pido de corazón.

Madre llena de dolor,
Haced que, cuando espiramos,
Nuestras almas entreguemos
Por tus manos al Señor.

Imperatriz poderosa
De los mortales consuelo,
Abrenos, Señora, el cielo
Con una muerte dichosa.

Dulce Cor Mariae. esto mea salus.—Dulce Corazón de María, sed mi salvación.—Indulgencia de 300 días, Pio IX, 1860.

Benedicta sit sancta et immaculata Conceptio Beatae Virginis Mariae.—Bendita sea la santa e inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María.—Indulg. 100 días, Pio VI, 1793.

In Conceptione tua, Virgo Maria, immaculata fuisti, ora pro nobis Patrem, cujus Filium Jesum de Spiritu Sancto conceptum peperisti.—En tu Concepción, oh Virgen María, fuiste inmaculada, ruega por nosotros al Padre, cuyo hijo Jesús, concebido por el Espíritu Santo, diste á luz.—Indulg. 100 días, Pio VI, 1793.

O Maria, quae in hunc mundum sine macula ingressa es, heu! impetra mihi a

Deo-ut sine culpis ab illo egredi possim.—Oh María que entraste sin mancha á este mundo, ea! alcázame de Dios que pueda salir de él sin culpas.—Indulg. 100 días, una vez al día, Pio IX, 1863.

A SR. SAN JOSE. (*)

A vos recurrimos; oh Sr. San José! agobiados por el peso de la tribulación, y después de haber implorado el auxilio de vuestra santa Esposa, solicitamos también, confiados, vuestra protección.

Os suplicamos ardientemente, por el lazo sagrado de caridad que os une á la inmaculada Madre de Dios y por el amor paternal que tuvisteis al niño Jesús, veais con ojos propicios la herencia que Jesucristo conquistó con el precio de su

(*) Esta oración tiene concedidos siete años y otras tantas cuarentenas de indulgencia, por N. S. P. el Sr. León XIII, quien aconseja, en su Encíclica del 15 de Agosto de 1889, que se recite después del Santo Rosario.—También fué recomendada en esta Arquidiócesis por el Ilmo. y Rmo. Señor Arzobispo Dr. D. José Ignacio Areiga.

Quint
Ter

16

Sangre, y proveais á nuestras necesidades con vuestra ayuda y poder.

Protejed ¡oh Guardián provisor de la Divina Familia! á la raza elegida de Jesucristo.

Apartad de nosotros ¡oh Padre muy amante! la peste del error y del vicio. Asistidnos con bondad desde lo alto del cielo, gran sostén nuestro, en la lucha contra el poder de las tinieblas, y lo mismo que otras veces salvasteis de la muerte la vida amenazada del niño Jesús, defended ahora la Santa Iglesia de Dios de las asechanzas de sus enemigos y contra toda adversidad.

Cubrid á cada uno de nosotros con vuestro constante patrocinio, para que, con vuestro ejemplo y ayudados por vuestro socorro, podamos vivir virtuosamente, morir de una manera piadosa y obtener en el cielo la beatitud eterna. Así sea.



Tomada razón
MARÍA

ESPOSA DEL ESPIRITU SANTO

PINTADA POR ÉL MISMO.

O SEA

EL CÁNTICO DE LOS CÁNTICOS

EXPLICADA EN LA VIRGEN INMACULADA

conforme á los Padres de la Iglesia é intérpretes y doctores.

escrita por

GABINO CHAVEZ, Pbro.

con ocasión del jubileo de la declaración dogmática

de la Concepción sin mancha

De la Madre de Dios

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

MEXICO

TALLERES TIPOGRAFICOS «J. DE ELIZALDE»

Puerta Falsa de San Domingo, 5

1904

Quint
Ter

16

Sangre, y proveais á nuestras necesidades con vuestra ayuda y poder.

Protejed ¡oh Guardián provisor de la Divina Familia! á la raza elegida de Jesucristo.

Apartad de nosotros ¡oh Padre muy amante! la peste del error y del vicio. Asistidnos con bondad desde lo alto del cielo, gran sostén nuestro, en la lucha contra el poder de las tinieblas, y lo mismo que otras veces salvasteis de la muerte la vida amenazada del niño Jesús, defended ahora la Santa Iglesia de Dios de las asechanzas de sus enemigos y contra toda adversidad.

Cubrid á cada uno de nosotros con vuestro constante patrocinio, para que, con vuestro ejemplo y ayudados por vuestro socorro, podamos vivir virtuosamente, morir de una manera piadosa y obtener en el cielo la beatitud eterna. Así sea.



Tomada razón
MARÍA

ESPOSA DEL ESPIRITU SANTO

PINTADA POR ÉL MISMO.

O SEA

EL CÁNTICO DE LOS CÁNTICOS

EXPLICADA EN LA VIRGEN INMACULADA

conforme á los Padres de la Iglesia é intérpretes y doctores.

escrita por

GABINO CHAVEZ, Pbro.

con ocasión del jubileo de la declaración dogmática

de la Concepción sin mancha

De la Madre de Dios

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

MEXICO

TALLERES TIPOGRAFICOS «J. DE ELIZALDE»

Puerta Falsa de San Domingo, 5

1904

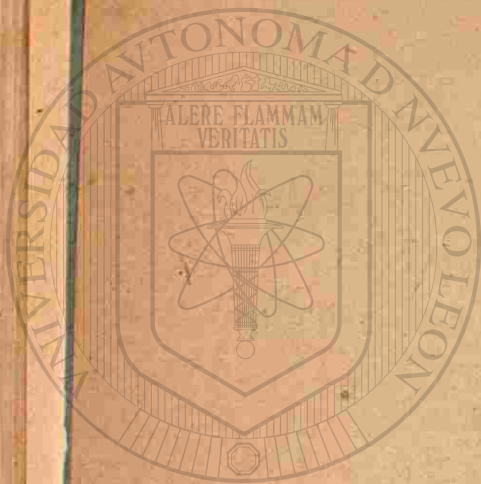


MARIA,

ESPOSA DEL ESPIRITU SANTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MARÍA

ESPOSA DEL ESPIRITU SANTO

PINTADA POR ÉL MISMO.

O SEA

EL CANTICO DE LOS CANTICOS

EXPLICADO DE LA VIRGEN INMACULADA
conforme á los Padres de la Iglesia é intérpretes y doctores,
escrita por

GABINO CHAVEZ, Phro.

con ocasión del jubileo de la declaración dogmática

de la Concepción sin mancha

De la Madre de Dios

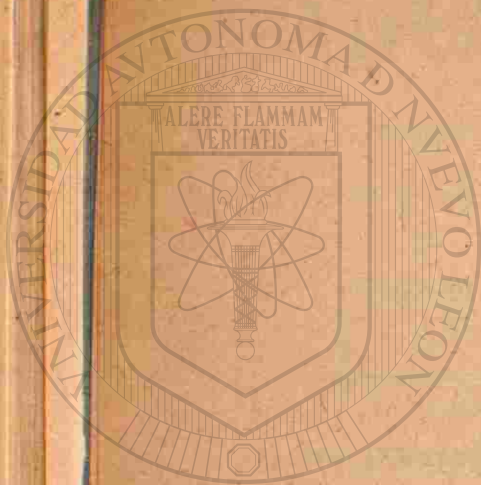
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

MEXICO

TALLERES TIPOGRAFICOS «J. DE ELIZALDE»

Puerta Falsa de Sto. Domingo, 5

1904



Gobierno Eclesiástico
DE LEÓN

León, 5 de Noviembre de 1903.

Pase á la censura del señor Prebendado D. Miguel María Arizmendi y Herrera, recomendándole su pronto despacho.

Así el Ilmo. señor Obispo lo decretó y firmó.

EL OBISPO, ANGEL MARTINEZ, Secretario.

Ilmo. Señor: * * *

En virtud de la comisión con que V. S. I. se dignó honrarme por el decreto que antecede, he leído con atención y positivo gusto el libro titulado: «María, Esposa del Espíritu Santo pintada por el mismo, ó sea: «El Cántico de los Cánticos explicado de la Virgen Santísima conforme á los Padres y Doctores», escrito por el respetable señor Pbro. D. Gabino

Chávez, y no habiendo encontrado en él nada que se oponga al dogma católico y sana moral, creo que su publicación será en gran manera útil y provechosa para todas las personas que aspiran á la virtud y perfección, y en particular para aquellas que forman la Asociación de las Hijas de María Inmaculada y para los señores Sacerdotes, que hallarán en ese precioso libro materia escogida para predicar las glorias de la Santísima Virgen María.

Tal es mi humilde juicio que, humilde y respetuosamente, sujeto en todas sus partes al muy discreto y acertado de S. S. I.

Dios Nuestro Señor guarde por muchos años la muy apreciable é importante vida de V. S. I.

León, Noviembre 12 de 1903.

Ilmo. Señor.

MIGUEL M. ARIZMENDI Y HERRERA.

Gobierno Eclesiástico

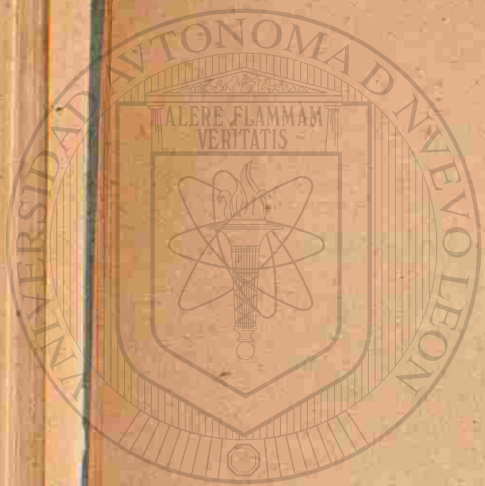
DE LEON

León, 14 de Noviembre de 1903.

En vista del favorable dictamen que antecede, damos Nuestra licencia y facultad para que se imprima y publique el opúsculo escrito por el señor Pbro. D. Gabino Chávez y titulado: «María, Esposa del Espíritu Santo, ó sea el Cántico de los Cánticos, explicado de la Virgen Santísima, conforme á los Padres y Doctores.»

Así el señor Gobernador diocesano lo decretó y firmó.

VELAZQUEZ. — ANGEL MARTÍNEZ,
Secretario.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



AL LECTOR

De María numquam satis, háse dicho: nunca se hablará ni se predicará, ni se escribirá bastantemente acerca de la Bienaventurada Virgen María. El pasado siglo ha visto correr como ríos las obras impresas en honor de la Madre de Dios; ya sean libros grandes y formales, como la trilogía de Augusto Nicolás, la del Obispo de la Habana, y sobre todo la gran «Summa aurea», que en diecisiete grandes volúmenes, contiene una colección de primorosas obras, acerca de la santísima Virgen, entre ellas los célebres Libros del Bienaventurado Canisio, que valen por muchos; y la «Suma de las grandezas de la misma Virgen santísima», recién publicada en París, y que llega á

trece tomos; las Conferencias de Michow traducidas ya á nuestro idioma en seis gruesos volúmenes, etc, etc. A estos copiosos ríos se juntan como arroyuelos de curso continuo, las publicaciones periódicas marianas, del Rosario, de Lourdes, de Pompeya, del Corazón de María y otras varias, que una ó dos veces al mes vuelan por los correos y derraman por todas partes las saludables aguas de la devoción á Nuestra Señora. Y el nuevo siglo no se quedará atrás del precedente, pues se experimenta como una deliciosa necesidad de pregonar de viva voz y por escrito las grandezas y las glorias de la Madre de Dios. Hános cabido la suerte de poner en este mar unas cuantas gotas, traduciendo y escribiendo algo acerca de la Virgensantísima, á quien amamos tiernamente como á Madre y veneramos profundamente como á Reina. Hoy, que ya para nosotros se inclinan las sombras y sopla el viento anunciador del nuevo día (para hablar con las palabras del Cántico de los Cánticos), pensamos escribir algo de nuevo en honor de la Bienaventurada Virgen María; y viendo cuán-

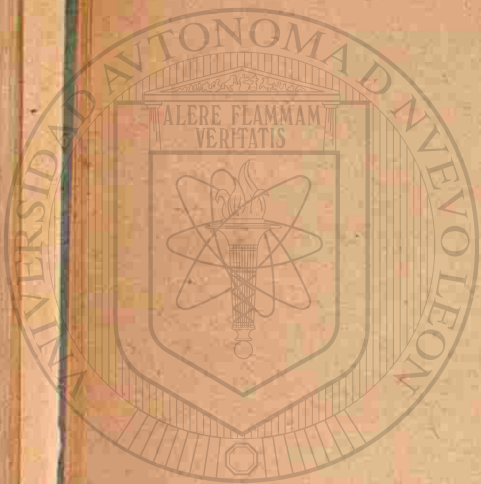
to se le aplican varios versos del Cántico de los Cánticos, ya en los libros, ya en los sermones, ya sobre todo en el Oficio divino, que á veces en una fiesta con octava de nuestra Señora se reparten los ocho capítulos del Libro sagrado: que en la fiesta del santísimo Rosario toma la Iglesia de él hermosos pasajes, lo mismo que en la de la Inmaculada Concepción y en el nuevo Oficio de nuestra Guadalupe: viendo que en el Oficio Parvo, que tantos devotos rezan cada día, varias Antifonas son flores arrancadas del mismo campo, pensamos sería útil y agradable á los fieles el ir aplicando todo ese Libro con sus ciento diez y seis versos á la santísima Virgen María conforme á los santos y doctores. Ni nos estorbó la desnudez de algunas expresiones, pues las almas están ya acostumbradas á referirlas al sentido místico, y dos ó tres veces, además, las hemos envuelto en una perfrasis oportuna. Pasaron ya los tiempos en que Fray Luis de León era detenido en las cárceles de la Inquisición por escribir del Cántico en castellano; hoy varias obras tratan de él por entero ó en frag-

mentos, y no tememos que á nadie haga el menor daño su lectura, á no ser que cayese en manos de los impíos que abusan de la palabra de Dios y de todo lo santo; antes abrigamos la firme persuasión de que la Virgen María será aquí mejor conocida y por tanto más amada; y así ofrecemos con confianza nuestro modesto trabajo á todos los siervos y devotos de María, pero muy particularmente á las almas que componen la dulce Asociación de Hijas de su Concepción Imaculada. A ellas con especialidad nos dirigimos, y no sólo en muchos versos hablamos de ellas, sino también hacemos hablar á su querida Madre en ocho ocasiones, una después de cada capítulo, donde las alecciona con las mismas palabras que en él se han declarado, excitándolas á su amor y devoción y al ejercicio de varias prácticas en honor suyo.

De las grandezas del Cántico de los Cánticos, de su divina inspiración, de su maravillosa profundidad, de sus varias divisiones, nada hablamos aquí; ya por haber dicho algo de ello en otra parte, ya por no ser oportuno en una obra de

devoción y de piedad. No seguimos la división de las noches, de Bossuet, ni la de tres partes del drama, de Cornelio Alápide, por parecernos más sencillo el seguir la división que hace la Iglesia en ocho capítulos, ya que el número ocho es el número de la Inmaculada, y hablamos muy en particular con las Hijas de María, de la misma advocación.

Creemos también que aun á personas más instruidas, como los Señores Sacerdotes, podría serles útil este libro para la predicación; pues les daría la clave de excelentes desarrollos para anunciar las alabanzas de la Virgen María, ya en sus fiestas del año, ya en el mes que le está consagrado, ya que podrían acudir al Comentario del doctísimo Jesuita Alápide (que nos ha servido de perpetuo guía en nuestro trabajo), viendo indicadas en cada verso las ideas ó armonías que encierra acerca de la Virgen María. A ella y en honor de su Inmaculada Concepción, ofrecemos nuestro libro, que felizmente terminamos hoy, día conmemorativo del mismo misterio.



CAPITULO I

Los seis ósculos del Esposo.—Su pecho.—Su nombre.—Las Hijas de María.—Los perfumes.—El gabinete.—Negra y hermosa.—Las viñas.—El medio día.—Los rebaños de cabritos.—La real carroza.—La tórtola.—Los collares.—El nardo, la mirra y el cipro.—El lecho de flores.—El techado de cedro y ciprés.—Voz de María.

VERSO I.

«Béseme con el beso de su boca.»

Para la mejor inteligencia de cuanto habemos de decir, comenzaremos advirtiendo, que en el Cántico hablan cuatro interlocutores; por una parte el Esposo y la Esposa, que alternativamente llevan casi siempre la palabra; luego los jóve-

nes compañeros del Esposo y las jóvenes compañeras de la Esposa, que, conforme á las costumbres del Oriente, los seguían por todas partes en los días que duraba la celebración de las bodas. Unos y otras se ven claramente indicados en el Evangelio en aquellas parábolas en que habla Jesucristo de los que «aguardan á su Señor hasta que venga de las bodas» (Luc. XII. 36) y de las diez vírgenes que salieron al encuentro del Esposo y de la Esposa. (Math XXV). Lo difícil en el divino epitalamio, es el conocer cuándo hablan uno ú otro de los esposos, ó cuándo los compañeros ó las compañeras, pues aunque el singular y el plural bastante indican, todavía puede atribuirse el plural á uno solo que habla en nombre propio y de sus compañeros, ó puede ser de los amigos del Esposo y de la Esposa. Aun la voz de estos dos suele confundirse, y los santos Doctores entienden á veces dichas por la Esposa, las mismas que otros atribuyen al Esposo. Pero todo esto cede en mayor provecho, porque así se multiplican los sentidos y las inteligencias, lo que redundará en mayor glo-

ria del Señor y en nuevas alabanzas de su Madre Inmaculada.

Todos, empero, convienen en que en el primer verso, las palabras son de la Esposa, que en un arranque del alma interpela á su Esposo pidiéndole una caricia misteriosa, ó, más bien, mostrando su deseo sin dirigirse á él desde el principio: «Bésemme con el beso de su boca.» Mas ¿por qué es ella quién rompe el silencio la primera? ¿No parece esto en cierto modo indebido á su sexo y que sería más oportuno el que tomase la iniciativa en la palabra el Esposo? Así pudiera parecer si sólo viésemos la corteza de las cosas; pero como todo en el divino Cantar es místico y figurativo, no tenemos qué hacer sino preguntar á los santos y doctores, la razón de esta entrada como intempestiva de la Esposa. Oigamos, pues, al Abad de Buena Esperanza, Felipe: «Como en este drama, dice, hablan cuatro personas entre sí, ocurre preguntar: ¿Por qué es la Esposa la que desde luego se apresura á tomar la palabra, cuándo parecería más conveniente el hacerlo al Esposo como más digno. Más

por esto se nos da á entender, que la Virgen María no es ignorante que necesite ser instruída, sino profunda conocedora de las palabras de los profetas que la precedieron, cuyo sentido investiga. (Lib. I. in Cantic. cap. I.) Para cuya inteligencia es de advertir, que los patriarcas, en la antigua Ley, no cesaban de llamar al Justo, ya como á un recio de los cielos, ya como un germen de la tierra; ni los profetas dejaban de anunciarlo sembrando en sus escritos los más minuciosos detalles de sus dolores y de sus glorias; y este mismo verso del Cántico, dice Santo Tomás, que es la voz de la antigua sinagoga que pide al Salvador bajo el símbolo del ósculo que es unión, para significar la de las dos naturalezas en el Mesías esperado. La Virgen Santísima, es, pues, la continuadora de los deseos de los justos, de los suspiros de los patriarcas y profetas; y así, continuando la oración y súplica de todos ellos y á nombre de toda la iglesia primitiva, y aun podemos decir, á nombre de la naturaleza humana toda entera, lanza el grito del deseo, el suspiro de la expectación, la

voz del amor anhelante, y en un exabrupto sublime, levanta su voz y exclama; «Béseme con el beso de su boca.» Y no nos sorprenda asegurar que habla la dulce Virgen á nombre de la humana naturaleza, pues el Angélico Doctor, hablando de la Anunciación, asegura que Dios pedía el asentimiento de María en lugar de toda la humana naturaleza» (3. q. XXX. a. 1. in c.); por lo cual no es extraño que la representara también en sus inmensos deseos de la venida del Redentor, y que á su nombre la solicitara ardientemente. Pero veamos más en particular lo que la Santísima Virgen pide bajo el símbolo de esa regalada caricia. Y pues que en la lengua hebrea se dice: «béseme de los besos de su boca», no sólo una, sino varias cosas, se piden en esas palabras:

El primer ósculo es la unión con Dios Trino y Uno; y si el corazón del hombre tiende á ella con ímpetu vehemente, ¿cuál sería la violencia divina con que esta celestial criatura la apetecia? San Bernardo hace notar que en esta frase se indican las tres divinas Personas: al decir,

bésemse, se le habla al Padre; *su boca*, es el Hijo, y *el ósculo*, que del Padre y de su boca procede, es el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo. Pide aquí, pues, la Inmaculada Reina, primeramente, la unión con la adorable Trinidad. Y Dios, entre todos los hombres y los ángeles, la ha escogido y predestinado, el Padre por Hija, y el Hijo por Madre, y el Espíritu Santo por Esposa. ¿Y cuándo se verificó este ósculo divino? Oigamos al Evangelio: «El angel le dijo: Ave, llena de gracia, el Señor es contigo.» Como si dijera: *Ave*, el Padre te saluda; *el Señor es contigo*, porque el Verbo va á tomar carne en tus entrañas; *llena de gracia*, porque el Espíritu Santo la ha difundido en tí copiosamente. Y oigamos todavía lo que sigue: «El Espíritu Santo sobrevendrá en tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.» (Luc. I. 35.) Aquí tenemos, dice San Bernardo, al Altísimo, ó sea el Padre; la virtud del Altísimo, que es el Hijo, y el Espíritu Santo, toda la Santísima Trinidad acudiendo al llamamiento, realizan-

do el deseo, cumpliendo el voto de la Virgen María.

El segundo ósculo que pide, es el de deseo. Suspiraba con ansia por la venida del Señor; leyendo en Isaias que una Virgen le concebiría y le daría á luz, pedía á Dios ardientemente el conocer á aquella virgen felicísima, para servirla humildemente y de rodillas. Y es doctrina del piadosísimo doctor Suárez, y de otros teólogos, y concuerda con varias revelaciones, el que las súplicas de la Virgen María, apresuraron la venida del Redentor, y aunque mereció *de congruo* la divina Encarnación.

«Esta es, dice San Bernardo, la que obtuvo la reparación del mundo todo y la salud de todos; pues consta que por todos tuvo gran solicitud». (Serm. de Asumpt.)

El tercer ósculo, que pedía María Santísima, fué el de la Encarnación del Verbo divino, porque entonces se verificó en su castísimo seno la unión hipostática, uniéndose la Divinidad con la humanidad y cumpliéndose lo que dijo David, que «la justicia y la paz se dieron un

ósculo». Y así, cuando á la propuesta del ángel y á sus aclaraciones, respondió la humildísima Virgen: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra», fué como si dijera: béseme con el beso de su boca; lo que al instante se verificó, siendo aquel *fiat* de sus labios virginales, productor en cierto modo de la Encarnación, como el *fiat* de la boca de Dios lo había sido de la creación.

El cuarto ósculo deseado, fué el ósculo maternal y corpóreo, cuando, nacido el Niño Jesús, su dulce Madre respetuosa y amorosamente lo acariciaba, pues como dicen varones graves y piadosos, al tomar al Niño por vez primera en sus brazos, la divina Madre le dijo: «Bien venido sea mi Dios, mi Señor y mi Hijo»; y luego como á Dios besóle en los pies, y como á Señor en las manos, y en la boca como á su verdadero Hijo.

El quinto ósculo fue el de la doctrina; la dulce enseñanza de Jesús, de sus dulcísimos labios brotando, era suave y sabrosa como un ósculo á su humildísima Madre y discípula; y por eso el Señor, que sólo consagró tres años á instruir al

mundo con su predicación, quiso consagrar treinta á conversar é instruir á la Virgen María, que por eso es la Reina de los Apóstoles y la maestra de los evangelistas, como la han llamado los santos.

El sexto ósculo es la infusión de la gracia, puesto que es la gracia una participación del ser divino y nos une con Dios íntimamente. Y así, todas las gracias especiales hechas á la Reina del Cielo, son como otros tantos dulces ósculos que el Señor le concedió. Y por eso á todos los misterios de la vida de nuestra Señora, podemos muy bien acomodar esas palabras: su Concepción sin mancha fué como el primer ósculo que Dios le dió, infundiéndole la gracia y librándola de la culpa de origen; su nacimiento en que la presentó al mundo bella como la aurora, fué otro ósculo con que la preparó para que fuera precursora del sol de justicia; su admisión en el templo fué otro ósculo en el que se unió con ella, admitiendo su consagración y sus votos; en la Anunciación, como hemos dicho, recibió el ósculo real y substancial del Verbo, uniéndose á su carne inmaculada

en el Nacimiento de Cristo, era el ósculo filial correspondiendo al ósculo maternal de que hablamos; en la predicación era el ósculo de la doctrina; hasta en la Pasión, aquellas palabras: «Mujer, he ahí á tu hijo», eran como un ósculo sangriento y doloroso con que de ella se despedía; y cuando la visitó resucitado, fué como el ósculo de paz y de consuelo, después de las recientes amarguras. Por fin, el séptimo ósculo, podemos decir que es el de la visión beatífica, cuando la gran Señora, exaltada sobre los coros angélicos á los reinos celestes, fué colocada á la diestra de su Hijo, el Rey eterno, sentándose en un solio de estrellas como canta la Iglesia en la fiesta de su Asunción. ¡Cuán grande es, pues, María! ¡cuán hermosa! ¡cuán privilegiada entre todas las criaturas! ¡cuán amada y acariciada del Señor de cielos y tierra! ¡Y los hombres, sus hermanos, ¿podremos dejar de amarla? ¿Y sus hijas, sus hijas muy amadas, cómo no se encenderán cada día más en amor suyo?

“Porque mejores son tus pechos que el vino.”

Da la razón la Esposa del deseo que ha mostrado de la unión con el Esposo, y dice: «porque mejores que el vino son tus pechos.» ¿Qué significan estas palabras figuradas? Es como si dijera: «por haber gustado de celestes consolaciones, que manan de tu amor como del pecho de una madre, por eso aspiro al ósculo de tu boca.» Así, los pechos que lactan al infante, significan el amor del Señor que regala con consuelos y dulzuras maravillosas. El Señor se ha dignado compararse muchas veces en la Santa Escritura con el sexo femenino, que es el más tierno y amoroso con los hijos, para denotar el amor tierno, ardiente, profundo y desinteresado con que nos ama. Y así, unas veces se compara con el águila, otras veces con la gallina; otras con una nodriza (Oss. XI. 3) ó con una madre (Isaí. LXVI. 13); y como la Virgen Santísima, conocía más que nadie y sentía este amor tan tierno del Señor, por eso mejor que nadie puede alabar y ponderar la suavidad y dulzura, de su seno más que maternal. Que si se compara con el vino, esto es tanto como decir, según explican

los Doctores: La dulzura del Evangelio, es mejor que la autoridad de la ley mosaica (Santo Tomás). El Nuevo Testamento, la ley de amor y de gracia, es mejor que el Viejo Testamento y la ley de rigor y servidumbre; la doctrina del Salvador, es superior á las tradiciones de los fariseos; el pecho, las entrañas y el Corazón divino de Jesucristo, son mejores que todas las virtudes de los justos antiguos; la bondad y la misericordia del Verbo hecho carne, es mejor que el vino de la ira é indignación divina de que habla el Apocalipsis (Apoc. XIX. 15); las dos especies eucarísticas, con que el Señor nos alimenta en la Iglesia, son infinitamente superiores al vino y las carnes de los antiguos sacrificios; finalmente, la caridad para con Dios y con el prójimo (dice San Gregorio), es superior al tráfago del siglo y al cuidado de las cosas temporales. San Bernardo cree que esta frase son palabras de las jóvenes que acompañan á la esposa, y que ellas alaban los pechos de su Reina y Señora; y en este supuesto, el sentido es mas obvio, pues alaban la maternidad de Maria, repre-

sentada por sus pechos «hinchidos del cielo» como canta la Iglesia, y preciosamente alabados por aquella mujer que, representando á la Iglesia, decía al Señor: «Bienaventurado el vientre que te encerró y los pechos que te alimentaron.» (Luc. XI. 27.) Y la Iglesia, en el Oficio Parvo de Nuestra Señora, le canta regocijada en el himno de Landes, que por su belleza traducimos íntegro.

«Oh de las vírgenes la más gloriosa,
Entre los astros el más subido,
Que al que te creara, pequeño infante,
Nutres con pecho de leche henchido:»
«Lo que Eva triste nos ha quitado,
Tú lo devuelves con tu digno Hijo;
Y porque al cielo, los tristes entren,
Tú misma entreabres, María, sus qui-
(cios.»

«Del Rey excelso tú eres la puerta,
De luz palacio refulgentísimo;
La vida dada por esta Virgen
Cantad, oh pueblos, ya redimidos!
Jesús, la gloria á ti sea dada
Que de una Virgen nos has nacido,

Y con el Padre y Espíritu Santo,
Por sempiternos siglos de siglos.

Amén.

VERSO. 2.

*Fragantes como los mejores unguentos:
oleo derramado es tu nombre;
por eso las jovencitas te amaron.*

Continúa la Virgen Inmaculada alabando los pechos del Esposo; y si primero los prefiere al vino de las humanas consolaciones, ahora los compara con los perfumes más exquisitos. Mas como el buen olor significa la buena fama y el buen ejemplo en las sagradas Escrituras, pues dijo el Sabio: «mejor es el buen nombre que los unguentos preciosos» (Eccl. VII. 2); y el Apóstol San Pablo, hablando de los cristianos: «Somos para Dios el buen olor de Jesucristo» (2 Cor. II. 15); de aquí es que, la fragancia del Salvador, son los dones del Espíritu Santo de que estuvo colmado, pues como dice San Pedro:

«Ungióle con el Espíritu Santo y la virtud». (Act. X. 38), y ya David había anunciado que Dios le unguiría con su gracia (Psalm. XLIV.) Ve, pues, María, que la virtud y gracia de Cristo, con que el Eterno Padre le ungió, son superiores á todos los dones, gracias y virtudes que se confirieron, no sólo á Moisés y á todos los Padres, profetas y patriarcas, sino también á todos los santos juntos, y aun á los nueve coros angélicos; y así, admirando la gracia copiosa del Salvador, y alabándola con magnánimo corazón, exclama: «porque sus pechos son más fragantes que los mejores unguentos».

Ahora bien; como la fragancia que sale de un foco odorífero, se suele comunicar á los objetos que se le acercan, así la fragancia de Jesucristo se adhiere á sus fieles, y comunica por ello entre todos, el olor de su conocimiento, como dice el Apóstol (2. Cor. II. 14); pero en especial á la Virgen María, que tan cerca estuvo del Señor, que vivió treinta años en su compañía, que le trajo nueve meses en sus purísimas entrañas; ¿cuán olorosa, cuán fragante no la dejaría el Señor con

su celeste aroma? Por eso el ángel la llamó llena de gracia; y los Padres aseguran que todos los dones, todas las virtudes que en los santos puedan encontrarse, en ella se encontraron reunidos; y que así como á la congregación de las aguas se llamó *mária*, en latín (que significa *mares*), así á la congregación de las gracias se llamó María. Y no sólo las gracias de los Santos, sino otras especialísimas que ellos no tuvieron jamás, se reasumieron en esta Virgen admirable: como su Concepción sin mancha, su Maternidad divina, su perpetua virginidad unida con la maternidad, su ascensión en cuerpo y alma á los cielos. Por eso la Iglesia, para significar esta fragancia suavísima de todas las gracias y virtudes en la Reina de los ángeles, la compara con toda clase de plantas odoríferas, aplicándole tantas veces aquel pasaje del Eclesiástico: «Como la canela y el bálsamo aromático di el olor; como la mirra escogida respiré suavidad; como la viña hice sentir mi aroma.» (Eccli. XXVI. 20).

San Bernardo y el Abad Ruperto aplican á la Virgen María las palabras de es-

te verso, y entienden que se alaban en él sus gracias, dones y virtudes. Y por eso podremos decir de ella aquel encomio de la Escritura: «Muchas hijas amontonaron riquezas; pero tú sola á todas las superaste (Prov. XXXI. 29).

Oleo derramado es tu nombre.

Compara la Virgen María el nombre del Señor con el óleo, y nadie como ella conoció y penetró las grandezas y las dulzuras de su nombre adorable. En la antigua ley era el nombre de Jehová tan imponente y tan grandioso, que al leerlo en la Escritura no se atrevían á pronunciarlo y ponían otro en su lugar, y así dice David: «Santo y terrible es su nombre, y su justicia permanece por los siglos de los siglos» (Psalm CX. 9). Mas cuando el Verbo se hizo carne, entonces el nombre del Señor encerrado y como guardado en el seno del Padre, descendió y se derramó entre los hombres; y «llamóse su nombre Jesús» (Luc. II. 21). ¿Cómo la Virgen soberana que venía á

ser como el Vaso sagrado en que este óleo, cayendo de lo alto, se derramó, no sentiría sus divinas influencias? Ya explicó maravillosamente San Bernardo, que el nombre de Jesús es (como el óleo) luz que ilumina, predicado, manjar que nutre, meditado, medicina que cura, invocado, ¿con qué torrentes de luz no alumbraría á su divina Madre? ¿cuán dulcemente no la nutriría? ¿cuán especialmente no la salvaría, de un modo único, aplicándole su sangre como antídoto, y no dejándola manchar ni un solo instante por el pecado de origen? Por eso estaba ella tan reconocida magnificando á Dios su Salvador y á su nombre Santo. Pero además de esta inteligencia, las mismas palabras se aplican á la Virgen Santísima: y no sólo San Bernardo de Ella las entiende, sino que la Iglesia al aplicarle en el Oficio Parvo las que siguen: «las jovencitas te amaron *mucho*», da á entender que las primeras de Ella hablan. Es sabido que el nombre de María es, después del de Jesús, el más dulce, el más suave, el más misericordioso; Ella también, como el óleo, es luz que alumbray

medicina que cura; por eso se llama Madre de la Luz y Salud de los enfermos. Y el mismo melifluo Doctor, que tan bellamente ensalzó el nombre de Jesús, es el que ha dicho primores del de su Santa Madre. Y aunque sus palabras son tan conocidas, repitámoslas aquí, para endulzar con ellas nuestro discurso: «Y el nombre de la Virgen es María. Digamos algo de este nombre que significa estrella de la mar». Muy justamente se llama estrella, la que sin lesión da á luz á su Hijo, como sin corrupción emite su rayo la estrella; Ella, levantada sobre este grande y espacioso mar del mundo, es la clara y linda estrella que resplandece con sus méritos é ilustra con sus ejemplos.

¡Oh alma que en este mundo, más que andar sobre la tierra, te sientes navegar en un mar de tormentas y tempestades, jamás apartes los ojos del fulgor de esta plácida estrella, si no quieres ser tragada por la furia de las olas! Si se levantan los vientos de las tentaciones, si das en los escollos de las tribulaciones, mira á la estrella, invoca á María: si las olas de la soberbia, de la ambición, de la de-

tracción ó de la envidia te combaten, mira á la estrella, invoca á María; si la ira ó la avaricia, ó la concupiscencia de la carne empujasen la navicilla de tu alma, mira á María; si turbado por la enormidad de tus delitos, confundido por la fealdad de tu conciencia, ó aterrorizado con el rigor del juicio divino, comienzas á sumergirte en el abismo de la tristeza y de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las dudas y angustias, piensa en María, invoca á María. Nunca se aparte de tu boca ni de tu corazón, y no omitas la imitación de sus virtudes, para que impetres el auxilio de sus súplicas. Si á Ella sigues, no te descaminas; si á Ella ruegas, no pierdes la esperanza; si en Ella piensas, no yerras; si á Ella te arribas, no caes; si Ella te protege, nada temas; si Ella te guía, no te fatigas; si te es propicia, arribas felizmente; y así experimentarás en tí mismo con cuánta razón se ha dicho: «Y el nombre de la Virgen es María. (Homil. 2. sup. Miss. est.).»

Por eso las jovencitas te amaron.

El óleo derramado es el Verbo encarnado; y por eso las almas le amaron, porque se dió á conocer, á tratar y á querer viviendo entre nosotros, y hecho en todo semejante á nosotros, fuera del pecado. Y así antes de la Encarnación, Dios era sólo temido, y se decía: «No nos hable el Señor, no sea que muramos» (Exod. XX. 19); mas una vez hecho el Verbo carne y habitando entre nosotros, ¡qué amor no ha excitado en los corazones! ¡cuántos millones de mártires le han dado el mayor testimonio de amor derramando por él su sangre entre terribles tormentos! ¡cuántas almas han huído del mundo y poblado los claustros y los desiertos para mejor servirlo! «Oleo derramado es tu nombre, por eso las jovencitas te amaron.»

La Iglesia misma nos autoriza á aplicar estas últimas palabras á la Virgen María, pues se las aplica en su oficio, y aun añade como San Bernardo: «las jovencitas te amaron mucho.» El nombre

de María significa Señora, Reina y Soberana. Y como es Reina de misericordia, de la cual el óleo es un símbolo, muy bien se dice que su nombre es óleo derramado. Derramando su misericordia entre todos los mortales, cautiva á las almas y las atrae á su amor y servicio. Después de Jesucristo, nadie hay ni nada á que se profese tan ardiente amor como á su divina Madre: prueba de ello son los templos que se le erigen, las peregrinaciones numerosas á sus santuarios, las órdenes religiosas que se le consagran, los libros que se escriben de Ella y para ella, la coronación de sus imágenes, las innumerables cofradías que la invocan, las insignias exteriores, que son como libreas de sus siervos, con que gustosos se atavían. Mas advirtiendo que en el hebreo, la voz jovencitas, quiere decir más propiamente vírgenes, doncellas, no podemos menos de aplicar estas palabras á la dulce y amada Asociación de las Hijas de María Inmaculada. Esta Asociación, fundada por las hermanas de la Caridad en sus escuelas y obradores y continuada por los misioneros de San Vicente de

Paúl, había sido anunciada por la misma Virgen Santísima á la Hermana Catalina Labouré, la misma á quien se le mostró la visión que dió origen á la medalla milagrosa; dijo, pues, á esta buena alma, la Madre de Dios, que se estableciera una agregación de doncellas en honor suyo: que á ella confluirían las pobres en gran número, y que celebrarían sus fiestas con gran solemnidad; todo lo cual vemos literalmente cumplido, habiendo solamente en nuestra República, cuando esto se escribe (en 1903), más de treinta mil jóvenes que componen la Asociación de Hijas de María, siendo de la clase pobre en su mayoría. Estas doncellitas «la amaron mucho», pues por Ella guardan gustosas la virginidad; por Ella huyen de los bailes y teatros; por Ella dejan las pompas del mundo que á su edad tanto seducen; por Ella se atraen con su vida cristiana y retirada, no solamente las burlas y mofas de los mundanos, sino á veces, aun horribles y atroces persecuciones. Pero «la amaron mucho»; y como el amor es fuerte como la muerte, conforme á este mismo Cántico, de allí es que todo lo

sufren con paciencia y hasta con alegría por su querida Madre, y perseveran firmes hasta la muerte en su dulcísimo servicio. Otras muchas asociaciones hay de Hijas de María, ya en las casas de los PP. de la Compañía de Jesús, ya en las de las Damas del Sagrado Corazón de Jesús, ya en las casas de los Misioneros Hijos del Corazón de María, ya en las de los Salesianos; pero en ninguna de ellas se trata de solo las jóvenes doncellas, sino que abren sus puertas á todos los estados, y algunas á los dos sexos, juntando al pueblo cristiano al amor y servicio de la Virgen María.

Todas éstas la aman ciertamente, pues por su amor se afilian en sus banderas; pero las que hacen profesión de la virginidad y sacrifican los placeres del siglo, claro es que éstas la aman mucho, como dice la antifona del Oficio Parvo. Y todas han corrido tras el olor de sus unguentos, pues todos han sido atraídos por su dulzura, por sus bondades, por sus virtudes y sus excelencias.

VERSO 3.

Tráeme: tras de tí correremos al olor de tus unguentos.

Es la Esposa la que habla aquí al Esposo, en su nombre y en nombre de sus compañeras; por lo cual primero dice: «tráeme á mí»; y después añade, como hablando por sí y por las otras: «y tras de tí correremos.» Es la Iglesia, dicen los Santos Padres, que encantada de las gracias y la dulzura de Jesucristo que había nacido, le pide con instancia que la atraiga para gozar de sus delicias, y aun más para imitar sus ejemplos y sus virtudes. Y pide ser atraída, porque sabe que la naturaleza, sola, no puede ir á Dios, sino llevada por la gracia; por lo cual, Cristo decía: «nadie puede venir á mí, si mi Padre no lo trajere» (Joan. VI. 44); y principalmente cuando se trata de cosas arduas y elevadas, pues dice el mismo divino Maestro: «Si yo fuere levantado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo (Joan. XII. 32). Es, pues,

sufren con paciencia y hasta con alegría por su querida Madre, y perseveran firmes hasta la muerte en su dulcísimo servicio. Otras muchas asociaciones hay de Hijas de María, ya en las casas de los PP. de la Compañía de Jesús, ya en las de las Damas del Sagrado Corazón de Jesús, ya en las casas de los Misioneros Hijos del Corazón de María, ya en las de los Salesianos; pero en ninguna de ellas se trata de solo las jóvenes doncellas, sino que abren sus puertas á todos los estados, y algunas á los dos sexos, juntando al pueblo cristiano al amor y servicio de la Virgen María.

Todas éstas la aman ciertamente, pues por su amor se afilian en sus banderas; pero las que hacen profesión de la virginidad y sacrifican los placeres del siglo, claro es que éstas la aman mucho, como dice la antifona del Oficio Parvo. Y todas han corrido tras el olor de sus unguentos, pues todos han sido atraídos por su dulzura, por sus bondades, por sus virtudes y sus excelencias.

VERSO 3.

Tráeme: tras de tí correremos al olor de tus unguentos.

Es la Esposa la que habla aquí al Esposo, en su nombre y en nombre de sus compañeras; por lo cual primero dice: «tráeme á mí»; y después añade, como hablando por sí y por las otras: «y tras de tí correremos.» Es la Iglesia, dicen los Santos Padres, que encantada de las gracias y la dulzura de Jesucristo que había nacido, le pide con instancia que la atraiga para gozar de sus delicias, y aun más para imitar sus ejemplos y sus virtudes. Y pide ser atraída, porque sabe que la naturaleza, sola, no puede ir á Dios, sino llevada por la gracia; por lo cual, Cristo decía: «nadie puede venir á mí, si mi Padre no lo trajere» (Joan. VI. 44); y principalmente cuando se trata de cosas arduas y elevadas, pues dice el mismo divino Maestro: «Si yo fuere levantado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo (Joan. XII. 32). Es, pues,

como si el alma dijera al Señor: «Tráeme, oh Dios mío, de los vicios á las virtudes; de la ignorancia á la fe; de la carne al espíritu; de la tibieza al fervor; del empiezo á la consumación; de lo fácil y pequeño á lo grande y difícil; del temor al amor; del deleite á la cruz y á la mortificación. Bien se echa de ver, que explicado de ese modo no conviene á la Virgen Inmaculada, en quien no hubo culpas, ni tibieza, ni pequenezes, sino que en todo y siempre fué pura, santa, fervorosa, consumada en las virtudes, y amantísima de la cruz y Madre de Dolores. Pero desde que sus ojos vieron al Niño Dios recién nacido; cuando se arrojó al pie del pesebre para adorarlo profundamente, [qué sentimientos tan dulces no experimentar! qué expresiones tan tiernas y encendidas no le diría] «Tráeme, mi Señor y mi Dios, y mi Hijo y fruto de mi seno; tráeme, dueño mío, y sangre y carne mía; tráeme, oh mi ambilísimo Jesús; tráeme con tus divinos atractivos, Imán poderoso de mi corazón, y correré tras de tus inefables aromas; imitaré siempre y con la mayor

perfección tus divinas virtudes; tráeme, oh mi amado Jesús, y seré humilde como tú, que siendo Dios te has hecho Hombre en mis entrañas; pobre como tú, á quien se niega la posada y nada dices; víctima como tú, que desde al nacer comienzas á sacrificarte por los hombres; encendida en caridad como tú, que fuego veniste á traer á la tierra, y nada quieres más que verlo encendido. Y no sólo yo correré con pasos agigantados tras el olor de tus ungüentos, sino que conmigo y tras de mí correrán mis siervos y devotos; las innumerables órdenes religiosas, los grupos numerosos de vírgenes en los claustros congregadas, y que me reconocerán por Patrona y por Madre; las Congregaciones en que florecerán los Gonzagas y los Kostkas y los Berchmans, y tantos otros; la Asociación consagrada á mi Concepción sin mancha y que cobijará bajo su sombra más de doscientas mil vírgenes en el seno de un mundo corrompido, combatirán bajo el estandarte de la humildad y la pureza, haciendo guerra al mundo y á la carne, y siguiendo como soldados fieles la

bandera de Jesús, tras de la cual siempre anduvo su Madre. «Tráeme, y tras de tí, correremos al olor de tus ungüentos.»

María Santísima, aunque tan grande, tan bella y tan gloriosa, nada tiene por sí misma; como la luna que debe al sol su luz y su hermosura, así Ella todo lo debe al Señor que la crió, y la adornó de gracias y excelencias sobre toda criatura; y por eso el arcángel la saluda llena de gracia y unida con Dios, y por Dios bendita entre las mujeres, porque la gracia copiosísima de que fué colmada, la unión íntima con Dios á quien llevó en su seno, la bendición que la hizo Reina de su linaje, y aun de las gerarquías superiores, todo ello le fué graciosamente comunicado. Por eso dice á su amado: «Tráeme», porque sabe que á su contacto, á su atracción, á su acción divina y misericordiosa, debe su elevación y su grandeza. No la trajo Dios de la culpa á la gracia como á los hombres pecadores, sino de la gracia original á las gracias sucesivas, que con su cooperación perfectísima iba haciendo

crecer progresivamente y con aumento de multiplicación que llega á cantidades formidables, como tan bien lo explica Suárez y después de él el P. Pablo Señeri. (El devoto de María, cap. 3). Trájola el Señor de lo grande á lo mayor, á lo máximo, á lo inconmensurable: «Sus fundamentos se zanjaron sobre sus más altas montañas», como dice el Salmo 86, que la Iglesia le aplica en su Oficio Parvo; porque en el principio de su vida tuvo más gracia y santidad que los santos más levantados. Además de esto, como el Salvador anunció que al subir á lo alto todo lo atraería á sí mismo, bien podemos considerar que así como el imán atrae al hierro con tanta más fuerza cuando más cerca de sí lo encuentra, hallándose la dulcísima Virgen María tan cerca de su divino Hijo, que como dice San Juan, estaba junto á la misma cruz de Jesús, no hay duda que la atraería á sí de un modo maravilloso, y la uniría consigo, y con sus penas y dolores, de un modo que los mortales no podemos nunca llegar á comprender. Por eso ha dicho san Bernardo, que Jesús y María

formaban una sola víctima crucificada, porque todos los dolores que el Señor sentía en su carne adorable, María Santísima los sentía en su alma; que por eso se le anunció que había de ser traspasada con una espada. Por eso es Madre de Dolores, por eso los santos la llaman mártir, y aun más que mártir; y los fieles la aclaman Reina de los mártires; y quien quiera ser su verdadero siervo y devoto, menester es que corra en pos de ella tras el dolor de sus unguentos, es decir, tras de las virtudes y dolores de Cristo crucificado. No sólo debemos compadecer y venerar las penas y amarguras de nuestra buena Madre, sino correr tras Ella y con Ella al Calvario, visitar aquellas dolorosas estaciones que ella tanto visitaba después de la Ascensión de su Santísimo Hijo, y ser amigos de la cruz, guareciéndonos siempre debajo de ese árbol sagrado. Por eso dice Tomás de Kempis, que no hay salud para el alma ni esperanza de la vida eterna sino en la cruz, y que no debemos buscar otro camino que el camino real de la cruz. (De imitat. Christi, lib. II, cap. III.)

Por ese camino fué llevada Nuestra Madre Inmaculada: á la cruz pidió ardentemente ser abrazada, y tras de ella quiere que á la cruz corran también sus hijos apresurados. «Traeme: tras de tí correremos al olor de tus unguentos.»

Introdujome el rey en su gabinete.

*Alegrarémonos y regocijarémonos
en tí, acordándonos de tus pechos mejores
que el vino.*

Aquí la Esposa llama Rey á su Esposo, no sólo porque es el Rey de su corazón y de sus afectos, sino porque verdaderamente reconoce y adora su dignidad real. Jesucristo es Rey verdadero é inmortal, cuyo reino no tendrá fin, como canta la Iglesia en el Credo; y en los Oficios del Corpus, de Todos los Santos y en el de difuntos, y otras muchas veces, gusta de hablarle, saludarle y pedirle como á Rey. Mas si el Esposo es Rey, es claro que la Esposa también es Reina; y por eso en la hermosísima antífona de la

Salve, que todo labio católico dirige con tanta frecuencia á la Virgen María, la llamamos justamente Reina y Madre; si bien, como dice San Bernardo, parece haber dejado el Señor para sí, el reinado y la administración de la justicia, reservando á su Santísima Madre el reinado de la Misericordia. Esta Reina, pues, clementísima, dice á las almas sus devotas, á sus siervas y á sus hijas: «Introdújome el rey en su gabinete.» ¿Qué gabinete podrá ser ese de que habla en esta frase? La palabra hebrea á que ésta corresponde, tiene muchas significaciones, lo que da lugar á varios y preciosos sentidos. Significa, pues, lo primero, una pieza ó aposento interior y reservado, donde no tienen entrada las visitas de etiqueta, sino sólo los más amigos y familiares; significa el aposento secreto donde se guardan tesoros y riquezas, escondiéndolas de todos los ojos, para dejarlas ver tan sólo de los íntimos y de confianza; significa las bodegas donde se guardan los vinos y licores, ó la despensa donde se tienen en preparación conservados los manjares y viandas para

servirlas á su tiempo. Conforme á esto, veamos lo que quiere decir la Inmaculada Virgen, cuando hablando con las almas, les dice: «Introdújome el Rey en su gabinete.» El gabinete es el lugar donde se tratan los negocios, donde se comunican los secretos y se saben las voluntades del soberano. Y por eso los Padres han entendido con San Ambrosio, que aquí se habla de los secretos misterios de la Encarnación del Señor, de su Pasión y Resurrección: «Introdújola, dijo el santo Doctor, en todos sus interiores misterios, dióle las llaves para que se hiciese dueña de los tesoros de la ciencia de los Sacramentos, para que abriese de par en par las puertas hasta entonces cerradas, para que conociese la gracia de Cristo descansando el sueño de su muerte y la virtud de su resurrección.» Y aunque el santo habla de la Iglesia, y otros Padres entienden que fué introducida al conocimiento é inteligencia de las sagradas Escrituras, cámaras secretas donde el Rey mora, porque todas hablan de Jesucristo ó miran á Jesucristo; pero con muchísima espe-

cialidad y conveniencia se puede todo entender de la celestial Reina, introducida primero que todos, y más íntimamente que nadie, ya en el conocimiento de la Escritura, que leía continuamente y con luz divina entendía; ya en los grandes y secretos misterios de la Encarnación y Redención, en los cuales tuvo tanta parte. Así, cuando el Ángel anunció á María aquel misterio, fué como introducirla al gabinete, de los secretos del Rey eterno. En ese gabinete se trató el negocio más trascendental de todos los siglos: en aquel gabinete el embajador real vino á tratar, como de potencia á potencia, el asunto de la reparación del universo; y aquella humilde doncella que asume el nombre de esclava, es la Reina universal, que va á dar el consentimiento para aquel divino desposorio, en lugar (dice santo Tomás) de toda la naturaleza humana. ¡Qué grande, qué noble, qué sublime es la amable María en esas circunstancias! El Todopoderoso, sólo espera un *fiat* de su boca para descender al mundo y hacerse carne; la felicidad y la suerte del cielo y

de la tierra está pendiente de sus labios, y parece que todo se junta, los ángeles y los hombres, dice San Bernardo, para suplicarle que deje caer de su boca esa palabra para siempre bendita!

Y cuando María da á luz al niño en el portal de Belén, y le ve adorado de pastores y de reyes, «confiriéndolo todo en su corazón» (Luc. II. 19); y cuando escuchaba, como discípula atenta y aprovechadísima, las lecciones que por tantos años recibió de Jesús en Nazareth; y cuando al pie de la cruz meditaba los profundos misterios que encierra, y oía las palabras postreras de su Hijo, y cuando le miraba resucitado: ¿quién podrá dudar que la Reina era llevada al profundo conocimiento de todos esos Misterios, y que podría decir arrebatada: «Introdújome el Rey en su gabinete.»

Lo mismo puede asegurarse respecto del erario de sus tesoros; Dios quiso que todo lo tuviésemos por María, ha dicho san Bernardo; y esta doctrina, antes contestada ó impugnada por algunos teólogos sombríos, fué abrazada con calor por el devotísimo San Alfonso María de Li-

gorio, y defendida muy á propósito de los sabios que la combatían; hoy, dichosamente, que el amor á nuestra amada Madre se ha derramado como un torrente por todo el universo, no hay boca que no la publique, ni pluma que no la escriba, ni corazón que no la crea. Ella misma parece decirnoslo en esta frase: «Introdujome el Rey en la cámara de sus riquezas, dióme la llave de sus tesoros, hizome dueña de todo, para que de todo disponga en vuestro favor. ¡Oh amados hijos! El todo lo puede con su omnipotencia, y yo todo lo puedo con mis súplicas; El se ha reservado el reinado de la justicia, y á mí me ha hecho Reina de amor y de misericordia.» Y así, «nos alegraremos, regocijaremos en tí, gran Dios y Señor nuestro, acordándonos de tus castos amores, más deliciosos que el vino de todas las humanas delicias.»

«Introdujome el Rey en sus bodegas.» La despensa que contiene las viandas, y las bodegas que guardan los vinos, significan los varios grados de contemplación á que Dios va introduciendo al alma y que Santa Teresa explica en

aquellas siete místicas moradas. Son como vinos generosos con que el alma, santamente embriagada, se olvida del mundo, pierde el conocimiento de las cosas terrenas, y se une á Dios con estrechez maravillosa. La Reina del cielo fué introducida más adentro que nadie en estas místicas bodegas; y si tanto asombro nos causa lo que leemos de Santa Teresa, de Santa Catalina de Sena, de la de Génova, de la Madre Margarita Alacoque, cuando el Señor les sacaba el corazón y lo metía dentro del suyo divino; cuando les hería con dardos de fuego; cuando les decía palabras tan regaladas que causan espanto, ¿qué no haría con su santa é Inmaculada Madre? ¿qué obsequios, qué regalos, qué caricias tan inefablemente tiernas en lo íntimo de su alma, no tendría con aquella criatura, obra maestra de sus manos, prodigio de su sabiduría, portento de su bondad y de su poder? No; no hay lengua que pueda decirlo, ni entendimiento que alcance á comprenderlo. Ni aun Ella misma, osamos decir, comprende en toda su extensión é intensidad lo que

Dios hizo con Ella; y por eso en su cántico se contenta con llamarlas «grandezas», *quia fecit mihi magna qui potens est*; y por eso convida á todas las almas á alegrarse y regocijarse con el recuerdo de estas finezas y caricias del Esposo, que la ha introducido á la bodega de vinos tan regalados y misteriosos. «Introdujome el Rey en sus bodegas»: «Alegráremos y regocijáremos en tí, acordándonos de nuestros amores mejores que el vino.»

El Abad Ruperto explica esto del misterio de la Visitación. Allí fué llevada María Santísima é introducida á la casa de Zacarías é Isabel, como en un lugar secreto donde el Señor había obrado é iba á obrar tantas maravillas; y allí cantó la Virgen el dulce cántico, en el cual su espíritu se regocijó en Dios su Salvador, que había obrado con Ella tan grandes cosas. Y así puede entenderse, pues la Santa Escritura es fecunda en místicas inteligencias.

También pensamos que estas palabras convienen mucho al misterio de la presentación de la Niña María, de tres á

cinco años de edad, en el templo. Allí fué el lugar de sus delicias: allí fué introducida en el santuario, que es el Gabinete del Esposo; allí entró al conocimiento de las Santas Escrituras que leía, á la bodega de los vinos, en su continua oración, y altísima contemplación á que el Señor la levantaba; al conocimiento de los misterios de la Redención, que tanto deseaba y pedía. Ese era el gabinete donde con el Esposo trataba; ese el erario donde se enriquecía; esas las bodegas del vino donde perdida de sí, vivía sólo para el Amado. Y por eso excita á su hijas á entrar con ella á esa mansión deliciosa.

¡El convento! El convento es el lugar más dulce y delicioso de la tierra; no en verdad por las delicias de los sentidos, sino por las del corazón y del espíritu. Llámale los autores místicos el paraíso de la tierra. Todas las almas nobles y generosas suspiran por él, muchas veces sin conocerlo; y como es el teatro de las más preciosas virtudes, Satanás le hace una guerra tremenda; los novelistas é impíos se encargan de pintarlo como un lu-

gar de tristeza, de esclavitud y de tiránica sujeción; y así hacen que muchas almas tengan un horror grande á la vida religiosa. ¡Infames! mienten cínicamente: hablan de lo que no conocen y son emisarios del infierno. Pues, ¿por qué siguen buscando el convento tantas almas juveniles, á pesar de nuestras estúpidas leyes? ¿Por qué, invitadas á la *libertad* y al *bienestar* por la Revolución, ninguna cayó en sus redes? Si eran víctimas forzadas, ¿por qué no se escaparon de sus cárceles? Es porque la Virgen María las llama, las invita, las atrae; y por eso de su amada Asociación han salido y salen centenares de cándidas palomas, para acogerse á las cámaras reales, al gabinete secreto, á las bodegas del Rey eterno.

Alegrémonos y regocijémonos, y que rabien los ímpfos, y rujan en sus cavernas los demonios, mientras las nobles doncellas dicen á su Madre: «Traednos, y tras del Esposo correremos radiantes de alegría, tras el olor de sus unguentos!»

Mas sigamos con el divino Cantar. Continúa así:

Los rectos te aman.

En la lengua hebrea, con mayor énfasis se dice: «La equidad ó la rectitud te ha amado.» ¿Qué significa esa frase tan extraña? Explican los Doctores, que es como si la Esposa dijera: «los ánimos rectos, que tienen recto y sincero el gusto de la mente, y no depravado por el mal humor de la concupiscencia; los que todo lo miden con la recta intención y no con lo torcido de las pasiones, esos son los que te aman, pues tus amores son rectísimos, esto es, justísimos y equitativos, conformes en todo á la recta razón, á la ley y al Señor.» Pero si la rectitud es la caridad y la gracia, y lo torcido es el vicio y el pecado, siguese que á medida que el alma se aparte más y más del pecado, irá amando más y más al Señor; y si se llegase á encontrar una alma que estuviese entera y perfectamente apartada de todo pecado, esa amaría al Señor enteramente y con la mayor perfección. Pero esa alma ¿existe por ventura? ¿cuál es ella y dónde se la

encuentra? «Si dijéramos que no tenemos pecado, engañámonos á nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros, dice el Apóstol San Juan (S. Juan, I. 8). Todos han pecado en Adán, dice San Pablo (Rom. III. 24.) Todos declinaron y se torcieron, dice David, y juntamente se hicieron inútiles. (Psalm. XIII. 3.) ¿Dónde estará, pues, esa equidad, esa rectitud que ama al Señor con toda perfección? No hay necesidad de decirlo: María fué concebida sin pecado; ni el original ni el actual vino á torcer jamás, ni en lo más mínimo, la rectitud de su alma; Ella, pues, es quien amó á Dios con toda perfección; y si por su humildad, lo declara en persona de muchos, diciendo: «los rectos te aman», es porque habla de sus hijos y siervos, rectos por la inocencia como los Gonzagas y los Costkas, ó rectificados por la penitencia, y unidos con Ella; pero siempre es cierto que la rectitud absoluta y la equidad perfecta, sólo en María se encuentran, y que por consiguiente, el final de ese verso, sólo á Ella de un modo único y singular le conviene: «Los rectos te aman.»

VERSO 4.

*«Negra soy, pero hermosa,
hijas de Ferusalén, como los tabernáculos
de Cedar, como las pieles de Salomón.»*

En el hebreo, al decir *negra*, la palabra de que se hace uso no significa una negrura completa como la de los etiofes ó negros africanos, sino quiere decir morena, ó trigueña soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén. Y no porque la Santísima Virgen haya sido precisamente de color moreno, si bien así lo han creído algunos autores, pues todó lo que habla el sagrado Cántico pertenece al sentido místico, y á las virtudes y prerrogativas de la Madre de Dios.

¿Qué se entiende, pues aquí, por el color moreno?

Hablando de la Iglesia, que es la Esposa del Señor, dicen los Padres y Doctores, como San Gregorio y San Jerónimo, que es como si exclamara la Iglesia de los gentiles: «Negra soy por la prece-

encuentra? «Si dijéramos que no tenemos pecado, engañámonos á nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros, dice el Apóstol San Juan (S. Juan, I. 8). Todos han pecado en Adán, dice San Pablo (Rom. III. 24.) Todos declinaron y se torcieron, dice David, y juntamente se hicieron inútiles. (Psalm. XIII. 3.) ¿Dónde estará, pues, esa equidad, esa rectitud que ama al Señor con toda perfección? No hay necesidad de decirlo: María fué concebida sin pecado; ni el original ni el actual vino á torcer jamás, ni en lo más mínimo, la rectitud de su alma; Ella, pues, es quien amó á Dios con toda perfección; y si por su humildad, lo declara en persona de muchos, diciendo: «los rectos te aman», es porque habla de sus hijos y siervos, rectos por la inocencia como los Gonzagas y los Costkas, ó rectificados por la penitencia, y unidos con Ella; pero siempre es cierto que la rectitud absoluta y la equidad perfecta, sólo en María se encuentran, y que por consiguiente, el final de ese verso, sólo á Ella de un modo único y singular le conviene: «Los rectos te aman.»

VERSO 4.

*«Negra soy, pero hermosa,
hijas de Ferusalén, como los tabernáculos
de Cedar, como las pieles de Salomón.»*

En el hebreo, al decir *negra*, la palabra de que se hace uso no significa una negrura completa como la de los etiofes ó negros africanos, sino quiere decir morena, ó trigueña soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén. Y no porque la Santísima Virgen haya sido precisamente de color moreno, si bien así lo han creído algunos autores, pues todó lo que habla el sagrado Cántico pertenece al sentido místico, y á las virtudes y prerrogativas de la Madre de Dios.

¿Qué se entiende, pues aquí, por el color moreno?

Hablando de la Iglesia, que es la Esposa del Señor, dicen los Padres y Doctores, como San Gregorio y San Jerónimo, que es como si exclamara la Iglesia de los gentiles: «Negra soy por la prece-

dente idolatría y por los crímenes que me manchaban; pero soy hermosa por mi conversión y por el santo bautismo, cuyas aguas lavaron todas mis manchas»; ó como dice San Ambrosio: «Morena soy por la culpa, hermosa por la gracia; morena por los vicios, hermosa por el baño (del bautismo); morena por haber pecado, hermosa por el amor que Cristo me tiene.» (Serm. 2. in. Psalm. CXVIII). Muy claro es que esta exposición no tiene cabida alguna en la Inmaculada Virgen, porque no habiendo habido jamás en Ella ni pecado actual, ni culpa original, en hablándose de pecados (como dice San Agustín), no puede tratarse de Ella en ningún modo. Pero como la palabra de Dios tiene tantas y tan distintas inteligencias, otros Santos Padres y Doctores la han explicado de modo que puede convenir á nuestra Reina y Señora. El mismo San Ambrosio, dice: «Negra soy por la fragilidad de la condición humana, hermosa por la gracia divina. (Lib. de his qui myster. initiant. cap. VII); y San Agustín: «negra por la naturaleza, hermosa por la gracia.» (Serm. 201. De temp.)

Porque es de saber, que como el hombre fué formado de barro, siempre debe acordarse que es polvo y que en polvo tiene que convertirse. Aun de nuestro Señor Jesucristo consta por el Apóstol (Hebr. II) que deben entenderse las palabras de un Salmo, en donde, hablando del Mesías, dice á Dios el Salmista: «Le has disminuído un poco menos que los ángeles; de gloria y honor le has coronado» (Psalm. VIII. 6), pues revestido el Verbo eterno de la naturaleza humana, quedó hecho verdadero hombre, y como tal, inferior á los ángeles; porque como bellamente explica ese lugar Santo Tomás, «la humana naturaleza, siendo espíritu enlazado con la materia, es inferior á la pura naturaleza angélica que no lo está.» Y así también, la Virgen María, comparada con los ángeles, tan sólo en cuanto á la naturaleza humana, es inferior á ellos (pues por lo demás sabemos que es su Reina), y por eso puede decir: «Trigueña soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén; ángeles puros, ministros del Señor é hijos de la Jerusalén celestial, trigueña soy por la naturaleza humana, inferior á la vuestra;

pero hermosa por la inundación de gracias que me han hecho Reina del universo, y de los ángeles, y de los hombres. Como la Iglesia, es negra por la fragilidad de la condición humana; hermosa por la gracia que le dió su divino Fundador; negra por la ruindad de la humana naturaleza, pero hermosa por los dones y privilegios de que Dios quiso colmarla tan abundantemente.

Nota también el Abad Ruperto, que esto puede decirse de varios misterios y circunstancias de la Vida de la Santísima Virgen: pareció negra, cuando á Señor San José se le mostraron las señales de la maternidad en ella; pero la vió hermosa, cuando el ángel le manifestó la grandeza del misterio obrado en su seno, negra por haberse ido á purificar á los cuarenta días de su virginal parto, apareciendo madre como todas las madres; pero hermosa por dentro, por su misma profundísima humildad, virginal pureza. Y así podremos discurrir por otros pasos de la vida de la Inmaculada Reina; pues apareció negra cuando tuvo que huir como un criminal de la persecución de He-

rodes; pero hermosa por su paciencia y constancia en el destierro y pobreza; negra, cuando en el templo su divino Hijo le dirigió aquellas palabras, al parecer duras: «¿por qué me buscábais? ¿no sabíais que me conviene estar en las cosas de mi Padre?» pero hermosa cuando el divino Niño se volvió con ella y le vivió sujeto: negra, cuando en las bodas de Caná él le dijo: «¿qué á mí y á tí, mujer?» y hermosa cuando á su indicación, hizo su primer milagro convirtiendo el agua en vino. Y lo mismo podríamos aplicar á la Santísima Virgen cuando al pie del madero de la cruz sufría inexplicables dolores; pues en la sagrada Escritura, así como por la luz se significa la alegría y la prosperidad, así por la negrura y obscuridad se significa todo lo adverso, los dolores y los trabajos; de suerte que en esas horas de inefables sufrimientos, bien pudo decir á las santas mujeres que la acompañaban, ó á los santos ángeles que admiraban su constancia: «Morena soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén»; la negra culpa de los mortales ha clavado á mi Jesús en este leño, le ha

quitado su esplendor y su hermosura; el más hermoso de los hijos de los hombres, ahora parece gusano y no hombre; la gloria de los ángeles se ha trocado en oprobio de los hombres, y la delicia del cielo en abyección del pueblo, ¡qué mucho que la Madre participe de las ignominias del Hijo! ¡qué mucho que las tinieblas cubran mi semblante, si el Sol divino, lo mismo que el sol material, se ha oscurecido! ¡qué mucho que el llanto haya irritado mis ojos y descompuesto mi semblante! morena soy, pues, pero hermosa, hijas de Jerusalén.» Así, la Santísima Virgen parece que dice á sus devotos según un doctor: «Negra soy ahora, porque conviene que con mi Hijo despreciado, sea yo despreciada, y con él reputado leproso, sea yo también leprosa reputada.» Y así como entonces, no sólo el sol se oscureció, sino que también la luna se mostró enrojecida, así el Sol divino, Cristo, se oscureció por la muerte; y María, la luna hermosa, perdió su luz y enrojeció su semblante con el dolor y las lágrimas. Y todo esto es muy digno de considerarse en los misterios dolorosos

del Santísimo Rosario; pero muy particularmente en el último de la Crucifixión, cuando la Virgen santísima, llena de dolor, estaba al pie de la cruz, como todavía lo veremos adelante.

En cuanto á la comparación que se añade: «como las tiendas de Cedar, como las pieles de Salomón», se ha de entender de las tiendas de los cedarenos levantadas en los desiertos y ennegrecidas por el polvo y tostadas con los rayos del sol, y de las pieles ricas y hermosísimas que servían de adorno en el palacio del Rey Salomón; por lo cual Cedar significa el destierro y la negrura de este mundo; y las tiendas movedizas, nuestra vida inconstante. Las pieles de Salomón, Rey de paz, indican la hermosura de la Jerusalén celestial, visión de paz y palacio del verdadero Salomón, Jesucristo nuestro Señor.

VERSO 5.

*No queráis considerarme que soy trigueña,
porque el sol me ha estragado el color.*

Celebra este divino Cántico en varias partes la hermosura de María, pues unas veces la llama hermosa; otras, toda hermosa; y otras, hermosísima entre las mujeres; y como no parece compatible con tanta hermosura lo trigueño, ó pálido ó descolorido de la cara, por eso dice aquí la hermosísima Virgen: «No queráis admiraros, no os pongáis á considerar con extrañeza mi semblante, que no ostenta ahora su hermosura, sino un color afeado y moreno. No es este mi color natural, blanco y terso; es efecto del sol que con sus rayos ha ennegrecido mi semblante.» Y en efecto, es muy de admirar que una criatura tan hermosa como llena de gracia, y tan inocente y cándida como la luna en noche serena, haya podido ser presa del dolor, oscureciendo la luz de su alegría con unos sufrimientos que la in-

teligencia del hombre no alcanzará á concebir. Los ángeles y los santos se llenaron de pasmo, cuando vieron lo que canta la Iglesia. «La Madre estaba llorosa, junto á la cruz, dolorosa, de donde el Hijo pendía.» Y á esta justa admiración, angélica y humana, de ver á la inocente padeciendo como pecadora, y la llena de gracia, llena de dolores, á la cándida luna ennegrecida y afeada, ella se digna explicarnos la causa de sus penas, diciendo: «No queráis considerarme que soy morena, porque el sol me ha estragado el color.» Si Jesucristo, Sol de justicia, está oscurecido con las sombras de la muerte, ¿qué mucho que la luna se oscurezca, pues la luz que recibe le viene toda de él, si los pecados del mundo le causan la muerte? ¿qué mucho que á su Madre, que es su asociada en la obra de la Redención, la acometan mortales dolores?

Y aquí es muy de considerar, almas cristianas, lo profundo de esta semejanza: porque así como la luz de la luna, toda le viene del sol, y de él depende en su claridad ó en su negrura, así en María santísima, formando una pareja con Je-

sús Redentor, en contraposición de aquella primer pareja de Adán y Eva, vino á destacar los yerros de aquella primera madre nuestra: «Medando en Ave, el triste nombre de Evas», como lo canta la Iglesia; así, unida continuamente la Virgen con su Hijo divino, participaba de sus penas y dolores, uniéndolos íntimamente con los del Redentor, y ofreciéndolos con los suyos para la redención del mundo. Por eso dice: «el sol me ha estragado el color.» En la lengua hebrea significa también: «porque el sol me clavó la mirada»; lo que nos da á entender, que entonces fué muy vehemente el dolor de la afligida Madre, ya cuando encontrando á su Hijo en la calle de la anargura, entrambos se miraron, y fueron sus ojos como dos saetas con que se atravesaron mutuamente los corazones; y también cuando en lo alto de la cruz, al hablar el Señor á su santísima Madre, para entregarnos por hijos, le atravesaba el alma con una tiernísima mirada. Mas tiene otro sentido la lengua hebrea, pues quiere decir también: «el sol me desdeñó, el sol me miró oblicuamente»; y en-

tonces pudo decir la Virgen María: «No os admiréis al verme morena, porque el sol me ha desdeñado», cuando su divino Hijo, escondiéndose en sus miradas, se separó de ella quedándose en Jérusalén. ¡Oh, y cuán grande fué el dolor de la amantísima Madre en esta circunstancia! Entonces, buscando al Niño por las plazas y las calles, podría decir á las hijas de Jérusalén: «No os admiréis al verme andando en los rayos del sol, quemada la tez, llorosos los ojos, y desgarrado el corazón, porque el sol de mi vida, la luz de mi existencia me ha desdeñado; Jesús se ha separado de mí, y no puedo encontrarle.» Y así, este verso corresponde al mismo tiempo al dolor de la santísima Virgen en la pérdida de su Hijo, y al dolor de su muerte al pié de la cruz.

Finalmente, así como la luna en comparación del sol y delante de él, no ostenta su luz y aun se mira sombría, así la santísima Virgen, durante su vida apareció como ofuscada y sin brillo, y sin obrar milagro alguno, porque convenía que Jesucristo luciese y fuese conocido. «No os admiréis de verme escondida, si-

lenciosa y sin brillo, porque mi Hijo, Sol divino, con sus rayos me ofusca, y ante él palidezco y nada soy.» Y si antes nos muestra la Virgen su paciencia en los tormentos, en esto último nos muestra su profundísima humildad.

*Los hijos de mi madre pelearon
contra mí; pusieronme
por guarda de viñas: mi viña no guardé.*

Sigue hablando la Virgen santísima, y dice el motivo por qué el sol le ha estragado el color; por qué los hijos de su madre, sus propios hermanos, pelearon contra ella, obligándola á ir á cuidar las viñas ajenas, teniendo que abandonar la suya propia, y recibiendo los ardientes rayos del sol al tener que andar recorriendo los setos y las campiñas. Y aunque no se lee que á la Bienaventurada Virgen la hayan perseguido en su persona los judíos sus hermanos, pues ni aun á los Apóstoles dejó el Señor que persiguiesen, mandando á los soldados en el

huerto que los dejasen ir libres; pero no obstante, quien persigue á un hijo, persigue á su madre; quien pelea contra el hijo, pelea contra la madre; y por eso el Abad Ruperto hace hablar de este modo á nuestra Señora: «Pelearon contra mí con guerra de palabras y con saetas de lenguas blasfemas, y yo tenía un cuidado especial de mi pueblo; y la maldad de estos hombres me hizo llevar á otras partes mis cuidados; mas el Señor, en vez de una viña me ha dado muchas para cultivarlas y guardarlas: todos cuentan conmigo y desean mi protección; todos claman á mí solicitando mi intercesión para con mi Hijo.» De notar es que cada cristiano tiene en su alma una viña que Dios le manda guardar, y que perseguidos por dentro por nuestros apetitos, y por fuera por los demonios, la abandonamos para ocuparnos en ajenos cuidados que no nos tocan, y damos por frutos «uvas de hiel y racimos amarguísimos, como dice la Escritura» (Deuter. XXXII. 32). Pero tenemos á la celestial viñadora, á la que llamamos Auxilio de los cristianos y Refugio de pecadores, y

á Ella acudiremos confiados, pues como encargada de las viñas de nuestras almas, no dejará que las bestias infernales las conculquen y destruyan.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

VERSO 6.

Dime tú á quién ama mi alma, dónde apacientas, dónde descansas al medio día, para que no comience á vagar tras los rebaños de tus compañeros.

Considerando la esposa que por el mucho andar en los campos á los rayos del sol se ha puesto trigueña, piensa acogerse al lado de su esposo, y por eso le pregunta que dónde se encuentra, principalmente al medio día, que es el mayor calor, para no verse obligada á andar vagueando tras de otros pastores. Y como el guardar viñas, es decir, gobernar á otros y tener cuidado de las almas, pertenece á la vida activa, de aquí es que el querer acogerse con el Esposo, no vagueando mas, quiere decir, apartarse de la vida

no, el sol me hizo conculcarme, y

activa para entregarse á la contemplativa.

Sabido es que Marta, andando y dando vueltas por la casa, es figura de la vida activa; mientras María Magdalena, su hermana, sentada á los pies de Jesucristo y oyendo sus divinas palabras, es un hermoso emblema de la vida contemplativa. Ahora bien; María nuestra Madre, á imitación de su divino Hijo, vivió de las dos vidas, pues todo el tiempo que duró en el templo, trabajaba y contemplaba, y mientras vivió al lado de su castísimo esposo, al mismo tiempo hacía las labores de su casa y contemplaba las cosas eternas; de aquí es que tenía que pasar muchas veces de la acción á la contemplación. Y de esto habla aquí la Virgen santísima, diciendo al Señor con cordial afecto: «Dime tú que eres el esposo, á quien ama mi alma más que á sí misma, porque tú eres mi alma y mi vida; dime dónde apacientas, dónde descansas al medio día; cuando los ardores del sol son más vivos; cuando el calor llega á su colmo; cuando el bochorno entorpece hasta los movimientos, es decir, ya sea en el

ardor de la tribulación, que es cuando más nos sentimos inclinados á buscar al Señor; ó mejor en el ardor del amor y de la caridad, pues cuando el corazón se siente encendido en ese fuego divino, aspirar al Señor con toda su fuerza, dirle tiernos suspiros, y le busca y le llama con ardorosas palabras, como lo hacía Santa Teresa de Jesús y la Bienaventurada Margarita. Pero nadie ha igualado ni podrá igualar jamás el encendido amor de la Virgen Inmaculada; y nadie ha mandado al cielo más vehementes suspiros. Y así, en sus mismas ocupaciones exteriores, preguntaba á su muy Amado dónde se encontraba, dónde podría hallarlo en el fuego del medio día que la abrasaba, para unirse luego con él en contemplación y no tener que andarle buscando tras de los rebaños de sus compañeros, es decir, tras de los ejemplos de los justos antiguos ó tras las inspiraciones de los ángeles. Por lo demás, el medio día en que se busca al Señor, significa, ya la claridad de su predicación, ya la hora de su crucifixión, ya el esplendor de su gloria. Y en todos estos gra-

dos le busca, y le adora y le ama la Virgen María. Y aún dicen los doctores, que ella misma fué como el medio día, siendo encendida é ilustrada por el Espíritu Santo, y en la cual se halló el Señor morando en su castísimo seno, descansando en su humildad y apacentándose en su castidad. El Abad Ruperto juzga que esto conviene á la Virgen María cuando andaba buscando á su Hijo perdido en Jerusalén, pues entonces andaba como vagueando por las casas de los parientes y amigos, hasta que le halló en el templo, significado por el medio día, porque en él se encuentra la luz de la verdad y el ardor de la predicación; y allí estaba el divino Niño, á quien amaba su alma, apacentando á aquellos viejos doctores con el pasto de su palabra. Y aquí es de notar que los rebaños ajenos, significan la multitud de las criaturas tras de las cuales anda el alma como vagabunda, siempre que pone su corazón en ellas, y corre tras ellas, y desordenadamente las ama. Y aun los asuntos y negocios de la tierra, si no los emprendemos en Dios y por Dios, también nos distraen, nos ocu-

pan y nos hacen vagar lejos del sumo Bien, al cual debemos buscar como fin, no tomando á las criaturas más que por medios, como admirablemente lo declara San Ignacio en el libro de sus Ejercicios. Así, la Virgen Santísima nos enseña aquí á buscar á Dios sobre todo, á tenerle en el fervor de la caridad, y á apartarnos, no sólo de los herejes, los falsos compañeros del Señor, sino de todas las criaturas, negocios y entretenimientos, que nos hacen andar vagueando lejos de nuestro último fin. Y nos enseña también á buscar á Jesús con grande empeño si tuviéremos la desgracia de perderle.

VERSO 7.

*Si no te conoces, oh hermosísima
entre las mujeres, sal y camina tras las
huellas de tus rebaños, y apacienta tus
cabritos junto á las tiendas
de tus pastores.*

No sólo es necesario el conocimiento de nuestra bajeza para humillarnos, sino

también el conocimiento de nuestra grandeza por la gracia, para alentarnos y excitarnos á la gratitud y al amor. Y por eso aquí el Esposo, junto con los jóvenes, sus compañeros, dicen á la Bienaventurada Virgen: Si no te conoces, ¡oh hermosísima entre las mujeres! como si le dijeran: tú confesaste, ¡oh Señora! que el Señor miró la bajeza de su esclava; pero el Señor quiere que conozcas también y confieses que te ha hecho la más hermosa entre las mujeres, llenándote de gracias, dones y virtudes sobre toda criatura. Y por eso el ángel te dijo: Bendita entre las mujeres, y te llamó graciosa y llena de gracia. Y si tu profunda humildad te oculta tu grandeza, sal, Señora, de lo interior de tí misma, y camina tras de las huellas de tus rebaños; mira las virtudes y escucha las alabanzas que te tributan las Ordenes religiosas que te están consagradas y que son como tus rebaños que te reconocen como su Pastora.

En tu vida caminaste delante de ellas dejándoles tus ejemplos; ahora camina tras de ellas como el pastor tras de sus

ovejas, dirigiéndolas y amparándolas. Pero no sólo tienes estos rebaños de ovejas blancas y puras, cándidas é inocentes; también tienes, ¡oh Reina! unos pobres cabritos, esto es, los pecadores de mal olor, que también son tuyos, porque son tus devotos; también á éstos apaciéntalos junto á las tiendas de los pastores; llévalos á los ejemplos de los santos; apaciéntalos con los ejemplos de tus fieles siervos, para que de cabritos pestilentes é indómitos se truequen por tu auxilio en mansas y dóciles ovejas. ¡Dulce esperanza y grande consuelo para los pecadores, que María no nos desamparará, sino que siguiendo la exhortación del Esposo, nos apacentará junto á sus amantes y fieles siervos! Es muy sabido que Santa Matilde vió á nuestra Señora, que debajo de su manto extendido abrigaba muchas bestias fieras que iban llegando, y con benigno semblante, dulcemente las acariciaba, como solemos hacer con nuestros animales domésticos, y con esto significaba cuán blandamente acoge á los pobres pecadores.

Refiérelolo, entre otros, San Alfonso de

Ligorio, en su precioso libro de «Las Glorias de María.»

VERSO 8.

*A mi caballeria en los carros de Faraón
te asemeje, ¡oh amiga mía!*

Muy extraño parece, entre nosotros, el comparar una persona con un animal, pues parece cosa no sólo de mal gusto, sino en cierto modo hasta ofensiva; pero en el Oriente se acostumbran estas comparaciones; y por eso no se ha de extrañar que en este Cántico, en el que todo es campestre, se compare á la esposa con la caballería en los carros de Faraón, esto es, á lo que llamamos aquí el tiro de un carruaje; y además, que en la lengua hebrea, mejor que decir «te asemeje», parece expresar «te alabé», es decir, viéndote en las carrozas compradas á Faraón, arrastradas por hermosos caballos egipcios, te admiré y te colmé de alabanzas. Y ya se ve que en este caso no hay comparación, sino que sólo se

ovejas, dirigiéndolas y amparándolas. Pero no sólo tienes estos rebaños de ovejas blancas y puras, cándidas é inocentes; también tienes, ¡oh Reina! unos pobres cabritos, esto es, los pecadores de mal olor, que también son tuyos, porque son tus devotos; también á éstos apaciéntalos junto á las tiendas de los pastores; llévalos á los ejemplos de los santos; apaciéntalos con los ejemplos de tus fieles siervos, para que de cabritos pestilentes é indómitos se truequen por tu auxilio en mansas y dóciles ovejas. ¡Dulce esperanza y grande consuelo para los pecadores, que María no nos desamparará, sino que siguiendo la exhortación del Esposo, nos apacentará junto á sus amantes y fieles siervos! Es muy sabido que Santa Matilde vió á nuestra Señora, que debajo de su manto extendido abrigaba muchas bestias fieras que iban llegando, y con benigno semblante, dulcemente las acariciaba, como solemos hacer con nuestros animales domésticos, y con esto significaba cuán blandamente acoge á los pobres pecadores.

Refiérela, entre otros, San Alfonso de

Ligorio, en su precioso libro de «Las Glorias de María.»

VERSO 8.

*A mi caballeria en los carros de Faraón
te asemejé, ¡oh amiga mía!*

Muy extraño parece, entre nosotros, el comparar una persona con un animal, pues parece cosa no sólo de mal gusto, sino en cierto modo hasta ofensiva; pero en el Oriente se acostumbran estas comparaciones; y por eso no se ha de extrañar que en este Cántico, en el que todo es campestre, se compare á la esposa con la caballería en los carros de Faraón, esto es, á lo que llamamos aquí el tiro de un carruaje; y además, que en la lengua hebrea, mejor que decir «te asemejé», parece expresar «te alabé», es decir, viéndote en las carrozas compradas á Faraón, arrastradas por hermosos caballos egipcios, te admiré y te colmé de alabanzas. Y ya se ve que en este caso no hay comparación, sino que sólo se

realza la hermosura de la esposa, considerándola de paseo en un coche elegante y riquísimo. Mas, ¿qué, pues, quiere significarse con esta frase? Muy bien podemos entender que María santísima es aquí comparada con esta carroza real; pues en efecto, así como una carroza del rey, dentro de la cual se ostenta, llevando su corona y adornado con regias vestiduras, llama la atención del pueblo, atrae sus alabanzas y parece que realza la nobleza y majestad real, así la Virgen santísima, dentro de la cual quiso encerrarse el Verbo eterno con la vestidura y corona de nuestra humanidad, llama la atención de los siglos y portando al Rey eterno por todas partes, nos da á conocer su hermosura y mansedumbre. Así, como real carroza, la Virgen María lleva encerrado al divino Niño, Rey de los siglos y Príncipe de la paz, le transporta á través de las montañas ásperas de la Judea, á la casa de Zacarías ó Isabel, donde el Rey soberano va á hacer su primera conquista, arrebatando al niño Juan de las garras del demonio, y santificándolo en el seno materno. Después á

la vuelta para Nazareth, la Virgen santísima le transporta de nuevo dentro de su seno; y al partir de Nazareth para Belén, ya cercano su virginal alumbramiento, siempre le sirve de blanda carroza, pero carroza viviente y animada, que con inmenso amor le porta y le sustenta. Y cuando lo lleva á presentar al templo, y cuando le vuelve á su casa, y cuando le transporta al lejano Egipto, siempre es ella la carroza que lleva consigo al Dios Salvador. Y en los nobles animales que tiran de la carroza han visto los Padres significada la docilidad y obediencia del alma, lo mismo que su celeridad en el divino servicio. En efecto, los briosos y mansos animales no sólo corren con harta velocidad, arrastrando á la carroza cuando á ello se les excita, sino que paran inmediatamente cuando se les detiene, suben las cuestas, bajan á los llanos, vuelven á la derecha ó á la izquierda al menor movimiento de las riendas del que los gobierna; y de la misma manera el alma, y mucho mejor que todas, el alma de la santísima Virgen, obedece con toda perfección al Espíritu Santo que la diri-

ge. ¿Queremos ver su celeridad? Oigamos al Evangelio: «Levantándose María marchó con apresuramiento á la ciudad de Judá.» ¿Queremos conocer su docilidad? «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.» ¿Deseamos admirar su entera sujeción? veamos cómo levantándose José á la media noche, tomó al Niño y á su Madre, que no pone el menor obstáculo, y se dirige por largos caminos á una tierra inhospitalaria y enemiga. La Virgen María, cuando se la llama á la derecha vuelve á la derecha, consintiendo en ser la Madre del Verbo humanado; y cuando se la llama por la izquierda, obedece en el momento, caminando ahora al Egipto y después al Calvario. Y si algo queremos saber de la hermosura de esta real carroza y del noble ejército que la acompaña, oigamos á David su antecesor, como la anuncia: «La carroza de Dios multiplicada en diez millares; millares de los que se alegran . . . y el Señor en su Santuario.» (Ps. LXVII. 18.) Diez mil ángeles puntualmente, dice la Venerable Madre Agreda, que fueron deputados por Dios

para la guarda de la santísima Virgen. Esta era la tropa de honor que acompañaba la celestial carroza, y ella era el santuario donde estaba el Señor; y nada extraño es que los santos ángeles se llenasen de alegría, viendo á su Rey en brazos de la Reina; á Jesús, Verbo divino, ya en el seno, ya en los brazos de María su angusta Madre.

San Bernardo y el Abad Ruperto con otros doctores creen que se trata en este verso de los carros de guerra, y que la santísima Virgen, como valerosa combatiente, ha combatido y postrado primeramente á Lucifer, y en seguida á los herejes sus secuaces, por lo cual canta la Iglesia diciéndole: «Señora, tú sola acabaste con todas las heregías.» Y así la Virgen María, benigna y mansa para con sus hijos, es terrible como un ejército para con sus enemigos, como en otra parte lo dice este mismo Cántico divino. (Cant. VI. 3.)

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE
MEXICO

VERSOS 9.

*Hermosas son tus mejillas,
como de tórtola; tu cuello como collares
de perlas.*

Estas alabanzas que da el Señor á su Esposa, celebrando su cuello y sus mejillas, y en otros versos otros varios miembros de su cuerpo, no se deben entender al pie de la letra en sentido material, aunque la Virgen santísima realmente haya sido muy hermosa aun en su castísimo cuerpo; sino principalmente se trata en el Cántico, de las virtudes, dones y prerrogativas del alma, significados por los órganos ó miembros corporales. Veamos, pues, qué significan aquí las mejillas y el cuello. Notan los doctores que en las mejillas suele pronto asomar el pudor; es decir, que subiendo á ellas la sangre enviada por un golpe del corazón, tiñe la piel y se asoma á las mejillas poniéndolas sonrosadas; y así suele observarse en muchas jóvenes, que tan

sólo con dirigirles la palabra se las ven sonrojarse. De aquí es que por las mejillas se significa el pudor y la vergüenza. Cuando el ángel saludó á nuestra amada Madre, dice el Evangelio que ella se turbó en sus palabras, pues el ángel, aunque espíritu puro, le apareció, como declaran los santos, en forma de un joven que le hablaba con palabras materiales, y por eso fué su turbación; por lo cual dice San Ambrosio á las vírgenes cristianas: «Aprended aquí la vergüenza, aprended el pudor.» Y estas eran, pues, las mejillas de la Virgen santísima, que alaba aquí el Esposo por su belleza. ¿Mas, por qué se comparan con las de la tórtola, oscura avecita que nada tiene de hermosura? Para explicarlo es de saber que tres cualidades notan en la tórtola los doctores: la primera va á decirnosla el gran Papa San Gregorio: «La tórtola, explica el santo, después que una vez ha perdido á su compañero, jamás vuelve á aparearse con otro; mas habitando siempre solitaria, persevera gimiendo como por buscar á su amante compañero, á quien ya no encuentra; y de este modo

el alma santa, cuando se ve ausente de su Esposo, no por eso se olvida de su amor, sino siempre anhela y gime por su deseo, y no encontrando al que tanto ama y apartándose de todo ageno amor, muestra cómo en la vergüenza de sus mejillas y aun en el hábito y acto exterior la castidad de su corazón.» Y San Bernardo exhorta hermosamente á su hermana, diciendole: «hermosas sean tus mejillas como de tórtola. La naturaleza de esta avecilla es tal, que si por alguna circunstancia pierde á su consorte, no vuelve á buscar otro jamás.

¡Oh Esposa de Cristo, haz tú por parecerte á esta tórtola, para que nunca busques otro amador fuera de Nuestro Señor Jesucristo!»

La segunda cualidad de la tórtola, es su amor á la soledad, y así pone su nido en lugares apartados, donde sus enemigos no la persigan. Así la Virgen María, vivió muchos años en el templo, y después en la soledad de su morada en Nazareth, y sobre todo, es tórtola en su soledad después de la muerte de su Hijo.

Mas veamos cómo exhorta San Bernardo al alma en el particular: «Siéntate solitaria como la tórtola: nada á tí con las turbas; nada con la multitud de los mundanos. Olvida aún á tu pueblo, y á la casa de tu padre, y codiciará el rey tu hermosura. ¡Oh alma dichosa! procura estar sola para que á uno solo entre todas te entregues y consagres, ya que á él solo entre todos escogiste. Huye del público, huye de los mismos de tu casa, aléjate de tus íntimos y amigos, y aun de los mismos que te sirven, pues ya sabes que tienes un Esposo pundonoroso, que no quiere alegrarte con su presencia delante de nadie.»

La tercera cualidad de la tórtola es el duelo y los gemidos, pues en lo más apartado de los bosques, noche y día gime y llora inconsolable su viudedad. Así la Virgen Santísima, siempre lloró la muerte de su Jesús, y al pié de la cruz como triste tórtolilla, lloraba amargamente la muerte de su amado. La tórtola, dicen los santos, representa al alma grave, compuesta en sus palabras, dada á la oración y á la compunción, que gi-

me y lora sus culpas y las ajenas, y se entristece por la ausencia del Esposo.

«Tu cuello como collares de perlas.» El cuello, que junto con las espaldas sustenta las cargas y pesos, significa la paciencia y la prontitud en llevar la carga de los preceptos y el yugo de los consejos evangélicos, pues el yugo sabido es que lo llevan los animales en el cuello. En la Sagrada Escritura, el cuello duro, significa un ánimo rebelde y contumaz, como cuando dice Isaias: «Sé que tú eres duro y tu cerviz es un nervio de fierro.» (Isai. XL, VIII, 4) ¿Pero quién más paciente, más constante y más dócil para llevar la carga de los mandamientos, que Aquella que no los quebrantó jamás ni en lo más mínimo? ¿Qué cuello más rendido al yugo de los consejos que la que hizo primero que nadie aquellos tres votos preciosísimos de pobreza, castidad y obediencia?

Y el cuello de la esposa se compara á collares de perlas, porque todas las palabras que salen por él, son palabras amorosas, celestiales y preciosas, que le adornan y ennoblecen. Es de saber que las

mujeres del Oriente son muy amantes de traer colgados al cuello uno ó varios hilos, ya con monedas de plata ú oro, ya de perlas ó de otras piedras brillantes, collares que caen al pecho y abajo de él. Y esta es una parte de su atavío, que realza mucho su hermosura. A estos collares hace alusión este verso; pero es extraño que no dice: «tienes ó muestras hermosos collares, los luces ú ostentas»; sino «tu cuello es como collares»; quiere decir, es tan bien formado y tan hermoso, que no necesita nuevos adornos, sino que él, por sí mismo, es luciente y agraciado como los mismos atavíos. Por el cuello, pues, entienden los santos la paciencia y la humildad, porque en el cuello suelen llevarse las cargas y se doblega en la cabeza en señal de sumisión; y así dice San Ambrosio: «Alábase aquí al alma que con el esplendor de los preceptos se muestre hermosa y agraciada, que en su semblante deje ver el pudor de la castidad, y rodeado de cadenillas alce su cuello, mostrando en esta forma la paciencia y la humildad.» La Santísima Virgen acaba de

ser comparada con la tórtola, y es de saber que esta ave con la paloma y otras aves, tienen el cuello formado de tal manera, que pueden volver el pico y la cabeza completamente hacia atrás, formando un círculo entero, lo que hizo la Providencia para que puedan oprimir los cañones de sus plumas, de donde sale una especie de óleo con que las ungen, haciéndolas impermeables á las lluvias. Y no podremos decir, que por esto se significa que la Virgen María, vuelve la vista por todas partes, adelante hacia los justos, atrás hacia los pecadores, y que extrae con sus preces el óleo de la divina misericordia para participarlo á sus hijos y libertarlos de las lluvias de la ira divina?

Ciertamente; y por eso celebramos su cuello como lleno de primores y de riquezas, diciendo: «Tu cuello es como collares de perlas. Pero, que su esposo no le dará estas joyas, y dejará desnudo su cuello, aunque tan hermoso? Veámoslo en el verso siguiente:

VERSO IO.

Cadenillas de oro haremos para ti, adornadas con gusanillo de plata.

Según otra traducción, se dice: «te haremos convenientes adornos con chispas ó clavos de plata»; y en nuestra traducción se llaman murenillas de oro, porque hay un pececillo que se llama murena, que tiene hermosas manchas de oro y se revuelve sobre sí mismo como formando un círculo; y á imitación de ese pez se fabricaban unos collares ó cadenas, á la manera que ahora usan las jóvenes unos adornos entre el brazo y la mano figurando serpientes enroscadas, uso por cierto indigno, pues la serpiente es símbolo del demonio. Las murenillas, no sólo se hacían para el cuello, sino también para los oídos y los brazos; y por esto, al decir aquí, te haremos murenillas, podemos entenderlo de todas esas clases de adornos; y aun doctores hay que lo han entendido de las fajas pectorales, ó

sea cintos, con que se ceñan hacia el pecho las jóvenes hebreas, acerca de lo cual hay una hermosa palabra en la sagrada Escritura, en la que dice el Señor: «¿Por ventura se olvidará la doncella de sus adornos, ó la esposa de su faja pectoral? mas mi pueblo se ha olvidado de mí innumerables días.» (Jer. II. 32.) Todas estas clases de adornos son símbolo de varias virtudes, que el Señor regaló á la Virgen santísima. Los collares significan la docilidad y la humildad, y de ellas entiende el verso San Jerónimo: como pendientes de los oídos, significan la obediencia, y así lo explica San Bernardo; como manillas ó adornos de las manos y del brazo, simbolizan la perseverancia en las buenas obras; y como cinto ó faja del pecho indican la castidad virginal.

Es muy de notar que en otra traslación de este verso, en vez de murenillas, se dice: «figuras, ó semejanzas, ó imágenes, haremos para tí, con puntos de plata.» Y aquí podemos entender los misterios del santísimo Rosario, porque la Encarnación, la Visitación, el Nacimien-

to, son representación y semejanza de los mismos misterios, lo mismo que de todos los otros, y todos son honrosos para la Virgen santísima, como muy preciosos adornos. Y aun el mismo instrumento del rosario, es cadenilla que se lleva al cuello, y es de oro por la oración dominical, y con puntos de plata por las Aves Marías; y este es ornamento muypreciado de la Virgen María, por lo cual quiso aparecer en Lourdes con un rosario cándido en la mano, pasando las cuentas con sus dedos virginales, como recibiendo la cuenta de las salutations que se le hacen en el mundo. Y se llaman imágenes ó semejanzas, por la imagen de la misma Virgen milagrosa ó la de Cristo crucificado, ó las de los santos que se representan en las medallas del rosario suspendidas. Todas estas significaciones podemos entender en este verso.

VERSO II.

*Quando el Rey estaba en su reclinatorio
mi nardo dió su olor.*

Este reclinatorio de que habla aquí la Esposa, dirigiéndose al Rey su Esposo, era un asiento bajo, ó más bien una especie de cojín en que se colocaban, medio recostados para comer, los orientales; y cuando el Rey allí descansaba, el nardo de la Esposa dió su olor, porque le ungió con él, y derramado extendió más su aroma. Esto recuerda luego el hecho de la Magdalena, que en el convite ungió con nardo los pies del Señor, y la casa se llenó con el olor del unguento, como dice el Evangelio. Los santos lo explican de muchas maneras, conviniendo todos en que Jesucristo es el Rey de las almas, y es él y no otro de quien aquí se trata; pero al explicar el reclinatorio y el nardo, dan varias inteligencias. Unos entienden por el reclinatorio, el trono de la Divinidad, y el nardo oloroso son las

oraciones y plegarias de los hombres en el mundo. Otros entienden mejor por el reclinatorio, la Encarnación del divino Verbo, que vino á reclinarse y á descansar en el vientre virginal de María santísima, y ella fué la que á nombre de la humanidad entera, mientras este Rey eterno descansaba en su seno, derramó el olor del nardo con su profundísima adoración, con su humildísima reverencia, y con su ardentísimo amor. Y lo mismo puede decirse en los otros misterios del Redentor. Cuando el Rey descansaba en su seno en el viaje de la Visitación, por el camino María derramaba su olor, sus alabanzas y su gratitud; cuando el Rey Niño estaba recostado en el pesebre, el corazón de María, como nardo odorífero, derramaba el aroma de la adoración y del celeste gozo; cuando el Niño Rey estaba en los brazos de Simeón, ella derramaba el aroma de la conformidad al divino beneplácito; cuando el Niño, á la edad de doce años, estaba en medio de los doctores, ella derramaba el olor de maternal alegría al encontrarle. En los misterios de la pasión de

su Hijo, su corazón era como un nardo pisoteado y destrozado, que derramaba el aroma del dolor más intenso; y en los misterios gloriosos, ante el Rey resucitado, subido al cielo y mandando al Espíritu Santo, derramaba el olor de los más preciosos afectos. Y cuando su alma se separó de su castísimo cuerpo, y cuando volvió á tomarle, y fué coronada por Reina de los ángeles y de los hombres, nadie es capaz de concebir el aroma de su nardo allá en los cielos, es decir, los encendidísimos afectos, los coloquios dulcísimos con Jesús su Amado; los suavísimos cantares de amor y de agradecimiento, engrandeciendo su alma al Señor y estremeciéndose su espíritu de gozo en Dios su Salvador. Así, á imitación de nuestra muy amada Madre, cuando el Rey Jesús está en su reclinatorio de la Eucaristía, en la custodia ó en el sagrario, ó cuando esté en el reclinatorio de nuestro pecho por la comunión, que nuestro corazón sea como un nardo oloroso, que ante él derrame el aroma de la adoración, del amor, de la admiración y del agradecimiento. Y aun

en el santo Rosario, estando Jesús como descansando en nuestra memoria, en los varios pasos de su vida, nuestro corazón derrame aquellos tres olores indicados en la oración preparatoria, es decir, rezando *digna, atenta y devotamente*.

Muy hermoso es, pues, y muy provechoso este verso tan breve, del sagrado Cantar.

VERSO II.

*Manojito de mirra es mi Amado para mí,
y en medio de mi pecho morará.*

Sigue la Esposa alabando al Rey su Esposo, y no contenta con verle en su reclinatorio, quiere unirse con él íntimamente, y tenerle en medio de su pecho, es decir, en su corazón que en ese sitio está colocado. Mas ¿por qué le llama manojito de mirra? Es la mirra un arbusto que no llega á dos varas de tamaño; es planta escabrosa y llena de espinas, con las hojas en figura de lanzas y la corteza dura, é hiriéndola corren

unas gotas de gusto acre y muy amargo, y sirven para pegar, limpiar y secar. Primero produce el árbol esas gotas de por sí, y forman la mirra primera ó escogida, de hermoso, aunque triste olor; y haciéndole incisiones, produce otra de menos calidad. Todo esto es muy á propósito, dicen los doctores, para indicar la mortificación y la austeridad de la vida humilde, áspera, punzante y amarga.

Tal fué la vida de nuestro adorable Redentor, humilde en su Nacimiento y en la oscuridad de Nazaret, áspera durante su predicación; punzada con las lenguas, como lanzas, de los judíos, y amarguísima en su pasión y muerte. Ahora bien; la Santísima Virgen, que como dice el Evangelio, confería todas estas cosas en su corazón, quiso tener en medio de él, la memoria de todos los trabajos y de todos los pasos dolorosos de su santísimo Hijo.

Así, cuando le vió reclinado en el pesebre, punzado con las granzas de aquellas pajas desechadas, llorando y temblando de frío en el desabrigo de aquel lugar indigno, después de adorarlo, y al

levantarlo, estrechándolo contra su seno, muy bien pudo decir: «Manojito de mirra es mi Amado para mí, y en medio de mi pecho morará.» Manojito, porque es un Niño pequeñito que no pesa ni cansa; de mirra, porque padece amarguras por todos sus sentidos; y como la mirra derrama gotas medicinales, así él derrama lágrimas que curan los pecados del mundo. El es mi Amado, porque lo amo como á mi Dios y como á mi Hijo con amor inmenso; pero es manojito de mirra, para mí, porque miro sus penas y trabajos, y yo sola siento todas sus amarguras. Es manojito de mirra, como Varón de dolores, y en mi pecho morará haciéndome Madre de dolores. Cuando la Virgen Madre le miraba trabajar en el taller de Señor San José, cansado y sudando en aquel pesado oficio, también le miraba como hacecillo de mirra; y cuando le lloraba perdido, le era mirra que le amargaba el alma, pero que vino á morar con Ella después que le halló en el templo. Y cuando oía que sus enemigos le perseguían en su predicación, érale mirra amarga, y las gotas de su palabra en-

traban y moraban en su corazón. Mas sobre todo, cuando le miraba clavado en el árbol de la cruz, despidiendo tantas gotas de sangre preciosa, sentíale como un manojito de mirra que destilaba en su corazón toda la amargura de sus penas, y que con cada una de sus palabras abría una herida en su corazón para depositarlas en lo íntimo de él. Y aun después de la Resurrección y Ascensión del Señor, mientras su Madre santísima vivió en este mundo, no sólo conservaba muy viva la memoria de la Pasión, sino que visitaba con frecuencia el camino de la cruz, y en cada estación dolorosa, recordando el paso que allí se había verificado, muy bien podía decir: «Manojito de mirra es para mí mi Jesús:» aquí cayó primera vez con la cruz; aquí le alargó aquel lienzo la Verónica; aquí trajeron á Simón, que le ayudara con la carga; aquí le desnudaron; aquí le crucificaron. . . . y todos estos pasos fueron á manera de ramas espinosas como de mirra, que atadas en un manojito querido, están en medio de mi pecho, no de paso y como en hospedaje, sino morando en

mi corazón continuamente: «Manojito de mirra es mi amado para mí, en medio de mi pecho morará.» De suerte que no sólo en el calvario, sino en el pesebre, y principalmente desde la profecía del anciano Simeón, fué la vida de nuestra muy amada Madre un continuo martirio, y su divino Hijo fué para ella un arbolito de mirra que continuamente la estuvo punzando con sus espinas, y fatigándola con su peso, y abrevándola con su amargura; pero siempre en medio de su pecho, es decir, con entera aceptación, con voluntad perfecta y con cariño indecible.

Tal debe ser también la vida del cristiano: vida de unión con Jesucristo paciente, de modo que pueda decir como el Apóstol: «No quiero saber otra cosa, sino á Jesucristo crucificado; con él estoy clavado en la cruz, y yo llevo en mí las señales de sus sagradas llagas.» (I. Cor. II. 2; Galat. II. 19. et. VI. 17.)

VERSO 13.

*Racimo de cipro es mi Amado para mi,
en las viñas de Engaddí.*

Qué es lo que aquí se llama cipro? Unos creen que es el alcanfor, que tiene propiedades medicinales; varios santos Padres, como San Gregorio y San Bernardo, creen que se trata de la vid, que en aquella tierra llamada de Engaddí eran sus racimos sumamente crecidos, dulces y sabrosos; y otros, finalmente creen que se trata de un árbol llamado cipro, grande y frondoso, y que produce unos copos de flores blancas y olorosas que cuelgan como racimos. Todo esto conviene admirablemente á Jesucristo: como el alcanfor arde en el agua, así el corazón de Jesús ardió en fuego divino en medio de las fangosas aguas del mundo; como el alcanfor calma y aplaca las erupciones de la piel, así el Señor calma y aplaca la irritación de las pasiones; como el alcanfor, si no está muy bien guardado y en-

cerrado, se evapora y desaparece, así el Señor y su gracia, si no está muy bien custodiado, en el corazón, desaparece y se aleja.

Pero más bien parece que se trata aquí del racimo de la vid.

Refiere la sagrada Escritura, que los emisarios de Josué, mandados á inspeccionar la tierra de promisión, volvieron trayendo por muestra de su fertilidad un racimo de uvas de tan gran tamaño, que le tralan dos hombres sobre un madero que cargaban en los hombros, lo cual era una tosca representación de la cruz, como lo explican los Doctores; de suerte que el racimo suspendido de aquel leño y con dos hombres á los lados, simbolizaba á Cristo suspendido del leño de la cruz y puesto en medio de dos ladrones; y el jugo copiosísimo de aquel racimo, significa la preciosa y copiosa sangre de nuestro Salvador, que además de lavar todos los pecados, es el vino generoso que enardece y alienta á las almas.

Los copos hermosísimos de flores del cipro, significan las suavísimas virtudes

de Jesucristo. Y esto se entiende de la Resurrección, Ascensión y gloria del Señor en los cielos; de suerte que, como observa un doctor, Jesucristo fué como nardo en su Encarnación, manojito de mirra en su Pasión, y racimo de cipro en su Resurrección. Y así, la santísima Virgen, en estos versos le alaba en todos sus misterios; en su Encarnación, el nardo da su olor, adorando á su Hijo; en la Pasión y al pie de la cruz, le abraza en su pecho para participar de su amargura, como hacecito de mirra; y en su Resurrección, admira y alaba las dotes gloriosas del Señor, como olorosas flores del árbol del cipro. Y nótese muy bien aquí significado el sacratísimo Rosario; pues que el nardo oloroso representa los misterios gozosos; el manojito de mirra, hecho como de cinco ramas, los cinco misterios dolorosos; y el racimo de cipro con sus copos elevados de blancas flores, los misterios gloriosos de la Resurrección y Ascensión del Señor. Y aun la venida del Espíritu Santo se indica en este verso, pues creen muchos que el cipro es el árbol del bálsamo, y el bálsamo por su

excelente olor, significa la gracia del Espíritu Santo, por lo cual se hace uso del bálsamo mezclado con el óleo en el sacramento de la Confirmación.

La palabra Engaddí, significa *la fuente del cabrito*, porque el Señor no vino á llamar á los justos, sino á los pecadores; y así las viñas de Engaddí, son los sacramentos que perdonan los pecados, y lavándose en ellos los cabritos, se truecan en blancas ovejas.

Oigamos explicarlo bellamente á San Gregorio Papa: «En Engaddí se produce el bálsamo, que con el óleo y la bendición pontifical se hace crisma, y por él se significan los dones del Espíritu Santo. Engaddí se interpreta *fuentes del cabrito*, y antiguamente se inmolaba un cabrito por los pecados. Por la fuente del cabrito se significa la fuente del Bautismo, en el cual el cuerpo se sumerge, y el alma se lava y queda limpia de todos sus pecados.»

Ahora bien; la santísima Virgen, que es Refugio de pecadores, viendo que en los sacramentos de la Iglesia, lava el Señor á las almas con el agua de su Costado,

y las cura con el bálsamo de su gracia, y las fortalece con el vino generoso de su sangre, por lo cual el Señor se compara ya al racimo de la vid, ya al bálsamo, ya al cipro, le alaba y le aclama diciendo: «Racimo de cipro es mi Amado para mí, en las viñas de Engaddí.» Mas después de estas alabanzas que, como hemos dicho, comprenden todos los misterios de la redención, desde la Encarnación del Señor hasta la venida del Espíritu Santo, Jesús retorna sus alabanzas á su inmaculada Madre, y el Esposo retorna sus loores á su amada Esposa, como vamos á verlo en el verso siguiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VERSO 14.

*Hé aquí tú eres hermosa, amiga mía;
he aquí tú eres hermosa, tus ojos de
palomas.*

Pues en las esposas se busca como una dote excelente la belleza; de aquí es que el Esposo la alaba grandemente en su

Esposa, llamándola su amiga, conjunta ó compañera, y repitiendo la alabanza de su hermosura, para mostrarla más grande y más preciosa. No cabe duda que la grande amiga del Señor, su conjunta como la madre con el hijo, su compañera en la grande obra de la redención, es la santísima é inmaculada Virgen María, de quien habla aquí el Esposo: la llama dos veces hermosa, porque es hermosa en el interior y en el exterior; hermosa en su cuerpo y en su alma; hermosa en su virginidad y hermosa en su maternidad; hermosa en la tierra y hermosa en el cielo; hermosa ante los hombres, y hermosa ante los ángeles; hermosa en sus dolores, y hermosa en sus alegrías; hermosa en su santísima vida, y hermosa en su gloriosísimo tránsito. Y en el instante de su Concepción, fué hermosa por estar libertada del pecado, y hermosa por haber sido colmada de gracias. Ahora, nuestra querida Madre es hermosa en sus altares, hermosa en sus imágenes, hermosa en sus cintas y medallas; es hermosa en sus escapularios, blancos y azulados, ó negros y oscuros; hermosa en

sus fiestas, hermosa en sus Oficios, hermosa en sus Religiones y Asociaciones. Digamos, pues, á imitación del Esposo: «He aquí que eres hermosa, Madre mía, y Reina mía; he aquí que eres hermosa, bendita entre las mujeres, y bendito el fruto de tu sacratísimo vientre.»

Mas ¿por qué se añade «tus ojos de palomas?»

Para entenderlo, recordemos una palabra de nuestro divino Salvador: «Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso; mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso.» (Math. VI. 22). Este ojo es la intención: si esta fuese recta, sencilla y sin doblez, todo el cuerpo de la obra será luminoso, esto es, limpio, puro y meritorio; mas si la intención fuese torcida, dolosa ó mala en cualquier sentido, todo el cuerpo de la obra será tenebroso, pecaminoso y culpable. De aquí es que, el alabar el Esposo los ojos de su Esposa como de palomas, significa, lo primero, que son sencillos, cándidos é ingenuos; lo segundo, que son púdicos y ruborosos; lo tercero, que son rectos, pues las palomas no miran al sos-

layo; lo cuarto, amorosos y amables; lo quinto, plácidos y mansísimos. Todo esto admirablemente conviene á la Virgen María, cuyas intenciones todas fueron puras, rectas y agradables á Dios. Además, dice el Abad Ruperto, que no es nuevo significarse por los ojos los dones del Espíritu Santo, pues en el profeta Zacarías se significan por los siete ojos de la piedra, que es Cristo. Y así hace hablar al Señor de esta manera: «Estos ojos míos, son también tuyos; ojos son de paloma, ojos de todas las gracias, pues desde que me recibiste en tus castas entrañas, te hiciste participante de todas las gracias y de los dones del Espíritu Santo, que todos descansaron sobre mí.» Así, los ojos de palomas, son ojos de virtudes, de simplicidad, de inocencia, de pureza, de candor, de gracias, de virtudes y de dones. ¡Oh preciosísimos ojos de nuestra Madre María! Mas Ella responde á estas alabanzas retornándolas al Señor, de esta manera:

VERSO 15.

*He aquí tú eres hermoso, Amado mío;
nuestro pequeño lecho es florido.*

Como dos veces había alabado el Esposo la hermosura de la Virgen María, así Ella dá dos alabanzas á su Esposo, llamándole hermoso y gracioso. Y aquí entienden los santos, con San Gregorio y San Anselmo, que Jesucristo es hermoso en la divinidad, y gracioso en su humanidad. En la divinidad, es bien claro que el Señor es soberanamente hermoso y la fuente de toda hermosura, pues es la imagen del Padre y el esplendor de su substancia, y es luz de luz que todo lo hermosea. Y en la naturaleza humana, le llama David: «gracioso en su forma entre todos los hijos de los hombres»; y nadie como su divina Madre pudo conocer mejor y alabar esta hermosura. Bien pudo decir, pues, como un santo doctor: «Hermoso es el Verbo en Dios, y hermoso en el virgíneo seno, en donde sin perder

la divinidad, asumió la humanidad. Hermoso el Verbo recién nacido infante; cuando se alimentaba en el seno maternal, cuando era llevado en brazos, los cielos hablaron, los ángeles cantaron, los Magos, tras una estrella caminaron, los humildes pastores le adoraron. Hermoso es, pues, en el cielo, hermoso en la tierra, hermoso en las manos de sus padres, hermoso en sus milagros, hermoso en sus trabajos, hermoso invitando á la vida, hermoso despreciando la muerte, hermoso dejando á su alma, y hermoso tomándola de nuevo, hermoso en la cruz y en el sepulcro, hermoso en el cielo, y hermoso aun en nuestro pobre entendimiento» (San Agustín). Pero aun más apropiado la hace hablar el Abad Ruperto, diciendo: «Si mi Dios me alaba por ser virgen y madre, por ser El Dios y Hombre, yo le adoro; si El me dice: he aquí que tú eres hermosa; si me repite, he aquí que tú eres hermosa; yo le respondo: he aquí Amado mío que eres gracioso. Desde que yo quedé hermosa por obra tuya, tú que siempre fuiste hermoso, más hermoso apareciste; pues en verdad aumen-

taste tu hermosura, cuando siendo Dios te dignaste hacerte Hombre. Tú de tal modo eres hermoso, que eres la substancia misma de la hermosura, y de tal modo gracioso, que eres la misma gracia de la humanidad. Si soy yo hermosa, es porque tú eres mi hermosura, pues no es la vara la hermosura de la flor, antes la flor es la hermosura de la vara».

Y á un Esposo y á una Esposa llenos de hermosura, les corresponde una casa y un tálamo también hermosos; y por esto añade: «nuestro lecho es de flores»; esto es, cubierto de flores, y verdegueando con las hojas, y cubierto con la sombra de floridos arbustos. ¿Cuál es este lecho de flores? He aquí cómo responde un doctor: «El lecho de Cristo es su Carne; pues así como el lecho tiene dos usos: padecer en él durante la enfermedad, y descansar durante la salud, así el Señor, en su Carne, padeció en las humanas flaquezas antes de su pasión, y descansó en ella en su resurrección; y muy bien se dice: Nuestro lecho es florido, pues primero floreció en su vida; secóse por su muerte, y refloreció por su

resurrección. Y así dice en un salmo: «Y mi carne refloreció».

San Gregorio lo explica de este modo: «¿Qué quiere decir el lecho de la Esposa, sino la quietud y descanso del alma? porque el alma que ardientemente ama á Cristo su Esposo, apártase en cuanto puede de los cuidados del mundo y va acopiando en su interior las virtudes con que agrade á su Esposo. Y así, al despreciar todas las cosas temporales, se forma un lecho en la paz de su victoria, y mientras más tranquila en él descansa, más flores encuentra para agradecer al Esposo con su hermosura.»

San Bernardo entiende por el lecho florido los conventos: «En la Iglesia, dice, pienso que el lecho donde se descansa son los claustros y monasterios, en los cuales se vive con quietud, lejos de los cuidados del siglo y de las angustias de la vida. Y este lecho se nos presenta lleno de flores, por los ejemplos de los fundadores y compañeros que allí han derramado el buen olor de sus virtudes».

En cuanto á la Virgen María, su vientre sacratísimo fué el lecho donde Jesu-

cristo descansó y como durmió por nueve meses, y de allí se levantó para correr su carrera. Y Cristo en ella descansaba, y María descansaba en Cristo, y de su lecho se exhalaba el aroma de las más preciosas flores, es decir, los encendísimos afectos del Corazón de Jesús, y los ardientes deseos del Corazón de su Madre inmaculada. Nosotros somos lecho de Jesús en la comunión.

VERSO 16.

*Las vigas de nuestra casa son de cedro:
nuestros artesonados de ciprés.*

Después de haber alabado el lecho, como el que está recostado en él, naturalmente vuelve los ojos hacia el techo, y mira y aun cuenta las vigas que le componen; así Ella, mirando esos hermosos maderos, y los artesonados que sostienen, es decir, las figuras y composturas que pendientes y clavadas en las vigas formaban preciosos adornos en el techo, co-

mo se observa en las cámaras y habitaciones reales, admirando la fortaleza de las maderas, las bellezas de las figuras del artesonado, las alaba diciendo: «Las vigas de nuestra casa son de cedro: los artesonados de ciprés.» El cedro es una madera incorruptible, de un olor agradable, y de un sabor acre y picante que estorba se le crie polilla que lo destruya.

El ciprés produce una madera muy estimada por su mucha duración, y que siendo muy cerrada en sus poros, no padece abras ni torceduras, y por consiguiente es muy apta para trabajos finos y duraderos. Y por eso la Esposa alaba las vigas de cedro, macizas y odoríferas, y los artesonados colocados en ellas, compuestos y tallados de madera de ciprés. Esto supuesto, ¿cuál es la casa en donde estas maderas están colocadas, y esas, qué significan?

Como á la casa la llama *nuestra* la Esposa, claro es que significa la casa que es á un mismo tiempo del Esposo y de la Esposa, de Jesús y de María, y esta es la misma alma de la Virgen santísima, casa donde el Señor siempre estuvo. En es-

ta casa hay dos géneros de gracias y virtudes: la gracia santificante que va unida con las virtudes cardinales, que son como cuatro maderos ó vigas principales que sostienen el techado, y las gracias que se llaman *gratis datas*, como la ciencia de las Escrituras, el don de lenguas, la profecía, etc. Ahora bien; las virtudes cardinales son enteramente necesarias para el edificio de la perfección, y por eso la Iglesia, en la canonización de los santos, hace un examen muy severo acerca de estas virtudes; son, pues, como las vigas del techado, que lo sustentan y conservan, y sin el cual no podría habitarse la casa. En cuanto á las gracias *gratis datas*, no son necesarias para la santidad, pero la adornan, la embellecen y la magnifican; y por eso se habla en las vidas de los santos del don de milagros, del espíritu profético, del conocimiento de la sagrada Escritura, del penetrar los corazones, etc., admirándose la ciencia teológica en sencillas mujeres como en Santa Catalina de Sena. Pueden, pues, muy bien estas gracias y dones, compararse á los artesonados,

porque como estos están clavados en las vigas y penden de ellas, así esos dones gratuitos dependen de las virtudes y sirven para embellecerlas y adornarlas. Las vigas, pues, de la casa virginal, son la prudencia, justicia, fortaleza y templanza, solidísimas virtudes del alma de María; y los artesonados son los dones gratuitos, pues tuvo todos los que cuenta San Pablo, y los numera como muy repartidos entre varias clases de personas cuando dice: «A uno por el Espíritu Santo, se le dá palabra de sabiduría; á otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; á otro, fe por el mismo Espíritu; á otro, gracia de sanidades en un mismo Espíritu; á otro, operación de virtudes; á otro, profecías; á otro, discreción de espíritus; á otro, linajes de lengua; á otro, interpretación de palabras» (1^a á los Cor. XII. 8, 9, 10). Pues todo esto, que fué repartido á uno y á otro, por el Espíritu Santo, le fué dado junto á la Virgen Santísima á quien cubrió con su sombra; y así sus virtudes fueron sólidas, odoríferas, altas y frondosas como el cedro; y sus dones, hermosos y agra-

dables, firmes y sin lesión como el ciprés, levantado en alto como él, y mirando al cielo por la recta intención, como mira siempre al cielo la punta del ciprés. Y muy bien puede también decirse, que en la casa de María, las vigas gruesas y macizas figuran los santos Angeles, que como á Reina le están sujetos, y son incorruptibles é impecables; y los artesonados hermosos y pendientes de las vigas, son los devotos siervos de María, sostenidos y protegidos por los santos Angeles, y que con sus virtudes, como que adornan y embellecen el alma de su muy amada Madre.

Aquí termina el primer capítulo del Cántico de los cánticos, y al fin de él, la santísima Virgen hace algunas saludes advertencias á sus muy amadas hijas.

*Voz de la Virgen santísima,
á las Hijas de María Inmaculada.*

Mucho provecho podréis sacar, amadas hijas mías, de este primer capi-

tulo del Cántico divino. Primeramente, debéis desear con ardor la unión con Jesucristo, como yo deseaba y pedía su santa Encarnación. Si el Señor os llama á servirle en una vida más perfecta, en el claustro de un convento ó en otra Congregación religiosa, no dejéis entibiar vuestros deseos; pedidlo con ardor y con constancia, y para merecerlo en algún modo, apartaos de las delicias del siglo, considerando que los unguentos del Esposo son infinitamente superiores al vino de los goces mundanales: Corred en pos de mí con la imitación de las virtudes, y sed rectas en todas vuestras acciones é intenciones. Entrad á las cámaras de la oración íntima y profunda, y empezad siempre por meditar la negrura de vuestras pasadas culpas, que el sol de la concupiscencia os hizo cometer. Deplorad el olvido de vuestra alma, viña del Señor, que abandonásteis por entreteneros en las viñas de agenos cuidados. Buscad al Señor en el medio día de su amor y de sus finezas, pues bien sabéis que descansa y apacienta en la sagrada Eucaristía. Acostumbrad practicar la hora eu-

carística, que es una hora de meditación semanal á los piés de Jesús Sacramentado, para que os enseñe á amarle á él sólo, y no andar vagueando tras de las miserables criaturas, sino regir y dominar vuestras pasiones á ejemplo de los santos. Si así lo hacéis, hijas mías, mi Jesús os colmará de gracias y favores: os hará como sus carrozas, que por todas partes le llevéis en vuestro corazón; os dará virginal modestia en vuestro semblante, y os adornará el cuello y los brazos con la docilidad de la obediencia y la constancia en el bien obrar. Acostumbrad el dulce ejercicio de la presencia de Dios, para que el Rey eterno, reclinado en vuestro corazón, lo convierta en un nardo oloroso, que siempre esté exhalando el aroma de la oración, del amor y del agradecimiento.

Sobre todo, no olvidéis, mis muy amadas hijas, el meditar la dolorosa Pasión del Salvador; haced de todos sus pasos como un manojito de amarga mirra que esté siempre en vuestro corazón y vuestra memoria, y El, como sabroso racimo, os dará á beber sus gracias en las viñas

de Engaddí, que son los santos sacramentos. Y mi Jesús alabará vuestra hermosura y la sencillez y la simplicidad de vuestras intenciones; y vosotras alabareis la suya, de donde habrá venido toda la vuestra. Y vuestra alma será como un lecho donde el Señor descansa, oloroso con las flores de vuestros afectos; y con las sólidas virtudes, formará como el techo de vuestra casa, y con sus dones y gracias especiales, la hermoseará como con preciosos adornos. Y qué, amadas hijas, ¿no suspiraréis por llegar á esta dicha? ¿no deseareis con deseo, ser las esposas de mi dulce y divino Jesús? . . . En mí hallaréis abogada y protectora: yo soy vuestra Madre y seré también vuestra Madrina; yo os purificaré y os adornaré para esas bodas celestiales. Vosotras sedme siempre fieles: no abandonéis jamás el sacratísimo Rosario, cuyos misterios de gozo, de dolor y de gloria, visteis figurados en el nardo oloroso, la amarga mirra y el florido cipro. Traed siempre con vosotras vuestro rosario, y pensad que vuestra Madre os ama con un amor que nunca podréis comprender, y en la

vida os asistirá, en la muerte vendrá á recibiros, bajará al purgatorio á libertaros, y os presentará á Jesús en las delicias de la gloria.

Voz de las hijas.

¡Bendita seas, Madre mía! oído hemos tu voz y quedamos encantadas; procuraremos obedecerte en todo; pero no nos abandones: se tú nuestra luz, nuestra guía y nuestra más dulce esperanza!



CAPITULO II

El Esposo, flor y lirio.—La esposa, azucena.
El Manzano.—Su sombra y su fruto.—
La bodega de los vinos.—El desmayo so-
 corrido con flores y manzanas.—La iz-
 quierda y la derecha del Señor.—El sueño
 no turbado.—La corza y el cervato.—El
 acecho tras la pared.—Amiga, paloma.—
 Invierno y primavera.—Paloma en los
 agujeros de la peña.—Las raposas.—El
 Rey coronado.—La vida y la muerte.—La
 voz de María.

En este capítulo continúan alternando [®] los Esposos sus mutuas alabanzas, haciendo siempre uso de comparaciones campestres y ocultando bajo estos sencillos emblemas grandes misterios. Y aun parece que cuando la frase es más llana y sencilla, penetrando en su fondo es más fecunda y conceptuosa, como lo ire-

vida os asistirá, en la muerte vendrá á recibiros, bajará al purgatorio á libertaros, y os presentará á Jesús en las delicias de la gloria.

Voz de las hijas.

¡Bendita seas, Madre mía! oído hemos tu voz y quedamos encantadas; procuraremos obedecerte en todo; pero no nos abandones: se tú nuestra luz, nuestra guía y nuestra más dulce esperanza!



CAPITULO II

El Esposo, flor y lirio.—La esposa, azucena.
El Manzano.—Su sombra y su fruto.—
La bodega de los vinos.—El desmayo so-
 corrido con flores y manzanas.—La iz-
 quierda y la derecha del Señor.—El sueño
 no turbado.—La corza y el cervato.—El
 acecho tras la pared.—Amiga, paloma.—
 Invierno y primavera.—Paloma en los
 agujeros de la peña.—Las raposas.—El
 Rey coronado.—La vida y la muerte.—La
 voz de María.

En este capítulo continúan alternando [®] los Esposos sus mutuas alabanzas, haciendo siempre uso de comparaciones campestres y ocultando bajo estos sencillos emblemas grandes misterios. Y aun parece que cuando la frase es más llana y sencilla, penetrando en su fondo es más fecunda y conceptuosa, como lo ire-

mos viendo en la declaración de cada verso. Sólo que nuestra marcha será más rápida, porque conteniéndose en el primer capítulo las verdades más fundamentales con respecto al gran misterio de la Encarnación, conveniente era tratarlas con más cuidado y detenimiento, y eso facilita la explicación del resto, que no son sino las consecuencias de aquellas primeras verdades. Mas no por eso queremos significar que los demás capítulos de este libro divino dejen de ser preciosos é interesantes, pues como todo él es el epitalamio de las bodas del Verbo con la humana naturaleza, misterio grande, escondido por todos los siglos en Dios, como dice San Pablo, todo el Cántico respira, por decirlo así, el aroma de Jesucristo, y no menos el de la Virgen Inmaculada, su divina Madre. De ella nos hemos propuesto declarar este Cántico divino, pues siendo su objeto celebrar la unión de Cristo con la Iglesia, como María nuestra Madre es de ella una parte principalísima, claro es que de un modo especial le concierne, y que sin violencia ninguna puede serle aplicado.

Esto supuesto, entremos á la declaración de los versos que componen este segundo capítulo.

VERSO I.

*Yo soy la flor del campo y el lirio
de los valles.*

Es el Esposo el que aquí habla, y con la comparación sencillísima de la flor, quiere darnos á entender sus excelencias, siempre como Dios Hombre en el misterio de la Encarnación. ¿Por qué se llama aquí, pues, flor del campo? San Jerónimo, y con él todos los doctores, recuerdan aquí la profecía de Isaías que anunciaba al Salvador bajo el emblema de una flor, diciendo: «Una vara saldrá de la raíz de José, y de esta raíz se levantará una flor.» (Isai. XI. 1.) Flor que nunca se marchita, flor que siempre conserva su hermosura, cuyo aroma no disminuye, cuyo vigor no perece; siempre cándida y rubicunda; siempre olorosa,

fresca y llena de atractivos. Y así como la flor proviene del rocío del cielo y de la fecundidad de la tierra, así el Señor es del cielo en cuanto su divinidad, y en cuanto su humanidad es de la tierra. Mas ¿por qué se llama flor del campo? Lo primero, porque así como la flor es el adorno y la hermosura del campo, así Jesucristo es el ornato, el decoro y la hermosura del mundo, dice San Ambrosio; lo segundo, porque del mismo modo que la flor del campo no está encerrada como las de los jardines ni pertenece á un solo dueño, sino que á todos es patente y todos pueden gozar de ella, así el Señor nació en el mundo para bien de todos y vino á salvar á todos los hombres; lo tercero, porque así como la flor del campo es conculcada y pisoteada por los caminantes, y más aún por los animales que vagan por los campos, así el Señor fué conculcado y pisoteado en su pasión, y aun ahora en su Sacramento es despreciado y ultrajado por los malos cristianos y por los herejes; pero como la flor desgarrada y despedazada suele derramar mejor su aroma, así nues-

tro Señor en sus humillaciones y trabajos hizo resplandecer más sus virtudes; lo cuarto, porque así como la flor del campo nace por sí misma, sin que el hombre la siembre ni la riegue, así nuestro divino Salvador fué concebido por obra del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen, y todo esto fué no por obra de varón, sino por obra y gracia del Espíritu Santo. Muy hermosamente lo dice San Ambrosio por estas palabras: «Cristo es la flor de la Virgen María, que derramó por todo el mundo el buen olor de la fe, habiendo germinado de un vientre virginal».

Algunos doctores creen que esta flor de que aquí se habla es la rosa, que es hermosísima y reina entre las flores. Y el campo es la misma Virgen santísima, en la cual nació, y á ella acuden todos los que quieren obtener esta flor, como al dichoso campo que la produce.

En cuanto al lirio de los valles, llamado así porque en los valles se juntan las aguas, y el lirio mucho las apetece, es también Jesucristo nuestro Señor, lirio de castidad y de pureza, que florece en

los corazones humildes, donde se juntan las aguas de las gracias. Cinco cosas se admiran en el lirio, dice un doctor: su blancura, su color de oro en el centro, su aroma, su elevación, y el estar doblegado; y así Jesucristo es cándido en su humanidad, de oro en su divinidad, aromático en su predicación, elevado por su doctrina, doblegado para recibir siempre á los pecadores. También se advierte que el lirio es tan fecundo que de una sola raíz produce hasta cincuenta centenas y millares de cristianos. Finalmente Jesucristo es flor del campo mientras vivió en el mundo, y lirio de los valles floreciendo eternamente en la gloria.

VERSO 2.

*Como el lirio entre las espinas, así
mi amiga entre las hijas.*

Acababa de decir el Esposo que él es el lirio de los valles; y así como el

campo del cual es flor, es la Virgen santísima de quien nació, así los valles del lirio son su purísimo cuerpo y su humildísima alma, pues en los hondos valles de la humildad es en donde florece el hermoso lirio de la pureza. Mas como la Esposa es tan semejante al Esposo, y María tan semejante á Jesucristo, que en este mismo Cántico se le llama escogida como el sol, por eso el Señor le participa la alabanza de sí mismo, que se llama lirio, y le dice: «Como lirio entre las espinas, así mi amada entre las hijas: Si yo soy lirio, ella también es lirio; si yo soy el Rey de las vírgenes y el amador de la castidad, ella es la Reina y Virgen de las vírgenes; si yo apaciento entre los lirios de los corazones puros, ella es la azucena que descuella entre las innumerables vírgenes que la rodean, y que en pos de ella con regocijo y alegría á mí, Rey inmortal y eterno, en el templo me han sido presentadas; y aunque son doncellas puras que siguen á mí Madre como á su Reina y capitana, ellas, con todas sus virtudes, no son más que secas y agudas espinas, comparadas con la

Purísima é Inmaculada María. «Como la azucena entre las espinas, así mi amiga entre las hijas.» ¿Cómo no recordar aquí con corazón gozoso la tierna ceremonia de la recepción de las Hijas de María? Después de resonar en las bóvedas del templo el Ave dulcísima á la estrella del mar, llamadas por su nombre van acercándose las jóvenes dichosas, cubiertas de blanca túnica, el velo virginal sobre el semblante y coronadas de candidas rosas; trémulas de emoción se allegan á las rejas y allí prometen cultivar aquellas cuatro virtudes: la caridad y la humildad, la obediencia y la pureza; la pureza sobre todo, la celestial pureza que consagran al Señor bajo la égida de María, cuya dulce imagen elevada en el altar, parece mirarlas con amor y enviarlas una sonrisa de celeste aprobación; y con sus manos abiertas, de donde salen rayos fulgurantes, mandarles una lluvia de gracias y favores. ¡Pero cuán grande es su virtud y cuán pequeñas ante ella las de sus hijas! Al fin ella, concebida sin pecado, es purísima azucena de blancura sin mancha,

mientras sus hijas, nacidas con el pecado de origen, son espinas punzadoras que no tendrían entrada en el jardín celestial, si el bautismo no arrancara esas espinas. Mas como siempre quedan sus tristes resabios y reaparecen con los pecados actuales, siempre puede decir el Señor al ver á esas jóvenes rodeando el altar de María: «Como azucena entre las espinas, así mi amiga entre las hijas.»

¡Oh hijas muy queridas de María Inmaculada! destruid esas espinas de las culpas que punzan á vuestra Madre cuando os acercáis á abrazarla: purificáos más y más; lavad vuestras estolas en la sangre del Cordero, esto es, vuestras almas en el Sacramento de la Penitencia; acercaos cada día, si os es posible, al sagrado banquete, para que más y más os asemejéis á vuestra Madre y Reina, la Azucena de los cielos! ¡Ojalá y que á nadie seáis jamás motivo de tentación ni de pecado, y que á nadie puncéis con agudas espinas! Oid lo que dice el piadosísimo Dionisio Cartusiano de vuestra Madre y de vosotras: «Aunque haya habido y ha de haber siempre

muchas vírgenes puras y santas, mas en comparación de la Virgen santísima, considéranse como espinas, en cuanto á que siempre tienen algo de culpa; y aun cuando estén limpias, no está en ellas el fomes extinguido, y sirvieron de espinas para otras que con su aspecto sentían las punzadas de la concupiscencia. Sólo la Virgen María, inmune de toda culpa, tuvo extinguido enteramente el fomes, y encendida en ardiente caridad, á todos cuantos la miraban los penetraba con su inestimable pureza, llenándolos de castos y santos deseos.»

VERSO 3.

*Como el manzano
entre los árboles de las selvas, así
mi Amado entre los hijos.*

A la alabanza del Esposo corresponde la Esposa con otra muy semejante. El la ensalza entre las hijas, y Ella le alaba entre los hijos; para él todas las jóvenes,

aunque santas, junto á su Esposa son espinas; para ella los santos y los ángeles, ante su amado Dueño, son árboles silvestres; Ella es la azucena deliciosa; El es el manzano de sabrosísimos frutos. Al llamarle, pues, manzano entre los árboles de las selvas, es como si dijera: «Cuanto el manzano excede y supera á los árboles silvestres, cuanto es más útil que ellos saneando el aire donde arroja su sombra, cuanto mejor que las espinas son las manzanas, cuanto el hombre que de estas come, vale más que los animales que comen las bellotas, tanto y mucho más mi Esposo celestial supera á todos los hombres y aun á todas las criaturas.» Y con mucha razón, dice San Gregorio Papa, por el manzano se figura á Cristo, y á los otros hombres por los leños silvestres: porque en solo Cristo hallamos manjar de salud cuantas veces lo buscamos, nutriendo nuestras almas con el suave y saludable fruto de sus palabras y ejemplos. El será el árbol de la vida que á nosotros nos la participa; El es el que apacienta nuestras almas cuando á sí mismo se nos inspira. Y en cuanto á las

criaturas, si hallamos algo en ellas que nos sustente, no es de ellas, sino del mismo Cristo, pues lo que hay en las criaturas fuera de Dios, es para nosotros un veneno mortal.» «Bajo la sombra del que había deseado me senté, y su fruto es dulce á mi garganta.»

Insiste la Esposa en la comparación del manzano, y así como este árbol dá fresca sombra donde descansar, y presenta un fruto sabroso al paladar, así Jesucristo dá la sombra de su protección y providencia, la sombra de la fe, que es oscura y nebulosa; y la sombra del Espíritu Santo, que refrigera el ardor de las pasiones. Sobre todo, Cristo en la Eucaristía es el árbol del manzano, que expuesto en la custodia ó reservado en el sagrario, nos dá benigna sombra, y en ella nos sentamos á descansar cuando vamos á visitarle, y su fruto es dulce, dulcísimo á nuestra garganta, cuando en la comunión le recibimos. Mejor que nadie sabía todo esto la Virgen María cuando daba al Señor esta alabanza que, respecto de ella, es especial. Porque la sombra del Señor la cubrió, como se di-

ce en el Evangelio: «El Espíritu Santo sobre tí vendrá y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.» Esta sombra deseaba ardientemente la Bienaventurada Virgen, cuando ansiaba y suspiraba por la Encarnación, y bajo ella se sentó y dentro de sí recibió su dulcísimo fruto, que después de la Ascensión de Jesucristo á los cielos recibió millares de veces en la santa Eucaristía. También el árbol de la cruz es el manzano del muy amado, y á su sombra estaba María Madre de dolores: y así como Eva gustaba la manzana prohibida, así María saboreaba las amarguras del fruto de la cruz, que era su Hijo colgado de ella. Y no se diga que el fruto del manzano se llama dulce, y en la Pasión del Señor todo es amargo, porque en esta amargura se encuentran muchas delicias, y las almas que tienen experiencia saben muy bien que en la meditación de la Pasión de Jesucristo se encuentra una dulzura inexplicable. Y si las almas de los santos han deseado tanto la cruz, suspirando por ella con vivas ansias, hasta querer, «ó padecer ó morir», como Santa

Teresa; ó «padecer y no morir», como Santa Matilde; ó hasta hacer como escrúpulo de su contentamiento en la cruz, como la Bienaventurada Margarita de Alacoque: por aquí podemos imaginar cuál sería el ardor con que la Virgen santísima suspiraba por la cruz, y cómo ansiaba por ponerse á su sombra, y gustar sus amarguísimas dulzuras, y cómo en este sentido pudo muy bien decir: «Como el manzano entre los árboles de las selvas, así es mi Amado entre los hijos. A la sombra de Aquel que habla deseado me senté, y su fruto es dulce á mi garganta.»

Y finalmente, esto tiene su plena consumación en el cielo, donde á la sombra de su Hijo divino, Arbol de eterna vida, que la difunde en todos los santos, descansa para siempre saboreando los exquisitos frutos de la bienaventuranza.

VERSO 4.

*Introdujome en la bodega de los vinos;
ordenó en mí la caridad.*

Es de saber que en las casas de los magnates, y principalmente en los palacios de los reyes, hay un departamento situado lejos del calor, donde se guardan con cuidado varias clases de vinos y licores para el uso de la mesa y esplendor de los banquetes. Allí se tienen vinos fabricados de muchos años atrás, pues es sabido que el tiempo los mejora, y que cuanto más añejos son más generosos y apreciados. Los lugares, pues, donde así se depositan los licores se llaman cuevas, porque suelen estar subterráneas, ó bien bodegas de los vinos, y suelen visitarse para admirar las ricas colecciones de ese género, y aun para probar y saborear de aquellos caldos generosos. Así aquí, el Esposo lleva á la Esposa á visitar sus bodegas; y esto es lo que ella, agradecida, les cuenta á

las jovencitas que la acompañan. Como después de comer se excita la sed, por eso después de saborear los frutos del manzano, es conducida la Esposa á beber á la cueva de los vinos.

Para el alma esta bodega de vinos significa ya la santa Iglesia católica, donde se hallan el vino de la predicación y el vino de los Sacramentos; ya el Espíritu Santo, que desciende sobre las almas, pareciendo embriagarlas como á los Apóstoles en Pentecostés; y ya muy particularmente, la Misa, y el Altar, y la Eucaristía; y así dice el sacerdote al comenzar el sacrificio: «Entraré al altar de Dios», al Dios que llena mi juventud de regocijo; como si dijera: entraré á la bodega de los vinos, pues que el vino, dice la Escritura, alegra el corazón del hombre. Y á esta bodega, millares de veces fué introducida la Virgen santísima, que después de la Ascensión del Señor, diariamente comulgaba de manos del amado discípulo, embriagándose santamente en el amor divino. El Abad Ruperto dice que María, nuestra Señora fué introducida á la bodega de los vinos

cuando en las bodas de Caná, faltando el vino, les procuró á los convidados, por un milagro que obtuvo de su divino Hijo, un vino abundante y delicadísimo, para denotar que en las nupcias del mundo todo, procuró por medio de Jesucristo el vino místico, esto es, la incorrupción de las almas y la inmortalidad de los cuerpos.

La cueva de los vinos es también la santa contemplación, que en la santísima Virgen fué dulcísima y continua, y en la que gozó delicias que no es dado expresar. Y en el cielo aun más perfectamente se goza de los vinos del Señor, que son las cuatro dotes gloriosas del cuerpo; y las tres del alma, que son: ver, gozar y poseer á Dios.

Mas ¿qué quiere decir, «ordenó en mí la caridad?» En la lengua sagrada se significa ordenar en batalla, ú ordenar para el combate, pues expresa: la «Bandera sobre mí, la caridad», porque así como la fuerza y virtud del ejército consiste en el orden de los soldados y escuadrones, y la bandera levantada en alto es quien los ordena, así en el interior del

alma la caridad es la que ordena todo el ejército de las virtudes y potencias, y sin ella nada valen para impugnar al demonio. Esta bandera es el mismo Cristo, que es todo amor, pues como dice el discípulo amado: «Dios es caridad.»

Y así, él mismo es la bandera levantada en alto en la cruz, señal á la cual se contradeciría, cual anunció Simeón; pues no sólo le contradijeron los judíos, sino aun hoy le contradicen los impíos, los malvados, los gobiernos, los masones; mas si por una parte le contradicen y odian, una gran multitud de almas le aman y le adoran, y como soldados siguen por todas partes la bandera de su cruz, y dicen con el Apóstol: «Ordenó en mí la caridad», ó levantó sobre mí la bandera del amor; pues Jesucristo fué siempre el blanco de todos sus deseos, y al pie de la cruz estuvo firme y constante, como el soldado al pie de su bandera. Y tan ordenada estuvo en ella la caridad, que más quiso ver morir á su santísimo Hijo, que el que las almas pereciesen; y así la hace decir el Abad Rupert: «Ya desde mucho antes me habla

enseñado el Señor el orden de la caridad, y que llevase conmigo la espada de mi dolor, aunque sintiese destrozar mi alma; pero sin pensar ni desear que el Señor mudase sus designios de cruz y de muerte, que le habían de traer gloria y honor del género humano.» Así, María nuestra muy amada Madre, fué como un fuerte soldado, ó más bien como valerosa Capitana, que estuvo firme, aunque llena de dolor, al pie de la bandera del Soberano, esto es, junto á la cruz de su Hijo crucificado; y así nosotros, pobres soldados, debemos decirle:

Contigo junto al madero,
Quiero estar y llorar quiero
Por la muerte del Cordero;
Para que cuando yo muera
Vuele á la celeste esfera
Que es la patria verdadera.

Amén.

VERSO 5.

*Sostenedme con flores, rodeadme
de manzanas, porque desfallezco de amor.*

En este verso se ve que la Esposa, saliendo de la bodega de los vinos, cayó en un desmayo. Entre los efectos del amor divino de que hablan los doctores místicos, unos se llaman palabras amorosas, otros embriaguez espiritual; otros, deliquios ó desmayos de amor, éxtasis ó arrobamientos; y como este Cántico es todo de amor, de todos estos distintos efectos se habla en él; y así, las palabras de amor son las que el Señor habla á su Esposa en el fondo del alma, y de ellas son muchas que hemos declarado. Ahora se trata del deliquio de amor, pues es lo que experimenta la Esposa cuando dice, llamando á sus compañeras y dirigiéndoles la palabra: Venid y socorredme; mirad cómo me desvanezco y estoy por caer en tierra sin sentido; traedme flores y manzanas, cuyo olor me conforte y me

vuelva la respiración. «Apartándose el Esposo como suele, dice San Bernardo, Ella se siente desfallecer de amor, pues cuanto más agradable había experimentado su presencia, tanto más se siente con su ausencia desfallecer; pues si se nos quita lo que amamos, se aumenta nuestro deseo; y lo que con ardor se desea, más tristemente se pierde. Y por eso esta alma ruega que la alienten con el olor de flores y de frutos, mientras que vuelve Aquel cuya ausencia la enferma y la entristece.»

Mas ¿qué significan las flores y las manzanas que pide aquí la Esposa? Claramente responden algunos; trátase de Cristo, pues ya la hemos oído llamarse flor del campo y lirio de los valles, y la Esposa le ha llamado árbol de manzano; y por ese lo explica muy claramente en el verso que sigue, donde pide ser abrazada con sus dos divinas manos. Y esto le conviene admirablemente á la santísima Virgen, cuando pedía noticias á las hijas de Jerusalén de su amado lirio y de su dulce manzano; de su Jesús, que había perdido con indecible desconsuelo y que

con deliquio de amor andaba buscando. Las flores y manzanos simbolizan también las celestes consolaciones que Dios manda á las almas santas cuando se encuentran en la desolación y en la amargura; y muy particularmente la memoria de las suavísimas palabras y de las preciosas acciones de nuestro Salvador, pues con la meditación de sus misterios, el alma, que desfallece por su deseo, se sustenta y se conforta. Así, nuestra dulcísima Madre, en la ausencia de su Jesús subido al cielo, desfalleciendo de amor y de deseo, llamaba á los santos ángeles diciéndoles: Rodeadme de flores, sostenedme con manzanas, y la memoria de Jesucristo la confortaba y consolaba, y muy particularmente el recuerdo de la dolorosa Pasión, á la que invoca aquél santo: «Pasión de Cristo, confortame», porque tiene la virtud y eficacia de confortar el alma; pues como dice San Ambrosio: «ungüento es la sangre que derramó, manzano es él mismo, fruto pendiente del árbol de la cruz»; y San Bernardo, por manzanos entiende los dolores de la Pasión, y por flores los gozos

de la Resurrección, y todo esto consolaba y confortaba á la santísima Virgen en sus amorosos deliquios.

Mas no omitamos otro sentido de este verso que apuntan algunos doctores con San Gregorio, que dice: «Por las flores se designan las almas tiernas y principiantes, y por manzanos los fieles maduros y perfectos.» Y así podemos decir que nuestra amada Madre María, como que se consuela y se conforta y se alegra, ya con sus hijos tiernos que comienzan á amarla, ya con sus siervos más crecidos que la sirven muchos años ha, y la aman entrañablemente como á Madre. En sus fiestas y en medio de sus altares, y en los días de su florido mes, parece decir á sus Hijas: «Vosotras las pequeñas, las aspirantes que llevais la cinta de esperanza, acercaos y rodeadme como flores, que vuestros deseos son grato olor que me conforta; y vosotras, las que llevais la cinta color de cielo, y sois soldados antiguos en mi ejército, acercaos también, pues como manzanas, juntais al olor de los deseos el dulce sabor de las buenas obras; venid, venid todas, que

quiero comunicaros el amor que me hacía desfallecer en la tierra y que en el cielo me hace inmensamente dichosa.

VERSO 6.

Su izquierda debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará.

Desmayada la Esposa en un deliquio de amor, el Esposo la levanta para colocarla en el lecho, y como hace el que endereza á un enfermo, con una mano le sostiene la cabeza y con la otra la abraza para levantarla, y esto es lo que aquí siente y cuenta la Esposa: «con su mano izquierda sustenta mi cabeza, levantándola por debajo, y me abraza y levanta con su derecha para trasportarme.» Y así también, dice un doctor, suelen las madres abrazar á sus hijos pequeños, tomándoles con una mano la cabeza y acercándola á su seno, mientras que con la otra mano los levantan, rodeándolos de la cintura; y á ese modo hemos de en-

tender aquí el abrazo de que habla la Esposa que le dió el Esposo para levantarla y trasportarla. Mas este abrazo ¿qué significa? Misterios todos grandiosos: primeramente, indica el abrazo de la divinidad con la humanidad en el seno sacratísimo de nuestra Señora, que ambas la rodearon y abrazaron con su protección; en segundo lugar, significa la gracia y la gloria que envolvieron y cómo abrazaron á María nuestra Reina, pues la gracia es como la mano izquierda, que sustenta la vida presente, mientras la gloria es la derecha que abrazó toda el alma y cuerpo de la Santísima Virgen, cuyo abrazo durará por toda la eternidad y comenzó en su gloriosa Asunción; en tercer lugar, la izquierda significa las adversidades de esta vida, y la derecha las prosperidades con que el Señor nos consuela; y con ambas manos abrazó á su Madre santísima, cuya vida toda fué un tejido de penas y de gozos, de dolores y de consuelos; en cuarto lugar, la izquierda significa la acerbidad de la Pasión de Jesucristo, y por la derecha se indica el gozo de su Resurrección: y por

eso dijo antes: «desfallezco de amor», lo cual se vió claramente cuando estaba al pie de la cruz; mas viendo con su mente ilustrada por Dios, los grandes frutos de la muerte de Cristo y cuán pronto resucitaría, exclama: «Su izquierda bajo de mi cabeza, es decir, no sobrepuja mi cabeza; que la razón ceda al efecto, y llore yo á mi Hijo como si hubiese de morir para siempre; antes estoy ciertísima que su derecha me abrazará, cuando la gloria de su Resurrección me llene de alegría. No sólo me tocará por breve tiempo, como el dolor de la Pasión de mi Hijo; sino que me rodeará y me llenará de una perpetua alegría; con El lloré por breves horas, mas con él eternamente me alegraré.»

Tales son los sentidos de este corto verso, y de él sacaremos esta enseñanza: que las penas de esta vida duran poco; y aun en ellas nos sustenta el Señor con su mano; mas los gozos de la otra vida son perpetuos, y allí nos abraza el Señor en perpetuas delicias; por lo cual dice el Apostol: «No son dignas las pasiones ó trabajos de este tiempo, de la

futura gloria que se revelará en nosotros. (Rom. VIII. 18.)

VERSO 7.

*Conjúroos, hijas de Ferusalén,
por las cabras y ciervos de los campos,
que no levantéis ni hagáis despertar
á la amada, hasta que ella
quiera.*

Después que el Esposo colocó en el lecho á su amada, ésta se durmió en un tranquilo sueño, y dejándola él al cuidado de las jóvenes sus compañeras, les encarga que no fueran á despertarla, sino que la dejen quieta hasta que ella buenamente despierte. Sólo que, como este Cántico, según ya hemos advertido, es un idilio, es decir, un cantar campes- tre y pastoril, todas las comparaciones son tomadas de cosas del campo, y por eso dice que las conjura por las cabras y los ciervos. Por estos animales entienden los doctores significados á los ángeles; por-

que así como las cabras tienen una vista agudísima, viendo muy bien desde muy lejos, y los ciervos que moran en lo alto de las peñas corren y saltan velocísimamente, así los ángeles ven desde el cielo cuanto pasa en este mundo, y vuelan velozmente á cumplir lo que Dios les ordena. Conjura, pues, aquí el Señor á las criaturas, á que no turben la santa quietud, el provecho y el estudio de las virtudes de las almas, que las dejen despertar hasta que ellas quieran, porque sus obras han de ser voluntarias y espontáneas.

Puede también entenderse esto en nuestros tiempos, de las almas que en las casas religiosas se dedican á la contemplación, á las que los mundanos persiguen y arrojan de sus claustros, despertándolas así el sueño de la oración, aunque el Señor los conjura á no hacerlo. Veamos cuán hermosamente lo dice San Gregorio Papa:

«El alma santa, Esposa de Cristo, apetece descansar de todas las perturbaciones del mundo; desea dormir quieta de las terrenas concupiscencias, y aun á veces fastídiamente las necesarias conversacio-

nes, porque sólo le alegra el hablar con su Esposo. Mas las almas carnales que hay en la Iglesia, importunamente la despiertan y desean enredarla en los negocios del mundo, y reputan inútil su vida, porque la ven abstenerse de sus cuidados y ocupaciones.» Ciertísimo es lo que aquí dice el santo Doctor, pues piensan los impíos, y lo dicen á cada paso, que las Religiosas son inútiles á la sociedad, que son ociosas y nada hacen, y en nada trabajan. «Pero estos hombres animales no perciben las cosas que son de Dios, dice San Pablo, y no comprenden que más bienes le traen al mundo con la oración, que con todo el trabajo de manos, que por otra parte no les falta, y le tienen sobrado.» «Grande y estupenda es la dignación del Señor, dice San Bernardo, que haga descansar en su seno al alma contemplativa, y que allí la guarde de molestos cuidados, la proteja de inquietas acciones y de terrenos negocios, y no permita que nadie la despierte ni la turbe, ni levante, sino hasta que sea su voluntad.» Es, pues, la oración de quietud, que tan bien explica Santa Teresa,

como un sueño que el alma duerme en Dios, recogíendose toda dentro de sí, y juntándose con el Señor; de suerte, que no parece oír ni sentir, sino que está dormida y como medio muerta, hasta que volviendo en sí, echa de ver el bien grande que ha perdido. Y si Dios así favorece á algunas almas, y amoroso las arrulla y las duerme cabe su seno, de pensar es, qué haría con su Madre santísima; á cuán alta contemplación la elevaría; cómo encomendaría á los ángeles su cuidado, diciéndoles que no permitiesen á las criaturas perturbarla; y así, la dulce Virgen, confiada y resignada enteramente en la Divina Providencia, descansaba segura entre sus brazos, durmiendo muy tranquila, ya sea durante la pasión de su Hijo, ya sea en las persecuciones levantadas contra los Apóstoles y la Iglesia, después de la Ascensión.

VERSO 8.

*La voz de mi Amado:
he aquí que éste viene saltando
en los montes, traspasando los collados.
V. 9. Semejante es mi Amado á la
corza y al cervato. Vedle que
él mismo está tras de nues-
tra pared, mirando por las venta-
nas, acechando por las
celosías.*

Aquí la Esposa, trasportada á su lecho después de su desmayo, confusamente y entre sueños, oye la voz de su Esposo que viene y que salta los montes para acudir á su Esposa, que de amor languidece. Y esta voz que oyó, era la del Esposo que imponía silencio á las doncellas para que no despertasen á su amada. Y así lo entienden San Bernardo y San Gregorio. La Esposa, pues, medio oyendo la voz del Esposo, acaba de despertar, y llena de regocijo exclama: «He oí-

do la voz de mi Amado, que por el cuidado que de mí tiene se apresura y viene saltando los montes, veloz como la corza y el cervato, y esto para asistirme y socorrerme. Dulcísimas palabras que tienen preciosos sentidos: Ve la Virgen Madre bajar al Verbo desde las montañas del cielo y apresurarse por su oración, y hablarle por boca de su embajador, saludándole: «Ave, llena de gracia, el Señor es contigo»; y luego que Ella da humilde consentimiento, corriendo como la corza, baja el Verbo á su seno; y después, como hermoso cervatillo, se le aparece en la noche de Navidad en el pesebre. Como cervatillo aparece el pequeñuelo nacido para nosotros, dice San Bernardo. Salta también los montes y traspasa los collados, cuando salta de Abrahán, monte de la fe, á Isaac, monte de la esperanza; y de él á Jacob, collado de la dilección, y así de uno en uno á todos sus progenitores que numeran los Evangelistas. Y también como que salta el divino Cordero del seno de su Madre al pesebre, de allí á Egipto, del Egipto á Nazareth, de allí á su predicación, de allí

á la cruz, de ella al sepulcro, y de allí al cielo. Así lo explica San Ambrosio. San Bernardo advierte que materialmente anduvo Cristo en las montañas, porque en una eligió á los Apóstoles, en otra se emfiguró delante de ellos, en un monte empezó su predicación, en otro fué crucificado, en otro subió al cielo, y en otro mandó al Espíritu Santo sobre los Apóstoles. Y ya antes subió á las montañas de Judea encerrado en el seno de su santísima Madre.

«He aquí que Él está tras de nuestra pared, mirando por nuestras ventanas, acechando por nuestras celosías.» Este verso es continuación del anterior, y por eso se ponen juntos. Y no es de extrañar que en él se nos indique el gran misterio de la Encarnación del Señor, pues de él principalmente se ocupa todo este divino Cantar.

El Esposo, pues, llegando, mira á la Esposa tras de la pared por las ventanas cubiertas de celosías, ó más bien de una fina red, como se dice en el hebreo. De allí es que él la mira perfectamente, pues en la lengua santa se dice que la

mira como observando sus gestos, sus actos y palabras; pero Ella no lo ve sino imperfectamente, como sucede cuando alguno observa por un resquicio ó agujero; que él ve bien lo que está de la otra parte, y á él muy poco ó casi nada le ven. Veamos, pues, cuán hermosa-mente lo aplica San Gregorio Papa: «Jesucristo se pára tras de nuestra pared, porque oculta su divinidad tras de la humanidad que ha tomado por nosotros; porque si nos mostrase su inmensidad, no podría sostenerla la humana flaqueza; y por eso quiso interponer su sagrada Carne; y todas las grandezas que obró entre los hombres, verificólas como escondiéndose tras la pared. Y así como el que mira por las ventanas y las celosías, en parte se deja ver y en parte queda oculto, así Nuestro Señor Jesucristo, cuando hacía sus milagros por el poder de su divinidad, y cuando padeció nuestras miserias por la flaqueza de nuestra carne, podemos decir que asomaba por las ventanas y las celosías, porque en algo ocultaba, en algo aparecía lo que era.» San Bernardo también, dice que el Señor

encontró tantos agujeros y aberturas en nuestra ruínosa pared, cuantas flaquezas y miserias nuestras sintió en su sagrado cuerpo.

En la Eucaristía muy especialmente, se verifica que el Esposo nos mira debajo de los accidentes como tras de una pared; y tan oculto y escondido, que nosotros sólo miramos la misma pared tras de la cual se encuentra, es decir, los accidentes del pan. Y el Padre Faber, en su preciosa obra del Santísimo Sacramento, conforme con la opinión de algunos teólogos, dice que Jesucristo allí nos mira con sus mismos ojos corporales, consideración muy á propósito para encendernos en su amor.

La Virgen Santísima, llevando en su seno al Verbo encarnado, le sentía en sus entrañas sin mirarle; pero el Señor miraba muy claramente su profunda humildad, sus preciosas virtudes y sus encendidos afectos. Y cuando fué á visitar á Santa Isabel, el Señor, tras la pared del claustro virginal, miró á su Precursor y lo santificó en el seno de su Madre, siendo la voz de la Virgen María ó

sus labios soberanos, como la ventana por donde asomó el Hijo de Dios, pues que dijo Isabel: «Desde que resonó la voz de tu salvación en mis oídos, saltó de gozo el infante dentro de mi seno.» Por todo esto pudo muy bien nuestra amada Madre decir: Ved cómo está tras de nuestra pared, mirando por las ventanas, observando por las celosías.» Pero como el Señor no solo la mira, sino que le dirige dulcísimas palabras, sigue Ella diciendo:

VERSO IO.

*He aquí que mi Amado me habla,
diciendo: Levántate, apresúrate, amiga
mía, paloma mía, hermosa mía,
y ven.*

Parece aquí que la Esposa, viendo á su Amado, aunque al través de las celosías, le hace señas de que entre; pero El desde fuera le da á entender que no quiere pasar adentro, y antes la llama para salir al campo, y la dice que se levante

y se dé prisa, dándole esos tres títulos de mucho amor: de amiga, y paloma y hermosa. Dios llama á las almas á que se levanten del sueño de la tibieza y se den prisa á ejercitar las virtudes, pues el alma debe sacudir la pereza y subir de grado en grado á la perfección á que Dios la llama. En cuanto á los títulos que le da, dice el Niceno: Es hermosa, porque acercándose á Dios, recibe el alma en sí como en un espejo la imagen de la divina hermosura; es paloma, porque reposa en ella el Espíritu Santo; y es amiga por el conocimiento que Dios le da de sí y de sus misterios. San Gregorio así lo explica: «Cristo llama á su Esposa, amiga por la fe; paloma por la simplicidad; y hermosa por la operación.» Y á ésta exhorta á levantarse y venir, porque es muy justo que el que aspira al amor del Señor, sacuda en cuanto pueda la pereza y se dé prisa á la consecución de los bienes eternos. San Bernardo pregunta: ¿por qué Cristo, que poco ha mandaba no despertar al alma, ahora él mismo la despierta y la llama? Y el mismo santo responde: Para que conozcamos

las vicisitudes de la santa quietud y de la indispensable acción, y que en esta triste vida no hay mucho tiempo para contemplar, ni espacio para descansar, pues nos instan por fuerza los negocios de nuestro oficio y estado. Y por esto acostumbra el Esposo, después que su Amada ha descansado un poco en su seno, llamarla á las obras exteriores que le pertenecen.

El Abad Ruperto explica que son palabras del Señor á su amada Madre, á la cual habla de esta suerte: «Tú, que eres mi amiga por tu humildad, mi paloma por la caridad, mi hermosa por la castidad, ven, pues, María; ven, pues que Eva huye á esconderse; ven y da crédito al ángel que te anuncia, pues Eva dió crédito á la serpiente que le hablaba; ven y pisa la cabeza de la serpiente que á Eva engañó. Ven y dí: He aquí la esclava del Señor; pues que Eva se defendió diciendo: la serpiente me engañó. . . Ya escucho, dice María, la voz de mi Amado, que me dice: Levántate por la fe, apresúrate por la esperanza y ven por la caridad.»

También llamó el Señor á su amada Madre para que fuese y se apresurase á las montañas de Judea, y obedeciendo, caminó con festinación, como dice el Evangelio. Y la llamó á Belén, para nacer allí conforme á las profecias; y se encaminó allá con su Esposo; y por fin, la llamó para llevarla á su gloria, como en otros versos más claramente veremos.

VERSO II.

*Porque ya pasó el invierno,
se fué la lluvia y se retiró. V. 12.
Las flores aparecieron en nuestra tierra,
el tiempo de la poda ha llegado:
la voz de la tórtola
se ha oído en nuestra tierra.*

En estos dos versos se hace una descripción poética de la venida de la primavera, que es la más hermosa estación del año. En efecto; entonces ha pasado el frío invierno con sus nieves, lloviznas

y heladas: esas lluvias que se llaman aguas de nieve por su frialdad, se van y se alejan para no volver; entonces comienzan á brotar las flores de sus botones, y van poco á poco abriéndose, haciendo gala de sus bellos colores; comienzan á podarse los árboles, y especialmente las viñas, que abundan tanto en Palestina, cortándose los sarmientos secos é inútiles para que sean más fructuosas; comienza á escucharse el canto de los pájaros, y en particular el de la tórtola, que emigra en el invierno buscando regiones más templadas; pero vuelve á la aproximación de la primavera; la higuera entonces produce sus primeros frutos y las viñas florecientes derraman su olor por las campiñas. Y describiéndole su Esposo á su amada esas bellezas primaverales, la invita á que se levante y vaya en su compañía á gozar de los campos y á cultivar las plantas. Y eso es lo que expresan estos dos versos con el siguiente, por lo cual juntos los explicaremos.

Dicen los santos Padres, que aquí la fuga del invierno y la llegada de la pri-

mavera, indican la cesación de la Ley antigua y el principio de la nueva, siendo las viñas las iglesias que fundaban los Apóstoles; el invierno, el frío helado de la infidelidad; el sol de primavera, el Espíritu Santo en la Pentecostés; la poda, el combate contra los vicios y errores; las flores, los nuevos cristianos; el canto de la tórtola, la predicación del Bautista; y el de las otras aves, la de los Apóstoles. Así lo entienden San Anselmo y San Ambrosio, San Bernardo y San Cirilo, con otros santos.

También llama aquí el Señor al alma pecadora á la penitencia, diciéndole: «Levántate del lecho de la culpa, pues ya pasó el invierno de los pecados y la lluvia de la concupiscencia; ya te alumbró la luz de mi gracia, que te inflame en mi amor y produzca en tí las flores de las virtudes y los frutos de las buenas obras, para que aparezcas hermosa como paloma ante Dios.» Y aquí se indican aquellos tres actos de la penitencia: la contrición, por las flores que aparecen en la tierra del alma; la confesión, por la voz de la tórtola que llora el haber perdido

al Esposo; y la satisfacción, por la poda que corta las ocasiones del pecado. También puede significar la fuga del mundo y la entrada en Religión; pues el mundo con sus ilusiones, es el invierno frío, del que se aleja el alma cuando se entrega á Dios en el retiro; y en la Religión aparecen las flores de las virtudes; se podan todas las esperanzas del siglo; se llora con la tórtola la pasada vida; la higuera del alma produce dulces brevas, y Jesucristo levanta á la Esposa y la invita á la perfección. Y algo semejante sucede en la amada Asociación de las Hijas de María. Cuando entran en ella, huye el invierno del siglo, aparecen las flores de aquellas cuatro virtudes que prometen; podan las modas, teatros y vanidades; y como tórtolas y jilgueros, zentzontles y clarines, cantan en la primavera del gracioso mes de su Madre; como viñas dan su olor cuando desean entrar á los jardines del Señor, que son los claustros, y producen los dulces higos del amor á Dios y á su santísima Madre.

En cuanto á Ella, la gloriosa Virgen, el día 25 de marzo, terminado el invier-

no y á principios de la primavera, recibió la visita del Arcángel Gabriel, y dando su humilde consentimiento, el Verbo de Dios se hizo carne en sus purísimas entrañas. Entonces pasó el largo invierno de los profetas y de la durísima Ley mosaica: alejéronse las lluvias de los pecados y de las divinas amenazas y venganzas; llegó la hermosa primavera, brotando las flores de la gracia, reconciliación y remisión de los pecados; nació Cristo, Sol de justicia; llegando el tiempo de la poda, esto es, de la gracia y de la penitencia; oyóse la voz de la tórtola, es decir, la de nuestra dulce Madre, cuando dijo: «He aquí la esclava del Señor.» También el canto de esta avecita significa el amor de nuestra Señora, como lo dice hermosamente un antiguo doctor por estas palabras: «La voz de la tórtola canta al amor y á la santa dilección, y da muestras de un amor singular cuando canta sus gozos á su compañero presente, ó sus afectos al ausente; y así la voz de la tórtola, toda es de amor, ni conoce cosa fuera del amor; y es singular su amor, pues cuando queda sola, no se junta con

otro consorte, y es amor eterno que no conoce segundo. La voz, pues, de la tórtola canta al amor: su voz es puro cántico de amor, y su cántico hace arder los corazones; una sola cosa resuena su voz, y canta siempre lo mismo y lo mismo repite, y jamás causa fastidio. Siempre canta lo mismo, porque lo mismo siempre ama. ¿Y quién será digno de escuchar la voz de la tórtola? . . . Tú sola, Señora, hermosa entre las hijas de Jerusalén; tú sola escuchaste y tú sola entendiste la voz de este cantar, y por eso dijiste: «La voz es de mi Amado.» El te hablaba por dentro y tú por dentro le escuchabas: El te cantaba su amor y tú le respondías con el tuyo.»

VERSO 13.

*La higuera produjo sus brevas:
las viñas en flor dieron su olor. Levántate,
amiga mía, hermosa mía, y ven.*

San Bernardo dice que las viñas en flor fueron los patriarcas y profetas, que

aunque adoraron en espíritu á Cristo, que había de nacer y morir, pero no dieron entonces su olor, porque no lo vieron en carne; mas lo vieron después, cuando sucediéndose las generaciones, de ellos vino el Señor por el alumbramiento virginal de María. Tres Padres griegos entienden por las viñas en flor, los tres Reyes Magos, que fueron las primicias de los gentiles que vinieron á Belén y á la Madre de Dios, pidiéndole ver y adorar á su Hijo. En cuanto á la higuera que produce higos pequeñitos, pero muy dulces, es la misma Virgen María, que dió á luz al dulcísimo Jesús, y con El á todos los escogidos, pues son miembros de Cristo su cabeza. En cuanto á las palabras que dice el Señor á su Esposa: Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven, las cuales repite varias veces en este libro divino, significan que Dios llama á su amada Madre, unas veces de la acción á la contemplación, y es cuando le dice que duerma ó manda que no la despierten; y otras veces la llama de la contemplación á la acción, como parece hacerlo aquí, que le manda le-

otro consorte, y es amor eterno que no conoce segundo. La voz, pues, de la tórtola canta al amor: su voz es puro cántico de amor, y su cántico hace arder los corazones; una sola cosa resuena su voz, y canta siempre lo mismo y lo mismo repite, y jamás causa fastidio. Siempre canta lo mismo, porque lo mismo siempre ama. ¿Y quién será digno de escuchar la voz de la tórtola? . . . Tú sola, Señora, hermosa entre las hijas de Jerusalén; tú sola escuchaste y tú sola entendiste la voz de este cantar, y por eso dijiste: «La voz es de mi Amado.» El te hablaba por dentro y tú por dentro le escuchabas: El te cantaba su amor y tú le respondías con el tuyo.»

VERSO 13.

*La higuera produjo sus brevas:
las viñas en flor dieron su olor. Levántate,
amiga mía, hermosa mía, y ven.*

San Bernardo dice que las viñas en flor fueron los patriarcas y profetas, que

aunque adoraron en espíritu á Cristo, que había de nacer y morir, pero no dieron entonces su olor, porque no lo vieron en carne; mas lo vieron después, cuando sucediéndose las generaciones, de ellos vino el Señor por el alumbramiento virginal de María. Tres Padres griegos entienden por las viñas en flor, los tres Reyes Magos, que fueron las primicias de los gentiles que vinieron á Belén y á la Madre de Dios, pidiéndole ver y adorar á su Hijo. En cuanto á la higuera que produce higos pequeñitos, pero muy dulces, es la misma Virgen María, que dió á luz al dulcísimo Jesús, y con El á todos los escogidos, pues son miembros de Cristo su cabeza. En cuanto á las palabras que dice el Señor á su Esposa: Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven, las cuales repite varias veces en este libro divino, significan que Dios llama á su amada Madre, unas veces de la acción á la contemplación, y es cuando le dice que duerma ó manda que no la despierten; y otras veces la llama de la contemplación á la acción, como parece hacerlo aquí, que le manda le-

vantarse y seguirlo á gozar de la amenidad de los campos y á examinar el estado de las viñas. Y la llama amiga, porque nunca fué su enemiga por el pecado, pues careció aun del original; y la llama hermosa, por las gracias que le hace y que van aumentando su belleza. Y no solo, sino que añade el título de paloma, como veremos en el verso siguiente, que es continuación de los que acabamos de explicar.

VERSO 14.

*Paloma mía en los agujeros de la peña,
en la concavidad de la cerca,
muéstrame tu rostro, suene tu voz
en mis oídos: porque tu voz es dulce
y tu faz agraciada.*

Mucho agradan á las almas que quieren entregarse á Dios, las grutas que se encuentran entre las peñas de los montes, y allí vivían los discípulos de los profetas en el monte Carmelo, y después tan-

tos anacoretas y solitarios; y el alma que allí gime y llora los pecados del mundo, es la paloma que en las quiebras de las peñas hace oír al Señor la voz de su oración, y le deja ver la faz de una conciencia pura. La santísima Virgen, nuestra muy amada Madre, no habitó materialmente entre los montes ni entre las peñas, que no fué esa su vocación; pero sí fué la dulce y gemidora paloma que habitó en los agujeros de la piedra viva, que es Cristo enclavado en la cruz. Oigamos cuán piamente lo explican los santos doctores. Sea el primero San Gregorio Papa: «Por los agujeros de la piedra, dice, gustosos entendemos las llagas de los pies y manos de nuestro Señor Jesucristo pendiente en la cruz; y por la caverna de la cerca, la herida del costado abierto por la lanza. Y así, muy bien se dice que la paloma se halla en los agujeros de la piedra y en la abertura de la cerca, porque cuando con la memoria de la Pasión y de la cruz imita la paciencia del Señor y venera sus llagas, encuentra en ellas alimento y fortaleza.» Y San Bernardo dice: «Los agujeros de

la piedra son las llagas de Cristo, pues Cristo es la piedra en estas encuentra el gorrión su morada y su nido la tórtola donde poner sus polluelos: allí se esconde la paloma para defenderse, y allí, resguardada, mira intrépida revolotear al buitre infernal. . . . Muéstrase lo más secreto del corazón por la abertura del costado de Cristo; échanse de ver sus entrañas de misericordia, para que conozcamos claramente cuán suave y manso es el Señor.» Pero ¿quién más que la dulcísima Virgen María miró y conoció la suavidad del santísimo Corazón de Jesús su Hijo? ¿Quién más que esta paloma inmaculada, habitó y moró en las llagas del Cordero crucificado? Pues no sólo cuando le fueron abiertas en la cruz por los clavos de hierro estuvo en ellas, sino que desde la profecía del anciano Simeón, que le anunció el Calvario con todos sus horrores, María miraba aquellas divinas llagas, y sentía sus dolorosos ardores, y habitaba en ellas por su segura espectación, como después de subir el Señor al cielo, moraba en ellas por una indeleble memoria. Y co-

mo allí le pide por todos los pecadores, y el Señor gusta tanto de que se le recomienden, por eso le dice á su Esposa que haga resonar su voz en sus oídos, es decir, que eleve su oración por los méritos de Cristo paciente y que le deje ver su rostro, que teñido con la sangre del Crucificado, se le muestra lleno de gracia y hermosura. Y ahora, si el Señor desea oír la voz de su Madre, por parecerle tan dulce, ¿cómo no desearemos con ansia escucharla los mortales? ¡Oh y cuán dulce! ¡oh y cuán suave! ¡oh y cuán deliciosa ha de ser la voz de nuestra amadísima Madre, ahora que habita en los excelsos montes de la glorial! ¡Oh y cuándo oiremos esa voz virginal que alegra los cielos, regocija á los ángeles, estremece á los santos, y encanta al mismo Dios de los santos y de los ángeles!

El amor que nos tienes, ¡oh amantísima Reina! la protección que en la vida nos impartes y la asistencia que en la muerte nos concedes, nos hacen esperar que, aunque indignos, un día nos hagas oír tu voz y contemplar tu semblante allá en los cielos, porque tu voz es dul-

ce, Reina mía, y tu rostro, gracioso y apacible, madre de mi alma!

VERSO 15.

*Cogednos las raposas pequeñas que
asuelan las viñas, pues nuestra viña
floreció.*

En Palestina abundan mucho las raposas, que aquí llamamos zorras, y estos animales hacen mucho daño á las viñas, ya porque caban y las desenraizan, ya porque devoran las uvas y las disminuyen y empobrecen. Y las más pequeñas entre ellas, hacen más daño, y como inextinguibles pueden cogerse más fácilmente, porque más grandes son astutísimas y no se dejan prender. Estas raposas significan los primeros herejes que devastaron la Iglesia, como explica San Agustín con otros santos. En el alma, las raposas son las primeras sugerencias del enemigo, que empieza á tentar por cosas pequeñas, y con diabólica astucia intro-

duce lo malo bajo la apariencia de bien. Todo esto no habla para nada con nuestra santísima Madre; pero como nuestro Señor llamó á Herodes, *raposa*, así es que el primer Herodes que reinaba en el tiempo del nacimiento de Jesucristo, fué la astuta raposa que demolió y acabó con las viñas en flor de los niños inocentes, sin poder tocar á la preciosa viña del Niño Dios, á quien buscaba. He aquí cómo lo dice el Abad Ruperto: «¿No véis cuántos tiernos racimos ha mordido esta fiera raposa? (habla de Herodes); ¿cuántos tiernos infantes ha matado esta cruel bestia en Belén y sus alrededores? Coged á esta raposa, porque nuestra viña está aún en flor; aún no tiene racimos, aún no llega á la madurez, y por esto es más dañoso para la viña el despojarla de sus flores y demolerla. Dejad que crezca primero, y de la flor venga el fruto; que se haga el Evangelio y los milagros, por el Santo de los santos, y este será ya el fruto y el suavísimo racimo; y entonces podrá cortarse y atravesarse en la vara de la cruz, y entonces se conocerá su dulzura.» Hasta aquí el piadoso Abad.

María, pues, afligida al tener que marchar al Egipto por la persecución de Herodes, y después temiendo con su casto esposo volver, al reinar Arquelao, de la misma raza de Herodes, pedía al Señor que cogiese á esos astutos enemigos, para que no acabasen con la viña en flor del divino Niño, que algún día sería exprimido como racimo en el lagar de la cruz.

VERSO 16.

*Mi Amado para mí y yo para él,
que apacienta entre los lirios.*

La Bienaventurada Virgen dice aquí á Jesucristo: «Tú sólo eres para mí el Hijo únicamente amado, y yo soy para tí tu Madre y como tu padre, y te dignas apacientar los lirios de mi virginidad y la de mi esposo José, pues quisiste nacer en nuestro desposorio virginal.» Y nota San Anselmo, que el amor que el padre y la madre deben á su hijo, y el que debe éste á su padre y madre, Jesús lo debe á sola la Virgen María, pues de ella

sola nació, sin padre aquí en la tierra; y así excede este amor á todos los amores de los padres para con sus hijos, y de éstos para con sus padres; y por esto de un modo especialísimo, Jesús es para María, y María para Jesús; por lo cual puede decir nuestra Señora: «Mi Amado para mí, y yo para él, que apacienta entre los lirios.»

En la lengua santa se expresa, que apacienta á los lirios, es decir, que el Señor se agrada en las vírgenes y en las almas puras. Y la Virgen María, nuestra muy amada Madre, que es lirio entre las espinas, quiere que sus siervos y devotos, y principalmente sus Hijos, se truequen, de punzantes espinas, en blancos y hermosos lirios, entre los cuales Jesús se consuele y se recree. Por eso anunciaba David que serían presentadas al Rey, vírgenes en pos de la Reina, y que esta presentación había de ser en el templo, y que sería con grande gozo y regocijo. Y no sólo las religiosas en los claustros se presentan así á Jesucristo, siendo los monasterios verdaderos jardines de lirios y azucenas, entre las cua-

les apacienta el Esposo; sino también la dulce Asociación de las Hijas de María Inmaculada, aunque no jardín cerrado, es un campo más vasto, pero sembrado también de millares de lirios que crecen al derredor de la mística Azucena, y que tanto más recrean al Señor con su blancura, cuanto que descuellan entre los cardos y abrojos del mundo que las rodea.

¡Sed, pues, muy puras, felices doncellas que vivís en medio del siglo; que el Señor, como á muchas de vosotras, os llevará del campo escabroso é inmundo, al jardín cerrado del claustro, donde vuestro aroma, mejor guardado, se hará más intenso y más puro! Mas ¿hasta cuándo apacentará el Esposo entre los lirios? Oigámoslo.

VERSO 17.

*Hasta que sople el día y declinen las
sombras. Vuélvete; sé semejante.
Amado mío, á la corza y al enodio de los
ciervos sobre los montes de Bether.*

Las primeras palabras son continuación del verso anterior: el Esposo apacienta entre los lirios hasta que sople el día y se inclinen las sombras. Se dice soplar el día, porque á la salida del sol, disolviéndose los vapores de la noche, suele soplar el aura, que es un vientecito suave. El inclinarse las sombras, es ir creciendo conforme el sol va descendiendo, hasta que, desapareciendo el sol, se desvanecen. De aquí es que al decirse en este verso: hasta que sople el día y se inclinen las sombras, es lo mismo que decir: desde la mañana hasta la noche, porque todo el día de nuestra vida el Señor apacienta entre los lirios deleitándose en las almas castas. San Gregorio y San Bernardo entienden las sombras del tiempo presente en que reinan las som-

bras de la fe, y el día, el amanecer de la gloria que empieza el día de la eternidad: «Allí será el verdadero día, dice el gran Papa, porque aquí entre las nieblas miramos la verdad; más allá el Dios, que es toda verdad, alumbrará nuestras inteligencias.» Ciertamente el Señor apacentó entre los lirios purísimos del cuerpo y alma de la Virgen María, durante su vida y en su glorioso tránsito, y en el día de la gloria se deleita con ellos.

Mas ¿por qué se le dice vuélvete?

Porque el Esposo á veces se retira del alma para probarla y multiplicar sus méritos, y el alma entonces le suplica que vuelva á ella, y que no dilate su venida, sino que se apresure como la corza y el cervatillo que saltan las peñas y corren con tanta rapidez. Y nombra los montes de Bether ó Betel, donde Jacob vió en sueños aquella escala misteriosa, celebrada figura de la santísima Virgen, pues Betel significa casa de Dios, y María es la Casa de oro donde empezó á habitar el Verbo hecho carne. Ella, pues, llamaba á su divino Hijo, diciéndole que volviese á esta su casa, ya cuando le perdió

en Jerusalén, ya cuando le vió morir en el Calvario. Véase como la hace hablar el Abad Ruperto, dirigiéndose á su Amado: «Pronto, vuélvete dilectísimo; no quieras tardarte, que mi alma ardentemente te desea. Breve es el tiempo de tres días; pero á tu amada y paloma que por tí suspira, á la que herida en el alma por tí gime, largo é aun le parece. Abrevia, pues, este tiempo, Señor mío; aseméjate en tu vuelta á la corza y al enodio de los ciervos, siendo velocísimo en tu carrera; no gastes en el sepulcro los tres días enteros, pues basta para cumplir las Escrituras, que pases allí parte del primer día y un poco del tercero. Bastan, Señor, treinta y tres horas en nombre de la Beatísima Trinidad, á la que convenía aplacar en tí y por tí y de tí mismo, Amado mío, carne mía y sangre mía, Dios y Señor mío; mas que esto sea de prisa y velozmente, como la corza y el cervatillo en las montañas en Bether, que es la casa de Dios. Resucita y aparece á los príncipes de tu casa, que son los Apóstoles, y á mí, Madre tuya que tan vivamente te desea.»

*Voz de la Madre á las Hijas de María
Inmaculada.*

Aquí debéis aprender, amadas hijas mías, á amar la santa oración y á dedicaros mucho á ella: Allí se os mostrará mi Jesús como Flor de las almas humildes y lirio de las almas castas, y os hará blancas azucenas entre las espinas del mundo en que vivís; allí os dará fresca sombra que os refrigere del ardor de las pasiones, y dulce nutrimento que os conforte. Si le sois fieles y constantes, levantará en vosotras la bandera de su amor: os meterá al gabinete de sus secretos y á la bodega de sus vinos; os rodeará de las flores de las virtudes y de los frutos de las obras de misericordia; os sostendrá con su siniestra en las tribulaciones, y os abrazará en consolaciones con su derecha. Allí mandará á sus ángeles que os cuiden para que las criaturas no interrumpen la quietud de vuestro sueño. Saltando desde el cielo y pasando los montes de los ángeles y los collados de los santos, vendrá en un ins-

tante á la sagrada Eucaristía, á miraros dulcemente tras de la pared de las sacramentales especies; y arrojando el invierno y las tempestades de vuestra alma, hará reinar en ella una dichosa primavera; podaréis vuestras pasiones; brotarán de vuestro corazón suaves afectos, como botones de flores; gemiréis como tórtolas la ausencia del Esposo; daréis el dulce fruto del celo, y como viñas en flor exhalaréis el aroma del buen ejemplo. En las llagas de mi Hijo crucificado, dulcemente por él llamadas, moraréis como místicas palomas, y le haréis oír vuestra voz, que allí le es muy suave, y le mostraréis vuestro corazón, que teñido en su sangre, lo mira muy hermoso. Procuraréis evitar las faltas pequeñas, raposas que tanto dañan á vuestra alma. El Amado apacentará entre vosotras como entre blancos y frescos lirios: El será todo vuestro, y vosotras seréis todas suyas, hasta que acaben las sombras de esta vida y venga el día de la gloria, y en la casa de Dios le miréis y le gocéis sin fin. Sí, queridas hijas; amad á mi Jesús, visitadle y recibidle en su Sacramento de

amor; acompañadle conmigo al pie de la cruz; morad en sus abiertas llagas, donde el milano infernal no llegará á perseguiros. Amadme á mí, que soy vuestra, Madre, y algún día oiréis mi dulce voz, que tantas veces habéis deseado escuchar. Al recogeros por la noche, haced sobre vosotras la señal de la cruz, diciendo estas palabras de mi Oficio: *Nos cum prole pia, benedicat Virgo Maria. Amén.*

A mí y la familia mía
Bendice, oh Virgen María! Amén.

(Las Hijas): Sí, Madre, bendecidnos; bendecidnos desde el cielo, y seremos dóciles á vuestra voz, y nos dedicaremos á la santa oración, y á la sombra de Jesús sacramentado nos sentaremos, y comeremos su dulcísimo fruto. Y perseveraremos fieles hasta la muerte con tu auxilio.



CAPITULO III

La busca sin hallazgo.—Los guardas.—El sueño respetado.—Sube por el desierto.—El lecho del Rey.—Su litera.—Salomón coronado.—Cinco diademas.—Voz de María.

VERSO I.

*En mi lecho por las noches busqué al que
ama mi alma: busquéle y
no le encontré.*

VERSO 2.

*Me levantaré y rodearé la
ciudad por las calles
y las plazas; buscaré al que ama mi alma:
busquéle y no le encontré.*

Muchas veces prueba Dios á las almas que le aman con una ausencia penosísi-

amor; acompañadle conmigo al pie de la cruz; morad en sus abiertas llagas, donde el milano infernal no llegará á perseguiros. Amadme á mí, que soy vuestra, Madre, y algún día oiréis mi dulce voz, que tantas veces habéis deseado escuchar. Al recogeros por la noche, haced sobre vosotras la señal de la cruz, diciendo estas palabras de mi Oficio: *Nos cum prole pia, benedicat Virgo Maria. Amén.*

A mí y la familia mía
Bendice, oh Virgen María! Amén.

(Las Hijas): Sí, Madre, bendecidnos; bendecidnos desde el cielo, y seremos dóciles á vuestra voz, y nos dedicaremos á la santa oración, y á la sombra de Jesús sacramentado nos sentaremos, y comeremos su dulcísimo fruto. Y perseveraremos fieles hasta la muerte con tu auxilio.



CAPITULO III

La busca sin hallazgo.—Los guardas.—El sueño respetado.—Sube por el desierto.—El lecho del Rey.—Su litera.—Salomón coronado.—Cinco diademas.—Voz de María.

VERSO I.

*En mi lecho por las noches busqué al que
ama mi alma: busquéle y
no le encontré.*

VERSO 2.

*Me levantaré y rodearé la
ciudad por las calles
y las plazas; buscaré al que ama mi alma:
busquéle y no le encontré.*

Muchas veces prueba Dios á las almas que le aman con una ausencia penosísi-

ma: ocultándoles su divino semblante, aléjaseles como á una región desconocida, y le buscan con dolor y diligencia sin poderle encontrar. Hoy que celebra la Iglesia la fiesta de Santa Rosa de Lima, patrona de las Américas, léese en el Breviario, que por espacio de quince años experimentó esta ausencia del Señor, padeciendo penas más amargas que la misma muerte, aunque después le llovieron á torrentes las celestes consolaciones. Lo mismo se lee de Santa Teresa y de otros santos. El Padre Faber al hablar del dolor de María en la pérdida del Niño Jesús, cree que la santísima Virgen pasó por esta dura prueba, y que al mismo tiempo que le perdía corporalmente, El le hacía sentir su ausencia en lo más íntimo del alma. Y ese estado en que Dios pone á los justos, por la oscuridad que produce le llama San Juan de la Cruz, «Noche oscura», con cuyo nombre escribió un admirable Tratado. Y en esa noche, ó más bien en esas largas noches busca el alma en el lecho pequeño de su corazón á su Amado ausente, pero le busca muchas veces sin

poderlo encontrar, y entonces dice como la Virgen María: «En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma, le busqué y no le encontré.» Y luego añade: «Me levantaré y rodearé la ciudad; por las calles y las plazas buscaré al que ama mi alma: le busqué y no le encontré.» El lecho es el sepulcro; el lecho es el pesebre; el lecho es el vientre virginal; y con justicia la Esposa le llama lecho suyo, porque todo lo que es del hombre lo tomó el Señor de lo nuestro: de nosotros tomó el nacer, y el ser alimentado, el morir y el ser sepultado. «En mi lecho lo busqué; mas en tí buscabas lo que él ya de tí había tomado: ya cambió el cielo por el sepulcro y el establo. ¿Y tú le buscas aún en su lecho? Resucitó, no está allí: hase revestido de decoro y fortaleza, y ahora se sienta sobre los querubines el que yacía bajo la losa del sepulcro.» Por lo demás, el alma no encuentra á Jesucristo cuando le busca en el lecho de la pereza, de sus comodidades, de la curiosidad ó del ocio, porque en todo esto no se le halla, pues como dice San Ambrosio: «Si quieres encon-

trarle, búscalo sin cesar y sin temer los trabajos, pues entre los dolores del cuerpo y aun entre las manos de los perseguidores mejor se le encuentra.» El Esposo se esconde cuando se le busca, dice San Gregorio, para que al no encontrarle, con más ardor se le busque, y dilata el darse á ver á su Esposa, para que con su tardanza se haga capaz, y á veces multiplicadamente encuentre lo que buscaba.»

En cuanto á la Virgen santísima, dice Ruperto, que después que Cristo quiso ser bautizado, le buscó en el lecho, esto es, en su habitación, y no le encontró, porque el Espíritu Santo lo había llevado al desierto; que después, cuando el Señor andaba por las ciudades y los castillos, Ella le seguía y le buscaba para escucharle: que luego le buscó en la cruz, y que allí, en vez de encontrar al Amado, encontró una espada que le traspasó el corazón, y que después le buscó vivo, y no le halló, porque estaba muerto en el sepulcro.

VERSO 3.

*Encontráronme los guardas que cuidan
la ciudad, y les dije: ¿acaso visteis
al que ama mi alma?*

VERSO 4.

*Un poquito de haberlos pasado encontré
al que ama mi alma: le tuve;
no lo dejaré hasta que lo introduzca en
la casa de mi Madre y en la recámara
de la que me dió á luz.*

Dicen los doctores al explicar este verso, que por los guardas ó centinelas de la ciudad, no se entienden los que vigilan en puntos fijos y sin moverse de allí, á los que no podría encontrar la Esposa andando por las calles; mas se extienden aquellos guardas que rondan por la ciudad guardando el orden, y que entre nosotros suelen llamarse rondas ó

patrullas, con los cuales dice la Esposa que se encontró andando por las calles. Y estos guardas ó vigilantes significan á los Obispos, doctores ó superiores eclesiásticos, pues ellos vigilan por el orden en la Iglesia y á ellos les está encomendada la guarda de las almas de los fieles; y así, dice aquí la Esposa que la encontraron, porque salen al encuentro de las almas necesitadas; y ella luego les descubrió su aflicción preguntándoles: ¿Acaso visteis al que ama mi alma? y no dice lo que le hubiesen respondido, lo que pertenece á la Sinagoga y al pueblo judío, que no supo llevar á Cristo á las almas. Mas sigue diciendo la Esposa, que á poco de haberlos pasado, encontró al Amado á quien buscaba; y explican los santos que al pasar de estos guardas se encuentra al Señor, porque es necesario no apegarse á las criaturas, sino pasar más adelante, aunque ellas nos muestren el camino. «Cuando la Iglesia andaba buscando á su Redentor, dice San Gregorio Papa, no quiso poner su esperanza en los antiguos doctores, pues nos dice un poquito después de pasarlos:

encontré al que ama mi alma, y no habría podido encontrarle, si no los hubiese dejado atrás.» Lo cierto es que la Esposa por fin le halló y le tuvo, y protestó que no lo dejaría hasta introducirlo en la casa y en el mismo aposento de su Madre, porque el alma le encuentra por la fe y le tiene por la caridad, y espera no separarse de él jamás, y así lo propone por la virtud de la esperanza, todo lo cual explica muy dulcemente San Bernardo, quien dice que el alma se desposa con Cristo, le abraza con los brazos del entendimiento y voluntad, y le mete á lo más íntimo de su corazón, que es como el retrete de su alma.

En cuanto á la Virgen Santísima, es de saber, que siendo el dolor que padeció con la pérdida del Divino Niño, uno de sus más penetrantes y amargos dolores, el cual era figurativo de la pérdida de Jesús en su muerte y de su hallazgo en su Resurrección, como admirablemente lo explica el Padre Faber, de allí es que este dolor y este gozo aparezcan muchas veces en el sagrado Cántico, ya debajo de unas, ya debajo de otras ale-

gorias; y así, en estos versos se indica que la Bienaventurada Virgen, buscando á Jesús perdido, le encontró en el templo en medio de los doctores, y le tuvo, y no lo dejó hasta introducirlo en la casa de su madre, permitiéndole que anduviese por las ciudades y castillos predicando la divina palabra. Y así, ella fué causa del primer milagro obrado por el divino Redentor. Finalmente, introducida Ella al cielo por su santísimo Hijo, introduce consigo á sus devotos para que gocen con Ella de la bienaventuranza, como le canta la Iglesia en su Oficio Parvo:

Porque entren á la gloria
De Adán los tristes hijos,
Del cielo haces las puertas
Girar sobre sus quicios.

VERSO 5.

*Conjúroos, hijas de Ferusalén, por
las cabras y los ciervos de los campos,
que no levantéis ni hagáis desper-
tar á la amada, hasta que ella
quiera.*

Como este verso ya queda explicado anteriormente, pues es el séptimo del capítulo anterior, sólo advertiremos que se trata del éxtasis del amor divino, pues el alma, como se acaba de decir, tiene á su Esposo, y no la dejará, y esta unión le causa un arrobamiento, del cual manda el Señor á sus ángeles que no la despierten ni la saquen. Y si Dios ha favorecido con este don á tantas almas, de pensar es cómo no lo haría con su santísima Madre. ®

Mas después de este segundo sueño misterioso, Ella se levanta, y el Esposo la mira en el campo, y él y sus compañeros la alaban como vamos á ver en el verso siguiente.

VERSO 6.

*¿Quién es ésta que sube por el desierto
como varilla de humo de los aromas de la
mirra y del incienso y de todo el
polvo del perfumista?*

Primeramente, es de saber que los hebreos, así como dan el nombre de mar á los lagos, como el Evangelio que habla del mar de Tiberiades, que no era más que un lago, así también al campo le llaman desierto, porque en comparación de las ciudades se ve solo y sin gente. Así, en este verso se ve á la Esposa subir del campo al palacio real; y al verla los jóvenes compañeros del Esposo, con él á la cabeza, admirando su hermosura, preguntan quién es Ella, y la comparan con una varilla ó columna delgada de humo que sube recta á lo alto, y que derrama el olor de preciosos perfumes mezclados con arte. Por esta varilla de humo han entendido los Padres y doctores las diversas virtudes de los fieles que com-

ponen la Iglesia, Esposa de Cristo: San Anselmo, por el polvo de perfumista entiende la humildad; y San Gregorio el sutil examen de nuestras obras; San Ambrosio y el Niseno, piensan que son los ángeles quienes admiran al alma que sube del desierto de este mundo á la altura de la perfección; San Gregorio Papa, ve en la varilla de humo, el olor de la buena fama y la sutileza de la mente; Ruperto cree que el desierto indica la vida solitaria; San Bernardo, la simplicidad y humildad cristiana; otros, por el incienso y la mirra, entienden la oración y la mortificación.

Todo esto es muy hermoso y muy cierto; mas en cuanto á nuestra amada Madre María, á quien todo puede especialmente aplicársele, Ella subió por el desierto de este mundo como varilla recta, por la rectitud de sus intenciones; con el olor de la mirra y del incienso, por su continua mortificación y su elevada oración; y con el olor de todos los polvos del perfumista, porque en el polvo de su profundísima humildad había puesto Dios el germen de todas las virtudes, que

con actos incesantes hacía Ella crecer y subir al cielo. San Jerónimo, escribiendo á Santa Paula y á su hija la virgen Estoquio, les habla de la Asunción de Nuestra Señora, y dice: que «esta festividad es muy superior á las de los santos, como María es superior á todos, y es también muy admirable á las virtudes angélicas. Y por eso, los espíritus celestiales embelesados preguntan: ¿Quién es ésta que sube por el desierto como varilla de humo de muchos aromas? Dícese varilla de humo, porque es tierna y delicada, y arde por dentro como un holocausto encendido en el fuego del santo amor y de inflamados deseos. Subía, pues, la Madre de Dios, del desierto del siglo presente, como vara salida de la raíz de Jesé; mas las almas de los escogidos la admiraban llenos de gozo, preguntando quién era, porque en los méritos de sus virtudes sobrepujaba y venía la dignidad de los ángeles.»

Después de esto, los jóvenes compañeros del Esposo comienzan á describir y á alabar, primero el lecho de Salomón, y después su litera ó carroza; y en segui-

da convidan á las hijas de Sión, que salgan á mirar al Rey coronado por su madre, como vamos á ver en los versos siguientes.

VERSO 7.

*Ved aquí que al lecho de Salomón
sesenta fuertes lo rodean, de los más
fuertes de Israel.*

VERSO 8.

*Todos portando espadas y periti-
simos para las guerras: la espada
de cada uno sobre su costado
por los temores nocturnos.*

Por este lecho entienden los Padres ya la Iglesia de los primeros fieles, en que descansaba el verdadero Salomón, Cristo Señor nuestro; ya las ciudades de Antioquía y de Roma que fundó San Pedro, donde floreció tanto el cristianismo, y ya el alma santa á quien defienden y

rodean los fuertes ángeles; ya la oración en la que el alma duerme y descansa; ya la santa cruz donde el Señor durmió por nosotros el sueño de la muerte; ya por fin, el descanso eterno de la gloria. Y todo esto es muy bien dicho y muy útil de considerar; pero aquí vamos á aplicarlo, como todo, á la Virgen santísima. Ella es el lecho en que el Verbo eterno, desposándose con nuestra humanidad, descansó durante nueve meses, y su seno y sus brazos virginales donde tierno Infante se reclinaba y dormía en los primeros años de su niñez; y á este lecho lo guardaban sesenta fuertes entre los mas fuertes de Israel; es decir, la multitud de ángeles deputados por Dios para acompañarle y honrarle. Y aquí diremos de paso, como enseña Santo Tomás, que Nuestro Señor Jesucristo no tuvo ángel custodio, porque él es el Custodio de los ángeles y de los hombres. El decir que los fuertes eran muy entendidos en la guerra, y que cada uno tenía su espada por los temores de la noche, es significar que los ángeles siempre están como armados con la espada del poder que Dios les

comunica, y que son muy peritos en la guerra contra los demonios y continuamente nos defienden en los temores de la noche; es decir, en los peligros de nuestra triste vida. El Abad Ruperto dice, que los sesenta fuertes de Israel, son otros tantos patriarcas y caudillos del pueblo judío, que le defendieron y protegieron hasta el nacimiento de la santísima Virgen.

No, no olvidemos por fin, que podemos hacer de nuestro corazón un lecho en el que venga á descansar Jesús en la Eucaristía; y lo hemos de defender, con el auxilio de los ángeles y santos, de los diabólicos ataques; y también será un lecho en el que nuestra muy amada Madre descanse en cierto modo por su amor y devoción.


 VERSO 9.

*Litera hizo para si el Rey
Salomón, de árboles del Líbano.*

VERSO 10.

*Sus columnas hizo de plata,
el reclinatorio de oro, la subida
de púrpura, lo de en medio
lo tapizó de caridad por las hijas de
Jerusalén.*

Mucho es lo que han discurrido los doctores acerca de este aparato de Salomón, pues algunos han creído que se trataba de un trono real, montado sobre algunas gradas y tapizado de púrpura. Y verdaderamente cuadra á un trono la magnificencia con que está descrito. Otros creen que se trata de un portaviandas, porque así parece significarlo el nombre que se le da en el idioma la-

tino. Algunos conjeturan que se trata de un asiento, ó más bien de una especie de lecho que se ocupaba durante la comida, y el cual estaba fabricado con mucha riqueza, como todo lo de Salomón; pero para esto no se necesitarían gradas, pues los triclinios que para esto se usaban eran bajos, y no alzaban mucho de la tierra. Así, pues, parece mejor tratarse aquí de una litera ó especie de carroza en que paseaba Salomón por las calles, puesto que en el verso siguiente se invita á las hijas de Jerusalén á salir á verle, esto es, como sentado en esta litera. Esta litera significa, pues, la humanidad de nuestro divino Redentor, que fué como la portadora de la divinidad; y de ambas, es decir, de la divinidad y humanidad, es litera la sagrada Eucaristía, principalmente cuando se lleva en devota procesión en la custodia de oro, rodeada de los sacerdotes y Levitas cubiertas de ricas y sagradas vestiduras. Esta litera está hecha de madera del Líbano, esto es, de la purísima sangre de la Virgen María; las columnas de plata, son la sabiduría y elocuencia del

Señor, y su voz sonora como la plata en la predicación; el reclinatorio de oro, son los dones del Espíritu Santo que descansó sobre Cristo, como lo anunciaba el profeta Isaías (Isai. XI. 2), y en los cuales también el Señor descansaba; la subida de púrpura es su sudor de sangre y sus otros pasos sangrientos por los cuales subió el Señor á la cruz. Lo de en medio, adornado de caridad, es el dulcísimo Corazón de Jesús colocado en medio de su pecho, y que está siempre ardiendo en amor de los hombres, como se le representó á la Bienaventurada Margarita; y por eso dice que el medio está adornado de caridad por las hijas de Jerusalén, esto es, por las almas de los fieles que pertenecen á la Iglesia. Y así de la lengua santa puede sacarse: «El medio de la litera lo ocupa ardiendo de amor», es decir, el mismo Esposo Cristo.

Era, pues, la Virgen santísima, nuestra muy amada Madre, la litera viviente que en su seno llevó muchos meses al Hijo de Dios; las columnas fueron sus dos brazos con que le estrechaba y le arrullaba; el reclinatorio fué su seno y su

pecho, en el que el Niño dulcemente se reclinaba; la subida de púrpura fué su mente, su cabeza y su cabello; y lo de en medio, ardiendo en caridad, era su purísimo corazón, que al mismo tiempo ardía en el amor de Dios y en el de las almas, hijas de Jerusalén; por lo cual dice San Bernardo: «¿Quién podrá dudar que las entrañas de María estaban como empapadas en afecto de caridad, por haber descansado corporalmente en ellas durante nueve meses la misma caridad, que es Dios? ni hay en la tierra lugar más digno que el templo del vientre virginal, en el que María recibió al Hijo de Dios, ni en el cielo hay lugar más digno que el solio real en el que el Hijo sublimó á su Madre en el día de su Asunción.» María, pues, es la litera magnífica que porta al verdadero Salomón, y por Ella debemos pasar para llegar á él, y de su corazón purísimo habemos de pasar al deífico Corazón de Jesús, y por las gradas de sus dolores hemos de subir á los purpúreos misterios de la Pasión del Señor. ®

VERSO II.

*Salid y ved, hijas de Jerusalem,
al Rey Salomón con la diadema con que
le coronó su madre en el día
de sus desposorios, y en el día
de la alegría de su corazón.*

Hermosísimo verso, sobre el cual han hablado mucho los santos Padres. En él la Esposa invita á las hijas de Jerusalem á que salgan á mirar al Rey sentado en su litera y coronado con una hermosa diadema con que le coronó su Madre en el alegre día de sus bodas.

Lo primero, es de saber, que la diadema no era propiamente una corona como ahora se entiende, sino que consistía en un lienzo blanquísimo que se ponía sobre la cabeza de los reyes ó magnates, cayendo sobre las espaldas, recogido en la cabeza, y ceñido por la frente con una cinta ó cerco de metal, que poco á poco se convierte en corona. Y esto se sabe muy bien, porque se lee que Alejandro Magno se quitó la diadema

para vendar las heridas que recibió uno de sus capitanes. San Crisóstomo advierte, que los hijos solían ser coronados en el día de sus bodas por su madre. Esto supuesto, Jesucristo, de quien aquí se habla en figura de Salomón, fué coronado con cinco diademas: la primera es la diadema de la humana naturaleza, que le ciñó y revistió su Madre santísima, y aun la corona real de David; por ella le vino al Señor en herencia. Vease cuán bien lo explica el Papa San Gregorio: «La Madre de Cristo, la Virgen María, coronóle con diadema, porque de ella tomó el Señor nuestra humanidad; y esto se dice que pasó en el día de su desposorio y de la alegría de su corazón, porque cuando el Hijo de Dios quiso juntar su divinidad con nuestra humanidad, cuando quiso por su buena voluntad y en el tiempo oportuno asumir á su Iglesia, entonces quiso recibir nuestra carne de una Madre Virgen, en el gozo y alegría de la caridad; y aunque vivió con ella en el tiempo, con las miserias de nuestra humanidad, pero gozóse vehementemente de nuestra redención».

La segunda corona del Señor, es la corona de espinas, con que su Madre ó más bien su madrastra la Sinagoga, le ciñó en el día de su Pasión, pues como dice un Padre, «para curar el Señor en sí mismo nuestras enfermedades, por eso fué coronado con una corona de espinas como vencedor, así como los capitanes que han triunfado, ostentan el instrumento con que lograron la victoria.» Y ese día fué el de la alegría del Sagrado Corazón de Jesús y como el día de sus desposorios, en que murió por su esposa la Iglesia. Y por esto en la fiesta de la Corona de Espinas, tanto en el Oficio como en la Misa, pone la Iglesia todo este verso.

La tercera corona es la de la gloria, con la cual fué coronado en su Resurrección y Ascensión, día muy alegre para su Corazón, porque ya glorioso é inmortal, para siempre se desposaba con su Iglesia. La cuarta corona fué la del dominio y reinado que recibió el día de Pentecostés, cuando comenzó á sujetarse las almas á la fe, desposándose solemnemente con la Iglesia, que de los judíos y gentiles se formaba: «José tuvo la co-

rona de la castidad, Pablo la de la justicia, Pedro la de la fe; pero sólo Cristo, dice San Ambrosio, tiene la corona de la gloria con que la Iglesia le coronó».

La última corona esponsalicia y triunfal, será la de los bienaventurados en el cielo, pues aunque ellos son coronados por el Señor, pero al mismo tiempo el Señor forma de ellos su corona; y por eso se dice en el Apocalipsis: «Gocémonos y alegrémonos, y démosle la gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y se le ha dado á su Esposa, que está preparada, el cubrirse con lino cándido y esplendente . . . Bienaventurados los que han sido llamados á la Cena de las bodas del Cordero. (Apoc. XIX. 9.)»

La Virgen Santísima, que coronó al Señor con la diadema ó tela blanquísima de la humanidad, con la cual en la cruz vendó nuestras heridas, convida á las hijas de Sión, esto es, á los ángeles y á los hombres, ya en el día de su Nacimiento, colocado en el pesebre; ya en el día de su Pasión, ceñido de espinas; ya en la Resurrección y Ascensión, con la corona ganada en el combate; ya en el cie-

lo, donde coronado de inmensa gloria está sentado á la diestra de su Padre. Salid, almas tiernas y principiantes, á ver al tierno Rey en el establo; salid, almas tristes y atribuladas, á verle Rey de dolores, coronado en el Pretorio; salid, almas tibias é inconstantes á consagrarle vuestro corazón coronado de amor, en el Cenáculo; salid, almas perezosas y pusilánimes, á verle coronado de gloria y honor en el empireo, para que á su vista os llenéis de aliento y diligencia; salid, almas todas; salid todos los días á verle y recibirle en la Eucaristía, donde coronado con la diadema de las blancas especies, os aguarda en la alegría de su Corazón, para celebrar con vosotras sus desposorios!

*Voz de la Madre á las Hijas de Maria
Inmaculada.*

Buscad siempre, queridas hijas; buscad siempre á Jesucristo, ya por dentro en el lecho de vuestro corazón, ya por

fuera en las calles y plazas, cuando tengáis que andar entre la turba de las criaturas; y aunque de pronto no le halléis, perseverad en buscarle. Acudid á vuestros confesores y directores, preguntándoles cómo podréis servirle y amarle; y después le hallaréis en la oración, y le tendréis con los brazos de la caridad, y no le volveréis á dejar por el pecado; antes lo meteréis á lo más íntimo de vuestro corazón y de vuestra alma. El mandará á sus ángeles y santos que os cuiden y defiendan, y ellos celebrarán la rectitud de vuestra intención, y el buen olor de la mirra y el incienso, de vuestra modificación y oración. El Rey pacífico descansará en vuestra alma como en blando lecho, y los ángeles os defenderán de los ataques del demonio en las noches de las tentaciones. Y no sólo seréis el lecho en que descansa, sino también la carroza en que se ostente, por vuestra modestia en los templos y en las calles, que con vuestro pudor en las visitas, serán como columnas de plata; por vuestra humildad seréis el respaldar de oro; por vuestra paciencia

mostraréis la gradería de púrpura; y el medio, lleno de amor, será vuestro corazón inflamado en el de mi Hijo. Salid todos los días á verle coronado en medio del santo Sacrificio, y con vuestra compasión y desagravio, quitadle la corona de espinas, y coronadle de amor y de virtudes. Y El, un día, será también vuestra inmortal corona.

Voz de las Hijas.

¡María, Madre mía, te oí y me encanté! Ayúdame para seguir tus dulces insinuaciones. ¡Quiero buscar á mi Jesús de día y de noche; quiero ser su lecho donde descansa, su litera en que se muéstre, su esposa á quien un día corone, y la fiel amante de su sagrado Corazón! Ayúdame, ¡oh Madre! ¡Sostenme siempre y condúceme hasta el fin!



CAPITULO IV

Hermosura de la Esposa.—Sus ojos, cabellos, dientes, labios y mejillas, cuello y seno.—**Sin mancha.**—Las coronas de María.—Las dos heridas.—Panal y miel y leche.—Huerto cerrado y Fuente sellada.—Granadas y manzanas; siete plantas aromáticas.—La fuente de los huertos y el pozo de aguas vivas.—El cierzo y el austro.—Voz de María.

VERSO I.

¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!—Tus ojos de palomas, sin lo que por de dentro está oculto.—Tus cabellos como rebaños de cabras que subieron del monte de Galaad. Verso 2.—Tus dientes como manadas de trasquiladas que subieron del lavadero, todas con crías mellizas, y no hay estéril entre ellas.

Cinco versos continuados de este capítulo, se consagran á hacer una descripción

de los sucesos que preceden al de jarios

mostraréis la gradería de púrpura; y el medio, lleno de amor, será vuestro corazón inflamado en el de mi Hijo. Salid todos los días á verle coronado en medio del santo Sacrificio, y con vuestra compasión y desagravio, quitadle la corona de espinas, y coronadle de amor y de virtudes. Y El, un día, será también vuestra inmortal corona.

Voz de las Hijas.

¡María, Madre mía, te oí y me encanté! Ayúdame para seguir tus dulces insinuaciones. ¡Quiero buscar á mi Jesús de día y de noche; quiero ser su lecho donde descansa, su litera en que se muéstre, su esposa á quien un día corone, y la fiel amante de su sagrado Corazón! Ayúdame, ¡oh Madre! ¡Sostenme siempre y condúceme hasta el fin!



CAPITULO IV

Hermosura de la Esposa.—Sus ojos, cabellos, dientes, labios y mejillas, cuello y seno.—**Sin mancha.**—Las coronas de María.—Las dos heridas.—Panal y miel y leche.—Huerto cerrado y Fuente sellada.—Granadas y manzanas; siete plantas aromáticas.—La fuente de los huertos y el pozo de aguas vivas.—El cierzo y el austro.—Voz de María.

VERSO I.

¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!—Tus ojos de palomas, sin lo que por de dentro está oculto.—Tus cabellos como rebaños de cabras que subieron del monte de Galaad. Verso 2.—Tus dientes como manadas de trasquiladas que subieron del lavadero, todas con crías mellizas, y no hay estéril entre ellas.

Cinco versos continuados de este capítulo, se consagran á hacer una descripción

de los sucesos que preceden al de jarios

detallada del cuerpo de la Esposa, alabándola primero en general y descendiendo luego á celebrar sus ojos, sus cabellos, sus dientes, sus labias, sus mejillas, su cuello y sus pechos. Todo esto con comparaciones campestres, como varias veces hemos insinuado. Estos órganos corporales no se deben tomar en sentido material, sino todo en las significaciones místicas que iremos exponiendo. Comienza, pues, el primer verso, diciendo: «¡Qué hermosa eres, amiga mía! ¡qué hermosa eres! tus ojos de palomas, sin lo que está oculto por de dentro!» Ya en el capítulo primero, verso catorce, queda explicado lo de la doble hermosura de la Esposa y la comparación de sus ojos con los de las palomas, lo que aquí se repite, porque el amor gusta mucho de repetir los elogios de la persona amada. Y empieza su alabanza por los ojos, tanto por ser los que más hermosean el semblante, cuanto por agradecerle á la Esposa que acababa de excitar á las hijas de Jerusalén, no á mirarla á Ella, sino al Rey coronado en su litera. Lo que añade aquí, al decir, sin lo que por de den-

tro está oculto, significa literalmente que el semblante estaba cubierto con un velo, y que bajo de él relucen más los ojos y aparecen más vivaces; pero en el sentido místico, quiere decir que es poca la hermosura exterior de los ojos en comparación de la beldad, rectitud y simplicidad del interior, del cual son los ojos como ventanas por donde asoman esos internos sentimientos; de donde, alabar los ojos, es alabar la modestia virginal, el pudor y el silencio del alma.

«Tus cabellos como rebaños de cabras que subieron del monte Galaad.» Quiere decir, que la cabellera de la Esposa era larga, espesa, limpia, reluciente, ordenada, compuesta y de claro y agradable color. Las cabras que subieron del monte de Galaad, hacen alusión á las cabras y rebaños que Jacob, huyendo de Labán, hizo subir á esa montaña, y en testimonio de la alianza que con él hizo, erigió un montón de piedras y lo llamó Galaad, que significa «montón del testimonio.» De suerte, que así como el monte se ve adornado con la masa compacta de los rebaños que lo cubren y resplandecen á

la luz del sol, así los cabellos de la Esposa lucen, y la adornan y embellecen. Los santos entienden por los hermosos cabellos, los buenos y piadosos pensamientos; y por el monte Galaad, al mismo Jesucristo hacia el cual suben y se dirigen; entiéndense también los religiosos figurados por los Nazarenos que nunca se cortaban el cabello, pues ellos adornan, cubren y defienden la cabeza de la Iglesia. Mas por lo que toca á María, nuestra muy amada Madre, sus cabellos fueron sus santos pensamientos, rectamente compuestos y ordenados, y todos dirigidos á su cabeza Cristo. Es de notar, que en la mujer, una hermosa cabellera agracia mucho el semblante; pero suele serles motivo de vanidad y elemento de seducción; y por esto algunas santas vírgenes, como Santa Angela de Mérici, Santa Rosa de Lima y otras varias, se cortaban el cabello para no agradar á los hombres, sino sólo á su Esposo celestial; y por esto lo cortan también las religiosas y lo cubren y ordenan muy moderadamente las jóvenes cristianas. De nuestra Señora, dicen los santos, que sus ojos,

sus cabellos y toda su persona, respiraban un perfume celestial que infundía piedad, religión y castidad á cuantos la miraban.

La hermosura de los dientes consiste en que estén blancos, limpios y parejos; y esto significa comparándolos con las ovejas blancas y que, trasquiladas con mucha igualdad, tienen la lana del mismo tamaño. Y como en los rebaños importa mucho que se aumenten, por eso se dice que tienen doble cría, y que ninguna entre ellas es estéril. Se dice también que subieron del lavadero, porque así están más limpias y más blancas, indicando que la Esposa limpia y lava su blanca dentadura. Los dientes, pues, significan, ya la fortaleza, porque quebrantan las cosas duras; ya los doctores, que dividen y mastican el manjar de la palabra; y así lo explica, entre otros, San Gregorio. San Bernardo dice: «que los dientes son los religiosos, y les aplica estas cualidades: son blancos, son fuertes, están sin carne, carecen de piel, no hay dolor como el suyo, están encerrados por los labios para no ser vistos, es indecente el dejarlos

ver, mastican para todo el cuerpo; carecen de sabor, no se acaban fácilmente; puestos por orden, unos están arriba, otros están abajo; los bajos se mueven, los altos nunca. Son trece condiciones que el santo va aplicando después á los Religiosos.»

Mas vengamos á la Madre de nuestra alma: sus dientes fueron candidísimos, porque fué maestra de la inocencia, doctora de los Apostóles y de los fieles; concibió dos gemelos, es decir, á Cristo y al género humano; vivió una vida religiosísima en castidad, pobreza y obediencia. Grandes, grandísimos fueron sus dolores; trabajó para todo el cuerpo de la Iglesia, y principalmente para las Ordenes Religiosas, pues consta que Ella instituyó á los Cartujos, á los Premonstatenses, á los Cistercienses, á los Dominicos y Franciscanos y á la Compañía de Jesús, sin hablar de las Ordenes redentoras que también fundó Ella misma. Y así, se dice que dió á luz dos gemelos: los religiosos y los simples fieles, pues de todos es Madre y Madre amorosa. Y estos son los rebaños que van subiendo siempre al

monte de Galaad, porque siempre aspiran á Cristo, y salen del lavadero del santo bautismo, y son como ovejas tranquiladas, porque han cortado los bienes y los afectos terrenos. Y todo debido á nuestra Madre; de Ella son los rubios cabellos; de Ella los blancos y hermosos dientes.

VERSO 3.

*Como cinta de escarlata
son tus labios y tu hablar es dulce.*

*Como un pedazo de granada
son tus mejillas, sin lo que por de dentro
se oculta.*

Compara los labios de la Esposa á un hilo, cinta ó listón de escarlata; esto es, de color encarnado, con lo que muestra que son frescos y de hermoso color, cerrados sin dejar ver los dientes, y bien formados; y sobre todo, circunspectos en el hablar, como recogidos por una cinta; y por eso añade que su hablar es dulce,

quiere decir, decoroso, ordenado y discreto.

Cuenta la Sagrada Escritura, que mandando Josué unos espías á la ciudad de Jericó, una mujer llamada Raab, aunque de mala vida, los hospedó y los defendió de los que los perseguían; y al despedirlos les dijo: «Sé que váis á triunfar de nosotros; ved que os he hecho gracia; prometedme, pues, que perdonaréis á mí y á los míos.» Lo prometemos, le respondieron: «Pon en tu ventana una cinta de color rojo, flotando, y muy visible, para que veamos cuál es tu casa, y tú y tu familia séais libertados.» Y en efecto, tomada la ciudad, aquella mujer que puso la señal convenida, se escapó de la muerte y aun perteneció después al pueblo de Dios. A esto creen varios doctores que se hace alusión en este verso, comparando los labios de la Esposa con la cinta encarnada, y vemos cómo lo explica el Abad Ruperto, hablando de la Virgen Santísima: «He aquí á Raab, la mujer de mala vida, atando en su ventana la cinta ó cordón rojo de tu dulce hablar, señal de su fe y de haber salvado á

los nuncios de Josué ó de Jesús. Y esto aconteció cuando la Iglesia pecadora y sucia con la idolatría, escuchó tu dulce hablar, con el que tu alma glorificó al Señor, prenda de su salud, y lo mismo pasó con la predicación de los Apóstoles.» Nosotros añadiremos, que así como la cinta roja fué señal de salvación para aquella infiel mujer, así los labios de la Virgen María, cuando se abren en dulce hablar, para pedir á Dios el remedio de los pecadores, consiguen su libertad y protección; pero éstos labios han de ser como cinta de escarlata; es decir, han de aparecer todos rojos, esto es, teñidos en la sangre del Cordero inmaculado, pues alegando los méritos de su santísima Pasión, nada podrá serle negado. Y porque los labios son rojos, el hablar es dulce; porque la vista de la sangre del Señor endulza las amarguras de las iras del Padre, y cambia sus castigos en perdón. Los labios rojos de nuestra amada Madre indican que su hablar siempre fué grave, modesto y apacible; y también que siempre su boca habló palabras de encendida caridad, y nunca de disipación

ó de ociosidad, como tantas hablamos nosotros.

Sus mejillas se comparan á un pedazo de granada; no á la fruta entera que tiene un color verdoso y desapacible, sino á un fragmento de la granada partida, comparado al color tan vivo de los granos; y con eso se significa también, el fuego de la caridad y el rubor de la modestia virginal; lo mismo que la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que no sólo debe estar en la boca por las palabras, si no también en la cara por las virtudes exteriores; mas como éstas nada valen sino están animadas por las interiores, por eso añade: sin lo que por de dentro está oculto; es decir, que es mucho más sin comparación, lo grande, lo precioso y lo perfecto de la Virgen María, dentro de su alma, que todo lo que aparece y se mira en Ella por de fuera.

VERSO 4.

*Como torre de David es tu cuello,
la cual está edificada con baluartes:
mil escudos penden de ella,
toda armadura de valientes.*

La Virgen Santísima, en las Letanías es llamada Torre de David, porque no basta la hermosura y la mansedumbre, sino que debe haber en el alma la fortaleza y la energía; y por eso en la Salve llamamos á María Santísima Reina y Madre: Reina por la fortaleza y Madre por el amor; Reina para poder, y Madre para querer remediarnos; y en las Letanías, junto con llamarla Virgen poderosa, la aclamamos Virgen misericordiosa, juntando su poder con su dulzura. Pues á ese modo, aquí, en el sagrado Cántico, después de alabar su apacibilidad y su modestia, en su boca y sus mejillas, se pasa á ensalzar en su cuello el valor y la fortaleza.

Veamos, pues, cómo explica un piado-

so Padre de la Compañía de Jesús esta comparación del cuello: «La Virgen Santísima, dice, en el cuerpo de la Iglesia se llama Cuello, porque en el lugar y en la dignidad, está muy cercana á Jesucristo, como el cuello está muy cercano y aun unido con la cabeza; y, además, porque toda la virtud sensitiva y motiva no se trasmite al cuerpo sino por la cabeza, y esto, mediante el cuello. Y así como lo que pasa de los miembros á la cabeza, tiene que ser por medio del cuello, así nosotros debemos ofrecernos al Señor por la mediación de la Virgen Santísima. El cuello es la vía de la respiración y la vía por donde entran los manjares á nutrir el cuerpo; y en la garganta están los principales instrumentos del hablar. Así, la Virgen María es nuestra vida, el canal de nuestras gracias que nos sustentan, y el instrumento de nuestras oraciones al Señor. La plenitud de la gracia, dice San Bernardo, estuvo en Jesucristo como en la cabeza y en su fuente; mas en María estuvo como en el cuello y en el arroyo que las trasmite.»

Se llama torre, no de campanas, sino

de guerra, y torre de David, de la que cuelgan escudos, armadura de valerosos capitanes; porque el Rey David hizo fabricar una grande y hermosa torre en la colina de Sión, para defensa de la ciudad, la cual tenía ciertas piezas que aquí se llaman baluartes, porque cubrían y defendían á los soldados, con aberturas para poder arrojar las saetas. Y en esa torre suspendían los guerreros sus escudos de metal relumbrante, que con los rayos del sol se veían desde lejos y parecían piedras preciosas adornando á la torre. Esta torre, pues, significa á la poderosísima Virgen María, que en el monte de Sión, es decir, en la Iglesia católica, se levanta como fuerte torre de protección: sus baluartes son sus misterios y sus virtudes, con cuya consideración se resiste y rechaza al enemigo; y los escudos colgados de Ella, son las ofrendas que el cristiano le hace de sus victorias, atribuyéndolas á Ella y al favor de su protección. Y se llaman escudos de valientes, ó de hombres esforzados, porque son las almas esforzadas y valerosas, las que triunfan del demonio invocando el

nombre de María. Mas como en la Letanía la llamamos también torre de marfil, explicaremos igualmente este título. Había unas torres de madera, ó más ricas, de marfil, que se ponían sobre los elefantes; estas torres tenían varios cuerpos, en los que se colocaban soldados, arqueros muy certeros en el tiro, y con estos elefantes torreados, se entraba á la guerra: los animales con su trompa derribando soldados á derecha é izquierda, eran muy temibles, y abriéndose paso por entre las filas del enemigo, iban haciendo estragos, en tanto que los soldados de la torre tiraban saetas al derredor, sembrando la destrucción y la muerte. Y estos animales se volvían más furiosos viendo la sangre ó aun telas de color rojo que primero les ponían por delante. Mas ¿por qué la mansísima Virgen se compara con estas torres guerreras? Porque es terrible como todo un ejército para el demonio, á quien desde el instante de su Concepción aplastó la cabeza, y porque andando dentro de Ella los cristianos, entran seguros al combate y no temen la furia de sus enemigos. Y como estas torres

eran movibles, llevándose de allá para acá, y la torre de David estaba inmóvil en su sitio, y esta servía principalmente de defensa y las otras servían para el ataque, podemos entender que María, inmóvil en el cielo, nos sirve de defensa, y acompañándonos acá en la tierra, nos ayuda á atacar y destrozar á nuestros enemigos. Torre es, pues, de David, porque nos libra del demonio, y en Ella debemos colgar nuestros escudos refiriendo á su sola intercesión todos nuestros triunfos, mostrándonos valientes y esforzados en todos los combates. Parécnos, también, que cuando María está inmóvil en sus imágenes sobre los altares, es la torre de David donde vamos á guarecernos; y en sus medallas é imágenes de sus escapularios que llevamos consigo, es la torre de marfil que por todas partes nos acompaña para hacernos más animosos en la pelea. Y la vista de la Sangre del Señor nos ha de infundir más ardor y más confianza en la guerra incesante que tenemos con el infierno. Toda la armadura es de valientes, porque los cristianos perezosos y las almas cobardes que

no se acogen á esta torre, como no saben defenderse, avergonzados de su derrota, no tienen escudos ningunos que suspender de la alta torre.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CHILE
 VERSO 5.

*Tus dos pechos como dos cervatillos
 gemelos de corsa,
 los cuales se apacientan entre lirios.*

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CHILE
 VERSO 6.

*Hasta que sople el día y declinen
 las sombras. Iré al monte de la mirra
 y al collado del incienso.*

Aquí, por los dos pechos de la Esposa, se significan el amor de Dios y el amor del prójimo muy semejantes entre sí como aquéllos, que por eso se llaman gemelos. Con ellos alimentó la dichosísima Virgen al cervatillo divino, Jesucris-

to, gemelo por las dos naturalezas, divina y humana. Autor ha habido que crea que el Niño Dios no tuvo necesidad de este alimento maternal, apoyándose en lo que anunciaba Isafas, que el Niño «comería manteca y miel»; pero la Iglesia, en la fiesta de la Circuncisión, canta de este modo: «Sola la Virgen le criaba con pecho del cielo lleno.» Y dice, lleno del cielo, porque como milagrosamente concibió y dió á luz al Dios Niño, así por el mismo milagro la proveyó Dios del dulce sustento con que le alimentara. Además de esto, como la Santísima Virgen dió á luz todo el cuerpo del Señor, la cabeza con sus miembros, y estos somos nosotros; de allí es que es Madre de Dios y Madre del hombre; y así como á sus hijos gemelos nos alimenta: al Señor con el néctar de su seno, y á nosotros con la leche de su amor y protección. Y se dice que los gemelos apacientan entre los lirios, porque la Virgen gusta mucho de la virginidad y la pureza. Y se añade que esto es hasta que sople el día y declinen las sombras, esto es, hasta que acabe esta vida tene-

brosa y amanezca el día de la eternidad.
 «Iré al monte de la mirra y al collado del incienso.» Es Jesucristo quien dice: Iré, no por fuerza, sino por mi voluntad; iré, no pesaroso, sino con gusto; iré, no con amigos, sino yo solo, al Monte Calvario, monte de mirra por la amarguísima Pasión que allí tengo de sufrir, y collado del incienso por la oración que no cesaré de hacer en la cruz por los pecadores. Y como con estas palabras tácitamente invita á su dulce Madre, Ella también va gustosa al monte de la mirra, manteniéndose en pie junto al mismo árbol de la mirra, y elevando el incienso de su oración al cielo, junta con la de su Hijo; por lo cual juzgan muchos doctores, que Ella fué quien pidió y alcanzó la conversión tan admirable del Buen Ladrón.

Encomendémonos, pues, á nuestra querida Madre, para que nos enseñe á subir al monte escarpado de la mortificación, y al suave collado de la humilde oración.

VERSO 7.

*Toda hermosa eres, amiga mía, y mancha
no hay en tí.*

Después de haber ido alabando el Esposo en particular los ojos, los cabellos, los dientes y los labios, las mejillas y el cuello; y por último, el castísimo seno de María, comprendiéndolo todo en una alabanza general, añade en este verso: «Toda hermosa eres, amiga mía.» Mas como pudiera en los otros miembros que no ha mencionado, como en los brazos ó en los piés, haber algún defecto que disminuyera la hermosura de los miembros superiores, por eso asegura que, además de los siete miembros ú órganos que por su belleza ha ensalzado, ni en ellos ni en los demás se encuentra ninguna mancha ni defecto, y por eso añade: «mancha no hay en tí.» Ahora bien; como en todos los hijos de Adán, por santos é inocentes que hayan sido ó puedan ser, siempre hay muchas manchas de pecados venia-

les, y sobre todo, la gran mancha del pecado original, de allí es que á ninguno de los mortales le puede caber esta alabanza, pues ninguno hay sin la mácula del pecado; y de allí es que el Abad Ruperto, el Cardenal Hugo, San Ildefonso y Santo Tomás, entienden este verso de sola la Virgen María, pues Ella es toda hermosa y hermosísima sobre todos los ángeles y los hombres, y en Ella no hay mancha ni de culpa ni de pena, ni de pecado mortal ni de venial, ni aun del original; y de aquí es que la Iglesia, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, le aplica este verso, expresando que en la Santísima Virgen no hay mancha de pecado original. Alabadas sus virtudes en el simbolismo de sus órganos corpóreos, es decir, su ingenuidad y simplicidad en sus ojos, su fortaleza en los cabellos, su igualdad y serenidad en los dientes, su circunspecto hablar en los labios, su pudor y modestia en las mejillas, su poder contra el demonio en el cuello, su fecundidad y pureza en el seno virginal, para que no pudiese pensarse que había ninguna imperfección en estas virtudes ó

defecto en las otras no significadas, se dice que Ella toda, de piés á cabeza es hermosa, y que carece de todo defecto y no tiene mancha alguna. En este verso se ve, pues, que el sagrado Cántico pertenece de un modo muy especial á nuestra muy amada Madre María, pues hay palabras que á Ella y sólo á Ella pueden convenirle. Es cierto que el Apóstol San Pablo dice, que «Jesucristo amó á la Iglesia y se entregó á sí mismo por ella, para santificarla, purificándola por el bautismo del agua, por la palabra de vida, á fin de presentársela gloriosa, sin tener mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino para que sea santa é inmaculada» (Ephes. V. 25); y así, el no tener mancha ni arruga conviene con lo de nuestro verso: «Y mancha no hay en tí»; pero como la Iglesia está compuesta de justos y pecadores, esto sólo puede entenderse de la Iglesia triunfante cuando se encuentre ya en aquella ciudad celeste, donde nada manchado tendrá cabida.

verso 8.

*Ven de! Libano, Esposa mía;
ven del Libano, ven:
serás coronada de la cima de Amana,
de la cumbre de Sanir y de Hermón,
de las cuevas de los leones,
de los montes de los leopardos.*

En este verso entienden los Santos Padres el llamamiento de los Apóstoles de la Judea, significada por estos tres montes; ó el llamamiento de la Iglesia del seno del paganismo y de la idolatría, cuevas de vicios y de pasiones significados por las fieras; y también el llamamiento del alma pecadora para salir de las cavernas de los vicios á la práctica de la fe, esperanza y caridad, significadas por los tres llamados que aquí se le hacen. Mas hablando de la Santísima Virgen, nuestra muy amada Madre, propondremos tres inteligencias, que si bien no se hallan expresamente en los doctores, no

229

por eso aparecen menos fundadas en el texto. Y sea la primera:

El primer *ven* es el llamamiento que Dios hizo á María, llamándola á la existencia. Para lo cual es de saber, que todos los hombres descendientes de Adán, al llegar al ser humano, venían de las cuevas de los demonios y de los hombres pecadores, como manchados del pecado original que los sujetaba á los primeros y los ponía entre los segundos. Mas la Virgen Santísima, á quien Dios quiso liberrar de ese pecado, aunque venía, según la carne, de Adán pecador, fué llamada del Libano, que significa, dice San Jerónimo, blanqueo ó blanqueamiento; porque la gracia la iluminó y emblanqueció y la hermoseó sobre toda expresión; y así al decirle *ven* del Libano, Esposa mía, es como expresar: ven de la blancura y pureza de tu Concepción, á vivir una vida inmaculada y á ser coronada de los montes del Amana, que significa la fe; y del Sanir, que significa el camino de las antorchas; y del Hermón, que indica, cubierto de rocío; porque tú serás la que prestes fe á los más profundos

misterios, y tu camino será alumbrado por las antorchas de las gracias y virtudes, y el rocío de los cielos te cubrirá en fausto día; y triunfarás de los leones y leopardos, bestias infernales, crueles é insidiosas. El segundo *ven*, es cuando la Santísima Virgen fué llamada á la divina maternidad; entonces el Hijo, Verbo eterno del Eterno Padre, la llama dulcemente á ser Madre suya; y con este fin le manda un embajador de la corte celestial que la saluda con altísimas palabras, y le propone el objeto de su misión, y responde á sus dudas, y escucha alborozado las palabras de su aceptación. Y primero la llama Dios del Líbano, y después la llama de su humildad á su elevación, porque desde el Líbano de su Inmaculada Concepción la iba disponiendo para la concepción del Verbo; y por eso dice la Iglesia: «¡Oh Dios, que por la inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María preparaste á tu Hijo una digna morada!, etc.» Y en otra oración, que se reza muy frecuentemente, dice también: «¡Oh Dios omnipotente y sempiterno, que cooperando el Espíri-

tu Santo, preparaste el cuerpo y el alma de la gloriosa María Virgen y Madre, para que mereciese hacerse digna morada de tu Hijo!, etc.» Así llamada primero á su limpia Concepción con que empezó la preparación de su alma y cuerpo, mereció ser llamada otra vez para ser Madre sin dejar de ser virgen, esperando el último llamamiento. En este se le dice: *ven que serás coronada*, y este sí lo aplican los santos y doctores á su gloriosa Asunción. La Virgen santísima, fué, pues, llamada del Líbano de su vida candidísima, y de los otros tres montes, que pueden significar la compañía de los hombres pecadores, entre los cuales vivía, para dejar este mundo y subir á Jesucristo en los cielos, para ser coronada con la triple aureola de la virginidad, del doctorado y del martirio. Finalmente, los tres *ven*, pueden entenderse todos de este último llamamiento, hecho por las tres Personas de la Beatísima Trinidad: «Ven del Líbano de tu purísima vida, le dice el eterno Padre, para coronarte con una corona de poder, y establecerte Reina del cielo y de la tierra; ven, le dice

su divino Hijo; ven, Madre mía delectísi-
ma, que voy á coronarte con corona de
sabiduría, para que todo lo mires, y todo
lo entiendas, y todo lo conozcas, y así te
coronaré como Madre y abogada de to-
dos los hombres; ven, ¡oh Esposa mía
castísima! le dice el Espíritu Santo: yo
impondré sobre tu cabeza una corona de
amor y de bondad, para que todos tus
hijos puedan saludarte cada día por todo
el universo, llamándote Reina y Madre
de misericordia.» Y así, nuestra muy
amada Madre, recibió tres aureolas, co-
mo Virgen, Madre y Doctora; y tres co-
ronas, de poder, de sabiduría y de bon-
dad; y además de este, las tres diademas
correspondientes á los tres estados en que
vivió, llenándolos de santidad: el de don-
cella, en el templo; el de casada, en Na-
zareth, y el de viuda, en Jerusalén. Todo
esto es muy digno de meditar en el úl-
timo misterio del sacratísimo Rosario, y
lo de su coronación puede verse amplia-
mente en muchos libros, y en particu-
lar en la última Conferencia del Padre
D'Argentan, que en diez preciosos artícu-

los explica lo relativo á la coronación de
nuestra Señora.

VERSO 9.

*Heriste mi corazón, hermana mía, Esposa;
heriste mi corazón con uno de tus ojos,
y con un cabello de tu cuello.*

Mucho han dicho los Padres y docto-
res acerca de esta herida, tomándola na-
turalmente en sentido místico, como un
efecto de la contemplación, que hacien-
do lanzar el alma arduos afectos,
viene á traspasar como con agudas sae-
tas al Corazón de Jesucristo, y el Señor
á su vez suele inspirarle un amor tan en-
cendido, que les traspasa el corazón hi-
riéndolas dulcemente, como á Santa Te-
resa, con un dardo ardiente y agudísimo,
que manejado por un serafín, parecía al
salir sacarle las entrañas. Y aunque es
operación del amor, pero al mismo tiem-
po causa un dolor tan intenso, que oca-
sionara la muerte si Dios no acudiese á

socorrer al alma, como puede verse en el relato que hace la santa de este admirable favor.

Parece iududable que este verso habla de la herida de la lanza que abrió el sagrado Costado, como dice el Evangelio, y que como se sabe por diversas revelaciones, traspasó también el dulcísimo Corazón de Jesús. Y no se diga que esta herida fué hecha alevosamente y no por su Esposa y hermana, como dice en este verso, sino por un soldado desalmado; pues así como la crucifixión se atribuye á los hombres pecadores, aunque haya sido por mano de los soldados romanos, así la herida del corazón se atribuye al alma, porque por su amor fué recibida y aceptada. San Bernardo ha escrito una prosa ó himno hermosísimo al Corazón de Jesús, y en ella habla suavemente de su herida. «Salve, le dice, blanda abertura, nacarada cual rosa, de todos nuestros males salubre medicina.» Y aunque ya se había indicado en un verso precedente bajo la figura de la caverna del cercado; pero esto podía entenderse sólo de la ancha abertura del Costado del Señor,

y en el verso presente se declara más la herida íntima del sacratísimo Corazón.

Mas veamos cuáles son respecto de la Virgen santísima las dos heridas que aquí se mencionan. Comencemos por excluir la herida que le hizo el pecado, la cual de ningún modo puede entenderse de nuestra Inmaculada Madre. Mas excluída toda culpa, siempre la amable Reina le hirió en el corazón con dos heridas: la una de amor, y la otra de dolor. Con el ojo de su recta intención, ó con el ojo medio bajo de su profunda humildad y de su purísima virginidad, como con un cabello con que le ata, hirióle en el misterio de la Encarnación, pues sus palabras fueron entonces como agudas saetas con que el Verbo divino, dulce-mente herido, vino á caer en sus entrañas; é hirióle con herida de dolor, cuando le fué anunciada aquella espada que traspasaría su alma; pues ¿quién podrá dudar que el Corazón del Niño Dios, tan tierno y compasivo, no haya sido herido de dolor al contemplar el dolor intensísimo que desde ese instante comenzó á martirizar á su Madre muy amada? Así,

vuestro corazón esos dos santísimos Co-
razones, tan unidos en el amor y en el
dolor!

VERSO IO.

*¡Qué hermosos son tus pechos,
hermana mía, Esposa! Más hermosos
son tus pechos que el vino, y el olor
de tus unguentos sobre todos los aromas.*

VERSO II.

*Panal destilando son tus labios,
¡oh Esposa! miel y leche debajo
de tu lengua; el olor de tus vestidos como
el olor del incienso.*

En el primero de estos versos se da una alabanza á la Esposa, en todo semejante á la que Ella da á su Esposo en el primer verso del Cántico, el cual hemos explicado copiosamente. Si allá es el amor de Jesucristo superior á todas las

delicias de la tierra, acá es el amor á la Virgen santísima más delectable que todas las vanidades del siglo. Y aquí se dice dos veces la alabanza de los pechos de la Esposa, porque por ellos se indica su fecundidad; y como ella es Madre de Dios y Madre de los hombres, por eso se duplica la alabanza de su seno virginal; y por eso deberíamos los hombres sin cesar alabarla, diciéndole con el más hermoso himno que la Iglesia le canta: «*Mostra te esse Matrem.*» Muestra que eres Madre; mas ¿por qué no dice, Madre de quién, ó de Dios ó de los hombres? Precisamente no lo dice, para que entendamos que es Madre de uno y de otros; muestra que eres Madre de todos y para todos: Madre de Dios y Madre de los hombres; y pues Dios es el Creador también de los ángeles y del mundo entero, es como Padre y más que Padre; por consiguiente, María, siendo su Madre, viene á ser también como la Madre de los ángeles y del mundo y de todas las criaturas: «*Monstra te esse Matrem.*» Muestra, Señora, que eres Madre, la Madre universal, la Madre del cielo y de la tie-

rra, la Madre del ángel y del hombre, la Madre del Criador y de todo lo creado; y por eso el Esposo alaba su seno maternal sobre todos los unguentos y prerrogativas de las cosas criadas, pues estas son para ella apenas como los adornos de su vestidura.

Del seno de la Esposa pasa á ensalzar su lengua, y para esto la compara con un panal de abejas, cuando ya muy colmado deja brotar el néctar de sus alveolos. Esta es una comparación de que, aun los poetas profanos, hacian uso para significar la dulzura, la suavidad, la discreción y la gracia de las palabras de alguna persona. Y la misma significación tiene en este verso, que quiere decir: tus labios son como panal que destila, esto es, dulcísimo es tu hablar; de suerte que todas las palabras que salen de tus labios, son como otras tantas gotas de miel que corren de ellos, como si las abejas hubiesen fabricado un dulcísimo panal dentro de tu boca. Y en verdad, nuestra muy amada Madre nunca habló sino palabras suaves y llenas de dulzura, lo que hace decir á San Bernardo: «Recorred

el Evangelio, y si encontráis una sola palabra dura ó amarga, salida de la boca de la Virgen María, me contento con que en lo de adelante la tengáis por sospechosa: «*De coetero suspectam habeas.*» Pero no, no haya temor ninguno de esto, pues su lengua tenía debajo miel y leche, y sus labios son como panal del que brota la miel. La miel es la dulzura, la leche es la suavidad, y ambas están bajo la lengua, porque están en el alma de nuestra Señora. Sabido es que lo que está en el corazón sale á la lengua; y por eso, estando en su corazón la suavidad y la dulzura, no puede salir de su boca sino miel regalada.

Y el olor de tus unguentos como el olor del incienso. «Las vestiduras de tus exteriores virtudes, dice el Niseno, respiran el olor del incienso, porque el incienso se quema en honor de la divinidad, y todas tus obras á Dios fueron consagradas.» Así, la miel y leche debajo de la lengua, son los pensamientos y deseos del corazón de María, todos suaves y todas cándidos; el panal que de sus labios destila, son sus palabras discretas,

dulces y prudentes; y sus vestidos, oliendo á incienso, son sus acciones exteriores saliendo de un corazón encendido y elevándose á Dios por la recta intención. Aquí se alaban, pues, los pensamientos y palabras y obras de Nuestra Señora y Reina y Madre. Mas para que se vea la profundidad de la santa Escritura, veamos la inteligencia que expone un antiguo doctor (Hugo Victorino): «Dos cosas hay en el panal: la miel y la cera; y aquí en el panal virginal, esto es, en el Verbo hecho carne, la miel es la divinidad y la cera la humanidad. Miel y leche debajo de tu lengua, el Verbo es debajo de tu carne; mas se dice que está bajo la lengua, porque es Verbo (palabra). Miel y leche es Dios y Hombre: la miel viene del rocío del cielo, porque del cielo viene la divinidad; la leche se extrae de la carne, porque la humanidad en la carne virginal se formó. Y el olor de tus unguentos sobre todos los aromas, porque tu excelsitud vence toda gracia y tu dignidad supera toda perfección, pues el Espíritu Santo descansó en tu humildad y en tu virginidad: cumplió un

milagro incomparable.» Da á entender aquí el piadoso doctor, que la Virgen santísima recibió en sus labios el ósculo del Padre; en la lengua, el panal del Hijo, y en los unguentos de su vestidura al Espíritu Santo con sus dones. En el primer verso del primer capítulo, explicábamos cómo al pedir la Esposa el ósculo del Señor, quería decir: «Bésemme el Padre; con el ósculo, que es el Espíritu Santo; de su boca, que es el Verbo»; y así pedía á toda la Beatísima Trinidad; y he aquí que ahora mira colmados sus deseos, pues la miel del Padre ha formado al Hijo hecho Hombre, como panal que destila toda gracia; y el Espíritu Santo ha derramado en Ella con profusión sus divinos dones. Hermoso, tierno y profundo á la vez, es este verso del divino Cantar!

El nos hace prorrumpir en esta salutación gloriosa: ¡¡Dios te salve, amantísima Hija de Dios Padre; Dios te salve, santísima Madre de Dios Hijo; Dios te salve, castísima Esposa de Dios Espíritu Santo; Templo y sagrario de la Beatísima Trinidad, Dios te salve!!

VERSO 12.

*Huerto cerrado eres,
hermana mía, Esposa; huerto cerrado
y fuente sellada.*

Tenía el Rey Salomón, entre todas sus grandezas, un huerto hermosísimo, cerca de Jerusalén, plantado de árboles, arbustos y flores exquisitas y preciosas, admirable en el orden en que estaba dispuesto, y en el cual había plantas puestas por las mismas manos del Rey. Este huerto permanecía cerrado, y sólo el Soberano y la corte tenían entrada en él. Era maravilloso, como todas las obras de aquel sapientísimo monarca. Tenía también, entre otras, dentro del mismo huerto, la preciosa fuente llamada de Rogel, de dulces y cristalinas aguas, de la cual bebían el Rey y la real familia, la cual estaba cubierta para conservarse limpia, y aún sellada para que sus aguas no fuesen profanadas. Pues precisamente á este hermosísimo huerto y

245

á esta cristalina fuente, hace alusión aquí Salomón, cuando dice á su esposa: «Huerto cerrado eres, hermana mía, huerto cerrado y fuente sellada.» Es, pues, de notar, que en un jardín hay goces para todos los sentidos: deléitanse los ojos con el verdor de las plantas; los oídos se complacen con el canto de las aves; goza el olfato del aroma de las flores; tocan las manos la suavidad de los frutos, y el gusto saborea las manzanas y los higos, las naranjas y los plátanos y los globos de miel de las viñas. Así, sabemos que el paraíso terrenal era un jardín delicioso, en el cual se hallaba el árbol de la vida, y en medio de él una fuente que se derramaba en cuatro ríos para regar toda la tierra. Nadie ignora que la santísima Virgen se compara muchas veces con este paraíso, que llena de deleite al mismo Dios, en cuyo seno nació el verdadero Arbol de la vida y la fuente de la gracia, de cuya plenitud recibimos todos; de suerte que Ella es el huerto cerrado y la fuente sellada; y aun en remotos tiempos, en sus Letanías Lauretanas, se invocaba con estos dos títu-

los, aunque después se omitieron por no hacerlas demasiado largas. Nuestra amada Madre fué, pues, huerto cerrado, dice su devotísimo siervo San Juan Damasceno, porque en este paraíso nunca tuvo entrada la serpiente, porque no halló ni la más leve abertura por donde introducirse; fué huerto, porque en ella nació el Arbol de vida; fué fuente, porque en ella brotó Aquel cuyas aguas saltan hasta la vida eterna; pero fué huerto cerrado y fuente sellada, por su perpetua virginidad. Así, dice el piadoso Sofronio: «De tal manera nació Jesús de la Virgen María, que la puerta, como dice el profeta Ezequiel, permaneciese del todo cerrada»; y por eso se canta de ella en los Cánticos: «Huerto cerrado, fuente sellada: tus frutos son el paraíso.» Y verdaderamente Ella es un huerto de delicias, en el cual están plantadas todo género de flores y olores de las virtudes; y tan cerrado, que no puede ser profanado por ninguna acechanza: fuente es sellada con el sello de toda la Trinidad, de cuya fuente, que es Cristo, manan las aguas de vida, y en cuya luz

todos veremos la luz, como dice San Juan.

San Ambrosio dice que, á imitación de la Virgen María, cada virgen cristiana (y mucho más sus muy amadas Hijas), debe ser un huerto inaccesible á los ladrones, cerrado con la guarda de los ojos y oídos, y con el silencio y el retiro. Y en este huerto huelen las viñas, verdeguean las olivas, sonríen las rosas; porque en la viña muestra su piedad; en la oliva, la paz de su corazón; y en la rosa, el pudor de la santa virginidad. ¡Levántate, oh doncella y cierra tu huerto si quieres que respire estos aromas: guarda tus frutos, no dejes que te circunden las espinas; que nadie toque el cercado de tu pudor para que florezcan tus uvas. Fuente eres sellada: que ninguno turbe tus aguas; que nadie empañe tus cristales; para que allí, como en un espejo, mires siempre tu semblante. San Jerónimo exhorta á la Virgen Eustoquio, en una carta que le escribió sobre la virginidad, á que no salga de casa sin precisión, citándole el ejemplo de Dina, que por salir á pasear, fue ro-

bada, y sus hermanos la vengaron con
cruel y sangrienta matanza.

VERSO 13.

*Tus renuevos son vergel
de granadas con frutos de los manzanos.
Cipros con nardo.*

VERSO 14.

*Nardo y azafrán, caña aromática
y cinamomo, con todos los árboles
del Libano; mirra y áloe con todos los
primeros perfumes.*

Como había llamado huerto á la Es-
posa, ahora dice algo de lo que el huer-
to encierra, y va nombrando, primera-
mente, los frutos: granadas y manzanas,
ó frutas excelentes, como dice al hebreo;
luego nombra los arbustos aromáticos
en siete especies, que son el cipro, el

nardo y el azafrán, la caña aromática y
el cinamomo, y la mirra con el áloe.
A todo esto llama las producciones del
huerto cerrado, por lo cual entendemos
que son las virtudes de la Virgen María,
significada en las frutas y las plantas.
En la santa Iglesia, advierten los docto-
res, que las producciones son los Após-
toles; las granadas rojas los mártires
que derramaron su sangre; las manza-
nas las santas vírgenes; y también los
renuevos son los santos deseos, las man-
zanas, el pudor y la pureza; y las grana-
das la caridad para con Dios y con el
prójimo. Claro está que todas estas vir-
tudes se encuentran con mayor sublimi-
dad y hermosura en el jardín cerrado
del corazón de nuestra muy amada Ma-
dre. En cuanto á las plantas aromáticas,
explica un doctor, que las tres primeras,
el cipro, el nardo y azafrán, simbolizan
la fe, esperanza y caridad; el cipro es un
arbusto de blancas flores que cuelgan
como racimos; el nardo, olorósísimo, tie-
ne virtudes medicinales; el azafrán, que
tiñe de color de oro, indica el oro de la
caridad, como el nardo, la medicina de

los males, que es la esperanza; y el blanco cipro, la candidez de la fe. La caña aromática, recta como un cetro ó vara, denota la justicia; el cinamomo, cálido y sabroso, y que dá sabor á los manjares, significa la sabiduría y la prudencia; la mirra, contraria á la corrupción, indica la fortaleza; y el áloe, que expelle los malos humores, representa la templanza; y todas estas virtudes, las tres teologales y las cuatro cardinales, se producen, y crecen y se perfeccionan en el alma virginal de María santísima, esparciendo su aroma por todo el universo. Mas también admirablemente predicán estas plantas el reinado de nuestra Señora; en ella hay el cipro, que representa á los patriarcas, y el nardo, que representa la esperanza de los profetas; y así, María, es Reina de los patriarcas y Reina de los profetas; el azafrán denota la caridad de los Apóstoles; la caña ó cálamo, la espada que inmoló á los mártires; y en María se hallan, porque es la Reina de los Apóstoles y la Reina de los Mártires. El aroma del nardo es el buen ejemplo de los confesores; la acritud y olor del

cinamomo, es la castidad y pureza de las vírgenes, y la incorrupción de la mirra, es la bienaventuranza de todos los santos; y son plantas del mismo huerto, porque María es Reina de los confesores, y Reina de las vírgenes, y Reina de todos los santos.

Termina el verso diciendo: «con todos los primeros perfumes», así como antes dice: «con todos los árboles del Líbano.» Esto quiere decir, con todas las demás virtudes que en particular no se indican, y con las principales gracias y dones del Espíritu Santo.

También los árboles del Líbano, por su eminencia y grandeza, pueden significar los ángeles del cielo, para que no le falte á nuestra Madre el glorioso título de Reina de los Angeles; y los primeros unguentos son sus grandes misericordias. Así podremos saludarla, y saludémosla, diciendo: ¡Dios te salve, Reina y Madre de misericordia! ¡Reina de los Angeles y Madre de los hombres, Dios te salve!

VERSO 15.

*Fuente de huertos, pozo de aguas vivas
que corren con ímpetu del Libano.*

VERSO 16.

*Levántate, Cierzo, y ven;
Austro, sopla por mi huerto y fluyan
los aromas de él.*

Así como explica el Esposo los frutos y las plantas que hay en el huerto, con el cual compara á la Esposa, así también dice algo de la fuente que completa la misma comparación. Y como la había llamado fuente sellada, para que no se crea por esto que avarienta de sus aguas, las retiene sólo para sí y no las deja correr para bien de las campiñas, la llama ahora fuente de los huertos; es decir, que aunque cercada, cubierta y aun sellada, no obstante, generosa derrama sus aguas para embellecer y cubrir de flo-

res los jardines. Llámala, pues, fuente de los huertos; y para denotar lo copioso de sus aguas y la velocidad con que corren, añade: «pozo de aguas vivas que fluyen con ímpetu del Libano.» Realmente existía este manantial, que un antiguo visitador de los santos lugares describe así: «La fuente de los huertos de que se habla en los Cánticos de Salomón, brota con fuerza del monte Libano, como á seis mil pasos de Trípoli, y en breve espacio crece, formando un río veloz y copioso, cuyas aguas son frías, muy limpias y dulces, con las que riega y fecunda toda la región situada entre el Libano y Trípoli. De este río cuenta Josefo, que se llamaba sabático, porque prodigiosamente corría en abundantes aguas los días del sábado. ¿Cómo no ver desde luego, principalmente por esta última circunstancia, que esa fuente de los huertos y ese pozo de aguas vivas, simbolizan á nuestra muy amada Madre María? De Ella, en efecto, se entiende lo que dice David: «Un impetuoso río alegra la ciudad de Dios, y el Altísimo santificó su tabernáculo.» Es decir, santificó el

cuerpo de la santísima Virgen, en la que había de habitar, y la regocijó y alegró en su inmaculada Concepción con un río impetuoso de dones y de gracias. Y no contenta con guardarlas para sí, es una fuente que riega todos los jardines de la Iglesia, es decir, todas las Ordenes religiosas que Ella ha instituido, y la reconocen por Patrona y Fundadora, y sigue fecundándolas y hermoseándolas con las aguas de su protección. ¡Oh, y cuán hermosos son esos jardines del pacífico Salomón! ¡Oh, y cuántas flores de preciosas virtudes germinan en la sombra de las montañas, producidas por esas plantas, esto es, por esas puras vírgenes que allí moran y que, consagradas al Esposo celestial, sacan todas los días en la oración, gracias de fecundidad y de vida del pozo de aguas vivas que disfrutan, es decir, de la Virgen María su Madre y su Reina y su Señora! Mas también tiene otros jardines, aunque no entre muros como las monasterios, pero igualmente formados por Ella, y vigilados en medio del mundo y regados con copiosas aguas; y son las varias Obras, Cofra-

días y Asociaciones que le están consagradas. ¡Oh dulce Asociación de las Hijas de María Inmaculada, que extendida por las cinco partes del mundo, cuentas ya con más de trescientas mil plantas odoríferas, cándidos lirios de pureza que crecen al derredor de la Azucena de los cielos, y forman como isletas de verdor florido en medio del cieno del mundo corrompido! ¡Tú eres, oh Madre! la fuente de estos huertecillos sin cercado! ¡Tú eres el pozo de dulces aguas, que desde el Líbano del cielo fluyen con ímpetu á regar á estas florecitas de la tierra! Bendícelas, ¡oh Virgen Inmaculada! libértalas de tantos peligros, defiéndelas de tantos enemigos; riégalas y fecúndalas con las aguas de tu amorosa misericordia. Como río sabático, mándales el día sábado un aumento de gracias, pues sabes que en ese día especialmente te veneran, te saludan y te ofrecen particulares obsequios.

Levántate, sigue diciendo el Cántico, esto es, despierta, muévete, aléjate, oh viento frío que dañas las plantas: marcha, para que en tu lugar venga el

austro; y tú, ¡oh austro! viento suave y agradable en estas regiones, viento salvable y fecundante, disponte á venir y á batir tus alas sobre mi huerto, para que á tu soplo fluyan sus aromas y llesves contigo su fragancia por todas partes. Aunque algunos pensaron que en este verso era la Esposa la que hablaba, mas no es sino el Esposo, que después de haber alabado á su huerto, desea que venga el viento á esparcir sus aromas. En el huerto del alma el cierzo frío es el demonio y el pecado, que seca y marchita las flores de las virtudes, y por eso se requiere alejarlo de su huerto. El austro, viento cálido y fecundante, es el Espíritu Santo, que con su soplo fertiliza el jardín, y embellece las flores, y esparce sus aromas; y después de las flores, hace que produzca frutos aromáticos y nutritivos, como explica San Gregorio. En cuanto al jardín amenísimo de la Virgen María, su Esposo y su Dueño mandó alejar al cierzo helado, cuando retiró á Lucifer, no permitiendo que soprase sobre Ella manchándola con el pecado original, y llamó al Espíritu Santo, viento de fuego

sagrado, que soplando sobre Ella la llenase de gracias, y comenzasen á esparcirse, hasta el cielo, los gratísimos olores de sus virtudes: el aroma de la pobreza, graciosa violeta; el aroma del heliotropo de su profundísima obediencia, y el purísimo aroma de la azucena de su castidad. ¡Oh, y cómo esparcían suavísima fragancia estas tres flores de los jardines religiosos, en el huerto precioso del alma de nuestra Madre, aun antes de nacer! Verdaderamente que el cierzo no pasó por allí, y que el Austro celestial, con sus alas la fecundó, la embelleció y la hizo deleitable á toda la santa Trinidad! Acudamos, cristianos, á esta fuente dulcísima: saquemos de este pozo de aguas vivas refresco para nuestra sed: pidamos á la Reina de los Angeles que aleje de nosotros el viento de las tentaciones, y nos alcance el soplo del divino Espíritu, que esparza de nosotros el olor del buen ejemplo entre nuestros hermanos.

*Voz de la Madre á las Hijas de María
Inmaculada.*

Si queréis, amadas hijas mías, que mi Jesús celebre vuestra hermosura, procurad tener ojos de paloma, por la modestia y en lo interior, la recta intención; poned vuestros pensamientos en lo alto, para que vuestros cabellos sean como las cabrillas que suben al monte Galaad desmenuzad las verdades evangélicas en la meditación, para que vuestros dientes sean blancos y hermosos; que vuestros labios, como cinta de escarlata, hablen siempre palabras de caridad y de paciencia; que el pudor asome en vuestras mejillas, pintándolas como trozos de granada. Sobre todo, sed fuertes contra las tentaciones, para que como torre de David aterricéis al demonio, colgando en mí vuestros escudos: sea casto vuestro seno, y permaneced en la fuerza de vida, hasta que declinen las sombras de la mortalidad y sople el día de las eternas recompensas. Si subís conmigo al monte de mirra del Calvario, y en el collado de incienso de la oración medi-

táis devotamente la Pasión del Hijo con los dolores de la Madre, El aumentará vuestra hermosura, y os llamará de los montes de las pasiones ya domadas, para coronaros. Si habéis herido el Corazón de mi Jesús con la herida del pecado, heridlo dulcemente con la herida del amor, y se dejará prender por vuestra pureza y obediencia; os hará fecundas en virtudes, aromáticas en los ejemplos, dulces en las palabras de vuestros labios; si sois constantes, hará de vuestras almas jardines deliciosos de dulces frutos que le contenten, y de aromáticas plantas que exhalen el olor de la fe, la suavidad de la esperanza y la celeste fragancia de la caridad; el nardo de la pureza exhalará el olor de Jesucristo, y la mirra de la mortificación con el áloe de la penitencia, os harán muy agradables á sus ojos. Desde el Líbano del Empireo derramaré sobre vosotras las aguas vivas de mis bendiciones, y en vuestra hora postrera arrojaré lejos de vosotras los vientos infernales, y rogaré al Divino Espíritu que se digne visitaros. ¡Aliento, pues, mis hijas muy amadas, perseverad

hasta el fin! La vida es corta, la muerte no tarda, los trabajos se acaban, la recompensa es muy grande; vuestra Madre, que tanto os ama, os espera en los cielos!

Voz de las hijas.

¡Oh Madre! ¡Madre! ¡Madre del alma y Madre muy amada! ayúdanos y obedeceremos tus preceptos. Ahora solo te diremos como la Iglesia: María, Madre de gracia, dulce Madre de la clemencia, protéjenos tú del enemigo, y en la hora de muerte recíbenos en tus manos maternales. Amén.



CAPITULO V

Convite al huerto.—Dormir velando.—Toca el Esposo la puerta.—La túnica y los pies.—El pestillo que estremece.—Abrir sin encontrar.—Los guardas.—Preguntan quién es él.—Descripción: Sus ojos.—Su cabeza.—Sus labios.—Sus mejillas.—Sus manos, su pecho y sus piernas.—Su garganta.—¿Dónde está para buscarlo?—Voz de María.

VERSO I.

Venga mi Amado á su huerto y coma del fruto de sus mananos. Vine á mi huerto, hermana mía, Esposa; he segado mi mirra con mis aromas: he comido panal con mi mie', he bebido mi vino con mi leche: comed, amigos, y bebed y embriagaos los muy amados.

Natural parecía que oyendo la Esposa alabar tanto su huerto, convidase al Es-

hasta el fin! La vida es corta, la muerte no tarda, los trabajos se acaban, la recompensa es muy grande; vuestra Madre, que tanto os ama, os espera en los cielos!

Voz de las hijas.

¡Oh Madre! ¡Madre! ¡Madre del alma y Madre muy amada! ayúdanos y obedeceremos tus preceptos. Ahora solo te diremos como la Iglesia: María, Madre de gracia, dulce Madre de la clemencia, protéjenos tú del enemigo, y en la hora de muerte recíbenos en tus manos maternales. Amén.



CAPITULO V

Convite al huerto.—Dormir velando.—Toca el Esposo la puerta.—La túnica y los pies.—El pestillo que estremece.—Abrir sin encontrar.—Los guardas.—Preguntan quién es él.—Descripción: Sus ojos.—Su cabeza.—Sus labios.—Sus mejillas.—Sus manos, su pecho y sus piernas.—Su garganta.—¿Dónde está para buscarlo?—Voz de María.

VERSO I.

Venga mi Amado á su huerto y coma del fruto de sus mananos. Vine á mi huerto, hermana mía, Esposa; he segado mi mirra con mis aromas: he comido panal con mi mie', he bebido mi vino con mi leche: comed, amigos, y bebed y embriagaos los muy amados.

Natural parecía que oyendo la Esposa alabar tanto su huerto, convidase al Es-

poso para que viniese á verlo y á gozarlo; y por eso le dice: «Venga mi Amado á su huerto»; y él le responde, que vendrá y traerá á sus amigos á recrearse, ofreciéndoles un convite campestre con lo que se encuentra allí mismo: miel y leche y vino. Y aunque dice en tiempo pasado: «vine, y comí y bebí»; pero en la santa Escritura se pone muchas veces el pasado por el futuro, y quiere decir: vendré, comeré y beberé; ó por lo menos significa haber venido ya en otras ocasiones, pero que volverá de nuevo con sus amigos. Por supuesto, el huerto á que la Esposa le convida es Ella misma, á quien el Esposo ha comparado con un jardín muy hermoso y deleitable.

Dejando, pues, otros sentidos, como el del alma que llama á Cristo en la Eucaristía, ya como médico de sus llagas, ya como jardinero de su alma, ya como Esposo á su casa y morada, sólo digamos de nuestra muy amada Madre: Ella, pues, invitó al divino Verbo, al principiarse la primavera, á que viniese á su huerto, esto es, la carne que él mismo había preparado y organizado, asumiéndola con-

sigo, y ofreciéndose en ella á Dios su Padre en holocausto para la redención del mundo. Así lo explica San Atanasio, pues Jesucristo, luego que se unió la carne en el seno de María, es decir, en el instante en que fué concebido, se ofreció al Eterno Padre como víctima expiatoria por todos los hombres.

En segundo lugar, la Bienaventurada Virgen invita al Señor al huerto de su alma, para que allí se deleite y apaciente con su angélica pureza, con su humildad querúbica, con su seráfica caridad y demás virtudes que El mismo ha plantado, como ya lo dijo por San Juan. «Mi comida es hacer la voluntad de Aquél que me envió para perfeccionar su obra» (Juan. IV. 34); pues la voluntad del Padre que le envió, es la salud, virtud y perfección de la santísima Virgen y de todos los hombres. En tercer lugar, María, la nueva Eva, invita á Jesucristo al huerto de delicias de su purísimo Corazón, así como la primera Eva invitó á Adán á comer del fruto que no era suyo, sino ageno; esto es, del fruto prohibido, cuya comida causó tantas ruinas. Dice San

Ambrosio, que la virginidad es una hermosísima manzana que deleita al Señor; la mirra y los aromas son los dolores y las oraciones de nuestra Señora, que el Señor las segó porque todas fueron para él; el panal con la miel, es su amor con su celo; el vino con la leche, es su generosidad con su dulzura; y de ello convida Cristo á comer á sus amigos y á beber hasta saciarse, porque invita á las almas de los justos á meditar y rumiar, y á imitar, sobre todo, las virtudes de su santísima Madre. Y si á todos convida á este virginal banquete, ¿cómo no invitará muy especialmente á las hijas de su madre, que miran á este Huerto como suyo, y profesan con especialidad imitar su pureza y copiar en sí todas sus virtudes?

Mas he aquí que entretanto la Esposa coge el sueño, y oyendo hablar á su Amado que toca á sus puertas, se explica así:

*Yo duermo y mi corazón vela:
la voz de mi Amado que toca. Abreme,
hermana mía, amiga mía,
paloma mía, inmaculada mía, porque
mi cabeza llena está de rocío,
y mis guedejas de las gotas de las noches.*

Duerme ligeramente la Esposa, pero *su corazón*, lleno de amor, estaba en vela; quiere decir, que mientras ella duerme, Jesús, á quien llama *corazón suyo*, vela por Ella para guardarla y defenderla; pues suelen los que se aman llamarse el uno al otro, corazón mío ó vida mía, ó alma mía; y por aquí podremos ver cuán unida está el alma con su Dios, y con cuánta seguridad descansa y se duerme arrullada en sus brazos amorosos, como se duerme el niño en los de su madre, que le sostienen. Mas también se entiende esta palabra del corazón de la misma Esposa, que dice después del banquete: «Aunque me puse á dormir, pero mi corazón, esto

es, mi mente y mi imaginación vigilaban, porque siempre mi pensamiento y mi afecto no se separaban de mi Esposo en el cual soñaba.» El alma duerme y el corazón vigila, cuando libre de los deseos y cuidados del siglo, se entrega toda al Señor, y á su amor y á su culto. Así, dice San Ambrosio: «Duerma tu carne, mas vigile tu fe: duerman las delicias del cuerpo, mas vigile la prudencia del corazón; que tus miembros respiren el olor de Cristo y de su sepultura, para que el sueño no les cause daño alguno.»

En cuanto á nuestra Inmaculada Madre, dormía y vigilaba, cuando libre de los cuidados temporales, toda estaba en las cosas del cielo; dormía y estaba en vela, porque de tal modo meditaba en el día, y amaba y contemplaba que en su breve sueño repetía sus encendidos y amorosos afectos; dormía y estaba en vela, porque por un don singular de Dios, aunque adormecidos en el sueño sus sentidos, conservaba libre y vigilante su mente para poder producir actos libres, y prorrumpir en ardientes suspiros y palabras de gratitud y de amor, lo cual só-

lo á Ella le compete, y á ninguno de los santos; y he aquí cómo lo explica San Bernardino de Sena: «El sueño que abisma y sepulta en nosotros los actos de la razón y del libre albedrío, no obraba así en la Virgen santísima; antes su alma durante el sueño, libremente tendía hacia Dios con actos meritorios: de suerte que entonces era más perfecta y contemplativa, que jamás lo haya sido santo alguno orando despierto.» Y lo mismo lo explican otros santos y lo prueba el devotísimo Suárez.

Como estaba oyendo, pues, durante el sueño, dice: «La voz de mi Amado que toca»; y luego repite las palabras que le oyó, dándole cuatro títulos de mucho amor: «Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía: *hermana* como hija de Adán lo mismo que, yo; *amiga*, por la íntima familiaridad que nos une; *paloma*, por su pureza, simplicidad y modestia; *inmaculada*, porque mancha alguna no hay en Ella; *hermana*, por la creación; *amiga*, por la redención; *paloma*, por la recepción del Espíritu Santo, inmaculada desde el primer ins-

tante de su Concepción. Hermana por la fe; amiga por la esperanza; paloma por la caridad; inmaculada por la perpetua virginidad.

Mas ¿por qué le dice ábreme? El melifluo San Bernardo nos responde: que aquí se tocó la puerta de la voluntad de nuestra Señora para pedir su consentimiento al anuncio del Arcángel Gabriel. «Abre, pues, oh Virgen Bienaventurada, le dice el santo: abre tu corazón á la fe; abre tus labios á la confesión; abre tus entrañas al Creador; mira que el deseo de las naciones, está tocando tu puerta por defuera. No tardes, pues; levántate, date prisa, y ábrele: levántate por la fe; date prisa por la devoción; ábrele con el sí de tu boca».

Añade el Esposo un motivo para que se le abra luego: «porque mi cabeza está llena de rocío, y los bucles de mis cabellos de las gotas de las noches».

Como acá en los mundanos amores, suele el amante acudir á las puertas de la amada, y pasar allí largas horas sufriendo la intemperie, así acá en el amor santo y espiritual, se figura que pasó una

cosa semejante; y por eso pide el Esposo á su Esposa que le abra las puertas, porque su cabeza está empapada de rocío, y los bucles naturales de su hermosa cabellera, mojados por el relente ósereno de la noche. Porque es de saber, que en la Palestina, en vez de lluvias cae un menudo rocío, y el frío de la noche condensa la humedad del aire hasta convertirla en tenues gotas. Esto en cuanto á la corteza del sentido literal; mas si queremos penetrar á los sentidos místicos, los santos nos enseñan que la cabeza de Cristo significa aquí su divinidad, y sus cabellos en densos bucles ó caireles, significan su humanidad; y que el Salvador se queja en estas palabras, de que se ha enfriado la caridad entre los hombres, y que de ese frío provienen los pecados, que como gotas de las noches de las conciencias tenebrosas, ofenden su divinidad, y como que manchan y humedecen su cabeza; porque, «la noche, dice San Agustin, es la iniquidad; y el rocío y las gotas de la noche son los pecadores que caen y se enfrían, y llevan el frío á la cabeza de Cristo, esto es, hacen que Dios

no sea amado, pues la cabeza de Cristo es Dios, como dice el Apóstol.» Jesucristo, pues, perseguido en el mundo por los pecadores, se queja con las almas sus esposas, para que viéndole desechado y como arrojado de los corazones, le abran las puertas del suyo, como para guarecerse de la tempestad que cae sobre su sacratísima cabeza. Así se ha quejado á muchas santas vírgenes, mostrándoseles en algún paso de su Pasión, varias veces con su cruz á cuestas, quejándose de los pecados de los hombres, y pidiéndoles la entrada en su corazón y el calor de su amor. ¡Hermosa consideración para las almas entregadas al Señor y para sus Esposas que viven en los monasterios, pues á ellas acude el divino Jesús, perseguido por el mundo, y los herejes, y los gobiernos, y los incrédulos é impíos, que niegan su divinidad; y pide que le abran las puertas de esas casas, y más las de los corazones para esconderse allí y defenderse de las persecuciones y ataques de sus enemigos! Y si con estas almas buenas se queja, ¿cómo no lo haría con su santísima Madre? A Ella llevaba

su hijo Jesús sus más sentidas quejas; y si en las otras almas el responder: «me he quitado la túnica y he lavado mis pies, ¿cómo mancharlos y volver á vestirme?» es una tibieza, en la santísima Virgen, quiere decir, como explica Ruperto: «Yo me he despojado de un modo singular de mi túnica, porque todas las cosas las he dejado por mi Dios, y mis intenciones rectas y cándidas, son como mis pies lavados por el Espíritu Santo: ¿Cómo volveré, pues, á tomar lo que he dejado? ¿cómo inclinaré mis ojos y mis pensamientos á nada de la tierra?»

VERSO 3.

*Despojeme de mi túnica;
¿cómo me la vestiré? Lavé mis pies;
¿cómo los ensuciaré?*

Acabamos de decir de qué manera pueden explicarse estos palabras de nuestra muy amada Madre. En cuanto al alma, despojarse de la túnica, es desnu-

darse del hombre viejo, como dice el Apóstol, para revestirse del nuevo; y temiendo manchar la blanca túnica en el bautismo recibida, no quiere ni pensar en la vieja de que en ese sacramento se despojó. Y añade: ¿cómo mancharé mis pies? es decir, una vez lavados los pensamientos y afectos, ya en las aguas del bautismo, ya en las de la penitencia, no quiero mancharlos de nuevo en el lodo de la mundana conversación. Así lo explica San Ambrosio en sus libros de la Virginitad. San Gregorio, San Beda y San Anselmo, lo explican de las almas entregadas á la vida contemplativa, que una vez dejadas de la pesada túnica de los negocios y ocupaciones temporales, que envuelven como un vestido, no quieren ya volver á vestirse y á tomar las mismas molestias; y lavados sus afectos con las aguas de la penitencia, rehusan volverse á mezclar en el lodo de los negocios terrenos, para no manchar los piés ya purificados.

Nada de este cieno, ni de la vieja túnica de Adán, puede temer nuestra muy amada Madre; de suerte que estas pala-

bras no le pueden convenir sino en el sentido que apuntamos al fin del verso anterior. Sólo añadiremos, que la pregunta, ¿cómo vestiré mi túnica? ¿cómo mancharé mis pies? parece poder aplicarse á la pregunta de la Virgen Santísima al Angel en su Anunciación: «¿Cómo podrá ser esto, puesto que no conozco varón?» Deje, por los tres votos, las cosas de la tierra, y purifiqué mis afectos entregándome toda á Dios; ¿cómo puedo pensar en ser madre y en contraer matrimonio y en vivir en medio del mundo?

Pero veamos lo que enseguida sucede:

VERSO 4.

*Mi Amado metió la mano por el resquicio,
y á su toque se estremecieron
mis entrañas.*

En lo literal indica, que dilatándose la Esposa en levantarse, el Esposo metió la mano por alguna rendija ó abertu-

ra, y abrió la puerta, por lo cual la Esposa se turbó y avergonzó, de suerte que su corazón se estremeció al ruido que hacía la puerta al abrirse. Y se significa también, que la Esposa sintió estremecer sus entrañas de compasión y de lástima, de las quejas de su Amado, pues así se significa en el hebreo. Y dejando la inteligencia del verso acerca de todas las almas, á quienes Dios toca por sus inspiraciones, y con la mano de su gracia abre las puertas de la voluntad de ellas, sólo diremos de la Virgen María, que el Señor puso su mano, cuando se hizo carne en las entrañas de Nuestra Señora, y que ella se estremeció de admiración, de amor y de gozo al contacto de la Divinidad con la humanidad en su purísimo seno, por lo cual un doctor la hace hablar de esta manera: «Mi Amado, el Dios á quien entre todos he escogido, metió su mano, envió al mundo á su Hijo, por el rescucio, es decir, por mí, pues queriendo venir á los hombres, he sido para él como una puerta angosta por la humildad, pero luciente por la castidad, y para él sólo dedicada; y á su toque, á

su entrada y venida á mi seno, mis entrañas se estremecieron de admiración y de pasmo. «*Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.*»

VERSO 5.

*Me levanté para abrir á mi Amado:
mis manos destilaron mirra,
y mis dedos llenos de mirra probadísima.*

VERSO 6.

*Abri á mi Amado el pestillo de mi puerta;
mas él se había desviado
y había pasado. Mi alma se derritió
luego que habló: lo busqué y no le hallé:
lo llamé y no me respondió.*

Luego que siente el alma la gracia y el impulso excitante del Señor, como avergonzada de su tardanza, se levanta y comienza á trabajar. Y aunque el Esposo

había ya pasado, es claro que siempre vuelve, pues ella dice que su alma se derritió al oír su voz. La virgen María se levantó cuando llevando al Verbo en su seno, caminó por las montañas á visitar á Santa Isabel. Su Amado se desvió, cuando se le ocultó por tres días en Jerusalén, pero oyó su voz cuando le habló en medio de los doctores; sus manos destilaron mirra cuando abrazaban la cruz de donde su hijo pendía, y sus dedos estuvieron llenos de amarguísima mirra, cuando recibió en sus brazos el Cuerpo del Señor bajado de la cruz. La Madre Ana Catalina Emmerich, en sus revelaciones acerca de la Pasión del Señor, refiere cómo la Virgen María, teniendo en su regazo el cuerpo difunto del Señor, para quitarle la corona sin agrandar las heridas, iba cortando las espinas introducidas en la frente y la cabeza del Señor, sosteniéndolas con los dedos. ¿Cuál sería entonces su dolor y su amargura? ¿cómo no derramaría amargas lágrimas sobre el divino cadáver? ¿cómo no besaría con inmenso dolor aquellas espinas ya cortadas, teñidas con la sangre de su

Hijo? Entonces, pues, sus labios destilaron mirra, y sus dedos estuvieron empapados en mirra amarguísima.

Cuando el Señor resucitado le hizo la primera visita y dulcemente le habló, entonces su alma se derritió, y después de subido al cielo, le buscaba y no le hallaba, le hablaba y no obtenía respuesta; mas esto se entiende de la habla y presencia corporal de Jesucristo; pues por lo demás, contemplando, siempre le miraba, y seguía escuchando la voz con que le respondía.

VERSO 7.

*Encontráronme los guardas que rondan
la ciudad: Me hirieron y me llagaron:
los guardas de las murallas lle-
váronse mi manto.* ®

Entienden esto los doctores, de los emperadores, tiranos y herejes que despojaban á los fieles de sus bienes, libertad y aun de la vida; y por sus cismas (palabra que significa división) rompieron

su manto, aunque la Iglesia salió al fin libre de sus garras. San Jerónimo advierte á las vírgenes cristianas que no salgan de su casa para no caer en manos de los enemigos de su pudor, que les arrebatan el manto de su modesta reserva.

En cuanto á nuestra Madre y señoras, el Abad Guillermo la hace decir: «Los Escribas y Fariseos, al desgarrar con la espada de sus lenguas y tan cruelmente la fama de mi Amado, llagaron con eso mi corazón de Madre, atravesándolo con crueles heridas. Y además, en cuanto pudieron me despojaron de la estola de mi gloria y del manto de alabanza que me cubría cuando aquella mujer alabó mi vientre y mi seno: de esta gloria me desnudaron vistiéndome con un saco de confusión, é infamándome como á Madre de un perversísimo seductor; mas escapéme de sus manos, y mi divino Hijo no dejó que pasasen adelante en sus injurias contra mí.» Es esta una piadosa consideración de este doctor, y muy creíble es que los enemigos de Cristo lo hayan sido de su santísima Madre, extendiendo á ella sus baldones é improprios, por lo

menos dentro de sus perversos corazones; nada de esto, pasado en lo exterior, indica el santo Evangelio; y otros doctores piensan que no permitió el Señor fuese injuriada ni molestada la Virgen María, pues no permitió que en el Huerto fuesen tocados sus Apóstoles, no obstante haber sacado la espada San Pedro.

VERSO 8.

Conjúroos, hijas de Ferusalén, que si encontráreis á mi Amado le anunciéis que languidezco de amor.

Ya hemos visto una adjuración semejante en el verso cuarto del capítulo segundo: la languidez del amor es como un desfallecimiento y desmayo, tanto en el cuerpo como en el alma, causado por la ausencia y ardiente deseo del Amado; y esta languidez es muy acepta y gratísima al Señor, y por eso la Esposa no le manda más razón que esta: «decidle que desfallezco de amor»; porque aquí se con-

tienen sus afectos, todos sus deseos y todas sus esperanzas, lo que muy bien comprende el Esposo, y todo se le dice en tan breves palabras. Mas ¿quiénes son las hijas de Jerusalén encargadas de llevar ese recado? San Anselmo y San Beda piensan que son las almas más santas; el Abad Ruperto con otros, juzgan que son las menos santas y novicias; otros creen que son los ángeles y bienaventurados; San Gregorio lo entiende de todos estos juntos, pues todos dan parte á Jesucristo del amor que su Esposa le tiene. La Virgen María, nuestra Madre muy amada, languidecía de amor á Jesucristo y de celo de las almas; y así, el Abad Ruperto pone en su boca estas palabras: «¡Oh hijas de Jerusalén, verdaderas hijas de Abraham, é hijas de David por la fe, creyendo en el Rey de la alta Jerusalén, que es hijo de David según la carne: por esta misma fe vuestra os conjuro, que si le encontráreis antes que yo (porque suelen morir antes que la maestra las discípulas), cuando fuéreis introducidas á su presencia, le anunciéis que languidezco de amor por el gran deseo

que tengo de verle, pudiendo apenas soportar las dilaciones de este destierro. Mas ¿para qué las conjura, sigue diciendo el mismo Abad, si el Amado todo lo sabe, y lo conoce, y está viendo y conociendo el amor que su Esposa le tiene, y sus ansias de verle y sus tristezas del destierro? ¿á qué mandarle, pues, recados? ¡Ay! es para que, herida, á otras hiera; y llagada, á otras llague; y para que sus hijas, viendo en su Madre tan ardientes deseos de la vida futura, comprendan la grandeza del Amado, y por él sientan el fastidio del siglo presente, y las santas ansias de verle y conocerle á las claras en el cielo.»

Y advierten los doctores, que esta languidez de que aquí se habla, no indica defecto ni retardo, sino por el contrario, supone la magnitud del amor: «No languidece el amor, quien languidece es el amante. Esta languidez es una espada que traspasa al alma que ama, por la ausencia del Amado; y no sólo al alma, más también á la carne penetra, haciéndola entristecer por el deseo del ausente Esposo.» Y si en las almas santas, así el

amor divino las hiere, ¿qué no hará en la Virgen santísima, cuyo amor al Señor excedía inmensamente al amor de todos los santos? Más es para meditarlo que para decirlo!

VERSO 9.

*¿Cuál es tu Amado del Amado,
oh hermosísima entre las mujeres? ¿Cuál
es tu Amado del Amado,
pues que así nos conjuraste?*

VERSO 10.

*Mi Amado es cándido y rubicundo
escogido entre millares.*

Llámase Jesucristo Amado del Amado, porque en cuanto Dios es engendrado del Padre que dijo de Él: «Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias»; y en cuanto hombre es

Hijo de David, de quien dijo el Señor que había encontrado un varón según su corazón, y por eso era de Dios muy amado. De aquí es que tanto en cuanto Dios como en cuanto Hombre, le conviene al Salvador este dictado, y por esto se repite aquí dos veces. Los compañeros del Esposo, con admiración le preguntan á ella por las cualidades de su Esposo, conociéndola muy digna de Él; y por eso la llaman hermosísima entre las mujeres, y conociendo el grande amor que le tiene, pues que tan solemnemente la ha conjurado. Ella responde al momento dando las señas de su Esposo y diciendo que su Amado es cándido y rubicundo, esto es, que es blanco y encarnado, y que lo ha escogido entre millares. Jesucristo es cándido por su purísima y esplendídisima deidad, y rubicundo por la humanidad, por la roja sangre que de Adán tomó. Además, el Señor es cándido por la pureza de su inocencia y el esplendor de su santidad, y rubicundo por la sangre que en su dolorosa Pasión derramó; cándido por su mansedumbre, y rubicundo por su justicia; cándido en su semblan-

amor divino las hiere, ¿qué no hará en la Virgen santísima, cuyo amor al Señor excedía inmensamente al amor de todos los santos? Más es para meditarlo que para decirlo!

VERSO 9.

*¿Cuál es tu Amado del Amado,
oh hermosísima entre las mujeres? ¿Cuál
es tu Amado del Amado,
pues que así nos conjuraste?*

VERSO 10.

*Mi Amado es cándido y rubicundo
escogido entre millares.*

Llábase Jesucristo Amado del Amado, porque en cuanto Dios es engendrado del Padre que dijo de Él: «Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias»; y en cuanto hombre es

Hijo de David, de quien dijo el Señor que había encontrado un varón según su corazón, y por eso era de Dios muy amado. De aquí es que tanto en cuanto Dios como en cuanto Hombre, le conviene al Salvador este dictado, y por esto se repite aquí dos veces. Los compañeros del Esposo, con admiración le preguntan á ella por las cualidades de su Esposo, conociéndola muy digna de Él; y por eso la llaman hermosísima entre las mujeres, y conociendo el grande amor que le tiene, pues que tan solemnemente la ha conjurado. Ella responde al momento dando las señas de su Esposo y diciendo que su Amado es cándido y rubicundo, esto es, que es blanco y encarnado, y que lo ha escogido entre millares. Jesucristo es cándido por su purísima y esplendísimas deidad, y rubicundo por la humanidad, por la roja sangre que de Adán tomó. Además, el Señor es cándido por la pureza de su inocencia y el esplendor de su santidad, y rubicundo por la sangre que en su dolorosa Pasión derramó; cándido por su mansedumbre, y rubicundo por su justicia; cándido en su semblan-

te, rubicundo en sus llagas. Es escogido entre millares porque lleva el estandarte y es el Capitán de las vírgenes cándidas y blancas y de los mártires purpúreos y rubicundos. El alma le escoge entre millares, cuando dejando por él la universalidad de las criaturas á él sólo se adhiere, á él sólo sirve, y á él sólo pertenece. Y como Jesucristo comunica sus cualidades á su divina Madre, ella también fué cándida por su virginidad y rubicunda por su caridad; fué blanca en los misterios gozosos y encarnada en los misterios dolorosos, y escogida entre millares en los últimos gloriosos, cuando después de su tránsito felicísimo fué llevada al cielo en cuerpo y alma y coronada por la Beatísima Trinidad como Reina del universo mundo. Y aun ahora, allá en la gloria, podemos decir que es cándida por su poder y su virtud, y rubicunda por su misericordia para con sus hijos que dejó en la tierra; cándida para los ángeles buenos que la miran y reverencian como á su Reina, y rubicunda por el terror que ejerce sobre los ángeles malos, enemigos de Ella y de Jesús. Mas si Ella

tiene esas tres cualidades, más que nadie las reconoce y las pregona en su Hijo, y así le aclama blanco en su generación eterna, rubicundo en su generación temporal, en que fué formado de su purísima sangre, y escogido entre millares, como el único entre millares y millones de hombres, concebido por obra del Espíritu Santo y nacido de una Madre siempre virgen.

Mas no contenta con dar estas dos grandes señales de su Amado: el ser Dios y hombre al mismo tiempo, sigue haciendo una descripción en particular de su persona, como vamos á ver en los versos siguientes:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
VERSO II.

*Su cabeza es oro exquisito, sus cabellos
como renuevos de palmas, negros
como el cuervo.*

VERSO 12.

*Sus ojos como palomas
sobre los arroyuelos de las aguas,
que están lavadas con leche y sentadas
junto á corrientes muy copiosas.*

VERSO 13.

*Sus mejillas como eras de aromas
plantadas por los perfumistas. Sus labios
lirios que destilan mirra prima.*

VERSO 14.

*Sus manos de oro,
torneadas, llenas de jacintos. Su vientro
de marfil, guarnecido de zafiros.*

VERSO 15.

*Sus piernas columnas de mármol que
están fundadas sobre bases de oro.
Su apostura como Libano
escogido como cedros.*

VERSO 16.

*Su garganta suavísima y todo él deseable:
tal es mi Amado
y El mismo es mi amigo, hijas
de Ferusalén*

He aquí una poética y hermosísima descripción que de nuestro adorable Salvador hace su Madre santísima, que como más que nadie lo conoció, mejor que nadie puede describirlo; mas no hay que pensar que esto pertenezca á los miembros corporales de nuestro Redentor, pues aunque su cuerpo fué gallardo y hermoso entre los hijos de los hombres, como cantaba David su padre; pero no se trata aquí sino de describir sus gracias, sus virtudes y sus divinas cualidades. Recorramos, pues, este dibujo celestial: la cabeza de oro, y de oro puro y exquisito, significa la excelencia y la divinidad de Jesucristo; los cabellos de su cabeza se comparan con los renuevos de la palma, frescos, delicados y

siempre de grato color; mas como su color es verde claro, que no es propio de los cabellos, explica que éstos son negros como las alas del cuervo, pues en las regiones cálidas, como en la Siria y la Judea, son muy apreciados la barba y cabellos negros; y así, vemos cuán hermosas son las barbas de los maronitas cuando vienen algunos entre nosotros. Los cabellos de Cristo simbolizan sus pensamientos, afectos, ardores; y son negros como fuertes, viriles y heroicos, y ennegrecidos con el calor de la caridad. Sus ojos de palomas sobre los arroyuelos de las aguas, en leche lavadas, esto es, blancas y purísimas como si se bañasen en pura leche; esto expresa la eximia y divina vigilancia y providencia de Cristo, que por sí y por sus obispos y pastores miran, vigilan y cuidan á los fieles, y están lavadas en leche por su simplicidad y pureza, y residen junto á las corrientes de las aguas, que son las fuentes de la Sagrada Escritura y en particular de los santos Evangelios, en los cuales se mira á Cristo retratado, como las palomas se ven retratadas en las

fuentes cristalinas. Las mejillas del Señor se comparan á las eras ó pequeños pedazos de tierra que hay en los jardines, que se siembran de puras flores y plantas aromáticas, colocadas, no por un jardinero que ignora su precio y su valor, sino por los mismos perfumistas que conocen y aprovechan sus virtudes; y éstas, por su hermosura y exquisita composición, indican la modestia, la serenidad y la mansedumbre del Salvador. Sus labios son lirios que destilan la mirra más pura, porque son purísimos y hermosos, y atraen con sus palabras como el lirio con sus perfumes. Y destilan mirra muy pura, porque predicán la mortificación y la penitencia, y el amor á la amarguísima mirra de la cruz; y así, en el sermón de la montaña, lo primero que predicó el Señor fueron las Bienaventuranzas, destilando sus labios mirra prima cuando recomendó la pobreza, la mansedumbre, las lágrimas, el hambre y sed, el sufrimiento de las persecuciones y el amor á los enemigos. Sus manos torneadas y de oro, es decir, bien formadas, suaves y perfectas y esplenden-

tés como el oro torneado, significan las obras de Cristo pulidas y perfectas por todas partes: sus manos torneadas, dice un doctor, son sus virtudes en todo irreprehensibles; y como lo que se trabaja en el torno se revuelve con suma velocidad, así, dice el Abad Ruperto, las manos torneadas significan la prontitud y presteza con que el Señor las vuelve á todas partes para colmarnos de beneficios y llenarnos de deseos celestiales, significados por los jacintos color de cielo de que tiene el Señor llenas las manos. El vientre de marfil quiere decir las entrañas de Jesucristo, su interior y su purísimo Corazón, todo lo cual fué blanco como marfil y al mismo tiempo fuerte y robusto, y celestial y divino como los zafiros, pues en el cuerpo del Señor todos sus afectos y deseos eran puros y cándidos, compuestos entre sí, pacíficos, firmes y constantes, como regidos por la sabiduría de su Corazón; y estaban guarnecidos de zafiros, porque cuanto pensaba y hablaba y operaba, todo era para el cielo, para la gloria de Dios y bien de los hombres.

Sus piernas eran columnas de mármol sobre basas de oro, y son la misericordia y la justicia rectísimas y firmísimas como el mármol; y las basas sobre que se apoyan, son los consejos de la divina sabiduría. Su forma ó apostura como el Líbano, pues los judfos acostumbraban comparar toda cosa hermosa con esa hermosísima y amenísima montaña; y se llama escogido como los cedros, porque son árboles elevados, odoríferos é incorruptibles. Por fin, su garganta es suavísima por la gracia y suavidad de su predicación, y por eso es todo deseable.

Y es de advertir que, como la Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo, también ella participa de sus alabanzas, y así van explicando los intérpretes que la cabeza del Señor es el Sumo Pontífice; sus ojos son los Obispos y Prelados; sus mejillas puras y hermosas son las santas vírgenes; sus labios son los predicadores y catequistas; sus manos son los religiosos y celosos operarios; sus entrañas son las almas interiores y contemplativas; sus piernas de mármol, los misioneros que caminan á todas partes llevando al

Señor y á su fe; su garganta suavísima es la boca de la Iglesia, que siempre anuncia la suavidad del Evangelio; su apostura como el Líbano y el ser escogido como los cedros, anuncian que la Iglesia es una y santa como aquella montaña, é infalible é indefectible como son los cedros incorruptibles y perpetuos. Todo esto conoce sapientísimamente nuestra muy amada Madre, y por eso termina su gloriosa descripción diciendo: «Tal es mi Amado y El es mi amigo, hijas de Jerusalén, esto es, inteligencias angélicas, hijas la de Jerusalén celeste: ¡Mirad cuál es mi Amado, mi Hijo, vuestro Rey y vuestro Dios! Almas que aún estáis sobre la tierra, mirad, considerad, y medita las perfecciones de Jesucristo, que es mi amigo y el Esposo de mi alma.» Y los ángeles y las almas responden preguntando:

VERSO 17.

*¿Dónde se ha ido tu Amado, oh la más hermosa de las mujeres?
¿A dónde se ha desviado tu Amado,
y le buscaremos contigo?*

Las almas hacen aquí alusión á la pérdida de Jesús en el Templo, y á su muerte en el Calvario, y preguntan admiradas, dónde se encuentra, para buscarle en unión de María. Y como muchas veces pierden al Señor, ya por su culpa, ya por prueba que les manda; en esa ausencia, que las llena de dolor y tristeza, como nadie sabe mejor dónde se encuentra el Hijo que la madre, á su Madre María preguntan por El, suplicándola las acompañe á buscarlo, seguras de que así ciertamente le hallarán. Y dos veces le preguntan, por qué el amor, como dice San Gregorio, se complace en reiterar sus deseos y las tareas de buscar al Amado.

*Voz de la Madre á las Hijas de
Maria Inmaculada.*

En vuestra mano está, mis muy amadas hijas, el hacer de vuestras almas un huerto ameno, é invitar á mi Jesús á que baje á visitarlo; y convidará á los ángeles y á los santos sus amigos á recrearse en El y á gustar de la miel de vuestro amor, del vino de vuestro celo, con la leche de vuestra dulzura; y allí recogerá la mirra de vuestra penitencia con sus aromas de los santos deseos que El mismo ha sembrado en vuestros corazones. Teniendo muy viva durante el día su presencia, por la noche aun durmiendo, vuestro corazón estará en vela, porque en El pensaréis al despertar de vez en cuando, y vuestros sueños serán dulces y todos de El. Y mi Hijo, huyendo de la persecución de los mundanos, empapado en la lluvia de los delitos y pecados, vendrá á tocar á la puerta de vuestras almas, llamándoos con el dulce título de hermanas, porque sois mis hijas; de amigas,

porque estáis en su gracia; y de palomas no manchadas, por la limpieza de vuestros corazones. Y no tardéis en abrirle, pues aunque su toque estremece, pero es de amor y de agradecimiento. Mas si tardáis en abrirle y ya no le encontráis, seguidle buscando, y los ángeles que guardan vuestras almas os herirán con la herida del amor, y os despojarán del manto de las cosas criadas. Al fin hallaréis á mi Jesús, y arrebatadas con la vista de su hermosura, os pondréis á contarla y meditarla: el oro de su cabeza, las palmas de sus cabellos, las palomas de sus ojos, y los aromas de sus mejillas. Y como estas mejillas son las vírgenes que le aman, allí estaréis vosotras, hijas mías; en sus mejillas, cercanas á sus ojos que os miren con amor; cercanas á los lirios de sus labios, que os hablen de su Pasión; os regalará con los jacintos de sus manos, y con su fortaleza de cedro os sustentará. Con sus pies de oro os llevará por los dorados caminos de sus consejos; con la suavísima voz de su garganta os alentará, y todo se os mostrará dulcísimo y deseable. Morad, mis amadas hijas,

dentro de su pecho blanco y casto como el marfil, fuerte y puro, abierto y potente; habitad en su sacratísimo y amorosísimo Corazón: allí os quiero tener dulces palomas mías; allí os quiero defender de las emboscadas del enemigo. A la mitad de la mañana y á la puesta del sol por la tarde, entrad en espíritu á este caliente nido, uniéndoos con tantas almas que así devotamente lo acostumbran: es el Corazón de mi Jesús, trono de la divinidad, asilo de las almas pusilánimes, fortaleza de las débiles, recreo de las amantes; es el Corazón de vuestro Amado, de vuestro Esposo, de vuestro Dios. ¿Cómo no amarlo, hijas mías, si todas sois suyas? ¿Cómo no morar en El, si El es el nido donde el gorrión calienta sus polluelos y donde la tórtola hace oír sus gemidos? Mirad que El os ama con un amor inmenso, incomprensible; y si aun ahora, ausente, os colma de favores, ¿qué será cuando os lleve á gozarle á su gloria?

Voz de las Hijas.

Sí Madre mía; sí, Madre mía; gustosas y entusiastas obedecemos tu voz: contemplaremos las grandezas de nuestro amado Jesús; conservaremos día y noche su presencia; entraremos por la mañana y en la tarde á la Llaga de su sagrado Corazón; y para que allí nos deje habitar, le diremos á cada paso:

Arca de dones colmada,
Preciosa y dulce mansión:
¡Oh divino Corazón,
Seas tú mi asilo y morada!



CAPITULO VI

El Amado en el huerto.—El para Ella y Ella para El.—Hermosa, graciosa y terrible.—Sus ojos y cabellos.—Sus dientes y mejillas.—Las Reinas, las damas y las jovencitas.—La única Paloma.—Todos la alaban.—La aurora, la luna y el sol.—Nogales y manzanas, viñas y granados.—Aminadab.—Cuatro vueltas.—Voz de María.

VERSO 1.

Mi Amado ha bajado á su huerto, á la era de los aromas, á apacentarse en los huertos y cortar lirios.

VERSO 2.

Yo para mi Amado y mi Amado para mí, que apacienta entre los lirios.

Cuenta aquí el alma, que su amado Esposo la visitó bajando á su jardín, y

que, como noble y delicado, y amante de los buenos olores, se dirigió luego á aquel campo especial donde estaban sembradas las plantas aromáticas, ocupándose en regalarse con las frutas y en ir cortando lirios para hacer con ellos hermosos ramilletes. Y dice que se apacienta entre los huertos, porque en un huerto grande y espacioso, hay varios huertecillos pequeños, unos de puras flores otros de rojas fresas, otros de distintas árboles y frutos; pero El prefiere la era de los lirios.

Nuestra muy amada Madre, la Virgen María, es por sí sola el huerto de delicias y el paraíso de Jesucristo; por el mismo, en Ella personal y corporalmente habitó dentro de su seno por nueve meses, y en su alma y en su memoria moró y habitó toda su vida. Así, dice San Gregorio Niseno, que el Señor habitó á su huerto, cuando descendió al vientre virginal de María, y en Ella y de Ella tomó carne. Ella es la era de los aromas por la fragancia de sus virtudes. Y el Señor se apacienta entre los lirios, porque que vivió muy contento, deleitándose en

la pureza de la Virgen y de Señor San José, dos blancos lirios que le apacientaban, y á los cuales recíprocamente apacientaba con las santas delicias de la pureza y los sabrosos bocados del divino amor. Mas como María santísima tiene tantas familias de hijas suyas que la imitan, esas son las huertas en que Jesucristo también se apacienta, y riega y cuida los lirios y azucenas, que con su olor la recrean, hasta que llegue el tiempo en que vaya cortando los lirios para formar graciosos ramilletes y trasportarlos á su casa de la gloria, donde nunca se marchiten. ¡Oh Asociación de la Inmaculada, sé tú también un huerto olorosísimo y extensísimo, pues hoy abrigas más de doscientos millares de azucenas en tu seno: jardín abierto de la Reina María, crece siempre y consérvate siempre florido y ameno!

Estando, pues, en el huerto del Señor, y viéndolo ocupado en la recolección de los lirios, prorrumpes su Esposa en estas palabras: «Yo para mi Amado y mi Amado para mí; El, que entre lirios se apacienta.» María fué siempre de su

do, pues siempre le dijo: He aquí tu esclava; y sabido es que las esclavas pertenecían todas á su amo; y el Señor fué todo para ella, pues por eso le dijo el Angel: «Llena de gracia, el Señor es contigo;» ella fué del Señor desde el primer instante de su Concepción, y el Señor fué también de Ella desde entonces; y entre los lirios el alma y cuerpo de María se apacentaron gustosos, y en ellos tuvo sus delicias, y con su sangre los regó, y por fin los cortó de la tierra de este mundo para llevarlos, alma y cuerpo, los dos juntos, á embalsamar el eterno jardín de los cielos. Y por eso, al tener á su Madre allá á su lado, prorrumpe en estas alabanzas:

VERSO 3.

*Hermosa eres, amiga mía;
suave y graciosa como Jerusalén, terrible
como un campamento ordenado.*

Varias veces repite en el sagrado Cántico estas palabras, que ya otras veces

hemos explicado; solamente que aquí á palabra hermosa junta otras llamándola suave y llena de decoro, es decir, de una gracia modesta y severa, comparándola con la ciudad de Jerusalén, pues acostumbran mucho los hebreos comparar las personas con las ciudades y también las ciudades con las personas. Y como Jerusalén era en efecto muy hermosa, ciudad llena de decoro por su templo verdaderamente magnífico, por eso con ella se compara la Esposa. Y como también estaba amurallada y pertrechada contra los enemigos, por eso se da á la Esposa el dictado de terrible, porque inspira terror y espanto á los que se atreven á combatirla.

La Bienaventurada Virgen María es hermosa, sobre todo, por su Inmaculada Concepción; es suave, y entre todas mansa como le canta la Iglesia, y es graciosa, porque como le dijo el Angel, encontró gracia delante del Señor; es llena de decoro por su admirable modestia y reserva virginal, y es fuerte como un campamento ordenado, ó como dice el hebreo, como un ejército abanderado, esto

brosa
 «Iré
 del in
 Iré, ne
 iré, ne
 con al
 vario,
 ma Pa
 llado
 cesare
 dores
 tamer
 tamb
 mante
 bol d
 de su
 Hijo;
 res, c
 la cor
 drón.
 En
 rida l
 al me
 y al
 ción.

ue tiene levantadas todas sus ban-
 s para ordenar el combate. Estu-
 ando la historia de la Iglesia, se ve que
 Virgen María á cada enemigo que en
 ella se levanta contra su divino Hijo y
 contra los fieles también hijos suyos, le-
 vanta y tremola una nueva bandera: así
 cuando los paganos cautivaban á tantos
 cristianos solicitándolos á apostatar de
 la fe, apareciéndose á dos santos levantó
 la bandera de la Redención de cautivos,
 ordenando que se instituyese una Orden
 bajo este título y con ese objeto; en
 tiempo de los albigenses, que negaban
 muchos de sus privilegios, levantó la ban-
 dera del Santo Rosario, que dió á llevar al
 Bienaventurado Domingo de Guzmán,
 para que la llevase por toda la tierra; en
 la furiosa tempestad levantada contra los
 carmelitas levantó la bandera del admi-
 rable escapulario, que dió á San Simón
 Stok, como señal de amor y protección,
 escapulario que forma las delicias de los
 siervos de María; en el pasado siglo de
 incredulidad é indiferencia religiosa, por
 medio de una humilde Hermana de la
 Caridad, levantó la bandera de la Meda-

lla milagrosa, con la cual se ha vencido
 tanto á los demonios en la conversión de
 los pecadores; y después ella misma se
 levantó como bandera en Lourdes atra-
 yendo á las muchedumbres, así como en
 el Tepeyac es la bandera, siempre en-
 hiesta y levantada sobre la santa colina,
 para agrupar á sus soldados que en pia-
 dosas peregrinaciones acuden á ella para
 ponerse á su sombra y obtener vigor y
 fortaleza contra sus enemigos. En este
 siglo se espera la declaración dogmática
 de la Asunción en cuerpo y alma de la
 Virgen María, cuyo dogma de fe esta-
 blecido entonces, será una nueva bande-
 ra virginal terrible á los enemigos de
 María, y á los de sus hijos y fieles sier-
 vos. Y así vemos cómo nuestra amada
 Madre, al mismo tiempo que es hermosa
 delante de Dios, llena de decoro entre
 los Angeles y dulce y suave para sus
 devotos, es terrible para los demonios, á
 quienes ha venido combatiendo sin ce-
 sar.

brosa

«Iré
del in
Iré, no
iré, no
con a
vario,
ma Pa
llado
cesar
dores
tame
tamb
mant
bol d
de su
Hijo;
res, c
la con
drón.
En
rida
al me
y al
ción.

306

VERSO 4.

*Aparta de mí tus ojos, porque ellos
me hicieron volar.*

Tus cabellos como manadas de cabras.

Aquí comienza el Esposo á hacer otra vez la descripción detallada de la hermosura de su Esposa, comenzando por los cabellos de que habla en este verso, y continúa en los que siguen alabando sus dientes y sus mejillas, como veremos. Mas alaba aquí por delante los ojos de su Amada con una expresión de inmenso cariño, de que suelen hacer uso los que mucho se aman: Aparta, quita de mí tus ojos, dulce amor mío, porque me hacen volar hacia tí; no me mires más con ellos porque me roban el corazón: son tan hermosos tus ojos, vida mía, que no puedo soportar la luz de su mirada; inclínalos un poco para que pueda mirarlos yo sin ser herido, pues ya otra vez me heriste con uno de tus ojos. Toda esta fuerza tiene la expresión de este

307

verso, y todo esto, y aun más, significa aquí el Señor diciendo á su Esposa: aparta de mí tus ojos, porque ellos me hicieron volar. Las rectísimas intenciones, las preces ardentísimas de la Virgen María, fueron los ojos heridores que hicieron volar al Verbo Eterno desde el seno del Padre, para venir á aposentarse en el seno de la Madre: hízole volar desde el cielo hasta el suelo; hízole descender de las alturas de su gloria á la bajeza de nuestra tierra, así como desciende todos los días de su gloria al Sacramento, y de la Eucaristia al pecho de los fieles, á los hermosos ojos de la Virgen María, que cantaba un poeta:

¡Oh clarísimas luces, oh soles benditísimos,
Oh antorchas lucidísimas, astros esplendísimos
Que esos ojos nos miren y que hacia tí nos lleven,
Y hasta el Sol de la gloria tu Jesús nos eleven!

VERSO 5.

*Tus dientes como hato de ovejas
que subieron del lavadero, todas con crias
mellizas, y estéril no hay entre ellas.*

brosa
«Iré
del in
Iré, n
iré, n
con a
vario,
ma Pa
llado
cesar
dores
tamei
tamb
mant
bol d
de su
Hijo;
res, c
la cor
drón.
En
rida
al m
y al
ción.

VERSO 6.

Como corteza de granada así tus mejillas, sin lo que en ti está oculto.

Comenzaba á alabar en el verso anterior los cabellos de la Esposa, y aquí continúa encomiando sus dientes y sus mejillas, y esto con las mismas comparaciones del capítulo cuarto, donde pueden verse explicadas. Aquí sólo añadiremos, que los mismos siervos de María pueden místicamente figurar la belleza de su rostro, las almas contemplativas que la miran, y entre día la traen presente y no apartan de Ella sus miradas; esas son sus ojos que atraen al Señor, pues donde está María está siempre Jesucristo; los cabellos hermosos, arreglados y lucientes, son las Ordenes y Asociaciones que le están consagradas, pues sus miembros son numerosos como los cabellos, y penden de su cabeza y la adornan, porque á Ella sirven y á Ella pertenecen; los dientes son los doctores y escritores que mastican y

desmenuzan las divinas Escrituras y los escritos de los Padres, para extenderlos y propinarlos al cuerpo de los fieles: todos con crías mellizas, porque hablan siempre de María como Madre de Dios y Madre de los hombres; y estéril no hay entre ellos, porque siempre es fecundo el que escribe de María y trabaja por ella. Las mejillas como corteza de granada, ó como corona de granada según otros traducen, son las santas vírgenes pálidas por la penitencia, como el color de la granada por fuera; pero que agrupadas en derredor de su amantísima Madre, le forman como una corona con las flores de la castidad y la pureza. ¡No puedo menos de acordarme de vosotras, queridas hijas de mi querida Madre! permaneced siempre en sus mejillas; sed siempre flores y estrellas de su corona, mientras llega el día feliz en que Ella os lleve á ser coronadas por su Jesús allá en la gloria.

VERSO 7.

*Sesenta son las reinas
y ochenta son las damas, y las jovencitas
son sin número.*

VERSO 8.

*Una sola es mi paloma, mi perfecta;
única es de su madre escogida,
de la que le dió el ser.
Viéronla las hijas, y la predicaron
muy bienaventurada, las reinas
y las damas, y la alabaron.*

Aquí declara Jesucristo que las almas perfectas, llamadas reinas porque han sabido dominar sus pasiones, son sesenta, es decir, pocas entre tantos millares y millones de cristianos; las damas, esto es, las almas que ya van aprovechando en la virtud, pero que aún no han llegado á reinar sobre sí mismas, son ochenta, es

decir, muchas; y las jovencitas, las almas que van comenzando y dando los primeros pasos por los caminos del Señor, son innumerables, con relación á las almas aprovechadas y á las perfectas. En cuanto á la paloma, es única y una sola: ¿Y quién podrá no saber quién es ella? ¿quién entre todos los cristianos podrá ignorarlo? la paloma es la Esposa del Espíritu Santo, la única Madre del único Hijo del Padre; la una sola Hija del Padre preservada del pecado; la única de la Iglesia su Madre; la bendita entre las mujeres, escogida entre todas. «Esta es paloma por su fecundidad (dice el Abad Guillermo) y mía por la novedad de su alumbramiento; Ella es mi paloma, de la cual soy el polluelo; ella es mi perfecta, porque nada le falta para la gracia y la gloria, cuya fecundidad no empañó su virginidad, ni su virginidad ignoró su fecundidad. . . . Ella es la escogida de su Madre, singularmente elegida para el ministerio de la Redención y de la regeneración de la gracia. Viéronla sus hijas y la llamaron muy bienaventurada, porque todas las almas fieles siempre esta-

rán realizando el anuncio que hizo ella misma cuando dijo: Todas las generaciones me llamarán bienaventurada. Y las reinas y las damas la alabaron, porque las almas contemplativas y activas siempre cantan sus loores y encomian sus virtudes y ensalzan sus glorias.»

Este verso es muy precioso y conviene especialísimamente á nuestra muy amada Madre; porque Ella es Virgo singularis, Virgen única en todo: una y única en su Concepción sin mancha; una y única en su maternidad divina; una y única en su virginidad perpetua; una y única en su coronación gloriosa; una y única en el poder de su intercesión y en la ternura de su misericordia. Alábenla, pues, sus hijas: véanla con la consideración y aun con los ojos corporales en sus imágenes, las reinas y las damas, las religiosas coronadas en los monasterios, las damas que le hacen corte en medio del mundo, todas, todas á una no se cansen jamás de alabarla y bendecirla!

VERSO 9.

*¿Quién es esta que marcha
como el alba al levantarse, hermosa
como la luna, escogida como el sol,
terrible como un ejército de escuadrones
ordenados?*

Este es uno de los versos que muy frecuentemente se aplican á María Santísima, ya sea por la Iglesia en varias de sus festividades, ya sea por los oradores que predicán sus misterios, ya sea por los autores que ensalzan sus glorias, y así, iremos diciendo los varios sentidos en que pueden entenderse. Y primeramente el Abad Ruperto dice: que la Virgen María fué aurora en su nacimiento, luz en su alumbramiento, sol en su Asunción. Como son muy hermosas sus palabras, vamos á trascribirlas. Habla con la Virgen Santísima y le dice así: «Cuando tú naciste, oh bienaventurada Virgen, nació para nosotros la aurora nuncia del sempiterno día, pues como la au-

rora es el fin de la noche que termina y el principio del día siguiente, así tu Natividad fué el fin de los dolores y principio de la consolación, el acabar de la tristeza y el comenzar de nuestra alegría. Mas cuando el Espíritu Santo sobrevino sobre tí y concebiste al Señor en tus entrañas, desde entonces fuiste hermosa, y no como quiera, sino como la luna, pues así como ella luce y alumbrá con luz que no es suya, sino que el sol se la presta, así tú, oh felicísima, alumbrás á todos con la luz que Dios te comunica, pues eres llena de gracia. Y cuando llevada de este mundo fuiste trasladada al etéreo tálamo, entonces fuiste escogida como el sol, pues si á tu Hijo adoramos como al sol verdadero y como verdadero Dios, así también á tí le honramos y veneramos como á verdadera Madre de Dios, sabiendo que todo el honor tributado á la Madre, redundá indudablemente en gloria del Hijo.

San Bernardo dice que la gloriosa Virgen es una antorcha encendidísima, cuya luz prodigiosa llenó de admiración á los mismos Angeles, que al ver su ine-

fable claridad, maravillados preguntaban: ¿Quién es ésta que se adelanta como la aurora al despuntar, hermosa como la luna, escogida como el sol? El Papa Inocencio III indica una excelente consideración, diciendo que la Virgen María es aurora para los Angeles, que la miran aparecer regocijados, y es sol que alumbrá el día de los justos, y luna que esclarece la noche de los pecadores, pues así como la luna sirve á los caminantes nocturnos y les ayuda con su luz á no extraviarse, ó si se han extraviado los guía al buen camino, así la Madre de Dios les alcanza luz y gracia para salir del extravío de las culpas y para no perderse más en el abismo de las iniquidades.

De la aurora han dicho mucho los santos Padres: que es el fin de la noche y el principio del nuevo día; que es nuncio y testigo de la venida del sol; que hace huir á las bestias feroces y cantar á las aves del cielo; que hace caer el blanco rocío que humedece y fecunda la tierra; que no sólo anuncia el sol, sino que le concibe y produce. Nosotros he-

mos hecho notar cuánta es la grandeza de nuestra muy amada Madre al compararla con la más luciente de la naturaleza, y sobre todo, al llamarla sol, diciendo algo de las maravillas de este astro (Homil. Fuente y Río, Luz y Sol. 2). Lo que consta en este verso es la graduación de la luz de la aurora á la luna, y de ésta al sol, lo que indica el incremento de la gracia en la Santísima Virgen, por lo cual puede aplicarse á su Concepción y nacimiento en que la aurora despuntó, á su maternidad divina donde recibió en sí á la Luz eterna, como la luna recibe la luz del sol, y á su gloriosísima Asunción y coronación en los cielos, donde quedó muy unida y semejantísima al sol eterno de Jesucristo.

En cuanto á la segunda parte del verso: Terrible como un ejército de escuadrones ordenado, oigamos á San Bernardo: «No temen tanto los enemigos visibles un copioso ejército desplegado para el combate, como las potestades del aire temen el patrocinio y el ejemplo de María y hasta el resonar de su nombre; donde quiera que encuentran su frecuente

recuerdo, su devota invocación y su cuidadosa imitación, se escurren y parecen como la cera á la faz del fuego.» Ya en el verso tercero donde dice esta misma frase, hemos notado que María, dulce y suave para con sus hijos, sólo es terrible para con los demonios y para los herejes, que son la raza de la serpiente. Tomás de Kempis escribe, que como al ruido del trueno amedrentadas las bestias salvajes corren temblando á esconderse en sus madrigueras, así los demonios huyen despavoridos al oír el nombre de María y no paran hasta ocultarse en sus negras cavernas.

VERSO IO.

*Descendi al huerto de los nogales
para observar las manzanas
de los valles, y observar si la viña
ha florecido y si han brotado
las granadas.*

¿Quién es el que habla aquí, es el Esposo ó la Esposa? Aunque algunos doc-

tores lo han atribuido á ésta; pero San Jerónimo y San Gregorio dicen que son palabras del Esposo. Los nogales ó las nueces significan los trabajos que cuestan los pecadores para sufrirlos y enmendarlos, pues para llegar á comer la nuez hay cinco trabajos: arrancarla con fuerza del árbol; quitarle una corteza gruesa que la envuelve; después quebrantarla; en seguida extraer el núcleo en ella aprisionado, y por fin, desnudarla de otra túnica sutil y muy pegada que la cubre.

Las nueces, pues, representan, ya la dureza de los pecadores habituados y obstinados, y ya también la macidez y robustez de los justos que, reteniendo por dentro, dice San Gregorio, dentro de su cuerpo la divina sabiduría, esconden el núcleo bajo la corteza. Y estas almas por dentro llenas de suavidad, aparecen ante los hombres como viles y despreciables, porque se ignora cuán dulceocado por dentro llevan.

Las manzanas de los valles significan la humildad y la mansedumbre; las viñas en flor, la meditación de la pasión del Se-

ñor, y los granados en germen, la unión, concordia y caridad fraterna.

El Señor dice á su santísima Madre que descendió á las almas de los justos como al huerto de nogales, de virtudes sólidas y substanciosas, y también al huerto de los duros pecadores, como para excitarla á que ella también baje ya á recrearse en el jardín de las almas de sus devotos, ya á trabajar en la conversión de los endurecidos pecadores.

VERSO II.

*No lo supe: mi alma se conturbó por los
carros de Aminadab.*

VERSO I2.

*Vuélvete, vuélvete / Sunamitis:
vuélvete, vuélvete para que te miremos.*

Aquí es la Esposa la que habla, diciendo que no sabía, que ignoraba que el Es-

tores lo han atribuido á ésta; pero San Jerónimo y San Gregorio dicen que son palabras del Esposo. Los nogales ó las nueces significan los trabajos que cuestan los pecadores para sufrirlos y enmendarlos, pues para llegar á comer la nuez hay cinco trabajos: arrancarla con fuerza del árbol; quitarle una corteza gruesa que la envuelve; después quebrantarla; en seguida extraer el núcleo en ella aprisionado, y por fin, desnudarla de otra túnica sutil y muy pegada que la cubre.

Las nueces, pues, representan, ya la dureza de los pecadores habituados y obstinados, y ya también la macidez y robustez de los justos que, reteniendo por dentro, dice San Gregorio, dentro de su cuerpo la divina sabiduría, esconden el núcleo bajo la corteza. Y estas almas por dentro llenas de suavidad, aparecen ante los hombres como viles y despreciables, porque se ignora cuán dulceocado por dentro llevan.

Las manzanas de los valles significan la humildad y la mansedumbre; las viñas en flor, la meditación de la pasión del Se-

ñor, y los granados en germen, la unión, concordia y caridad fraterna.

El Señor dice á su santísima Madre que descendió á las almas de los justos como al huerto de nogales, de virtudes sólidas y substanciosas, y también al huerto de los duros pecadores, como para excitarla á que ella también baje ya á recrearse en el jardín de las almas de sus devotos, ya á trabajar en la conversión de los endurecidos pecadores.

VERSO II.

*No lo supe: mi alma se conturbó por los
carros de Aminadab.*

VERSO I2.

*Vuélvete, vuélvete / Sunamitis:
vuélvete, vuélvete para que te miremos.*

Aquí es la Esposa la que habla, diciendo que no sabía, que ignoraba que el Es-

poso hubiese bajado al huerto, por lo cual estaba con gran cuidado de su ausencia, pues se hallaba temerosa de que se hubiese encontrado con los carros bélicos de Aminadab y le hubiesen herido ó molestadó. Unos creen que Aminadab indica al demonio, como Teodoreto y Aponio, porque este enemigo se atraviesa en el camino de los buenos con los estruendosos carros de sus tentaciones. Otros, por el contrario, como el Abad Ruperto, entienden por Aminadab á Salomón, figura de Jesucristo. Otros entienden por los carros, los enemigos de Cristo y perseguidores de la Iglesia, armados en guerra, como Mahoma y sus turcos. San Ambrosio dice: «Cristo es el verdadero Aminadab, que mueve y lleva al alma del justo como una carroza, y la carne es el caballo que tira de ella; el Señor la gobierna con las riendas de su palabra, para que los caballos enfurecidos no la precipiten.» Finalmente, dicen que la Virgen María es la carroza de ese Capitán, porque en el seno de su protección conduce á las almas al cielo. Pero nos parece explicarlo mejor del temor que

tiene nuestra Madre de que sus hijos choquen contra los carros infernales y seán aplastados por las ruedas de las diabólicas tentaciones.

Dos veces se le dice á la Esposa, llamándola Sunamitis, que se vuelva, y esto, para ser mirada. Sunamitis quiere decir *pacífica*, aunque otros dicen Sumanitis, cambiando una letra, y aun así lo pone la Iglesia en su liturgia, que fué aquella hermosa doncella que calentaba al anciano Rey David en el frío de su vejez. De ambos modos significa á la Virgen santísima, ya como Reina pacífica y Esposa del verdadero Salomón, ya como hermosa doncella que tuvo en sus brazos el frío cadáver de su Hijo. Ella fué llamada y deseada en los cielos por Dios y por los Angeles, para mirarla con delicia, y por eso le dicen vuélvete, vuélvete. Y acá en la tierra, los justos y los pecadores desean también ardientemente el mirarla, y por eso claman: vuélvete, vuélvete si es posible, de los cielos á la tierra, para con templar tu hermosura; ó si no, vuélvete desde allá con tu auxilio, vuélvete con tu misericordia, vuelve á nosotros esos

tus ojos misericordiosos, para que un día podamos mirarte y remirarte en tu glorioso trono colocada en el empíreo.

Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada.

Si os hacéis un huerto delicioso de plantas aromáticas, hijas mías muy amadas, mi Jesús bajará á apacentar en las almas y á cortar los lirios de vuestra castidad y pureza; él os alabará como sus amigas y hermosas; y como para defender y conservar la pureza se necesita librar tantas batallas, os hará terribles contra el demonio como un ejército ordenado para el combate. Volverá á alabar vuestros ojos que, con miradas de amor le hacen volar del tabernáculo á vuestro pecho, los cabellos ordenados de vuestros santos pensamientos, los limpios dientes de la meditación, con que desmenuzáis las verdades eternas, la corteza de granada de vuestras mejillas pálidas por la penitencia y ruborosas por la modes-

tia. Y cuando estéis todas reunidas adorándole en el templo al pie del altar, y frente á mi imagen, verá mi Hijo, lleno de contento, como hay entre vosotras varias reinas que han vencido sus pasiones; muchas más damas de honor, que van aprovechando en la virtud, y un sin número de jovencitas que van entrando de nuevo á mi Asociación á servirme é imitarme á mí, que soy su única paloma, perfecta y escogida. Y de cada una de vosotras, podrá decir, aunque en muy distinto grado, lo que de mí decían los ángeles: ¿Quién es esta que va luciendo poco á poco como la aurora, y hermosa por su paciencia en la noche de las tribulaciones, como la luna, y escogida como el sol en la plena luz de su virtud y perfección? Y todas mis hijas, las jovencitas, las damas y las reinas, viéndome y considerando mis grandezas y mis glorias, me aclamaréis como muy dichosa y bienaventurada. Mi Hijo y yo bajaremos al jardín de vuestros corazones para reanimar las plantas de vuestras virtudes, y os daremos fortaleza para que no os turben los ruidosos carros de las diabólicas

tentaciones, y de dos veces os llamaremos, es decir, á vuestra alma y cuerpo, en esta vida, para ver vuestro adelanto; y mi Hijo y yo, vuestro Esposo y vuestra Madre, os llamaremos al finalizar este destierro, para premiaros en la patria!

¡Animo, pues, hijas mías: á pelear contra el demonio, pues sólo el que lealmente combatiere, será coronado. Vuestra Madre os acompaña y os bendice!

Vos de las Hijas.

Ansias tenemos, Madre adorada,
de ser el huerto de tu Jesús;
por tí queremos, ¡oh Inmaculada!
llegar al puerto de eterna luz;
y á la serpiente, no temeremos,
ni á las cuadrigas de Aninadab,
pues venceremos cual tú nos digas,
y un día veremos tu gran beldad.



CAPITULO VII

Coros de escuadrones.—Pasos y calzados.—
Copa colmada.—Montón de trigo.—Elseno.
—El cuello.—Los ojos.—La nariz.—La
cabeza y cabellos.—Deliciosa hermosura.
—La palma y sus racimos.—La garganta
y los dientes.—Amor recíproco.—A las
granjas del campo.—Las viñas y granados.
—Los frutos en las puertas.—Voz de María.

VERSO I.

¿Qué verás en la Sulamitis sino coros
de escuadrones? ¡Cuán hermosos son tus
pasos en los calzados, hija de príncipe!
los juegos de tus rodillas como ar-
gollas que han sido labradas
de manos del artifice.

Llámanse coros las reuniones de gentes
que cantan y se alegran, y aun danzan

tentaciones, y de dos veces os llamaremos, es decir, á vuestra alma y cuerpo, en esta vida, para ver vuestro adelanto; y mi Hijo y yo, vuestro Esposo y vuestra Madre, os llamaremos al finalizar este destierro, para premiaros en la patria!

¡Animo, pues, hijas mías: á pelear contra el demonio, pues sólo el que lealmente combatiere, será coronado. Vuestra Madre os acompaña y os bendice!

Vos de las Hijas.

Ansias tenemos, Madre adorada,
de ser el huerto de tu Jesús;
por tí queremos, ¡oh Inmaculada!
llegar al puerto de eterna luz;
y á la serpiente, no temeremos,
ni á las cuadrigas de Aninadab,
pues venceremos cual tú nos digas,
y un día veremos tu gran beldad.



CAPITULO VII

Coros de escuadrones.—Pasos y calzados.—
Copa colmada.—Montón de trigo.—Elseno.
—El cuello.—Los ojos.—La nariz.—La
cabeza y cabellos.—Deliciosa hermosura.
—La palma y sus racimos.—La garganta
y los dientes.—Amor recíproco.—A las
granjas del campo.—Las viñas y granados.
—Los frutos en las puertas.—Voz de María.

VERSO I.

¿Qué verás en la Sulamitis sino coros
de escuadrones? ¡Cuán hermosos son tus
pasos en los calzados, hija de príncipe!
los juegos de tus rodillas como ar-
gollas que han sido labradas
de manos del artifice.

Llámanse coros las reuniones de gentes
que cantan y se alegran, y aun danzan

de regocijo. «¿Qué veis en el alma, dice San Ambrosio, que ahora ya es Sulamitis tranquila y pacífica, que va viniendo como coros de escuadrones? ¿Qué habéis de ver sino lo mucho y los muchos con que ha combatido? porque ella ha tenido que pelear contra los enemigos extranjeros; ha tenido que combatir contra las lúbricas mudanzas del siglo; ha tenido que estar en guerra contra las fragilidades del cuerpo, y ha tenido que hacer frente á las muchas pasiones que la atacan y la acometen.»

Dicen algunos doctores, que los carros de Aminadab son los turcos y otros enemigos armados de la Iglesia, y los coros de escuadrones son las Ordenes religiosas que, al mismo tiempo que pelean contra los enemigos, viven en sus conventos como coros muy ordenados que cantan las divinas alabanzas, y parecen como danzas de gozo y alegría. Y de aquí podemos colegir, que también las Hijas de María son los coros de la Sulamitis, que en sus escuadrones pelean contra el mundo y la carne; mas en las fiestas de su Reina pacífica, y principalmente duran-

te su mes, le cantan en coro dulcísimas alabanzas, y ya le dicen con amor:

Si no tienen nuestras almas
De los lirios la blancura,
Hijas somos ¡qué ventura!
De la Madre del Criador.

Otras veces, como emulando la santa osadía del meliflúo San Bernardo, pidiéndole que las mire desde el cielo, le añaden:

Y si al mirar á tus hijas,
Conmover no te sientes,
Que tus ojos clementes
No nos vean otra vez.

Otras veces le cantan con su amantísimo Alfonso de Ligorio:

Alarga tus cadenas
Y átame toda entera,
Que de amor prisionera
De tí yo quiero ser;
Si al fin lograr pudiera
Concluir la vida mía,
Llamándote ¡oh María!
Al cielo, si entraré.

En cuanto á la hermosura de los pasos en los calzados, la hija del príncipe, de quien se alaban, es la Bienaventurada Virgen hija de David, de la cual se explica así San Ambrosio: «El calzado significa el cuerpo; y en este, calzada hermosamente marchó María, que sin ningún concurso del hombre, siendo Virgen, concibió el tutor de nuestra salud.» Y así, Juan Bautista, muy bien decía: «Yo no soy digno de desatar la correa de su calzado, esto es, no soy digno de comprender con la angostura de la humana mente, ni de desatar, con la vileza de la humana palabra, el secreto misterio de la Encarnación del Señor» Y el Abad Ruperto dice: «Que como los siervos andaban descalzos, y los libres é ingenuos, calzados, por eso la serpiente pudo morder la planta de nuestra madre Eva; mas la nueva Eva, la Hija del Príncipe, muy bien calzada por la gracia, pudo con su planta aplastar la cabeza del infernal dragón.»

En cuanto al juego de las rodillas, comparado á una argolla rica y delicada, fabricada con arte, que se llevaba en

el cuello del pié, quiere indicarse con esta comparación, que el andar de nuestra querida Madre y todos los pasos que dió durante su vida, todos fueron púdicos y todos santos, y todos fueron como joyas fabricadas de manos del Artífice supremo, porque todos sus pasos y todas sus acciones fueron movidas por Dios y á él sólo dirigidos.

VERSO 2.

Tú como... copa torneada que nunca necesitas de bebida. Tu vientre como montón de trigo cercado de lirios.

Aquí alaba el sagrado Cántico, aquel sitio del cuerpo por donde se sabe que pasa el alimento al niño cuando aún está encerrado en el materno seno; sitio que no se oye bien puesto su nombre en nuestro idioma; pero que en sentido místico, como todo se entiende en este Libro divino, significa el cuidado que tiene la Iglesia y la Virgen María de dar el ali-

mento á sus hijos, aunque tiernecitos, y aun no salidos á la luz de la gracia; y esto quiere decir, la copa siempre llena y que no necesita estarle ministrando líquido exterior; es la misericordia maternal siempre llena y fecunda, que no necesita tomar de lo ageno para ministrar al hijo de sus entrañas el debido alimento.

«Tu vientre como montón de trigo cercado de lirios.» Jesucristo se llamó grano de trigo, cuando dijo: «Si el grano de trigo no fuese muerto (esto es, sembrado y alterado en la tierra), no dará fruto alguno; mas si fuere muerto (en el sulco), lo dará muy colmado»; pero como aquí no se trata de un grano, sino de un montón de granos, bien podemos preguntar: ¿cómo, si del vientre virginal de María sólo germinó un grano de trigo, Jesucristo, puede compararse su seno á un montón de granos? Para entenderlo, es necesario saber, que Jesucristo es la cabeza del cuerpo místico de su Iglesia, que son todos los fieles; y que la Virgen santísima al darle á luz, fué Madre de todo el cuerpo, lo mismo que de

la cabeza; y desde entonces fué Madre de todos los hombres. Y así, de un modo particular los escogidos son sus hijos, y pues dijo Cristo en una parábola: «Que las pajas se quemaran, y el trigo se amontonara en su granero»; donde claramente se ve que la paja son los réprobos y el trigo los escogidos; es este mismo montón de trigo el que se manda á los ángeles amontonar en el celestial granero, el propio montón de trigo con que aquí se compara el seno de María, el cual se dice, está circunvalado de lirios, por la pureza y demás virtudes de los justos. Bellamente dice un doctor, que el vientre de María santísima se compara á un montón de trigo, que tiene amplio volumen y hace bulto, por el crecimiento del santísimo vientre de nuestra Señora, cuya vista llenó de angustia al castísimo patriarca Señor San José; pero estuvo cercado de lirios, cuando los ángeles manifestaron al santo varón los purísimos misterios que aquel vientre encerraba.

Esto es, que el montón de trigo significa la fecundidad maternal, y el cercado de lirios la purísima virginidad de

nuestra Señora. El ser madre y Virgen son sus dos más gloriosas prerrogativas; y por esto la Iglesia, al saludarla en las Letanias, después de invocarla con su glorioso nombre, ensalza estas dos prerrogativas diciendo: «Santa Madre de Dios, Santa Virgen de las vírgenes»; luego sigue explicando y como difundiendo en varios títulos estos nombres de Madre y de Virgen, añadiendo ahora, por disposición del Sumo Pontífice León XIII, difunto, después de Madre admirable, el título tan á propósito en nuestra época, de «Madre del Buen Consejo.»

Como Jesucristo se llama por un profeta, el trigo de los escogidos, El es en la Eucaristía el montón de trigo germinado del purísimo vientre de nuestra Señora, circundado de lirios, ya por los puros espíritus que en el Sacramento incesantemente le adoran, ya por las puras vírgenes que le tienen y le rodean en medio de sus casas, en los conventos; ya por los puros y santos deseos que inspira en las almas; y por eso Zacarías, al llamarle «trigo de los escogidos», tam-

bién le nombra «vino que germina vírgenes.»

Sigue después una descripción en que se alaba por tercera vez el cuerpo virginal de María, en varios de sus miembros, y son cinco alabanzas: de los pechos, el cuello, los ojos, la nariz, la cabeza y los cabellos de la Esposa, como veremos en los tres versos siguientes.

VERSO 3.

*Tus dos pechos como dos cervatillos
mellizos de corza.*

VERSO 4.

*Tu cuello como torre de marfil,
Tus ojos como pesqueras en Hesebón,
que están en la puerta de la hija
de la muchedumbre.
Tu nariz como la torre del Libano,
que mira hacia Damasco.*

VERSO 5.

*Tu cabeza como el Carmelo,
y los cabellos de tu cabeza como púrpura
del Rey atada en canales.*

Por qué se harán tantas descripciones en el sagrado Cántico de los miembros de la Esposa, pues con esta van ya tres veces que la alaba y la describe? Es porque Dios nada estima tanto como las virtudes del alma, simbolizadas en estos órganos corporales; y lo que mucho complace, mucho se repite. Y estas tres descripciones corresponden á los tres estados del alma: como principiante, como proficiente y como perfecta. Mas como en nuestra amada Madre no hubo estado ni tiempo de imperfección ninguna, en ella hemos de decir que las tres descripciones de sus miembros corresponden á sus tres estados de perfecta: desde su Concepción y nacimiento, y de más perfecta en su divina maternidad, y de perfectísima en su gloriosa Asunción y allá en el cielo.

Veamos, pues, esta tercera descripción. La de los pechos como dos gemelos, ya queda antes explicado; sólo añadiremos, que según algunos doctores, significan la sabiduría y la ciencia con que lacta y nutre á los ignorantes. De dos famosísimos doctores, el sutil Escoto y el eximio Suárez, se refiere que debieron toda su ciencia á la santísima Virgen, pues al último rehusaban recibirle en la Compañía de Jesús por escaso de inteligencia, y María santísima le favoreció de tal manera, que escribió veintiocho gruesos tomos en folio; de suerte que dicen que no alcanza la vida de un hombre para leerlos todos: ¿Cómo le alcanzaría para escribirlos?

Tu cuello como torre de marfil. Hablando de la torre de David, explicamos ya este otro título, por estar juntos en las Letanías de nuestra Señora. Dijimos que la torre de David era torre inmóvil y de defensa, y la torre de marfil era torre movable sobre los elefantes y propia para el ataque, lo que indica que para defendernos y para combatir contra nuestros enemigos, nos es muy útil su interce-

ción y ayuda. Y añadimos que, como á torre de David, acudimos ante su imagen fija en nuestros altares, y como á torre de marfil la traemos con nosotros en sus medallas, relicarios y escapularios.

Tus ojos como piscinas en Hesebón. Las piscinas ó estanques, y muchas fuentes de cristalinas aguas, tienen la figura redonda ó casi redonda; y sea por esto ó porque brillan entre la tierra como los ojos en la cara, lo cierto es que en el hebreo la misma palabra significa fuentes, y ojos, y que en nuestro idioma se dice también «ojos de agua.» Por esto, pues, se comparan los ojos de la Esposa á estos estanques. Los ojos compáranse á las piscinas, porque son la meditación y contemplación del alma que alimentan los píos afectos y los deseos, como en las piscinas ó pesqueras se alimentan los peces. Además, como en las fuentes limpiadas se ve la imagen del sol y la cara del que en ellas se asoma, así en la oración y meditación se conoce á Dios y á sí mismo; y por fin, como las piscinas derraman copiosas aguas, así los ojos derraman copiosas lágrimas de devoción y

compunción. En cuanto á la ciudad de Hesebón, de donde se dice ser las piscinas, veamos cómo se explica San Gregorio: «Hesebón se interpreta *cingulo de dolor ó tristeza*; y los ojos de la Esposa se llaman piscinas en Hesebón, porque cuando á causa de su peregrinación se entristecen, y fortalecidas con su pena, se preparan al combate contra los espirituales enemigos, lávanse con sus lágrimas para poder lavar después á los pueblos.» La hija de la multitud es la Iglesia, henchida de la multitud de sus hijos. Todo esto conviene admirablemente á la Virgen María, cuyos ojos son piscinas de misericordia, que tanto lloraron por los pecadores, y por eso le pedimos en la Salve que los vuelva hacia nosotros. Al fin de las revelaciones de Santa Brígida se lee lo que se llama sermón angélico, que son preciosas alabanzas de Nuestra Señora; allí dice Cristo, hablando á su Santísima Madre:

«Tus ojos fueron tan lucientes en la presencia de mi Padre, que en ellos se miraba con complacencia; pues en tu espiritual mirada y en el entender de tu

alma, penetraba tu voluntad toda entera y conocía que nada querías sino á El mismo, ni deseabas cosa alguna sino conforme á su beneplácito.»

«Tu nariz, como la torre del Líbano que mira hacia Damasco.» Desproporcionado y feo, parece, á primera vista, el comparar una nariz con una torre, que indica un tamaño formidable; pero ya hemos dicho varias veces, que en estas comparaciones campestres, no se debe atender tanto á la letra cuanto al sentido. La nariz de la Esposa se significa aquí grande y bien formada, Las familias reales, sabido es que se distinguen por la nariz que llaman aguileña. En Italia suelen ser muy grandes las narices, y así se ve en el retrato del Angélico joven San Luis Gonzaga; y más todavía, en el de San Carlos Borromeo, que ostenta una nariz de llamar la atención por su tamaño.

La nariz, en el hombre, tiene dos oficios: el primero é importantísimo es el respirar; la boca no basta para ello, ni sirve estando cerrada; el segundo es para discernir los olores; y por eso está in-

mediata á la boca, para no comer lo hediondo ó podrido. Y por esto significa la altura en que se halla colocada la Virgen María, para discernir lo malo de lo bueno, lo puro de lo impuro, lo hediondo de lo sano. Damasco, indica aquí, *servil y mutilado*; y mirando este oprobio conserva el alma la discreción. Entre lo que dicen los doctores de este título, aplicado á María, oigamos á San Bernardo: «Tú, oh Señora, eres una nariz hermosísima»; de la cual dice el Esposo: «Tu nariz, como torre de Líbano. La nariz tiene dos ventanillas, por las cuales emite el aliento de la cabeza; y así tú, Señora, con tu virginidad y humildad, trajiste del cielo al Hijo de Dios, que como *viento de nuestra boca*, como le llama un profeta, con su caridad nos calienta, refrigera nuestra concupiscencia, nos mueve á la buena voluntad, y nos justifica por la fe; tú eres la nariz de la Iglesia, semejante á una torre, como excelsa por tu dignidad, y firme por la gravedad de tu ánimo. Torre del Líbano, que significa blancura, porque indica el candor de tu inocencia.»

Tu cabeza como el Carmelo. Era un

monte excelso y hermosísimo, y por eso se compara con él la Santísima Virgen, que después de Cristo es la cabeza de los fieles. He aquí cómo la describe el mismo Señor hablando de ella á Santa Brígida: «Tu cabeza fué como el oro resplandeciente, y tus cabellos como los rayos del sol, porque tu purísima virginidad, que es en tí como la cabeza de todas las virtudes, de tal modo resplandecieron en mi presencia, que juntas con tu humildad, me complacieron; y por eso con razón te llamas Reina coronada sobre todas las criaturas: Reina, por tu limpieza; coronada, por tu excelente dignidad. Fué tu frente de incomparable blancura, significando el pudor de tu conciencia, en la cual está la plenitud de la ciencia del hombre, y en la cual resplandece la sabiduría de Dios.»

Esta palabra recita la Iglesia como antífona en la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, pues es la Cabeza de todas las Carmelitas que deben ser como sus cabellos, de los cuales se dice aquí: «tus cabellos como púrpura real atada en canales.» Estos canales son una especie

de caños por donde corría la púrpura líquida, y en ellos se teñía la púrpura que se quería saliese de color más subido, y se introducía en aquellos canales en ciertas madejas atadas. Como en la otra comparación decíamos, aparentemente son semejanzas muy impropias, pues los cabellos teñidos de color rojo dan una idea muy repugnante. Los poetas profanos los han llamado muchas veces de oro, ó dorados, tal vez porque en otros tiempos realmente los doraban. Lo que aquí se significa, pues, es que los pensamientos del alma santa deben estar como atados á la púrpura del Rey Jesucristo, fijos en su dolorosa Pasión, y teñidos en su purpurina sangre. Así fueron los pensamientos y afectos de nuestra muy amada Madre, que toda su vida tuvo presente la sangrienta Pasión de su divino Hijo; y así, la púrpura de este Rey inmortal, siempre tiñó su cabeza, siempre ocupó su mente y su corazón. Parece también que aquí se hace alguna alusión á aquella púrpura sucia y maltratada, que por escarnio pusieron al Señor, y que si ya estaría descolorida por

el uso, se mostraba de nuevo enrojecida, como empápada en los canales de púrpura de las llagas de la flagelación.

VERSO 6.

*¡Cuán hermosa eres y cuán graciosa,
oh carísima en las delicias.*

Las amigas y compañeras de la Esposa, habiendo escuchado las alabanzas que el Esposo acaba de tributar á su muy amada, prorrumpen en estas palabras de gozosa admiración. Ya hemos visto como el Esposo hace la misma exclamación: «¡qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!» mas ahora son las jovencitas las que aclaman y ensalzan la belleza de la amiga y paloma del Señor. Y es que los ángeles del cielo y las hijas y siervas de María sobre la tierra se juntaron en uno, para alabar los unos á su Reina, los otros á su Madre. Las alabanzas de las criaturas son poca cosa; pero cuando Dios alaba, como es suma ver

dad y suma justicia, sus alabanzas son grandes y verdaderas; nuestra amada Madre se asustó con ellas cuando el Angel la llamó llena de gracia, pues dice el Evangelio que se turbó en sus palabras: no por su presencia, ni porque le apareció en humana figura, sino por la alabanza tan grande que entrañaban sus palabras.

Aquí, pues, la aclaman las criaturas por cuatro títulos: como hermosa, como agraciada, como queridísima y como llena de delicias; hermosa por su maternidad; graciosa por su virginidad; carísima á la Beatísima Trinidad, y llena de delicias para los ángeles y los hombres. En el hebreo se lee de esta manera: «¡Oh! y cuánto te has llenado de dulzura, amor en las delicias, ó bien, hija de las delicias!» Porque al ser Madre de Dios se hermoseó la Virgen María con una belleza toda celestial, y como Madre de los hombres se llenó de dulzura para con nosotros, y es la hija de las delicias, porque forma la delicia de Dios, de los ángeles y los hombres. Cinco son las delicias del

alma, dicen los doctores: primero, las dulzuras y consolaciones espirituales, y en particular la esperanza de la gloria; segundo, las tribulaciones y las cruces, que tanto complacen y deleitan á los santos; tercero, la abundancia de la gracia con la mansedumbre y la humildad, dice el Abad Ruperto; lo cuarto, explica San Gregorio, que son las Sagradas Escrituras en las que se halla al Señor y se le conoce y se le ama; lo quinto, advierte San Agustín, que es la muerte ocasionada por el amor y la caridad, cuya muerte es suavísima y deliciosa. Y todo esto se encontró en la santísima Virgen de un modo eminente: las consolaciones en Belén, las tribulaciones en el Calvario y la abundancia de la gracia en la Anunciación; el conocimiento de las Escrituras en el templo, la muerte del amor en su glorioso tránsito; de suerte que está llena de delicias y es la hija de las delicias. Bien conocida es la palabra de la Sabiduría eterna, que dice: «Son mis delicias estar con los hijos de los hombres.» Pues si en los hombres tan duros, tan ingratos, tan desamorados, halla el

Verbo delicias, ¿cuántas no encontrará en la Hija del Padre, en su Madre dilectísima, tan amante, tan fiel, tan reconocida? En verdad ella es carísima en las delicias. Y al mismo tiempo que podemos llamarla Hija, también podemos llamarla Madre de las delicias. Hija es de ellas, porque Dios se las comunicó con su amor y su gracia; y es también Madre de las delicias, porque la Iglesia nos enseña á llamarla Madre del hermoso Amor, causa de todo deleite; y en otra parte del Cántico se la ve *derramando delicias*, sobre sus hijos, siervos y devotos. Y para que los hombres nos juntemos con los ángeles para rendirle esta alabanza, millares de bocas virginales en los monasterios y millones de labios devotos, en medio del mundo, le rezan en su Oficio esta Antífona que la Iglesia ha formado con el presente verso: «*Speciosa facta es et suavis in deliciis tuis sancta Dei genitrix.*» Hermosa has sido hecha, y suave en tus delicias, santa Madre de Dios. No dice *eres*, sino has sido hecha, porque todo lo tiene del Señor, como ella misma lo entonó en su Cántico,

diciendo: «Que ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, y cuyo nombre es santo.» Así, al acabar los Laudes del Oficio de nuestra Señora, como compendiando todas sus alabanzas, sacadas en sus cinco antífonas de este sagrado Cántico, llenos de amor, henchido el pecho de entusiasmo, radiante de gozo nuestra frente y palpitando de emoción nuestro corazón, unidos con los ángeles del cielo y con todas las almas devotas que recitan su Oficio, digámosle embelesados: «*Speciosa facta es et suavis in deliciis tuis Sancta Deigenitrix.*»

VERSO 7.

*Tu estatura asemejada es
á la palma y tus pechos á los racimos.*

A esta estatura le dan muchas significaciones: tu *indole*, tu *juventud* y *edad florida*, tu *levantar* ó tu *resucitar*, es semejante á la *palma*: eres alta y majestuosa como ella, y tus pechos como los ra-

cidos de dátiles que la palma produce. Se cree que nuestra amada Madre era de alta estatura, de una dignidad y de una majestad inconcebibles; y así, escribió San Dionisio, aquel sabio areopagita convertido por San Pablo, que de tal modo se llenó de estupor al mirar la majestad de la Virgen María (á quien visitó estando aun viva), que si la fe no le hubiese enseñado que hay un solo Dios, la habría adorado como á Diosa. La Bienaventurada Virgen, dice un doctor, fué humilde por de fuera, como la corteza de la palma; mas fué firme como ella por el vigor de su ánimo, levantada de su trono por la alteza de sus pensamientos, hermosa en su copa por la excelsitud de su virginidad; deleitable en su flor, pues produjo al que es flor del campo; dulcísima en su fruto, pues sin dolor dió á luz al fruto de su vientre, y cual racimos de la misma palma sus pechos, porque henchidos de néctar por Dios mismo, alimentaron al Hijo de sus entrañas.

Mas como siempre en nuestra Madre andan mezclados los dolores con los gozos, también se entiende por la palma

diciendo: «Que ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, y cuyo nombre es santo.» Así, al acabar los Laudes del Oficio de nuestra Señora, como compendiando todas sus alabanzas, sacadas en sus cinco antífonas de este sagrado Cántico, llenos de amor, henchido el pecho de entusiasmo, radiante de gozo nuestra frente y palpitando de emoción nuestro corazón, unidos con los ángeles del cielo y con todas las almas devotas que recitan su Oficio, digámosle embelesados: «*Speciosa facta es et suavis in deliciis tuis Sancta Deigenitrix.*»

VERSO 7.

*Tu estatura asemejada es
á la palma y tus pechos á los racimos.*

A esta estatura le dan muchas significaciones: tu *indole*, tu *juventud* y *edad florida*, tu *levantar* ó tu *resucitar*, es semejante á la *palma*: eres alta y majestuosa como ella, y tus pechos como los ra-

cimos de dátiles que la palma produce. Se cree que nuestra amada Madre era de alta estatura, de una dignidad y de una majestad inconcebibles; y así, escribió San Dionisio, aquel sabio areopagita convertido por San Pablo, que de tal modo se llenó de estupor al mirar la majestad de la Virgen María (á quien visitó estando aun viva), que si la fe no le hubiese enseñado que hay un solo Dios, la habría adorado como á Diosa. La Bienaventurada Virgen, dice un doctor, fué humilde por de fuera, como la corteza de la palma; mas fué firme como ella por el vigor de su ánimo, levantada de su trono por la alteza de sus pensamientos, hermosa en su copa por la excelsitud de su virginidad; deleitable en su flor, pues produjo al que es flor del campo; dulcísima en su fruto, pues sin dolor dió á luz al fruto de su vientre, y cual racimos de la misma palma sus pechos, porque henchidos de néctar por Dios mismo, alimentaron al Hijo de sus entrañas.

Mas como siempre en nuestra Madre andan mezclados los dolores con los gozos, también se entiende por la palma

el árbol de la cruz, y la estatura de María era semejante á la palma, cuando ella estaba de pié junto al madero; y su pecho era un racimo henchido de dolor y de amargura. Y por eso se sigue hablando del subir á la cruz para coger los frutos de este árbol de vida.

VERSO 8.

*Dije: Subiré á la palma,
y asiré los frutos de ella; y serán
tus pechos como racimos de viña,
y el olor de tu boca como de manzanas.*

Mucho han dicho los doctores acerca de esta subida á la palma. Este árbol significa la oración y contemplación, y también la perfección cristiana; y así, el propósito que muestra aquí el alma de subir á la palma, significa el deseo de llegar á la altura de la contemplación para coger sus admirables frutos, que como explica el Padre de la Puente en su «Guía espiritual», son muchos y muy preciosos,

en especial el celo por la conversión de las almas. La palma tiene muy áspera la corteza, y las hojas que se le van cayendo, van dejando en el tronco unas protuberancias en forma de escalones, por donde trepan los cultivadores haciendo uso de piés y manos, hasta llegar á coger los dátiles, que á manera de racimos cuelgan en la altura. El camino de la oración y de las virtudes es áspero y difícil; pero el Salmista dice que el justo va disponiendo gradas ó escalones en su corazón mientras está en este valle de lágrimas; y por esos escalones va subiendo poco á poco á la palma, aunque se desgarran las manos y los piés con su aspereza, y éstos son los que caminan por la abnegación, y la penitencia, y la mortificación, y la cruz. Otras almas tiemblan ante el espeso tronco, y queriendo subir, arriman una escala contra la palma para hacerlo más fácilmente, aunque luego caen de la escala ó cae la escala con todo y ellos; y así subir por el tronco es mucho más seguro, aunque más doloroso. Y es de notar que hay tres tramos principales en esta escala, ó sean tres grados en el ejercicio

de las virtudes, como explican los místicos. Al principio se practican con dificultad; las pasiones se rebelan, recalitra la naturaleza, y hay necesidad de un combate constante; en seguida va disminuyéndose poco á poco la dificultad; la luz de la gracia va alumbrando más y más al alma, y con su claridad le muestra el camino y le ayuda á marchar por él; y esto va pasando naturalmente por varios grados. A lo último, y después de un largo ejercicio en el último tramo de la escala, ya el ejercicio de la virtud se facilita y aun llega á ser gustoso y deleitable; esto es estar ya en la copa de la palma, y pronto y dispuesto á asir sus frutos. El primer tramo se llama la vía purgativa, porque en ella hay que purificarse de las pasiones y pecados; el segundo se llama vía iluminativa, por la luz que la alumbra; y el último tramo es la vía unitiva, en la que la alma se une con Dios y coge los frutos de la palma, esto es, los preciosos frutos del árbol de la cruz; porque como dijimos en el verso anterior, la palma, alta, recta, áspera, cargada de dulce fruto, indica la aspe-

reza, la rectitud y la altura de la santa cruz, cargada con el fruto dulcísimo de Jesucristo Redentor.

Notaremos aquí que, algunos santos, entre otros San Gregorio, San Beda y San Anselmo, creen que el mismo Jesucristo es quien dice aquí: «subiré á la palma», esto es, al árbol, de la cruz, y piensa San Bernardo y San Buenaventura, que ya clavada la cruz en la peña, fué levantado el Señor con escalas para ser crucificado, lo que era de mayor terror, suplicio é ignominia. Pero otros santos, como San Lorenzo Justiniano y San Antonio de Padua, con el común de los fieles, creen que el Señor fué crucificado con la cruz tendida en tierra. Y bien cierto es que de todos modos puede decirse que el Señor ascendió á la palma, pues aunque enclavado en el suelo, fué levantado en los aires con todo y la cruz. Y así le hace decir un doctor: «La estatura de tu perseverancia fué asemejada á la palma de la victoria, porque yo subí á la palma cuando estuve en la cruz, y todo lo atraje á mí. *Dije*, esto es, firmemente dispuse delante de mi Padre y

antes de todos los siglos, que *subiré la palma*, esto es, á la cruz, y venceré al tirano, y entonces *asiré sus frutos*, que son todos los escogidos, y vencido el tirano, traeré hacia mí á los fugitivos.»

Jesucristo, en este verso, invita á su santísima Madre á subir con él al Calvario, y aun á la cruz, lo que hizo con ánimo esforzado y con mayor fe que la de Abraham cuando iba á inmolar á su hijo; y entonces sus *pechos fueron como racimos de viña*, porque comenzó desde Pentecostés á revelar á San Lucas, que los escribió, y á los demás fieles, los secretos misterios de la concepción, natividad, visitación, presentación, y demás de Jesús; y *su boca derramó el aroma de las manzanas*, porque en sus palabras no sólo había la santa delectación y la suave salubridad, sino también la vital refección que de su boca recibía la Iglesia primitiva, la que todo lo transmitió por palabra ó por escrito á la posteridad, y así se esparció por todos los confines de la tierra y al través de todos los siglos, el suavísimo olor de la boca de nuestra Madre muy amada.

VERSO 9.

*Tu garganta como vino excelente, digno
para mi Amado de beber,
para sus labios y dientes de rumiar.*

Pues que se ha hablado de racimos de la viña, se habla aquí del vino que de ellos resulta, del cual se dice que es muy bueno y exquisito, y como tal, muy digno del Esposo, y aun de rumiarlo con los dientes. He aquí cómo lo explica el Abad Guillermo: «En verdad que en las alabanzas de mi Amado, mi garganta es como vino muy puro: porque cuanto amo, otro tanto alabo, y según la medida de la dilección, así es el modo de mis alabanzas»; y esto, tanto en lo próspero como en lo adverso, pues cuando estaba María al pié de la cruz, resignada en las manos de Dios, y admirando su inmenso amor para con los hombres y la rendida obediencia de Cristo, todo lo alababa con afectos de su alma.

Otro doctor dice, que la garganta de

la Virgen, es su doctrina, con la que enseñó que Dios exalta á los humildes y humilla á los soberbios, pues dijo en su Cántico: «Depuso de su silla á los poderosos, y exaltó á los humildes.» También y muy bien, por la garganta de nuestra Madre María, se puede entender su voz que en la garganta se forma, esto es, sus preces y oraciones al Señor; y como nada pide que no sea bueno, santo y pío, por eso son como un vino excelente, el que su divino Hijo no sólo lo bebe, sino que lo rumia; esto es, lo admite y se deleita. Veamos cómo el mismo Jesucristo, en las Revelaciones de Santa Brígida, describe místicamente la boca y garganta de su santísima Madre: «Tu boca fué como lámpara que arde por dentro y alumbra por fuera, porque las palabras y afectos de tu alma, fueron interiormente ardorosas, y exteriormente resplandecieron por la laudable disposición de tus movimientos corporales y la bellísima armonía de tus virtudes. Y en verdad, Madre carísima, la palabra de tu boca en cierto modo atrajo á tí mi divinidad, y el fervor de tu divina dulzura

jamás me separará de tí, porque tus palabras son más dulces que la miel y el panal.»

VERSO IO

*Yo para mi Amado y para mi la vuelta
de El.*

VERSO II

*Ven, Amado mio, salgamos al campo,
moremos en las granjas.*

En el hebreo se dice: «Yo soy de mi Amado, y para mí es su deseo, ó para mí son sus ansias; es decir, yo le amo á él sólo, y soy toda suya; y El vuelve á mí su mirada, sus deseos, su amor y sus cuidados, para guardarme y regalarme.» Y nota San Ambrosio, que tres veces se repite en este sagrado Cántico esta frase, según los tres Estados del alma: principiante, proficiente y perfecta. La primera vez se le dice esta palabra,

añadiendo que hasta que se inclinen las sombras; porque al principio, el alma está como á la sombra, y esto es en el verso 16 del capítulo segundo. En otra vez en el capítulo VI, se le dice, sin hablar ya de sombras, porque más clara luz la alumbra; y ahora, que es la tercera vez, ya llegada á la perfección, presta descanso al verbo, convidándolo á que vuelva hacia Ella, y recline su cabeza, y tome algún descanso; y como ya en posesión del que antes no encontraba, invítale á su campo, diciendo: «Ven, mi hermano, vamos al campo, y descansenmos en los castillos.» Hasta aquí San Ambrosio.

A varias santas ha dicho el Señor estas regaladas palabras; á Santa Teresa le dijo: «Ya desde hoy tú eres mía y yo soy tuyo.» Y en otra vez le habló de esta suerte: «Tú serás mi esposa, y de hoy en adelante tú celarás mi honor, este será el tuyo y el tuyo será el mio.» Y en otra ocasión le hizo esta regalada promesa y donación: «Porque estás conmigo desposada, todo cuanto tengo es tuyo, y así te doy todos los dolores y

trabajos que padecí, y por ellos, como por cosa propia, pídele á mi Padre cuanto quieras, y te será concedido.» Ahora bien; si tal hace el Señor con sus simples siervas, ¿qué no haría con su Madre Inmaculada? Si á Santa Teresa le decía tan regaladas palabras, que no se atreve la santa ni á escribirlas; si cuando estaba desganada le daba Jesús por su mano bocaditos en la boca: si una vez llegó á decirle, que «de no haber criado ya los cielos, sólo por Ella los criaría.» ¿Qué frases tan encendidas! ¿qué caricias tan regaladas! ¿qué atenciones tan delicadas y tan finas no diría, y haría y tendría con su única Paloma, con su perfecta y dilectísima Esposa! ¡Oh! no hay lengua que pueda expresarlo, ni inteligencia que alcance á concebirlo!

En cuanto al convite que hace la Virgen á su Amado para salir al campo y morar en las granjas, indica el celo encendido de Nuestra Señora por la salvación de las almas de los rústicos y campesinos. Como una muestra de este celo, diremos brevemente que pidiendo la Beata Ursula Benincasa, con lágrimas y sus-

piros, algún remedio para la conversión de los pecadores, vió una vez á la Virgen Santísima que le traía el remedio anhelado. Miraba cómo iba sacando de su pecho la Virgen María, unos cuadros color de cielo, y dándolos á muchos ángeles que la rodeaban, estos volaban por las ciudades y los campos, y los iban dejando caer como una lluvia por todas partes. Y este es el célebre Escapulario azul de la Inmaculada Concepción, agraciado con muchas indulgencias, y la de la muerte, y que al imponerlo se dice que es «para pedir por la reformación de las malas costumbres de los hombres», y que para eso fué instituido. Este deben de portar todos los devotos de María, y en particular las Hijas de su Concepción Inmaculada, pues tiene indulgencias para los días sábados, y rezando seis Padres nuestros y seis Ave Marías, las que lo llevan, ó sea lo que llamamos una estación, fueran todas las indulgencias de los Terceros de San Francisco, que son crecidísimas. Todo esto concedió el santo Pontífice Pío IX con motivo de la Declaración dogmáti-

ca de la Inmaculada Concepción de María.

Parécenos que nuestra Reina y Madre, ha dicho: «Salgamos al campo, Ministros del Señor; moremos en las aldeas y en los pueblos pequeños, estableciendo en ellos mi Asociación.» Y en efecto, por toda nuestra República maravillosamente se ha extendido. Hay un pueblecillo llamado Bucareli: es como un nido de tórtolas y alondras suspendido en un profundo valle, rodeado por ásperas y abruptas montañas; situado en la Diócesis de Querétaro, lejos de los caminos frecuentados, está como ignorado, y no llegan allí los ruidos de la política y de los mundanos negocios; sus habitantes, de la raza indígena, castos y sencillos, viven en gran pobreza. Hay allí un antiguo convento de San Francisco, que por su lejanía no ha caído en las garras de la revolución, y en él se anidan algunos fervientes hijos del Seráfico patriarca. Uno de ellos, educado en Roma, en el Convento de San Antonio, lleno de celo llegó á ese asilo, y pudo establecer la amada Asociación: Manuales de me-

dio uso, medallas y cintas, y aun blancas vestiduras le fueron ministradas por una grande Asociación, y aquellas pobres indiecitas, llenas de gozo, son hoy ya hijas de la Concepción Inmaculada. Parece que nuestra Madre dijo á sus ángeles en el cielo, y á sus ministros en la tierra: «Salgamos al campo y moremos en las granjas: Vamos á Bucareli: lleguemos á ese valle; aunque de difícil acceso; moremos en las granjas de esos agrestes, pero sencillos corazones.» Digamos nosotros, como cantan sus Hijas:

¡Oh, cuán buena eres, María;
Son tus ojos de paloma,
Y por ellos, solo asoma
Misericordia y amor!

Y añadamos:

Sales al campo, ¡oh mi Madre!
Tras de pobres ovejuelas,
Las recibes y consuelas,
E Hijas tuyas hoy ya son.

VERSO 12.

*Levántemonos de mañana á las viñas;
veamos si floreció la viña,
si producen fruto las flores, si están en
flor los granados:
allí te daré mis pechos.*

Es la Esposa la que aquí habla, como contestando á la alabanza que acaban de darle sus compañeras. Parece que parte se dirige á ellas, convidándola á levantarse de mañana, y al final del verso habla con el Esposo; ó bien dirige á éste todas sus palabras. Por lo demás, varias veces hemos dicho por el campo, por el huerto, y por las viñas, se entiende en el Cántico el alma y el corazón de la Virgen María: por las flores, sus afectos; por las plantas aromáticas, sus ejemplos, y por los frutos, sus virtudes. Por la mañana, pues, significa aquí la gracia preveniente por la cual el alma es llamada de las tinieblas de la ignorancia y de la culpa, á la admirable luz de la religión y de la fe;

y por la flor de la viña se entiende esta misma fe, por las flores que dan fruto, la confesión de la boca, y por las flores de granado, la sangre del martirio. Así lo explica un doctor. Mas, como muchas veces hemos notado, donde se trata de tinieblas, de ignorancia, de culpas ó defectos, no puede tratarse de nuestra muy amada Madre toda pura é inmaculada.

Aquí se significa, pues, que Ella visita á las almas de sus siervos y aun á las iglesias para que produzcan frutos de virtudes: La viña en flor significa las almas principiantes que sólo tienen la flor de los buenos deseos, pero no las obras, ni el vino generoso del amor; las flores próximas á dar fruto, son las almas proficientes, que van aprovechando en las virtudes y ya están muy próximas á dar sus frutos; las flores rojas de los granados son las almas que van llegando ó han llegado á la perfección, las cuales arden en deseos de derramar su sangre por Jesucristo crucificado. Y como María alimentó con sus pechos á su divino Hijo, así alimentará y nutrirá místicamente á las almas de todos sus hijos adoptivo.

cuando los visite con su maternal protección; y dice que dará su seno al Esposo y no á ellos, porque la santísima Virgen todo lo dirige á su Jesús, y en todos y cada uno de ellos mira á su Jesús, y así á El da su seno cuando á sus hijos alimenta.

VERSO 13.

*Las mandrágoras han dado olor.
En nuestras puertas están todas las frutas:
las nuevas y las añejas,
amado mío, he guardado para tí.*

Esas mandrágoras de que aquí se habla, son ciertas yerbas que se creía eran provechosas contra la esterilidad; aunque otros traducen *lirios, higos ó violetas*. Significan la inmensa fecundidad de nuestra Señora, Madre de todos los hombres; y como son muy olorosas, representan la buena fama de los santos y los ejemplos de virtudes que nos han dejado. Las puertas son los sentidos del cuerpo y las potencias del alma, en las cuales se en-

cuentran las frutas de sus santas acciones, las añejas y las nuevas, es decir, las de la vida pasada practicadas ya en el servicio divino, y las de la vida presente, renovadas por el fervor y más maduras y sustanciosas; y todas se guardan para el Amado, porque no se hacen con fines humanos, sino por servir y amar á Jesucristo, no buscando premio de ellas en esta vida, sino guardándolas para las eternas recompensas.

En la santísima Virgen, las mandrágoras, de virtud tónica y soporífica, significan la paz y quietud de su contemplación, que siempre exhaló un aroma purísimo; las frutas nuevas y antiguas, indican sus actos practicados en cumplimiento de la ley antigua y de la nueva, pues ambas las observó perfectamente, y estaban patentes en las puertas de sus potencias y sentidos, para ofrecerlas y darlas á su amado. Y también estas frutas, nuevas y viejas, esto es, primeras y últimas, son los misterios de la divinidad y humanidad de Jesucristo, que Ella no sólo había visto, sino que había tomado en ellos gloriosa parte, y todos ellos, la primera como

la Encarnación, Natividad y Circuncisión, y los últimos como la Pasión, Resurrección y Ascensión, todos los guardaba en su purísimo corazón para su Amado, para el cual estaban patentes en las puertas de su alma.

Voz de la Madre á las Hijas de Maria Inmaculada.

Combatiendo siempre, hijas mías, pero siempre cantando mis alabanzas, seréis, en vuestras varias Asociaciones, como coros de escuadrones: coros de alegría para vuestra Madre; escuadrones de terror para los demonios. Vuestras rodillas serán como joyas, si las sabéis tener dobladas durante mi Rosario, y quietas y fijas en el templo; por vuestros pensamientos, firmes y formales, con vuestros afectos castos y puros, seréis como montones de trigo cercado de lirios. Vuestro pecho encendido en el amor de Dios, vuestro cuello como torre de fortaleza y de pudor; vuestros ojos como lagos de

aguas transparentes en que mi Hijo se mire; vuestra nariz llena de discreción para oler á lo lejos los peligros y evitarlos; vuestra cabeza y cabellos con vuestros pensamientos levantados al cielo; todo esto hará á mi Jesús alabar vuestra hermosura, y llenará de delicias su Corazón, que tanto os ama. Y pues yo soy la palma de Cades, y mis frutos como racimos deliciosos, haced, hijas mías, por subir á esta palma y cogerlos y saborearlos; y no sólo son frutos míos las virtudes, sino también los medios y signos que he traído desde el cielo para regalar y nutrir á las almas. Fruto mío y muy sustancioso, es el santísimo Rosario; no lo dejéis jamás, mis queridas hijas: en él hallaréis las flores de la viña en los misterios gozosos; y las flores encarnadas del granado, en los dolorosos, y en las puertas del cielo las gloriosas manzanas y frutos guardados para el Amado. También subid á la palma á coger mi hábito virginal, el santo Escapulario del Carmen que dí á mi hijo Simón, y que sabéis libra del fuego eterno y abrevia mucho el del purgatorio; pero no olvidéis que pide

castidad y pureza; sin ellas no hay derecho á mis promesas. Coged de la palma el Escapulario azul de mi Concepción Inmaculada; por dentro llevaréis en él mi color de cielo, como lo llevais por fuera en vuestra cinta. Recoged del árbol de la palma, que es la santa cruz, el Escapulario de luto de mis dolores, para que siempre los recordéis y meditéis, teniendo su signo sobre vuestro corazón. Y pensad, hijas mías, que con el azul, como que revestís los misterios de gozo, pues en mi Concepción los preparó el Señor; y con el de mis dolores; os unis con los misterios de la Pasión; y con el Carmelita, que libra del infierno, participaréis el fruto de los misterios gloriosos. También coged el fruto del rojo Escapulario de la Pasión, y el blanco de mi título de Madre del Buen Consejo, poco ha instituido y agraciado por el representante de mi Hijo en la tierra; en él se pone esta frase de la Escritura: «Hijo, condesiende con mis consejos.» Y esto mismo os digo ahora á vosotras: «Hijas mías, condescended con mis consejos, imitad mis virtudes, seguid tras de mis huellas; que en

las puertas del cielo, las nuevas y las antiguas manzanas, os aguardan: vuestras primeras y últimas buenas obras, que guardadas para nuestro Amado Jesús, El, en la gloria, os las recompensará.

«Sí; sed fieles hasta la muerte, y recibiréis la corona de vida.»

Voz de las hijas.

Madre mía, tu voz escuchamos,
A la palma feliz subiremos,
Tus preciosas virtudes amamos
Y tus dulces consejos oiremos:
Ya tus signos graciosos llevamos,
Negro, azul, del Carmelo, tenemos,
No sabíamos del blanco, oh María!
Buscaremosle, sí, Madre mía!



CAPITULO VIII

Hallarlo afuera.—Su izquierda y su derecha.
—Sueño respetado.—Rebosando en delicias.—El árbol del manzano.—Doble sello.
—La muerte y el infierno.—Las aguas y los ríos.—La hermana impúber.—Muro ó puerta.—La torre y la paz.—La viña del Pacífico.—La de la Esposa.—Los amigos escuchan.—Fuga á los montes de los aromas.—Voz de María.—Himno á la Virgen Inmaculada sacado del Cántico.

VERSO I.

*¿Quién te me dará á ti, hermano mío,
alimentándote á los pechos de mi madre,
que te halle fuera, y te bese,
y ya nadie me desprecie?*

las puertas del cielo, las nuevas y las antiguas manzanas, os aguardan: vuestras primeras y últimas buenas obras, que guardadas para nuestro Amado Jesús, El, en la gloria, os las recompensará.

«Sí; sed fieles hasta la muerte, y recibiréis la corona de vida.»

Voz de las hijas.

Madre mía, tu voz escuchamos,
A la palma feliz subiremos,
Tus preciosas virtudes amamos
Y tus dulces consejos oiremos:
Ya tus signos graciosos llevamos,
Negro, azul, del Carmelo, tenemos,
No sabíamos del blanco, oh María!
Buscaremosle, sí, Madre mía!



CAPITULO VIII

Hallarlo afuera.—Su izquierda y su derecha.
—Sueño respetado.—Rebosando en delicias.—El árbol del manzano.—Doble sello.
—La muerte y el infierno.—Las aguas y los ríos.—La hermana impúber.—Muro ó puerta.—La torre y la paz.—La viña del Pacífico.—La de la Esposa.—Los amigos escuchan.—Fuga á los montes de los aromas.—Voz de María.—Himno á la Virgen Inmaculada sacado del Cántico.

VERSO I.

*¿Quién te me dará á ti, hermano mío,
alimentándote á los pechos de mi madre,
que te halle fuera, y te bese,
y ya nadie me desprecie?*

VERSO 2

*Asiréme de ti y te llevaré á la casa de
mi madre; allí me enseñarás,
y yo te daré bebida del vino adobado,
y el mosto de mis granadas.*

Es un deseo de la Esposa, motivado por el amor, el que aquí se expresa, pues anhela la Esposa que su Amado fuera un hermanito suyo, para poderle besar, acariciarlo y llevarlo en los brazos con toda libertad, sin atraerse murmuraciones ni desprecios, pues así acostumbran las hermanas, delante de todos, besar y acariciar á los pequeñuelos; el título de hermano es señal de grande cariño y demás, muy propio de Jesucristo respecto de nosotros, pues vino como todos, de la carne de Adán, y por eso es vuestro hermano. Dicen San Ambrosio y otros Padres, que el Señor salió afuera, cuando antes estaba dentro, porque estando dentro del seno del Padre salió afuera á hacerse Hombre, y que El salió fuera para venir á es-

tar dentro de nuestros corazones. Otros doctores dicen, que en la Eucaristía sale Jesucristo afuera del cielo, para ponerse debajo de las especies, y sale afuera del Sagrario, para venir adentro de nuestras almas y en la comunión, como á tierno niño le acariciamos y le besamos; y así en la forma de niño se ha aparecido á San Francisco, á San Antonio de Padua, á San Edmundo, á San Cayetano y á otros santos; y en la Eucaristía ha aparecido muchas veces en figura de niño.

Honorio lo aplica á los Religiosos, como si alguno queriendo atraer á otro á su misma Orden, le dijese:

«¿Quién me dará á tí, que seas mi hermano en la Religión y caridad fraterna, alimentándote á los pechos de mi madre, es decir, siguiendo las reglas y constituciones de mi Orden; y que te encuentre afuera, esto es, fuera de las pompas y vanidades del siglo; y te bese, esto es, me una contigo en todos los oficios y ejercicios de la Religión; y ya nadie me desprecie, porque traje á mi Orden tal hermano?»

Mas dejando estas inteligencias y ha-

blando de Nuestra Señora, significa los ardientes deseos que tenía de salir fuera de este destierro y encontrarle en el cielo en la gloriosa Humanidad, por la que fue Hijo y hermano suyo, y allí gozarle entre inefables delicias y alegrías. También tiene conexión con los misterios de la Infancia, pues en Belén, dando á luz el divino Niño, le tomó y le llevó á la casa de su madre, es decir, á Nazareth, á aquella humilde casita que, trasladada por los ángeles á Loreto, es frecuentada y venerada por los fieles. Y dice: *allí me enseñarás*, porque en tantos años que vivió con Ella, le enseñó Jesucristo los misterios de su Pasión y muerte, Resurrección y Ascensión y Redención del género humano; allí le dió María del vino adobado y del mosto de las granadas, ya porque realmente allí le alimentaba, ya porque místicamente le daba á gustar el vino de su caridad para con Dios y el zumo de las granadas de su caridad para con el prójimo. Y también la Virgen Santísima quiso asir al Señor y ser llevada á la celestial Jerusalén, y allí ser enseñada por la visión beatífica de la

Unidad y Trinidad divina, y allí darle al Señor el vino de la exultación y acción de gracias, y el mosto del hirviente amor y caridad.

VERSO 3

*Su izquierda bajó de mi cabeza
y con su diestra me abrazará.*

VERSO 4.

*Conjúroos, hijas de Ferusalén,
que no despertéis ni hagais recordar
á la amada hasta que ella quiera.*

Estos dos versos quedan antes explicados; sólo diremos que aquí al último, se repiten, porque pertenecen al Tránsito de nuestra Señora, pues entonces Jesucristo con la izquierda de su humanidad y la derecha de su divinidad, la rodeó y la sostuvo, y así dulcemente durmió su santísima Madre el sueño de la muerte. Y el Señor conjuró á sus ánge-

les á no despertarla hasta que Ella quisiere; y como Ella siempre quiso lo que quiere el Señor, por él fué despertada en el sepulcro y llamada en cuerpo y alma á los cielos. Y entonces fué cuando viéndola subir los santos ángeles, acompañada de su santísimo Hijo, hicieron admirados la pregunta que vamos á oír.

VERSO 5.

*¿Quién es ésta que sube del desierto
rebotando delicias,
apoyada sobre su Amado?*

*Debajo de un manzano te desperté:
Allí fué arruinada tu madre,
allí fué seducida la que te engendró.*

«Subió la Bienaventurada Virgen, dice un doctor, por el proceso de sus merecimientos, subió por las gradas de sus dignidades; subió del destierro de la vida presente para ser colocada sobre los coros angélicos; subió rebosando de méritos y virtudes, y llena de dones y de gracias,

y subió apoyada en su Amado, porque todo lo refería á él y á su dignación, y El sobreañadía á sus gracias las delicias de sus recompensas.» Y como lo que rebosa sale afuera, de aquí es que las delicias en que rebosa nuestra Madre, nunca se desperdician, sino que caen sobre sus devotos; y por eso es delicioso su culto, delicioso su nombre, deliciosos los libros que de Ella nos hablan, deliciosos los cantares que sus Hijas le entonan, delicioso su santísimo Rosario, y deliciosa toda ella, nuestra Reina y Señora!

En cuanto á las palabras que se añaden, contienen una alusión ó más bien un recuerdo del triste drama del paraíso: allí fué perdida y arruinada, engañada y seducida nuestra primera madre Eva, creyendo á la serpiente infernal; pero de allí la levantó el Señor al perdón, dándole la penitencia. Y también entienden los Padres por este manzano, el árbol de la cruz, porque debajo de él suscitó á Adán y á Eva, y á toda su posteridad y aun á la Virgen María; mas á esta Señora, como ya estaba elegida y decretada para Madre de Jesucristo, para esto la

preservó el Señor del pecado original; y así se dice suscitada, no por haber caído, sino por haber sido libertada de la caída. Así, dice el profeta David: «Sacaste, Señor á mi alma del infierno inferior,» (Psalm. LXXXV. 13.) y sin embargo, no había caído al infierno, puesto que estaba vivo.

Puede considerarse también, que nuestra santísima Madre al pie de la cruz, dice á cada uno de sus hijos: «Debajo del manzano, debajo de la cruz, por la muerte de mi Hijo, te suscité del pecado, de la muerte y del infierno, así como debajo de otro árbol funesto se perdió y fué seducida Eva tu madre.» Y así, María cambió el nombre de Eva en Ave, como canta el Ave maris stella: pues trocó la maldición en bendición, el fruto prohibido en el fruto bendito, la ruina en reparación, el pecado en gracia, y el infierno en la gloria. ¡Bendita sea por siempre y en todas partes nuestra muy amada Madre!

VERSO 6.

*Ponme como sello sobre tu corazón, como
sello sobre tu brazo; porque fuerte es
como la muerte el amor, duro
como el infierno el celo:
sus lámparas, son lámparas de
fuego y de llamas.*

Mucho y muy precioso es lo que han dicho los santos sobre este verso. Unos, uniéndolo con el anterior, explican: «pues que me has levantado misericordiosamente de la ruina de Eva, ponme agradecida como un sello sobre tu corazón y sobre tu brazo.» Este sello en el corazón significa que los pensamientos y afectos del alma sean todos de Jesús; y el sello del brazo, que todos los actos, ejercicios y operaciones, sean también para El. Y como en los sellos hay siempre un nombre ó letrero, así este sello lleva el nombre de Jesús, y muchos santos materialmente lo han trazado sobre su pecho: unos con fuego, como Santa Francisca de Chantal, y otros con

hierro y fuego, como la bienaventurada Margarita de Alacoque.

Los esclavos llevaban un sello ó argolla en el cuello en señal de propiedad de su amo; y así en el capítulo séptimo de Apocalipsis, á todos los escogidos se les imprime el signo de la cruz, como el Antecristo imprimirá no sé qué sello maldito en la frente de sus adeptos.

Séllase igualmente lo que se quiere tener secreto y bien guardado; y como la Esposa es huerto cerrado y fuente sellada, se le indica con estos sellos que guarde bien lo interior de sus potencias y lo exterior de sus sentidos. Y como el sello suele llevar la imagen ó retrato de su dueño, así este sello grava la imagen de Cristo crucificado, y así explica San Ambrosio: «Jesucristo está como sello en la frente para que siempre le confesemos, como sello está sobre el corazón para que siempre le amemos; llévase como sello sobre el brazo para que siempre por él trabajemos, y de esta manera, si es posible, nosotros mismos expresemos toda su imagen.» Y así podemos entender el precepto de amar á Dios con todo el corazón

y con todas las fuerzas, sellando con su nombre y con su imagen todos los afectos de nuestro corazón y todas las obras de nuestros brazos.

Ahora bien; que todo esto conviene admirablemente á nuestra Madre, es muy bien claro, pues nadie como ella enderezó al Señor sus obras é intenciones; nadie como ella tuvo tan presente el nombre de Jesús; nadie como ella se reconoció tan sinceramente como esclava del Señor; nadie como ella tuvo impresa la imagen de Cristo crucificado; nadie como ella tuvo sellados y secretos los celestiales arcanos. Ella, pues, cumplió mejor que nadie la recomendación del Señor: Ponme como sello en tu corazón, como sello sobre tu brazo.

En cuanto á la causal que aduce para portar estos sellos: que el amor es fuerte como la muerte y el celo duro como el infierno, es de admirar cuanto se ha dicho y escrito acerca de ello, pues es uno de los versos del Cántico que más se cita en multitud de circunstancias.

A primera vista parece extraña la comparación del amor con la muerte;

pero se encuentra muy conveniente al reflexionar que Jesucristo con su muerte nos dió la mayor prueba de amor. Veamos, pues, las semejanzas entre la muerte y el amor. Primera: como la muerte todo lo doma, lo sujeta, y nadie puede sustraerse de su imperio, así el amor de Cristo todo lo venció: los azotes, los clavos, las espinas, la cruz, los dolores, los oprobios, el hambre y la sed, por redimirnos de la muerte; y aun puede decirse que sufrió los mismos dolores del infierno por nosotros, pues dice en un salmo: «Preocupáronme lazos de muerte, y dolores de infierno me cercaron.» (Psalm. XVII. 5.) Segunda: «el amor de Cristo fué fuerte como la muerte y el infierno, porque le hizo sufrir la muerte y descender á los infiernos», dice San Ambrosio. Tercera: el amor da muerte á las pasiones; oigamos á San Gregorio: «El amor es fuerte como la muerte, porque así como ésta extermina los sentidos exteriores del cuerpo, privándolos de todo natural y propio apetito, así el amor divino en las almas, hace que desprecien todos los terrenos deseos.» Cuarta: «el amor, dice San

Juan Crisóstomo, es violento y aun tiránico como la muerte; no cede á ninguna ocasión, sino que se une al amado sin que ningún dolor ó aflicción de él lo separe»; la quinta: porque el amor hace desear la muerte, como vemos en San Pablo y en otros muchos santos, que caminaban al martirio llenos de gozo; sexta: Jesucristo exige de los suyos una caridad fuerte como la muerte y el infierno, no sólo para salvarse á sí mismos, sino también á los otros, con un celo inflamado en vivisimas llamas.

En cuanto á las lámparas de fuego y de llamas que se atribuyen al celo, San Anselmo dice: «que son las almas de los santos que arden por dentro en las brasas de la caridad, y alumbran por fuera con las llamas del celo.» Otros traducen, en vez de lámparas, carbones con la llama de Dios, ó alas alderredor, ó saetas volantes, ó ímpetus del fuego, ó chispas que saltan.

Como se ve, todo esto indica la fuerza y eficacia del celo, pues nada hay más eficaz con qué compararlo que con el fuego.

En nadie fué tan fuerte el amor como en el corazón de nuestra muy amada Madre, á la que San Cirilo llamó Lámpara inextinguible; en ella el amor fué fuerte como la muerte, pues el amor á Dios y á los hombres la hizo consentir en la muerte de su divino Hijo. En ella el celo fué duro como el infierno, pues sufrió voluntariamente sus dolores, que pueden compararse á las penas del infierno por su dureza; y todo por el celo del bien de las almas, á quienes daba á luz en el Calvario. Su cuerpo y su alma eran como las lámparas de fuego y de llamas que siempre ardían en el celo de la gloria de Dios y de la salud de los mortales. De la fuerza de estas llamas, que nada pudo apagar, y del sumo valor y precio de la caridad, se sigue hablando en el verso que á continuación se expresa.

VERSO 7.

Las muchas aguas no pudieron apagar la caridad, ni los ríos la cubrirán: si diere el hombre toda la sustancia de su casa por el amor, como dada la despreciará.

Como acababa de comparar el celo del amor con el fuego, y como podría decirse: «al fuego el agua lo apaga»; para mostrar la fuerza de esas llamas, dice que ni las aguas, aunque sean copiosas, ni aun ríos enteros podrán apagarlas. Quiere decir, pues, que al amor y celo de Jesucristo para con su Esposa, no pudieron apagarlo ni las aguas, ni los ríos, ni los torrentes de las persecuciones, tormentos, dolores, trabajos, contradicciones, ingratitudes, desprecios y blasfemias, lo cual habría de durar por todos los siglos. Y ahora, en la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, es una consideración que siempre se propone, cómo el Señor, aunque vió en el porvenir todos los pecados

é ingratitudes de los hombres para con el Sacramento de su amor, no por eso dejó de darnos en él su cuerpo y sangre, ni de quedarse con nosotros todos los días hasta la consumación de los siglos; todas estas muchas aguas de ingratitudes, estos ríos de profanaciones y desacatos, no han podido ni podrán jamás extinguir las dos llamas que salen de su divino Corazón, y que indican su celo por la gloria de Dios y el bien de los hombres. Después de Jesús, el Corazón de María arde también en esas vivas llamas, que todos los dolores y afrentas de su Hijo, no bastaron á apagar, ni bastarán las culpas de los pecadores.

Si diese el hombre toda su riqueza y toda su vida por la caridad, como nada la despreciará, quiere decir que es tan grande el precio y la estimación de la caridad; que aunque el hombre diera todas sus riquezas, todos sus haberes y todo su sustento por comprarla, sería tenerla en el más alto desprecio el estimarla en tan poco. Nuestra amada Madre sí supo estimarla, pues dió por ella á su amado Hijo, que era toda su substancia,

después de haberlo dejado todo por los votos religiosos que despojan al alma de su fortuna, de sus sentidos y hasta de su propia voluntad.

VERSO 8.

Nuestra hermana es pequeña, y aun no llega á la pubertad: ¿Qué haremos á nuestra hermana en el día en que la hayamos de hablar?

Algunos, con San Gregorio, piensan que aquí es el Esposo el que habla; pero parece mejor decir con otros, que la Esposa ya adulta, habla de su hermana pequeña que aun no está acabada de formar, y á la cual piensa proporcionarle un Esposo; y por eso pregunta al suyo, qué deberá hacer cuando llegue la vez de hablarle acerca del matrimonio. Algunos doctores creen que no sería muy decoroso hablar con él acerca de esto, y que así estas palabras se dirigen

á sus compañeras. Alano cree que esto decían los ángeles antes de la Encarnación, esto es: «¿Qué haremos á la Bienaventurada Virgen cuando va á hablarla Gabriel Arcángel, diciéndola que concebirá y dará á luz, cuando ella parece no estar formada y dispuesta para ello, como lo dijo al nuncio celestial: Yo no conozco varón?» Otros creen que es la santísima Virgen la que habla, pidiendo por la reciente Iglesia de los judíos que han de ser llamados por el habla y la predicación de Elías al fin de los tiempos. Sea lo que fuere, he aquí la respuesta que da luego el coro de jóvenes, ó más bien el Espóso.

VERSO 9.

Si es un muro, edifiquemos sobre él almenas de plata: si es puerta, guardémosla con tablas de cedro.

Maravilloso es también cuanto aquí se ha entendido por estas palabras; más de-

jando mucho que no hace á nuestro propósito, sólo diremos que por muro se significa el pecho de la Esposa, sólido, firme y constante; y por puerta, al contrario, un ánimo inconstante, un ánimo que entra y sale, un pensamiento que va y vuelve. Y así, este verso significa: «Si nuestra hermana que va á llegar á la juventud, es seria, quieta y formal, edifiquemos sobre ella almenas de plata, haciéndola advertencias sobre cómo debe defenderse de las asechanzas; démosle consejos de castidad y de pureza. Mas, si desgraciadamente ella fuese como una puerta, si se deja ver de los jóvenes procazes, y siempre se asoma á las ventanas, olvidando la modestia, entonces á esta puerta hagámosle tableros de cedro, es decir, tengámosla cerrada hasta con fuertes amenazas, para que no pierda la vergüenza y exponga su pudor.» La santísima Virgen fué como fuerte muro, porque tuvo siempre un ánimo esforzado y varonil, y siempre se edificaban en ella las almenas de plata de las palabras de la santa Escritura, y de las inspiraciones del Espíritu Santo. Ella es la puer-

ta de madera incorruptible, por la cual vino el alto Rey, y la que dió pase á la luz eterna, por lo cual canta de ella la Iglesia:

*Tu Regis alti janna
Et porta lucis fulgida;*
Del Rey alto, eres puerta,
De luz puerta esplendenté.

Pero también es puerta del cielo para nosotros, como la llamamos en sus Letanías; y en el *Ave maris stella* le decimos: *Felix caeli porta*, puerta feliz del cielo. Y es puerta guarnecida con tablas de cedro, por sus altas é incorruptibles virtudes, que la cierran para que defienda á sus devotos de los ataques del enemigo, cerrando la puerta para que no entren en la tentación, ni el demonio entre en ellos con sus asechanzas.

VERSO IO.

*Yo soy muro: y mi seno como torre,
desde que ante él he sido he-
cha como la que encuen-
tra la paz.*

Aquí la Esposa reconoce su fortaleza; pues es y se llama muro, por la firmeza de la virtud, y se llama torre por la altura de la oración; y como de ella saca la leche de la doctrina y del espíritu que derrama en los otros, por eso compara con ella sus senos, que significan, ya los dos Testamentos, ya los dos preceptos de la caridad, ya los dos géneros de vida, activa y contemplativa; y entonces fué delante de él, halladora de la paz, porque Jesucristo, príncipe de la paz, se la dió como un rico tesoro que ella había perdido. Honorio lo entiende de los Religiosos que, aunque primero hubiesen pertenecido al siglo, después se escudan bajo los muros de la Religión, y desde que se alimentan de sus Reglas y

ta de madera incorruptible, por la cual vino el alto Rey, y la que dió pase á la luz eterna, por lo cual canta de ella la Iglesia:

*Tu Regis alti janna
Et porta lucis fulgida;*
Del Rey alto, eres puerta,
De luz puerta esplendenté.

Pero también es puerta del cielo para nosotros, como la llamamos en sus Letanías; y en el *Ave maris stella* le decimos: *Felix caeli porta*, puerta feliz del cielo. Y es puerta guarnecida con tablas de cedro, por sus altas é incorruptibles virtudes, que la cierran para que defiendan á sus devotos de los ataques del enemigo, cerrando la puerta para que no entren en la tentación, ni el demonio entre en ellos con sus asechanzas.

VERSO IO.

*Yo soy muro: y mi seno como torre,
desde que ante él he sido he-
cha como la que encuen-
tra la paz.*

Aquí la Esposa reconoce su fortaleza; pues es y se llama muro, por la firmeza de la virtud, y se llama torre por la altura de la oración; y como de ella saca la leche de la doctrina y del espíritu que derrama en los otros, por eso compara con ella sus senos, que significan, ya los dos Testamentos, ya los dos preceptos de la caridad, ya los dos géneros de vida, activa y contemplativa; y entonces fué delante de él, halladora de la paz, porque Jesucristo, príncipe de la paz, se la dió como un rico tesoro que ella había perdido. Honorio lo entiende de los Religiosos que, aunque primero hubiesen pertenecido al siglo, después se escudan bajo los muros de la Religión, y desde que se alimentan de sus Reglas y

Constituciones como de los pechos de su madre, aunque á los ojos del mundo nada muestren; pero á los ojos de Dios, han encontrado la paz, la paz dulcísima del claustro, que en el mundo nunca pudieron encontrar.

En cuanto á nuestra muy amada Madre, es el fuerte muro que el demonio no se atreve á atacar; y los senos de su protección y de la doctrina de sus ejemplos con que nos alimenta, son torres (así dice el hebreo) en que nos guarecemos y en las que nos libramos del enemigo infernal. Por lo demás, óigase cómo la hace hablar el Abad Guillermo: «Luego que el Verbo eterno tomó carne de mi carne, encontré y sentí llevar en mi seno, del Espíritu Santo, y en mis entrañas encontré como la paz, porque en ellas llevaba la hostia pacífica que todavía no se inmolaba, y cuya inmolación es la paz plena y completa. Y desde que el Espíritu Santo me cubrió con su sombra, me llenó de tanta excelencia, de tan gran poder y de tan exquisita clemencia, que para todos los que á mí se acogen, no sólo les soy muro para fortalecerlos,

sino también Madre para alimentarlos, y tal madre cuyos pechos son como torre, porque su piedad maternal no sólo nutre á los párvulos, sino también á aquellos que tienen que salir al campo á pelear con sus enemigos.» Por aquí vemos que la Virgen María, al mismo tiempo es fuerte y tierna, poderosa y misericordiosa; al fin Reina y Madre, Reina de los ángeles y Madre de los hombres.

VERSO II.

*Una viña tuvo el pacífico en aquella que
tiene pueblos: entrególa á los
guardadores:
el hombre trae por su fruto mil
monedas de plata.*

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE
ALERE FIDELITY
VERITATIS

VERS0 12.

*Mi viña delante de mí está. Tus mil, del
pacífico, y doscientas para aquéllos
que guardan sus frutos.*

El pacífico se llama aquí á Salomón, el cual poseía una grande y rica viña en un punto llamado Baal Hamón, cuyo nombre traducido significa «la que tiene pueblos», esto es, ciudad de numerosos habitantes. Esta viña la dió en arrendamiento á un inquilino que paga por ella mil monedas de plata al año. Luego añade la Esposa, que su viña ante ella está: es decir, que no la ha dado en arrendamiento, sino que ella misma la cuida; que si al pacífico Salomón le produce mil monedas, á sus cultivadores les quedan de ganancia otras doscientas. Ahora bien; por la primera viña se entiende la sinagoga, y por la segunda la santa Iglesia. Las mil monedas, son los copiosos frutos que produce la viña; la multitud de los pueblos son los de tantas

naciones que oyeron la predicación de los Apóstoles en el día de Pentecostés; y las doscientas monedas dadas á los guardadores de la viña, significan el doble premio que da Dios á los predicadores y á los doctores. El número de mil denota la universidad de los santos, y también significa la virginidad, porque la cifra del uno indica el único Esposo á quien las vírgenes se consagran; y el número doscientos, significa las nupcias, por el número dos, pues son dos juntos en uno, en el matrimonio. Otros dicen que el mil, como número perfecto, pues es el diez multiplicado por diez y otra vez por diez, significa á Jesucristo; y el número doscientos, compuesto de un ciento y otro ciento, significa la santísima Virgen con los dos céntuplos de la virginidad y de la maternidad. María, pues, nuestra Madre y Señora, es la viña del pacífico Salomón; Dios la plantó en Baal Hamón, ó «en la que tiene muchos pueblos», porque la dió á todo el mundo y á todas las naciones; y la entregó á los guardadores, que son los diez mil ángeles que deputó para su custodia,

y también al amado discípulo al pie de la cruz, y de ella saca doscientas monedas por fruto, porque la imitan y la veneran las desposadas y las vírgenes.

VERSO I3.

Oh! Tú, que moras en los huertos, los amigos escuchan: hazme oír tu voz.

VERSO I4.

Huye, Amado mío, y aseméjate á la corza y á los tiernos cervatillos sobre los montes de los aromas.

El Esposo, por fin, y al terminar este sagrado Cántico, desea oír la voz de su Esposa, que dirigida á él la escuchen también sus amigos. Y como todo este drama pasa en los campos, contempla á la Esposa morando en las granjas y jardines; y por eso le dice: «oh, tú, que

habitas en los huertos: nuestros amigos también te escuchan; pero tú hazme oír á mí tu voz»; Dios dice al alma santa: «tú que habitas en los jardines de las virtudes, en los huertos de las buenas obras, aunque tú no los veas, los ángeles te miran y te escuchan; hazme, pues, oír la voz de tu oración: cuéntame tus deseos; hazme tus peticiones; derrama ante mí todos tus afectos; mira que yo puedo mandar á los ángeles que te ayuden y te sirvan, que cumplan tus deseos, que realicen tus votos, que te asistan cuando ya al salir de esa vida vengas á mí. Ya dejarás los huertos y vendrás á habitar en el palacio real; ya olvidarás las frutas de este mundo para saciarte del torrente de las delicias en la mesa del Señor.» Y si tan dulcemente habla al alma á quien ama, ¿qué no diría, cómo hablaría á su muy amada, á su paloma, á su escogida, y á su perfecta? ¿Cómo no desearía oír por última su dulcísima voz, que sus amigos los Angeles y los santos Apóstoles reverentes escucharían, cuando llegaba el instante de su felicísimo Tránsito? Tres veces, entre otras, le hizo María

santísima oír su voz: cuando habitando Ella en el huertecito de Nazareth con su Esposo el castísimo Patriarca, como la azucena con un lirio, hizo oír su voz que decía: «He aquí la esclava del Señor.» La segunda vez, cuando al tener que partir el Señor á los cielos, como Hijo fiel pidió á su Madre le diese licencia de ir al Padre: y Ella entonces le respondió: «Huye, Amado mío, sé semejante á la corza y al cervatillo sobre los montes de los aromas.» La tercera vez, como decíamos, fué en su dichoso Tránsito, cuando al proponerle su divino Hijo el llevarla á los cielos, contestó como siempre: «He aquí la esclava del Señor.» Y ahora, ya estando en el cielo, dice un piadoso Cardenal, que Jesús pide á su santísima Madre que le deje oír su voz, que los ángeles y los santos escuchan complacidos, cuando pide y ruega por sus hijos mortales en la tierra; y los ángeles se muestran prontos á servirla y á llevar prontamente sus dones á sus siervos y devotos en la tierra; y los santos unen sus preces á las de su Reina, solicitando del Señor lo que Ella pide. Y la Reina del

cielo, obsequiando los deseos del Señor, le habla y le dice: «Huye, Amado mío; huye ya del mundo que acaba; y como cervatillo que huye de las venenosas serpientes, y como la corza que huye del ruido y del trastorno, sube á morar para siempre en los montes de los aromas.» Jesucristo, dice San Gregorio, huye de los réprobos á los montes de los aromas de las almas santas; San Ambrosio dice, que el alma exhorta á su Esposo á huir de este mundo, porque Ella ya puede seguirle, y huir con él y volar á las alturas. Honorio lo explica así: «El Amado huye de entre los males, cuando lleva á su Esposa, sacándola de los trabajos de este mundo, á los gozos del cielo. Será semejante á la corza, cuando escoja á los buenos de entre los réprobos, separando el grano de la paja; será semejante al cervatillo, cuando descanse en sus santos, como éste en la sombra de los árboles; y estará sobre los montes de los aromas cuando reine sobre la alteza de los ángeles y de los santos que despiden el aroma de las virtudes.» Así, este hermoso y divino Cantar,

termina con la muerte del justo, y con el fin de los siglos, y con el Tránsito y Asunción de la santísima Virgen á los cielos. Y así se nos enseñó á pensar en la muerte, á disponer para ella y á dirigir hacia ella y hacia nuestro fin nuestras acciones é intenciones. ¡Felices de nosotros si nos aprovechamos de tantas adverteneias, exhortaciones é ilustraciones que en el amor y por modo de amor se nos dan en este Libro inspirado! Dichosos, si conociendo mejor á nuestra muy amada Madre, más alabamos sus grandezas, y más confiemos en su protección, y mejor la sirvamos, y más ardentemente la amemos todos los días de nuestra vida!

*Voz de la Madre á las Hijas de María
Inmaculada.*

Escuchad mi voz, Hijas mías, pues por vez última va á hablaros aquí vuestra Madre. Todo cuanto hagais, debéis dirigirlo á salir bien de esta vida, como el

caminante que en su travesía solo mira y piensa en su llegada: una muerte feliz, piadosa y de antemano preparada, es el asunto que más debe preocuparos. Por eso debéis suspirar por encontrar á Jesús, vuestro hermano, cuando salgais afuera de este mundo, para entrar con él á la casa de la madre Jerusalén, donde ya no llegan las persecuciones y desprecios de los hombres. Allí daréis para siempre al Señor el vino del amor y el mosto de la alabanza: allí El, con su izquierda, os dará las dotes del cuerpo glorificado, y con su derecha abrazará vuestra alma con el abrazo de la divinidad que nunca se desune. Los ángeles, admirando vuestra gloria, preguntarán quién es la que sube del desierto de la vida, llena de delicias y apoyada en su Amado. Allí será un sello sobre vuestro corazón y sobre vuestro brazo, el goce perdurable del alma y del cuerpo: allá el amor será fuerte como la muerte, porque habrá triunfado de ella, y no morirá jamás; y duro como el infierno, porque le ha vencido escapando de él para siempre; allá nada podrá apagar el fuego del amor,

pues ni las aguas de las culpas, ni los ríos del olvido, tienen allá cabida. Allá conoceréis que todo lo que hicisteis en la vida por conquistar el amor, fué muy bien poco, y que su precio es tan grande, que no podríais igualarlo ni aun con la sangre del martirio. Estando ya en el cielo, pediréis por vuestros hermanos menores que dejásteis en la tierra: que al tiempo de su vocación sean muros de fortaleza y de constancia en sus deseos; que si por desgracia son puertas de vanidad y dissipación, el Señor las cierre con el cedro de sus mandamientos: que á las buenas y fervorosas les sobreponga las almenas de plata de puros y preciosos pensamientos; y á las tibias ó mundanas, las prenda con los cerrojos de su gracia. En el cielo, ante Dios, encontraréis la paz; y la viña de vuestra alma entregada á la custodia de los ángeles, ofrecerá su fruto á su dulce dueño, y á mí, que la guardé como cosa mía, me dará como en premio las monedas de perpetuas alabanzas. Por ahora, amadas hijas mías, aun morais en los huertos de mis floridas Asociaciones; mas ya los ángeles y los santos, vuestros

abogados, mis siervos y amigos, desean oír vuestra voz con que les pidais favor y ayuda, para salir felizmente de este mundo y seguir al cervatillo y á la corza su madre, á Jesús y á María, á las montañas de los aromas eternos. Yo deseo también oír vuestra voz, mis dulces hijas, aquella voz con que me cantais en vuestros postreros días, cuando repetís el Cantar de vuestra recepción; y con voz apagada, pero con corazón ardiente, repetís: «¡Lo prometí, soy hija de María!» Ojalá y con toda verdad podais añadir entonces: «Fiel he permanecido; lo prometí, y lo he cumplido.» Allí resplandecerá mi cinta azul sobre vuestro pecho: mi imagen con las brazos abiertos será el símbolo de las nuevas gracias que derrame sobre vosotras: un pleno perdón de vuestras culpas y de las penas á ellas debidas, acabará de purificaros; y vuestro cuerpo ya exánime, cubierto con blancas vestiduras, y vuestra frente de blancas flores coronada, serán el símbolo de la blancura de vuestra alma y de la corona de gloria que mi Hijo os tiene preparada. Amadme, pues, hijas mías, que yo amo

á los que me aman, y los que en mí y por mí trabajan, no caerán en pecado; y los que en mi Asociación me ilustran con sus obras y virtudes, obtendrán la vida eterna. ¡Adios, adios, vuestra Madre cordialmente os bendice!

Voz de las hijas.

Si, muy querida y amada Madre nuestra: el día por siempre bendito, lo prometimos, y con tu ayuda y favor permaneceremos fieles hasta la muerte; mas en aquella hora temible, como millares de veces te lo hemos pedido, de nuevo lo imploramos. En nuestra agonía haznos compañía, ¡oh dulce María! Y pues en el sagrado Cántico, en que el Espíritu Santo te colma de alabanzas, tan bellas lecciones nos has dado, permite, Madre mía, que de él formemos un himno en honor de tu Concepción Inmaculada.

Himno á la Virgen concebida sin pecado, sacado del Cántico de los Cánticos.

I

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Morena eres por tu humildad, Virgen santísima; pero hermosa, y muy hermosa, por tu Concepción sin pecado.

El Señor, te ha atraído, Madre mía: haz que todos corramos tras el olor de tus ungüentos, imitando tus virtudes.

Morena eres, Madre mía, porque el sol te ha estragado el color; porque tu hijo crucificado te ha llenado de dolor.

En el medio día de su Pasión apacentó tu alma, y allí quiere que apacentes también los rebaños de los pobres pecadores. ®

Tú eres la carroza del Señor, que en tu seno le llevaste á las montañas, y en tus brazos al templo y al Egipto.

Tus mejillas son de tórtola, llorando la Pasión; tu cuello como collares de perlas esperando la Resurrección; para

á los que me aman, y los que en mí y por mí trabajan, no caerán en pecado; y los que en mi Asociación me ilustran con sus obras y virtudes, obtendrán la vida eterna. ¡Adios, adios, vuestra Madre cordialmente os bendice!

Voz de las hijas.

Si, muy querida y amada Madre nuestra: el día por siempre bendito, lo prometimos, y con tu ayuda y favor permaneceremos fieles hasta la muerte; mas en aquella hora temible, como millares de veces te lo hemos pedido, de nuevo lo imploramos. En nuestra agonía haznos compañía, ¡oh dulce María! Y pues en el sagrado Cántico, en que el Espíritu Santo te colma de alabanzas, tan bellas lecciones nos has dado, permite, Madre mía, que de él formemos un himno en honor de tu Concepción Inmaculada.

*Himno á la Virgen concebida sin pecado,
sacado del Cántico de los Cánticos.*

I

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Morena eres por tu humildad, Virgen santísima; pero hermosa, y muy hermosa, por tu Concepción sin pecado.

El Señor, te ha atraído, Madre mía: haz que todos corramos tras el olor de tus ungüentos, imitando tus virtudes.

Morena eres, Madre mía, porque el sol te ha estragado el color; porque tu hijo crucificado te ha llenado de dolor.

En el medio día de su Pasión apacentó tu alma, y allí quiere que apacentes también los rebaños de los pobres pecadores.

Tú eres la carroza del Señor, que en tu seno le llevaste á las montañas, y en tus brazos al templo y al Egipto.

Tus mejillas son de tórtola, llorando la Pasión; tu cuello como collares de perlas esperando la Resurrección; para

ti formó el Señor adornos de gracias especiales.

Como nardo adoraste á Jesús en el pesebre reclinado; como manojito de mirra, lo abrazaste contra tu pecho crucificado; como racimo de cipro, lo estrechaste contra tu corazón, resucitado.

Amiga del Señor, tú eres hermosa; tus ojos de palomas; tu modestia y sencillez por allí asomas.

II

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Como azucena entre las espinas, así eres, Madre mía, entre las hijas.

En la cámara de sus secretos el Rey te introdujo: levantó en tí la bandera del amor.

Con flores de santos deseos te ha sostenido; con manzanas de obras heroicas te ha cercado.

Con sus dos manos te ha abrazado, y ha mandado que guarden tu sueño.

El Amado te ha hablado para llamarte,

y te ha nombrado su amiga, su hermosa y su paloma.

En las hendiduras de la piedra y en la cuevo del cercado, en las llagas de sus manos y pies y en la herida del Costado, ver quiere tu rostro y escuchar desea tu voz.

El es todo para tí y tú toda para él, Reina y Madre, y Señora mía.

III

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Perdido Jesús Niño, por las calles y plazas lo buscabas; preguntabas por él y no le hallabas; mas entre los doctores lo encontraste, y dócil, á tu casa le llevaste.

Como varilla de humo, exquisito perfume derramaste.

De litera riquísima al verdadero Salomón serviste, y con la blanca diadema de la humanidad le coronaste.

IV

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Hermosa eres, Madre mía, en tu castísimo cuerpo, y hermosa en tu alma angelical: hermosa como Virgen y hermosa como Madre; hermosa en tus gozos y hermosa en tus dolores; hermosa te ven los Angeles en el cielo, y hermosa te veneran tus siervos en la tierra.

Tus ojos de palomas, por sencillos:

Tus cabellos como rebaños en el monte, por la alteza de tus pensamientos:

Tus dientes como blancas ovejas por tus puras oraciones; como cinta de grana tus labios por sus amorosas palabras:

Como granada partida, tus mejillas, por tu modestia; como la torre de David tu cuello, por su fortaleza; en ella cuelgan sus escudos los valientes; pues por tí resisten tus siervos las tentaciones.

Tú con amor de madre nos sustentas, y nos llevas al monte de la mirra y á la colina del incienso: á la mortificación y á la oración.

Del Líbano veniste y coronada fuiste; con tu amor y tu celo el Corazón de tu Jesús heriste.

Panal de miel son tus labios; miel y leche es tu hablar; aroma precioso tus vestidos y tus virtudes.

Huerto cerrado fuiste siempre á la serpiente, y para Dios sellada y pura fuente.

Granadas son tus renuevos; manzanas son tus frutos; ciprés con nardo, cálamomo y cinamomo, los perfumes de tus ejemplos, y mirra y áloe tus penas y tormentos.

Fuente eres que riegas los jardines: tus Ordenes y Congregaciones, tus Cofradías y Asociaciones.

V

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

A tu huerto, por tí llamado, vino el Amado; su mirra y sus aromas ha cosechado; comió con sus amigos dulce bocado y vino regalado.

Y mientras tú dormiste, Madre mía, velo tu corazón, Virgen María.

Y estando entre dormida tú y despierta, el Esposo tocó y abrió tu puerta; y al ruido que al abrirla hizo su mano, se estremeció tu pecho soberano.

Luego que habló, tu alma derriñóse; le hablaste, le buscaste y no le hallaste; y á las hijas de Sión les preguntaste, y las señas y rasgos de tu Amado con amor y placer les indicaste, por poder ser buscado.

Cándido y rubicundo le llamaste; y entre mil, escogido, le digiste; y al pintar á Jesús, tú te pintaste; pues toda á él semejante siempre fuiste.

Cándida eres tú por tu virginidad, y rubicunda por tu fecundidad; cándida por tu inocencia, rubicunda por tu modestia; cándida por tu luz allá en el cielo, rubicunda por tu compasión sobre la tierra.

¡Como hermosísima entre la mujeres, todos tus hijos te saludan!

VI

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Para el Amado eres tú, y á tí el Amado, que apacenta los lirios en tu prado.

Bella te llama, amiga, suave y fuerte; terrible como ejército: de suerte que se halla desplegado y á trabar la batalla preparado.

Tus cabellos, tus dientes, tus mejillas, otra vez las alaba; porque de contemplar tus maravillas y de alabar tus gracias, nunca acaba.

Si son muchas las reinas, más las damas: mas su única paloma á tí te llama, y su electa eres tú y su predilecta.

Te levantas graciosa cual la aurora; hermosa cual la luna eres, Señora; como el sol escogida; cual desplegado ejército muy terrible al infierno, y muy temida.

Vuélvete Sulamitis, desde el cielo: ¡vuélvete á que te veamos en el suelo!

VII

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

En tí miramos coros de escuadrones;

que al infierno, y su hija la herejía, miedo y terror tú sola les impones, Sulamitis hermosa, Madre mía.

Tus pasos son hermosos, tus calzados preciosos; inexhausto tu seno; tu vientre cual montón de trigo ameno, dentro de ti guardado, y de lirios blanquísimos cercado.

Cual torre de marfil tu hermoso cuello, ojos de agua purísimos, tus ojos; tu nariz, monte bello del Líbano, que siente los antojos del enemigo que á llegar empieza.

Como el monte Carmelo es tu cabeza; y en púrpura teñidos tus cabellos; porque reluce en ellos de la Sangre de Cristo la pureza.

¡Qué hermosa eres, mi Madre, y qué graciosa! ¡cuál en santas delicias, tu corazón purísimo rebosa!

Tú eres la enhiesta palma, cuyos racimos cuelgan, regalados; y á tí quiero subir, Madre de mi alma, para cojer tus frutos tan preciados.

De tu garganta sale el mejor vino, á ser bebido y para ser rumiado; de tu

seno salió el fruto deseado: el buen Jesús, el Redentor divino.

Yo madrugo contigo, dulce Niña, á ver si hay fruto ó flores en la viña; haz que encuentre manzanas en mis puertas, cuando para ir á tí me sean abiertas.

VIII

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

¿Quién es ésta que sube del desierto, derramando delicias y favores, levantada en el árbol de aquél huerto, donde Eva nos llenó de sinsabores?

Ponme tú como sello, Madre mía, sobre mi corazón y sobre el brazo, los nombres de Jesús y de María, para que en dulce abrazo sea su amor dulce y fuerte, el que selle mi suerte, y me liberte en la hora de mi muerte.

Que los ríos de mis culpas nunca apaguen las llamas del amor dentro mi pecho; ni las negras tinieblas se propaguen con los ríos del olvido en su hondo lecho; antes sea mi alma como fuerte mu-

ro, puerta de cedro á Satanás cerrada,
para que esté mi corazón seguro, y para
que mi viña cultivada, rinda su fruto
ante su dulce dueño, y espere ser feliz
en lo futuro, cuando llegue á dormir mi
último sueño.

Así te lo suplico, Madre mía,
Y en mi triste agonía,
Asísteme y ampárame, ¡oh María! Amén.

FIN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



INDICE

	Págs.
Al lector	9
CAPÍTULO PRIMERO. — Los seis óscu- los del Esposo. — Su pecho. — Su nombre. — Las Hijas de María. — Los perfumes. — El gabinete. — Negra y hermosa. — Las viñas. — El medio día. — Los rebaños de cabritos. — La real carroza. — La tórtola. — Los collares. — El nardo, la mirra y el cipro. — El lecho de flores. — El techado de cedro y ciprés — Voz de María.	
Verso primero	15
Verso segundo	28
Verso tercero	39
Verso cuarto	57
Verso quinto	64

ro, puerta de cedro á Satanás cerrada,
para que esté mi corazón seguro, y para
que mi viña cultivada, rinda su fruto
ante su dulce dueño, y espere ser feliz
en lo futuro, cuando llegue á dormir mi
último sueño.

Así te lo suplico, Madre mía,
Y en mi triste agonía,
Asísteme y ampárame, ¡oh María! Amén.

FIN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



INDICE

	Págs.
Al lector	9
CAPÍTULO PRIMERO.—Los seis óscu- los del Esposo.—Su pecho.—Su nombre.—Las Hijas de María. —Los perfumes.—El gabinete. —Negra y hermosa.—Las viñas. —El medio día.—Los rebaños de cabritos.—La real carroza.— La tórtola.—Los collares.—El nardo, la mirra y el cipro.—El lecho de flores.—El techado de cedro y ciprés — Voz de María.	
Verso primero	15
Verso segundo	28
Verso tercero	39
Verso cuarto	57
Verso quinto	64

	Págs.
Verso sexto	70
Verso séptimo.	74
Verso octavo.	77
Verso noveno.	82
Verso décimo	89
Verso undécimo.	92
Verso duodécimo.	95
Verso décimotercero	100
Verso décimocuarto.	104
Verso décimoquinto.	108
Verso décimosexto.	112
Verso decimoséptimo.	116
Voz de la Virgen santísima á las Hijas de María Inmaculada.	
CAPÍTULO SEGUNDO. — El Esposo, flor y lirio. — La Esposa, azuce- na. — El manzano. — Su sombra y su fruto. — La bodega de los vinos. — El desmayo socorrido con flores y manzanos. — La iz- quierda y la derecha del Señor. — El sueño no turbado. — La cor- za y el cervato. — El acecho tras la pared. — Amiga y paloma. — Invierno y primavera. — Paloma	

	Págs.
en los agujeros de la peña. — Las raposas. — El rey coronado. — La vida y la muerte. — La voz de María	121
Verso primero	123
Verso segundo	126
Verso tercero	130
Verso cuarto.	135
Verso quinto.	140
Verso sexto.	144
Verso séptimo	147
Verso octavo y Verso nono.	151
Verso décimo	156
Verso undécimo y Verso duodéci- mo	159
Verso décimotercero	164
Verso décimocuarto.	166
Verso décimoquinto.	170
Verso décimosexto.	172
Verso decimoséptimo.	175
Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada.	178
CAPÍTULO TERCERO. La busca sin ha- llazgo. — Los guardas. — El sueño respetado. — Sube por el desier-	

	Págs.
to.—El lecho del Rey.—Su litera.—Salomón coronado.—Cinco diademas.—Voz de María . . .	181
Verso primero y Verso segundo . .	181
Verso tercero y Verso cuarto . . .	185
Verso quinto	189
Verso sexto	190
Verso séptimo y Verso octavo . . .	193
Verso noveno y Verso décimo . . .	196
Verso undécimo	200
Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada	204
CAPÍTULO CUARTO. Hermosura de la Esposa.—Sus ojos, cabellos, dientes, labios y mejillas, cuello y seno.—Sin mancha.—Las coronas de María.—Las dos heridas.—Panal, miel y leche.—Huerto cerrado y fuente sellada.—Granadas y manzanas.—Siete plantas aromáticas.—La fuente de los huertos y el pozo de aguas vivas.—El cierzo y el austro.—Voz de María	207
Verso primero y Verso segundo . . .	207

	Págs.
Verso tercero	213
Verso cuarto	217
Verso quinto y Verso sexto	222
Verso séptimo	225
Verso octavo	228
Verso noveno	233
Verso décimo y Verso undécimo	238
Verso duodécimo	244
Verso décimotercero y Verso décimocuarto	248
Verso décimoquinto y Verso décimosexto	252
Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada	258
CAPÍTULO QUINTO. Convite al Huerto.—Dormir velando.—Toca el Esposo la puerta.—La túnica y los pies.—El pestillo que estremece.—Abrir sin encontrar.—Los guardas.—Preguntan quién es él.—Descripción: Sus ojos.—Su cabeza.—Sus labios.—Sus mejillas.—Su mano, su pecho y sus piernas.—Su garganta.—	27

¿Dónde está para buscarlo? —	
Voz de María.....	261
Verso primero.....	261
Verso segundo.....	265
Verso tercero.....	271
Verso cuarto.....	273
Verso quinto y Verso sexto.....	275
Verso séptimo.....	277
Verso octavo.....	279
Verso noveno y Verso décimo... ..	282
Verso undécimo.....	285
Verso duodécimo, Verso décimo tercero, Verso décimocuarto y Verso décimoquinto.....	286
Verso décimosexto.....	287
Verso décimoséptimo.....	293
Voz de la Madre á las Hijas de Ma- ría Inmaculada.....	294
CAPÍTULO SEXTO. El Amado en el Huerto.—El para Ella y Ella pa- ra El.—Hermosa, graciosa y ter- rible.—Sus ojos y cabellos.— Sus dientes y mejillas.—La Rei- na, las damas y las jovencitas. —La única paloma.—Todos la	

alaban.—La aurora, la luna y el sol.—Nogales y manzanas, viñas y granados—Aminadab.—Cua- tro vueltas.—Voz de María... ..	299
Verso primero y Verso segundo	299
Verso tercero.....	302
Verso cuarto.....	306
Verso quinto.....	307
Verso sexto.....	308
Verso séptimo y Verso octavo....	310
Verso noveno.....	313
Verso décimo.....	317
Verso undécimo y Verso duodé- cimo.....	319
Voz de la Madre á las Hijas de Ma- ría Inmaculada.....	322
CAPÍTULO SÉPTIMO. Coros de escua- drones.—Pasos y calzadas.—Co- pa colmada.—Montón de trigo. —El seno.—El cuello.—Los ojos.—La nariz.—La cabeza y cabellos.—Deliciosa hermosura. —La palma y sus racimos.—La garganta y los dientes.— Amor recíproco.—A las granjas del	

campo.—Las viñas y granados.	
—Los frutos en las puertas.—	
Voz de María.....	325
Verso primero.....	325
Verso segundo.....	329
Verso tercero y Verso cuarto...	333
Verso quinto.....	334
Verso sexto.....	342
Verso séptimo.....	346
Verso octavo.....	348
Verso noveno.....	353
Verso décimo y Verso undécimo.	355
Verso duodécimo.....	361
Verso décimotercero.....	363
Voz de la Madre á las Hijas de Ma- ría Inmaculada.....	365
CAPÍTULO OCTAVO. Hallarlo afuera.	
—Su izquierda y su derecha.—	
Sueño respetado.—Rebosando en delicias.—El árbol del man- zano.—Doble sello.—La muerte y el infierno.—Las aguas y los rios.—La hermana impúber.—	
Muro ó puerta.—La torre y la paz.—La viña del pacífico.—La	

de la Esposa.—Los amigos escu- chan.—Fuga á los montes de los aromas.—Voz de María.....	369
Verso primero.....	369
Verso segundo.....	370
Verso tercero y cuarto.....	373
Verso quinto.....	374
Verso sexto.....	377
Verso séptimo.....	383
Verso octavo.....	385
Verso noveno.....	386
Verso décimo.....	389
Verso undécimo.....	391
Verso duodécimo.....	392
Verso décimotercero y Verso dé- cimocuarto.....	394
Voz de la Madre á las Hijas de Ma- ría Inmaculada.....	398
Himno á la Virgen concebida sin pecado, sacado del Cántico de los Cánticos.....	403

Apostolado de la prensa

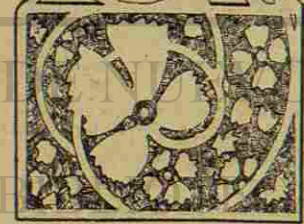


Y PROPAGANDA GRATUITA
DE LECTURAS CATÓLICAS
BAJO LA PROTECCIÓN DE N.^{RA}
S^{RA} DE GUADALUPE
EN LA REPÚBLICA MEXICANA

A. M. D. G.

La Madre de Dios es mi Madre

Con la aprobación eclesiástica



Registrado como artículo de 2a. clase
el 19 de Octubre de 1904.

ADMINISTRACION:
Santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe
DURANGO — MEXICO.
Apartado postal, 136

Se publica el día primero de cada mes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE DURANGO
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Apostolado de la prensa

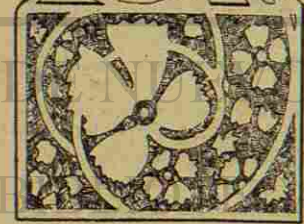


Y PROPAGANDA GRATUITA
DE LECTURAS CATÓLICAS
BAJO LA PROTECCIÓN DE N.^{RA}
S^{RA} DE GUADALUPE
EN LA REPÚBLICA MEXICANA

A. M. D. G.

La Madre de Dios es mi Madre

Con la aprobación eclesiástica



Registrado como artículo de 2a. clase
el 19 de Octubre de 1904.

ADMINISTRACION:
Santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe
DURANGO — MEXICO.
Apartado postal, 136

Se publica el día primero de cada mes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE DURANGO
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

IMPRIMATUR

✠ *Jacobus*

ARCHIEPISCOPUS DURANGENSIS.

Durangi 22 Julii 1904.

INDULGENCIAS CONCEDIDAS á los que
leyeren ó propagaren el presente
opúsculo:

CIEN DIAS.—Exmo. Sr. Arzobispo de Oaxaca
y Durango.

CINCUENTA DIAS.—Illmos. y Rmos. Sres.
Obispos de Tulancingo, Tamaulipas, Vera-
cruz, León, Chihuahua, de Sonora, de Chia-
pas, de Sinaloa, de Huajuápan de León.

A los Fieles de sus respectivas Diócesis.

CULTOS

EN EL SANTUARIO DE NTRA. SRA. DE GUADALUPE.
EN EL MES DE NOVIEMBRE.

Hora Santa todos los Domingos de 5 á 6 p. m.

Rosario Cantado con Exposición del Divinísimo,
todos los días á las 5 p. m.

Día 8, Misa de Comunión á las 6½, á las 7½
Misa cantada.

Día 12, Misa rezada á las 5 y á las 7 la de Co-
munion. A las 8½ Misa Cantada y Exposición de
Ntro. Señor Sacramentado todo el día.

Precios	25 Ejemplares, al mes....	\$ 1.25
	50 — — — —	2.50
	100 — — — —	5.00
	250 — — — —	10.00
Suscripción	500 — — — —	18.00
	1000 — — — —	33.00

SE PUBLICARA TODOS LOS MESES.

✠
J.H.S.

AÑO I. **NOVIEMBRE** NÚM. 4.

APOSTOLADO DE LA PRENSA

Y PROPAGANDA GRATUITA DE LECTURAS CATOLICAS

BAJO LA PROTECCION DE LA

SANTISIMA VIRGEN DE GUADALUPE

EN LA REPUBLICA MEXICANA.

LA MADRE DE DIOS ES MI MADRE

Con la Aprobación Eclesiástica.

A. M. D. G.

ADMINISTRACION:
SANTUARIO DE NTRA. SRA. DE GUADALUPE,
DURANGO.—MÉXICO.

Apartado Postal 136.



INTRODUCCION

Hoy sí que nuestra Propaganda no tiene miedo alguno de caer en manos de ningún mexicano! El título del modesto opúsculo que le presentamos, es la mejor recomendación; y aunque es el grito de amor lanzado por San Estanislao de Kostka para explicar los ardores en que se abrasaba por esta soberana Reina, es también el compendio de la Historia de México, es el grito que siempre ha sabido dar el generoso pueblo mexicano, que es el pueblo de María. En la cima y falda del Tepeyac, santificadas por las benditas plantas de la Virgen de Guadalupe, escribieron con su fé aquellos primeros neófitos: "La Madre de Dios es mi Madre." Y este dulcísimo grito resonó en las calles de la católica León, cuando no sólo la población en masa, sino de cien leguas á la redonda, acudieron los pueblos en compactas muchedumbres, á presenciar la triunfal entrada de la Madre Santísima de la Luz; y mil y mil santuarios y advocaciones de María con que nuestros padres llenaron á México; y mil y mil ocasiones en que acudieron á esta soberana Señora por

libertad y socorro; y la devoción á su santísimo Rosario y la esperanza en sus santos escapularios; y Nuestra Señora de los Angeles, del Refugio, de San Juan de los Lagos, de los Remedios, y cien mil otras, que por toda la República Mexicana son veneradas; y la inclita Santa Maria de Guadalupe, gloria de toda la nación mexicana, ¿no son voces elocuentísimas que nos dicen de consuno que la Madre de Dios es Madre del pueblo mexicano?

Si, querido pueblo mexicano; "la Madre de Dios es tu Madre," alza la frente orgulloso, gloriáste de tal filiación; hoy como tus padres; que nadie se atreve á hablar mal ó sin respeto de Ella en tu presencia: sepa el mundo, que tu amor para Maria es tierno, efusivo, generoso, ardentísimo. Que el pueblo mexicano sufre mil desacatos contra Dios: pero que se enardece y ruge como león al oír palabras que injurian á Dios en su Santísima Madre. Y no te importen burlas y sofismas de gente fría y semisalyaje, diles que amas á Dios sobre todas las cosas, pero que tu corazón de hijo se sale sin poder reprimirlo á los labios y á la obra, cuando vé pisoteada por viles hijos á tu Madre, la Virgen Santísima y muy en especial bajo el tributo amorosísimo de Santa Maria de Guadalupe.



La Madre de Dios es mi Madre

I

PREDILECCION DEBIDA A MARIA

Y no creas, querido pueblo mexicano, que andamos descaminados en este camino sin límites que profesamos á esta Señora. No; y para que te sepas defender si por acaso algún ministro ó protestante desalmado y dejado de la mano de Dios, te quisiera argüir, lee lo que en seguida voy á apuntarte. Los Santos todos de la Iglesia se han derretido siempre en amor á esta Señora, dando de su amor muestras sensibles que no las daban con el amor de Dios. San Estanislao de Kostka moríase de amor por Maria y se creía un hielo. Refieren que la quería con tal vehemencia y ternura tal, que no la podía invocar sin experimentar nuevos incendios y sentirse desfallecer de amor, y que cuando, según su frecuente costumbre, clamaba: ¡La

libertad y socorro; y la devoción á su santísimo Rosario y la esperanza en sus santos escapularios; y Nuestra Señora de los Angeles, del Refugio, de San Juan de los Lagos, de los Remedios, y cien mil otras, que por toda la República Mexicana son veneradas; y la inclita Santa Maria de Guadalupe, gloria de toda la nación mexicana, ¿no son voces elocuentísimas que nos dicen de consuno que la Madre de Dios es Madre del pueblo mexicano?

Si, querido pueblo mexicano; "la Madre de Dios es tu Madre," alza la frente orgulloso, gloriáste de tal filiación; hoy como tus padres; que nadie se atreve á hablar mal ó sin respeto de Ella en tu presencia: sepa el mundo, que tu amor para Maria es tierno, efusivo, generoso, ardentísimo. Que el pueblo mexicano sufre mil desacatos contra Dios: pero que se enardece y ruge como león al oír palabras que injurian á Dios en su Santísima Madre. Y no te importen burlas y sofismas de gente fría y semisalvaje, diles que amas á Dios sobre todas las cosas, pero que tu corazón de hijo se sale sin poder reprimirlo á los labios y á la obra, cuando vé pisoteada por viles hijos á tu Madre, la Virgen Santísima y muy en especial bajo el tributo amorosísimo de Santa Maria de Guadalupe.



La Madre de Dios es mi Madre

I

PREDILECCION DEBIDA A MARIA

Y no creas, querido pueblo mexicano, que andamos descaminados en este camino sin límites que profesamos á esta Señora. No; y para que te sepas defender si por acaso algún ministro ó protestante desalmado y dejado de la mano de Dios, te quisiera argüir, lee lo que en seguida voy á apuntarte. Los Santos todos de la Iglesia se han derretido siempre en amor á esta Señora, dando de su amor muestras sensibles que no las daban con el amor de Dios. San Estanislao de Kostka moríase de amor por Maria y se creía un hielo. Refieren que la quería con tal vehemencia y ternura tal, que no la podía invocar sin experimentar nuevos incendios y sentirse desfallecer de amor, y que cuando, según su frecuente costumbre, clamaba: ¡La

Madre de Dios es mi madre!, percibía tal dulcedumbre en sus labios, cual si hubieran derramado en ellos un panal de miel.

¿Y qué diré de otro Santo famosísimo en la Iglesia?, de San Bernardo, luz y gloria del siglo XII de la Iglesia? Fué altísima su santidad, vastísimos sus conocimientos, felicísimo el éxito de los combates que sostuvo con los herejes y protestantes de su tiempo, grandísima la confianza que mereció de Pontífices y Reyes; pues este Santo tan santo, tan sabio, tan ilustre, tiene uno de sus mayores títulos de gloria en su devoción ardiente á María Santísima. "Volemos, escribe, volemos todos con alegría á ponernos bajo los estandartes de María; postrémonos todos á sus pies; supliquemos á aquel Corazón abrasado de amor divino, se apiade de nuestras miserias; imploremos su socorro, y no cesemos de llorar y orar hasta que nos conceda su protección y nos adopte por hijos suyos. Es todopoderosa para con Dios; está colocada entre Jesucristo y su Iglesia para ser el canal de las gracias que este divino Salvador hace llover sobre su amada Esposa. Honremos á María, tributémosle nuestros homenajes, ofrezcámosle nuestras súplicas con todo el ardor y con todo el amor de que somos capaces. No temamos que este culto desagrade al Señor, que lo quiere en su voluntad el que se lo demos todos los días de nuestra vida. La ha escogido

para que fuese el canal de las gracias, y quiere lo alcancemos todo por su protección." Estas son palabras de San Bernardo, y las debían de meditar los ignorantísimos protestantes que se nos descuelgan á cada paso, queriendo hacer creer á los tontos y majaleros que hablar así de María es cosa de ayer, y que los Santos Padres no hablaban de la Virgen como nosotros. ¿Qué necesidad ó qué insigne mala fe! Los santos todos ensalzaron y honraron cuanto pudieron á María. Y con sobrada razón, porque Señora tan amable como María Santísima, merece toda la predilección de nuestros corazones.

Admiramos la bondad inmensa del Criador, que nos llenó de beneficios, que por nosotros pobló de astros el firmamento, de peces los mares y los ríos, y de frutos, plantas y animales los valles y los montes. Bendecimos mil veces la divina Providencia, por la cual el sol nos envía sus rayos, y las nubes se desatan en fecunda lluvia, y el aire nos refresca con sus brisas; y ¿no sería un crimen y negra ingratitude que en ese armonioso concierto de alabanzas que á su manera le entonan los cielos, la tierra y los abismos, enmudeciera el hombre compendio de todas las maravillas de la Creación, en el cual tanto se complació el Todopoderoso?

Debemos, pues, amar á Dios con toda nuestra alma y todo nuestro corazón, como á nuestro Padre. y Padre carísimo.

Mas ¡ay!, que también es nuestro Juez, y Juez severísimo en tal grado, que cuando rechazamos su mano paternal, que tan sabiamente nos gobierna, no tardamos en sentir sobre nuestras cabezas la vara de su justicia. Y entonces, ¿a qué abogado acudirá el pecador acongojado para que ablande la ira de tal Padre y detenga su diestra, levantada para herirnos justamente? María es quien lo desarma y nos cubre con su manto maternal, porque María es Madre de Dios, y también Madre nuestra.

Para que, pues, la amásemos y tuviéramos en ella áncora segura de salvación en el mar proceloso de la vida, nos la dejó Jesucristo por Madre al expirar por nosotros en la cruz. Y así, lejos de resentirse el Señor, como enseñan los protestantes, de que la queremos con predilección y se lleva María nuestros tiernos y filiales amores, se complace muchísimo y alegra de que veneremos en ella la obra maestra en que más brillan y campean su divino saber, poder y amor.

Por esto la Iglesia, al decretar el culto que le corresponde, nos enseña que debemos venerarla con honra de "hiperdulcia," ó culto superior al de todos los Santos.

Ni este culto es supersticioso é idólatría, como dicen, mintiendo y calumniándonos, los herejes.

La idolatría es la que rinden ellos al becerro de oro, que les traen sus amos

y señores de Inglaterra. ¿Quién les dice á esos desgraciados que los católicos adoramos á María? La verdadera adoración ó culto con que honramos la supremacía y señorío absoluto é independiente, sólo se tributa á Dios. ¿Y por qué no podemos obsequiar á María como á Madre de Dios? ¿Por qué no podemos venerar sus imágenes como emblemas y recuerdos de tan gran Señora? Ellos, que con tanto aparato colocan los retratos de sus "amigas" y de sus amigos en lugar distinguido, ¿no tendrían por una grave injuria la osadía de quien los ocupiese ó hiciese pedazos? Y ¿qué tienen que ver esos objetos despreciables, si los comparamos con la Reina de la santidad y de la pureza? Injuria es á tan gran Señora soñar siquiera semejante parangón. No nos vengan, pues, á condenar de supersticioso é idólatrico el culto de los católicos esos idólatras inmundos de la carne y del dinero.

Idolatría sería igualar á María con Dios; mas los católicos romanos, aunque creamos que María es verdadera Madre de Dios, porque es Madre de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, nunca hemos hecho ni haremos de la Virgen Santísima una diosa, sino una criatura hija de Dios; criatura de Dios pero llena de perfecciones y de gracias, como correspondía que estuviera la Madre de Dios y Madre de los hombres.

MARIA, MADRE DE DIOS

Pero empecemos á razonar los fundamentos del amor que tenemos y debemos tener á María, y sea el primero su dignidad. María es Madre de Dios. Veamos qué significa esto, y veámoslo con palabras del apóstol del pueblo, Sardá y Salvany: "Es dogma, y el primero de la fe cristiana, que el Hijo de Dios, ó sea la segunda Persona de la augustísima Trinidad, para redimir al hombre y salvarle quiso hacerse hombre como él y tomar carne y alma humanas, es decir, perfecta humanidad. Lo cual se llama el sacrosanto y amorosísimo misterio de la Encarnación.

"Esta humanidad de que quiso revestirse el Hijo de Dios, no la quiso crear de nuevo, como creó en el principio del mundo á Adán, sino que quiso tomarla de mujer, bien que por modo maravilloso y de singular pureza, á fin de que de esta manera se pudiese decir con verdad, no sólo que tomaba carne, sino que tomaba carne nuestra; no sólo que se hacía hombre, sino que se hacía hermano carnal nuestro; no sólo que nacía de mujer, sino que era real y verdaderamente descendiente, como nosotros, del primer hombre y de la primera mujer. Cuál sea la dignidad de la naturaleza humana honrada de esta suerte con

haberla hecho suya el mismo Dios, no hay términos que puedan ponderarlo. Pero cuál sea la dignidad de la mujer, por la cual y en cuyo seno y de cuya sangre tomó el Hijo de Dios esta naturaleza humana que hizo suya, ¡oh! aquí no hay siquiera concepto de entendimiento, de imaginación que pueda comprenderlo.

"Repite y vuelve á repetir, medita y vuelve á meditar lo que pesa y lo que significa esta sola palabra: Una mujer ha llevado en sus entrañas, hecho hijo suyo, al mismo Dios; una mujer ha dado carne y sangre suya para formar un cuerpo al Hijo de Dios; una mujer ha tenido la honra sin igual de que la llamasen Madre suya la voz del mismo Dios. Esta mujer es María: María, de quien dice el Evangelio con admirable sencillez: "María, de la cual ha nacido Jesús; María, Madre de Dios."

Después de esto, fuerza es que resulte pálido y descolorido cuanto se diga. ¿Qué María tuvo todo el lleno de las gracias celestiales! No es extraño, porque la crió el Padre eterno para que fuese Madre del Hijo de Dios. ¿Qué fué concebida sin sombra de pecado original! Lógico fuera suponerlo, aunque la fe no lo mandase creer, porque no pudo ser manchada un solo momento la que nació sólo para ser Madre de Dios. ¿Qué fué su vida dechado de toda virtud, cumbre de toda perfección, luna llena de todos los resplandores del orden sobrenatural! Ocio-

so es discurrirlo, porque no puede suponerse otra cosa de quien llevó en sus entrañas y alimentó á sus pechos y trajo en sus brazos al Hijo de Dios. ¿Que no hay en el cielo trono como el suyo, que le rinden homenaje todas las jerarquías angélicas, que la llaman su Reina todos los Santos! ¡Bah! Ha de ser precisamente así, por cuanto de ninguno de ellos es tan elevada la categoría como de la Madre del Rey de los cielos, del Hijo de Dios.

Y repara, amigo mío, una cosa. Es Madre de Dios María, y es Madre de Dios más que de sus hijos las demás madres. La maternidad suya la comparten las madres terrenas con el padre terreno y natural. María, cuya activa concepción fué obra exclusiva del Espíritu Santo, no la comparte con padre humano. De consiguiente, el Hijo suyo no reconoce otro origen humano que ella; de consiguiente, es más hijo suyo este Hijo que lo son todos los demás hijos de las demás madres. Si alguna puede, pues, con más expresiva propiedad llamarse Madre, y la más madre de todas, es María, Madre de Dios.

Ni tendría razón quien opusiese que María no es Madre de Dios porque no le ha dado á su hijo más que el ser de hombre, y no el de Dios, que tiene desde la eternidad. No; tampoco en eso obra sombra de razón. Tampoco las madres humanas dan á sus hijos más que la parte corporal, y, no obstante, se ha-

man y son realmente madres del cuerpo y del alma de sus hijos, aunque el alma no se las hayan dado ellas, sino inmediatamente el poder de Dios. Así, María es Madre verdadera de Jesucristo Dios; porque aunque no le haya dado más que el ser de hombre, el ser de hombre está inseparablemente unido en este compuesto personal con el ser de Dios. Pues, como dice muy gráficamente el símbolo atanasiano explicando este dogma, así como el alma racional y el cuerpo forman un hombre, así la divinidad y la humanidad constituyen una sola persona en Cristo. El compuesto que nació de María es Dios; luego lógicamente María es verdadera Madre de Dios.

Este es el título de Madre de Dios que María posee; este es el título que más excita nuestra admiración y más alienta nuestra confianza. Todos los cristianos han exclamado siempre con San Agustín: Virgen santa, haced eficaces nuestras oraciones, excúsanos los males que tememos, porque no podemos encontrar valedor de más mérito que tú, pues mereciste ser Madre de nuestro Salvador y nuestro Juez.

Para que veamos el entusiasmo del pueblo fiel por este título de María baste recordar lo que hizo cuando la Iglesia condenó en Efeso al impío Nestorio, que negaba á María semejante prerrogativa. La sesión del Concilio duró desde por la mañana hasta por la noche. El pueblo de Efeso, que además

del celo común á todos los cristinos por Jesucristo tenía particular devoción á María Santísima por su especial protectora, se mantuvo todo el día esperando la decisión de los Padres; y luego que supo cómo Nestorio había sido condenado y la gloria de María defendida y proclamada, todos á una voz llenaron al Sínodo de mil bendiciones y dieron gracias á Dios por el triunfo de la fe y de su Madre. Cuando los Obispos salieron de la iglesia, era ya muy de noche; el pueblo los acompañó hasta sus casas con hachas y luces; las mujeres llevaban pebeteros é incensarios cargados de aromas. Toda la ciudad estaba iluminada, y como fuera de sí exclamaba: "María es Madre de Dios."

III

MAS PRIVILEGIOS DE MARIA

Esta señora es verdadera Madre de Dios, y lo fué sin dejar de ser virgen, como expresamente nos lo dice el sagrado Evangelio al anunciarnos que concibió por obra del Espíritu Santo; recibió plenitud de gracia cual no se ha dado á ningún Santo, aumentándola incomparablemente en todos los instantes de su vida; fué más favorecida y recibió de Dios más bendiciones que criatura nin-

guna; su concepción fué exenta de toda mancha original; su vida toda se mantuvo sin pecado por especialísimo privilegio de Dios; fué inaccesible á los tiros todos del pecado y del infierno, y su alma no fué empañada con la menor nube. Podemos repetir, gozándonos en los privilegios de la Virgen, las bellísimas frases de San Agustín: "Virgen santa: si os comparo con el cielo, no explico bien vuestra grandeza, pues sois más elevada que los cielos; si os llamo Madre de todas las naciones, me quedo corto en vuestros elogios, pues sois Madre del mismo Dios; si os llamo Reina de los ángeles, no digo nada, pues la fe me enseña que sois superior con mucho á todos estos espíritus bienaventurados; si digo que sois templo de Dios, aún es poco, pues de especialísima manera fuisteis su santuario. Por eso diré con San Juan Crisóstomo: Representaos todas las criaturas del cielo y de la tierra, que no hallaréis una que iguale á María en grandeza y dignidad; es mayor que todos los Santos y ángeles; no hay nada mayor ni más excelente que ella; todo, á excepción de Dios, le es inferior."

Y así como debajo de Dios no hay persona más santa ni perfecta, así no puede haber otra ni más bella, ni más poderosa, ni más benigna que María, en la cual se complace más el Criador que en todas las obras salidas de sus manos omnipotentes.

En cuanto á su hermosura, dicen los

Doctores que todas las heroínas tan alabadas del antiguo Testamento no fueron sino emblema obscuro y pálida figura de María Santísima. Rebeca, Raquel, Judit y Ester fueron tipos de la Madre de Dios; pero todo el esplendor de gracia con que las embelleció el Todopoderoso quedó eclipsado y sombrío por el brillo incomparable de nuestra Señora, la cual, criada en justicia original, superior á la de nuestros primeros padres y vencedora de la culpa, no presentó jamás arruga ni mancha ninguna. "Toda hermosura eres, amiga mía," le dice el Señor; y tal fué su hermosura encantadora, que el mismo Dios, que descubrió deficiencia en los ángeles, no vió en ella lunar alguno.

Fué impecable por una gracia de preservación singular; porque vemos que los ángeles, á pesar de ser espíritus puros, sello de la misma Divinidad, sin estímulo de pasión ninguna, en gran número pecaron en el cielo; que nuestros progenitores, criados también en gracia, pecaron en el Paraíso, y María, descendiente de Adán prevaricador, criada en medio de los peligros del siglo, no pecó jamás, ni pecar pudo, prevenida con dones singularísimos nunca concedidos á otra mortal criatura.

Y esta pureza de alma tan divina transcendía también y brillaba en el cuerpo; pues fué María la más bella y agraciada entre todas las criaturas, en tal grado que, según escribía San Igna-

cio, mártir, á San Juan, el amado discípulo, los primeros fieles corrían en tropel á Jerusalén para ver y admirar su inefable belleza. "Sólo Dios, añade Ricardo de San Lorenzo, sólo Dios, que crió á María, cifra de todas sus maravillas, conoce en todos sus quilates su incomparable hermosura."

Y todas las poéticas cualidades de la que llaman Esposa de los Cantares se aplican por la Iglesia á María. Tan tierno y dulce era su mirar, que cautivaba las almas; tal su donaire y continente, que infundía castos afectos; sus dorados cabellos se mecían al descuido sobre su espalda; la serenidad se pintaba en su frente, y la verdadera paz del cielo en su plácido semblante. El iris de más vivos colores no pudo competir con la lindeza de sus cejas, y el cándido lirio y la purpúrea rosa envidiaron el rosicler de sus mejillas, y sus labios vencieron al más fino coral. De su boca, como de copiosa vena, manaba dulzura cual panal de miel, y el aliento que despedía embalsamaba el ambiente como aromático jazmín.

Hay más. La plateada luna sirve á sus pies de escabel; diadema de brillantes astros orla sus sienes, y el sol la viste con sus purísimos rayos. ¿Qué belleza hay, pues, que no quede oscurecida por la hermosura de María? El tiempo con su diestra destructora va robando una por una sus gracias á las hermosas, y la que hoy parecía un portento de belleza, mañana yace ajada como flor de heno

cortada del suelo nativo; pero en María nunca se marchitaron sus encantos; bellísima salió de las manos del Criador, añadióle el tiempo nuevos primores, y la muerte, al darle temblorosa su golpe, la depuró más bella. ¡Glorificado sea el Señor en tal espejo de hermosura! ¿Quién no la amará con todo su corazón?

¿Y qué diremos de su poder? Sólo diremos que María es en el cielo tan poderosa como el mismo Criador.

En realidad de verdad, por su naturaleza ó por necesidad de su ser, no es María omnipotente, como lo es el Criador; pero lo es, dicen los Santos Padres, por gracia ó favor de Dios, que puso en sus manos las llaves de todo su poder, conforme á la generosidad de tal Hijo y á los méritos y dignidad de tal Madre.

Y en primer lugar, puesto que se da en la gloria á cada uno el poder y valimiento según su merecer, como la Virgen Santísima aventaje en santidad y merecimiento á todos los moradores de la celeste Jerusalén, debe de ser más poderosa que todos ellos juntos; por lo cual aseguran varios Doctores que nuestra Reina en el cielo no ruega, sino que manda, y, por lo tanto, que su valimiento ante Dios no conoce fronteras.

En cuanto á su dignidad, oid lo que escribe el Doctor Angélico: "Bien pudo el Altísimo criar millares de firmamentos más lucidos, millares de cielos más puros, millares de orbes más bellos; pero otra madre mejor que María, no pudo

criarla Dios; porque así como Dios no puede crecer en perfección, porque las tiene todas en grado supremo, así la que es Madre suya no puede crecer en dignidad, porque no puede haber otra superior á la de ser Madre de Dios, como no puede haber otro Dios infinito sino aquel que ella concibió en sus entrañas."

Así, pues, hemos de convenir en que no habiendo debajo de Dios otra criatura más perfecta que María, ni dignidad mayor que la suya, le corresponde un poder incomparable. Además, siendo como es verdadera Madre de Dios, ¿qué le podrá negar su Hijo divino, mandándonos El con tanto imperio que obedezcamos sumisos á nuestros padres? No hay duda, pues, que el poder del Hijo es el poder de la Madre, y, por tanto, siendo aquél infinito, porque ¿quién pondrá compuertas á la mar?, tampoco debe reconocer lindes el poder de María.

¿Qué rayo de esperanza para los devotos de la Virgen sin mancha! Tal esperanza no es digna de tal Señora si no es ilimitada; porque si alguien asegurase que tantos millones de mártires que triunfan en el cielo; tantos millones de pontífices, vírgenes y confesores que gozan ya en la gloria del premio de sus virtudes; tantos millones de bienaventurados que cantan en aquella patria feliz las divinas alabanzas, estaban todos empeñados á favor nuestro en la presencia del Señor, ¿no tendríamos por indubitable y asegurado el éxito de nuestras pe-

ticiones? ¿Qué no hemos, pues, de prometernos si María intercede por nosotros, aunque todos los Santos nos volvieran las espaldas? Solo el voto de María pesa incomparablemente mucho más en la balanza de la Divinidad que los votos de todos los moradores de aquella ciudad bienaventurada.

IV

¡MARIA ES MI MADRE!

Pero ¿qué sacaré yo de que María sea omnipotente, si ella no se interpone por mí ante su Hijo, si no puedo yo prometerme sus poderosos auxilios? Qué, ¿por ventura la grandeza de los poderosos, en vez de atraer, no desvía de su trato á los pobres y humildes?

Así, por legracia, suele acontecer con los grandes del siglo: hoy nos honran con su amistad, y mañana nos la retiran, y lo que es peor, truecan en helada indiferencia, cuando no en odio, las muestras de afecto que antes nos prodigaban. Pero no sucede así con María, cuyo Corazón amantísimo se desvive para cuantos la invocan. A sus ojos quedan nivelados todos los estados y condiciones; para ella no hay burgueses ni proletarios, cetros ni cayados, y mira á veces más cariñosa al infeliz que duerme sobre el duro suelo, que no al millona-

rio que se acuesta en lecho mullido. Primero dejará de calentar el sol y de refrescar la nieve, que de escuchar María los gemidos de la indigencia que corre á su amparo.

San Anselmo asegura que á veces serán nuestros ruegos despachados con mayor prontitud llamando á la Virgen que invocando el dulcísimo nombre de Jesús, y esto, no porque María sea más poderosa que Jesús, pues todo su poder emana de su Hijo, sino porque, provocado Jesús tal vez por nuestras culpas, se reviste de la severidad de Juez; al paso que María, que es toda dulzura y esperanza nuestra, como compasiva Madre, nos cubre con su manto y obtiéndonos de Dios misericordia.

Escuchad á San Epifanio, y os dirá que María es toda ojos para escudriñar nuestras miserias. ¿Quién ha recurrido jamás á su amparo que no haya conseguido remedio ó consuelo en sus males?

Tiene la Señora corazón tan tierno, que no puede oír lástimas que no alivie, ni ver lágrimas que no enjague; por lo cual, convidada con su Hijo á las bodas de Caná, observando que á lo mejor de la fiesta se iba á rematar el vino, se dirigió al instante á Jesús en ademán y tono de súplica, diciéndole: "No tienen vino"; y Jesús, dándose por entendido, trocó en vino generoso cinco tinajas de agua que le presentaron.

Razón tenía San Bernardo en afirmar que las misericordias de la Virgen sin

ticiones? ¿Qué no hemos, pues, de prometernos si María intercede por nosotros, aunque todos los Santos nos volvieran las espaldas? Solo el voto de María pesa incomparablemente mucho más en la balanza de la Divinidad que los votos de todos los moradores de aquella ciudad bienaventurada.

IV

¿MARIA ES MI MADRE!

Pero ¿qué sacaré yo de que María sea omnipotente, si ella no se interpone por mí ante su Hijo, si no puedo yo prometerme sus poderosos auxilios? Qué, ¿por ventura la grandeza de los poderosos, en vez de atraer, no desvía de su trato á los pobres y humildes?

Así, por legracia, suele acontecer con los grandes del siglo: hoy nos honran con su amistad, y mañana nos la retiran, y lo que es peor, truecan en helada indiferencia, cuando no en odio, las muestras de afecto que antes nos prodigaban. Pero no sucede así con María, cuyo Corazón amantísimo se desvive para cuantos la invocan. A sus ojos quedan nivelados todos los estados y condiciones; para ella no hay burgueses ni proletarios, cetros ni cayados, y mira á veces más cariñosa al infeliz que duerme sobre el duro suelo, que no al millona-

rio que se acuesta en lecho mullido. Primero dejará de calentar el sol y de refrescar la nieve, que de escuchar María los gemidos de la indigencia que corre á su amparo.

San Anselmo asegura que á veces serán nuestros ruegos despachados con mayor prontitud llamando á la Virgen que invocando el dulcísimo nombre de Jesús, y esto, no porque María sea más poderosa que Jesús, pues todo su poder emana de su Hijo, sino porque, provocado Jesús tal vez por nuestras culpas, se reviste de la severidad de Juez; al paso que María, que es toda dulzura y esperanza nuestra, como compasiva Madre, nos cubre con su manto y obtiéenos de Dios misericordia.

Escuchad á San Epifanio, y os dirá que María es toda ojos para escudriñar nuestras miserias. ¿Quién ha recurrido jamás á su amparo que no haya conseguido remedio ó consuelo en sus males?

Tiene la Señora corazón tan tierno, que no puede oír lástimas que no alivie, ni ver lágrimas que no enjague; por lo cual, convidada con su Hijo á las bodas de Caná, observando que á lo mejor de la fiesta se iba á rematar el vino, se dirigió al instante á Jesús en ademán y tono de súplica, diciéndole: "No tienen vino"; y Jesús, dándose por entendido, trocó en vino generoso cinco tinajas de agua que le presentaron.

Razón tenía San Bernardo en afirmar que las misericordias de la Virgen sin

mancha llenan toda la tierra; de suerte que, así como no conoce límites su amor para obtenernos gracias, así tampoco tiene orillas el mar de su misericordia para conseguírnos el perdón de nuestras faltas.

De estos ejemplos de amabilidad y cariño en la Madre de Dios están llenas las historias más auténticas; y como la benignidad de un corazón se conoce por los hechos, no me pesa el referir algunos, dejando otros muchísimos por muy conocidos. ¿Quién no conoce la historia de la fundación de la sagrada Orden de la Merced? Gemían los cautivos cristianos en Africa, y Nuestra Señora se aparece á San Pedro Nolasco, mandándole que en su nombre los vaya á libertar. Ella se ha dignado infinitas veces consolar y complacer á sus siervos. ¡Cuántas veces ha corrido prontamente á salvarlos en los peligros, á aconsejarlos en sus dudas, á confortarlos en sus trabajos, á proveerlos hasta de dinero en sus apuros, á romper sus lazos, á limar sus cadenas, á curar sus llagas, á restituirles la salud y vida temporal. "Recibo hoy en día—dijo ella misma á Santa Brígida—las oraciones de todos desde el supremo trono de mi gloria, donde me acompaña la misma humildad y benignidad que en el mundo." Y, en efecto, á una inocente joven, Dominica del Paraíso, que le ruega acepte las flores que presenta á su imagen, le hace ver con una señal sensible su agradecimiento. Si San

Alfonso Rodríguez, anciano coadjutor de la Compañía de Jesús, en un camino penoso para sus muchos años, se siente empapado de sudor, cansado y desfallecido, la amorosa Reina se le aparece, le anima y le consuela, y aun con su misma mano le enjuga la frente sudorosa. Se retiró Santo Domingo de Guzmán á un bosque á llorar, ayunar y macerarse por la salvación de los herejes albigenses, á quienes había predicado aquel mismo día sin fruto; y cuando casi casi se desmayaba ya de debilidad y aflicción, ve que la Virgen María se le presenta, y le dice: "Domingo, hijo querido, aquí me tienes, pues me has invocado." ¿Y cuántas veces no ha perdonado generosamente aun á los que la ofendían villanamente? ¿Y quién no amará á esa dulcísima y amabilísima Señora, más hermosa que el sol, más suave que la miel, tesoro inagotable de bondades, centro de ardorosísimo amor, para todos amable, para todos cariñosa y dulcísima?

¿Y de dónde, me preguntará alguno, de dónde tales entrañas de caridad en Nuestra Señora?

Varias son las fuentes de su cariño: yo recitaré algunas para no alargarme demasiado. Sea la primera su inmensa grandeza. Siempre ha sido propio de razones grandes, ya que el bien es de sí difusivo, derramar sus tesoros en otros más pobres y miserables. Es la segunda su agradecimiento; sí, su agradecimiento. No echa María en olvido que por

nuestra causa fué aclamada bendita entre todas las mujeres; pues á no haber nosotros contraído la culpa de Adán, Jesucristo no se hubiera revestido del sayal de nuestra carne, y la hija de Joaquín no habría sido encumbrada á la incomparable altura de la maternidad divina. ¿Cómo, pues, no ha de ser generosa con nosotros, míseros pecadores, si considera que por remedio de nuestros males adornóla el Altísimo con todo género de prerrogativas?

De donde se infiere la tercera fuente ó el celo de la gloria de Dios, por el cual nadie como ella se debe gozar en el triunfo de Jesucristo sobre los capitales enemigos de nuestras almas, que con su vida vino á derribar. ¿Qué negará, pues, á los que imporamos sus auxilios y favores en los combates de este siglo?

Por último, ella es nuestra Madre, y Madre tan cariñosa que, si comparamos su amor con el amor de todas las madres juntas, formaría éste una tenue centella en presencia del inflamado volcán que por nosotros arde en el Corazón de María, y no creáis que sea esto exageración; pues cuando Jesucristo, pendiente en la cruz, nos la dió por Madre en la persona de su discípulo amado, diciendo: "He ahí á tu hijo," así como Juan, representándonos á todos en día de tanto luto, la tomó en adelante por su Madre querida, así Ella, recibiéndonos por hijos, puso en nosotros todo el amor que profesaba á su Hijo divino. ¿Y qué no esperamos de amor tan inefable?

Como enseña San Pedro Damiano, María es Reina absoluta en la monarquía de que su Hijo es rey, y depositaria de todos sus tesoros, de todo su poder y de toda su autoridad. Tal y tanta es la grandeza, majestad y gloria de María, que la naturaleza la admira, los ángeles la veneran y los hombres humillan su frente ante ella; el cielo se envanece con sus glorias, y la tierra reconoce en ella su iris de bonanza cuando brama la tempestad.

Pláceme acabar este dulcísimo punto con un ejemplo suavísimo y que no puede menos de llenarnos de confianza en la Madre de Dios, aunque nos veamos pobres y desvalidos y sean cortísimos nuestros obsequios. Una pobrecita pastora que andaba guardando su ganado, amaba tanto á María Santísima, que cifraba todas sus delicias en ir á una capillita de María Santísima, situada en el monte para pasarse allí retirada largos ratos, mientras sus ovejas seстеaban ó pastaban por el monte. La imagen de María era de busto, pero deteriorada y empobrecida. La pastora le hizo un manto con sus sencillas manos. Vióla con el manto, y se dolió verla sin corona. Con florecillas del monte le hizo una corona, y por sus manos la coronó. Llegó un día en que la pobre pastora enfermó, y se tuvo que quedar en su choza sin poder salir á pastorear su ganado. La choza estaba sola y abandonada, como suele estar siempre el hogar de los pobres en-

fermos. Pero cuando el mundo no sabía que la pastorcilla se moría, lo sabía muy bien la Reina de los cielos. Es el caso que, llamados y guiados por ella, fueron dos religiosos á visitar á la pastora: después que recibió uno de ellos la inocente confesión de aquella purísima alma y la confortaron con la Eucaristía, abiertos los ojos, vieron á la Reina de los cielos que coronaba á la pastora y la cubría con su sagrado manto y conducía su alma á los cielos.

V

¿QUIEN SE PIERDE CON TAL MADRE?

En todas partes así lo predicán los Doctores con aplauso de la Iglesia, enseñando que así como es muy difícil, por no decir imposible, que consiga el cielo el que no honra de corazón á María, así es poco menos que imposible que perezcan eternamente sus verdaderos devotos.

Contra esto salen algunos diciendo que algo cuesta arriba se los hace semejante doctrina; porque, fuera de hacer á los hombres presuntuosos, no concuerda con la experiencia ordinaria. ¿Quién no conoce á algunos que se glorían de ser entusiastas devotos de la Virgen, y con todo, llevan una vida, si no pública-

mente escandalosa, muy poco ajustada á la ley de Dios? Pero esto, lejos de ser objeción, explica lo dicho, porque es cosa bien sabida que la devoción sólida á María incluye una voluntad eficaz de imitar sus virtudes.

¿Y no es esto absolutamente lo mismo que guardar los Mandamientos? No.

Hay una gran diferencia entre el devoto y el indiferente; porque este infeliz, auxiliado con la providencia general del Altísimo, difícilmente guardará los Mandamientos, en tanto que el otro cuenta con una protección especial de la Señora para no caer en pecado y levantarse presto de la culpa si padeciese la desgracia de pecar.

Además, confirma la experiencia que los que no abandonan los obsequios con que de ordinario honran á nuestra Reina, si alguna vez, arrastrados por su fragilidad, pecan gravemente, reciben de la divina Madre gracias poderosísimas, toques eficaces para convertirse á Dios con providencial oportunidad. Por esto, cuando nos dicen que alguno, antes conocido por su gran piedad, luego escandaliza con una conducta totalmente opuesta á las máximas cristianas, pregunto al instante: ¿Conserva alguna práctica piadosa en honor de María? Si me responden afirmativamente, no desconfío del todo de que, tarde ó temprano, vuelva de nuevo al buen camino; pero si me contestan que todo lo abandonó hasta llegar al cinismo de mostrarse

de los devotos y negar las prerrogativas de María, desespero casi por completo de su reducción.

Así me aconteció con un desgraciado apóstata, llamado Gabarró. Como es público y todos saben, renegó de la fe católica, conduciéndose en su apostasia como un demonio del infierno. En una mesa donde se hallaban juntamente el infeliz y una buena y edificante señora, dijo ésta públicamente á sus comensales:—"No lo duden ustedes: Gabarró, á pesar de sus impiedades, allá en sus adentros teme las penas del infierno, y lo peor es que no se escapará de las divinas venganzas." A lo que contestó el renegado: "Ciertamente, dice usted bien, señora; creo y estoy en que mi paradero ha de ser el infierno; pero espero también que conmigo llevaré á miles de almas á la eterna condenación."

Oía yo esta triste relación, y decíame para mí: ¿quién sabe si á pesar de tan luciferina maldad, ilustrado algún día por la maternal bondad de la Madre de pecadores, entrará de nuevo en el redil del buen Pastor? Pero cuando supe que, dejadas completamente todas sus devociones, vomitaba mil asquerosas blasfemias contra la excelsa Madre del Amor Hermoso, lo di por rematadamente perdido; y, en efecto, escapado á París por sus crímenes, ejerciendo el miserable oficio de tabernero, murió el triste Gabarró como había vivido; sin señales de arrepentimiento.

Ni me diga nadie que infundir tal confianza en María es dar alas al pecar; porque, aunque no tiene riberas el mar de clemencia de María, para que nuestra confianza sea cristiana debemos distinguir dos linajes de presunción: una real, y otra aparente. Hay algunos que infringen sin reparo la divina ley, confiando temerariamente que por su falsa devoción á María se librarán de los rayos de la divina justicia, y de éstos, por desgracia, se condenan muchos engañados por su vana presunción; pero otros pecan también, no escudados en su amor á María, sino por su gran debilidad y violencia de sus pasiones, lloran en su interior los disgustos que por su parte causan á tan dulce Madre, y le suplican con humildad no los desampare en su desgracia.

Esto no es presunción, sino gran miseria, y de éstos se salvan muchos si imploran con gran confianza al amparo de María.

Un confesor conocido mío contaba un ejemplo que le sucedió á él mismo y confirma esta verdad.

Una vez fué llamado á confesar una enferma, la cual, al verle, se puso á llorar á lágrima viva.—¿Qué tiene usted, hija mía?—le dijo el confesor;—ábrame usted su corazón, que aquí estoy para consolarla aunque fuese la mayor pecadora del mundo.—¡Ay, Padre!—dijo la penitente;—si no lá mayor, soy por lo menos una grandísima pecadora, pues

en toda mi vida he hecho una buena confesión, y sí muchos y gravísimos sacrilegios.—Qué, ¿no se confesaba usted á menudo?—Todas las semanas, Padre; pero muy mal, callando los pecados que me daban mayor vergüenza.—Puede usted, pues, decírmelos todos con entera confianza, en la seguridad de que la escucharé con entrañas de misericordia y no la increparé por nada.

Descubrió la pobrecita su conciencia sin celar ninguna culpa; y habiendo, por último, confesado al Padre que no le restaba sino dar gracias á Dios por haber conseguido tan dulce y consoladora victoria, preguntóle éste:—¿Y no temía usted verse arrojada á los infiernos en castigo de tantos sacrilegios?—¡Oh, sí, Padre mío! Los remordimientos me perseguían sin tregua día y noche; acudía en mis apuros al amparo de María; volvía á confesarme con ánimo y resolución de cambiar de vida, y cuando iba á abrir mi corazón contando mi sacrilega vida, vencíame la vergüenza y volvía á callar. ¡Qué vivir tan desgraciado era el mío! Más triste que la misma muerte, que aguardo ya contenta.—¿Y qué le decía usted á la Virgen para conseguir beneficio tan grande como el que acaba de obtener?—preguntóle el confesor.—Todos los días le rezaba el santo Rosario, suplicándole que no me dejara morir en pecado mortal. Ya lo he conseguido con indecible júbilo de mi alma. ¡Gracias sean dadas á María, ya moriré satisfecha!

En efecto: tuvo aún algunos días de vida, gastados en actos de penitencia y de amor de Dios, y en ardientes deseos de irse al cielo para no pecar más, y expiró con evidentes señales de salvación.

De estos favores providenciales pueden referir á docenas todos los confesores algún tanto celosos. Voy á contaros uno que me sucedió y me infundió singular consuelo.

Confesaba yo una buena mujer que tenía un hermano, el cual acababa de llegar ciego de la expatriación, adonde se había acogido, como muchos otros, después de la guerra de los Siete Años. Había sido coronel efectivo, y no habiendo querido adherirse al convenio de Vergara, lo pasaba pobremente en Francia ejerciendo el oficio de impresor, en el cual perdió la vista. Vuuelto á su patria cuando sus compañeros de armas brillaban por sus victorias en Cataluña, pasaba allí completamente desconocido.

Suplicóme su hermana que le fuese á visitar y me preparase para oír su confesión general, que deseaba vivamente hacer. Allí fuí ansioso de consolarle, y el pobre, después de los saludos propios de un caballero bien educado, descubrió delante de su propia hermana que desde los últimos años de su campaña no se había confesado. Era católico de corazón, pero sin prácticas de tal. Preguntéle si tenía devoción á la Virgen Santísima, y me contestó, dejando escapar

una lágrima de sus apagados ojos, que era lo único que había conservado en medio de su criminal indiferencia.— Nunca me olvidé,—añadió,—de los consejos de mi buena madre, la cual me inculcaba repetidas veces que jamás me acostara sin haber rezado alguna oración á María, y no me acuerdo de haber ido nunca á dormir sin recitar por lo menos tres Ave Marías. ¿Qué habría sido de mí sin esta devoción? De seguro que habría perdido la fe, como alguno de mis amigos que ahora corren, y habría muerto impío.

Confesóse, pues, de toda su vida, y se levantó de mis pies lleno de santo contentamiento y de consuelo inefable. Hícele unas tres visitas más, en que manifestaba su gran alegría y acerba pena; alegría por la gracia del perdón, y pena de no haber servido mejor á Dios. En una de estas visitas me encargó dijese á su hermana que, en caso de ver su muerte, pusiera en su ataúd un gran trapo atravesado de balas que guardaba entre sus prendas. Despedíme de él dejándolo sano y satisfecho, y al otro día dióle un accidente imprevisto, en que murió con prendas clarísimas de predestinación. ¿Quién no admira en tan halagüeña providencia la mano maternal de María?

VI

VERDADERA DEVOCION A MARIA

Y si así se porta Madre tan cariñosa con los que conservaron una sombra de devoción, ¿qué hará con los que le profesan devoción verdadera?

Se puede asegurar que no consentirá jamás que perezcan en manos de sus infernales enemigos.

Pero la dificultad parece estar en conocer en qué consistía la verdadera devoción, cuáles sean las señales que la caractericen.

Y con todo, no hay tales dificultades, porque cosa es bien sabida que la verdadera devoción abraza tres puntos, es á saber: justo aprecio del Santo de nuestros amores, imitación de sus virtudes y tributo de obsequios que le agraden. Respecto á lo primero, bastante llevamos dicho sobre la grandeza inefable de María para tener de tan excelsa Señora una justa estimación.

Pero además requiere la devoción sólida que copiemos en nosotros sus ejemplos. ¿Con qué derecho pretenderá pasar plaza de devoto ó hijo de María el que fomenta en su alma el orgullo, siendo la Virgen la más humilde de las criaturas? ¿Cómo ha de mirar la Señora con ojos de complacencia á los resaca vos de la lascivia ó del rencor, habiéndose ella distinguido por su angelical virginidad y

por su caridad acendrada? ¿Qué pueden esperar de la Virgen los usureros y envidiosos, habiendo ella brillado por su generosidad y amor de los pobres? No, no puede gloriarse de ser devoto de algún Santo el que desprecia sus más bellas cualidades, y las desprecia en verdad el que rehuye imitarlas.

Oigamos un hecho que confirma lo dicho. Hacia un cazador alarde de su amor á María, á quien llamaba su queridísima Madre. Metióse un día en un espeso bosque corriendo tras de un jabalí, cuando á lo mejor de su carrera se desató la atmósfera en una terrible tempestad de rayos y truenos, cayendo una granizada espantosa. Teníase el infeliz por muerto, y como suele decirse que nadie se acuerda de Santa Bárbara sino cuando truena, en aquellos apuros se acordó el cazador de la Virgen María, y acudió á ella clamando: "¡Mostrad Señora, que sois mi Madre!" Y en aquella soledad resonó una voz misteriosa que decía: "¡Nuestra tñ que eres mi hijo!" A este sonoro aviso reconoció el cazador sus culpas, prometió portarse como buen hijo de tan santa Madre imitando sus virtudes, y al punto serenóse el cielo, librando al infeliz del riesgo en que andaba.

Restáanos solamente decir qué obsequios se deben tributar á Nuestra Señora que sean de su agrado.

Agrádanle todos los actos de virtud practicados á honra suya; pero además de una vida de buenos hijos, amoldada

á sus ejemplos, desea que le consagremos algunas prácticas de piedad acomodadas á las circunstancias y condiciones de cada uno. Un buen confesor os dará reglas sobre lo que debéis hacer en particular.

Os diré con todo que los verdaderos devotos, además de llevar algún santo escapulario como librea de tan buena Madre, no pasan hora en que no la saluden con el Ave María; ni día en que no le recen el santo Rosario, práctica tan piadosa y usada de nuestros abuelos; ni semana en que no le consagren el sábado, en que dicen fué concebida sin mancha; ni año en que no dediquen el mes de Mayo á la celebración de sus glorias y beneficios.

Y ahora, para concluir, recordaré lo que al principio decía, porque en eso encontraréis cuanto se pueda desear para ser devoto de María. Hijos de México, tended vuestra vista por toda la República; tended vuestra vista por cuanto México es y por cuanto México fué, y ahí encontraréis las huellas de una devoción verdadera á María. En todas partes colocaban imágenes de María; enemigos irreconciliables eran de los enemigos de María, amigos entrañables de sus amigos: si estaban en apuros, acudían á María; si se hallaban en peligros, se acogían al manto de María; si necesitaban vencer enemigos, á María se encomendaban, á María le daban las gracias, visitaban los

altares de María, paseaban las imágenes de María, rezaban su Rosario, amamantaban á sus hijos con la devoción á María; en una palabra, era un pueblo que exclamaba: "La Madre de Dios es mi Madre." Pues ámala tú también como Madre; ámala, y haz lo que tu amor te dicte; ámala, y haz lo que tu amor te enseñe; ámala, y haz que tus obras y tus palabras digan continuamente: "La Madre de Dios es mi Madre."

VII

MARIA REFUGIO DE PECADORES Y
CONSUELO DE LOS QUE LLORAN

Son tantos los motivos que tenemos nosotros de amar á esta amorosa Reina, que si en toda la tierra se alaba á María, en todos los sermones sólo de María se hablase y todos los hombres diesen la vida por María, realmente sería poco para el obsequio y agradecimiento que le debemos, atendido el amor tan tierno que á todos los hombres y aun á los más miserables pecadores que la conservan algún afecto de devoción. Decía el venerable Raimundo Jordán, el cual por humildad se llamó el Idiota, que María no sabe dejar de amar á quien la ama; antes bien no se desdén de llegar aun á servir á quien la sirve, eimplando, si éste es pecador, toda su poderosa intercesión para alcanzarle el perdón de su

bendito Hijo. Es tan grande, prosigue diciéndo, su benignidad y misericordia, que ninguno, por más perdido que sea, debe temer de acudir á sus pies, porque á ninguno de cuantos á ella acude desecha. María, como amantísima abogada nuestra, ofrece ella misma á Dios los ruegos de sus siervos, especialmente los que á ella se le consagran; porque así como el Hijo intercede por nosotros para con el Padre, así María intercede por nosotros para con el Hijo, y no deja de tratar con uno y otro para el negocio de nuestra salvación, y de alcanzar las gracias que nosotros pedimos. Con razón pues, el beate Dionisio Cartujano llama á la Virgen Santísima el refugio singular de los perdidos, la esperanza de los miserables y la abogada de los pecadores que á ella recurren.

Más si por ventura se hallase algún pecador que, aunque no dudase de su poder, desconfiase, no obstante, de la piedad de María, temiendo tal vez que no quisiera ayudarle por la gravedad de sus culpas, le anima San Buenaventura diciéndole: "Grande y singular es el privilegio que tiene María para con el Hijo de alcanzar cuanto quiere con sus ruegos; más ¿de qué nos serviría á nosotros este gran poder de María si Ella no cuidase de nosotros? No, no dudamos, concluye el Santo; estamos seguros, y damos gracias siempre al Señor y á su divina Madre, porque así como para con Dios es la más poderosa de to-

altares de María, paseaban las imágenes de María, rezaban su Rosario, amamantaban á sus hijos con la devoción á María; en una palabra, era un pueblo que exclamaba: "La Madre de Dios es mi Madre." Pues ámala tú también como Madre; ámala, y haz lo que tu amor te dicte; ámala, y haz lo que tu amor te enseñe; ámala, y haz que tus obras y tus palabras digan continuamente: "La Madre de Dios es mi Madre."

VII

MARIA REFUGIO DE PECADORES Y
CONSUELO DE LOS QUE LLORAN

Son tantos los motivos que tenemos nosotros de amar á esta amorosa Reina, que si en toda la tierra se alaba á María, en todos los sermones sólo de María se hablase y todos los hombres diesen la vida por María, realmente sería poco para el obsequio y agradecimiento que le debemos, atendido el amor tan tierno que á todos los hombres y aun á los más miserables pecadores que la conservan algún afecto de devoción. Decía el venerable Raimundo Jordán, el cual por humildad se llamó el Idiota, que María no sabe dejar de amar á quien la ama; antes bien no se desdona de llegar aun á servir á quien la sirve, eimplando, si éste es pecador, toda su poderosa intercesión para alcanzarle el perdón de su

bendito Hijo. Es tan grande, prosigue diciéndo, su benignidad y misericordia, que ninguno, por más perdido que sea, debe temer de acudir á sus pies, porque á ninguno de cuantos á ella acude desecha. María, como amantísima abogada nuestra, ofrece ella misma á Dios los ruegos de sus siervos, especialmente los que á ella se le consagran; porque así como el Hijo intercede por nosotros para con el Padre, así María intercede por nosotros para con el Hijo, y no deja de tratar con uno y otro para el negocio de nuestra salvación, y de alcanzar las gracias que nosotros pedimos. Con razón pues, el beate Dionisio Cartujano llama á la Virgen Santísima el refugio singular de los perdidos, la esperanza de los miserables y la abogada de los pecadores que á ella recurren.

Más si por ventura se hallase algún pecador que, aunque no dudase de su poder, desconfiase, no obstante, de la piedad de María, temiendo tal vez que no quisiera ayudarle por la gravedad de sus culpas, le anima San Buenaventura diciéndole: "Grande y singular es el privilegio que tiene María para con el Hijo de alcanzar cuanto quiere con sus ruegos; más ¿de qué nos serviría á nosotros este gran poder de María si Ella no cuidase de nosotros? No, no dudamos, concluye el Santo; estamos seguros, y damos gracias siempre al Señor y á su divina Madre, porque así como para con Dios es la más poderosa de to-

dos los Santos, así también es la abogada más amorosa y solícita de nuestro bien."

María no sólo tiene cuidado de todos, sino aun de los pecadores; y de éstos se gloria especialmente de que la llamen su abogada, como puntualmente lo declaró ella misma á la venerable sor María Vilani diciéndola: "Yo, después del título de Madre de Dios, me precio de ser llamada la abogada de los pecadores." Así nuestra Reina no deja de asistir delante la majestad divina, intercediendo continuamente por nosotros con sus poderosos ruegos. Y porque en el cielo conoce bien nuestras miserias y necesidad, no puede dejar de compadecerse de nosotros; por lo cual con afecto de madre, movida á compasión de nosotros, piadosa y benigna, busca siempre el socorrerlos y salvarnos. Por eso Ricardo de San Lorenzo anima al pecador, por miserable que sea, á que acuda con confianza á esta dulce abogada, teniendo por seguro que la hallará siempre dispuesta á favorecerle.

Pobres de nosotros pecadores si nouviésemos esta grande abogada, lo es tan poderosa, tan piadosa, y juntamente tan prudente y sabia, que no puede el juez su Hijo, dice Ricardo de San Lorenzo, condenar los reos que ella defiende. Por lo cual San Juan Geómetra la saluda: "Conciliadora de paz." Porque todas las causas defendidas por esta sapientísima abogada, todas se ganan. Y

por eso San Buenaventura llama á María "la sabia Abigail". Esta fué aquella mujer que, como se lee en el libro primero de los Reyes, supo aplacar con sus interesantes ruegos al rey David cuando estaba indignado contra Nabal, y que el mismo David bendijo luego, como dándole gracias porque le había impedido con sus suaves ruegos el vengarse de Nabal con sus propias manos. Esto mismo puntualmente hace de continuo María en el cielo á favor de innumerables pecadores; ella sabe con sus tiernos y sabios ruegos aplacar tan bien la divina justicia, que el mismo Dios la bendice, y como que le da gracias por detenerle en aquel modo para que no los desampare y castigue como merecen. Para este fin, dice San Bernardo, el eterno Padre, por querer usar con nosotros todas las misericordias posibles, á más de Jesucristo, que es el principal abogado para con El, nos ha dado á María por abogada para con su Hijo.

No hay duda, dice San Bernardo, que Jesús es el único mediador de justicia entre los hombres y Dios, que en virtud de los propios méritos puede y quiere, según sus promesas, alcanzarnos el perdón y la divina gracia; más porque los hombres en Jesucristo reconocen y temen la divina Majestad que en El reside como Dios, por eso ha sido necesario señalarnos otra abogada á la cual podamos nosotros acudir con menos temor y con más confianza, y ésta es María, la abo-

gada más poderosa para con su divina Majestad y más piadosa hacia nosotros que pudiéramos hallar. Pero mucho agravio haría después á la piedad de María, prosigue diciendo el Santo, el que aún tuviese temor de acudir á los pies de esta dulcísima abogada, que nada tiene de severa y de terrible, sino que es toda dulzura, toda amable y benigna. Lee y revuelve cuanto quieras, añade San Bernardo, toda la historia escrita en los Evangelios, y si hallas algún acto de austeridad en María, entonces teme de acercarte á ella. Pero no le hallarás: por lo cual acude alegremente, dice, que ella te salvará con su intercesión.

Pero es muy hermosa la exclamación que Guillermo Parisiense pone en boca del pecador que acude á María. "¡Oh Madre de Dios!, le hace decir; yo, en el estado miserable á que me veo reducido por mis pecados, á Vos acudo lleno de confianza; y si Vos me desecháis, os reconvengo que, en cierto modo, estáis obligada á ayudarme, pues que toda la Iglesia de los fieles os llama y os publica "Madre de la misericordia." Vos, ¡oh María!, sois realmente aquella que, por ser tan amada de Dios, siempre sois oída; vuestra gran piedad no ha faltado jamás á alguno; vuestra dulcísima afabilidad nunca ha despreciado á pecador alguno por enorme que sea, como se haya encomendado á Vos. Y qué, ¿por ventura falsamente ó en vano os llama toda la Iglesia su abogada y el refugio de los

miserables? No suceda jamás que mis culpas, ¡oh Madre mía!, puedan deteneros el cumplimiento del grande oficio de piedad que Vos tenéis, con el cual sois juntamente la abogada y la medianera de la paz entre los hombres y Dios, y, después de vuestro Hijo, la única esperanza y el refugio seguro de los miserables. Todo cuanto Vos tenéis de gracia y de gloria, y la misma dignidad de ser Madre de Dios, si es lícito el decirlo, Vos lo debéis á los pecadores, pues que por ellos el Verbo divino os ha hecho su Madre. Lejos de esta divina Madre, que parió al mundo la fuente de piedad, el pensar que ella haya de negar su misericordia á miserable alguno que á ella acuda. Pues ya que vuestro oficio, ¡oh María!, es hacer de reconciliadora entre Dios y los hombres, muévaos á socorrerme vuestra gran piedad, que es sin comparación mayor que todos mis pecados."

Consolaos, pues, ¡oh pusilánimes! Respirad y animaos, ¡oh desdichados pecadores! Esta gran Virgen, que es Madre de vuestro Juez y Dios, es la abogada del género humano: á propósito, porque puede cuanto quiere delante de Dios; sapientísima, porque sabe todos los modos de aplacarle; universal, porque á todos acoge y no rehusa defensa alguna. Madre de todos, porque á todos nos acogió por hijos al pie de la Cruz.

Cuán piadosa sea con los miserables pecadores esta nuestra abogada, lo demostró bien con Beatriz, alumna del

monasterio de Fuente-Eraldo, como si fueren Cesáreo y el P. Rho. Esta infeliz doncella, vencida de la pasión hacia cierto joven, concertó el huirse juntamente con él. Y de hecho un día la desgraciada se dirigió á una imagen de María, allí le dejó las llaves del monasterio del cual era Portera, y se fué desvergonzadamente. Luego que llegó á otro país, se dió á toda clase de vicios y vivió quince años en este estado miserable. Sucedió después el encontrarse en aquella ciudad con el mandadero del monasterio, y ella le preguntó, juzgándose ya desconocida de él, si conocía á Sor Beatriz. "Harto la conozco, respondió él; es una monja santa, y ahora es maestra de novicias". Al oír esto quedó ella confusa y pasmada sin poder entender cómo fuese aquello. Por lo cual, para certificarse de la verdad, disfrazóse y se fué al monasterio. Allí pregunta por Sor Beatriz, y he aquí que se le aparece la Virgen Santísima en forma de aquella misma imagen, á la cual, al tiempo de partirse, le había entregado las llaves y el hábito. Y la divina Madre entonces la habló así: "Beatriz, sabe que yo, para impedir tu deshonor, he tomado tu semblante, y en tu lugar, por espacio de quince años que has vivido lejos del monasterio y de Dios, he ejercido tu empleo. Hija, vuelve, haz penitencia, que mi Hijo aún te espera y procura con la buena vida conservar el buen nombre que yo te he adquirido".

Así dijo, y desapareció. Entonces Beatriz volvió á entrar en el monasterio, tomó otra vez el hábito de religiosa, y agradecida á tan gran misericordia de María, vivió como una santa; y después en la hora de su muerte, lo manifestó todo para gloria de esta gran Reina.

VIII

LA VIRGEN MARIA Y EL PROTESTANTISMO.

Esta inmunda secta, como hija directa del infierno y del demonio, no puede menos de ser enemiga jurada de María. ¡Pues no faltaba más! La lujuria de un fraile (que fraile y casado "por lo civil" fué Lutero, el padre de los protestantes) no puede amalgamarse bien con la pureza virginal de la Santísima Virgen, ni la humildad de María con la soberbia de los que protestan contra todo lo santo y justo, y "velay" por qué los protestantes no veneran á la Santísima Virgen, antes la odian con toda su alma. Señal infalible de su reprobación, de que son hijos del demonio, de que están dejados de la mano de Dios; porque es sentencia común de los Santos que está sin remedio condenado, de que no hay esperanza alguna de salvación para el desgraciado que no ama á María, Madre,

consuelo y amparo de pecadores y triunfadora eterna de todas las herejías.

Y los protestantes de México, no contentos con odiar á María y su culto, y de burlarse de él en todos los tonos, quieren además arrancar del corazón de los mexicanos el amor de la Virgen de Guadalupe, y para ello, entre otras cosas dignas de su perfidia y mala fe, dan de balde y meten por debajo de las puertas unos libritos asquerosos, conjunto de blasfemias, de necedades y de ignorancias, mulatares de errores y de herejías, y uno de esos infames papeluchos está escrito en contra de la Madre de México, la Santísima Virgen María de Guadalupe.

Desgraciadas de las poblaciones donde se permite que se escriban y se repartan libros escritos en el infierno en contra de la maternidad divina y la pureza inmaculada de María!

Pero vamos al caso, y á ver qué nos dicen esos librecitos, y qué razones nos dan para destruir un culto que cuenta diez y ocho siglos en la Iglesia, que está apoyado y defendido por todos los Santos y todos los sabios de la Religión católica, y sólo impugnado por cuatro frailes apóstatas y curas concubenarios, más amigos de la maternidad de sus mancebas que de la virginidad de los claustros y de las iglesias.

Pues empieza el librito diciendo que "ciertas cosas" (alude á la devoción á María) "hay que mirarlas con solemne

seriedad". En efecto, así es. Pero otras que son ridículas por sus cuatro costados hay que mirarlas con solemne desprecio y reirse de ellas á mandíbula batiendo, y chillarlas y patearlas por todo lo alto. Y no se den por aludidos los cómicos reformadores de la moral, los farisantes del "Evangelio puro" y los apóstoles "pareados" que, para santificarnos, se digna enviarnos de vez en cuando la formal y seria raza sajona.

"Los católicos romanos suponen, continúa el "sapientísimo" y "piadoso" escribidor, que los protestantes tratamos á la Virgen María con irreverencia, y que no la rendimos el honor que Dios quiere le sea dado, y que somos herejes y no creemos lo que de ella se dice en las Sagradas Escrituras."

¡Ca, hombre! ¿Qué hemos de suponer? No suponemos nada, porque lo que se ve no se supone. Y nosotros vemos clarísimamente que los protestantes son los mayores enemigos que ha tenido la Virgen, nuestra Madre, como directos descendientes que son de aquel "animalito candoroso," cuya cabeza aplastó María en el Paraíso terrenal. Y si no, veamos á ver. ¿Qué gloria no arrebatáis á María de las infinitas glorias que le damos los católicos, fundados en la tradición, en la doctrina de los Santos Padres, en lo que de ella han pensado y escrito innumerables sabios de todas las edades, en lo que dice el corazón y el sentido común que hay que conceder á la mujer benditi-

¿Cómo que Dios escogió para hacerse hombre en su seno virginal?

En efecto; los protestantes empiezan por negar la maternidad divina de María. Porque continúa el librito:

"Aunque te digo claramente que tenemos completa fe en que siendo virgen fué madre de la naturaleza humana de Nuestro Señor Jesucristo, Emmanuel, Dios con nosotros, no creemos que es Madre de Dios, pues Dios, como tú muy bien comprendes, no puede tener Madre."

Lo que yo comprendo muy bien es que el impío ignorante que ha escrito esas patochadas, ni sabe Teología, ni Filosofía, ni tiene sentido común. ¿Qué Dios no puede tener Madre! Noticia fresca. ¿Cuándo hemos dicho los católicos que Dios, en cuanto Dios, la tenga? Pero María es Madre de Cristo, que es junta é inseparablemente verdadero hombre y verdadero Dios, no en dos personas distintas, sino en una sola persona. Como la mujer que tiene un hijo sabio, un hijo rey, un hijo rico, no es madre de la sabiduría, ni de la dignidad real, ni de la riqueza del hijo, y no obstante, es madre del sabio, del rey ó del rico, porque son cosas que van unidas á la persona del hijo de aquella mujer. ¿Quién ha dicho jamás que María es madre de la naturaleza divina? Decimos que es Madre de Cristo. Es así que Cristo es Dios; luego es Madre de Dios.

También dicen los protestantes con

refinadísima hipocresía que ellos no son como nosotros los católicos, ¡ya lo creo! que á fuerza de honrar á la Madre nos olvidamos del Hijo. Ellos, los "santos," los "piadosos," los perfectos adoradores del Hijo de Dios, lo entienden de otro modo. ¿Sabéis cómo lo entienden en realidad de verdad? Pues detestando á la Madre y no haciendo caso del Hijo. Pues has de saber, caro y engañado lector, que la mayor parte de los pastores protestantes creen tanto en Jesucristo como en Mahoma; y todo eso del protestantismo de los "renegados" mexicanos, es un "modus vivendi" para gozar de un sueldo con que dar de comer á los "apostolillos" y tener casa y mujer. ¿Entiendes? Esa es la madre del cordero; que, por lo demás, nunca se deshonorra al Hijo por mucho que se honre á la Madre; ni al Rey por más que se respete á la madre del Rey.

Fuera de todo esto hay que observar que el culto de los católicos á la santísima Virgen va directamente á Nuestro Señor Jesucristo, siendo el hijo honrado en la Madre. Si amamos y alabamos á María, es para felicitarla por ser Madre de Dios y para darle gracias porque, contribuyendo al misterio de la Encarnación con su consentimiento y con su virginal substancia, ha contribuido á darnos al Redentor.

El culto de honor que tributamos á "María" es la salvaguardia del culto de adoración que rendimos á "Jesús." De

esta verdad tenemos á la vista una prueba elocuente. La Iglesia católica, á quien se acusa de olvidar á "Jesús" por "María", al Criador por la criatura, esa Iglesia es la que únicamente conserva y defiende, contra la incredulidad protestante, la divinidad de Jesucristo, de ese único mediador por cuyo honor se mostraba muy celosa tan farisaicamente la herejía, divinidad de que esa misma herejía reniega más y más cada día.

Otra cosa no pueden llevar con paciencia los protestantes, y se los lleva Pateta cuando oyen que llamamos á María "vida," "dulzura y esperanza nuestra," etc., etc. ¡Horror! ¡Profanación! exclaman los pobrecitos llenos de "santo celo." Vosotros los católicos sois unos ídólotras, unos ignorantes, unos tales y unos cuales, que atribuíis á esa criatura los títulos que la Biblia, esa Biblia que es lo único que nosotros creemos, porque la interpretamos y la hacemos decir lo que nos da la real gana, sólo da á Dios. ¡Ah! Fariseos y sepulcros blanqueados, que os escandalizáis de eso, y no os escandalizáis ni de vuestras apostasias ni de vuestros "milagros." ¿Quiénes sois vosotros, ni cuáles vuestros títulos para corregir la plana á la Iglesia, á los Santos Padres, á los Doctores innumerables que esos y otros títulos mayores han dado á la Virgen?

"María, exclaman, es una criatura; y ¿cómo una criatura ha de ser esperanza nuestra?" Esto dicen los herejes; pero

no obstante esto, la santa Iglesia quiere que cada día todos los cristianos del mundo levanten la voz, y de parte de todos los fieles invoquen y llamen á María con este dulce nombre de esperanza nuestra, esperanza de todos.

De dos modos, dice el Angélico Doctor Santo Tomás, podemos nosotros poner nuestra esperanza en una persona: como causa principal y como causa media. Los que del rey esperan una gracia, la esperan de su majestad como señor, y de su ministro ó privado como intercesor ó medio. Si sale la gracia, principalmente viene del rey, pero por medio de su privado; por lo que con razón llama su esperanza á su intercesor el que por su medio espera alcanzar una gracia. El Rey del cielo, porque es bondad infinita, sumamente desea enriquecernos con sus gracias; mas porque de nuestra parte es necesaria la confianza para acrecentarla, nos ha dado por Madre y abogada á su misma Madre, á la cual le ha dado todo el poder para ayudarnos. Y por eso quiere el Señor que en María coloquemos la esperanza de nuestra salvación y de todo nuestro bien.

De aquí es que nosotros, con razón, llamamos esperanza nuestra la Virgen, esperando, como dice el Cardenal Belarmino, alcanzar por su intercesión lo que no conseguiríamos por nuestros ruegos. Nosotros la rogamos, dice San Anselmo; pero el suplicar á la Virgen con esta esperanza no es desconfiar de

la misericordia de Dios, sino temer nuestra propia indisposición.

Con razón, pues, la Santa Iglesia aplica á María las palabras del Eclesiástico, llamándola: "María de la santa esperanza"; la madre que hace nacer en nosotros, no la esperanza vana de los bienes caducos y transitorios de esta vida, sino la esperanza santa de los inmensos y eternos bienes de la vida bienaventurada.

Y basta de protestantes y protestantas. Entre los textos y autoridades de los Santos Padres citados y los de los "sapientísimos" y "purísimos" doctores de la Iglesia reformada, Lutero, Calvino, Cabrera, Tornos y demás padres de... sus hijos, la elección no es dudosa, y sacarán nuestros lectores la consecuencia de que, si María es nuestra Madre, nuestra vida, nuestra dulzura y esperanza, poca esperanza puede quedar, si no se convierten, á los que reniegan de María, niegan sus glorias y sus grandezas, abominan su culto y quieren arrancar del corazón de los mexicanos el amor y la devoción de la que siempre fué y será, á pesar del infierno y sus secuaces, Reina y Patrona, Abogada y Madre dulcísima de México, de todos y cada uno de los mexicanos.



¿Tienen los pobres alma?

Sin llegar á ser mundana es lo cierto que Doña Beatriz era una mujer un poco entregada al mundo. Hija única de un rico banquero que quedó viudo cuando Doña Beatriz contaba pocos años de edad, había recibido una educación bastante defectuosa, cuyos perniciosos efectos eran neutralizados en parte por la saludable influencia de las máximas piadosas que la madre de Doña Beatriz, excelente cristiana, había procurado con empeño, grabar en el corazón de su hija. Pero, muerta su esposa, el banquero no se cuidó de la niña más que para satisfacer todos sus gustos y caprichos, resultando de aquí una mezcla de cualidades y defectos en el corazón de Doña Beatriz, que si no la hacían ser mala del todo, tampoco la dejaban ser enteramente buena.

Era su alma "naturaliter" cristiana, pero nada más que "naturaliter"..... Con la misma facilidad hacía una nove-

la misericordia de Dios, sino temer nuestra propia indisposición.

Con razón, pues, la Santa Iglesia aplica á María las palabras del Eclesiástico, llamándola: "María de la santa esperanza"; la madre que hace nacer en nosotros, no la esperanza vana de los bienes caducos y transitorios de esta vida, sino la esperanza santa de los inmensos y eternos bienes de la vida bienaventurada.

Y basta de protestantes y protestantas. Entre los textos y autoridades de los Santos Padres citados y los de los "sapientísimos" y "purísimos" doctores de la Iglesia reformada, Lutero, Calvino, Cabrera, Tornos y demás padres de... sus hijos, la elección no es dudosa, y sacarán nuestros lectores la consecuencia de que, si María es nuestra Madre, nuestra vida, nuestra dulzura y esperanza, poca esperanza puede quedar, si no se convierten, á los que reniegan de María, niegan sus glorias y sus grandezas, abominan su culto y quieren arrancar del corazón de los mexicanos el amor y la devoción de la que siempre fué y será, á pesar del infierno y sus secuaces, Reina y Patrona, Abogada y Madre dulcísima de México, de todos y cada uno de los mexicanos.



¿Tienen los pobres alma?

Sin llegar á ser mundana es lo cierto que Doña Beatriz era una mujer un poco entregada al mundo. Hija única de un rico banquero que quedó viudo cuando Doña Beatriz contaba pocos años de edad, había recibido una educación bastante defectuosa, cuyos perniciosos efectos eran neutralizados en parte por la saludable influencia de las máximas piadosas que la madre de Doña Beatriz, excelente cristiana, había procurado con empeño, grabar en el corazón de su hija. Pero, muerta su esposa, el banquero no se cuidó de la niña más que para satisfacer todos sus gustos y caprichos, resultando de aquí una mezcla de cualidades y defectos en el corazón de Doña Beatriz, que si no la hacían ser mala del todo, tampoco la dejaban ser enteramente buena.

Era su alma "naturaliter" cristiana, pero nada más que "naturaliter"..... Con la misma facilidad hacía una nove-

na á cualquier Santo escrupulosamente, que faltaba á Misa sin ningún escrúpulo en días de precepto. Tan pronta estaba su bolsa para contribuir á una función religiosa ó á una obra caritativa, como á una fiesta profana y escandalosa....

Tipo muy común, por desgracia, y mucho más funesto para la verdadera piedad de lo que generalmente se cree...

En la puerta de la Iglesia á que Da. Beatriz asistía al Santo Sacrificio casi todos los días de precepto, situábase, para implorar la caridad de los fieles, una mendiga de edad avanzada y de aspecto dulce y simpático, á la que nunca dejaba de socorrer Doña Beatriz á la salida de la Misa. "Señorita!... La pobrecita anciana que no lo puede ganar," decía sonriendo la mendiga, apenas columbraba á la joven en el dintel de la puerta; y Da. Beatriz echaba mano al bolsillo, daba á la anciana la primera moneda con que tropezaba su mano, y proseguía su camino sin mirar apenas á la mendiga. Hubo ocasiones en las que la señorita, ó por no entretenerse en buscar una moneda más ínfima ó porque no llevaba suelto, dió á la anciana un medio peso, y hasta uno entero, con la misma facilidad que si le diera un solo centavo; así es que, no hay que decir que cualquiera otra dama podía escapársele á la mendiga á la salida de Misa, pero lo que es Doña Beatriz.... ¡cualquier día! ¡buen cuidado tenía ella de que no se le escapara! Hacía dos ó

tres domingos que la mendiga tendía su mano á Doña Beatriz, repitiendo las mismas palabras de siempre, pero ya no se sonreía. Doña Beatriz la socorria como de costumbre, y continuaba su marcha sin hacer alto en la visible aflicción de la anciana.

Un domingo, la mendiga esperó en valde la salida de los fieles de la Misa, á que Doña Beatriz asistía de ordinario y Da. Beatriz no salió entre los demás.

—¡Dios mío! ¡hoy no ha venido mi ángel bueno!, pensó con pena la anciana, cuya tristeza era aquel día más visible que en otros. ¿Si estará enferma? Pero la anciana se equivocaba. Doña Beatriz estaba en el templo, en donde continuó después de oír la Misa de costumbre, para oír otra, que aplicó por el alma de su madre, de cuya muerte era aniversario aquel día.

Terminada la segunda Misa, Doña Beatriz salió del templo conmovida y llorosa, porque su corazón era naturalmente bueno, como ya hemos dicho; el recuerdo de su santa madre le había hecho derramar copiosas lágrimas y rezar mucho por ella aquella mañana, con no acostumbrado fervor. Apenas la mendiga divisó á la joven, dirigióse hacia ella, tendiendo la mano y repitiendo con voz doliente la consabida frase: ¡Señorita!... ¡La pobrecita anciana que no lo puede ganar!

Doña Beatriz se detuvo, echó mano

al bolsillo, y durante unos momentos buscó en él inútilmente. Aquel día no llevaba dinero.

—¡Ay!, hermana, dijo al fin, apurada. ¡Hoy no puedo socorrerla!; que me olvidé esta mañana de tomar dinero. ¡Cuánto lo siento!

—¡Válgame Dios, señorita! Qué hemos de hacer, paciencia! Otro día será, si Dios quiere!

—¿Ha estado usted enferma?, preguntó afectuosamente la joven al observar la demacración del semblante de la mendiga.

La tristeza de la anciana se acentuó al oír esta sencilla pregunta, y en vez de contestar á Doña Beatriz, echóse á llorar amargamente.

—¿Qué le pasa á usted?, le interrogó Doña Beatriz con suma dulzura. ¿Le ocurre alguna desgracia?

—¡Ay! ¡Señorita de mi alma! ¡qué quiere usted que me ocurra! ¡que mi pobrecita hija está enferma hace más de un mes, y hoy ha amanecido mucho peor! contestó la mendiga, redoblando su amargo llanto.

—¡Válgame Dios!, ¡pobrecita!, replicó Doña Beatriz, llena de esa profunda compasión que tan fácilmente penetra en los corazones doloridos.

—Y lo que más me apura, prosiguió la anciana, es lo solas y abandonadas que nos vemos por todo el mundo. No entra un alma por aquellas puertas, señorita!

—Pero, no tienen ustedes á nadie en este México, ¿son ustedes solas?

—Solas, señorita; solas como la noche y el día! Mi esposo murió durante la Intervención, cuando lo de la guerra con los franceses, dejándonos á mí y á mi niña, que entonces tenía dos años, sin más amparo que el de Nuestro Padre Dios, que nunca nos ha faltado, ¡bendito sea!, yo, que tenía buenas manos para la costura fina, aunque me esté mal el decirlo, me vine desde Guadaluajara con mi hija en busca de trabajo, y desde entonces hemos ido tirando como Nuestro Padre Dios nos ha dado á entender, hasta que hace dos años yo comencé á perder la vista, y mi hija la salud. A pesar de haberme quedado sin poder trabajar ya hace tiempo, no ha faltado nunca un pedazo de pan, que me han dado, ya en las casas en donde trabajaba antes cuando podía, ya las personas caritativas como usted; pero ¡ay! ¡señorita de mi vida!, no puede usted figurarse qué pena tan grande es verse tan solas, tan tristes, sin una buena alma que nos acompañe nunca un rato, ni nos diga una palabra de consuelo! ¡qué dolor! ¡Madre mía de las Angustias! Algunas personas creen que los pobres no tenemos alma, y que no agradecemos más limosna que la material; qué equivocadas están, ¡señorita de mi alma!

A todo esto la mendiga y Da. Beatriz, que al principiar la conversación habían

comenzado distraídamente á andar, se habían alejado del templo un buen trecho. La joven sentía, con la conversación de la mendiga, un bienestar inefable que inundaba su corazón de un gozo suave, que no se parecía en nada á las tumultuosas satisfacciones que hasta aquel día había experimentado. Así fué que cuando un instante después la mendiga trató de separarse de allí para dirigirse á su vivienda, la joven se detuvo perpleja sin acertar á separarse de la anciana.

—Sin saber por qué, le pareció así como si obrara mal al separarse de la pobrecita mendiga, que tan feliz se sentía á su vez con la compañía de la joven.

—Si no os molesto, le dijo sencillamente, os acompañaré á vuestra habitación y visitaré á vuestra hija.

—Jesús, señorita!, no, ¡por Dios! hay muchas cuadras de distancia y podría usted cansarse.

—¿Y qué importa?, replicó Doña Beatriz sonriendo, al contemplar la expresión de asombro que se pintaba en el rostro de la mendiga. Vamos allá.

Un rato después, Doña Beatriz y la mendiga entraban por la puerta de una casa de vecindad y tomaban por el estrecho y sucio pasillo que conducía á la miserable vivienda de la anciana, que caminaba ligera, como si tuviera alas en los pies, y no cabía en sí de gozo al ver la amabilidad de la joven.

Dignarse una señora tan elegante y principal visitarla en su pobre habitación, ni más ni menos que si ella fuese también una señora de la clase de Doña Beatriz! Hablarle con aquel afecto, con aquella encantadora sencillez, como si ella fuera su igual, como hablaría á las señoras más encopetadas y elegantes de su rango, que serían sin duda las personas con quienes únicamente se trataría Doña Beatriz. Viéndolo estaba, y no acababa de creerlo. Un buen espacio de tiempo permaneció Doña Beatriz en la compañía de la mendiga y de su hija, una preciosa joven de veinte años, que se ganó desde luego el corazón de Doña Beatriz por su modestia y dulzura, y la sublime resignación cristiana con que la pobrecita soportaba la penosa enfermedad que la tenía postrada en el lecho hacía ya cerca de dos meses. Doña Beatriz oyó con suma atención y afabilidad las cuñitas de aquellas infelices, las consoló, lloró, rió con ellas, y despidióse al fin entre sus bendiciones y muestras de profunda gratitud, prometiéndolas volver pronto. La anciana la acompañó hasta la puerta del cuarto, y ya en ella, la dijo Doña Beatriz, después de darle las señas de su casa:

—No deje usted de ir hoy mismo á casa. Desde que la conozco, hoy ha sido el primer día que he dejado de socorrerla, yo no quiero que llegue la noche sin darle limosna.

—Se equivoca usted, señorita, con

testó sonriendo la mendiga. Desde que nos conocemos, hoy ha sido el día que más y mejor nos ha socorrido usted. Hasta hoy, sólo había recibido de su mano el socorro material necesario, es cierto, para el sustento del cuerpo; pero hoy ha traído usted con su presencia á esta pobre casa un rayo de alegría que nos ha llenado el alma de felicidad en medio de nuestras penas, porque si es una obra de misericordia en dar de comer al hambriento, también lo son el visitar á los enfermos y en consolar al triste, que es lo que hoy ha hecho usted con nosotras. El pan que su buen corazón nos ha proporcionado tantas veces, lo hemos comido muchos días mojado en lágrimas amargas, señorita de mi alma, Dios le pague á usted el bien tan grande que con su caritativa visita ha hecho hoy á estas infelices! Más falta nos hace á los pobres muchas veces una palabra de consuelo que un pedazo de pan. Mire usted, mire usted, qué cara tan alegre tiene ahora mi hija! Si parece que hasta la enfermedad se le ha quitado! Prosiguió la anciana volviéndose hacia el interior de la estancia y señalando á la enfermita, cuyo rostro, pálido y triste como una azucena troncada, al llegar Doña Beatriz, aparecía ahora iluminado por una sonrisa suave y matizado de un ligero color de rosa que le daba mucha gracia. Doña Beatriz miró á la niña, y dejándose llevar de un espontáneo y noble impulso

de su buen corazón, penetró resuelta mente en la estancia y abalanzándose al lecho, besó afectuosamente á la niña en la frente y en las mejillas repetidas veces. La anciana, hondamente conmovida, lloraba en silencio de gratitud y de alegría. También Doña Beatriz, al retirarse de aquella casa, llevaba los ojos inundados de dulces lágrimas.....

Pocos días después de esta escena, Doña Beatriz se inscribió en las Conferencias de Señoras de la Sociedad de San Vicente de Paul, con lo cual al par que cumplió bien desde entonces todos sus deberes religiosos, pudo dedicarse fácilmente en lo sucesivo á practicar, no sólo la obra de misericordia de dar de comer al hambriento, sino casi todas las demás, porque casi todas las practica el socio de San Vicente de Paul, con los pobres que visita. Había aprendido por experiencia que también los pobres tienen alma, que no sólo de pan vive el hombre, que cuando hay buena voluntad, es mucho más fácil de lo que se cree el hacer feliz á un desgraciado, y que al enjugar las lágrimas del pobre experimenta el alma un placer inefable y puro, que no se parece en nada á los miserables goces de la tierra: ¡Ah!, si muchos ricos gustaran alguna vez siquiera ese dulce placer, y suspiraran la eterna recompensa que Dios tiene preparada en el cielo á los que ejercitan con los pobres las obras de misericordia de visitarlos, consolarlos é

ilustrarlos, no se limitarían á arrojarles indiferentemente una mezquina moneda, privándose de este modo del goce de satisfacciones purísimas que no pueden comprar con todo su oro y de eternas recompensas celestiales!

A. M. D. G.



LA SUIZA

F. WILMANN Y Cía

DURANGO.

FERRETERIA Y MERCERIA

Máquinas de escribir Remington y Hammond.

Máquinas de coser White y Nueva Nacional.

Estufas. Galand. Teléfonos.

Muebles americanos y austriacos.

Pianos SCHWECTEN.

"La Francia Marítima."

CREZ HNOS. Y CIA.

• Gran Cajón de Ropa. •

Constante y completo surtido de efectos del país y extranjeros, importados directamente de Europa y Estados Unidos.

DURANGO, MEX.

APARTADO POSTAL No. 75.

BANCO NACIONAL

DE MEXICO.

Sucursal en Durango.

Préstamos, Descuentos y toda clase
de operaciones bancarias.

Giros sobre las principales plazas
del país y del extranjero.

Gerente,
Xavier Icaza.

Contador,
Pablo Solís.

Cajero,
M. Corriente.



BANCO DE DURANGO

ESQUINA CONSTITUCION Y MAYOR

CAPITAL EXHIBIDO: \$2.000.000

PRESTAMOS
DESCUENTOS
Y GIROS

Sobre las principales Plazas
de la República y del
Extranjero.

Pagamos intereses sobre de-
pósitos a plazo fijo en
cuenta corriente.

GERENTE,
F. ASUNSOLO

CAJERO,
M. DE URQUIDI

LA MODERNA

Gran Fábrica de Velas de Cera y Estearina
sencillas, de todos colores y adornadas.

Los precios sobre Velas de Cera de Abejas, en pedidos no menores de 25 pesos, son con *flete por carga*, pagado hasta cualquiera estación de la República.

PIDANSE LISTAS DE PRECIOS

Will & Baumer-Props.

2a. San Cosme, 27½. - México, D. F.

RESERVADO
PARA EL GRAN CAJON DE ROPA

"LA REBOCERIA"

LOWEBE, Hnos. Sues.

8a. Principal No. 66. Apartado 80.

DURANGO.

FABRICANTES
DE
OBJETOS PARA IGLESIA

Benziger Brothers.

CALLE DE SANTA TERESA NUM. 6.
MEXICO, D. F.

FABRICANTES PROVEEDORES
DE MEDALLAS DE LA

BASILICA DE GUADALUPE

Y OTRAS
CONGREGACIONES Y ARCHICOFRADIAS.

ORNAMENTOS, VESTIDOS SACERDOTALES,
ALBAS, ETC.,

ESTATUAS, VIA-CRUCIS

Y
TODOS LOS ARTICULOS DE IGLESIA.

La Corona

GRAN FABRICA
DE ROPA
MOVIDA POR VAPOR

REPRESENTANTES
DE LA
COMPANIA FRANCESA
DE SEGUROS
CONTRA INCENDIO

"L'UNION"

ESTABLECIDA EN PARIS
Rue de la Banque No. 15.

Bourillón, Fabre y C^{ia}.

"Las Fábricas de Francia"

Grandes Almacenes de Ropa

IMPORTACION DIRECTA
DE EUROPA Y ESTADOS UNIDOS

ESPECIALIDAD EN ARTICULOS
DEL PAIS
VENTAS POR MAYOR Y MENOR

Calle Principal núm. 105.
Apartado núm. 25. Teléfono núm. 137.
DURANGO, MEX.

HOTEL
CARLOS STERNAS

GRAN DEPOSITO

DE

PESCADO FRESCO,
MARISCOS,

Frutas de todas las Estaciones.

GRAN SURTIDO DE DULCES

PARA REGALOS DE

NAVIDAD Y AÑO NUEVO.

Almendras, Currones, Avellanas,
Nueces de todas clases, Castañas, etc.

Correón, Coah.

DISPONIBLE

Interesante á los Sres: Curas y á los
fieles católicos.

EN LA MERCERÍA Y FERRETERÍA
ALEMAMA

De Luis Böse, Durango,

se encuentra un buen surtido de ESTATUAS
RELIGIOSAS DE CARTON MADERA de la
casa

VAGREDA, BASSOLS Y Co.,
DE OLOT, ESPAÑA

á las que pueden aplicarse Indulgencias por
decreto especial de la S. C. de Ritos.

"AL GRAN NUMERO 11"

ALMACEN DE ABARROTES POR MAYOR Y MENOR

Completo surtido de Uinos finos,
Licores y Conservas.

Esta es la casa que vende más barato.

APARTADO No. 126. TELEFONO No. 41.

TURCO Y GARCIA

DURANGO

BOTICA Y DROGUERIA

DE

• Carlos León de la Peña •

Farmacéutico Droguista.

No. 10. APARTADO No. 10. DURANGO.

Constante y completo surtido de Drogas
y Productos químicos, de pureza y
legitimidad garantizadas.

Especialidad y esmero en ventas por mayor.

Villarreal Fernández y Suárez Real

El mejor surtido de Calzado Americano,
asi como el más elegante, fino y ba-
rato lo hay en

"El Centro Mercantil"

Almacén de Ropa.

Especialidad en casimires Franceses é In-
gleses.
Legítima Ropa interior del "Dr. Jaeger,"
Pura Lana.

APARTADO 69. TELEFONO 77.

10, Principal y San Francisco.

DURANGO.

LA MADRE SMA. DE LA LUZ.

REINA

DE LOS HOMBRES.

OBSEQUIO

de la

Imprenta

Guadalupana,

en las

sotermes

fiestas

de la

Coronación.

BOTICA Y DROGUERIA

DE

• Carlos León de la Peña •

Farmacéutico Droguista.

No. 10. APARTADO No. 10. DURANGO.

Constante y completo surtido de Drogas
y Productos químicos, de pureza y
legitimidad garantizadas.

Especialidad y esmero en ventas por mayor.

Villarreal Fernández y Suárez Real

El mejor surtido de Calzado Americano,
asi como el más elegante, fino y ba-
rato lo hay en

"El Centro Mercantil"

Almacén de Ropa.

Especialidad en casimires Franceses é In-
gleses.
Legítima Ropa interior del "Dr. Jaeger,"
Pura Lana.

APARTADO 69. TELEFONO 77.

10, Principal y San Francisco.

DURANGO.

LA MADRE SMA. DE LA LUZ.

REINA

DE LOS HOMBRES.

OBSEQUIO

de la

Imprenta

Guadalupana,

en las

sotermes

fiestas

de la

Coronación.

formada razón

LA MADRE SMA. DE LA LUZ

REINA DE LOS HOMBRES.

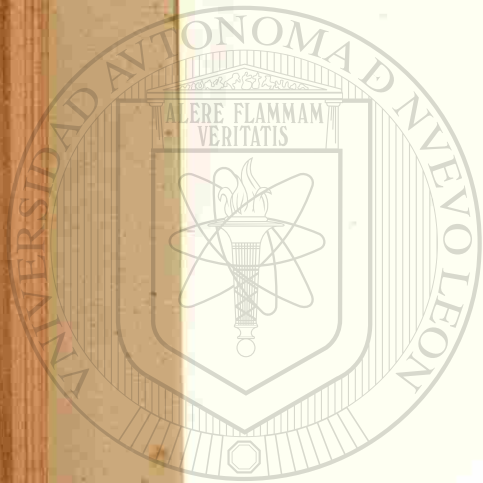
OPUSCULO

ESCRITO POR EL

Sr. Dbro. D. Andrés Segura

Canónigo Magistral

de la Santa Iglesia Catedral de esta Diócesis



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEÓN.-1902.

Tip. Guadalupana de Camilo Segura.

mun-
mes,
á con
rio á
que
levo-
ro de
ste el
Ma-
a Se
e sea
po-
en tu
regla

GOBIERNO ECLESIASTICO

DE LEON.



Habiendo examinado Nos mismos el presente Opúsculo en el que no solo no encontramos cosa alguna contra la fe y la moral, sino que lo juzgamos digno de su objeto y propósito para fomentar la piedad y devoción á NUESTRA AUGUSTA PATRONA LA MADRE SANTISIMA DE LA LUZ, damos nuestra licencia para que se imprima y circule.

Dado en la Secretaría de Cámara y Gobierno á los diez días del mes de Septiembre de 1902.

F. José M. Velázquez.

Angel Martínez,

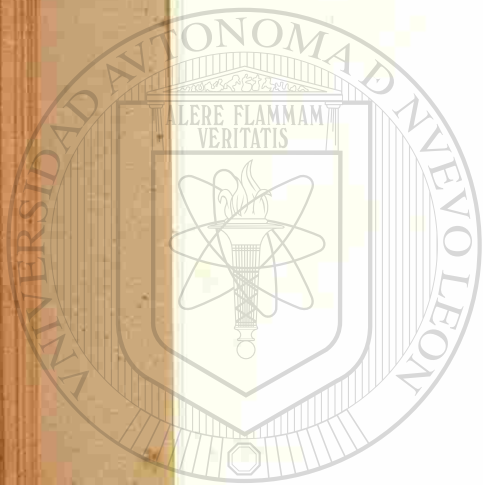
Srio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JOS
s.
mun-
mes,
rá con
irlo á
í. que
devo-
ro de
ste el
. Ma-
ia Se
e sea
i pos-
en tu
regla



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

LOS hijos de la Ciudad de León ven, por fin, satisfechos sus ardientes deseos! Llegó el gran día, el día suspirado, el día de eterna remembranza en el que la Imagen prodigiosa, á quien los católicos de la Diócesis de León invocan con el título de MADRE SANTÍSIMA DE LA LIZ, ha sido coronada, con aurea corona, en nombre del Augusto Pontífice León XIII. ¿Qué debemos hacer los habitantes de esta Ciudad? ¿Qué dones llevaremos al devoto Santuario de Nuestra Madre, capaces de que expresen nuestro inmenso júbilo por su coronación? ¡Ah! En nuestra miseria nada tenemos, en nuestra debilidad nada podemos y entre las sombras de nuestra ignorancia, ni siquiera acertamos á encontrar las palabras que expresen los afectos de nuestra alma agradecida. Mas Ella es nuestra Madre, mostremos que somos sus hijos. Ella es nuestra Reina, reconozcamos, al contemplar sobre su Imagen la corona con que la Santa Sede la engalana, que somos sus fieles vasallos, que la rendimos pleito homenaje y que confesaremos, mientras tengamos un soplo de vida, que Ella es la Suprema y universal Emperatriz.

María es Reina, mas título de tanta magestad no lo tiene únicamente por ser descendiente de la estirpe real de David; pues, si así fuera, solo tendría dominio sobre un

mun-
mes,
á con
arlo á
, que
devo-
ro de
ste el
Ma-
a Se
e sea
pos-
en tu
regla

LA MADRE SMA. DE LA LUZ

pañado de hombres, hoy día degradados y proscriptos sobre la vasta extensión de la tierra. Tampoco lo es porque sus manos empuñen el cetro de esta ó la otra parte del mundo: pues tal dominación, aunque llegara á todas y á cada una de las Naciones, sería, sin embargo, mezquina, como todo lo terreno; sería voluble, como son todos los tronos temporales, y no tendría tanto esplendor, tanta magnificencia y cualidades tantas, como en realidad la adornan. Es Reina porque es la Madre de Cristo Rey. Su reino, como el de su Hijo, no es de este mundo, aunque en el está; se ha desarrollado y se desarrolla en el tiempo, mas el último instante de los movibles siglos, no ha de ser el último de su duración; pues siendo absorbido por la eternidad, en esta brillará con todo su esplendor, con toda su magnificencia y tan ordenado y tan perfecto que sea embelesamiento de los ángeles y demás moradores de la celeste Sión.

Ahora bien: siendo esto así, los mismos motivos ó las mismas razones por las que Jesucristo es Rey, por las mismas proporcionalmente María es Reina. Funda esta aserción la conducta de la Santa Iglesia Católica, la cual, para alabar á María, para señalar sus misteriosos é incomprensibles principios, para delinear y pintar con vívidos colores sus múltiples perfecciones, siempre ha echado mano de las mismas palabras, con las que las páginas divinas hablan de la increada Sabiduría y representa los orígenes sempiternos de la misma. Por otra parte, si, como afirma el Inmortal Pio IX en la Encíclica *Ineffabilis Deus*, en uno y en el mismo decreto fueron comprendidas la Encarnación de la divi-

REINA DE LOS HOMBRES.

na Sabiduría y la grandeza de María como Madre de Dios, no es desacertado afirmar de la Madre lo que se dice del Hijo, aunque siempre, teniendo ante la vista, que lo que El tiene por naturaleza, Ella lo tiene por gracia, y que en Ella no se encuentra lo que de la Divinidad es absolutamente incomunicable á la humana criatura.

Tres son las razones en que se apoyan los teólogos para afirmar que Jesucristo es Rey. Primera: Porque, habiéndose unido su Humanidad santísima á la Divinidad con unión personal, quedó constituido Príncipe y Cabeza de todos los escogidos y, por tanto, obtuvo legítimo dominio sobre los mismos. Segunda: Por haber redimido á los hombres con la muerte ignominiosa sufrida en la cruz, Dios le exaltó y le dió un nombre sobre todo nombre, á fin de que pudiese reinar sobre toda criatura. Tercera: Habiendo conseguido un supremo triunfo, le fué dada toda potestad en los cielos y en la tierra, cumpliéndose así las palabras del Profeta Rey: "Pódenme y te daré las gentes en herencia tuya y en posesión tuya los términos de la tierra."

LA unión personal ó hipostática solo se realizó en Nuestro Señor Jesucristo; porque solos el cuerpo y el alma que forman la Humanidad del Divino Salvador, privados de su propia personalidad, se unieron íntimamente á la persona del Hijo de Dios. Mas, apesar de esto, el Verbo Eterno, al encarnarse en el seno de la más digna entre las mujeres, no tuvo el designio de unir-

mun-
mes,
rá con
irlo á
á, que
devo-
ro de
ste el
Ma-
na Se
e sea
a pos-
en tu
regla

LA MADRE S^{MA}. DE LA LUZ

se únicamente á una humanidad singular, esto es, á un solo hombre no terminado por su propia persona; si que también á la humanidad entera, esto es, á cada uno de los hombres sin despojarlos de su personalidad; porque quiso que todos participasen de la Encarnación, divinizarlos á todos, y que, cada uno, según su medida, tuviese, por participación, de la plenitud de la Divinidad que en El habita substancialmente. ¿Cómo se efectúa tan grande dignación del Hijo de Dios? San Pedro nos ha enseñado que los cristianos somos consortes de la naturaleza divina. ¿De qué manera? no esencialmente, porque esto es absolutamente imposible aun para el mismo Omnipotente; no personalmente, porque á nuestra naturaleza no la termina ninguna de las personas divinas. ¿Cómo, pues, se efectúa nuestra unión con Dios? ¿Cómo conseguimos levantar la vileza de nuestro ser, á grado tal, que no solo nos llamemos hijos de Dios, sino que lo seamos, como testifica el Apostol San Juan? El medio, el grandioso medio, es la gracia santificante; porque la gracia es don tan sublime y tan noble que excede á toda naturaleza criada, aunque sea llamada angélica; es un don sobrenatural y participación de la naturaleza divina; es don por el cual somos incorporados á Nuestro Señor Jesucristo, nos hacemos miembros de El, en tanto que El es nuestra Cabeza y vivimos de la vida de El, ó por El mismo, como El vive por el Padre. Así pues, Jesucristo, como Cabeza, comunica por la gracia la vida sobrenatural y divina; vive en todos los cristianos y continúa en ellos el gran plan, objeto de la inefable Encarnación. Por tanto, aunque nuestra unión con Dios no

REINA DE LOS HOMBRRES.

es hipostática, es una dimanación de la misma, es un efecto de ella, una participación tal, que, en cierto modo, nos hace vivir en el orden hipostático.

De lo expuesto se puede inferir que la gracia debe ser, y en realidad es, la medida de la mayor ó menor participación que los hombres pueden tener de la Encarnación.

Aplíquese esta doctrina á la Santísima Virgen María. Cierto es que Ella fué llena de gracia, pues así lo testificó el celestial Parainfio; pero, ¿hasta que grado llegó esta plenitud? porque, sin duda, que cuanto más abundantemente haya sido María llena de gracia, tanto más habrá participado de la Encarnación.

El Señor hizo cosas admirables en María á quien desde la eternidad escogió para su Tabernáculo; en Ella puso tantos tesoros de gracia que, bien puede decirse, que la medida en que concedió su gracia á tan singular criatura, fué concedérsela sin medida. No tuvo Adán, en el estado felicísimo de inocencia, gracia más poderosa y en más abundancia que Ella; pues nuestro primer Padre pudo pecar y de hecho fué rebelde á los preceptos de Dios; pero María ni pecó, ni pudo pecar, lo cual tuvo que ser efecto de la gracia concedida. Ningun santo, ya del antiguo ya del nuevo testamento, no digo superó, sino, ni siquiera igualó en gracia á María; antes Ella, desde el primer momento de su ser, tuvo más gracia que la que ellos tuvieron, no en los principios de sus caminos, sino en el término de ellos; y esto, no cada uno comparado separadamente con Ella, sino todos colectivamente tomados; pues, según la expresión del Salmista, interpre-

mun-
mes,
á con
irlo á
l, que
devo-
ro de
ste el
Ma-
a Se
e sea
pos-
en tu
regla

LA MADRE SMA. DE LA LUZ

tada por los Doctores de la Iglesia, la santidad de todos los Santos no es, sino el fundamento sobre el cual Dios edificó el espléndido Palacio de santidad de la mujer por El mismo elegida para Madre.

Mas que mucho que María supere en gracia á los hombres, si aun los mismos Angeles palidieren en la presencia de Ella? Porque, aunque ellos sean innumerables en su multitud; pues millares de millares sirven á Dios y diez mil veces cien mil están delante de El; y aunque el segundo sea superior al primero en perfección, y el tercero al cuarto y así sucesivamente hasta llegar al último que en perfección aventaja á todos; y aunque en ellos los dones de las gracias sean proporcionados á los dones de la naturaleza; por lo qué, el que está en la cima de la perfección excede incomparablemente en riquezas de gracia al que está en el primer peldaño de la escala angélica; María se eleva sobre todos, aun sobre el Príncipe de ellos, y por lo mismo, los tesoros de su gracia, aun los recibidos en el primer instante de su ser, sobrepujan al caudal sobrenatural del Serafín que más encumbrado está en la presencia del Señor. Mas, si preguntais quanto le sobrepujó, os diré con el Padre S. Hierónimo: No tengo aliento para responderos. Idselo á preguntar á quien la dió tanta gracia; El solo tiene conocimiento; El solo puede hacer la cuenta de ella.

Mas si no podemos medir la magnitud de la gracia de María, sí podemos barruntarla, fijándonos en los efectos que produjo y produce y producirá hasta la consumación de los siglos. Veamos para esto las enseñanzas del Gran Tomás de Aquino. La Bienaventurada Virgen María, di-

REINA DE LOS HOMBRRES.

ce él, fué llena de gracia en su alma, en cuanto á la pureza, en cuanto á la virtud y en cuanto á la evitación del mal. Fué llena de gracia en orden á su cuerpo, porque de su alma se desbordó á su carne, para que de esta fuese concebido el Hijo de Dios. Fué llena de gracia en cuanto de Ella se derramó á todos los hombres. En cualquier santo gran cosa es tener tanto de gracia, quanto baste para su propia salud; mayor, quando tiene tanta, quanto baste para la salud de muchos; y máxima, quando tiene tanta, cuanta baste para la salud de todos los hombres del mundo; y así pasó en Cristo y en la Beatísima Virgen María.

Ahora, discurriendo sobre lo dicho, ven-gamos á deducir que: si la gracia nos incorpora á Cristo, nadie tan incorporado á El como María; si la gracia nos hace vivir la vida de Cristo, nadie goza esa vida divina en tanta abundancia como María; si la gracia nos hace participantes de la Encarnación, nadie participa de esa misteriosa obra como la inefable Madre de Dios; y si Cristo es nuestra Cabeza y Príncipe porque con su gracia santifica á todos los hombres, María es también por Cristo, su Santísimo Hijo, Cabeza, Princesa y Reina de todos los hombres, á quienes puede santificar con la gracia que de su corazón se derrama. Pero si de María viene á nosotros la gracia, bien podemos llamarla con la Iglesia Católica: "Madre de la divina gracia." Pero si la gracia es luz, bien podemos invocar á María con el glorioso título de "Madre Santísima de la Luz." Y si porque derrama sobre los hombres la gracia, puede ser justamente llamada: Reina de todos los hombres; bien se puede afirmar

mun-
mes,
rá con
irlo á
á, que
devo-
ro de
ste el
Ma-
na Se
ne sea
a pos-
en tu
regla

LA MADRE SMA. DE LA LUZ

que el título de Reina la corresponde con todo derecho por ser "Madre Santísima de la Luz."

Además, todos los Santos Padres afirman que la plenitud de gracia que tiene María, todas las virtudes y todos los dones que de la misma se derivan, son como una emanación de la dignidad de Madre de Dios, en cuanto que María, precisamente por ser tan encumbrada Madre, tenía derecho á los bienes de Dios á quien había concebido. Pero esta excelsa dignidad, raíz de tantas riquezas divinas, eleva á María á un orden distinto de aquel en que la coloca la gracia. La dignidad de Madre de Dios dice el Padre Suarez, es de un orden más alto que el producido por la gracia de hijos adoptivos de Dios; porque pertenece en cierto modo, al orden hipostático, al que intrínsecamente vé y con el cual tiene necesaria unión. San Pedro Damiano, lleno de estupor al contemplar la Maternidad Divina, llegó á decir que Dios estaba en María por identidad: Estando Dios en las otras cosas de tres modos, son sus palabras, en la Virgen Santísima estuvo de un cuarto modo especial, esto es por identidad, porque es lo mismo que Ella. Así es que calle y tiemble toda criatura. Porque ¿quién se ha de atrever á mirar la inmensidad de tanta dignidad? Una criatura dice el Padre Séri, si ha de engendrar á Dios, es menester que casi deje de ser criatura, y que se haga no digo Dios, sino divina; si nó por naturaleza á lo menos por una participación sublimísima: tanta es la santidad, tanta es la limpieza, tanta es la gracia que se requiere como disposición para obra tan excelsa. Así, pues, María no solo Participa de la Encarnación á la ma-

REINA DE LOS HOMBRES.

nera que las criaturas santificadas por la gracia, aunque en grado incomparablemente más encumbrado que ellas; si que también por estar colocada en el orden hipostático, en virtud de la relación real de Madre que tiene con el Hombre Dios. Y aún más, si participa tan extraordinariamente de la Encarnación por la plenitud de la gracia, es por estar colocada en el orden hipostático. Y si, como lo hemos visto, bastaba la gracia sublimísima que la embellece para ser la Reina de los hombres, ¿qué diremos, por su alta Maternidad, sino que con indisputable derecho es la Suprema y Universal Emperatriz?

Ahora bien: si es Reina porque es Madre de Cristo Rey; y el Cristo Rey es Luz; Ella es verdaderamente Reina por ser la "Madre Santísima de la Luz."

II.

JESUCRISTO es Rey porque con sus dolores y su cruelísima muerte redimió á los hombres. Por análoga razón vamos á probar que María es Reina.

La mente de Dios fué que en la reparación de la humanidad no estuviera solo Jesucristo, así como en la ruina de la misma no había estado solo Adán, sino acompañado de la mujer. Según lo dejamos expuesto, valiéndonos de las palabras del Inmortal Pío IX, el mismo decreto de la Encarnación comprendió al Hijo y á la Madre; mas como dicho decreto, por lo que á Cristo se refiere, fué, no simplemente para que el Verbo Divino tomase carne, sino para que tomase carne pa-

sible, y para que esta fuese rasgada y triturada á fuerza de crueles tormentos; la Virgen Santísima no quedó incluida en tal decreto, sino como Madre de un varón á quien dolores de muerte y de infierno habían de cercar y á quien habían de conturbar torrentes de iniquidad. En tal virtud, el decreto que hacía á Jesucristo el varón de los dolores, hacía á María la muger de las amargas; pues no hubiera sido posible, sin monstruosidad inexplicable, que siendo Ella Madre, y Madre de tal Hijo, y Madre tan tierna, tan amorosa y tan singularmente sensible por su finísima y delicada complexión, hubiera permanecido serena, impasible, sin angustia, sin tormentos indecibles en su alma, al contemplar á Jesús, su Hijo; su Dios y su todo, hecho una llaga desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza; y tan quebrantado y desfigurado que, á pesar de que había sido el más hermoso de los hijos de los hombres, el Profeta Isaías haya dicho: *Lo vimos y no era de mirar: no hay buen parecer en El, ni hermosura.* Tenía, pues, María que ser paciente con Cristo paciente, dolorida con Cristo dolorido. Mas, ¿cómo se sujetó María á este decreto riguroso á la vez que inevitable? Dígalo el Venerable Padre La Puente, quien hace hablar á María con las siguientes palabras: Veis aquí, ó Padre Eterno, á vuestro Hijo Unigénito en cuanto Dios, y primogénito mío en cuanto Hombre; el que era representado por todos los primogénitos que se os han ofrecido, y cuya ofrenda habeis tanto deseado. Yo os lo ofrezco con todo mi corazón, en hacimiento de gracias por habermelo dado; y por la salud y redención de todo el mundo en

olor de suavidad. Recibid, Dios mío, esta ofrenda más copiosa que la de Abel, más suave que la de Noé, más santa que la de Abraham y más excelente que todas las que ordenó Moisés. Por ella os suplico perdoneis á todos los hombres y los admitais en vuestra gracia y amistad. Dígalo San Ildefonso quien, para ponderar la pronta voluntad con que María se sujetó al decreto referido, dijo: que ella hubiera estado pronta para crucificar á su Hijo, si hubiesen faltado verdugos.

Por esta heroica obediencia, por la que María, de pie, junto al sacrosanto madero, aceptó la muerte de su Hijo, aunque la espada del dolor dividía su alma, Ella se encumbra tanto, que aparece más resplandeciente, más santa y más digna del Señor que la formó, que en su misma Inmaculada Concepción. Porque, en esta, María, objeto de la predilección gratuita de Dios, fué enriquecida por la liberalidad divina con los tesoros de la gracia y con los dones todos del Espíritu Santo, sin que Ella pusiera algo de su parte para merecerlos; pero, en aquella, se vé á María trabajando por no tener en vano la gracia recibida; luerando con los talentos que para negociar se le habían dado; en una palabra, correspondiendo fielmente á las altísimas miras que la Sabiduría infinita en orden á Ella tenía, y esto, aunque chorreaba á borbotones de su corazón la sangre; aunque se le desgarraba enteramente el alma, y aunque se sentía saturada, inundada y compenetrada en el cuerpo y en el alma por muy crueles é intensísimos dolores.

¿Cuáles eran estas miras? ¿Por qué quiso Dios que la que no estaba manchada la que no era culpable, sufriera tantas pe,

LA MADRE SMA. DE LA LUZ

nas? La respuesta busquémosla en Cristo. Cristo murió por los hombres, para redimirlos de todo pecado y purificarlos para sí, como pueblo agradable, seguidor de buenas obras; luego para los mismos fines sufrió María. Por esto es Ella Corredentora; por esto tiene potestad sobre el infierno; por esto en su bendita Imagen se retrató Ella, la "Madre Santísima de la Luz" librando con su diestra omnipotente de las tinieblas infernales, á una alma, en la que están simbolizados los pobres pecadores. Ahora, si Jesucristo es Rey porque en la muerte conquistó su reino; porque obedeciendo se le dió un nombre augusto que está sobre todo nombre, para que al Nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y en los infiernos; María es también Reina y á Ella ha sido dado un nombre tan elevado que sólo al de su Hijo es inferior; tan venerable que los cielos lo repiten con profundísimo respeto; tan poderoso que sirve á los hombres de escudo contra los dardos de la divina justicia; y tan formidable que los infiernos tiemblan y se sienten desarmados al escucharlo.

III.

MARIA es Reina por el triunfo supremo que obtuvo en la Jerusalén celestial.

Así como nuestra excelsa Madre excedió inmensamente á todas las criaturas en la gracia, así excedió á las mismas incomparablemente en la gloria; puesto que la gloria no es otra cosa sino la gracia consumada.

REINA DE LOS HOMBRES

Las brillantes y riquísimas coronas con que los justos son premiados en los cielos, y con las que testifican que son príncipes entre los príncipes del pueblo de Dios, son el premio de la victoria que obtuvieron en los reñidos combates sostenidos en la tierra, donde la vida del hombre es un continuo batallar; ó es la recompensa de justicia que dará el justo Juez á los hombres por las virtudes practicadas en el mundo, á pesar de las dificultades y los peligros que tuvieron que vencer. Mas en ninguno de los justos ese batallar fué tan cerrado, ni las dificultades tan insuperables, ni las virtudes tan en lo summo de la heroicidad, como en la Santísima Virgen María; por lo que, en tanto que cada uno de los santos es para nosotros, de un modo especial, ejemplar de aquella virtud en la que más particularmente sobresalió, la Santísima Virgen se nos dá como modelo, muy bien delineado y muy fino, no solo de ésta ó de la otra virtud, sino de todas y de cada una; porque en todas y en cada una fué perfectísimamente consumada. De donde réctamente se infiere, que para Ella, la recompensa ha de haber sido más abundante y el premio mucho más espléndido y la corona no de Princesa, sino de Reina ó de suprema Emperatriz.

El Angel de las escuelas, Tomás de Aquino, exponiendo las palabras del Apocalipsis: *Un signo grande apareció en los cielos, una mujer revestida del Sol*, mira en esta mujer á la Inmaculada Virgen María perfecta y plenamente glorificada en el día de su gloriosa Asunción. Porque en ese día Nuestra Reina y Señora revestida del Sol, esto es de Cristo, fué decorada y luminosa, no solo con sus propios rayos de luz, si que

OS
nunes,
con
lo á
que
evo-
o de
te el
Ma-
Se
sea
pos-
n tu
egla

también con los de su Santísimo Hijo; para que así la claridad de Ella redundase en los habitantes de la celeste Sión. San Bernardo expresándose con más energía nos dice: La presencia de María de tal manera ilustra á todo el orbe que aun la misma Patria celestial resplandece, más brillantemente ilustrada, con el fulgor de esta lámpara virginal. También se dice, añade el Doctor Angélico, revestida del sol en el día de su Asunción, porque, en ese día, fué rodeada de la congregación de todos los santos que, en compañía de Cristo, vinieron al encuentro de María y con grande gozo la condujeron á los cielos. Esto fué, con bastante elegancia significado, en el libro segundo de los Reyes en aquellas palabras: *Fuó David, esto es Cristo, y trajo el Arca de Dios, esto es á la Bienaventurada Virgen María, de la casa de Obededon, esto es del mundo, á la ciudad de David con gozo, esto es al Alcazar de los cielos; y tenía David consigo siete coros, á saber: los escuadrones de los Angeles, los de los Patriarcas, los de los Profetas, con la multitud de los Apóstoles, de los Confesores y de los Mártires, así como con el purísimo ejército de las Vírgenes.*

¿Podremos encontrar más espléndido reinado que éste de María? Con razón á Ella se aplican aquellas palabras del Salmista: "Asistió la Reina á tu derecha." Como si se dijera: á María fué preparado y le fué dado un trono próximo al de Cristo Rey, superior, por el fulgor de la divinidad, al trono de los Querubines, y colocado á la derecha del trono de su Hijo; pues así como Jesús, dice San Bernardino, está sentado á la diestra del Padre, esto es en los mejores bienes paternos, así esta Vir-

gen gloriosa está sentada en los mejores bienes de su Hijo Jesús, sublimada en un trono junto á El mismo colocado. De manera, que bien pudiéramos decir que la gloria de María es una gloria separada; que María forma en el Empireo un coro, á la vez que distinto, muy más elevado que los restantes coros, y que, en la Patria de los Santos, Ella es cielo de los mismos cielos.

Ahora, si se pregunta: ¿de dónde proviene que María tenga en los cielos trono á la vez que separado tan excelso? Habrá que contestar: porque la distancia que la separa de los Serafines y Querubines es mucho mayor que la que separa á estos de los ángeles; pues según el Damaceno: "Es infinita la diferencia que hay entre la Madre y los siervos de Dios." Habrá que ocurrir á la misma fuente de sus excelencias diciendo: que por ser Madre de Dios, ó, lo que es lo mismo, por ser la "Madre Santísima de la Luz."

Tal vez la misma Santísima Señora nos quiso dar una idea de su grandeza en la Bendita Imagen que regaló á León desde Palermo de Sicilia; pues cualquiera que contemple esa celestial pintura, conjunto de bellezas, encontrará representada á María servida por los ángeles; descansando sobre ellos sus soberanas plantas, por ellos coronada con magnífica imperial corona, adornada de doce estrellas refulgentes; y siendo objeto de las ardientes miradas de Serafines, que, colocados á la diestra y siniestra de ella, parecen dulcemente arrobados en su amor.

En vista de la referida singularísima gloria de María; ¿podremos tener, como de exajerada devoción, las palabras de San

nun-
mes,
con
lo á
que
evo-
o de
te el
Ma-
Se
sea
poe-
n tu
egla

Pedro Damiano con las que se dirige á tan privilegiada criatura diciéndole: A tí se te ha dado todo poder en el cielo y en la tierra? No, antes con Ricardo de San Lorenzo, en confirmación de nuestro aserto, aseguramos que el Rey y la Reina gozan, según las leyes, de los mismos privilegios. Mas, siendo una misma la potestad del hijo y la de la Madre, por el Hijo Omnipotente ha sido hecha Omnipotente la Madre. Dóble, pues, ante María, la rodilla los pueblos y naciones todas de la tierra; y ante su majestad inclinen las cabezas los Reyes y sus subditos; los grandes y los pequeños; porque á ella se le han dado las gentes por herencia y en posesión los términos de la tierra.

IV.

Si á los tres argumentos aducidos que tenemos los hijos de León para tener á María como Nuestra Soberana Reina, diremos: Es Nuestra Reina porque nosotros la queremos y la hemos elegido por Tal. Cierto es que Ella bien pudiera decirnos lo que Cristo dijo á sus discípulos: "No me habeis elegido vosotros sino yo os elegí á vosotros;" pues ni nuestros méritos, ni nuestros deseos, ni nuestras súplicas, ni nuestros prolongados suspiros, arrancaron del Reyno de Nápoles, para que viniera á fijar entre nosotros su morada, la Bendita Imagen que veneramos; sino las bondades, las ternuras, las misericordias de la Madre de Dios. Pero también es cierto que, no bien se supo en ésta por enton-

ces Villa de León, que estaba para llegar el tesoro de inmenso valor que nos hacía la Soberana Señora, y un júbilo inusitado se apoderó de todos los leoneses, ellos se prepararon á recibir dignamente á su Madre, y desde entonces, María ha sido su Reina, como ha sido su consuelo, como ha sido su más dulce y risueña esperanza, bajo la advocación de "Madre Santísima de la Luz." La Santa y Venerable Imagen llegó á esta población el 2 de Julio de 1732 y hasta hoy, lejos de decaer el culto y devoción hacia Ella, se conserva en todo su esplendor, y, si se quiere, con magnificencia más ostensible. El año de 1849 el benemérito Señor Cura D. Ignacio Aguado, de santa é inolvidable memoria, juró en nombre de sus feligreses por Patrona á la "Madre Santísima de la Luz;" y el primer Obispo de León, Dr. y Maestro D. José María de Jesús Díez de Sollano y Dávalos, cuyo recuerdo aun vive fresco en los hijos de esta Diócesis, obtuvo de la Santa Sede que la "Madre Santísima de la Luz" fuese declarada Principal Patrona, no solo de la Ciudad, sino de toda la Diócesis. El Ilustrísimo Señor Dr. D. Tomás Barón y Morales, segundo Obispo de León, cuyas benéficas obras serán siempre muchos testigos de su liberalidad, dió los primeros pasos para obtener de la Silla Apostólica la Coronación de Nuestra Prodigiosa Imagen. El Ilustrísimo Señor Dr. D. Zantiago de la Garza y Zambrano, hoy Arzobispo de Linares, elevó nuevas preces á la Santa Sede en nombre propio, en el del Venerable Cabildo, de los Señores Curas y fieles de la Diócesis, las cuales dieron el lleno á nuestros deseos; pues ellas consiguieron la aurea corona conque hoy.

OS
nun-
mes,
i con
clo á
que
evo-
o de
te el
Ma-
a Se
sea
pos-
n tu
egla

LA MADRE SMA. DE LA LUZ

en nombre del Sumo Pontífice, ha sido adornada la Imagen sacrosanta de Nuestra "Madre Santísima de la Luz." Tocó por dignación del cielo á nuestro actual Obispo, el Señor Dr. D. Leopoldo Ruiz y Flores, hacer las fiestas de la Coronación; y á la vista de todos está la solicitud con que procuró mejorar la Santa Iglesia Catedral, ya decorándola artística y elegantemente, ya sustituyendo el antiguo y principal altar, con el magestuoso de marmol y bronce que actualmente tiene; así como el entusiasmo y el celo desplegados por él, para que dichas fiestas fueran, hasta donde era posible, sino dignas, por lo menos no indignas de Nuestra "Madre Santísima de la Luz."

El pueblo todo de esta Diócesis no fué indiferente á las grandes Solemnidades que se han verificado; pues de todas partes han venido donativos para las obras de ornato y reparación referidas; y las peregrinaciones llegadas al Santuario de María, tanto de los gremios de esta ciudad, como de todos los curatos de la Diócesis, hablan muy alto en favor de la devoción á Nuestra Augusta Patrona. ¡Que León siga siendo devoto de la "Madre Santísima de la Luz;" y que, así como á las arcas del Santuario han llegado las alhajas de la opulenta dama, el óbolo de los pobres artesanos, el valioso contingente del acandalado y los dones más ó menos ricos de todos, así lleguen los corazones de los fieles de esta Diócesis y los de todos los hombres al estillo, colocado en las manos de un angel, junto á la "Madre Santísima de la Luz!"

¡Oh Madre de Dios! Hoy libre y espontáneamente te juramos por Nuestra Reina. Toma posesión de nuestras personas,

REINA DE LOS HOMBRES

de nuestras familias y de nuestros bienes; pues queremos que tu seas la Señora de nuestra vida y hacienda. No permitas que seamos infieles vasallos. La gracia, únicamente la gracia nos hace dignos de Ti; alcánzanosla cuando nos viéres sin ella, y aumentanosla cuando en nosotros esté. Haz que sea santa nuestra vida y preciosa á los ojos de Dios nuestra muerte, para servirte en la tierra y gozar de tu presencia en los cielos, por los siglos de los siglos. Amén.

A. M. D. G.



nun-
mes,
i con
rio á
que
evo-
o de
te el
Ma-
a Se
sea
pos-
n tu
egla



PROPIEDAD DEL EDITOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE B



RECUERDOS DE MAYO

Ó MANOJITO DE BUENOS CONSEJOS

QUE COMO ULTIMA DESPEDIDA

da María á sus devotos.

¡Mayo pasó!... ¿que no pasa en este mundo? Como ha huido veloz y fugitivo este mes, así huirán otros meses, y se nos escapará con ellos la vida, y nos hallaremos sin sentirlo á las puertas de la pavorosa eternidad. Tú, que este mes haz pasado con más ó menos devoción á los piés de la Virgen ¿estás seguro de pasar muchos otros? Puede que sea éste el último de los que dediques á tan buena Madre: puede que con él te dirija la divina Señora como su última palabra; puede que sea esta oja que de parte de Ella se te da la postrer despedida. Oyela, pues, y grábala en tu corazón y recuérdala día y noche y arregla



PROPIEDAD DEL EDITOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE B



RECUERDOS DE MAYO

Ó MANOJITO DE BUENOS CONSEJOS

QUE COMO ULTIMA DESPEDIDA

da María á sus devotos.

¡Mayo pasó!... ¿que no pasa en este mundo? Como ha huido veloz y fugitivo este mes, así huirán otros meses, y se nos escapará con ellos la vida, y nos hallaremos sin sentirlo á las puertas de la pavorosa eternidad. Tú, que este mes haz pasado con más ó menos devoción á los piés de la Virgen ¿estás seguro de pasar muchos otros? Puede que sea éste el último de los que dediques á tan buena Madre: puede que con él te dirija la divina Señora como su última palabra; puede que sea esta oja que de parte de Ella se te da la postrer despedida. Oyela, pues, y grábala en tu corazón y recuérdala día y noche y arregla

—2—
según ella tu conducta ... y serás feliz; muy feliz! en vida, en muerte y en eternidad.

Quiere tu buena Madre que seas temeroso de Dios; que observes, sin faltar coma, sus mandamientos; que le reces cada día en tus oraciones, que no insultes con la blasfemia su santo Nombre, que le ames de corazón y que lo hagas todo para su mayor gloria.

Quiere María que frecuentes cada mes á lo menos la santa Confesión y Comunión; ¿Qué hombre hay que no desee lavar su ropa si quiera una vez al mes? Y por qué no habías de dar tú igual importancia al lavado del alma? Huye del pecado mortal; pero si por desgracia caes en él, no te acuestes una sola noche ni viajes por el camino de la vida un solo día con tan mal compañero.

¿Quién sabe si aquel día que tú retardas la confesión es el último de los que te tiene contados la paciencia de Dios? No abuses de su bondad, y recuerda que no hay burlas con la otra vida.

Quiere la Virgen que seas hijo dócil de la Iglesia y del Papa que es su cabeza; que ames lo que ella ama y condenes lo que ella condena, que respetes á tus ministros; que te intereses por el esplendor del culto; que saques por tu religión la cara, sin vergüenza, sin falsas consideraciones al qué dirán, guiándote sólo por la ley de Dios y las enseñanzas del Vicario de Cristo, nunca por las máximas del mundo y de los enemigos de la doctrina cristiana.

—3—
Quiere que arrojes lejos de tí y de tu librería y de tu casa todo libro impio, deshonesto ó libertino; que rasgues toda estampa que ofenda la castidad, que niegues la entrada en tu hogar á toda periódico que no traiga bien franca y declarada su patente de legítimo catolicismo.

Quiere que seas modesto en vestir, recatado en el hablar, honesto en las acciones y miradas, que huyas de la diversión inmoral como de una peste, y de las compañías y relaciones peligrosas como de un contagio.

Quiere que tengas presente sin cesar que la eternidad lo es todo, y la vida presente es nada y menos que nada; que todo se pasa y Dios no se muda; que acá siembras para recoger después y que si siembras acá zizaña no has de esperar coger allá buen trigo. Obra como buen católico si quieres morir bien, no obres como mal católico si no quieres morir mal, esta es la verdad, y lo demás pura tontería.

Quiere que, si gozas, pienses que no hay goce que dure siempre, y si sufres recuerda que no hay sufrir que un día no se acabe, menos el goce del cielo que durará eternamente y el padecer del infierno, que nunca, nunca se acabará. Esto hará que no te engrias con el bienestar, ni te desesperes con la desgracia.

Quiere que en medio de tu riqueza y alegría recuerdes que hay lágrimas que enjugar y pobrezas que socorrer, y lo que por los pobres y afligidos hicieres lo recibirá como he-

cho á su divina persona el Señor que te ha de dar la final sentencia.

Quiere finalmente la Madre de Dios, que es Madre tuya, que leas siempre á la cabecera de tu cama y enfrente de tu escritorio, en la pared de tu taller, es decir que tengas siempre fijas en tu presencia las siguientes verdades:

La vida es un soplo, la eternidad es sin fin. Dios y lo que por El se hace lo son todo; los hombres y sus obras y palabras y aficiones y odios y miserables grandezas son nada. Vive como quien ha de morir, obra quien ha de ser un día juzgado.

Si así lo cumplieres no en vano habrán pasado por tu alma los perfumes espirituales de Mayo. Si así lo cumplieres, deja, deja que se marchiten y caigan las flores de acá; nunca se marchitarán para tí las flores inmarcesibles del paraíso. Allí te aguarda tu buena Madre; desde allí te tiende para ayudarte, la mano cariñosa; y con su dulce voz te alienta á subir. Como mano y como voz suya debes mirar estos consejos que te dá.

Sube apoyada en ellos, alma fatigada, y un día ¡no está lejos! descansarás.

F. S. y S.

A. M. D. G.

Las quince promesas.

DE MARIA

HECHAS AL PATRIARCA SANTO DOMINGO
EN FAVOR DE LOS
DEVOTOS DEL ROSARIO.

- 1 El que sirviere constantemente recitando mi Rosario recibirá una gracia especial.
- 2 A cuantos devotamente recen mi Rosario les prometo singular protección y grandes favores.
- 3 El Rosario será una arma potentísima contra el infierno, destruirá los vicios, disipará el pecado y abatirá la herejía.
- 4 Hará florecer la virtud y santidad, atraerá á las almas copiosas misericordias de Dios, retraerá el corazón de los hombres del vano amor del mundo para llevarlo al amor de Dios y encenderlo en el deseo de las cosas eternas, ¡Oh cuántas almas se santificarán por este medio!
- 5 El que á mi se recomienda por medio del Rosario no perecerá.
- 6 Todo el que recitare devotamente el Santo Rosario, con la consideración de los Sagrados Misterios, no será oprimido de la desgracia, no será castigado por la justicia de Dios,

no morirá de muerte improvisa sino que se convertirá si es pecador se conservará en gracia si es justo y se hará digno de la vida eterna.

7 Los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin Sacramentos.

8 Quiero que los que reciten mi Rosario tengan en vida y á la hora de la muerte la plenitud de las gracias y sean admitidos á participar de los méritos de los bienaventurados del Paraíso.

9 A los devotos de mi Rosario yo los libro del Purgatorio el mismo día de su muerte.

10 Los verdaderos hijos de mi Rosario gozarán de grande gloria en el cielo.

11 Todo lo que pidieres por el Rosario lo alcanzarás.

12 Los que propaguen mi Rosario serán socorridos por mí en toda necesidad.

13 Yo he obtenido de mi Divino Hijo, que todos los miembros de la Cofradía del Rosario puedan tener hermanos á toda la Corte Celestial en vida y después de la muerte,

14 Los que rezan mi Rosario son mis hijos y hermanos de Jesucristo mi Hijo Unigénito.

15 La devoción á mi Rosario es una gran señal de predestinación.



LA MADRE Y LOS HIJOS.

(LA ULTIMA FLOR DE MAYO.)

Quid hoc aeternitatem?

La Madre. ¿Os vais de mis plantas, hijos míos? ¡Ah! ¡Terminado! hemos este sagrado mes, y ya no vendréis cada día, como soliais á ofrecermé solícitos las fervorosas flores de vuestra devoción!

Los Hijos. Es verdad, ¡oh Madre! ¡Y cuán sensible le es á nuestro corazón daros hoy la despedida!

La Madre. ¿Pues qué? ¿Podría ser verdad que os despidieseis de veras de esta vuestra Madre que tanto os amó? Despedida quiere decir separación. ¿Y puede haberla entre vosotros y Yo, por más que concluyan hoy los santos obsequios del mes de Mayo?

Los Hijos. Cierto que á despedirnos de Vos Señora, se nos ha llamado hoy, terminados los dulces obsequios de este vuestro bendito mes. Sin embargo, nó, no ha de ser despedida la nuestra, sino nueva manifestación de cariño; nueva protesta de firmeza y perseverancia. Los que somos de verdad hijos vuestros ¡oh dulcísima Madre! no nos hemos de separar jamás de Vos, ni hoy, ni nunca, ni en vida, ni en muerte, ni en eternidad!

no morirá de muerte improvisa sino que se convertirá si es pecador se conservará en gracia si es justo y se hará digno de la vida eterna.

7 Los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin Sacramentos.

8 Quiero que los que reciten mi Rosario tengan en vida y á la hora de la muerte la plenitud de las gracias y sean admitidos á participar de los méritos de los bienaventurados del Paraíso.

9 A los devotos de mi Rosario yo los libro del Purgatorio el mismo día de su muerte.

10 Los verdaderos hijos de mi Rosario gozarán de grande gloria en el cielo.

11 Todo lo que pidieres por el Rosario lo alcanzarás.

12 Los que propaguen mi Rosario serán socorridos por mí en toda necesidad.

13 Yo he obtenido de mi Divino Hijo, que todos los miembros de la Cofradía del Rosario puedan tener hermanos á toda la Corte Celestial en vida y después de la muerte.

14 Los que rezan mi Rosario son mis hijos y hermanos de Jesucristo mi Hijo Unigénito.

15 La devoción á mi Rosario es una gran señal de predestinación.



LA MADRE Y LOS HIJOS.

(LA ULTIMA FLOR DE MAYO.)

Quid hoc aeternitatem?

La Madre. ¿Os vais de mis plantas, hijos míos? ¡Ah! ¡Terminado! hemos este sagrado mes, y ya no vendréis cada día, como soliais á ofrecermé solícitos las fervorosas flores de vuestra devoción!

Los Hijos. Es verdad, ¡oh Madre! ¡Y cuán sensible le es á nuestro corazón daros hoy la despedida!

La Madre. ¿Pues qué? ¿Podría ser verdad que os despidieseis de veras de esta vuestra Madre que tanto os amó? Despedida quiere decir separación. ¿Y puede haberla entre vosotros y Yo, por más que concluyan hoy los santos obsequios del mes de Mayo?

Los Hijos. Cierto que á despedirnos de Vos Señora, se nos ha llamado hoy, terminados los dulces obsequios de este vuestro bendito mes. Sin embargo, nó, no ha de ser despedida la nuestra, sino nueva manifestación de cariño; nueva protesta de firmeza y perseverancia. Los que somos de verdad hijos vuestros ¡oh dulcísima Madre! no nos hemos de separar jamás de Vos, ni hoy, ni nunca, ni en vida, ni en muerte, ni en eternidad!

La Madre. Está bien, hijos míos, ni Yo dejaré jamás de ser Madre vuestra, ni de extender constantemente sobre vuestras almas el manto de mi amorosa protección. Mas recordad que hasta llamarne ¡Madre! ¡Madre! para ser mi hijo; como no basta, dice el Evangelio, clamar ¡Señor! ¡Señor! para entrar en el reino de los cielos. Como la fé sin obras es inerte, así es amor de burlas el que solo se contenta con ternezas y suspiros. Obras vivas de religión quiere el fervor verdadero. Amar es obrar.

Los Hijos. ¡Cuán vana ha sido, pues ¡oh Madrel en muchos casos vuestra devoción!

La Madre. Cantos, luces, flores, poesía, elocuencia, consuelos, emociones, cosa buena son, pero son la hoja no más del árbol vigoroso de la fé. Contribuyen á embellecer la vida, á poetizar el culto; arrullan dulcemente el corazón; agradan como agrada en la selva el manso ruido de las ramas suavemente agitadas por la brisa primaveral. Pero decid: si tuvieseis hambre y sed y heridas de que curaros, os pagaríais mucho de un árbol que sólo os brindase con hermoso follaje? Frutos quisierais de él, y si no os los pudiese dar, inútil consideraríais y hasta despreciable toda su pompa. Así les pasa, amigos míos, á las almas; ¡cuántas hay miserablemente engañadas! que se han formado para su uso una piedad y una devoción sólo de hojas y flores, sin fruto alguno de virtud adquirida, de vicio arrancado, de pasión mortificada, de culpas lloradas, de apartamiento del mundo, de verdadera unión con Dios. ¡Pobres árboles verdes y lozanos! ¡Con toda su gala pueden no hayan de ser más que leña para arder!

Los Hijos. ¡Ay Madrel severo es vuestro lenguaje y aterrador. ¿Camino de flores artificiales hay también para la perdición?

La Madre. Sí, hijos míos, porque es camino de flores *falsamente* espirituales y nada más, si no vais guiados en él por el verdadero espíritu sobrenatural cristiano, que ante todo exige para ser grato á Dios la reforma de la vida y la santificación del corazón. ¡Hijos míos! ¡hijos míos! tened por eso presentes las siguientes máximas, que os librarán en este punto de toda ilusión. ¡Pobres hijos míos! Hay ilusiones de éstas que han de costar caras por toda la eternidad.

Los Hijos. Hablad, Madre dulcísima, que os escuchan vuestros hijos, y lo que les digáis en este día no lo olvidarán.

La Madre. 1º Nada hagáis solamente por satisfacer vanas curiosidades, golosinas de emociones, ó buscándo solamente el falaz atractivo de la sensibilidad. Haced que á todos vuestros actos presida la intención nobilísima de que sean para gloria de Dios lustre de su Iglesia y provecho de vuestra alma.

2º Vuestros ejercicios piadosos son de buena ley cuando de ellos salís con más deseo de oración, más repugnancia al mundo, más cautela sobre vuestras palabras y pensamientos, más amor al retiro y á la modestia cristiana, más afición á los Santos Sacramentos. Si vuestras devociones no os proporcionan otra ventaja que daros *un buen rato* y nada más, son moneda falsa sin valor alguno ante Dios, sin mérito alguno para vuestra alma. No habéis ido entonces á la Iglesia á honrarme á Mí, sino á *gozar* de un espectáculo ó concier-

to. Es diversion espiritual y no merece otro nombre.

3º En todos vuestros actos partid siempre del gran pensamiento de la eternidad. Preguntaos á vosotros mismos: ¿qué voy á sacar de aquí para la vida eterna? No hay obra sólida en religión si no va cimentada sobre los cuatro novísimos: ¡He de morir! ¡He de ser juzgado! ¡Debo salvarme! ¡Puedo condenarme! Todo lo que no sea edificar sobre estas cuatro bases es levantar torres sobre arena, torres al aire, que solo han de servirle al necio pecador para su ruina y confusión.

Los Hijos. ¡Gracias, Madrel no lo olvidaremos jamás. ¡Gracias, gracias!

La Madre. ¡Hijos míos! Dejadme repetir, y que sea para eterna ventura. ¡Habéis de morir, y muy luego! ¡Habéis de ser juzgados con gran rigor! ¡Hay cielo, pero este se gana con obras! Hay infierno, y para arder eternamente en él basta morir en pecado mortal — F. S. y S.

A. M. D. G.

EL MILAGRO

DEL

16 DE SETIEMBRE DE 1877

EN LURDES

POR

ENRIQUE LASSERRE

Traduccion del francés

Por María Eugenia Betancourt.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MEJICO.—1880.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tipografía Religiosa de M. Terner y Comp.
1ª de San Lorenzo núm. 6.

to. Es diversion espiritual y no merece otro nombre.

3º En todos vuestros actos partid siempre del gran pensamiento de la eternidad. Preguntaos á vosotros mismos: ¿qué voy á sacar de aquí para la vida eterna? No hay obra sólida en religión si no va cimentada sobre los cuatro novísimos: ¡He de morir! ¡He de ser juzgado! ¡Debo salvarme! ¡Puedo condenarme! Todo lo que no sea edificar sobre estas cuatro bases es levantar torres sobre arena, torres al aire, que solo han de servirle al necio pecador para su ruina y confusión.

Los Hijos. ¡Gracias, Madrel no lo olvidaremos jamás. ¡Gracias, gracias!

La Madre. ¡Hijos míos! Dejadme repetir, y que sea para eterna ventura. ¡Habéis de morir, y muy luego! ¡Habéis de ser juzgados con gran rigor! ¡Hay cielo, pero este se gana con obras! Hay infierno, y para arder eternamente en él basta morir en pecado mortal — F. S. y S.

A. M. D. G.

EL MILAGRO

DEL

16 DE SETIEMBRE DE 1877

EN LURDES

POR

ENRIQUE LASSERRE

Traduccion del francés

Por María Eugenia Betancourt.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MEJICO.—1880.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tipografía Religiosa de M. Terner y Comp.
1ª de San Lorenzo núm. 6.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y MUSEOS

LIBRERÍA DEL S. C. ADUANA VIEJA N.º 1.

Que en lo que concierne a las curaciones extraordinarias que podían celebrarse (para cuando los escritos de la palabra divina de milagro y que testifican las operaciones que nos parecen prodigiosas (intercesiones divinas) no prescribamos de ninguna manera decidir en este asunto nuestra propia opinión, el carácter sobrenatural, en que tenemos a nuestras palabras que nos ha dado un testimonio histórico.

UN MILAGRO EN LURDES.

Bajo el título de *El milagro del 16 de Septiembre de 1877*, el señor Eurigne Lasserre acaba de formar del segundo volumen que dispone, un capítulo de los más interesantes, el cual estamos autorizados a reproducir y que edificará sin duda a nuestros lectores. El señor Lasserre encabeza su relato con la declaración siguiente:

Conformándome a las prescripciones de nuestra santa madre la Iglesia católica, declaramos terminantemente:

Que sometemos sin ninguna restricción al juicio de la santa sede, todo lo que escribiéremos. (R)

Que en lo que concierne á las curaciones extraordinarias que podemos referir (áun cuando nos servimos de la palabra usual de *milagro*, y que realizamos las circunstancias que nos parecen probar la intervencion divina), no pretendemos de ninguna manera decidir en esto, de nuestra propia autoridad, el carácter sobrenatural, ni queremos dar á nuestras palabras otra fuerza que la de un testimonio histórico.

Que cuando nos acozque, hablando de piadosos y venerables personajes, servirnos de términos consagrados por la Iglesia en las causas de los santos, no pretendemos absolutamente prevenir el juicio de la Silla apostólica, á la cual pertenece únicamente pronunciar en semejante materia.

No nos resta ya sino reproducir la relacion.

I

Hacia el mes de Agosto de 1874 llegó á Lúrdes el canónigo Martignon, antiguo cura arcipreste de Argel: era un hombre como de cuarenta años, y habiendo sido atacado en el territorio africano de una extincion de voz y afeccion de pecho, habia atravesado el Mediterráneo y venia á la ciudad de Ma-

ria atraído por la fama de los milagros que se verifican en la gruta, esperando él tambien obtener una parte de esas gracias extraordinarias.

En las rocas de Massabielle se arrodilló, oró, bebió en la fuente milagrosa y se sumergió en la piscina; pero la curacion pedida no descendia aún del cielo.

«¡Vamos! se dijo entonces á sí mismo, no nos desanimemos, tan corta instancia no basta; es necesario tocar varias veces á la puerta para que se abra á quien quiere entrar: hagamos una novena.» Termina la novena y no siente ninguna mejoría; pero no por eso desmayó su fe, ni su esperanza tampoco. «Voy á hacer una novena de semanas, dice,» y hélo, pues, en Lúrdes por sesenta y tres dias: á los sesenta y cuatro, encontrándose absolutamente en el mismo estado, va á pasar unos dias en Pau, buscando en la dulzura del clima algun ligero alivio.

Mas reprochándose á sí mismo esta fuga de Lúrdes como una debilidad y una falta de fe, y teniendo ademas en el interior de su corazon cierto presentimiento de que un dia, próximo ó lejano, terminaria la santísima Virgen por ceder á sus instancias y escucharia su oracion, no tardó en volver á la gruta bendita, y se instaló en la ciudad,

en un domicilio á propósito para poder permanecer mas largo tiempo.

El enfermo se constituyó guía de enfermos; y los peregrinos que han permanecido por algun tiempo en Lúrdes recuerdan seguramente haber notado allí en estos últimos años á un presbítero jóven todavía, de larga y rubia barba, de mirada viva y dulce, de rostro grave, de alta estatura, de cuerpo delgado, de hombros estrechos y algo encorvados por el sufrimiento: este presbítero conducia ciegos, daba el brazo á los enfermos, llevaba á la piscina á los estropeados y empleaba en consolar á los afligidos el débil soplo de su voz extinguida. Era el abate Martignon.—Si la santísima Virgen no me sana en esta vez, decia sonriendo, estoy resuelto á hacer una novena de años, y si todavía no lo consigo, haré una novena de siglos; pero despues de eso ya me resuelvo.

Tuvo el gozo de ver sanar milagrosamente á varios de los enfermos que guiaba y sostenia; pero él, aunque á veces experimentaba algun ligero alivio, no recibia aún el don sobrenatural de la curacion total que imploraba. ¿Llegó entonces á presentir cuál seria la resistencia secreta de la santísima Virgen en concederle la gracia que solicitaba?

No lo sabemos; pero nos ha parecido que si su fe era siempre la misma, y su caridad iba en aumento, la virtud de la esperanza se inclinaba poco á poco á la virtud de la resignacion, ó por mejor decir, que emplazaba su esperanza. Dichoso de vivir en ese rincón de la tierra donde la Reina del cielo habia posado sus plantas, contentándose con respirar esa atmósfera sagrada é ir cada dia á orar ante la gruta sagrada, no emprendió esa novena de años ni de siglos de que habia hablado sonriendo.

—Estoy, nos decia, á la disposieion de nuestra Señora de Lúrdes; ella me escuchará cuando quiera, aquí estoy como el que está en la antesala esperando su audiencia, ya llegará mi turno, llegará mi hora y no la dejaré pasar.

Hacia ya tres años que esperaba esa hora ó ese momento, cuando tuvo la inspiracion interior de tocar de nuevo la celestial puerta, y en el corriente año de 1877 formó la resolucion de hacer una novena que terminara el dia de la fiesta de nuestra Señora de los Dolores, y no habia notado que siendo movable esta fiesta, el primer dia de la novena coincidiria este año con la Natividad de la santísima Virgen, por esto iria su oracion en alguna manera del nacimien-

to de María al último suspiro de Jesús, de la cuna de la Madre á la tumba del Hijo (1).

¿Por qué, pues, María no había escuchado inmediatamente los votos y las oraciones del abate Martignon? ¿por qué no le había vuelto la salud, las fuerzas y la voz á aquel que la amaba tan fielmente y que hablaba tan bien de ella? Debía haber en esto alguna razon oculta. Pero ¿nos será permitido sospechar y penetrar en el corazón de nuestra Madre para preguntarle este secreto? Curado este sacerdote, hubiera dejado las orillas de la gruta y habria vuelto á tomar, en alguna ciudad de Argelia, el ejercicio del santo ministerio: estando enfermo, permanecia en Lúrdes desempeñando el oficio que acabamos de decir. Nos imaginamos, pues, que si la Virgen no concedia desde luego la oracion implorada, no era porque no quisiese escuchar las súplicas de su siervo; sino

(1) La fiesta de nuestra Señora de los Dolores se celebra el tercer domingo de Setiembre, y este año de 1877, el tercer domingo, era el 16 de Setiembre, nueve dias despues de la fiesta de la Natividad, que es el 8 de Setiembre.

Á la vez habia venido un inmenso dolor y una grande esperanza al corazón del pres-

porque cuando Dios rehusa ó hace esperar tal ó cual gracia temporal, nos prepara con la moneda de cobre una moneda de oro, y el centuplo en este y en el otro mundo.

No tardó en imponerse una nueva mision al celo y á la ardiente caridad del abate Martignon, y que dimanaba muy naturalmente de la funcion que se habia impuesto á sí mismo de consolar á los afligidos.

Desde el principio de su permanencia en Lúrdes habia encontrado un hombre mas adolorido que los enfermos y mas afligido que los afligidos, y á este tambien habia prestado su ayuda y su apoyo. Mezclado al acontecimiento religioso mas notable de nuestra época, el hombre de quien hablamos habia tenido el honor inaudito de recibir en su vida un mensaje celestial y de cumplir, á pesar de todos los obstáculos, las órdenes divinas; pero la santísima Virgen reservándole sin duda un lugar mas alto, habia dicho: «Yo le mostraré cuánto es necesario sufrir por mi amor.» Y las penas mas inesperadas habian venido á caer sobre ese corazón heroico. Por un extraño y admirable contraste, se encontraba á la vez sobre el Calvario y sobre el Tabor: mientras que el mundo entero celebraba su nombre y proclamaba su gloria, mientras era

... el último ensayo de Jesús, de la

bendecido por su gran familia parroquial, de la cual fué siempre el padre y el patriarca muy amado, tenia por otra parte (sobre todo en los últimos años), el amargo dolor de ser desconocido, abandonado y crudamente perseguido en lo que tenia de mas querido, en su celo por los intereses de su pueblo y por la casa del Señor. Como el Cireneo iba llevando la cruz y sus robustos hombros estaban desgarrados y ensangrentados por el peso sagrado. Al ver su suplicio, como sucedió con su Maestro, muchos meneaban la cabeza y murmuraban: «Pues que ha sido el instrumento de María, que ella le libre y venga en su aynda.»

En la época de las apariciones habia pedido á la Virgen hiciera florecer el rosal en la estacion de las nieves; pero nuestra Señora de Lúrdes que debia en ese mismo lugar obrar tantos milagos, no quiso concederle y al sacerdote que lo habia pedido le respondió por la palabra austera de «penitencia.» Las rosas no son, pues, para el invierno de la vida, sino para la eterna primavera; y para despues de la muerte es cuando María las reserva á los elegidos, á sus siervos y amigos. El ilustre abate Peyramale, el gran cura de Lúrdes, el sacerdote de la Inmaculada Concepción, habia

À la vez habia venido un inmenso dolor y una grande esperanza al corazon del pres-

sido, pues, condenado á sufrir. Así lo comprendia él mismo y no podemos resistir al deseo de citar aquí sus propias palabras sobre la disposicion de la Providencia en orden al padecer. Una persona piadosa de la cual era director y que cuidaba de anotar sus consejos, ha querido confiarnos una compilacion de avisos é instrucciones que le daba en el santo tribunal. Y por lo que decia tambien á los demas nos hace conocer que se lo diria á sí mismo todos los dias. Ved, pues, cómo hablaba:

«Suframos con fuerza y valor y aún con alegría, á fin de asegurar nuestra salvacion como dice san Pablo. Si, cuando el alma ha sido fiel, y ese gran Dios que sondea los pliegues del corazon ve que puede contar con esta alma porque no le abandonará jamas; entonces, despues de haberla visitado con gracias que son el precursor de las mas rudas pruebas, se esconde y la abandona á su propia debilidad, á su propia miseria, á los disgustos, á las desolaciones, á los oprobios, y á veces á las maledicencias, á los desprecios y á las calumnias.

«Que esta alma sufra y calle, pues Dios está con ella, no la pierde de vista y le es muy querida. En vano le llama, le busca y suspira por ese único Esposo que es todo

su amor y la causa de su alegría. Mas él parece sordo y mudo, quiere que vayan en busca de él y que se le busque con empeño, y en el momento en que parece haberlo encontrado, huye..... Así lo hace con vos, ¿no es verdad? Pero un día, semejante á un niño que se esconde detras de la puerta y se hace buscar por aquellos que ama, así os abrirá al cielo, sonriendo muy contento de haberos obligado á adquirir unos méritos que habríais dejado perder si hubiesen estado á vuestra elección.»

«Cuando Dios ha visto que una alma es fiel y generosa, tiene siempre fijos los ojos en ella, pues la reserva para el cielo y quiere hacer de ella una de las mas hermosas piedras de la ciudad eterna, por esto para labrarla emplea el cincel y el martillo, y á pesar de sus gritos la somete á los mas crueles golpes; si le permanece fiel en medio de estas aflicciones, para recompensarla se las redobla, y si se muestra siempre constante y generosa hace pesar sobre ella otras penas mas grandes todavía, y si en fin no lo abandona, si está preparada á aceptar todo ¿qué hará para manifestarle que está contento y satisfecho? Le enviará tormentos intolerables á veces y que no da sino á los corazones nobles y heróicos, y esa es su

Á la vez habia venido un inmenso dolor y una grande esperanza al corazon del nra-

mejor recompensa; pues la trata como á su Hijo Jesus, la mira como á su verdadera hija y la ama demasiado para colmarla de lo que tiene de mas precioso sobre la tierra, que son los sufrimientos, las humillaciones, y las aflicciones, pero en ese caos de penas se une esta alma á Dios para la eternidad. ¿Qué debe hacer esta pobre alma tan afligida, tan desolada y atormentada? Acordarse que Dios la ama y no dudar de elle ni un instante voluntariamente.»

Tal era el hombre de quien el abate Martignon se habia constituido hacia algunos años en consolador filial y en el amigo de cada momento. No entra en nuestro designio dar á conocer cuáles fueron los dolores á que sucumbió el venerable sacerdote, del cual el señor Langénieux ha dicho «que nuestra Señora de Lúrdes lo habia escogido para confidente, para testigo y para apóstol de las maravillas de su aparición.» (1)

Recordamos solamente que cuando estuvo acabada y enriquecida de todos los dones del universo la basílica de la gruta, que debia ser el punto de llegada de las proce-

1 Carta de monseñor Langénieux, obispo nombrado de Tárbes, con fecha del 23 de Agosto de 1873.

siones pedidas por la Virgen, emprendió el cura Peyramale construir la iglesia parroquial que debía ser el punto de partida. Pero murió sin haber podido completar su obra. Mas de una vez había anunciado su muerte como una especie de necesidad, como un sacrificio supremo en los intereses de la casa de Dios.

La iglesia inacabada se había detenido á la altura de las bóvedas, porque los socorros con que contaba le habían faltado y le habían suscitado dificultades inauditas para frustrar sus esfuerzos.

—No penetraré en la tierra de promision ni la veré mas que de lejos, decia algunas veces; es necesario que yo muera: cuando ya no esté aquí, todas las dificultades se allanarán, mi muerte pagará todo, es necesaria mi muerte para reparar la ruina.

Palabras tristes que le hacían brotar las lágrimas de los ojos, y también á los que las escuchaban.

Hemos tenido el doloroso consuelo de asistir á su separación de la tierra, y hemos admirado cómo escogió Dios la fiesta de la Natividad de la Virgen, para abrir á su siervo las puertas de la eternidad. En este dia la santísima Virgen á quien el oficio de la Inmaculada Concepcion nos muestra pre-

Á la vez había venido un inmenso dolor y una grande esperanza al corazon del pres-

sente á los consejos del Altísimo, había aparecido toda radiante de inocencia y de gloria entre las sombras de este mundo, y en el mismo dia ha querido que el cura de Lúrdes dejase las sombras de este mundo para entrar en los esplendores de la patria.

Cerca del lecho fúnebre del señor Peyramale estaban agrupados su hermano, sus parientes, sus vicarios, sus amigos y todos los del pueblo que habían podido entrar en la habitacion del hombre de Dios. Entre esta familia llorosa se encontraba el íntimo amigo de los últimos años, el abate Martignon, muy quebrantado de dolor y no pensando casi en sí mismo, ni en su enfermedad, ni en su curacion, teniendo casi olvidada su novena á nuestra Señora de los Dolores, novena que precisamente debía comenzar ese dia.

El señor Peyramale, despues de una larga agonía, acababa de dar á la tierra su último suspiro y á Dios su alma inmortal.

El amigo fiel, el buen caónigo de la capital africana se sentia aislado en este mundo, no porque no tuviese un padre en la persona de su venerable y muy amado ar-

zobispo monseñor Lavigerie, sino porque estaba seguro que no lo volvería á ver, y se sentía demasiado enfermo para emprender la travesía. En esta hora de dolor y de abandono elevó su alma hácia las regiones invisibles, en las que estaba el siervo de María, y dirigiendo su corazón á la consoladora de los afligidos, se acordó de la novena prometida y también de que ese día, 8 de Setiembre, debía comenzar. Pero ¿qué pasó entonces en su alma? Arrodillado junto á la cama mortuoria del cura de Lúrdes, quedó un instante en silencio, teniendo las manos inanimadas de su íntimo amigo entre las suyas.

Después se levanta, y dice á varios de los que allí estaban, á los vicarios de la parroquia, al que escribe estas líneas y á algunos otros: «Acabo de hacer la primera oración de mi novena á nuestra Señora de los Dolores, y la petición de mi salud, cerca de los restos de este santo hombre, y conjuro á nuestra Señora de Lúrdes me permita que en su nombre me transmita la respuesta nuestro amigo, el último día de la novena.» Después añadió: «La elección que Dios ha hecho del 8 de Setiembre, para llamar á sí al cura de las apariciones, me autoriza suficientemente para asociar su memoria á mi humilde súplica.»

A la vez había venido un inmenso dolor y una grande esperanza al corazón del presbítero enfermo, pero la seguridad de sanar no minoraba nada el pesar que le causaba la pérdida de su amigo; mas viéndose solo en el suelo de la Francia le era muy dulce pensar que su protector estaba en el cielo y que intervendría, sin duda, con la santísima Virgen y le alcanzaría de Dios la gracia que solicitaba hacía tanto tiempo. Había de ella con convicción, pareciéndole que á tal intercesor no podría negar la santísima Virgen lo que le había pedido le concediese *el noveno día*; y aun escribió á Paris al R. P. Picard de la Asuncion, dándole parte de su esperanza. Ya conversaba de lo que haría una vez curado, y cómo se ocuparía en la obra inacabada del cura de Lúrdes: en medio de su dolor y de sus lágrimas gozaba de antemano las dulzuras de su salud restablecida, de su voz y de sus fuerzas recobradas. Orando con fervor llegó al sábado 15 de Setiembre, víspera de Nuestra Señora de los Dolores, y por consiguiente, víspera de terminar la novena. Ese sábado en la mañana recibió un telégrama comunicándole la llegada de Mr. y de madama Guerrier, y pidiéndole el favor de esperarlos en la estación con un coche. Estos seño-

18
res le eran enteramente desconocidos, no tenia mas noticia de ellos que la que el señor cura de San Gobain le habia dado en una carta que llevó la posta veinticuatro horas antes que el despacho telegráfico, en la cual le decía solamente que la señora Guerrier tenia una enfermedad grave, que la llevaban á Lúrdes para implorar su curacion, en la cual renia grande fe, y le recomendaba encarecidamente protegiera á estos señores que iban por la primera vez á la ciudad de la santísima Virgen.

El abate Martignon no rehusó este oficio de caridad y se encaminó á la estacion para encontrarse allí á la llegada del tren de la tarde.

Dejémosle durante algunos instantes con su breviario en la mano leyendo su oficio mientras llegaban sus recomendados, y referamos por qué serie de circunstancias llegaron á Lúrdes ese día.

IV.
Eduardo Guerrier, juez de paz en Beaune, se habia desposado hacia quince años con una señorita muy cristiana, Justina Biver; esta pertenecia á una honrada familia,

su padre era un médico distinguido, sus hermanos ocupaban en la industria posiciones considerables, uno de ellos es director general de la compañía de san Gobain, el otro es director de las célebres manufacturas de espejos del mismo lugar y de Chauny.

Dios bendijo este matrimonio con tres hijos que habian venido á este mundo sucesivamente: los tres niños dotados de buena salud, crecian en edad, en cuerpo y en cordura, bajo las miradas y los cuidados maternales. La señora Guerrier los educaba por sí misma, enseñándoles las letras humanas, y ante todo, el amor á los pobres y la ciencia de Dios.

Así trascurrieron once años de felicidad no interrumpida; once años de felicidad sin interrupcion es un tiempo muy largo y muy corto! Es muy corto, porque los dias de felicidad pasan rápidamente y parecen no durar mas que un instante; y es muy largo, porque es raro que un tiempo como ese, en este valle de lágrimas, no sea atravesado por mil adversidades.

En 1874 este horizonte tan puro se nubló de improviso, pues la salud de la señora se alteró rápidamente á consecuencia de violentos dolores de cabeza, de síncope frecuentes y de un debilitamiento progresivo,

de manera que se le iban paralizando los órganos mas importantes: la espina dorsal perdió toda su fuerza, las piernas no podían sostenerla y la vista se le había enturbiado; no podía estar sentada en el lecho y se veía obligada á permanecer acostada. La parte inferior del cuerpo estaba en tal estado de insensibilidad, que no solamente no podía mover los pies por sí, sino que si los picaban con un alfiler no sentía la enferma absolutamente nada.

Varias veces, durante sus largos desmayos se temía una muerte repentina, pues ya tocaba la puerta, y el luto comenzaba á entrar en esta casa donde antes reinaba el gozo.

La pobre madre estaba impotente para continuar la educacion de sus hijos y seguir sus lecciones, por lo cual no presenciaba mas que sus oraciones, oyéndolos pedir á Dios por la noche y por la mañana la gracia de su curacion.

Tenia ya dos años de padecer en 1876 cuando su hija mayor iba á hacer el día 2 de Abril su primera comunión. En este gran

día en que la niña debía recibir á su Dios, esperaba esta madre cristiana que acabando de tomar posesion del corazon de su hija el misericordioso Salvador, llevase algun alivio á sus males y dejase en la casa un real testimonio de su visita y de su mansion. ¿No habia entrado en otro tiempo en la casa de Simon Pedro y ordenado á su suegra enferma se levantara y les sirviese?

—Estoy cierta, decia la señora Guerrier, de levantarme y andar ese dia.

Llegado el 2 de Abril, recibió la jóven por la primera vez el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Para en la tarde se dispuso una comida á la cual estaba convidado el sacerdote que habia preparado á la jóven. Ya estaba reunida toda la familia, y ningun cambio se notaba en la enferma: su asiento en la mesa iba á quedar vacío, como lo habia estado hacia quince meses, cuando al momento mismo en que se colocaban á la mesa, sintiéndose la señora con fuerzas se hace vestir y viene á colocarse en medio de los convidados, quedando todos estupefactos de admiracion. Tenia la vista clara y despejada, la espina habia recobrado su juego natural y las piernas la podian sostener como antes de su enfermedad.

El sacerdote entonó el cántico de accion

de gracias, al cual respondieron todos y comprendieron que Aquel que en la mañana se había dado á sí mismo en un banquete divino, estaba invisiblemente presente á su banquete de en la tarde.

La enferma pasó la noche con un sueño dulce y profundo; pero al día siguiente ¡ay! cuando quiso levantarse se encontró sin fuerzas y no pudo pararse, porque las piernas habían vuelto á su estado inerte.

VI.

¿Había sido un sueño, ó una ilusión el que esa tarde en perfecta salud haya hecho los honores de la casa, y festejado el mas bello día de su hija? ¿O era un esfuerzo de la voluntad, un efecto de la imaginacion, ó un efecto nervioso, como dicen á veces los médicos? No, no; no lo creáis. El dueño de la vida y de la muerte, de la salud y de la enfermedad había dispuesto todas las cosas de manera que fuera imposible desconocer su mano y atribuir á la naturaleza lo que es efecto de la gracia.

El día de la primera comunión de la hija no había querido engañar la esperanza y la fe de la madre; y tocándola invisiblemente

con el dedo le había mandado sirviase á los convidados, como lo hizo en otro tiempo con la suegra de Simon Pedro; pero despues de haber mostrado de esa manera por un acto de su omnipotencia, que es el dispensador soberano, quiso hacer comprender que para un fin oculto y solo de su Majestad conocido, convenia que llevase todavía el peso de la prueba y á fin de hacer notar que El era quien obraba, al mismo tiempo que ordenó á la enfermedad volviese á posesionarse de las piernas, le mandó dejase la parte superior del cuerpo, pues los intolerables dolores de cabeza desaparecieron para siempre, lo mismo que los síncope, y la vista quedó clara y perfecta.

¿Cuánta razon tenia el centurion del Evangelio, cuando tratando de expresar la sumision de la naturaleza á la omnipotencia del Salvador, tomaba su comparacion de la pronta y puntual obediencia de la disciplina militar. «Yo no tengo mas que decir á alguno de los soldados que están á mis órdenes: ¡Véte! para que se vaya; y digo á otro: ¡Ven! y viene. De la misma manera á mi criado: Haz esto, y lo hace...»

Así había mandado Jesus en una casa de la ciudad francesa de Beaune lo mismo que había mandado entonces en la ciudad judía

de Cafarnáun. Como un jefe que hace mover á sus soldados segun el plan de batalla que ellos ignoran, así habia dicho á la enfermedad: «¡Vete! y despues: ¡Ven, haz esto!» Y todo á su palabra se habia inmediatamente cumplido.

¿Por qué razon, despues de esa curacion total, esta recaída parcial? ¿Cuál era el fin misterioso que Jesus se proponia? Solo El lo sabe, y sin duda si se le hubiese interrogado respecto de esta mujer, hubiera respondido como lo hizo con ocasion del ciego de nacimiento: «Si está así es para que la gloria de Dios brille en su persona.»

Debemos añadir que si siempre habia tenido grande resignacion en las enfermedades la señora Guerrier, desde ese dia se hizo mucho mas grande: su alma, así como su cuerpo, habia recibido una gracia de lo alto. Las tinieblas que le ocultaban el rostro de sus hijos, de su marido y de toda su familia habian desaparecido bajo un soplo celestial, y aunque siempre tendida en su lecho estaba llena de gozo.

Desde el principio de su enfermedad no habia tenido la dicha de abrazar á sus an-

ciados padres; pues ella vivia en Beaune, en la Costa de Oro, y sus padres en San Gobain, en el departamento de Aisne: habia ciento cuarenta leguas de distancia de una ciudad á otra. Ahora bien, el doctor Biver tenia entonces ochenta y dos años de edad, por lo cual un viaje por pequeño que fuese le habria sido difícil: su hija deseaba ardentemente verlos, y desde Abril á Setiembre habia crecido este deseo en su corazon. En vano se le objetaba que era imposible trasportarla, que un trayecto tan fatigoso podria precipitarla en peor estado; pero todas estas razones eran menos fuertes que la necesidad filial de ir á estrechar entre sus brazos á la madre que la habia alimentado con su leche y al anciano que la habia mecido en sus rodillas cuando niña. Y tuvieron la imprudencia de partir.

Sucedió lo mismo que los médicos le habian anunciado, que el viaje le traeria una gravedad considerable en sus sufrimientos; y llegó á tal punto su enfermedad, que le fué imposible, aun despues de algunas semanas de reposo, el tomar el ferrocarril para volver á Beaune. El menor movimiento, como cuando se trataba de mudarla de una pieza á otra, producía en ella una especie de vértigo y unas crisis muy penosas.

de Cafarnáun. Como un jefe que hace mover á sus soldados segun el plan de batalla que

Las consecuencias de tal estado y en tales circunstancias era el quebranto de la familia. Las funciones de juez de paz obligaban al marido á habitar en Beaune y las graves dolencias de la enfermedad detenian á la esposa en San Gobain, en union de sus hijos; por lo cual tenía necesidad el magistrado de hacer con frecuencia un viaje de ciento cuarenta leguas, á fin de pasar unos cuantos dias con su querida familia. Y con estas fatigas trascurrió un año.

Estaban en expectativa del dia en que tuviese algun alivio la enferma para trasladarla á su casa; pero ese alivio no llegaba, antes sucedia lo contrario, pues la parálisis ya comenzaba á invadir el brazo izquierdo, y con la experiencia de la ida no se arresgaban á hacer la tentativa de la vuelta.

VIII.

En el mes de Agosto último, encontrábase Mr. Guerrier en San Gobain, desconsolado como siempre de esta situación sin salida, le dijo su mujer: «Amigo mio, quiero hacer una peregrinación á Lúrdes; allí sanaré.» Esta palabra aterrorizó fuertemente al marido, la perspectiva mas alarmante se

presentó entonces á su imaginacion y combatia vivamente tal idea, pareciéndole que infaliblemente debia traerle funestos resultados.

—Esposa mia, le responde, me pides imposibles; recuerda lo que nos cuesta el haber condescendido con tus deseos de hacer el viaje de Beaune á San Gobain; reflexiona que desde entonces no puedes ni siquiera ser trasportada en silla de manos al jardin, y ¡quieres ahora aventurarte á atravesar toda la Francia ó ir á un país donde no conocemos á nadie y con el peligro de no poder volver de allí! ¿No piensas acaso que eso seria tentar á Dios y arrojarse á aventuras insensatas? «Estoy cierta que sanaré en Lúrdes, respondia la señora, yo quiero ir allá.»

Esta era la lucha de la razon ó del razonamiento contra la fe y la esperanza: enérgica de una y de otra parte, duró la lucha varios dias. La fe de la señora conmovió á sus dos hermanos los directores de San Gobain y aconsejaron á Mr. Guerrier cedia á las instancias de su esposa; por lo cual, provisto de un certificado del médico en que comprobase el estado de la enferma, pidió al ministro permiso de algunas semanas para poder conducirla á los Pirineos,

de Cafarnán. Como un jefe que hace mover
sus soldados según el plan de batalla que

y resolvióse definitivamente á hacer el viaje, el día 8 de Setiembre, el sábado fiesta de la Natividad.

Cuántas oraciones dirigieron todos juntos ese día á nuestra Señora de Lúrdes, en la misma mañana en que su gran siervo el cura Peyramale dejaba la tierra y entraba en el reino de toda verdad, donde los perversos reciben su castigo y los justos son coronados de poder y de gloria!

Sin embargo, el señor Guerrier estaba bastante preocupado de encontrarse en caso de tan molestas eventualidades, en una ciudad desconocida, donde no tendria ni ayuda ni sostén, sin otro socorro que los cuidados mercenarios é indiferentes que se encuentran en los hoteles. «Yo querria, decia varias veces, tener allá alguna persona que pudiese guiarnos, me horrorizo de considerarme aislado y desconocido.»

Esto era el 10 ú 11 de Setiembre. En esta fecha el abate Poindron, cura de San Gobain, que los visitaba con frecuencia, supo por un periódico la muerte de monseñor Peyramale, y en el relato de sus últimos instantes notó el nombre del abate Martignon, antiguo cura de Argel, del cual hemos hablado al principio de esta historia. Se fué inmediatamente á casa de la enferma y dijo

á su marido: «Tendreis en Lúrdes á una persona que os reciba y os guie; conozco al abate Martignon y le escribiré para anunciarle vuestra salida y os recomendaré á sus buenos cuidados: por el telégrafo avisadle la hora de vuestra llegada, él estará prevenido.»

IX.

Arreglado el viaje se determinó salir el mas próximo dia que pudiesen, resnetos á descansar un dia en Paris, y despues si les era posible seguir de una sola jornada hasta Lúrdes: para esto avisaron á la compañía del ferrocarril tuviese listo para el miércoles 12 de Setiembre un wagon-lecho.

Hubo grande inquietud en la familia: la señora tenia una confianza absoluta en su próxima curacion; sus hermanos llevados por su fe, esperaban con ella; el marido cediendo á la voluntad de su mujer estaba lleno de temores, veia las dificultades materiales, mientras que la enferma parecia no fijarse en esto. Ella solo miraba la posibilidad divina y él veia las probalidades humanas. Los niños habituados á oír de boca de su madre palabras de verdad, inclinados

de Cafarnáun. Como un jefe que hace mover á sus soldados según el plan de batalla que

como es natural en esa edad á creer fácilmente en la realización de sus deseos, se regocijaban de antemano de la salud de su madre. «Sí, sí, vos sanareis, decía la mayor.»

María, la mas pequeña, que no había visto de otra manera á su madre mas que enferma en el lecho, exclamaba: «Mamá, vas á volver como mi otra mamá y tendremos una mamá que ande.» «Y podrá tomarnos sobre sus rodillas,» añadía Pablo, el cual se afligía de no haber gozado de esa dicha.

Otras veces se entristecían de un viaje tan largo, que tenía para ellos proporciones ilimitadas, y de considerarse tantos dias lejos de los besos maternos: «Mamá, le preguntaban, ¿podreis desde allá mandarnos vuestra bendición?»

Nada es tan penoso como las vacilaciones, las angustias y las diversas preocupaciones que preceden á una decisión grave. Habían procurado excusarle al anciano padre la mortificación y molestias inútiles; hasta que estuvo todo arreglado, salvo su consentimiento, le anunció su hija el proyecto de ir á buscar en un santuario lejano, cerca de la Madre de Dios, la curación que la ciencia de los hombres no le podia proporcionar.

A esta noticia, ante esa suprema resolu-

ción de dejar los medios de la tierra para recurrir á los del cielo, se conmovió profundamente hasta brotarle las lágrimas á los ojos. «Consiento en lo que quieres,» lo dice. Y á la hora de partir, extendió sobre la cabeza de su hija sus venerables manos para bendecirla.

El viaje se hizo con la mas cruel fatiga: en Paris se transportó á la enferma, no sin grandes dificultades, á la casa de su hermano Mr. Héctor Biver.

Su cuñado Luis Bonnel, profesor en el liceo de Versalles, había ido con mucho empeño á verlos y les dijo: «Acabo de informarme de si Mr. Enrique Lasserre está en Lúrdes: yo lo conozco, es mi amigo y aquí teneis una carta para el.»

De esta manera, aquel á quien Dios hace hoy la gracia de referir esta historia debía ser llevado mas tarde á saber todos sus pormenores.

«Volvieros á tomar su camino, y no obstante el valor de la enferma, estaba tan fatigada al momento en que el tren entraba en la garita de Burdeos, que el marido espantado no se atrevió á ir mas adelante y resolvió á toda costa quedarse á descansar allí un dia.

de Cafarnán. Como un jefe que hace mover
 a sus soldados según el plan de batalla que

X.
 El sábado 15 de Setiembre llegan á Lúrdes el señor y la señora Guerrier. El padre argelino al cual habian sido recomendados se encontraba en la estacion para recibirlos. Habia estado esperando en la sala de los viajeros, rezando su oficio y pensando en la última novena en la cual habia concentrado todas sus esperanzas de curacion. Teniendo plena fe que tenia en el cielo un amigo y un intercesor en la persona del cura Peyramale, es decir del sacerdote que nuestra Señora de Lúrdes habia escogido para el cumplimiento de su obra, le parecia imposible que Dios se resistiese á la súplica del fiel siervo de su Madre inmaculada.

Pensaba en todos los enfermos que hacia algunos años habia visto sanar en la gruta, y se decia que su vez habia por fin llegado, que el día siguiente era el último de la novena, y que el milagro tan largo tiempo pedido iba por fin á verificarse. El tiempo pasa pronto en compañía de la esperanza, así es que el buen canónigo habia esperado con paciencia á los viajeros que nuestros lectores conocen ya, pero que él no los conocia todavía.

El abate Martignon habia preparado todo: alquiló un coche ancho y cómodo, que tenia apostado en la estacion del ferrocarril, y al cual dos hombres transportaron á la enferma; de allí se dirigieron á la casa amueblada de madama Detroyat, donde el abate Martignon habia tomado una pieza.

Ahora bien, esta pieza estaba en el primero ó segundo piso, y el estado de la enferma reclamaba necesariamente una habitacion de piso bajo. El canónigo de Argel no habia sido bien informado de la situacion para haber cuidado de eso; por lo cual estaba muy mortificado. «No os mortifiqueis, le decia madama Detroyat, haceos conducir á casa de Mr. Lavigne, él puede tener una pieza tal cual vos la deseais.»

Mr. Lavigne es propietario de una casa que contiene un bello jardin: la portada se abre sobre el rumbo que atraviesa á Lúrdes, formando la calle principal. Esta habitacion está situada en la parte inferior de la ciudad, entre esta y la estacion del ferrocarril. Pues en lugar de hospedar á los peregrinos en la pieza que se les habia preparado, se encontraron instalados en la casa Lavigné, que de muy buena voluntad la pusieron á su disposicion, proporcionándoles una sala de piso bajo con vista para

EL MILAGRO. —5

señora Guerrier y a que el abate Martignon

EL MILAGRO. —6

el jardín y momentáneamente trasformada en recámara para dormir.

Parecen inútiles estos detalles, pero mas tarde deben tener su utilidad ó su importancia y contribuir en cierto modo á la fisonomía particular de los acontecimientos de que vamos haciendo relacion.

En esta sala fué donde refirió la señora Guerrier al abate Martignon sus largos padecimientos, su enfermedad persistente y la firme esperanza que la habia llevado á Lúrdes.

Al ver la tranquila energía con que hablaba de su curacion, comprendió el abate que esta confianza venia de lo alto; pero ¿qué dia, á qué hora y en qué circunstancias se verificaria esta curacion? Al espíritu de Dios que se pla cuando y donde quiere, toca determinar lo.

Conversaron de los beneficios sin número de nuestra Señora de Lúrdes, de la memoria de monseñor Peyramale, tambien le dió noticia el abate de su novena, encargándole se asociara á ella, y aun ofreciéndole sustituir las intenciones de ella á las suyas... Despues de haber tomado algun reposo, se dirigieron á la gruta, llevando consigo dos criados prestados para que ayudasen á bajar del coche á la enferma y trasportarla á los

nocia todavia.

piés de la estatua de la santísima Virgen: en esto eran ya las cinco de la tarde.

Allí fué donde tuvimos el honor de verla por la primera vez y donde el señor Guerrier nos dió la carta de su cuñado Luis Bonnel, y supimos las aficciones de esta familia.

La oracion de la señora Guerrier fué ardiente y recogida, estaba inmóvil y fija como en éxtasis, sin quitar la vista de la imágen material de la Virgen invisible aparecida en otro tiempo en esos lugares, y que desde tan lejos venia ella á invocar: en la elevación de sus manos, en su fisonomía y en to lo su aspecto expresaba su esperanza y su fe.

XI.

La señora Guerrier antes de partir habia recibido la absolucion y habia preparade su alma lo mejor posible para pedir y obtener la gracia que imploraba. Ella estaba dispuesta, pero su esposo, aunque buen cristiano, habiendo tenido á su cargo los cuidados temporales, habia descuidado un poco lo espiritual; y habiendo mostrado mucha apatitud en preparar lo necesario para el viaje y durante él, no la habia mostrado en pre-

señora Guerrier y á que el abate Martignon

EL MILAGRO. —6

pararse á sí mismo, dejándolo para última hora.

Esta hora le tocó en Lúrdes.

Esa misma tarde suplicó al abate Martignon le hiciera la gracia de oírle en confesion; así es que siempre tenia el proyecto de ir al día siguiente unido á su esposa, y que fuesen sus corazones, sus obras y su oracion acordes é igualmente agradables á Dios.

He aquí cómo en el sacramento de la penitencia abre su alma ante el ministro de Jesucristo, le confiesa sus faltas y le dice tambien sus aflicciones, sus angustias, las tristezas de su hogar, sus inquietudes por el presente y sus alarmas por el porvenir. Esta alma necesitaba palabras de consuelo y de valor; y él sabia que la Iglesia llama tambien «al tribunal de la penitencia» el tribunal de la consolacion.

El detalle de estas confiancias en el secreto de Dios, nosotros lo ignoramos y nadie podria repetirlo; pero lo que sí sabemos es que el confesor que representa allí al mismo Dios y que pronuncia en nombre del Padre de toda criatura las palabras de misericordia, experimenta á veces mas que ningun otro, mas que el comun de los hombres el sentimiento de la compasion. Esto sucedió al antiguo cura de Argel, ante el

nocia todavía.

infortunio de este esposo desolado, ante el espectáculo de esta madre de tres niños condenada hacia tanto tiempo á la enfermedad y á la inaccion; ante toda esa familia que necesitaba todavia de los cuidados maternales, y en fin ante ese duelo universal. *Misericordia motus est*, y quedó tan conmovido de lástima, que para emplear aquí una expresion de las Santas Escrituras, que no creo fuera de propósito en esta historia, se olvidó de su propio mal por compadecerse del ajeno. No queremos decir precisamente que no se acordarse ya de lo que padeció y de la inmensa esperanza que habia concebido para el día siguiente, sino muy al contrario, en ello pensaba; pero un pensamiento de orden superior que se le habia presentado y del cual vagamente habia dicho una palabra á la señora Guerrier, ahora se presentó de nuevo á su corazon, se resolvió y lo ejecutó inmediatamente.

— ¡Que vuestra esposa tenga confianza, y tenedla vos tambien! le dice á su penitente, á aquel que en el santo tribunal le llama «padre» y á quien él respondia «hijo.» Yo la he visto en oracion esta tarde en la gruta; es de las que triunfan del corazon de Dios y que conquistará el milagro.... Mirad, añadió, yo tambien estoy haciendo una

señora Guerrier y á que el abate Martignon
EL MILAGRO. —6

novena que comencé al pié del lecho mortuorio de mi amigo el venerable cura de Lúrdes, monseñor Peyramale; desde ese momento invocó su memoria, y he rogado á nuestra Señora de Lúrdes me conceda que en el *noveno dia* sea él mismo quien me trasmita la respuesta de mi constante peticion. Hoy estamos precisamente en la víspera de ese dichoso dia; mi novena comenzada el sábado 8 de Setiembre, en la fiesta de la Navidad, debe terminar mañana domingo en la fiesta de Nuestra Señora de los Dolores. Mañana, pues, celebraré el santo sacrificio de la misa, que es mi última esperanza. Pues bien, decidle á vuestra esposa que esa misa no solamente la diré por ella, sino que si debo tener alguna parte en la respuesta sensible que solicito, *le cedo todas las oraciones anteriores de esta novena y sustituyo sus intenciones á las mias*; de manera que si una curacion debe ser la señal dada en el último dia de la novena, *que esa sea la suya y no la mia*; que esta noche antes de dormirse y mañana al despertar, una y asocié á su oracion el nombre de monseñor Peyramale, y á las ocho venid los dos á esta misa á la basílica, que yo espero que alguna cosa pasará.

El señor y la señora Guerrier, aceptando

nocia todavía.

con sencillez tal ofrecimiento, no pudieron medir todo el heroísmo y toda la extension del sacrificio que hacia el sacerdote de Argel; era necesario para eso que hubieran conocido todo un pasado que ellos ignoraban.

XII.

Esa noche antes de dormir y otro dia desde el amanecer, unió la incurable paralítica á sus invocaciones y á sus oraciones el nombre de monseñor Peyramale, y cuando se acercaba la hora de las ocho de la mañana se hizo trasportar á la basílica para asistir á esa última y suprema misa de la novena, en la que el abate Martignon esperaba de su difunto amigo la misteriosa respuesta, y la cual habia cedido ya en beneficio de esta pobre madre de familia.

La señora Guerrier no ignoraba las infalibles y consoladoras enseñanzas de la Iglesia sobre la comunión de los santos y la reversibilidad de los méritos, así es que despues del acto de abnegacion hecho en su favor, se fortificó singularmente el sentimiento de seguridad y confianza que la habia conducido á Lúrdes. ¿Cómo dar de esto una idea?

señora Guerrier y á que el abate Martignon

EL MILAGRO. —6

En este lugar de paz y de edificación estamos muy lejos de los campos de batalla y de las luchas sangrientas; y sin embargo allá es á donde iremos á buscar nuestra comparacion para hacer comprender bien lo que pasaba en el fondo de esta alma en la oracion.

El capitán con sus tropas ha salido para dar el combate: conoce el lugar, conoce la hora, conoce el ardor de sus soldados y las disposiciones del enemigo. Ya cuenta con la victoria y lo anuncia muy alto: se ha acampado en un terreno oscurecido por la neblina, cuyas sombras blanquecinas cubren la campiña y ocultan todas las cosas á su vista; mas el terreno le es familiar y coloca en perfecto orden sus compañías y sus regimientos. Del otro lado del arroyo un ruido vago del pataleo de los caballos y del choque de las espadas le revela la presencia de aquel de quien quiere triunfar: el corazón le palpita con fuerza, y á pesar de su valor y de su seguridad no puede dejar de pensar en sí mismo, en el corto número de sus soldados y en la fuerza de resistencia del adversario. Repentinamente disipa el viento la neblina, y he aquí que preparándose á combatir solo, percibe en el horizonte la tropa de un príncipe poder-

nocia todavía.

riños. «De todos mis corderos, decía Ber-

roso que llega á través de la espesura de la brama, bajo la conducta de un fiel amigo. «Socorro inesperado! ¡alianza irresistible! El gran príncipe está con nosotros y obtendremos la victoria,» exclama el capitán estremeciéndose de alegría.

Así se estremeció la mujer cristiana que habia venido á Lúrdes sin otro socorro que sus propias oraciones y las de su familia, cuando repentinamente y sin esperarlo vió que era llamado en su ayuda por el amigo fiel, el ilustre siervo de María, el santo cura Peyramale, y que iba á unir su grande oracion á la suya humilde, y su poder á su debilidad: entonces comprendió que iba á triunfar.

Los peregrinos de Marsella ocupaban en Lúrdes desde la víspera casi toda la cripta y la iglesia superior; y hubiera sido muy difícil atravesar esa masa compacta llevando á una enferma que el mas ligero movimiento y el menor empujón le habria causado un sufrimiento y una fatiga. Se escogió, pues, para decir la misa una de las dos primeras capillas que se encuentran á la entrada, tomando la de la izquierda dedicada á santa Germana Cousin. Allá fué donde condujeron esta serie de circunstancias á la señora Guerrier y á que el abate Martignon

celebrase la misa, reservando ademas los sufragios del *memento* de muertos por el venerado difunto cuyo pensamiento estaba presente al corazon de todos.

XIII.

La enferma oyó la misa sentada en una silla y reposando las piernas enfermas é iuertes sobre un reclinatorio que tenia al frente.

Mientras leia la epístola el abate Martignon, se presentó repentinamente con una claridad extraordinaria, á su imaginacion, la memoria de monseñor Peyramale, y al llegar á las últimas líneas vió brotar estas palabras cuya aplicacion admirable se impuso á sí mismo á medida que las pronunciaba: «El Señor ha hecho hoy tu nombre tan glorioso, que tu alabanza permanecerá siempre en los labios de los hombres que guardaron perpetuamente la memoria del poder de Dios. Por ellos, en vista de las angustias y de la tribalacion de tu pueblo, has entregado tu propia vida y te has presentado para reparar la ruina ante el Señor nuestro Dios.» (1)

(1) Hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum, qui me-

tineos. «De todos mis corderos, decia Ber-

«Mi cuerpo será la levadura, es necesario que yo muera para reparar la ruina,» habia dicho á menudo el hombre de Dios antes de bajar al sepulcro.

En el momento de la *elevation* todos se prosternaron, excepto la enferma que permaneció inmóvil esperando que su Dios viniese á donde ella estaba, como en efecto vino á la hora del banquete sagrado, llevado por las manos de su ministro para alimentar á la que tenia hambre y refrigerar á la que tenia sed. Apenas recibió el Santísimo Sacramento, cuando una cosa extraordinaria pasó en todo su ser, tanto en su cuerpo como su alma, sintiendo una fuerza invencible que la obligaba á ponerse de rodillas y al mismo tiempo resonó en su corazon una voz soberana que se lo mandaba.

Su marido, habiéndose acercado á la santa Mesa, vino á recogerse despues de la comunion al lado de su esposa, prosternado y

mores fuerint virtutis Domini in æternum; pro quibus non pepercisti animæ propter angustias; et tribulationem generisti, sed subvenisti ruinae ante conspectum Dei nostri. (Epístola de la misa de Nuestra Señora de los Dolores. Tercera dominica de Setiembre.)

cubriendo con las manos su rostro, creyendo sin creer y esperando sin esperar. Repentinamente oye un movimiento, y siente un roce de vestido que le hizo levantar la cabeza, y ve á su mujer de rodillas orando á su lado. Por respeto á la iglesia sofocó en su pecho el grito de reconocimiento, la exclamacion de gozo y de estupor que estuvo á punto de salir, é instintivamente dirigió su mirada hácia el altar y se encuentra con la del sacerdote que estaba lleno de alegría y enternecimiento en el instante en que dirigiéndose al pueblo decia á los fieles la grata palabra sacerdotal: *Dominus vobiscum*, que el Señor sea con vosotros. En efecto, el Señor estaba con ellos.

Acabada la misa y leído el último evangelio, se levanta sin esfuerzo la señora Guerrier teniéndose en pié y de nuevo se pone de rodillas. . . . En cuanto á su marido, temia desfallecer, pues sentia que las piernas le temblaban, estaba pálido, conmovido, trémulo y con los ojos abiertos; pero oscurecidos por las lágrimas, mirándola sin atreverse á hablarle y sin poder creer el testimonio de sus sentidos; mientras que la enferma curada gozaba de una grande calma, dando gracias con mucho recogimiento, él estaba lleno de turbacion.

lineos. «De todos mis corderos, decia Ber-

Despojado el sacerdote de los ornamentos sagrados se arrodilló en la esquina del altar para hacer su accion de gracias, que debe haber sido ferviente. Habia comenzado su novena al pié del lecho de muerte del siervo de María, mezclando á sus oraciones el nombre de aquel que habia dejado este mundo, y pidiendo á nuestra Señora de Lúrdes le concediera que en *el noveno dia* le diese la respuesta su venerable amigo; despues en lo mas fuerte de su esperanza, por un acto de heroica caridad, habia transmitido á otro el tesoro con que contaba. Y hé aquí que en *el noveno dia* y á la hora señalada, ni mas tarde ni mas temprano, en la misa que él mismo decia con *este fin*, la persona designada por él se levanta de pié, súbitamente curada como los paralíticos del Evangelio, por el contacto de una mano invisible.

La respuesta que habia implorado del poder y de la bondad de nuestra Señora de Lúrdes, acababa de obtenerla con una claridad divina y la señal que habia pedido se le acababa de dar de una manera clara y esplendente.

Por tal milagro, verificado en tales circunstancias, parecia proceder la misma Virgen María á la glorificacion del siervo fiel

que había sido aquí el instrumento de su obra, y de aquel que nueve días antes había llamado Dios á sí para la fiesta de la Natividad de su Madre.

Si fué grande el gozo de la paralítica curada, el gozo del sacerdote fué mas grande todavía, pues su amigo el cura Peyramale comenzaba ya á manifestar su presencia en el cielo.

XIV.

Ni los unos ni los otros habían fijado su atención en los detalles de esta pequeña capilla lateral donde se encontraban, y donde una mano divina los había providencialmente conducido; y no obstante, las piedras, las esculturas y las inscripciones eran otras tantas voces misteriosas que murmuraban el mismo nombre, ese nombre que al través de las últimas palabras de la epístola había creído el sacerdote oír resonar en sus oídos como un eco celestial.

Era la primera capilla de la entrada y el principio de la basílica, y todas las cosas recordaban allí el principio de esta divina historia de nuestra Señora de Lúrdes, de la cual, para hablar como monseñor

rineos. «De todos mis corderos, decía Ber-

Langéniux, el cura Peyramal, había sido el testigo, el confidente y el apóstol.

Bajo la ventana está toda la pared cubierta por tres planchas de mármol blanco, y sobre este mármol está inscrita en abreviado la relación de las diez y ocho apariciones. El cura de Lúrdes había sido investido de un gran papel en este mundo cuando la Virgen le envió á Bernardita por este mandato formal: «Anda y dí á los sacerdotes que yo quiero que se me construya aquí una capilla.» Ahora bien, sobre el mármol se leía esta misma orden: «Anda y dí á los sacerdotes que quiero que se me edifique aquí una capilla. . . .» ¿Podía haberse puesto de una manra mas clara á la memoria, la misión y la persona del primer obrero, de aquel que había cavado el primer cimiento y puesto la primera piedra? El cura de Lúrdes había pedido un día á la Aparición de la gruta hiciera florecer el rosal entre las escarchas de Febrero, y la Virgen le había respondido por la palabra «penitencia.» Pues bien, recorriendo los frisos y dando vuelta por la nave, se ve una línea de corazones de oro que reproducen algunas de las palabras de nuestra Señora de Lúrdes, y he aquí justamente que arriba de gran arco que forma la entrada á esta capi-

lla lateral se encuentra la misma palabra que la Virgen María había respondido á la petición del cura, y que la vida del santo sacerdote había tan dolorosamente realizado: «penitencia.»

El señor cura, conforme á este decreto de María había recibido sobre sus hombros el peso de una terrible cruz. Pues ¿cuál era el paso de la vía dolorosa que el artista había esculpido á la derecha del altar, dominando el arco diagonal que conduce á la siguiente capilla? Era el Cireneo llevando la cruz.

En el altar donde el abate Martignon acababa de celebrar la misa, sobresalían igualmente los recuerdos de esta misma época, bajo el velo trasparente de las alegorías. No se hubiera podido escoger entre toda la legion de bienaventurados, una santa que pudiese figurar mejor la vidente de Lúrdes á una pastora como ella, á una inocente niño de nuestras comarcas meridionales, en la misma edad de la juventud y hablando el mismo idioma, como fué la purísima y radiante Germana Cousin; la cual se contempla en ese altar, teniendo á un lado el cayado de pastora y la cabeza cubierta con ese tocado tan semejante en la forma como en el nombre, que se llama capuchon, en la region de Tolosa y capulet en la de los Pi-

ríneos. «De todos mis corderos, decía Bernardita, al que quiero mas es al mas pequeño.» A los piés de Germana se encuentra el pequeño cordero, detras de ella el perro, símbolo de la vigilancia, de la fidelidad y de la fuerza, para defender á la pastora y al rebaño; y esta triple virtud recordaba al pastor enérgico que no había permitido jamás á la persecucion desencadenada que tocase á la hija de María.

Recuérdese que á la petición de las rosas, había vuelto despues Bernarda con las manos vacías; pero ved aquí sobre el altar que la santa pastora tiene hoy su delantal cubierto de rosas que sus virginales manos derraman con profusion. Y como las rosas necesitan un perfume, hé aquí que ante el ara del sacrificio acaba de desplegarse un milagro, embalsamando todas las almas y derramando muy buen olor sobre la memoria veneranda del siervo de María.

El voto del cura Peyramale era ahora escuchado. Entonces la Virgen había sonreído como para prometer las rosas despues de esta vida, en la estacion de la eterna primavera: ahora acaba nuestra Señora de Lúrdes de cumplir la promesa que contenia su sonrisa.

Detengámonos un instante y apliquemos
EL MILAGRO. —7

á este hecho de orden sobrenatural y á este simbolismo místico, la simple lógica de la razón.

Si nuestra Señora de Lúrdes, devolviendo la salud á la señora Guerrier, no hubiera tenido desiguio de determinar de una manera clara el sentido manifiesto que ha llamado la atención á todos, y de uir á esta curacion la memoria de su siervo, ¿no es evidente que hubiera escogido *otro momento* que el noveno dia pedido de autemano, *otra circunstancia*, que esta última misa de la novena celebrada por el íntimo amigo, y *otro lugar* que esta capilla significativa? Hubiera escogido la víspera, el dia siguiente ó cualquiera otra fecha; la gruta, la piscina ó cualquiera otra capilla de la basílica. Pero parece que quiso expresamente que el dia, el sacerdote y el lugar significasen el mismo nombre y diesen con toda claridad la respuesta que con tanta instancia habia sido solicitada. Y bajo la accion de su voluntad omnipotente, todos los detalles del acontecimiento, haciéndose eco y reflejo el uno al otro, proclaman y ponen de relieve la misma verdad.

¡No! semejantes concordancias y semejantes aproximaciones no son fortuitos encuentros de la casualidad. Esas delicadas

armonías, esos exquisitos detalles tan ingeniosa y felizmente combinados por Aquel que todo lo dirige, denotan tan infaliblemente esta mano divina, como la regularidad y orden de la máquina de un reloj denotan la accion de un relojero. Estas circunstancias son el lenguaje de Dios dirigiéndose á los hombres, lenguaje á la vez claro y enigmático, como el de las parábolas que dirigiera en otro tiempo á la multitud reunida en las riberas del lago de Genesaret ó Jerusalem. El alma sencilla escucha, comprende y adora. «A vosotros, decia el Señor á sus discípulos, á vosotros ha sido dado conocer los misterios del reino de Dios; pero á estos no; pues tienen ojos y no ven, oídos y no oyen.»

He aquí por qué en presencia de cualquier hecho milagroso y de cualquiera accion directa de la Omnipotencia divina, es necesario abrir los ojos para mirar y tener el oído atento, es decir examinar y meditar todas sus circunstancias á fin de aprovecharse de la enseñanza despues de haber comprendido su verdadero sentido.

Recordad en el Génesis aquel bello episodio bíblico, donde se cuenta cómo Eliezer habiendo ido á la Mesopotamia, ciudad de Nachor, á buscar esposa para el joven

Isaac, se detuvo en el borde del pozo que está á la entrada de la ciudad; y despues dirigiendo su corazon hácia Dios le dijo estas palabras: «Señor Dios de Abraham, mi Señor, veid hoy en mi ayuda, y que mi señor Abraham halle gracia delante de vos. Vedme aquí cerca de este pozo, y las jóvenes de esta ciudad saldrán para venir á sacar agua de esta fuente: haced, ¡oh Dios mio! que á la doncella á quien yo dijere: «Baja tu cántaro para que yo beba,» y ella me respondiere: «¡Ebe tú, y tambien á tus camellos daré de beber,» esa sea la que habeis destinado para vuestro siervo Isaac: y por esta señal conoceré que mi amo Abraham ha hallado gracia delante de vos.»

Aún no habia acabado de decir esto, cuando he aquí á Rebeca que aparece trayendo el cántaro sobre su hombro para sacar agua: desciende á la fuente, llena el cántaro, y se volvia, cuando Eliezer presentándosele, le dice: «¿Quisierais darme una peca de agua porque tengo sed?»

—Bebed, señor mio.

Y apresurándose á bajar el cántaro sobre su brazo dióle á beber.

Luego que hubo bebido, añadió ella:

—Tambien sacaré agua para tus camellos hasta que todos beban....

Eliezer la habia estado contemplando en silencio, atento á la órden que le diera el Señor, y luego que acabaron de beber los camellos sacó unos zarcillos de oro y brazaletes de gran precio, y díjole: «¿De quién sois hija?»

—Yo soy hija de Batuel, hijo de Melcha; mi abuelo es Nachor.

Eliezer se prosternó, adoró al Altísimo y exclamó:

—Bendito sea el Señor Dios de mi amo Abraham, que no apartó su misericordia y verdad de mi amo y me ha conducido por camino derecho á la casa de su hermano.

A esta perfecta concordancia entre la oracion de su corazon y el signo pedido que se verificó al pié de la letra, habia reconocido Eliezer la clarísima respuesta del Señor Dios y el favor de que gozaba su amo Abraham.

Así hagamos nosotros tambien, pues el Dios de aquellos tiempos es el mismo de hoy, porque sellama el Eterno, y ahora como entonces, responde de la misma manera al corazon recto de los que le imploran.

Volvamos á nuestra relacion.

XV. Invocada nuestra Señora de Lúrdes en las circunstancias que acabamos de referir, había concedido una gracia completa curando totalmente á la señora Guerrier. Ella había orado para pedir, y ahora oraba para dar gracias. Despues se levanta tranquila, serena y sin la menor turbacion física ni moral, sino todavía radiante del contacto divino, y dirigiéndose á su marido, le dice: «Amigo mio, dame tu brazo y bajemos.» El señor Guerrier no podía creer tal prodigio; lo que miraba lo atribuía á un sueño celestial, pareciéndole imposible fuese aquello una realidad, y su inexplicable alegría era turbada por el temor de ver desvanecerse repentinamente ese bello sueño. Va á caer, pensaba; y en su turbacion queria hacer llegar pronto á los portadores. «¡No! ¡no! le dice el abate Martignon, recordándole la realidad del hecho milagroso y divino, ¡dejadla andar!

Y entonces, todavía temblando, le ofrece el brazo: ella lo toma, y sin decir nada lo estrecha un instante sobre su pecho. Este mudo lenguaje expresaba mejor que cualquiera palabra el recuerdo de las penas pasadas y la inmensidad de la dicha pre-

sente; dicha del esposo, dicha de la madre, dicha de los hijos y dicha de toda la familia en quien ella pensaba en ese momento. De esos dos corazones que no hacian más que uno, subian hácia Dios y hácia la santísima Virgen una ardiente plegaria de gratitud.

Con paso mas firme que el de su marido bajó las dos gradas de la capilla y atravesó una parte de la nave. Los peregrinos de Marsella llenaban la iglesia, celebrando con sus cantos la omnipotencia de nuestra Señora de Lúrdes, sin sospechar que á su lado en una capilla lateral y en el silencio de una misa rezada acababa de brillar este poder de una manera sorprendente. Saliendo de la basilica la paralítica curada, bajó con grande facilidad las veinticinco gradas de la escalera de piedra bajo la cual estacionaba la calesa. El cochero lleno de estupor á vista de este espectáculo permanecia inmóvil, hasta que el señor Guerrier le hizo seña que arrimase el coche y abriese la portezuela.

—No, dijo madama Guerrier, quiero ir á la gruta.

—Sí, respondió el marido; pero vamos en coche.

64
—Tampoco, yo quiero ir á pié y de tu brazo.

El abate Martignon se inclinó al oído del señor Guerrier, y con su extinguida voz le dijo: «Ha sanado, dejadla ir.» Se le deja ir á pié, y todos juntos descienden á la gruta: en la basílica, ante el altar habia hecho su primera accion de gracias; ahora en la gruta, ante la estatua de María hace la segunda, y allí, sin apoyo, sin ayuda y sin ningun socorro extraño, se pone de rodillas y se prosterna; despues se levanta, va á beber un vaso de agna en la fuente milagrosa, dirigiéndose en seguida hácia la piscina donde se sumergen los enfermos y donde quiso sumergirse ya curada y de donde sacó nueva fuerza y vigor en todo su ser.

Quiso recorrer á pié el camino que conduce á la ciudad, delante de ellos marchaba el coche á paso lento, cuando á medio camino pidió por favor el abate Martignon que subieran al coche, no por ella sino por él. «Madama, le dice, os suplico no vayais tan aprisa. . . . Vos habeis sanado, añadió sonriendo, pero yo no; y os confieso que ya no puedo mas. Por caridad para conmigo, os ruego que montemos en el coche.» «Con mucho gusto,» respondió ella, y sin ningun esfuerzo montó al coche. La ca-

65
no ha mejorado . . .

67
lesa atravesó á Lúrdes; pero un poco antes de llegar á la antigua iglesia dejó el camino ordinario y dió vuelta por la calle de Langelle: ¿se habria equivocado el cochero? al contrario, llevaba buen camino y obedecia la órden de su ama. Se detuvo en el lugar que se le habia indicado, bajaron todos, y pasando por una escalera rústica de madera, entraron en la cripta de una iglesia inacabada: allí se encontraba una tumba todavía sin inscripcion; madama Guerrier mojó sus dedos en la fuente de la agna bendita, y tomando una rama de laurel que allí estaba, arrojó sobre esta tumba algunas gotas del agua sagrada; despues se arrodilló y oró junto á los restos del siervo de María, el cura Peyramale. Y esta fué la tercera accion de gracias.

Durante la semana que siguió á la muerte de monseñor Peyramale ninguna romería habia aparecido en la enlutada ciudad, hasta ese mismo glorioso dia vinieron á orar ante esa misma tumba los primeros romeros, los de la católica Marsella, que habian hecho la víspera su entrada en Lúrdes, llevando á la cabeza de su procesion la bandera de nuestra Señora de la Guarda: de manera que la primera corona lejana depositada sobre este sepulcro, lleva la misma fecha del

64
—Tampoco, yo quiero ir á pié y de tu

58

milagro que acamos de referir: Los PEREGRINOS MARSELLERES, 16 DE SETIEMBRE DE 1877. (1)

Acompañados de su amigo el canónigo Martignon, los señores Guerrier entraron por fin á la casita, habitacion de Mr. Lavigne, donde la enferma habia llegado la víspera, siendo presa, hacia algunos años, de una incurable parálisis. ¡Qué admiracion y qué alegría experimentaron sus huéspedes! Les parecia que era una bendicion para su casa! Con cuánta emocion escucharon los pormenores de todo lo que acababa de pasar!... Y ¡cómo comprendieron con la inteligencia y el corazon las maravillosas coincidencias que dan á este milagroso suceso su particular fisonomía.

—Señora, le dice Mr. Lavigne despues de haber escuchado todo, ¿sabéis dónde estáis, y precisamente á qué lugar os ha conducido la Providencia, á fin de que habiendo

(1) Los peregrinos que llegan á Lúrdes desde esa época, tales como los de Jours, la Bourgue, el Piamonte, Villafranca, etc., inaugurando sus procesiones por un acto de gratitud hácia el gran siervo de Maria, han pasado por la tumba del cura de Lúrdes yendo de la iglesia parroquial á la gruta, y conforme á las prescripciones canónicas han recitado allí las plegarias de la Iglesia.

65

59

salido de esta casa enteramente paralítica, ahora entreis en ella enteramente sana?

—No sé, respondió ella, mirándolo con un ademán de admiracion.

—Pues estáis en la casa que era el presbiterio de Lúrdes en la época de las apariciones; y habitais la sala donde el señor cura Peyramale interrogó por la primera vez á Bernardita y donde él recibió de su boca las órdenes de la santísima Virgen.

A esta suprema coincidencia, á esta última luz sobre la accion de la Providencia y sobre su intencion en estos acontecimientos, hubo allí como un estremecimiento en ese pequeño grupo. La claridad era tan viva que parecia una irradiacion.

Todos guardaron silencio y cada uno quedó pensativo.

XVI.

Mr. Guerrier y su esposa pasaron todavía algunos dias en Lúrdes, no quisieron irse precipitadamente llevando el beneficio y prefirieron dar gracias largo tiempo en el mismo lugar donde lo habian recibido. Despues, volviendo á tomar el camino de

64
—Tamnoec. yo quiero ir á pié y de tu

60

San Gobain se dirigieron á la casa paterna, cuyo viaje fué rápido y sin fatiga.

Tengo á la vista una carta de Mr. Guerrier que contiene algunos detalles á los cuales queremos dejarle todo su sabor.

«Cómo os trazaré tan de corrida la prodigiosa admiración del hermano mayor de mi querida esposa, Héctor Biver, (1) que nos esperaba en la estacion de Paris, cuando vió á su hermana bajar sola, del wagen, tomar su brazo y acompañarlo á tomar el coche! su completo estupor cuando llegamos á su casa y la vió subir muy naturalmente y sin esfaerzo la escalera que conduce á su habitacion, el pasmo y lágrimas de sus criados que diez dias antes habian subido y bajado con tantas precauciones á mi pobre Justina, entonces tan enferma.

«Al dia siguiente estábamos en Chauny; su hermano menor Alfredo Biver, director de la manufactura de San Gobain, nos esperaba en la estacion lleno de ansia, de inquietud y de turbacion, pues á pesar de las cartas y telégramas no podia creerlo, y en vano se le habia prevenido. ¡Cuál fué su sorpresa cuando mi amada esposa se lanza

1 Director general de la compañía de San Gobain, Chauny, etc.

65

61

en sus brazos, sorpresa de la que no podia volver y que le arrancaba incesantes exclamaciones durante el tiempo que gastó el coche en recorrer los catorce ó quince kilómetros que separan á Chauny de San Gobain! ¡Ibamos aprisa, los caballos sacaban chispas, nos apresurábamos á llegar, y cuán largo nos pareció ese trayecto!

«Por fin, ¡hé aquí la casa! Percibimos á toda nuestra familia; y grandes y pequeños, hermanas y cuñadas, sobrinos y sobrinas, y sobre todo á nuestros queridos hijos; todos habian corrido á la puerta saltándoles el corazon, ávidos de ver, de convencerse y de saciarse con la felicidad de que estábamos invidados. ¡Ah! cuando vieron á su madre, á su tia, á su hermana salir sola del coche y avanzar hácia ellos, este fué un cuadro que no sabria pintar ningun pincel humano. ¡Qué alegría, qué dulces lágrimas, que estrechos abrazos! La madre de nuestra Justina estaba allí sin cansarse de abrazar á esta hija que nuestra Señora de Lúrdes devolvía á su ternura y se la enviaba en pié, andando con paso firme y enteramente sana.

«Su anciano padre, detenido por sus ochenta y tres años, se habia quedado en una pieza, la cual estaba separada por algunos

Tamnoco. yo quiero ir á pié y de tu

escalones; subimos allá, y con nosotros todos los miembros de la familia que nos hacian cortejo. El venerable octogenario estaba de pié en el umbral de su gabinete; sus manos temblaban de dicha mas bien que de vejez y su rostro estaba bañado en lágrimas. Abriendo los brazos le dice: «Hija mia!» Mi esposa se inclinó prosternándose de rodillas.

«Padre mio, le dice, tú me has bendecido cuando partía para Lúrdes enferma é incurable; bendíceme ahora que vengo milagrosamente curada como te lo habia anunciado.

«Abriendo los brazos extendió las manos sobre la cabeza de mi Justina, y despues ella abrió los suyos y lloró sobre el pecho de su padre. Y como si nada debiera faltar á nuestra felicidad, encontramos que ese dia era precisamente el dia de la fiesta de la que entraba tan de triunfo en la casa paterna. ¡Qué bello dia de santa Justina celebramos!

«Pero no es esto todo; si la familia habia tenido su gran parte, la Iglesia habia querido tener la suya. El celoso y excelente cura de San Gobain, el abate Poindron, habia pedido al señor obispo de Soissons autorizacion de celebrar una accion de gracias

solemne por el incomparable favor que habiamos recibido. Así es que al dia siguiente fuimos á la parroquia, donde un pueblo inmenso, admirado y recogido se agrupaba á nuestro paso; las campanas sonaban á todo vuelo y la iglesia estaba tan llena como en los dias de grande solemnidad: la estatua de nuestra Señora de Lúrdes dominaba la asistencia, en frente de esta santa imágen habia sido preparado un lugar para aquella que la Virgen María se habia dignado curar. El sacerdote subió al púlpito y refirió sencillamente, sin comentarios, el hecho considerable que daba lugar á esta ceremonia: despues varias jóvenes con vestido y velo blanco fueron á tomar sobre sus hombros la estatua de nuestra Señora de Lúrdes y la procesion se puso en marcha. Detras de la imágen de nuestra celestial bienhechora marchábamos mi mujer y yo al compas de los cánticos entusiastas, de las armonías triunfales del órgano y en medio de una poblacion numerosa que no podia contener sus lágrimas; despues resonó el tedéum bajo las bóvedas del templo, estando su Majestad expuesto en el altar....»

¿Qué podremos añadir á esta carta? Si la tierra tiene semejantes fiestas, ¿cuáles deberán ser las del paraíso?

64
—Tampoco, yo quiero ir á pié y de tu

64

XVI.

Quisiéramos acabar aquí nuestro relato y dejar á nuestros lectores engolfarse en esos rayos celestiales; pero no hay en este mundo luz sin sombra, y la verdad nos obliga, para terminar esta historia, á dirigir nuestras miradas sobre un horizonte mas melancólico.

En esta misma carta que acabamos de citar habla Mr. Guerrier del abate Martignon: «No olvidaremos jamas, dice, que la curacion de mi querida esposa fué la respuesta que él pedia á la santísima Vírgen por intercesion del santo cura Peyramale: nosotros rogamos desde ese momento por el restablecimiento de su salud, por su completa curacion y queremos que nuestra Señora — *Lúrdes* venga en nuestra ayuda y que nos dé el céntuplo de lo que con una caridad enteramente sacerdotal ha tan generosamente y *no en vano*, abandonado á mi esposa. Nosotros lo pedimos á esta omnipotente Madre, y Dios sabe que en esta peticion ponemos todo nuestro fervor y todo nuestro reconocimiento. . . .

Pero ¡ay! estas oraciones no han sido escuchadas hasta aquí: el abate Martignon

65

no ha mejorado, ¡bien lejos de eso! . . . Ignoramos los celestiales designios; pero creemos que la recompensa de su abnegacion no está en este mundo.

Madama Guerrier tiene á veces en medio de su alegría algun sentimiento en el corazon, que parece un remordimiento.

—¡Pobre abate Martignon, nos decia esos dias; me parece que le he robado su curacion!

Y su rostro se cubria de una nube de tristeza.

—No, señora, no habeis robado el tesoro de nadie recibiendo el don de Dios: el Señor y la Vírgen Santísima han permitido y dispuesto todo para su propia gloria, tal vez para gloria de uno de sus siervos, y ciertísimamente para el bien de todos. Vos habeis recibido una grande y tierna gracia, y es la que con las lágrimas en los ojos acabamos de referir; pero creedlo, la gracia mas insignie le ha sido concedida al sacerdote de que hablais, cuando le ha sido dado cumplir tal acto de abnegacion y de sacrificio cuando le ha sido dado asemejarse en esto al divino Maestro, quien ha dicho en su Evangelio, y que ha probado que no hay caridad mas alta que el sacrificar su vida por sus amigos. El buen Samaritano ha le-

vantado al herido, el buen Pastor se ha inmolado por una oveja del rebaño. Sed pues, agradecida; pero no lo compadezcáis, porque ha escogido la mejor parte.

Algunas semanas despues dejó el abate Martignon á Lúrdes, donde no estaba ya su amigo, el siervo de la Virgen María; y sintiéndose demasiado enfermo para seguir la inclinación de su corazón, es decir, para atravesar el Mediterráneo y reunirse en el suelo africano con su paternal arzobispo, se ha ido al principio del invierno á pedir al clima de Hyeres que prolongue para él los dias templados del otoño. ¡Que las brisas del mar le sean elementes, y que el sol le sea dulce y favorable!

¡Ayl mientras que él busca sobre las playas meridionales algun reposo para su cuerpo, hé aquí que voluntariamente y á pesar nuestro á la vez, nuestra mano amiga le flige hoy en su alma el mas sensible y mas agudo dolor, publicando á pesar de su forma prohibicion, este reciente episodio de su vida, tal como la Providencia nos ha permitido conocerlo en sus mas íntimos detalles.

Que su humildad nos perdone, y desde el momento en que no puede contestar la exactitud rigurosa de esta relacion (no solamente en sus líneas generales, pero ni aún

en la mínima jota de que habla el Evangelio), que permita á la verdad, superior á á toda persona y á toda consideracion, que brille á la vista de todos los hombres. Pidiéndonos el silencio, ha obedecido él á espalabra de Nuestro Señor: «Que tu mano izquierda ignore lo que ha hecho tu mano derecha, y que así tu buena accion se cumpla en el secreto.»

Y nosotros divulgando el secreto de la mano derecha y rehusando dejar escondida la luz, hemos obedecido á este otro mandamiento: «Que vuestra luz brille á los ojos de los hombres, á fin de que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.»

Enrique Lasserre.

vantado al herido, el buen Pastor se ha inmolado por una oveja del rebaño. Sed pues, agradecida; pero no lo compadezcáis, porque ha escogido la mejor parte.

Algunas semanas despues dejó el abate Martignon á Lúrdes, donde no estaba ya su amigo, el siervo de la Virgen María; y sintiéndose demasiado enfermo para seguir la inclinación de su corazón, es decir, para atravesar el Mediterráneo y reunirse en el suelo africano con su paternal arzobispo, se ha ido al principio del invierno á pedir al clima de Hyeres que prolongue para él los dias templados del otoño. ¡Que las brisas del mar le sean elementes, y que el sol le sea dulce y favorable!

¡Ayl mientras que él busca sobre las playas meridionales algun reposo para su cuerpo, hé aquí que voluntariamente y á pesar nuestro á la vez, nuestra mano amiga le flige hoy en su alma el mas sensible y mas agudo dolor, publicando á pesar de su forma prohibicion, este reciente episodio de su vida, tal como la Providencia nos ha permitido conocerlo en sus mas íntimos detalles.

Que su humildad nos perdone, y desde el momento en que no puede contestar la exactitud rigurosa de esta relacion (no solamente en sus líneas generales, pero ni aún

en la mínima jota de que habla el Evangelio), que permita á la verdad, superior á á toda persona y á toda consideracion, que brille á la vista de todos los hombres. Pidiéndonos el silencio, ha obedecido él á espalabra de Nuestro Señor: «Que tu mano izquierda ignore lo que ha hecho tu mano derecha, y que así tu buena accion se cumpla en el secreto.»

Y nosotros divulgando el secreto de la mano derecha y rehusando dejar escondida la luz, hemos obedecido á este otro mandamiento: «Que vuestra luz brille á los ojos de los hombres, á fin de que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.»

Enrique Lasserre.

MARIA SS. AUXILIADORA

EN

MEXICO

SEGUNDA EDICION AUMENTADA



IMPRENTA DEL COLEGIO SALESIANO

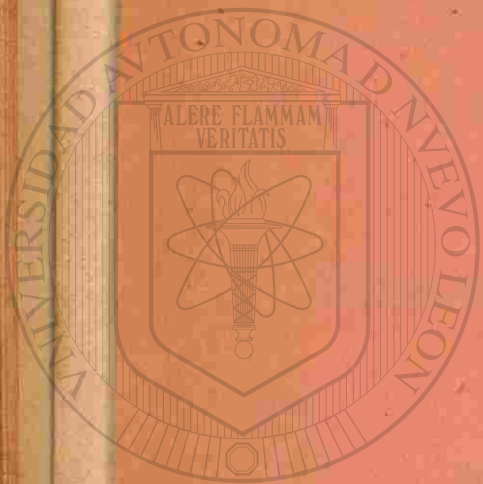
1898.

MARIA SS. AUXILIADORA

EN

MEXICO

SEGUNDA EDICION AUMENTADA



U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

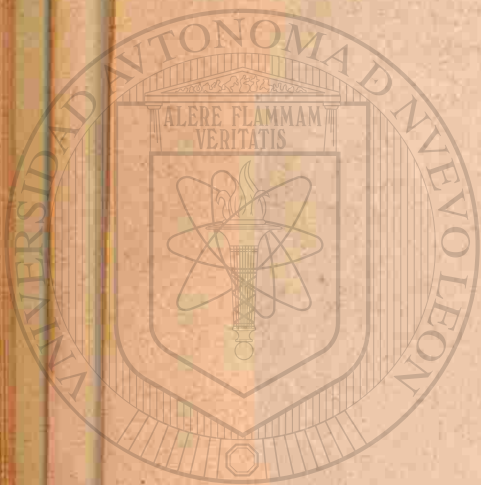
MEXICO

IMPRENTA DEL COLEGIO SALESIANO

1898.



MARÍA AUXILIADORA
RUEGA POR NOSOTROS



María Sma. Auxiliadora.

ORIGENES DE SU CULTO

El Papa S. Pio V. fué el que en reconocimiento de la señalada victoria que al grito de "Viva Maria" alcanzaron los Cristianos sobre los Turcos en las aguas de Lépanto el día 7 de Octubre de 1571, decretó, entre otros homenajes á la Santísima Virgen, en cuyo nombre se combatió, que en las Letanias Lauretanas se añadiese esta invocación, "*María, Auxilium Christianorum, ora pro nobis.*"

*
*
*

El Papa Inocencio XI, en el año de 1683, casi cien años después, por una segunda victoria todavía más gloriosa reportada ante la ciudad de Viena (Austria) en nombre de María Auxiliadora también sobre los Turcos el día 12 de Septiembre de dicho año por el católico Rey de Polonia Juan Sobiéski, decretó solemnes cultos á la Virgen bajo el titulo de

María Auxiliadora, y concedió muchas indulgencias á aquellos que se reuniesen en cofradía para honrar á la Santísima Virgen bajo este título.

* *

El Papa Pio VII despues de haber regresado glorioso y triunfante á Roma, de donde habia sido sacado prisionero por Napoleón I, reconociendo que esta gracia la debía á María Auxiliadora porque se la habia pedido con fervor, decretó que su fiesta se celebrase en todo el orbe católico el 24 de Mayo, día de su entrada triunfal en Roma, el año de 1814.

* *

Tocó al Presbítero D. Juan Bosco fundador de la Pía Sociedad Salesiana, edificarle un Santuario en Turin (Italia) habiendola escogido por Madre y Protectora de dicha Sociedad y de toda la juventud pobre recojida en sus innumerables Colegios. El Papa Pio IX contribuyó con cien pesos á la construcción y acompañó con una especial bendición esta oferta. A los tres años el templo estaba concluido y solemnemente consagrado el día 9 de Julio de 1868: las fiestas de la consagración duraron ocho días. D. Bosco mandó grabar sobre la magestuosa puerta de entra-

da en letras doradas estas palabras "AEDIFICAVIT SIBI DOMUM MARIA," "María es quien ha edificado su templo:" y dió la razón de estas palabras en un libro publicado por él para dar á conocer el poder de María Auxiliadora en estos terminos: "La Iglesia de María Auxiliadora se ha edificado sin hacer colecta. El costo alcanzó á más de un millón de pesetas, de las cuales 850,000 han sido ofrendas de personas que con ellas han manifestado su reconocimiento por una gracia ó un favor especial obtenido. Cada piedra de este edificio es un signo de la bondad y del poder de la Reina del Cielo."

Mucho antes de que la Iglesia de María Auxiliadora fuese edificada, D. Bosco la habia visto minuciosamente en extraordinario sueño: y así, cuando le representaban las dificultades de tan valiosa construcción, sonreía.

La Santísima Virgen habíale inspirado la realización de esta obra: Ella la quería y le habia designado el sitio, el cual era precisamente un antiguo lugar en que habían sido martirizados muchos Cristianos.

* *

Cuando para alcanzar una gracia se le pedían oraciones á D. Bosco, en tanto que pro-

metía las suyas y las de sus niños aconsejaba al interesado que se recomendase á María Auxiliadora, rezando una novena de tres Padre nuestros, Ave Marías, Gloria Patris, Salves dábale una medalla de María Auxiliadora y exhortaba hacer una limosna como medio más seguro de obtenerla de la Santísima Virgen. Más censuraba con frecuencia esa especie de desconfianza de los que proponen una ofrenda en caso de obtener lo que desean. No corresponde al hombre, decía, poner condiciones á Dios.

“Es preciso comenzar por dar con sumisión, sin reserva, sin restricciones, con fé y confianza absolutas. En tal caso Dios abre sus manos y distribuye sus larguezas. *Date et dabitur vobis.* Dad y se os dará. La experiencia demuestra la extraordinaria eficacia de ese medio para obtener las más señaladas gracias: millares de veces he podido convenirme de ello.”

*
**

En México también, en la católica y generosa ciudad de México, los Hijos de Don Bosco, por él mismo llamados *Salesianos*, pretenden levantar un Santuario á nuestra Madre amada, María Auxiliadora, Santuario

que sirva también de Capilla á los dos Asilos y Colegios de niños y niñas que estamos construyendo en la *Colonia de Santa Julia* y de Iglesia pública para esta misma muy poblada Colonia.

El plano de dicho Templo ya está hecho por el señor Ingeniero Arquitecto José Hilario Elguero, que todo lo hace gratuitamente por devoción á la Virgen SSma. y acendrado amor á la Obra Salesiana. Será una Iglesia magnífica de tres naves, de puro estilo Románico, de 63 metros de largo por 20 de ancho.

¿Con cuales medios contamos los Salesianos para construir ese gran Templo, Capilla y Santuario?

Con ningun otro que con una confianza ilimitada en la misma nuestra buena Madre María SSma. *Auxilio de los Cristianos* y por consiguiente *Auxilio de los Salesianos*, y en la inagotable caridad Mexicana.

*
**

Para estimular más esta caridad, avivar la confianza en la bondad y en el poder de María SSma. invocada con el titulo de *Auxilium Christianorum* y propagar siempre más su devoción, he pensado publicar este librito que

contiene algunas de las *Gracias* alcanzadas por María Auxiliadora á sus devotos en la Republica Mexicana y fielmente extractadas del *Boletin Salesiano*.

* * *

Confio que la Virgen SSma. se hará Ella misma su Santuario en México, como se lo hizo en Turin, obteniendo de su Divino Hijotoda clase de favores y beneficios y hasta milagros á los que contribuyan con una limosna para la construcción de su Templo en la Colonia de Santa Julia.

* * *

Creo conveniente añadir que el Padre Santo Señor León XIII, concede una Bendición particular á todos los oferentes y que se otorgan además los favores siguientes:

1. Al que contribuya con 500 pesos, á su fallecimiento se celebrará por el descanso de su alma un funeral solemne y las dos Comunidades de Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, niños y niñas, le aplicarán el Santo Rosario y la sagrada Comunión.

2. El que costee una columna tasada en mil pesos tendrá también derecho á inscribir en ella su nombre.

3. Lo mismo para él que costee una ventana calculada en 200 pesos.

4. Al que contribuya con 100 pesos, á su muerte se le aplicará una Misa, el Santo Rosario y la Comunión por las dos Comunidades.

5. Si con 50, el Santo Rosario y la Comunión.

6. El día siguiente á la fiesta de María Auxiliadora habrá un Solemne

Funeral por los que concurren al fin indicado con limosnas de más de un peso.

7. Participan además perpetuamente:

1. Del S. Rosario, Bendición con el Santísimo y otros actos religiosos que todos los días tendrán lugar en la misma Iglesia; 2. de todas las oraciones y obras buenas de los Salesianos y sus alumnos, de las Hijas de María Auxiliadora y de sus niñas.

Dios bendiga este librito y sea el Apóstol de la devoción á María Auxilio de los Cristianos y el recaudador de su Santuario.

*Pbro. Angel J. Piccono, Salesiano
Director de la Obra
del Templo de María Auxiliadora en México,
Colonia de Sta. Julia.*

(Apartado postal No. 927.)

GRACIAS DE MARIA AUXILIADORA

¡BENDITA SEA MARIA AUXILIADORA!— Uno de mis hijos de quince años fué atacado de una fiebre tifoidea tan fuerte que en lo humano no pareca tener remedio, y más no siendo esta enfermedad frecuente en nuestro país.

Al tener noticia de las gracias de María Auxiliadora la invoqué con todo corazón, poniendo por intercesor al glorioso san Pablo de la Cruz; recé la hora de quince misterios por varios días y hoy le doy infinitas gracias por haberme sanado al niño, y como testimonio de mi gratitud á esta divina Madre quiero que sea público mi reconocimiento por tan gran favor.

PAULA M^a. V. de IBARROLA.

Tacubaya, Junio 7 de 1892.

Funeral por los que concurren al fin indicado con limosnas de más de un peso.

7. Participan además perpetuamente:

1. Del S. Rosario, Bendición con el Santísimo y otros actos religiosos que todos los días tendrán lugar en la misma Iglesia; 2. de todas las oraciones y obras buenas de los Salesianos y sus alumnos, de las Hijas de María Auxiliadora y de sus niñas.

Dios bendiga este librito y sea el Apóstol de la devoción á María Auxilio de los Cristianos y el recaudador de su Santuario.

*Pbro. Angel J. Piccono, Salesiano
Director de la Obra
del Templo de María Auxiliadora en México,
Colonia de Sta. Julia.*

(Apartado postal No. 927.)

GRACIAS DE MARIA AUXILIADORA

¡BENDITA SEA MARIA AUXILIADORA!— Uno de mis hijos de quince años fué atacado de una fiebre tifoidea tan fuerte que en lo humano no parecia tener remedio, y más no siendo esta enfermedad frecuente en nuestro país.

Al tener noticia de las gracias de María Auxiliadora la invoqué con todo corazón, poniendo por intercesor al glorioso san Pablo de la Cruz; recé la hora de quince misterios por varios dias y hoy le doy infinitas gracias por haberme sanado al niño, y como testimonio de mi gratitud á esta divina Madre quiero que sea público mi reconocimiento por tan gran favor.

PAULA M^a. V. de IBARROLA.

Tacubaya, Junio 7 de 1892.

México, Nov. de 1892.

Sr. Presb. Don Miguel Rúa
Turín.

MUY SR. MIO Y DE MI RESPETO:

El día dos de Julio de este año me atacó una enfermedad pulmonar que pocos días después revistió un carácter de gravedad tal que puso en inminente peligro mi vida y aun se me administraron el Sagrado Viático y la Extrema Unción.

En este estado invoqué de corazón á María Auxiliadora y por su intercesión obtuve la salud; pues á fines del mismo mes declinó mi enfermedad de una manera favorable; á mediado del siguiente entré en plena convalecencia, y ahora estoy en mejor salud que antes de enfermarme.

Profundamente agradecido por tan señalada merced y deseando dar testimonio público de mi gratitud á María Auxiliadora, he de merecer á Vd. se sirva publicar la presente en el *Boletín Salesiano*, por lo cual le quedará reconocido su afmo. atento servidor Q. B. S. M.

LIC. MANUEL MONTEERRUBIO.

Ignacio Dominguez, de Jalapa, enfermó gravemente de la garganta, recurrió á María Auxiliadora y mejoró al punto; por lo cual mandó un ex-voto á la Capilla del Colegio Salesiano.

Otro señor mandó aplicar una Misa en honor de María Auxiliadora, para obtener buen éxito en una seria operación que debía hacerse ayer á una persona enferma. La operación se hizo con toda facilidad; y aquel señor ha mandado aplicar otra Misa en acción de gracias.

México, 18 de Diciembre de 1892.

ANGEL PICCONO
Sacerdote Salesiano.

Estando mi hijita enferma, recurrí al Sagrado Corazón de Jesús y á la Sma. Virgen, en las tres advocaciones de los Dolores, de Guadalupe y de María Auxiliadora, y aun no acababa el triduo cuando mi hijita, á Dios gracias, se puso buena. S. A. S.

16 de Agosto de 1893.

MERCEDES EGUI DE GOMEZ.

Yo infrascrita tenía mi hija Angela de 12 años gravemente enferma de meningitis al punto que los médicos declararon muy difícil su curación.

Entonces, por consejo de la Sra. D^a. Rosa García de Sosa, le puse al cuello una medalla de María Auxiliadora, y esta buena señora le rezó una novena para alcanzar la curación de mi amada enferma.

A los tres días de la novena la niña empezó á mejorar, tomó alimento, quo ya no podía tomar, y está ahora completamente fuera de peligro.

México, 10 de Agosto de 1893.

Cooperadora MARCIALA PALOMARES.

GLORIA Á MARIA AUXILIADORA.

—Estando yo enferma gravemente de un tumor, por el cual según la opinión de los médicos era casi indispensable una operación, hice un triduo á María Auxiliadora y antes de concluirlo sané de una manera asombrosa.

Deseo que esta gracia se publique en el *Boletín Salesiano* á gloria de María Auxiliadora.

México, 30 de Mayo de 1893.

MERCEDES E. DE GÓMEZ.

México, Noviembre 15 de 1893.

Muy señor mio: Poco hace que atacó á uno de mis hijos una inflamación intestinal tan fuerte que el Doctor no le dió esperanzas de más de un día de vida.

Sobrevínome tambien á mí la misma enfermedad, que parecía epidemia.

Imploramos de todo corazón á María Auxiliadora y ambos obtuvimos la salud.

Sumamente agradecidos y para darle testimonio público de nuestro reconocimiento ruego á V. se sirva publicar la presente en el *Boletín Salesiano*.

Soy su atento y s. s. q. b. s. m.

PEDRO MAURIEL.

SR. DIRECTOR DEL BOLETIN SALESIANO.

Estando mi esposo gravemente enfermo de tifo le ofrecí á María Auxiliadora que si me hacía la gracia de sanarlo, la publicaría, y se dignó concedermela, por lo que le suplico á Vd. tenga la bondad de insertarla en el *Boletín Salesiano*.

México, Marzo 2 - 94.

S. S.

PAZ PLIEGO DE HAGHENBECH.

S. Director del Boletín Salesiano.

MUY SR. MIO:

Habiendo leído en el *Boletín Salesiano* las gracias obtenidas por medio de María Auxiliadora y teniendo una niña gravemente enferma, ofrecí á la sma. Virgen, si me conce-

día la salud de mi hija, publicar esta gracia en dicho *Boletín*, lo que ahora agradezco cumplido.

En el mes de abril del año p. p. se enfermó repentinamente mi hija (de mes y medio de edad) de tal gravedad, que estuvo 10 días entre la vida y la muerte, y sin saber con certeza la enfermedad que tenía. En tal tiempo quedó paralizada enteramente de las piernas y con dolores agudísimos, en cuyo estado duró mes y medio.

Se pretendía hacerle una operación doblemente peligrosa por la edad de la niña, pero, gracias á la Sma. Virgen, cambi6la situación de tal suerte que mi hija, sin operación alguna, recobró enteramente la salud y está ahora perfectamente buena y sana.

México, Marzo de 1894.

MIGUEL CORTINA ICAZA.

SR. DIRECTOR DEL BOLETIN SALESIANO:

México, Mayo 12 de 1894.

MUY SR. MÍO:

A fines del año pasado mi hija mayor, que hacía poco tiempo había sido afectada de una fiebre tifoidea que duró 29 días, cayó en-

ferma de tifo con tales caracteres de gravedad que al undécimo día creí no pasaría del siguiente sucumbiendo á su mal.

En tan congojosa situación, comprendí que no me quedaba sino un recurso: acudir á la intercesión de María Auxiliadora: lo que hice por medio de la novenita que le dedicó Don Bosco.

El padecimiento de la enfermedad se agravó de tal manera, que casi se perdió toda esperanza de salvación. Mas á pesar de todo, el vigésimo primero día sobrevino una crisis que terminó por una curación completa.

Agobiado con el peso de esta gran deuda, tanto mayor cuanto menos merecida, la deposito con toda mi gratitud á los pies de la Santa Señora, por medio de las presentes líneas, que ruego á Ud., Señor Director, se sirva publicar en el periódico de la Pía Sociedad Salesiana.

DR. MANUEL LESTIEVER.

El Sr. Roberto Zamacona, joven de 18 años de edad, fué atacado por la enfermedad llamada escarlatina con calentura de 40 $\frac{1}{2}$ grados. El caso era grave y juzgado irremediable por el Dr. Marín, hasta el punto de que éste pidió que se le sacramentára.

En el momento que estaba recibiendo el Santo Viático (era el 17 de Mayo) Josefina Ortiz, pariente del enfermo, ofreció á María Auxiliadora una limosna para este colegio Salesiano y prometió publicar esta gracia, si obtenía la curación; al mismo tiempo dió á besar al enfermo la medalla de la Virgen y se la colgó del cuello. — A los pocos momentos comenzó el alivio cuyos rápidos progresos sorprendieron al doctor; tanto más cuanto que la escarlatina era á la vista maligna y por esto mortal. La gracia era evidente.

¡Bendita sea María Auxiliadora!

Puebla, Marzo 21 de 1894.

N. N.

Caí de una escala de mano sobre una piedra y me rompí el cráneo. El médico dió el caso por muy grave y le dijo al Sr. Director que me administrára la Extremaunción. Pero toda la comunidad hizo desde luego fervorosas oraciones á María Auxiliadora, y en tres días estaba yo fuera de peligro. ¡Viva María Auxiliadora!

Colegio Salesiano de México,

22 de Junio de 1894.

PALEMON GONZALEZ.

León, 18 de Diciembre de 1894.

Rdo. P. Angel Piccono.

MUY RESPETABLE PADRE:

Cumplo un deber de gratitud, publicando la bondad de Dios que me acaba de favorecer de una manera sobrenatural y participo á V. R. que habiendo padecido por espacio de tres años de una tos crónica que me molestaba muchísimo quedé curada con solo aplicarme una medalla de María Auxiliadora.

Si V. R. lo cree oportuno, puede hacer que se inserte en el *Boletín Salesiano*.

ANGELA GORDOA Vda. de GORDOA

México, 11 de Enero de 1895.

MUY RDO. P. ANGEL PICCONO:

Habiendo tenido una caída en la que me lastimé una pierna, como tanto la enfermedad como la curación, me causaban grandes dolores, ofrecí á la Sma. Virgen de D. Bosco, que si me sanaba publicaría esta gracia; y habiéndola obtenido, llena de gratitud por tan grande beneficio, cumplo mi promesa.

Soy de Ud. atenta y S. S.

FAUSTINA CALZADA.

México, 20 de Febrero de 1895.

La infrascrita declara que su hermana Juana pidió á María Sma. Auxiliadora la gracia de curarse de las calenturas, ofreciendo una limosna al Colegio Salesiano en construcción de esta ciudad. La mañana siguiente á tal promesa obtuvo la gracia, curándose completamente.

JOSEFA GONZALEZ.

GLORIA A MARIA.—Los nombres más hermosos que le han dado á la Sma. Virgen María, expresan las distintas gracias que les dispensa á sus hijos.

Desde niño, me ha parecido dulcemente poético el lenguaje católico empleado hácia la Sma. Virgen María; pero la idea vital no puede expresarse, sino sentirse.

Hace poco (en el mes de Septiembre) una persona de mi familia había caído como herida de ese azote que ha hecho tantas víctimas en Zacatécas, de tifo.

Se pusieron todos los cuidados para combatir la rebelde enfermedad, y uno después de otro fueron contagiándose, sin quedar ya ninguno sin enfermedad.

Mis tios, y cinco de sus hijos, lucharon con el delirio de la calentura, y la señora mi tía

en estado de suma gravedad, no podía recuperar la salud, según la opinión del médico que la asistía.

Mi tío, que era él que parecía estar menos grave, murió.

En ese día llegó á esta ciudad mi estimado amigo Sr. Pbro. D. Rafael Noguer (salesiano) y me dió algunas medallas de María Auxiliadora.

Los enfermos recobraron pronto la salud, y la señora mi tía que estaba próxima á la muerte, pues había comenzado la gangrena, se alivió confesando deberle este beneficio á la Santísima Virgen María.

Hace tres días que volvió á esta capital el muy estimable P. Noguer, y tuvo la bondad de regalarme dos medallas de María Auxiliadora.

Ayer estuvo una persona manifestándome que se encontraba en estado de gravedad uno de los miembros de su familia, de ideas algo extraviadas, y que no quería confesarse.

Le dí una de las medallas con que había sido obsequiado por el R. P. Noguer, y hoy después de la Misa de Coro, tuve el gusto de reconciliarlo con Dios Nuestro Señor, á petición de él mismo, que antes hacía alarde de incredulidad.

Lleno de gratitud, quise comunicarlo á los muy estimables PP. Salesianos para que le den gracias á la Sma. Virgen, ya que mi pequeñez no puede hacerlo de una manera digna.

Estos dos casos los he presenciado yo mismo y creo de mi deber manifestarlo para la gloria de la Santísima Virgen María.

Zacatecas, 1 Marzo 1895.

DOMINGO T. ROMERO, Pbro.

Sr. Director del *Boletín Salesiano*:

Cumpliendo con un deber de gratitud hacia la Sma. Virgen, suplico á Ud. encarecidamente se digne insertar en el *Boletín*, que honrosamente dirige, el siguiente hecho con el cual se patentiza más y más la poderosa protección de tan augusta Madre.

El 13 de Junio próximo pasado, tuvo lugar en la Hacienda de Ometuzco una solemnisima bendición efectuada por el Ilmo. Sr. Arzobispo de México á la que asistí en unión de otras personas de esta Capital; entre ellas estuvo la Señorita Anita Peredo quien llevaba unos anillos valuados en 300 \$. De regreso á esta capital, los guardó en una maleta y estando próximo á partir el tren de la esta-

ción de Irolo advirtió que no estaban: siendo probable la pérdida, inmediatamente yo, como Cooperadora Salesiana, ofrecí á María Auxiliadora tres pesos para la obra de esta ciudad, segura de que no permitiría se extraviase, como en efecto así sucedió. Envié un mozo á dicha Hacienda; este, haciendo poco caso, llegó á preguntar por ellos á los dos días y allí le dieron noticia que un jovencito, viendo abandonada la maleta en uno de los coches que sirvieron para dejarnos en la estación, dió aviso al dueño de la Hacienda, quien la reconoció y se la entregó intacta al mozo que envié.

En testimonio del más alto agradecimiento, reciba Ud. el homenaje de adhesión y respeto de

México, Julio de 1895.

S.S.S.

LUZ PEREDO CARBAJAL.

MARIA SALUD DE LOS ENFERMOS. — Estando sana amanecí un día muy mala de un dolor de garganta y de todo el cuerpo y con fuerte calentura, pasando en este estado la mayor parte del día. A eso de las seis de la tarde me trajeron una estampita de Maria Auxiliadora, á quien en unión de mis hijos, pedí me restituyera la salud. Me dieron

una unción y tomé un cocimiento de flores de S. Juan. Después de esto dormí profundamente toda la noche y al despertar al día siguiente toda bañada en sudor, estaba completamente bien. En acción de gracias doy una peseta á la Sma. Virgen.

S. Antonio de Pádua (México) Marzo de 1895.

SIXTA GARCIA.

De este mismo punto nos escriben agradecidas á María Auxiliadora por favores especiales recibidos y mandan una limosna; Damiana Pacheco, por haber obtenido de María, la curación de una enfermedad de los ojos; Juana Pacheco, Timotéa Pacheco, Virginia Gallegos y Petra Solís. De México igualmente 50 pts. de A. S. por dos gracias recibidas de la inagotable bondad de María Auxiliadora.

SR. DIRECTOR DEL COLEGIO SALESIANO.

MUY R. P. O. PADRE:

Una devota de María Auxiliadora suplica á Ud. publique un favor que recibió de tan tierna Madre. Una noche en que sintió unas agudísimas punzadas, que creía tuvieran un fatal resultado, la invocó con gran fé, y no ha vuelto á sentir esos dolores; así que agrade-

cida á tan gran beneficio, suplica á Ud. la ayude á bendecir á tan augusta Madre y publique el favor como se lo ofreció su atenta

México, 15 de Junio de 1895.

S. Q. S. M. B.

G. P. LEAL DE PIEDRAS.

MARIA ATIENDE PRONTO A SUS DEVOTOS. —Recurri á la Sma. Virgen Auxiliadora para alcanzar por su intercesión una señalada gracia y habiéndola obtenido sin dilación, quiero hacer público mi agradecimiento, según lo prometí.

Sinaloa, 5 de Agosto de 1895.

GUADALUPE R. DE PEÑA.

SR. DIRECTOR DEL *Boletín Salesiano*:

Suplico á Ud. se sirva insertar un gran favor obtenido de María Auxiliadora; y es que encontrándome bastante enferma de una ulceración en la garganta y boca, acudí á la Sma. Virgen y habiendo alcanzado el alivio, doy gracias á María Auxiliadora por tan señalado beneficio.

México, 15 de Agosto de 1895.

UNA COOPERADORA.

Una persona que se encontraba enferma invocó á María Auxiliadora, prometiéndola que si la aliviaba publicaría esta gracia, y encontrándose ya hoy buena, cumple su ofrecimiento dándole gracias á la Sma Virgen.

México, 16 de Agosto del 895.

RDO. SR. D. RAFAEL M. PIPERNI, Pbro.

Amadísimo Padre:

Tuve una enfermedad por más de cuatro años, sin que medicina alguna pudiera calmar mi dolor. Llegó á mis manos la estampa y novena de María Auxiliadora y al terminar la novena se presentó un doctor sin que fuese llamado; tomé la medicina que me ordenó, invocando y poniéndome bajo el amparo de María. ¡Oh maravilla! la gracia fué patente, pues en el acto desapareció el dolor.

En prueba de mi gratitud á tan prodigiosa Señora prometo ser su fiel devota

Orizaba 1. de Septiembre de 1895.

FRANCISCA DIAZ DE RAMIREZ.

SR. DIRECTOR DEL BOLETIN SALESIANO.

Muy Señor mío:

Impresionada por las relaciones de las mercedes que la Sma. Virgen, bajo la advocación de María Auxiliadora, concede á todos los que con fé la invoquen, le pedí ardientemente me alcanzara la de poder criar al tercero de mis hijos, pues había tenido el dolor de no poderlo hacer con los anteriores y de perder uno de ellos,

Este tan señalado favor me ha sido concedido, no obstante mi debil y enfermiza constitución, por lo que con la mayor gratitud cumplo con la promesa de publicar en el BOLETIN SALESIANO este singularísimo favor.

México, 18 de Septiembre de 1895.

De V. atenta S. S.

MANUELA L. DE DOMINGUEZ.

México, Septiembre de 1895.

SR. DIRECTOR DEL *Boletin Salesiano*,

Suplico á U. se sirva insertar en su *Boletin* este milagro patente.

Habiendo yo enfermado de un ataque ce-

rebral y de otras enfermedades á la vez, por lo que me encontré á orillas del sepulcro, el Sr. D. Mariano Hernandez, me aconsejó, como más eficaz remedio, implorára la protección de María Sma. de los Auxilios. Recibi con placer el consejo y, como católico, en compañía de su hermana de dicho señor, Srta. Socorro Hernandez, acudí á María Sma. la que me hizo el milagro de mejorarme hasta de encontrarme en pie hasta la fecha, lo cual nadie esperaba, pues ni aún el médico se atrevía á asegurármelo. Hago público este hecho para que aumente en todos los católicos la devoción y veneración á María Auxiliadora.

S. S. S.

LUCAS LÓPEZ,

SR. DIRECTOR DEL COLEGIO SALESIANO.

Muy Respetable Padre:

Habiendo tenido un hermano mío bien malo de una tos alarmante, supliqué con todo mi corazón á María Auxiliadora me concediera su alivio. ofreciéndole publicar este favor si me lo concedía. Obtenida la gracia, llena de gratitud y amor á tan dulce Madre suplico á Ud. la publique en su *Boletín*, as

como otras muchas gracias que por su infinita misericordia me ha concedido.

México, 17 de Septiembre de 1895.

CARMEN FERNÁNDEZ LEAL.

GRACIAS SEAN DADAS A MARIA.

— Los Salesianos que se dirijen á México dan vivas gracias á María Auxiliadora, su querida Madre, por haberles sacado ilesos de grave peligro, después de haberse á Ella encomendado.

Enero de 1896.

ANGEL PICCONO, Pbro.

MARIA MADRE DE LAS DIVINAS
GRACIAS.

Ponía en duda tiempo atrás los favores concedidos por María Auxiliadora, y hoy convencido de cuán equivocado en otro tiempo anduve, pláceme en extremo y para que sirva de experiencia á los que como yo, tiempo atrás y en estos continúan en error, consignar una gracia que por su intercesión ha sido otorgada; al propio tiempo suplicole se sirva insertar en el *Boletín* de tan santa institución este favor del cual estaré eternamente agradecido, contándome desde su concesión como

uno de sus mas fervientes y verdaderos cooperadores.

Adjunta incluyo á Ud. una peseta que aunque pobre, es el complemento de mis más leales gracias.

Un favor pedi á María Auxiliadora, el cual me ha sido concedido; al efecto incluyo á U. la cantidad prometida al hacer dicha petición para que se aplique al objeto que crea U. más conveniente en honra y gloria suya.

○ P. E. B. D.

Señor Director del Colegio Salesiano.

Muy Reverendo Padre:

Suplico á U. publique un nuevo favor que me ha hecho nuestra querida Madre María Auxiliadora, sanándome de una fuerte y aguda inflamación y otra noche de un cólico fortísimo.

Ayúdeme U. á darle gracias y á amarla más y más, para que Ella me alivie para siempre.

México 3 de Enero de 1895.

Su afma. S. Q. S. M. B.

GUADALUPE FERNANDEZ LEAL DE PIEDRAS.

La familia Fernández Leal suplica á U. también se sirva publicar que habiéndole encomendado á la Sma. Virgen un grave cuidado que tenia, le prometieron que si lo remediaba, harían pública su acción de gracias, como hoy lo hacen, pues nos concedió María Auxiliadora el favor que todos pedimos, ¡Que sea siempre bendita por tantos beneficios que nos hace!

MARIA REFUGIO DE LOS PECADORES.

A principios del mes de Diciembre p. p. enfermó mi abuelo de una diarrea sumamente grave, hasta el grado de perder la razón. Viendo yo el peligro en que se hallaba por haberme dicho el Dr. que era un caso de los más graves, y por su edad tan avanzada, pues cuenta 86 años, le insté con ruegos que se confesara y recibiera los Santos Sacramentos, para que estuviera dispuesto á recibir de la mano del Todopoderoso lo que le conviniera; más todo fué inútil, porque renuente como antes, me contestó *todavía no es tiempo, hija, todavía no es tiempo*, y esta era su respuesta siempre que le hablaba de esto.

En tan angustiosa situación recurrí á la

que es consuelo y balsemo de los que sufren, María Auxiliadora, rezándole una novena y suplicándole le infundiera una santa luz y el deseo de recibir los Santos Sacramentos, y le ofrecí al mismo tiempo, si me concedía tan gran favor, publicarlo en el *Boletín Salesiano* y dar una pequeña limosna para el Colegio Salesiano.

El primer día de la novena, al terminar de exponerle mis deseos y necesidades, fui hacia el enfermo y coloqué sobre su pecho una medalla de nuestra generosa Madre María Auxiliadora, diciendo con todo mi corazón: *Madre mía, si te dignas oír á una hija afligida, salva esta alma del pecado y sana su cuerpo, á tí te lo encomiendo.*

No en vano ha dicho San Bernardo que ninguno que haya implorado su auxilio quedará desamparado, pues al tercer día de la novena, con no poco asombro de mi parte, oí de la boca del enfermo que decía: *Tráeme un sacerdote porque deseo confesarme.* No se ve en esto la mano protectora de María Santísima?

Recibió el enfermo con verdadera humildad los Santos Sacramentos y al terminar yo la novena, mi abuelo estaba fuera de peligro.

En prueba de gratitud á mi buena Madre cumpló mi promesa adjuntando á ésta mi pequeña donación.

México, 31 de Enero de 1896.

M^a. A. M.

LA NOVENA DE MARÍA AUXILIADORA.

Tuve una enfermedad por más de cuatro años (cólico bilioso) sin que medicina alguna pudiera calmar mi dolor. Llegó á mi casa la estampa y novena de María Auxiliadora y terminado que la hube se presentó un Dr. sin que fuese llamado, me ordenó una medicina, y la primera cucharada que tomé fué invocando y poniéndome bajo el amparo de María. ¡Cosa rara!, la gracia fué patente, pues en el acto, en dos minutos se me quitó el dolor. Agradecida á tan prodigiosa Señora, me ofrezco ser su fiel devota.

Orizaba 1 de Ebre. de 1895.

FRANCISCO DIAZ DE AMIREZ.

AGRADECIMIENTO A MARIA.

Ruego á Ud. se sirva publicar en el *BOLETIN SALESIANO* mi sincera gratitud á nuestra bondadosa Madre María Sma. Auxilia-

dora, por su eficacísima intercesión para con Dios Nuestro Señor, que se dignó aliviar á mi esposa de una grave enfermedad.

Anticipo á Ud. mi agradecimiento por este favor y me suscribo su afmo. servidor

México, 12 de Enero de 1895.

JOSÉ P. GAYÓN.

LA MEDALLA
DE MARIA AUXILIADORA.

Agradecida á María Auxiliadora suplico á Ud. publique un favor que recibí de tan tierna Madre.

Hacia tres meses que padecía de una fuerte enfermedad del pulmón; acudí á María Auxiliadora y me puse su medalla, quedando poco después restablecida. Agradecida á tan grande beneficio suplico á Ud. me ayude á bendecir á tan excelsa Madre y publique el favor, como lo ofrecí.

México, Enero de 1896.

LUISA ROMERO.

PODER DE MARIA AUXILIADORA.

Cumpliendo con un sagrado deber que se impuso una prima é hija adoptiva de hacer público el milagro patente que nuestra aman-

tísima Madre María Auxiliadora obró en su persona, me pongo en el penoso caso de distraer la atención de Ud. de sus muchas ocupaciones, persuadido que por su indulgencia me dispensará.

Hace de tres á cuatro años que empezó á padecer mi referida prima una fuerte anemia, que por de pronto no se atendió hasta mediados del año pasado, en el que el mal habia hecho ya grandes estragos. Se acudió á varios facultativos y á ninguno fué dado ni al menos calmar el mal, que más y más avanzaba; por fin en el mes de Mayo del presente año, se vió en una gravedad suma, después de sufrir dolorosas operaciones practicadas por nuestro sabio y virtuoso facultativo, quien no me cabe duda, hizo cuanto de su parte estaba, con asiduidad y empeño, consultando autores y personalmente preparando y aplicando medicinas, teniendo al fin que confesar que la ciencia era impotente ya para aquel mal que conduciría muy brevemente al sepulcro á aquel ser ya casi inanimado. El 26 de ese mes nuestro virtuoso y celosísimo Párroco, después de cumplir su ministerio en aquel ser que fallecía, al retirarse á descansar encargó se le despertase para ayudarle en su agonía, á lo que yo no accedí considerando

sus fatigas. Esa misma noche yo la ayudé á bien morir por tres veces. Recobrada un tanto, se le habló de un cuadernillo que al acaso llegó á nuestras manos ese mismo día, y de cuya lectura nadie se había ocupado; era la hermosísima obrita: LA VIRGEN DE DON BOSCO (1).

La pidió, leyó muy poco por su excesiva debilidad y me rogó la leyera, y al enterarme de sus tres primeros capítulos me ocurrió la idea de hacer la sencillísima novena que el mismo D. Bosco enseñaba á sus enfermos, entre nueve personas, una de las cuales sería la moribunda. Desde ese momento comenzó su milagroso restablecimiento; al segundo día de la novena, llegó también á sus manos por un acaso, una medalla milagrosa, la tomó creyendo que era de María Auxiliadora, y tal fué su alegría que no cabía en sí de gozo.

No quiero referir á Ud., Padre mío, por no cansar su atención, todas y cada una de las particularidades que mediaron en esos días y que prueban más y más el portentoso milagro; solo diré á Ud., para terminar, que el octavo día de la novena, cuando el médico prescribía que podía la enferma sentarse en el lecho apoyándose con almohadas, ella se ha levantado y salido por la mañana al tem-

(1). Lecturas Católicas de Sarriá (Barcelona). Entrega X.

plo á dar gracias á María, diciendo que estaba del todo buena, y por la tarde tomó el tren para ir á Chamaquero de Comonfort, distante legua y media, á terminar allí su novena, estando hasta la fecha fuera de peligro.

Dejo los comentarios al que leyere esta mal escrita relación, y al que dudare, prevengo que resido en ésta con mi familia y todo este pequeño pueblo, como testigos todos de tan grande portento.

Molino de Soria (Estado de Guanajuato), 13 de Noviembre de 1895.

POLICARPO RAMÍREZ.

GRACIAS SEAN DADAS A MARIA.

Hace tiempo que mi esposa sufría unos fuertes ataques de nervios, que no fué posible curar con ninguna de las muchas medicinas que se le administraron, sufriendo, tanto ella como yo, muchas penas, por lo rebelde de la enfermedad. En estas circunstancias, un devoto de María Auxiliadora, por mediación de un hermano de mi esposa, me regaló una medallita, recoméndandome que se la pusiera á la enferma y que rezase la novena á dicha Sma. Señora. Así se hizo y la gracia se consiguió, pues los ataques han desaparecido y

por esto nuestros sufrimientos por esta causa concluyeron.

Como prometí que si la Sma. Virgen, bajo esta advocación tan preciosa, me concedía este beneficio, lo publicaría en el BOLETÍN SALESIANO, cumpro ahora con este deber dando las gracias á nuestra amantísima Madre María Auxiliadora, é invito á todos los que la leyeren á ser devotos de tan Sma. Madre y encontrarán grandes gracias y consuelos.

México, 7 de Nbre. de 1896.

IGNACIO ORVAÑANOS Y DOSAL.

¡VIVA MARIA AUXILIADORA!

Ofrecí á María Auxiliadora, si me sanaba á una niña que tenía pulmonía, rezarle tres Ave Marías y dar una limosna de quince reales en honor de los quince misterios de su Santísimo Rosario, y la gracia me fué concedida.

Poco después estando yo enfermo de la garganta, como unos veinte días, con un dolor agudo, un día fué tan fuerte el dolor y tal la angustia, que yo creí fuera difteria. Pedía á tan Excelsa Madre que me aliviare el dolor ofreciendo una limosna de siete reales en honor de sus siete dolores. Resultó que el

dolor de la garganta era tumorcito que al instante se reventó y no fué necesario picarlo. ¡Gracias y alabanzas sean dadas á María Auxiliadora de los Cristianos, que atiende benigna nuestras súplicas!

Guiripa (México), 4 de Febrero de 1896.

LUCAS G. CASTILLO.

CONSUELO DE LOS AFLIGIDOS.

Habiendo sido atacado mi hermano de una grave enfermedad, al grado de creer tres facultativos que no tenía remedio, la aflicción me ocasionó un mal de catalepsia, y los dos sufríamos extraordinariamente. No teniendo más consuelo para alcanzar remedio, invoqué á María Santísima Auxiliadora ofreciéndole una Misa y una pequeña limosna para sus niños. Obtenida la gracia, cumpro mi promesa, dando gracias á nuestra amantísima Madre por este favor recibido, del que le estoy muy agradecida.

México, 6 de Febrero de 1896.

M^a CONCEPCIÓN DEL S. C. DE J. PARADA.

MARIA NO DESAMPARA A SUS DEVOTOS EN SUS AFLICCIONES.

En el mes de Abril del año próximo pasado me ví gravemente enferma de un fuerte derrame de bilis que se complicó con otra muy grave enfermedad del hígado, estando sumamente afligida, porque además de padecer horriblemente, temía mucho la próxima muerte que me aguardaba. Acudí al Sgdo. Corazón de Jesús pidiéndole por el immaculado Corazón de María Auxiliadora me concediera la salud y vida, si así convenía á la salvación de mi alma, ofreciéndole publicar esta gracia en ambos periódicos. Escuchó Dios en su infinita bondad mis ruegos, concediéndome lo que pedí y hoy me encuentro en el mismo estado habitual que tenía antes de agravarme y creo que aún puedo decir mucho mejor.

Llena de gratitud por tan inmerecido favor cumplo mi promesa, deseando que estos santísimos Corazones sean conocidos y amados ardientemente de todo el mundo.

México, 30 de Enero de 1896.

MARÍA DE GUDALUPE ZEPEDA.
Y RUIZ DE CABAÑAS.

MARIA FAVORECE A SUS DEVOTOS.

Rogué á María Auxiliadora que me librara de unos enemigos que venían en mi seguimiento: yo temía continuar mi camino, pero una persona me aconsejó que me llevara una estampita de María Auxiliadora y quedaría libre.

Así lo hice: continué mi marcha: encontré á mis enemigos, los saludé y ellos no me conocieron; llegando después á mi casa, supe que fueron inútiles sus diligencias para encontrarme. Por tan especial gracia que recibí de la Sma. Virgen, cumplo mi promesa añadiendo la humilde limosna de 25 centavos.

S. Antonio de Pádua, Febrero de 1896.

JACINTO N. N.

AUXILIO DE LOS ENFERMOS.—

Encontrándome enfermo desde hace algunos años de unas punzadas en la cabeza, una persona me llevó una estampita y la Novena de María Auxiliadora y en su nombre tomé una medicina que por varias veces la había usado, y comencé su novena. Empezé luego á sentir alivio, y concluida la novena estaba sano enteramente. Cumplo mi promesa y doy

la humilde limosna de 25 centavos á la Sma. Virgen en acción de gracias.

S. Antonio de Pádua, Febrero de 1896.

PEDRO LEDESMA.

MARIA ME HA SALVADO!—Suplico á Ud. se sirva insertar un gran favor obtenido de María Auxiliadora; y es que encontrándome en artículo de muerte, una persona me llevó una estampa de María Auxiliadora, le hice una súplica y me la pusieron al cuello. ¡Oh María! comencé á sentir alivio y estoy en completa salud, á más de haberme curado de una gravísima enfermedad que sufría hacía catorce años. Doy público agradecimiento, como lo prometí, y la corta limosna de 25 centavos.

S. Antonio de Pádua, Marzo de 1896.

MARIA LUZ MENDOZA.

Por una gracia semejante y en iguales circunstancias, da gracias á María Auxiliadora la Sra. D^a. María Félix Reyes, del mismo pueblo, en nombre de su hija Aleja Reyes que ha sido la favorecida de María.

Dan igualmente gracias á María Auxiliadora por favores recibidos de su mano:

Francisca Sánchez, Miguel Arroyo y Ana García, de la Hacienda de S. Antonio de Pádua, y mandan una pequeña limosna.

VARIAS GRACIAS OBTENIDAS POR MEDIO DE LA MEDALLA DE MARIA AUXILIADORA.—Mi papá estaba gravemente enfermo de pulmonía. Le colgué al cuello una medalla de María Auxiliadora, y á los ocho días estaba curado; además alcanzó desde luego una grande paciencia y conformidad.

México, 16 de Marzo de 1896.

SOTERA FAJARDO.

Dan también gracias á María Auxiliadora: —Felicitas Ostolaza, de Sinaloa, la cual manda 25 pesos al Asilo Salesiano por una gracia recibida de María Sma. Auxiliadora. —Guadalupe R. Marañón de Araoz, de México, por haber obtenido la salud de su esposo. —Claudio Rodriguez, de la Hacienda de S. Antonio de Pádua, manda 25 centavos en acción de gracias por haber obtenido la curación de un enfermo picado por un animal ponzoñoso. —C. C. C. de México por los muchos favores que ha recibido.

MARIA AUXILIADORA CONVIERTE A LOS PECADORES.—Tenía la desgra-

cia de blasfemar continuamente y mortificar á mi esposa; me confesaba, cumplía la penitencia y siempre era esclavo de esos dos vicios. Enfermóse mi esposa, y casi en artículo de muerte, una persona nos llevó una estampa de María Auxiliadora, que la devolvió la vida y la sanó de otra enfermedad que sufría hacia algunos años. Estas especiales gracias me inspiraron comprar una novena y estampa para ponermela al cuello y un boletín que coloqué en mi cabecera. Supliqué á mi tierna Madre que cambiara mis costumbres y publicaría este milagro. Así fué, me confesé y recibí la sagrada Comunión, gozando ahora de tranquilidad. En acción de gracias doy la pequeña limosna de 25 centavos.

S. Antonio de Pádua, Marzo de 1896.

J.T.M.

LA MEDALLA Y NOVENA DE MARÍA AUXILIADORA. — Estando enferma de meningitis una hija de mi comadre, y deshauciada de los médicos, llevé á sus padres una medalla y novena de María Auxiliadora para que pusieran aquella á la enferma y empezáran ellos ésta. Así lo hicieron y al día siguiente la niña estaba fuera de peli-

gro; sólo que había quedado medio ciega, especialmente de un ojo. Pedí yo con fé á María Auxiliadora que no permitiera tan grande desgracia si así convenía para el alma de la enferma, y Ella bondadosa accedió á mis súplicas curándola también de este mal. ¡Bendita sea una y mil veces María Auxiliadora!

— Llevé á una amiga mía enferma de un tumor una medalla de María Auxiliadora, recomendándola al mismo tiempo que le rezara todos los días una Ave María. En vez de mejorar empeoró hasta el punto que se creyó necesaria un peligrosa operación harto dolorosa. Yo la animé á confiar en María Auxiliadora y juntas hicimos su novena. ¡Oh, bondad inagotable de María! Sin necesidad de operación el tumor ha desaparecido sin dejar rastro alguno de su presencia.

— Pero no es solamente por los anteriores favores que debo dar gracias á María Auxiliadora, pues, aunque indigna, son muchos los que yo misma debo á tan buena Madre.

Hace dos años que murió mi marido y en medio de mi desgracia, grande fué para mí el consuelo que experimenté por haber obtenido de María Sma. una muerte edificantísima para mi marido. Más tarde vino á mi conocimiento la devoción á María Auxiliadora

y con todas mis fuerzas me dí á propagarla, experimentando continuamente cuán grande sean su bondad y poder, pues es mucho lo que le debo. ¡Por todos sea siempre bendita!

C. de V. México, 9 de Febrero de 1896.

J. A. V. DE P.

MARIA HA SALVADO A MI HIJA.

Hace pocos meses estuvo una hija mía en un estado de gravedad tal, que por momentos creímos, mi familia y yo, verla morir.

En esta angustia, unas virtuosas amigas nuestras nos aconsejaron que pidiera la salud de mi hija á la Sma. Virgen María Auxiliadora, ofreciéndole publicar la gracia si me la concedía: así lo hice y logré el favor. En reconocimiento deseo que se publique en el *Boletín Salesiano*, para mayor gloria de la Sma. Virgen María Auxiliadora, que sea para siempre bendita y alabada.

México, 8 de Junio de 1896.

PAULINA CERVANTES DE SIERRA.

MARIA ES EL CONSUELO DE CUANTOS LA INVOCAN. — En las excursiones que he hecho por varios pueblos de esta República, he encontrado algunas almas piadosas muy devotas de María Auxiliadora de la cual han recibido gracias muy extraordinarias, ya en el giro que han dado sus negocios de muy mal en muy bien, ya suspendiéndose el curso precipitado de las enfermedades y dolencias que se han retirado ó no se han agravado, gracias á encomendarse á nuestra celestial Patrona.

En Jerez, Diócesis de Zacatecas, un niño de 15 meses, vivísimo y muy simpático y que por lo mismo era el encanto de su familia, estaba próximo á morir devorado por la fiebre, teniendo afligidísimos á todos.

Su tía celosísima Cooperadora y propagandista de nuestra obra, hizo una novena á María Sma. Auxiliadora ante la fotografía que yo le había dado de la misma, y desde antes de la mitad tuvo que proseguirla en acción de gracias. Decíame con mucha gracia esta Señora, que es la primera y principal Coope-

radora de Jerez, que el niño se estaba subiendo al Cielo y fué necesario cogerle de los piesecitos.

México, Julio de 1896.

RAFAEL NOGUÉR

Sacerdote Salesiano.

Dan gracias también á María Auxiliadora: N. N. de México, por haber obtenido la salud mediante la novena de María Auxiliadora.—Cayetano Velasco de Huejuquilla (E. de Jalisco) da 25 centavos, en acción de gracias por haber sido reconocida su inocencia en una acción criminal que falsamente se le imputaba.—Tomás Madera de S. Antonio de Padua da 25 centavos, por haber salido con bien de un gravísimo peligro de ahogarse.—María N. de Id. por haber obtenido la salud de su hija.—N. N. de S. Antonio por tres gracias recibidas y da 6 pesetas para la obra de D. Bosco.—Sixta García de Id. por dos gracias dando la limosna de 50 centavos.—María del Rosario Aráoz de Id. por la especial protección probada en una terrible tempestad.—Josefa Mota, Refugio Valdés, Merced Soto y Trinidad Caldera de México.

¡GRACIAS, O MARIA! — Por fin después de terribles sufrimientos morales y físicos que hace tiempo venían haciendo víctima un miembro de mi familia, hemos podido alcanzar del adorabilísimo Corazón de Jesús, gracias á la maternal protección de nuestra dulcísima Madre, que se disiparan las pertinaces causas de aquellos sufrimientos, preludios de la desgracia que iba á desplomarse en familia.

Deseo pues dar testimonio en el *Boletín* de la profundísima gratitud que siente nuestra alma hacia aquella soberana Virgen, Auxilio poderoso de los cristianos, que con verdadera fé la invocan.

Ahora os pedimos, Madre mía, arrepentimiento y perdón para nuestros enemigos.

México.

E. F. A.

MARIA ME HA CONSOLADO.—Estando mi esposo y mi hija enfermos de estómago desde hacía tres meses y no hallando con que aliviarles, invoqué á María Auxiliadora ofreciéndola una Misa y publicar la gracia en el BOLETIN si ambos sanaban.

Pasaron dos días después del ofrecimiento

y seguían lo mismo, y al tercer día vi con asombro que la enfermedad había desaparecido. No volviendo hasta ahora á aparecerle la enfermedad, le suplico á V. que se sirva dar cabida á esta gracias en el BOLETIN SALESIANO.

México, 1896.

NATALIA Y. V. de YARZA

Cooperadora Salesiana.

Dan también gracias especiales á María Auxiliadora: Una amante de María Auxiliadora de México, por los muchos favores obtenidos, entre ellos el que un hijo suyo encontrara conveniente colocación. — N. N. de México por la salud obtenida en circunstancias especiales. — Rafael Lezama de México por haber obtenido la completa curación de un hijo suyo de ocho meses, aplicándole la medalla de María Auxiliadora. — M. G. M. de Puebla por haber salido con bien de una grave operación sufrida. — Teresa S. de Alfaró, de México, manda un peso para que se diga una Misa á María Auxiliadora por haber alcanzado la gracia de una hijita suya que se negaba á tomar alimentos los tomara. — Carmona de Mata de Huejuquilla (Jalisco) da 25 centavos en acción de gracias

por haber obtenido la curación de la vista. — Ana García de S. Antonio da igual suma, por gracia recibida. — Leónides Norzagaray é Isaura Peña, de Sinaloa, el primero por la curación de su hijo y la segunda por los continuos favores que recibe. — Antonio García, Macedonia Garay, un cooperador, varias cooperadoras, Encarnación Pacheco, Sixta García y Miguel Escobar de S. Antonio dan una limosna en acción de gracias por los favores recibidos de Nuestra Sma. Madre María Auxiliadora.

MARIA HA SALVADO A MI HIJO.

Un hijo mio fué atacado de una grave enfermedad del pulmón.

Viéndolo en agonía, esperando por instantes que espirara y doblemente afligida al considerar que era imposible que sobreviviera á tan grande enfermedad, acudí con fé á María Auxiliadora, que siempre escucha las súplicas de una madre afligida, y obtuve de la Sma. Virgen el gran consuelo de ver á mi hijo en una completa salud.

Gracias sean dadas á María Auxiliadora todo sea para su mayor honra y gloria.

México, 1 de Agosto de 1896.

ADELA S. de ESTEVEZ.

CONSOLATRIX AFFLICTORUM.—

Encontrándome, hacía ya dos meses, con una enfermedad repentina y peligrosa, en mucha gravedad y expuesta á verme en manos del médico para alguna dolorosa operación, pues se me había desarrollado un extraño tumor en la punta baja de la última costilla del lado derecho; esto me causaba mucha inflamación, habiendo día en el que me sentía tal ardor é incomodidad en la parte enferma, que hacía me temer pronto una grave postración. Careciendo de recursos y de personas que me prestaran ayuda en tal necesidad, sin comunicar á nadie mi aflicción, me arrojé con verdadera esperanza y confianza á los pies de la Sma. Virgen bajo el dulce nombre de María Auxiliadora y con toda la efusión propia de un corazón amante de tan tierna Madre, le pedí la gracia de que ningún médico tuviera que ver mi cuerpo; prometiéndola, si me concedía la gracia, ofrecerle mi corazón, hacerle una novena y publicar en el *Boletín* la gracia concedida, como también publicar la misma gracia, si mi Confesor me lo permitía, en la puerta de una Iglesia; pero con todo esto mi mal quedó sin alivio. Vino el mes de Mayo; puéstame de nue-

vo en presencia de la Sma. Virgen, le renuevo mi petición y le ofrezco consagrarla dicho mes, aunque con un poco de sacrificio cuando ¡oh prodigio de María Auxiliadora! habría pasado como medio mes y habiéndome acostado una noche muy grave y con el tumor muy inflamado, al amanecer del siguiente día veo con indecible estupor y alegría, que el tumor, la hinchazón, el malestar y todo, habían desaparecido milagrosamente y como por encanto.

Mi regocijo ha llegado al colmo, y llena de júbilo y gratitud, veo que es María Auxiliadora la autora de este triunfo.

Para cumplir, pues, mi promesa, me ofrezco en verdad por verdadera esclava de María y deseo que se publique la presente gracia para ensalzar las bondades de tan Divina Madre.

México, 26 de Mayo de 1896.

MARIA TERESA DEL MONTE CARMELO.

MARIA
ME DEVUELVE LA SALUD. ®

En el mes de Julio último enfermé de gravedad, según los médicos que me asistieron, con una afección orgánica al corazón: en

este estado hice con toda fé la novena de María Auxiliadora prometiéndola, que si me conseguía de su divino Hijo la salud, publicaría la gracia en el BOLETIN SALESIANO. El día último de la novena yo estaba ya muy aliviado de mi enfermedad y á los pocos días enteramente sano, siguiendo así hasta la fecha, contra la opinión de los médicos que entendían que tal enfermedad era incurable.

Cumpliendo con mi promesa, deseo que se publique este milagro en el BOLETIN SALESIANO, á fin de que aumente el número de los devotos de María Auxiliadora.

León, 23 de Septiembre de 1896.

SALVADOR GARCIA HURTADO.

GRACIAS, MADRE MIA!—En vista del estado y circunstancias en que se encontraba mi anciano padre, Juan José Cuevas, invoqué el nombre de María Santísima Auxiliadora y le rogué que no permitiese que aquel se sucumbiera sin recibir los Santos Sacramentos. Por intercesión de la Reina de los Cielos mi padre llegó á disfrutar de alguna mejoría, é inmediatamente después de serle administrados los Santos Sacramentos, entregó su alma al Creador.

Por esta gracia especial vivo y viviré eternamente reconocido; y cumpliendo mi promesa lo hago público en el BOLETIN SALESIANO, haciendo constar además que mi citado padre (q. e. g. e.) era Cooperador Salesiano.

Coatepec, 29 de Abril de 1896.

ABUNDIO CUEVAS.

GRACIA EXTRAORDINARIA DE MARIA AUXILIADORA.

Mi hijo Emiliano de 33 años de edad, se hallaba sentado á un lado de su casa en la Hacienda de Trojes, Estado de Michoacán, el 2 de Octubre de 1895, á las diez de la noche, cuando unos jovenes jugando con una pistola de calibre 45 cargada con bala, dejaron escapar el tiro que le hirió en la mejilla izquierda detras de la oreja, atravesando la bala toda la cabeza y saliendo por debajo del ojo derecho, destrozando á su paso el pómulo derecho. Yo que estaba aquí, en la capital de la República, atendiendo á mis negocios, recibí un telegrama el día 3, á las ocho de la noche, en el que mi familia me anunciaba que mi hijo estaba grave, sin decirme de qué. Inmediatamente lo encomendé á María Auxiliadora, prometiéndola hacer celebrar una Misa en su honor y cooperar en lo posible á la

Obra Salesiana, comó Decurión que soy de los Cooperadores, y apenas salió el tren, salí yo para mi casa en Santiago de Zamora, desde donde me dirijí á caballo con parte de mi familia y otro hijo mío, Sacerdote, Cura Párroco de dicho pueblo, á la hacienda, teniendo que hacer cinco días de camino para llegar. Pero ¡cual no fué mi asombro y mi gozo al ver á mi querido hijo Emiliano sentado en una silla y con la herida ya casi cicatrizada, levantarse y echarse en nuestros brazos!

Todos los médicos y cirujanos que habían visto la terrible herida, declararon que sin intervención extraordinaria del Poder Divino no se podría explicar esta curación, que se mantiene perfectamente hasta la fecha.

¡Gracias mil sean dadas á nuestra buena Madre María Sma. Auxiliadora de los Cristianos!

Declaro también que yo padecí desde el año 1872 un catarro que se podía llamar crónico y que me atormentaba desde los primeros días de Julio hasta el mes de Noviembre, dándome tanta ansia que á veces tenía que apoyarme en dos personas para poder andar, y algunas noches no podía dormir. Después de haber consultado inutilmente médicos, y haber sufrido 12 años, puse toda mi

confianza en María Auxiliadora, cuyas gracias leía en el *Boletín*, mandé rezarla su novena y héme aquí bueno y sano á pesar de mi avanzada edad.

México, 13 de Octubre de 1896.

SABAS GARCIA BETANCOURT.

GRACIAS A MARIA AUXILIADORA.

Encontrándose mi padre gravemente enfermo de cólico y viendo que eran vanos los varios medicamentos que se le aplicaron, recurri á María Sma. Auxiliadora, pidiéndole el alivio de mi padre y prometiéndole que si me concedía tan distinguido é inmerecido favor lo publicaría en el *Boletín Salesiano*; habiéndolo obtenido, doy las más expresivas gracias á tan piadosa y amorosa Madre que se dignó oirme y concederme la gracia que le pedí.

Puebla, 6 de Mayo de 1896.

JOSÉ SOLAR. ®

Dan también gracias á María Auxiliadora: Simona Sanchez de México, por diversos favores obtenidos: J.R. y R. L. de México, agradecen á María Auxiliadora su pronta cu-

ración de peligrosa enfermedad. — P.M.L. de México gravemente enferma de emorragia rezó la novena de María Auxiliadora y al séptimo día estaba curada. — Un Cooperador escribe: «Estando un hijo mío muy grave de convulsiones, sin esperanza de alivio, lo encomendé á María Auxiliadora; le puse su imagen á su cabecera, y á los pocos días estaba completamente aliviado. — Dolores Barroso dá gracias á María Auxiliadora por varios favores, que por su intercesión le han sido concedidos, y espera con mucha fé seguir recibiendo sus gracias. — Un niño por haberse curado después de hacer la novena á María Auxiliadora, él mismo fué á entregar una oferta para la Iglesia que se le construye. — Leocadio Rivera, de Amecameca, da cinco pesos para la construcción de dicha Iglesia, por gracia recibida. — Angela M. Icasa, de México, por dos gracias recibidas. — Hortencia Ortolasa, de Sinaloa manda cinco pesos. — Dolores Peña, de México manda 1,25. — Micaela Montoya de Id. manda un peso. — Isaura Peña de Id. agradecida á María Auxiliadora que le devolvió la salud, manda una pequeña limosna. — Hermanas N. N. de Id., por haber obtenido la vuelta al buen camino de un pariente suyo.

Josefina Velasco de Díaz Rubín de México. — María N. de México. — Juana Carrón de Torre, de Huelva. — Carlota R. de Guadaluajara.

¡GRACIAS SEAN DADAS A MARIA!

— Me es sumamente grato cumplir con un deber de amor y gratitud hácia María Auxiliadora, publicando los favores que estoy recibiendo de Dios Ntro. Señor, por su intercesión poderosa. El primero es el alivio que experimenté en una dolorosa enfermedad que padecí en el mes de Febrero de este año. — El segundo fué que ahuyentase de una troje con semillas las innumerables y enormes ratas que estaban haciendo mucho mal, aun fuera de ella; más con mandar colocar con fé en dicha troje una estampa de María Auxiliadora y conjurar estos animales, al día siguiente se ahuyentaron de una manera muy notable. Y para que se conociese este beneficio que se debió á María Auxiliadora, creo que Dios permitió que se hubiese perdido la primera estampa y volviesen los animales de nuevo; pero, puesta otra estampa y repitiendo el conjuro, se logró el mismo efecto. — El tercer favor recibido fué todavía más singular, pues se trataba en un pueblo católico la destitu-

ción del preceptor católico, que lleva muchos años de servicio, y ya estaba nombrado él que lo debía sustituir. Este, por supuesto, había sido el fundador de la enseñanza laica, cuyos funestos resultados hace pública la estadística criminal de todas las naciones en donde se ha introducido; y cuando ya el triunfo del enemigo de la doctrina cristiana estaba asegurado, merced al bien combinado plan y al apoyo con que contaban los que tal vez por ignorancia del mal que hacían, pretendían el cambio del preceptor; cuando el pueblo nada podía hacer en favor de la niñez que se iba á arrebatarse á Dios para entregarla á Lucifer, pues, contra la voluntad del que manda, la soberanía del pueblo no puede hacer más que lamentar en silencio su falta de libertad para procurar lo bueno y evitar lo malo; ¡gloria á Dios! entonces una persona favorecida de María Auxiliadora dió el consejo de que se recurriese á esta Soberana Señora pidiéndole el remedio en esta necesidad espiritual, de la cual dependía la salvación de muchísimas almas. Así se hizo, y las personas más piadosas le rezaron su novena con este fin, añadiendo diariamente el MEMORARE de S. Bernardo y el MAGNIFICAT, muy confiados en María Sma. como Auxilio de los cristianos de su pueblo,

y por Ella, el que es Todopoderoso y su nombre infinitamente Santo, extendería el brazo de su poder para trastornar los designios de los pocos, que mal aconsejados iban á desterrar á Dios de la escuela, sustituyéndole con el espíritu del mal, que tantos males y errores está difundiendo en todas partes por medio de sus discípulos y fieles servidores, como son los maestros y partidarios de la escuela sin Dios. Mas ¡cosa admirable! En la víspera del día en que se acabó la novena, sin mover ningún resorte humano, porque humanamente se había perdido toda esperanza, y el desaliento se había apoderado de todos los corazones, á la hora en que menos se esperaba y en el acto mismo del reconocimiento de los niños, que los contrarios habían fijado para tener un pretexto con que hacer creer que la destitución era fundada, del Cielo vino el remedio deseado, y por los mismos medios que ellos habían preparado con tanta anticipación para conseguir el logro de sus fines. ¡Bendito sea Dios! ¡Gracias á María Auxiliadora! En esto se vió por experiencia cuán cierto es aquello que está escrito: «No hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor».

Cuapiaxtla, 20 de Agosto de 1896.

IGNACIO C. MILA.

SALUS INFIRMORUM.—Deseoso de cooperar con algo para honrar á la hermosísima Madre de Dios y nuestra, y habiendo recibido una prueba extraordinaria de su maternal cariño, mi corazón, lleno de gozo y del más tierno afecto de gratitud y alegría, busca la manera de engrandecerla, convidando, si es posible, á las piedras, para que estas, en su idioma mudo, me ayuden á ensalzarla como en triunfo de su omnipotencia, manifestada á la más vil de las criaturas, pero que en su corazón encierra el deseo ardiente de amarla y de tenerla el mayor cariño que un hijo puede tener á una madre; y al efecto ago pública la siguiente gracia: Habiéndose visto mi esposa atacada violentamente de la sangre, con el auxilio de la medicina se contuvo el acceso, quedando tan solo afectada de una pierna, cuya afección le postró en la cama algunos días sin ceder á la asidua medicina con que se le atacaba; en este estado se vió atacada del pulmón con dolor de costado y calentura muy subida, que no dando esperanza de remedio humano, lleno de aflicción y también lleno de confianza en Dios, dispuse con mi familia hacer una novena á María Auxiliadora, por horas, la que al terminar, mi señora se encontraba en la más completa

salud, sin dolor, sin calentura, sin esputación de sangre y sólo con la afección de la pierna, cosa que admiró al médico que la asistía, asegurándonos que era un milagro. ¿Como no estar agradecidos á tamaño favor? . . . por tanto yo y toda mi familia hacemos pública nuestra gratitud para honra y gloria de Dios, en la consideración de las grandezas con que ha enriquecido á la humanidad, dándole una Madre tierna y compasiva.

Fábrica "La Magdalena" Octubre de 1896.

J. ANTONIO MOCTEZUMA.

NOVENA A MARIA AUXILIADORA.

Estando mi madre enferma de efisema pulmonar, empecé á rezar una novena á María Santísima Auxiliadora; antes de concluir la comenzó el alivio; por lo cual, lleno de gratitud y de profundo agradecimiento, le doy las gracias á María Santísima.

Puebla, 30 de Sbre. de 1896.

JOSÉ SOLAR. 

UNA DEUDA A MARIA AUXILIADORA.

Habiendo sido atacada repentinamente de una fuerte parálisis, que me dejó casi muerta media cabeza y sin el menor movi-

miento el ojo y la boca, y habiendo leído en el *Boletín Salesiano* las gracias de María Auxiliadora, me encomendé á Ella con mucha confianza, esperando que me alcanzaría la salud y prometiéndola que la haría pública mi gratitud.

Al poco tiempo volví á recobrar todos mis movimientos y la parálisis desapareció por completo, cosa que el médico que me había visitado no esperaba que sucediera nunca.

Después he alcanzado de la Virgen una segunda gracia.

Cumplo mi promesa llena de agradecimiento á María Auxiliadora, esperando que los que esto lean, bendigan á la Madre de Dios y acudan llenos de confianza á su poderosa intercesión.

México, 1 de Enero de 1897.

MARÍA CAÑEDO.

¡SALUS INFIRMORUM! — La Sma. Virgen se dignó conceder la salud á mi querida hermana Rosario, atacada de fiebre en último grado. No habiendo esperanzas de alivio, recibió los últimos Sacramentos y después de haberle pedido á María Auxiliadora nos concediera la mejoría de la enferma, obtuvo esta su completa salud, con admiración de los médicos.

Cumplimos, pues, con la promesa que hicimos de publicar esta gracia en el *BOLETÍN SALESIANO* para mayor gloria de Dios y de su Santísima Madre María Auxiliadora.

México, Marzo de 1897.

LIC. ALFONSO VILLAGRAN Y HERAS, PRO.

¡GLORIA A MARIA!—Hallándose mi hijo Alvarado de 20 meses de edad, padeciendo unos accesos de vómitos y calentura muy fuerte, dándole á la subida de temperatura ataques de alferecía, muy afligida consulté con los médicos la manera de evitar dichos ataques, diciéndome que como estos procedían de la calentura, no había modo de evitarlos.

Por ese tiempo leí en el *BOLETÍN SALESIANO*, los milagros hechos por María Auxiliadora y confiando en su protección comencé á rezarle una novena y después otra que aún no he concluido.

Le han dado dos veces los accesos de calentura y vómitos y no ha tenido ni el más leve estremecimiento de alferecía, por lo que con verdadero agradecimiento á nuestra Madre, María Auxiliadora, cumplo mi promesa publicando la gracia en el *BOLETÍN*.

Puebla, Enero de 1897.

JOSEFINA VELASCO DE DIAZ.

MARIA AUXILIO DE LOS CRISTIANOS. — Habiéndoseme mostrado siempre propicia la Sma. Virgen en todas mis necesidades y aflicciones, la invoqué bajo el título de Auxilio de los Cristianos, pidiéndole me sacase de una enfermedad, que hacía largo tiempo padecía y que á causa de mi juventud era más peligrosa.

Cuantas promesas hice, cumplí fielmente, aunque en un principio no sentí mejoría; pero la Sma. Virgen me ha escuchado y hoy cumplo la única promesa que me faltaba, que es hacer público mi agradecimiento.

León, Marzo de 1897.

MARIA N.

MARIA OYE NUESTROS RUEGOS. —

Estando mi querida madre en el baño sintióse enferma sin que pudiera hablar ni tenerse en pie, teniendo que conducirla al lecho mi hermana y la criada que se hallaba en la pieza contigua. Inmediatamente llamóse al médico que le recetó medicinas oportunas.

Al día siguiente á las 11 de la mañana recibió el Santo Viático y por la tarde estaba fuera de peligro.

Durante toda la noche mi hermana y yo la encomendamos á María Auxiliadora, ofre-

ciéndole la limosna de cinco pesos para su Iglesia si devolvía la salud á mi mamá, lo que con sumo gusto cumplimos hoy que está completamente bien.

Guadalajara, Marzo de 1897.

CARLOTA O. de R.

Una familia de México, agradecida por la singular gracia alcanzada de que se confesara un individuo de la misma familia que rehusaba hacerlo, da gracias á María Auxiliadora.

MARIA OYE MIS RUEGOS. — El primero de Mayo al regresar mi esposo del trabajo, á consecuencia de la enfermedad que anteriormente padecía, le dieron tres ataques que el médico juzgó graves, advirtiéndome que si le repetían se quedaría en uno de ellos por la excesiva debilidad que tenía.

Con el mayor fervor recurri á María Auxiliadora ofreciéndole publicar la gracia si los ataques no le repetían.

Ha sido oída mi súplica y hoy hago público mi reconocimiento á nuestra buena Madre María Auxiliadora, al mismo tiempo que hago constar que mediante su divina protección han sido librados mis hijos del contagio de la viruela negra, no obstante haberse da-

do el caso de esta terrible enfermedad en la casa en que vivimos.

¡Viva siempre en nuestros corazones María Auxiliadora!

Pachuca, Mayo de 1897.

CARMEN BARROSO DE ACOSTA.

¡CUÁN BUENA ES MARIA! — En cumplimiento de la promesa que hice y en acción de gracias á la Sma. Virgen María Auxiliadora, hago público el hecho siguiente:

Al practicar una autopsia recibí una herida en un dedo, y como son sumamente graves esta clase de heridas, me puse en un estado de ánimo que no podía describir, temiendo un envenenamiento séptico ó cuando menos de un flegmón más ó menos difuso. Acudí en este conflicto á la Sma. Virgen María Auxiliadora, ofreciéndola publicar en el BOLETIN la gracia si me libraba de las consecuencias de aquella herida, y así lo hizo la Sma. Virgen, pues no he tenido absolutamente ningun mal resultado, consecutivo de la herida.

¡Alabada sea la Virgen María Auxilio de los Cristianos!

Teotitlan (Oaxaca), 20 de Mayo de 1897.

DR. JOSÉ MENDOZA.

VOTO DE GRACIAS A MARIA AUXILIADORA

Habiéndose enfermado hace dos meses la Srta. Guadalupe Ocampo de Cardoso con pulmonía doble, y viendo la que suscribe, amiga de la familia, el grave peligro en que se hallaba tanto por la enfermedad, en la que recibió los últimos Sacramentos, cuanto por seguirse de ella el desarrollo de graves afecciones orgánicas, ofreció á María Auxiliadora publicar la gracia en el BOLETIN para su mayor gloria.

La gracia implorada por medio de novenas consecutivas, se ha obtenido, pues desapareció el peligro y hoy está la enferma en plena y franca convalecencia, por lo que, llena de gozo y gratitud, cumpla lo ofrecido en tan ansiosos momentos, proclamando una vez más el poder de María Auxiliadora.

Puebla, 29 de Mayo de 1897.

BERTA HAROUARD DE CEBALLOS.

¡CUAN BUENA ES MARIA
AUXILIO DE LOS CRISTIANOS!

Con la más profunda gratitud da las gracias á la Virgen María Auxiliadora una Cooperadora Salesiana, por haber compuesto un matrimonio que estaba para separarse por

desavenencias domésticas. Teniendo ambos esposos caracteres muy fuertes y resueltos, no se tenía esperanza de que pudiera componerse de ninguna manera. Esta separación traía consigo muchos trastornos, y el escándalo afligía mucho á las dos familias de los dos esposos, que son muy conocidas; además, salían varias personas perjudicadas, de suerte que dicha Cooperadora, teniendo mucha fé en María Auxiliadora por haber recibido ya sus favores, recurrió á Ella rezándole varias veces su novena y le ofreció ponerlo en el *Boletín Salesiano*, lo que cumple con el mayor placer por haberle hecho el favor, pues ahora ya están contentos y avenidos.

¡Dios haga que sigan siempre así, lo que no dudo, pues la Virgen está velando siempre por sus hijos!

México, 11 de Abril de 1897.

UNA COOPERADORA SALESIANA.

¡BENDITA

SEA MARIA AUXILIADORA!

Hace bastante tiempo que mi salud estaba quebrantada, hasta el extremo de no tener día bueno.

Inflamación abdominal, tos insoportable, calentura, náuseas, en fin mil molestias que me afligían muchísimo. Me asistieron médicos muy notables durante largo tiempo, y así no lograba alivio; pero invoqué á María Auxiliadora y esta indulgente Madre me ha devuelto la salud. Además, tuvimos mi esposo y yo otra aflicción por negocios pecuniarios y milagrosamente vino también en nuestra ayuda nuestra divina Madre María Auxiliadora.

Por tan inmensos beneficios no podemos sino elevar nuestras oraciones á tan misericordiosa Madre y hacer público nuestro eterno agradecimiento.

México, 10 de Julio de 1897.

PAULINA CERVANTES DE SIERRA.

CUMPLIMIENTO DE UNA PROMESA

Marcela Montes tenía á su hijo José enfermo del cerebro y por amonestaciones de otras personas pidió á María Auxiliadora que le devolviera la salud, lo que consiguió; pero olvidándose de publicar la gracia obtenida.

Algún tiempo después el hijo empeoró de la misma enfermedad que hacía cuatro años que venía padeciendo, y recordando á su madre aquellas mismas personas la promesa

que había hecho, y tan luego como empezó á reunir la limosna de 25 centavos que había ofrecido á la Sma. Virgen, su hijo comenzó á mejorar y recobró la salud perdida.

Los Rayos (E. de Zacatecas), Junio de 1897.

N. N.

GRATITUD A MARIA.—Habiéndome enfermado de un ojo y estando en peligro de perderlo, rogué á Maria Auxiliadora me sanára ofreciéndole llevar conmigo la medalla y publicar la gracia si me la concedía; se dignó concedérmela y cumpro gustosa mi promesa dando infinitas gracias á María Auxiliadora.

México, Noviembre de 1897.

L. H.

GRACIAS A MARIA AUXILIADORA.

Hallándome en un caso muy apurado y no habiendo remedio humano, acudí á María Auxiliadora prometiéndole, si me libraba de aquel lance, publicar en el Boletín la gracia obtenida y enviar una pequeña limosna para el Templo de María Auxiliadora. Cumpro lo ofrecido.

E. México, Enero de 1898.

S. L. F.

GRACIAS Á MARIA AUXILIADORA.

Josefa Alcántar envía á María Auxiliadora una manita de plata por haberla sanado de un tumor y un cuerpecito del mismo metal por haber sanado á su madre del tifo. Desea se publique en el Boletín.

México, Enero de 1898.

¡VIVA MARIA AUXILIADORA!—Tenía yo un mal de garganta que según los médicos necesitaba para curarme una dolorosa operación. Así me lo dijeron esta mañana y en ese momento prometí á María Sma. poderoso Auxilio de los Cristianos, que si me curaba sin operación, daría para la construcción de su Iglesia en México lo que gastaría en médicos y medicinas. Pues bien: á las 8 de esta misma noche me alivié completamente y cumplí lo prometido enviando una limosna para dicha Iglesia.

México, 29 de Enero de 1898.

LORETO GUTIERREZ DE AREÑO.

¡GRACIAS SEAN DADAS
Á MARIA AUXILIADORA!

La Sra. Dña. Matilde Moreno de Gomez se hallaba enferma de gravedad, mandó \$3. de limosna para la construcción del Templo

de María Auxiliadora en México y sanó violentamente.

Ahuacatlán (Tepic), 31 de Enero de 1898.

Antonia R. de Costes da gracias á Nuestra Sma. Madre María Auxiliadora, por haber obtenido la curación de uno de sus hijos al acabar una novena que hicieron con ese objeto.

México, Febrero 5 de 1898.

AGRADECIMIENTO A MARIA.

Habiendo tenido la desgracia de perder á mi madre víctima de una tuberculosis pulmonar crónica, el médico que la asistía nos pronosticó que debía morir á consecuencia de una de las emorragias pulmonares tan frecuentes en el último periodo de su enfermedad.

Esto que se verificaba muy cerca de los momentos que debían ser los últimos de su existencia, me sumergió en un estado indescriptible de pesar y angustia.

A medida que el fatal momento se acercaba, crecía mi angustia; las emorragias eran cada día más fuertes, temiendo á cada instante verla sucumbir en alguna de ellas. En tan amargas circunstancias, ya no pedía la vida

de mi madre, sino que no muriera de tan cruel manera.

Por este tiempo recibía yo el BOLETÍN SALESIANO y con bastante placer leía los milagros que cada día se realizan bajo la influencia de María Sma.

Invoqué entonces á esta augusta Reina bajo una de sus más gratas advocaciones, la de María Auxiliadora, y le pedí que disminuyera mi martirio por tan sensible pérdida, haciendo que mi madre muriera con la muerte tranquila y lenta del justo y no horriblemente axfisiada por la sangre; prometiéndola que, si me concedía tan gran favor, lo publicaría en el BOLETÍN SALESIANO, lo cual hago hoy, reconocida por haber recibido la mencionada gracia y para propagar más y más la devoción á María Auxiliadora.

México, 29 de Julio de 1897.

TRINIDAD A. DE ALVAREZ.

MARIA ES CONSUELO DE LOS AFLIGIDOS.

A consecuencia de una grave enfermedad que mi esposa Ramona Ferreti padecía, hace más de un año, llegó á un estado tal de anemia que me pareció que dejaría de existir en breves días. La visitó el médico de una

ciudad vecina y juzgó el caso bastante serio. No teniendo, pues, mucha esperanza en lo material y acordándome de diversas gracias concedidas por María Auxiliadora, que yo había leído en el BOLETIN SALESIANO, pedí á tan poderosa Madre y abogada nuestra que concediera la salud á mi esposa, ofreciéndola que publicaría la gracia en dicho caso.

Después de algunos meses que he visto con satisfacción que mi esposa está fuera de peligro, hago pública la gracia obtenida como prueba de mi gratitud á la que es Salud de los enfermos, y para que ninguna persona que tenga la dicha de pertenecer á nuestra santa Madre Iglesia, deje de encomendarse á María Santísima.

Cedral, 5 de Agosto de 1897.

ANTERO LOPEZ.

GLORIA A MARIA.—El infrascrito Gerardo M. Herrera, canónigo de la S. I. C. de México, declara que en el mes de Abril del presente año, hallándose en una grave aflicción acudió con confianza á la protección de María Auxiliadora lo mismo que á la del B. Sebastián de Aparicio y recibió el pronto y oportuno auxilio que necesitaba de un modo tan extraordinario, que no puede ni debe lla-

marlo si no *distinguido* y *manifiesto* favor del cielo. Gracias mil sean dadas á la benignísima Madre de Dios y al bienaventurado Sebastian que con tanta eficacia se dignaron atender mis humildes ruegos, no obstante mi indignidad.

México, Septiembre de 1897.

GERARDO M. HERRERA, Pbro.

MARIA AUXILIADORA
ES EL CONSUELO
DE CUANTOS LA INVOCAN.

En el mes de Mayo, hallándose convaleciente del sarampión mi querida hija Guadalupe, le dió escarlatina con calentura muy fuerte que le duró 18 días; el médico juzgó el caso de mucha gravedad y temí que se complicase el corazón. En este conflicto, la enferma, sus hermanos Felipe y María y yo acudimos á María Auxiliadora para implorar su auxilio, prometiéndola una limosna y publicar la gracia, si se obtenía, en el BOLETIN SALESIANO. Lograda esta gracia, cayó en cama con la misma enfermedad mi otra hija María y otra vez acudí á María Auxiliadora, pidiéndola que le sanára y que no se contagiára mi hijo Felipe.

Obtenidos estos nuevos favores, los hago públicos para la mayor gloria de Dios y de María Auxiliadora.

Zacatecas, 28 de Agosto de 1898.

MARIA G. Vda. DE VIADERO.

CUMPLIMIENTO DE UNA PROMESA.

El 26 de Mayo último fui atacada de una fiebre violenta que según el médico y las personas que me asistían, los síntomas que presentaba eran de una enfermedad grave y contagiosa. En este lastimoso estado, en uno de los pocos momentos en que podía pensar, prometí á la Sma. Virgen hacer un limosna á la Iglesia que se está levantando en honor suyo, y hacer publicar la gracia en el BOLETIN SALESIANO como no fuera la enfermedad que se pensaba. Mi querida Madre oyó la súplica y á los pocos días se declaró fiebre remitente que duró 14 días, quedando completamente bien al poco tiempo.

Cumplo con mi promesa y deseo que se publique esta gracia á fin de que se aumente el número de los devotos de María Auxiliadora.

México, 2 de Sbre. de 1897.

G. O. DE GUTIERREZ.

¡VIVA MARIA AUXILIADORA!

Estuve enferma por espacio de tres meses de dolores de cólicos que me daban con mucha vehemencia, y ya sin esperanza alguna en las medicinas que se me daban, pues eran impotentes para combatir la enfermedad; invoqué el santísimo nombre de María Auxiliadora pidiéndola con toda fé de mi corazón que si me aliviaba lo publicaría en el BOLETIN SALESIANO. Pocos días habían pasado después de mi súplica y ofrecimiento cuando comencé á sentir el alivio apetecido, hasta el extremo de verme completamente curada en pocos días de mi dolorosa enfermedad. Muy agradecida por este singular beneficio cumplo con mi deber, haciendo publicar mi curación para mayor honra y gloria de tan misericordiosa Madre.

México, 30 de Sbre. de 1897.

UNA COOPERADORA,

GLORIA Y HONOR
A MARIA AUXILIADORA! ®

En el mes de Junio p. p. caí gravemente enferma de una hematocele intra peritoneal que me obligó á guardar cama durante tres meses, dejándome en un estado grandísimo de abatimiento y postración. Viendo los médicos

que no se lograba ningun resultado y que cada día aumentaba el mal, me indicaron que no había otro remedio sino la operación de un tumor que ellos suponían tenía yo internamente. Angustiada al oír esto y temerosa, pues me creía que carecía de fuerzas para resistir tan dolorosa operación, acudí á María Auxiliadora, ofreciéndole que todos los días de mi vida tendría una lámpara encendida ante su imágen si concedía la gracia de curarme, y que además lo publicaría en el BOLETÍN SALESIANO. Al día siguiente los médicos declararon que no existía tal tumor y empezó á iniciarse la mejoría, siendo tan rápida que á las tres semanas abandonaba el lecho completamete curada, con admiración de los médicos, pues según ellos esta enfermedad deja siempre alguna lesión interna. Hoy llena de agradecimiento á tan cariñosa Madre, cumpla mi promesa haciendo público tan gran favor y rogando á cuantos esto leyeren que me ayuden á dar gracias á la Virgen Sma.

México, 11 de Noviembre de 1897.

MATILDE PALACIO.

¡GRACIAS MIL SEAN DADAS
A MARIA AUXILIADARA!

El día 17 de Agosto último la señorita Mercedes Mendoza, Cooperadora Salesiana, residente en esta población, fué atacada de una fuerte fiebre que á los dos días había llegado á muy alto grado y presentaba mal aspecto, no cediendo á medicina alguna. En este estado, sus hermanas, justamente alarmadas, pero poniendo toda su confianza en Dios, pusieron al cuello de la enferma una medalla de María Auxiliadora y con todo su corazón invocaron á esta divina Madre. La enferma entró en un breve sueño. Después de un rato despertó enteramente sana, la fiebre había desaparecido del todo sin dejar rastro, encontrándose tan bien la enferma, que se sentía capaz de levantarse. Desde entonces no ha vuelto á tener novedad. Su piadosa familia, profundamente reconocida al celestial beneficio, da gracias á María Auxiliadora y pide por mi conducto que se publique este hecho para gloria y alabanza de María Sma., y exclaman conmigo: *¡Viva la fé en la Virgen de D. Bosco!*

Teotitlán del Camino (Oaxaca), 30 Nbre. de 1897.

RAFAEL M.^a Osorio.

Cura Párroco y Decurión Salesiano.

MARIA ES CONSUELO DE LOS QUE LA INVOCAN.

En el rancho de S. Rafael, perteneciente á esta parroquia, vive un hombre de buenas costumbres y de cristiano corazón, llamado Joaquín Fernández. Luego que le hice conocer la Obra de D. Bosco y la Pía Sociedad Salesiana, se entusiasmó por ella, se hizo Cooperador y nada hace sin invocar antes á María Auxiliadora. Esta buena Madre no tardó en premiar el cariño que este buen hijo le profesa. En el mes de Octubre, un tierno niño de pocos meses que este buen hombre tiene, enfermó gravemente de unos ataques de alferecía, enfermedad de que rara vez se escapan por aquí los niños, y menos en un rancho sin recursos de la ciencia. En este estado el padre tuvo que salir á desempeñar una comisión de su amo, con el corazón partido por tener que dejar á su hijito tan enfermo. Encomendándolo á María Auxiliadora y depositando en Ella su confianza, partió por obediencia. La madre quedó á la cabecera del niño, quien llegó á tal gravedad que en la noche del día 10 agonizaba; no había, pues, esperanzas de vida; el padre no volvería sino hasta los dos días. La atribulada ma-

dre invoca á María Auxiliadora y le pide que no muera su hijo en la ausencia de su esposo, que le conserve la vida al menos hasta que su esposo llegue, y le promete una limosna para su templo. María no se hizo rogar mucho; el niño entró en calma, se alivió y cuando vino el padre estaba sano: desde entonces no ha vuelto á estar enfermo. Sus padres dan gracias á la Virgen de los Salesianos y desean que se publique este beneficio para honra y gloria de Dios y de María Auxiliadora.

Teotitlan del Camino (Oaxaca), 30 de Sbre. de 1897.

RAFAEL M^a. OSORIO.

Cura Párroco y Decurión Salesiano.

NUEVOS FAVORES DE MARIA AUXILIADORA.

El mismo Cooperador, Joaquín Fernández, el día 30 de Octubre, cumpliendo una comisión de su amo, montaba un potro indómito, y en cierto lugar el brioso animal se asusta, se encabrita pretendiendo lanzar al jinete, el que por fin no pudiendo sugetar al caballo cae en tierra y es arrastrado entre las piedras, recibiendo además las coces del caballo. En tal conflicto, tanto él como un com-

pañero que llevaba, invocan de corazón á María Auxiliadora y después de este golpe, del que se esperaba no saldría con vida, se levanta ileso, sólo con un rasguño en la cara. Reconociendo el beneficio de la Virgen, le dá rendidas gracias y por mi conducto pide que se publique.

Teotitlán del Camino (Oaxaca), 30 de Nbre. de 1897.

RAFAEL M.^a OSORIO

Cura Párroco y Decurión Salesiano

¡GRACIAS, MADRE MIA! -- Una persona de mi familia tuyo un negocio bastante intrincado y se le ocasionaba una pérdida crecida; ofreció á la Sma. Virgen publicar la gracia si arreglaba el asunto, para cuyo fin celebró un novenario de Misas y rezó una novena á María Auxiliadora, obteniendo la gracia deseada.

Huejuquilla, 16 de Diciembre de 1897.

BERNARDA SOTO.

AGRADECIMIENTO Á MARIA.

Por mucho tiempo he padecido de una molesta enfermedad y ofrecí á la Virgen Sma. que si me aliviaba completamente y me concedía la realización de un gran deseo, lo pu-

blicaría y daría una cantidad para la construcción del templo de María Auxiliadora en México. Se ha realizado el deseo, y aun cuando no he sanado por completo de mis anteriores enfermedades, quedé enteramente curada de unas calenturas intermitentes que me hicieron sufrir mucho y no cedieron ni aun al cambio de clima, pero desaparecieron apenas prometí publicar esta curación, si se me concedía, lo que se realizó antes de terminar una novena que hice.

México, 25 de Diciembre de 1897.

M. E. B. de la B.

¡GRACIAS, MADRE MIA!

Un día fuí con otro señor, el cual iba á caballo, á la Colonia de los Italianos. Llegado á un cierto punto del camino el señor me invitó á montar; yo acepté, pero llegado á la Colonia al bajarme del caballo no podía porque el caballo no quería estar parado; sin embargo me animé á bajar, pero no había todavía quitado un pie del estribo que el caballo me echó al suelo, además cayó el mismo sobre mi persona. Y hay que notar que los

caballos de aquí tienen en la silla una cabeza que sirve ó para agarrar la cuerda con la cual se lazan los toros ó para detenerse en peligro de caer. Y yo al caer además del peso del caballo sobre mi pecho, recibí también la cabeza de la silla. Hubiera debido sucumbir si no me socorría María Auxiliadora, la cual había invocado antes de montar. Reconozco el grande favor y doy las más expresivas gracias á esta Reina del Cielo rogándola me continúe siempre su protección.

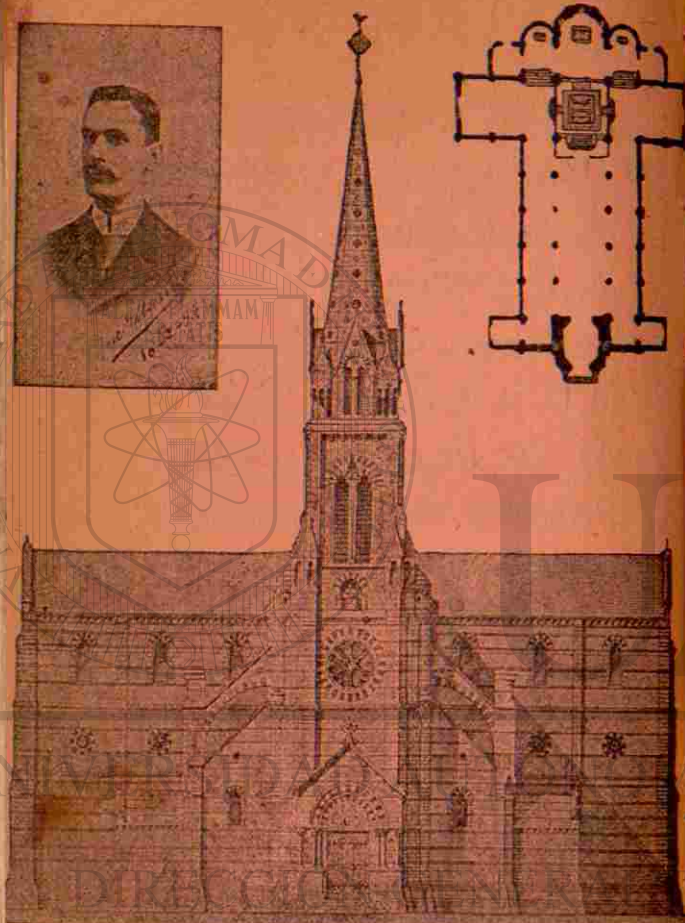
México, 31 de Julio de 1898.

JOSÉ ALVARADO.

El Ilmo. y Rmo. Señor Arzobispo de México aprueba y bendice el proyecto de construir una Iglesia pública á María SS. Auxiliadora en la Colonia de Sta. Julia y concede la Indulgencia de 80 días á todos los fieles que contribuyan con alguna limosna para su construcción.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Iglesia de María Auxiliadora en construcción en México.
Diseño y plano de la misma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA DE BIBLIOTECAS

